
"RECORDAR ES UNA FORMA
CRUEL DE TORTURAR EL ALMA"
RE
CUÉR
DAME
JASON ULLOA

“Recordar es una forma cruel de torturar el alma”

“Esta novela contiene escenas explícitas y perturbadoras que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores. Aborda temas de violencia, sexo, muerte y dolor. Lee bajo tu propio riesgo.”

“Esta novela no ha sido corregida por un editor profesional”

RECUÉRDAME

Jason Ulloa

A todos aquellos cuyos tormentos han susurrado desde las sombras del pasado: "recuérdame"

CAPÍTULO 00
SEGUNDO COMIENZO

Con un suspiro, Rayden abrió los ojos y se sumergió en la oscuridad. Todo había pasado en un instante, como una pesadilla que no podía recordar. Su mente vagaba por los fragmentos de su vida, buscando una explicación, una esperanza, una salida. Pero solo había silencio. Estaba atado como un saco en el maletero de un auto que no conocía, sin saber hacia dónde lo llevaban ni por qué. El miedo le apretaba el pecho y le hacía dudar de todo, incluso de Dios. ¿Acaso se había olvidado de él? ¿Acaso se había equivocado de persona y por eso había permitido que estuviera en aquella situación?

La parada brusca del auto le hizo sentir un golpe en la nuca. Un destello de luz y una ráfaga de aire frío lo asaltaron cuando unas manos rudas abrieron el maletero y lo arrancaron de su interior. Quiso oponer resistencia, pero tenía la boca tapada con un trapo que olía a podredumbre.

Todo era confuso, aterrador y apresurado. El hombre que lo sacó del maletero lo llevó sobre su hombro como si fuera un saco de harina. Se sintió diminuto e impotente. Detrás de ellos, otros dos hombres los acompañaban con una charla jovial. Aquellos que se burlaban iluminaban con linternas el sendero hacia un arbusto, alejándose cada vez más de la carretera.

La muerte parecía estar al asecho.

Un velo de tinieblas cubría el cielo, y el frío se colaba por los poros de Rayden. Sentía el sudor perlado en su frente, un sudor que le quemaba la piel como una señal de su destino. Al caer al suelo, quiso incorporarse, pero un puñetazo le arrebató el aire y lo devolvió a la tierra.

Allí, tendido sobre la hierba mojada, miró a los tres hombres que lo rodeaban como bestias que iban por su presa. Uno se acercó a él y le escupió su aliento podrido a licor y desdicha, y luego le susurró algo que le heló el alma.

—Abre las piernas para mí, te enseñaré una lección.

Con violencia desmedida, le arrancaron cada prenda de vestir, dejando algunas hecha jirones. Rayden quedó expuesto, sintiendo el filo de las ramas en su espalda y el frío de la noche en su piel. Un terror desconocido se apoderó de él, un escalofrío que le llegaba hasta los huesos, que lo paralizaba.

Lo inmovilizaron sobre el suelo mojado mientras se burlaban de él, ignorando sus súplicas ahogadas.

—Espero que siempre me recuerdes —dijo uno de los hombres intentando modular la voz, pero Rayden lo conocía—. Voy a disfrutarte mucho

—Por favor, ya no más. Puedo darles lo que quieran, tengo mucho dinero—. Logró decir Rayden cuando la mordaza se aflojó un poco. Rogó desesperado, pero esto pareció estimular más el instinto salvaje de quienes lo agredían.

—¡Es agradable escuchar a un Sarosh rogando! —dijo uno de los hombres antes de acercar su boca al rostro de Rayden.

Parecía que una fuerza invisible arrastraba a Rayden a lo más oscuro de un lugar siniestro que se hacía cada vez más aterrador a medida en que aquel hombre se recostaba sobre él.

—Dale la vuelta y sujétalo —murmuró el agresor.

Un alarido desesperado se desvaneció en el espesor de la noche y la fronda que los envolvía. Rayden se debatía y forcejeaba con todas sus fuerzas, tratando de liberarse del abrazo que lo inmovilizaba.

Murmuró un nombre como una plegaria, tratando de convertirlo en su salvación para poder resistir. "Owen", volvió a rogar mientras el lodo y la hierba seca le escocían los ojos y la

garganta, y el dolor lo sacudía. "Owen", ¿qué le había ocurrido? ¿Lo había perdido para siempre?

—¿No sabes que él es la razón por la cual estás aquí? —preguntó alguien y Rayden lo escuchó como un susurro lejano.

Rayden sintió que su alma se desgarraba, que su vida se escapaba con cada respiración. Gritó con todas sus fuerzas, pero nadie lo escuchó. Solo el barro fue testigo de sus lágrimas, de su sangre, de su agonía. El dolor lo consumía, lo hacía añicos. No podía aceptar que ese fuera su destino, morir en un rincón oscuro, a merced de unos monstruos sin piedad.

Quiso luchar, quiso vivir, pero ya era tarde. Su cuerpo no respondía, su voluntad se quebraba. Su mente se inundó de recuerdos, de sueños, de remordimientos. ¿Por qué le había tocado sufrir así? ¿No había sido un buen hombre? ¿No había amado lo suficiente? ¿Dónde estaba la justicia en este mundo? ¿Dónde estaba Dios?

Rayden ya no distinguía entre el miedo y la esperanza, entre la vida y la muerte. Solo sentía un vacío que lo devoraba por dentro, que lo arrastraba a un abismo sin fondo. Se soltó de todo lo que lo ataba a este mundo y se dejó llevar por lo desconocido, por lo que quizá fuera una nueva oportunidad o un castigo eterno. No le importaba, ya no era nada, solo un cuerpo herido por la desgracia; sin alma, sin vida.

—¿Está muerto? Creo que nos excedimos un poco—. Comentó uno de los hombres mientras abrochaba sus pantalones.

—Solo nos divertíamos—. Dijo uno entre risas.

—El jefe dijo que quería enseñarle una lección, no que lo matáramos.

—Empújalo hacia el barranco. Le diremos que se resbaló.

Así lo hicieron. Dos de ellos arrastraron el cuerpo maltratado del aparentemente muerto y lo empujaron por un barranco. Rayden rodó muy abajo hasta que se perdió de vista. Cuando paró de rodar golpeó su cabeza contra el tronco de un árbol y perdió el conocimiento.

Desde esa noche Rayden empezó a luchar contra sus recuerdos. Se había embarcado en un nuevo comienzo.

CAPÍTULO 01
DESPERTAR

—Hace tres años que nos conocimos, ¿recuerdas? fue el día de tu cumpleaños—. Owen ríe a pesar de las lágrimas que bajan por sus mejillas. —Ese día mi vida cambió.

Al ver su trabajo casi arruinado por la torpeza de un idiota que no se fijaba por donde andaba, el joven vendedor estaba furioso.

—¿Por qué no te fijas por dónde caminas? ¿Sabes lo difícil que fue hacer ese arreglo? Estaré en problemas por tu culpa, pero seguro que eso no te importa. Por como luces puedo decir que nunca has trabajado en tu vida. ¡No sé qué he hecho para merecer cosas cómo estás! ¿Por qué existen personas tan despiadadas que no se fijan por donde andan?

El joven no paraba de gritar, hablaba tan rápido que era casi imposible entender lo que decía y solo pudo detenerse cuando finalmente se quedó sin aliento.

El responsable de aquel incidente permaneció tranquilo, observándolo mientras gritaba y sacaba conclusiones apresuradas. Y aunque estaba siendo juzgado, siguió sintiendo la necesidad de aprovechar cada segundo para observar su rostro, que, aun estando tan sonrojado por la ira, se veía atractivo.

—¿Qué miras? Debes hacerte responsable y si no lo harás, lárgate —gritó el vendedor de rosas mientras recogía las flores que sobrevivieron al atropello, había tenido un día muy desagradable y lo que acababa de suceder hizo que fuera peor. Si aquel tipo seguía observándolo, probablemente descargaría toda la frustración sobre él.

—Compraré todas las rosas que tengas. Y pagaré por las que se arruinaron.

Al escuchar esto, el joven vendedor detuvo lo que estaba haciendo y miró al otro chico. Pero no fue lo que dijo lo que llamó su atención, sino el tono de su voz. Sintió que era particular, se percibía intensa, pero serena al mismo tiempo. Lo observó por un momento y las palabras no salían de su boca, entonces el otro chico dijo:

—¿No me escuchaste? Compraré todas las rosas.

El joven que parecía aturdido de pronto se hizo más consciente y respondió con enojo:

—No creo que lo hagas. Además, ¿Cómo se supone que las llevarás todas tú mismo? no seas arrogante.

—No las llevaré yo ¿Qué te hace pensar eso? Estaré en el hotel que está a dos esquinas de aquí.

Sin nada más que decir, el tipo raro se marchó.

—¡Oye! ¿Cómo se supone que te encontraré? Ese hotel es inmenso.

El Hotel Ritnes era uno de los hoteles más caros y exclusivos de la ciudad; un lugar tan grande como lujoso.

El chico que se alejaba de pronto se detuvo y se giró hacia la persona que gritaba.

—Cuando estés allá, solo pregunta por Rayden a alguien del personal, así me encontrarás— Dicho esto continuó su camino, tomó su teléfono y marcó un número.

—Envía a alguien por mi auto, tuve un accidente. No, mi corazón tuvo un accidente —dijo al mismo tiempo en que dejaba escapar una risita.

Mientras el chico llamado Rayden se alejaba, el vendedor de rosas no dejó de mirar hasta que

se perdió en la distancia

—Entonces ¿ese es tu nombre? —susurró.

Una hora más tarde, el joven vendedor de rosas estaba frente al majestuoso hotel, pero una vez estando allí comenzó a preocuparse, ¿y si el chico llamado Rayden lo estaba engañando? ¿Qué pasaría si no le compraba las rosas? Además de ser muy vergonzoso, también estaría en problemas con su abuela si no llevaba el dinero.

Después de pensar un rato, decidió entrar. No le quedaba más remedio que arriesgarse.

—El señor Rayden se encuentra en el salón de eventos, por favor sígame— fue lo que dijo un guardia de seguridad que parecía estar esperando.

«¿Por qué lo llama señor? No parece tan viejo»

Al llegar al lugar indicado por el guardia del hotel, el joven vendedor de rosas no pudo evitar sorprenderse, había muchas personas en el lugar, moviéndose de un lado a otro; esta sin dudas era la preparación para un gran evento. El joven se mantuvo de pie en la puerta observando el ambiente, todo era muy elegante y caro, desde las sillas hasta cada una de las luces que estaban siendo instaladas.

—¡Oh! El gruñón vendedor de rosas está aquí, por lo que veo te esmeraste.

Dijo Rayden mientras se acercaba y miraba los hermosos arreglos que estaban siendo colocados frente a él.

—Mi nombre es Owen, no vendedor de rosas —expresó el joven con mal humor. Rayden mostró una leve sonrisa y muchas personas, que lo estaban mirando, se sorprendieron.

—¿Ustedes que ven? Sigan con su trabajo.

Rayden les gritó a los empleados que lo observaban con ojos curiosos. Al escucharlo, todos volvieron a sus propios asuntos, pero de momento volvían la mirada para seguir curioseando.

—Con todas estas rosas a tu alrededor deberías estar de mejor humor, ¿Quién te las envió? ¿Tienes una admiradora secreta? — Cuando Owen vio a la persona que acababa de hablar, sintió que su mandíbula caía.

—¡Mierda! son...

—Somos gemelos —Rayden lo interrumpió antes de que terminara.

Ver dos personas físicamente iguales dejó a Owen sin palabras. No es que no haya visto gemelos en toda su vida, pero estas dos personas eran iguales, como si los hubieran clonado. Hasta el tono de voz de los gemelos era similar. Después de verlos pudo entender la razón por la que el nombre "Rayden" le pareció familiar y por qué estaría en el hotel. Él, junto a su hermano era dueño de aquel lugar.

Los gemelos Ray eran hijos de dos famosos diseñadores de modas, creadores de la marca Ritnes. Siempre se había rumoreado que los padres de dichos gemelos, además del diseño de moda se dedicaban al tráfico de armas y lavado de dinero, sugiriendo estos rumores que de ahí venía su fortuna, pero nunca nadie había podido probar aquellas especulaciones.

Los gemelos a muy temprana edad comenzaron a seguir los pasos de sus padres, convirtiéndose en el dúo de diseñadores más joven de todo el mundo, a la edad de trece años periodo en que fue lanzada su primera colección, *Twins*.

Debido al éxito obtenido por su gran inteligencia, dedicación al trabajo y por supuesto las influencias y dinero de la familia, los gemelos obtuvieron un hotel el cual estuvo a nombre de su abuelo hasta que cumplieron la mayoría de edad; lo nombraron Hotel Ritnes.

Con solo diecinueve años ya eran los dueños de un prestigioso hotel y conocidos por toda la industria de la moda.

—Ray, creo que esta es la reacción más divertida que he visto en toda mi vida. Por lo general,

la gente se sorprende cuando nos ve por primera vez, pero este chico parece aturdido.

El gemelo de Rayden dijo entre risas, pero Rayden ignoró su comentario.

—Ray, estas flores no me las envió nadie, se las estoy comprando al vendedor de rosas.

—¿Eres idiota o qué? Mi nombre es Owen no vendedor de rosas —volvió a reprochar el chico, siempre le molestó que lo llamaran así, pero su comprador parecía disfrutar haciéndolo.

El gemelo de Rayden hizo una cara de burla cuando lo escuchó y miró a su hermano con interés, no podía creer lo que estaba viendo; su hermano sonreía como loco, mientras veía al chico que estaba parado frente a ellos.

—¿Quién eres? ¿Dónde está mi hermano? —preguntó entre risas mientras sacudía a su hermano, sosteniéndolo por los hombros—, por menos de esto has echado a otras personas a la calle.

Rayden era una persona muy temperamental, solía intimidar a la mayoría de las personas a su alrededor, cualquier cosa podía hacer que se enfadara, fue por eso por lo que su hermano se sorprendió al ver su reacción cuando el chico de las flores lo llamó idiota.

—Raykel, ¿Puedes callarte? —le dijo Rayden a su gemelo.

—De eso estoy hablando, ese es mi hermanito. Si continuaras siendo amable por más de dos minutos me preocuparía.

—Ya entregué las rosas, creo que debería retirarme en este momento— Owen habló en voz baja, quería marcharse de ese lugar lo antes posible, vio la cara seria que puso Rayden y no quería ser insultado. No es que sintiera miedo, solo quería evitar un mal rato.

Rayden lo miró por un momento y luego dijo; —Aun no te he pagado ¿te irás así?

Owen había olvidado por completo ese asunto. Se supone que ese era el propósito de estar allí, venderle las rosas y marcharse, nada más.

—¿Me las darás como regalo cumpleaños? — Continuó Rayden diciendo.

—Está coqueteando. Emir, mi hermano está coqueteando con el chico— Raykel le hablaba a su asistente llamado Emir, actuaba de manera exagerada de modo que llamó la atención de todos los presentes.

—Ray, debería bajar la voz o tu hermano se enojará otra vez— Dijo el asistente de Raykel, en su voz se podía percibir un notable nerviosismo.

Rayden escuchó esto y se giró para observar a su hermano con una mirada asesina. Tan pronto como sintió la furia de su hermano, Raykel actuó como si no supiera nada y fingió estar hablando algo muy serio con su asistente.

—Emir, ayúdame a elegir otra ropa para esta noche, no quiero vestirme como mi amargado hermano, ya es suficiente con compartir el mismo rostro.

Raykel se retiró antes de que su hermano lo maldijera. Pero el chico llamado Emir no se movió ni un centímetro, estaba perplejo mirando a Owen, en su rostro había una extraña expresión que no podía ser deducida con facilidad, Owen notó su mirada y se sintió un poco incómodo.

—Em, ¡vamos! — Raykel tiró del brazo de Emir —Ese chico y tú tienen el mismo color de cabello ¿crees que sea natural o tal vez se lo pinta?

Emir no dijo nada, simplemente pasó su mano por su cabello mientras pensaba en algo.

—Ya que me estas comprando todas las flores, puedo dejarte un arreglo gratis, tómalo como regalo.

Owen tomó un hermoso y delicado ramo de rosas y lo extendió hacia Rayden. No sabía que lo impulsó a hacer eso, pero lo hizo sin ninguna muestra de vergüenza.

Alrededor se escucharon murmullos por parte de los presentes, el rostro de Rayden se tornó

de un extraño sonrojo, y una leve sonrisa volvió a aparecer en su cara, aunque desapareció casi al instante porque el rey de los entrometidos volvió al ataque.

—¡Wow! ¡Wow!, por si lo olvidaste, somos gemelos lo que quiere decir que también es mi cumpleaños, debería recibir flores. ¿Cierto Emir?

Raykel dijo esto mientras volvía en sus pasos, arrastrando a su asistente con él a la muerte.

—Eh yo... —a Emir se le trababan las palabras y al final no dijo nada. Se veía nervioso, era evidente que quería salir corriendo de ese lugar.

Owen comenzó a sentirse avergonzado, y sin saber que hacer tomó otro ramo de rosas para dárselo a Raykel, pero el chico de mirada asesina lo detuvo.

—No las toques, esas rosas las pagué yo, lo que quiere decir que son mías. Todos ustedes a trabajar ¿o quieren ser despedidos? Y tú... —Esta vez se estaba dirigiendo a su hermano —¿No tienes nada que hacer? lárgate a otro sitio, entrometido. Emir, encárgate de que lleven las rosas a mi habitación.

Rayden comenzó a dar órdenes y todos seguían cada palabra que decía a excepción de una persona.

—Oye bastardo, soy tu hermano y me voy a entrometer en tu vida cada vez que me dé la gana. Y no puedes darme órdenes, tampoco a Emir, él es mi asistente no el tuyo. ¿Cierto Emir?

Raykel le gritó a su hermano en frente de todos, Emir no supo qué decir. Raykel era la única persona del lugar capaz de gritarle a Rayden. Nadie se alarmó por lo que estaba pasando, ya que, para todos, este tipo de peleas entre los gemelos era algo muy normal.

Owen estaba parado sin saber que hacer, nuevamente se preparó para irse devolviendo las rosas a su lugar original, pero Rayden lo detuvo diciendo con una voz suave y casi inaudible; —Ese es mi regalo ¿no? — Owen asintió —Entonces dámelo.

Owen se giró para mirarlo, de manera inconsciente sonrió y le entregó las rosas. Luego volvió hacia la entrada y se marchó. Pero antes de que se perdiera de vista escuchó una voz gritarle...

—¡Gracias!

—¿Ustedes qué me miran?

Owen siguió sonriendo, pero no se giró para ver a la otra persona, solo podía escuchar lejanas conversaciones a medias.

—¿Contra ese muro se accidentó tu corazón hermanito?

—Al principio estaba realmente molesto cuando las rosas cayeron al suelo, quería golpear tu cara.

El rostro de Owen sigue bañado en lágrimas, su apariencia es lamentable, pero no más que la persona acostada frente a él; pálido y sin mostrar ningún tipo reacción. Le duele verlo en ese estado, le duele no saber quién le hizo esto, le duele no haber estado junto a él para defenderlo cuando más lo necesitaba.

Después de haber sido encontrado en el fondo de un barranco, Rayden fue ingresado al hospital y lleva un año en coma. Un año que ha sido sinónimo de sufrimiento para aquellas personas que lo quieren.

—Ray, siempre esperaré por ti, ojalá que algún día me puedas perdonar— Owen extiende su mano y acaricia el rostro de Rayden antes de colocar en una mesa junto a la cama, un hermoso ramo de rosas.

—Feliz cumpleaños.

Pronunciar la frase "feliz cumpleaños" es algo que hiere aún más a Owen, no puede evitar sollozar y abrazarse al cuerpo dormido frente a él.

—¡No puedes estar aquí! ¿Ya olvidaste lo que sucedió la semana pasada?

Owen se sorprende al escuchar la persona que acaba de hablar, no había notado que había alguien más.

—¡Raykel!

—Debes irte.

Raykel usa un tono frío y cortante mientras le habla a Owen.

—Sabes que no dejaré de venir, aunque Eliz y Aron se opongan. Amo a tu hermano y nunca lo voy a dejar.

—La única razón por la que permito que lo veas es porque sé que mi hermano te amó con locura y porque la persona que amo es cercana a ti. No creo que seas culpable y por eso te he ayudado, pero no creas que lo seguiré haciendo, aléjate de una buena vez.

Owen sigue llorando en silencio, mientras mira a Rayden en la cama.

—Debes irte antes de que ellos lleguen, evita problemas, por favor al menos hazlo por él.

Muy a su pesar, Owen decide irse, ya ha tenido demasiados problemas y prefiere evitar algunos si está en sus manos hacerlo.

—Está bien, me iré, pero no puedo prometer que no volveré. Gracias por todo lo que has hecho en este tiempo.

Owen se da la vuelta para despedirse de Rayden, acaricia su cabello y con mucho cuidado se inclina para posar los labios junto a los de su novio dormido, y luego susurra unas palabras:

—Se que ya lo he dicho muchas veces y probablemente no puedes oírme, pero lo repetiré una vez más: te amo. Esperaré por ti, aunque la espera dure toda una vida.

Dicho esto, Owen se levanta y mira a Raykel quien tiene una extraña expresión en su rostro, como si estuviera ansioso por algo. Owen lo nota, peor no hace preguntas, sabe que Raykel no querrá hablarle de todos modos.

—¡Feliz cumpleaños!

—Solo lárgate— Raykel le responde sin siquiera dirigirle la mirada

Owen no dice nada más y sale de la habitación.

Una vez Owen sale de la habitación, Raykel se apresura a llamar a las enfermeras, hace un instante notó que su hermano movió las manos y aún continúa haciéndolo. Lo más sorprendente de esto es que la reacción se presentó cuando Owen lo besó, así como en los cuentos de hadas, el beso del verdadero amor despertando a la princesa, claro que esto no es un cuento, esto no es más que una realidad. Probablemente la razón por la cual Owen no notó nada es porque está demasiado distraído debido a la profunda tristeza que hay en su corazón.

Rayden comienza a temblar frenéticamente, está presentando una convulsión y esto hace que su hermano se asuste de muerte. La puerta se abre y entran dos doctores y una enfermera;

—Joven, debe salir de la sala.

—¡No! ¿Qué le pasa a mi hermano? ¿Qué le pasa?

Raykel grita con nerviosismo, su hermano está teniendo una especie de crisis que él no puede entender... en su pecho puede sentir una agonía espantosa, es ese mismo sentimiento que percibió aquel día cuando Rayden fue secuestrado.

—Debe salir, deje que nos hagamos cargo— Raykel es forzado a salir de la habitación mientras que más doctores se abren paso al interior de la habitación.

Ya ha pasado media hora y no se ha sabido nada, Raykel está dando vueltas en la sala de espera impacientemente y sus padres que acaban de llegar están sentados como que nada ha pasado. Mantienen una calma que hace que Raykel se sienta aún peor.

—¿Están aquí para torturarme?

—Estamos aquí para evitar que hagas una estupidez— responde la madre de los gemelos.

Al ver que un doctor se acerca, los padres de los gemelos se levantan del asiento, pero no dicen nada, en cambio Raykel grita histéricamente.

—¿Qué le pasa a mi hermano? ¿Cómo está? Doctor.

—El joven Rayden ya está estable y despertó del coma, pero…—El doctor guarda silencio por un momento antes de seguir hablando—...tiene pérdida de memoria de al menos dos años atrás del incidente. Aún no sabemos si es temporal o permanente, debe permanecer bajo observación para que podamos evaluar sus reacciones. Estuvo en coma durante un año, por lo tanto, hay muchas cosas que necesita procesar. Y debe ser sometido a varios tratamientos y estudios.

Tras escuchar al doctor, los padres de los gemelos solo asienten. Ambos parecen distraídos y preocupados, pero no por la salud de su hijo exactamente, es algo más.

—Necesito verlo— Dice Raykel con nerviosismo, está tan asustado que ni siquiera puede hablar con claridad.

—Sí, de hecho, él pidió ver a su hermano. Pero debe tener cuidado con las cosas que le dice, tenga presente que no recuerda dos años de su vida, además, estuvo en coma por un año, lo que quiere decir que hay tres años fuera de su memoria, en este momento su mente es muy frágil.

Raykel asiente y corre hacia la habitación donde se encuentra su hermano, dejando a sus padres hablando con el doctor. Al llegar frente a la puerta de la habitación, comienza a sentir miedo, hace un año que no ve a su hermano despierto y todo este tiempo ha deseado ver el día en que abriera sus ojos. Ahora que sabe que está despierto no tiene ni idea de lo que debe decir o cómo actuar frente a él. Suspira por un momento y abre la puerta...

Ahí está Rayden, acostado igual que antes, pero esta vez con los ojos abiertos, se ve débil y el hermoso brillo que alguna vez tuvo desapareció.

Rayden mira a su gemelo y las lágrimas comienzan a salir de sus ojos. No puede soportar ver esta imagen frente a él y se apresura a abrazarlo.

Entre lágrimas, Rayden comienza a hacer preguntas; —Ray, ¿Qué me pasó? ¿Por qué no puedo recordar nada? ¿Cómo es que estoy aquí hace un año?

Raykel se separa del abrazo para comenzar a hablar, pero...

—Ray, ¿Quién es Owen?

CAPÍTULO 02
TRES AÑOS ANTES.

—Ray, ¿me vas a decir lo que acaba de suceder o no? —Raykel lucía ansioso mientras abordaba a su hermano—. Dime por qué estás tan feliz; es demasiado extraño.

Rayden ignoraba por completo a su gemelo entrometido y observaba, sin dejar de sonreír, las coloridas rosas que adornaban su habitación en ese momento.

—Algo me dice que te gusta ese chico —dijo Raykel.

—Ese algo tiene razón. No tienes idea de lo que hice para poder hablarle. Esperé mucho por ese momento —afirmó Rayden sin apartar la mirada de aquellas rosas. Mientras más las miraba, más presente tenía el rostro de aquel chico grosero.

—¡Santa madre de los infiernos! ¿Qué acabas de decir? ¿En verdad te gusta el chico de las rosas?

—Su nombre es Owen, ¿no lo escuchaste?

—Tú mismo lo llamaste vendedor de flores.

—Quería molestarlo.

Con una sorpresa exagerada, Raykel se acercó a su hermano y comenzó a comprobar su temperatura corporal. Rayden siempre había sido una persona muy centrada en su trabajo y estudios, nunca había tenido una novia y tenía muy pocos amigos.

—¿Estás enamorado de él?

Rayden puso los ojos en blanco y miró a su hermano con cara de fastidio.

—Es atractivo y parece ser una persona muy interesante.

—Es un chico —interrumpió Raykel.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Rayden mientras se paseaba por la habitación, una clara señal de que algo le inquietaba.

—Yo no tengo ningún problema, pero...

—¡Lo sé!

Una vez, el padre de los gemelos expresó su desaprobación por las relaciones entre dos chicos. Los gemelos tuvieron un mal recuerdo de su fiesta de dieciséis años. Como era una fiesta normal de adolescentes, todos los jóvenes jugaron a algo divertido: verdad o reto. A Raykel le tocó besar a otro joven y como era muy extrovertido, no se negó a hacerlo. Pero justo cuando estaba dando el beso, su padre llegó y lo vio todo.

Lo que ocurrió después les quitó las ganas de organizar otra fiesta a los gemelos. Aquel muchacho recibió una paliza tan salvaje de su padre que les ponía los pelos de punta solo de pensarlo.

—No tienes razón para preocuparte. Probablemente no lo vuelva a ver nunca más.

—¿A quién quieres engañar? Lo esperaste por mucho tiempo. Estoy seguro de que no te rendirás tan fácilmente.

Rayden asintió. «Tienes razón», pensó.

—Después de todo, no solo nos parecemos físicamente, ¿verdad? —dijo Rayden en voz baja.

—¿De qué estás hablando?

—A pesar de todo lo que sucedió después de aquel beso, no te rendiste. ¿Cierto?

—¡Cállate! No... no estamos hablando de mí en este momento —a Raykel le temblaba la voz y en su rostro apareció un intenso sonrojo.

—¡Emir! —Raykel gritó el nombre de su asistente, quien apreció a su lado como por arte de magia—. ¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Acabo de llegar, señor.

—¿Por qué llevas un sombrero?

—Hace mucho calor y el cabello me molesta —explicó Emir, aunque no muy convencido.

—Me gusta como se ve.

—De eso estoy hablando —dijo Rayden y le guiñó un ojo a su hermano.

—¡Cállate, Ray! —Raykel le gritó a su hermano y luego se dirigió a Emir —Vámonos de aquí.

—Espera, ¿puedo saltarme la fiesta?

—No puedes hacerlo otra vez, el cumpleaños es de los dos. Así que los dos debemos soportar al menos una o dos horas. Prepara tu sonrisa más falsa y nos vemos en unos minutos en el salón de eventos —dijo Raykel más como una advertencia que cualquier otra cosa.

Una vez estando solo y bajo la idea de que tenía que ser partícipe del circo creado por su madre, Rayden volvió a su estado de ánimo habitual.

Estaba furioso, Eliz hacía que él y Raykel organizaran un gran evento poniendo como excusa su cumpleaños, donde ella podía invitar a sus amistades, compañeros de trabajo y un sinnúmero de personas que ni reconocía. Todo esto al final terminaba siendo un evento social y de grandes celebridades donde la prensa jugaba un papel fundamental ya que este era el objetivo principal.

La prensa siempre tuvo una sed de información y chisme que nadie nunca podía saciar lo suficiente; la multimillonaria familia Sarosh siempre estaba bajo su mirada y la señora Eliz lo sabía. Así que el cumpleaños de los gemelos era una buena ocasión para darles algo de material y desviar su atención de las cosas realmente importantes.

Después de un tiempo de vacilación, Rayden no tuvo más remedio que buscar ropa elegante para ponerse e ir a sonreír ante las cámaras y personas que no toleraba.

Owen

Luego de vender todas las rosas, volví a la floristería. Mi abuela se quedó asombrada al ver que había logrado venderlas en un día, por suerte no me interrogó sobre cómo lo hice y le di gracias al cielo por eso.

Sin embargo, había alguien que no iba a dejar el tema así y quería saberlo todo. Esa persona era mi mejor amiga Zoé, una estudiante de periodismo que se tomaba muy en serio su carrera.

Zoé trabajaba medio tiempo en la floristería, éramos amigos desde que éramos pequeños y la conocía muy bien, así que ya me imaginaba lo que me esperaba: su interrogatorio.

—¿Qué hiciste para conseguir el dinero? dudo mucho que hayas podido vender tantas rosas en tan poco tiempo... No me digas que vendiste tu cuerpo, ¿estás vendiendo drogas? ¡Oh por Dios, no lo puedo creer!

Zoé se cubrió la boca con ambas manos fingiendo estar sorprendida.

Su verdadero nombre era Phil y se destacaba por su dramatismo y su exageración, lo que la convertía en una persona muy divertida. En cuanto a su aspecto físico, era lo que muchos considerarían "perfecta". Poseía una figura andrógina muy atractiva, una piel mestiza y unos ojos grises, heredados de su madre, que le daban un toque exótico a su belleza. Pero no es necesario que se lo digas, ella es muy consciente de ello, créeme.

—No hice nada de lo que dices, una persona las compró todas.

Un sentimiento de nerviosismo me invadió al pensar en el tipo que chocó conmigo. Ese idiota

en serio me hizo enojar.

Le conté a Zoé lo que pasó, y sin darme cuenta, una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras hablaba. Al notarla, traté de disimularla.

—Tienes tanta suerte, le hiciste perder mucho dinero a tu abuela cuando hiciste que ese cliente misterioso se fuera.

Me vi obligado a vender flores en la calle por culpa de mi abuela, que me castigó así por arruinarle un importante encargo. Sin embargo, yo tenía mis motivos, quien vino a buscar las flores era alguien que quería acercarse a mí después de mucho tiempo. Su inesperado regreso a mi vida me emocionalmente inestable, quizás por eso fui tan grosero con Rayden cuando me tropecé con él, no estaba actuando como yo mismo.

Le dije a Zoé el resto de la historia sobre el nuevo cliente y le mencioné el lugar al que me había enviado para entregarle las rosas. Mi mejor amiga se quedó boquiabierta al escucharlo.

—¿Entraste al hotel? —Zoé hizo la pregunta mientras fingía respirar con dificultad—. Ese es el hotel de...

—De los gemelos...— Empecé a decir, pero Zoé me interrumpió con un grito. Su voz resonó tan fuerte que mi abuela y algunos clientes nos lanzaron miradas de reproche.

—¿No te inmutas al decir eso? Para muchos, y yo me incluyo, entrar a ese hotel sería un sueño hecho realidad.

—¿Qué tiene de especial?

Mi pregunta parecía sorprender a Zoé, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Zoé me explicó que ese hotel era muy conocido y que muchas celebridades se alojaban allí cuando visitaban la ciudad. Y que los gemelos tenían su residencia en ese mismo edificio.

Yo escuchaba con atención, pero no lograba comprender qué tenía de especial ese lugar. Reconozco que todo lo que vi era muy elegante y lujoso, pero no me despertaba ningún interés particular.

—La persona que te compró las rosas debió ser alguien importante.

—No sé si es alguien importante, pero su nombre es Rayden.

Zoé abrió la boca con asombro, y esta vez no era una de sus habituales exageraciones.

—Tienes una suerte increíble.

Su tono era grave, pero yo sabía que solía decir esas cosas, así que solo me reí. Estaba haciendo una escena.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Zoé suspiró y luego me miró de nuevo.

—Estabas en el cielo. Los hermanos Ray son famosos por todo lo que han logrado a su joven edad, por toda su fortuna y su belleza deslumbrante. Se dedican a la moda como sus padres y sus creaciones solo las usan celebridades y gente de la élite. La firma de la familia Sarosh es actualmente una de las más caras y espectaculares que hay. ¡Yo entregaría mi virginidad por uno de sus vestidos!

—¿Y cómo sabes eso?

Zoé me golpeó en la cabeza y luego agregó:

—Eso lo sabe todo el mundo, al parecer el único tarado eres tú.

No solía prestar atención a lo que ocurría fuera de mi entorno, ya que no me interesaban mucho las redes sociales ni cosas similares. Creo que era normal ignorar a las celebridades. Había oído hablar de los gemelos y sabía que eran muy famosos y ricos, pero no tenía tanta información como Zoé al parecer.

—No prestas atención a lo que te cuento y eso demuestra tu ignorancia. Si me muero de

aburrimiento, la culpa será solo tuya. —Zoé hizo otro gesto exagerado—. Te he hablado muchas veces de los gemelos y de todo lo que ocurre a su alrededor, cada vez que salen noticias sobre ellos es como encontrar joyas tiradas por el suelo. Solo aparecen en los medios de comunicación cuando tienen algún evento laboral o cuando son invitados a desfiles de moda por otros diseñadores. Nunca conceden entrevistas y las veces que ellos o su familia se han visto involucrados en escándalos, las noticias desaparecen como por arte de magia. Sin duda son personas muy influyentes. Hace unos años cuando Igor Sarosh murió, mucha gente comenzó a decir que realmente se había suicidado en su habitación, pero esos rumores se esfumaron tan pronto como aparecieron.

Escucharla daba la sensación de que estaba mirando un programa de farándula. Por esta razón casi nunca le ponía atención, hablaba de muchas cosas al mismo tiempo y eran temas poco relevantes. Pero esta vez estaba interesado porque no me perdía ninguna de sus palabras.

—¿Qué opinan en las redes de Rayden? —Lancé la pregunta sin querer y cuando quise rectificar, ya era tarde. Zoé me observaba con cara de desconfianza —Solo tengo curiosidad porque él fue el que compró todas las rosas, no hay otra razón —expliqué.

—¿Me escuchaste decir lo contrario?

Creo que me estaba exponiendo yo mismo.

—No te ilusiones con él, es famoso por su frialdad, su temperamento duro y su obsesión por el trabajo. Los rumores cuentan que se comporta así para mantener a distancia a los que lo rodean. Él y su gemelo son el sueño de muchos, pues son idénticos y hermosos a morir. Pero Raykel es más simpático con todos, siempre tiene una sonrisa y un trato amable, esa es la diferencia entre los dos; mientras uno es muy cordial el otro es extremadamente serio y gruñón.

Mientras recordaba lo que había pasado en el hotel, me preguntaba cómo era Rayden en realidad. A pesar de su actitud severa con los demás, nunca me trató mal ni me lanzó una mirada de desprecio. No podía convencerme de que fuera una persona fría.

—¿En qué estás pensando? ¿Por qué de repente pareces estar viajando al mundo de los sueños?

—Eh, yo... —no sabía qué decir.

—¿Tu qué? —Zoé era una experta en ponerme contra las cuerdas, lanzando una pregunta tras otra sin dejarme respirar ni ordenar mis ideas.

—Estaba pensando en cómo decirte que me acompañes al supermercado, quiero comprar algunas frutas.

—Lo siento, pero no puedo ir contigo. Tengo otros planes. Voy a asistir a un evento que se va a realizar en el mismo hotel donde estuviste hoy.

—¿Qué vas a hacer ahí?

—Deberías dejar de vivir en ese mundo imaginario que te has creado y volver a la realidad, al aquí y al ahora. —Zoé suspiró con fastidio—. Hoy es el día del cumpleaños de los gemelos.

—Eso lo sé.

—Los gemelos celebran su cumpleaños cada año con una gran fiesta. Solo los medios más prestigiosos y las celebridades más famosas pueden asistir a este evento exclusivo.

—¿Vas como invitada o como reportera de algún medio? —le pregunté a Zoé con una expresión seria mientras contenía la risa.

—¿Qué te crees? Idiota —Zoé me dio un leve empujón en la espalda —Habrá una zona fuera del hotel para los admiradores de algunas estrellas que irán al evento. Como ya sabes esta diosa estará en primera fila.

Tenía claro que ese día era el cumpleaños de los gemelos, por eso le regalé un ramo de rosas

a Rayden sin cobrarle nada. Aunque no sé qué me llevó a hacer ese gesto, luego me arrepentí y me dio mucha vergüenza. Preferí no contarle nada a Zoé, seguro que me hubiera dado una bofetada.

—¿Te puedo acompañar?

—¿Qué? ¿No ibas al supermercado?

Se me había pasado.

—Sí, tengo que ir. Hasta luego —salí a toda prisa de la floristería y llegué a la avenida principal. Oí que Zoé me gritaba algo, pero no entendí lo que decía. Por un instante se me ocurrió la idea de ir con Zoé a ese evento, pero era una tontería, no me llamaban la atención las celebridades, ¿de dónde salió ese interés?

En el evento, Raykel caminó hacia su hermano para decirle algo que su madre había pedido, sabía cuál sería la respuesta, pero aun así quiso mencionarlo.

—Mamá quiere que toquemos.

—Me niego a hacerlo —dijo Rayden, firme—. No voy a satisfacer los deseos de mi madre y sus fastidiosos invitados. Es nuestro cumpleaños y aquí estamos, simulando una alegría que no tenemos.

Rayden estaba furioso y en su rostro se podía ver con claridad.

—Tienes razón, no debería ser así. Yo tampoco quiero estar aquí, pero intenta calmarte, aquí hay muchos periodistas que solo están a la espera de que suceda algo fuera de lugar—. Raykel colocó un brazo sobre el hombro de su gemelo mientras hablaba.

—Vayamos a otro lugar, dejemos este circo. Es nuestro día, debemos ser felices a nuestra manera.

Rayden no solía hablar mucho sobre cómo se sentía, pero ese día estaba llegando al límite; por lo que, de alguna manera, hablar con su hermano era libertador.

Los gemelos se miraron por un tiempo sin decir nada hasta que Raykel rompió el silencio.

—No regreses tarde, sabes que hoy debes dormir conmigo.

—Es bueno no tener que decir en palabras algunas cosas, me conoces mejor que nadie.

Dicho esto, Rayden se dirigió hacia la salida ignorando todas las miradas que se volteaban a mirarlo. Algunas personas le hablaban, pero él actuaba como si no existieran.

Simplemente salió.

—¿Hacia dónde va tu hermano? ¿Por qué se empeña en hacerme quedar en ridículo?

La señora Eliz, madre de los gemelos, se apresuró a hacerle preguntas disimuladas a Raykel. Ella era una mujer de mediana edad extremadamente hermosa y elegante, el atractivo físico de los gemelos sin duda fue heredado de ella. Aunque lucía hermosa y firme, parecía estar a punto de desmayarse de la ira.

—Mi hermano va hacia la libertad. —En medio de risas Raykel le dijo esto a su madre antes de salir corriendo detrás de su gemelo.

—No está sucediendo nada, los chicos simplemente están atendiendo unos asuntos, volverán enseguida—. Dijo la señora Eliz en voz alta para que todos la escucharan, mientras mostraba una sonrisa visiblemente incómoda.

Antes de que Rayden entrara a su auto, Raykel logró alcanzarlo.

—¿A dónde vas?

—No lo sé, solo quiero alejarme de este lugar—, contestó Rayden.

—Entonces iré contigo. —Raykel se apresuró hacia el auto, pero sus pasos fueron detenidos.

—No, puede ser que alguien quiera darte algún regalo de cumpleaños. Si vas conmigo eso no sucederá —murmuró Rayden y mostró una sonrisa maliciosa.

—¿De qué estás hablando? —Raykel lucía totalmente confundido por las palabras de su hermano.

En lugar de responder, Rayden miró a la persona que estaba parada en silencio detrás de Raykel y sonrió levemente.

—No sé qué estas insinuando, pero...

—Lo sabes perfectamente— Rayden se acercó a su gemelo y besó su mejilla, luego se apresuró a marcharse en su lujoso auto.

—Bastardo hijo de perra, no te atrevas a romper nuestra tradición, es nuestro cumpleaños. Regresa a tiempo— Raykel gritó desde el estacionamiento privado mientras el auto de su hermano se alejaba.

—Entonces ¿es cierto que tienes un regalo para mí? —preguntó Raykel y se mordió el labio inferior.

—No señor.

Raykel puso los ojos en blanco, sin previo aviso agarró a Emir por la nuca y lo trajo hacia él. Lo besó con agresividad y le mordió el labio hasta hacerlo sangrar.

—No me llames señor. Si lo haces, te denudaré y te haré mío en este estacionamiento.

—Como usted diga... —Emir hizo una pausa y saboreó la sangre que salía de su labio —...señor.

Rayden

Un sentimiento de rebeldía me acompañaba desde que tengo memoria. No soportaba que nadie me impusiera su voluntad, porque me hacía sentir que perdía mi esencia. Por eso me negaba a participar en el espectáculo que mi madre armaba cada año para la prensa, fingiendo una armonía familiar que nunca existió. Estaba seguro de que mi ausencia provocaría un revuelo mediático, como el año pasado, cuando ni siquiera me presenté. Mi hermano salió al rescate con una excusa convincente: dijo que yo estaba enfermo por el exceso de trabajo y que él estaba en representación de los dos. Mi hermano siempre tuvo una impresionante habilidad para inventar historias. Pero esa vez no había manera de inventar una excusa, todos vieron cuando salí del evento. Además, no salí de la manera más cordial que digamos.

Conducía sin destino por la carretera, a una velocidad que reflejaba mi ira desbordada. Mis padres habían vuelto a estropear mi cumpleaños número veinte y solo quería olvidarme de todo con una copa, pero sabía que no era buena idea ir a un bar. Tampoco podía volver a mi casa ni al hotel, donde me esperarían los periodistas.

No tardé mucho en llegar a un supermercado. Al entrar, noté las miradas y los cuchicheos de la gente que consultaba sus teléfonos. Seguramente se habían enterado de mi huida del evento, que debía estar en boca de todos. Pero eso no me afectaba

Recorrí los pasillos observando las estanterías sin coger nada durante un buen rato, ignorando todo y a todos hasta que oí una voz grosera y vagamente conocida no muy lejos de donde me encontraba.

—¿Dónde demonios están las fresas?

Mi mente no identificó la voz enseguida, pero mi corazón sí, porque empezó a palpitar

descontroladamente.

—¡Aquí estás!

La voz resonó en mis oídos y sentí que se acercaba, que solo tenía que girarme para enfrentarme a su dueño. No sabía si se dirigía a mí o a alguien más y me invadió el miedo de comprobarlo, en ese momento ya sospechaba de quien se trataba o más bien, deseaba con todas mis fuerzas que fuera quien yo pensaba.

Me armé de valor y me giré, sin pensarlo dos veces, solo sé que de mi boca salió lo único que se me ocurrió al tenerlo frente a mí.

—¡Que sorpresa! El vendedor de flores está aquí. ¿Me estás siguiendo?

—¡Imbécil! ¿Cómo te atreves a llamarme así?

CAPÍTULO 03
EXTRAÑOS

Owen tenía en mente dos cosas: unas deliciosas fresas que quería conseguir y el rostro de un chico guapo que no podía olvidar. Estaba sumergido en su mundo cuando una voz lo sacó de su ensueño llamándolo vendedor de flores. Ese apodo le molestaba mucho, pero al ver quién se lo había dicho, se quedó paralizado. Rayden tampoco se movió. Se arrepintió de haberlo llamado así. No fue a propósito, fue un acto reflejo de su boca que parecía tener vida propia.

El silencio se prolongó entre los dos jóvenes mientras se miraban fijamente. Owen fue el primero en hablar y lo hizo con un grito.

—¡Me llamo Owen, estúpido!

Su voz resonó tan fuerte que atrajo las miradas de los que estaban cerca.

«¿Qué me pasa? ¿Por qué le grito así?» se preguntó mientras se tapaba la boca con la mano que tenía libre.

Rayden no pudo evitar sonreír al oír al otro chico malhumorado. Le resultaba irresistible ese carácter.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿Te divierto? —Owen volvió a alzar la voz, molesto, mientras sus mejillas se teñían de rojo.

—Baja la voz ¿No te da vergüenza que nos miren? —Rayden observaba a su alrededor mientras decía esto, muchas personas se habían girado para ver qué pasaba, mostrando curiosidad por el asunto.

—No me están mirando a mí, después de todo tú eres el famoso. No es usual encontrarse con alguien conocido en el supermercado.

Owen evitaba mirar a Rayden directamente a los ojos, su cara estaba tan roja que combinaba perfectamente con su cabello.

—Es cierto, yo soy conocido, pero con alguien tan bonito como tú a mi lado, toda la fama y lo que venga con ella será opacado al instante.

Al oír esto, Owen alzó la vista, sus ojos estaban abiertos como platos y aunque lo intentaba no podía articular ninguna palabra.

Rayden aprovechó el estado de sorpresa de la persona frente a él y dio unos pasos para acercarse, justo en ese instante se escucharon algunos gritos y cuchicheos de personas al final del pasillo que sacaron fotos sin pensarlo dos veces.

—Las fresas son mis preferidas —Rayden susurró esto estando a solo unos centímetros de Owen.

—¿¡Eh!?

Sin esperar a que Owen pudiera asimilar nada, sostuvo su brazo y tiró de él.

—Déjame ir. ¿Qué pretendes?

Owen se lo decía a Rayden, pero no hacía mucha fuerza para soltarse, solo se lamentaba sin cesar llamando la atención de todos los que estaban allí. Rayden pagó las fresas y otras cosas que llevaba Owen y siguió tirando de él hacia la salida. Todos los miraban extrañados, pero como no había señales de violencia nadie se metió.

—¿Qué te pasa? No puedes forzar a la gente a que haga lo que tú quieres... No tenías que pagar por mis cosas, no me conoces.

Owen hablaba sin parar, hasta quedarse sin aire, pero Rayden solo lo observaba y le sonreía ampliamente.

—Eres lindo.

—¿Qué?

Owen no podía creer cómo ese loco solo podía sonreír encantadoramente y decir "eres lindo" tan fácilmente. Eso lo desconcertaba aún más.

—Tenemos que salir de aquí.

—Estoy de acuerdo —respondió Owen —pero suéltame el brazo, yo puedo irme solo.

—No voy a dejarte aquí abandonado, acompáñame.

Al oír esto, Owen empezó a sentirse un poco nervioso. Le parecía extraño que un chico guapo, sexy, famoso y sobre todo desconocido quisiera llevárselo con él.

«¿Y si es uno de esos tipos ricos y atractivos que buscan esclavos sexuales? solo de pensarlo me estremezco» Por un instante Owen imaginó escenas raras que había visto en películas, pero luego recuperó el sentido y dijo:

—¿Irme contigo? eso es una locura. No nos conocemos ¿no te parece inapropiado?

Lo que Owen dijo era lógico, pero Rayden sabía que solo quedaban unos minutos para que ocurriera algo y por algún motivo que aún no entendía bien no quería que ese simpático pelirrojo se viera involucrado en el desastre que se avecinaba.

—Además, no creo que a alguien como tú le convenga que lo vean con alguien como yo.

—¿Qué quieres decir? —el tono con el que Rayden hizo la pregunta era inexplicablemente melancólico.

Owen experimentó un leve remordimiento, aunque en realidad no tenía claro si lo que acababa de decir era algo ofensivo o no, pero la pena en los ojos de aquel extraño lo afectó.

—Pronto, los reporteros nos rodearán —murmuró Rayden con una voz serena, pero intensa, casi imperceptible.

No había acabado de hablar cuando vio destellos de cámaras y algunos reporteros lanzando preguntas al aire. Rayden agarró de nuevo el brazo de Owen y sintió el pulso acelerado junto al suyo, luego abrió la puerta del coche y lo empujó adentro.

—¿Qué haces? ¿Es esto un secuestro? —Owen gritaba alterado.

—Tú eliges, puedes quedarte aquí —dijo Rayden mientras ponía en marcha el coche y salía a toda velocidad del estacionamiento, esquivando a los reporteros que acababan de llegar y dejando a Owen sin más alternativa que quedarse a su lado. El coche se movía con agilidad entre el tráfico, esquivando otros vehículos y semáforos.

Owen no podía enfadarse, por más que lo intentara. Aquella era la aventura más insólita y emocionante que había experimentado y una parte de él la estaba disfrutando. Aunque su conciencia le reprochaba que subirse al auto de un desconocido era una imprudencia que podía costarle caro, se sentía atraído por Rayden, el extraño que lo había arrancado de su monotonía con una sonrisa y una gran excusa.

—Aquí está bien —indicó Owen tras un silencio mientras observaba el exterior.

—¿Tu casa está cerca? —preguntó Rayden.

—Los periodistas se han ido, puedo coger un taxi.

—¿Qué tipo de música prefieres?

Owen no podía creer lo que oía, este chico lo estaba ignorando por completo.

—Para el coche —ordenó.

—Dime dónde vives y te llevaré.

—¿Eres siempre tan obstinado? —cuestionó Owen con una voz que intentaba sonar casual cuando en realidad empezaba a sentir pánico. Por muy entretenido que fuera todo aquello, sabía que no era normal que se paseara de noche por la ciudad en el coche de un extraño como si nada.

Rayden se rio a carcajadas y dijo:

—No temas, vendedor de flores, no soy un mal tipo.

Owen esbozó una sonrisa casi involuntaria, no sabía si estaba siendo demasiado crédulo, pero optó por confiar en que aquel extraño no le haría nada malo.

—Continúa por la avenida principal hasta salir de la ciudad —le indicó sin apartar la vista del panorama urbano que se extendía más allá de la ventana mientras el coche aceleraba.

Rayden no podía creer que se había encontrado con el vendedor de flores en un supermercado. ¿Qué hacía allí si vivía tan lejos de la ciudad? No le importaba, solo se alegraba de haber podido hablar con él y convencerlo para poder acompañarlo a su casa. Mientras conducía a toda velocidad, miraba de reojo al chico tímido que iba a su lado, recordando la primera vez que lo vio. Se sentía feliz y agradecido por esa oportunidad inesperada de reencontrarse con él y quizás algo más.

—Quiero quedarme en tu casa —declaró Rayden sin rodeos.

Owen se quedó paralizado, sin saber si había oído bien o si estaba alucinando. Su mente estaba tan confundida que no podía reaccionar.

Ante la falta de respuesta de su interlocutor, Rayden insistió en su petición.

—Quiero quedarme en tu casa.

El joven perplejo no sabía si Rayden hablaba en serio o no, pero optó por seguirle la corriente, aunque el temblor en su voz lo delataba.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte conmigo?

—¿Qué? ¿Te da miedo?

—No tengo miedo —dijo Owen con voz temblorosa.

—Entonces ¿Qué tal si me invitas a pasar la noche?

Owen frunció el ceño al escuchar la propuesta de Rayden.

—¿De eso se trata?

Rayden soltó una carcajada y bajó la marcha del coche para poder fijar su mirada en Owen.

—No te lo tomes tan en serio. No soy exigente. Con que me dejes un rincón en tu sala me conformo.

Owen captó el tono de broma en su voz y decidió seguirle el juego:

—Ni hablar, si te quedas en mi casa, te toca compartir la cama.

Rayden frenó el coche tan bruscamente que casi causa un choque. Había entendido mal las palabras de Owen.

—Quiero decir que, te cedería mi cama; no estaría bien hacerte dormir en el sofá. —aclaró Owen y le regaló una sonrisa traviesa y coqueta.

—¿Qué hiciste para que los periodistas te acosen así?

Rayden se encogió de hombros y sonrió con ironía.

—Nada fuera de lo común, solo me fui de mi propia fiesta de cumpleaños.

Owen no pudo evitar sentir curiosidad por la vida de Rayden, pero tampoco quiso ser indiscreto. A pesar de compartir el mismo vehículo, apenas se conocían.

—A veces quisiera tener el poder de cambiar las cosas y dejar de ser quien soy, me hace falta un poco de libertad.

—¿Dejar de ser quién eres? —preguntó Owen sorprendido—. No tienes que renunciar a tu esencia para ser libre, no debes sacrificar lo que te hace único y dejar que controlen tu vida.

Owen le dedicó una sonrisa tímida y luego desvió la mirada, ni siquiera supo por qué dijo eso.

"..."

Después de unos minutos señaló con el dedo una floristería y dijo:

—Ahí vivo yo.

Rayden lo miró con incredulidad y le preguntó:

—¿En serio vives en una floristería?

—Es un edificio de dos plantas, la floristería está abajo y mi casa arriba. —explicó Owen mientras salía del coche y se despedía con un gesto. Luego se arrepintió de su falta de cortesía y regresó a la ventanilla del coche.

—¿Quieres entrar? —habló tan deprisa que Rayden no entendió lo que decía.

—¿Cómo?

—¿Quieres entrar? —repitió sin pensar en lo que estaba haciendo.

Rayden se quedó boquiabierto, no podía creer su suerte. Sin decir nada, salió del coche y se maravilló al ver mejor el lugar.

—No sabía que hubiera un sitio así en la ciudad.

—No está exactamente en la ciudad —Owen rio suavemente.

—Está en un lugar muy conveniente, ni muy cerca ni muy lejos. No me importaría conducir hasta aquí todos los días.

Owen no supo cómo interpretar esa declaración.

Una casa con un letrero luminoso que rezaba: "Floristería de los Recuerdos" les dio la bienvenida. La fachada estaba decorada con plantas trepadoras y luces amarillas que creaban un ambiente cálido y agradable. El lugar estaba lleno de flores y árboles de distintas formas y colores que le daban vida a cada espacio. A pesar de la oscuridad de la noche, se podía ver todo con claridad gracias a las lámparas que iluminaban el exterior.

Owen llevó a Rayden hasta un banco que había al lado y le hizo un gesto para que se sentara.

—¿Acostumbras a invitar a desconocidos a tu casa? —preguntó Rayden mientras cruzaba las piernas.

—No, ¿y tú? ¿acostumbras a aceptar invitaciones de desconocidos?

—Es la primera vez que lo hago —confesó Rayden con sinceridad—. ¿Te volveré a ver?

—Solo soy un sueño ¿los sueños se vuelven realidad? —Owen intentó hacer una broma, pero...

—Entonces cuando despierte te buscaré y haré que seas mi realidad.

«Eres ágil con las palabras» pensó Owen.

Rayden estaba listo para continuar con aquel juego de palabra, pero entonces su teléfono comenzó a sonar. Frunció el ceño y observó la pantalla durante unos segundos antes de contestar de mala gana:

—¿Qué quieres?

«Estás en problemas. ¿Quién es el chico?»

Al escuchar la pregunta que hizo su hermano, Rayden comprendió al instante cuál era el problema.

—Bien, te veo en media hora —dijo Rayden y colgó la llamada.

—¿Todo está bien? —preguntó Owen.

—Lo siento, tengo que irme. Tus cosas aún están en mi auto, iré por ellas.

Rayden no esperó a que Owen dijera nada, se levantó del asiento y caminó hacia el auto. Cuando regresó, Owen sostenía una hermosa orquídea en sus manos.

—Esto es para ti —dijo Owen mientras extendía la planta hacia Rayden.

—Estas son tus cosas.

Los jóvenes intercambiaron lo que tenían en sus manos y no dijeron nada más.

Pasados unos instantes, Rayden se marchó.

Owen no se movió ni un centímetro hasta que el coche de Rayden se perdió en la noche. Luego entró a su casa y fue directo a la cocina para guardar lo que había comprado en el supermercado. Al coger el paquete de fresas, se dio cuenta de que tenía una nota adhesiva con algo escrito a bolígrafo.

"Gracias por hacer de mi cumpleaños algo mejor, vendedor de flores"
Más abajo se podía leer un número telefónico acompañado de otra frase.
"Si me escribes te convertirás en mi realidad, si no lo haces seguirás siendo mi sueño. Tú decides, hermoso extraño"

CAPÍTULO 04
EMOCIONES.

Rayden

No fui consciente del tiempo que me tomó llegar al hotel, me di cuenta de mi ubicación cuando ya estaba en el elevador en dirección a la habitación.

—Estás loco y eres un tonto ¿Dónde demonios estabas?

No me sorprendió ver a Raykel en mi habitación, ya sospechaba que me estaría esperando para interrogarme.

—No es tu asunto —le respondí.

—¿Con quién estabas?

Su forma de hacer la pregunta me indicó que conocía la respuesta, pero aun así insistió en preguntar, así que opté por hacer caso omiso mientras buscaba dónde poner la orquídea que Owen me había obsequiado.

—Mira esto.

Raykel me acercó su teléfono para enseñarme algo. Había un montón de fotos que seguían cada movimiento que hice después de salir del evento, eso ya lo imaginaba.

—¿Cuál es el problema? —pregunté sin darle mucha importancia, lo único que podía preocuparme era si Owen llegaba a ser expuesto, pero no era así, en las fotos que aparecía no se podía ver su rostro.

—No entiendo por qué te ves tan tranquilo. Sabes que si los malditos medios sensacionalistas se proponen averiguar quién es el chico en las fotos lo harán.

—No sabrán quien es. Es imposible, en las fotos solo se puede ver su cuerpo de espalda —dije mientras le mostraba las fotos que él mismo había buscado para que yo viera.

—Es Owen, señor.

No me había dado cuenta de que el guardaespaldas de Raykel estaba presente, observando desde una esquina de la habitación. Era como una sombra muda que acompañaba a Raykel a todas partes y lo examinaba todo con ojos gélidos. Me estremecí al escucharlo hablar. Sin embargo, no estaba dispuesto a ignorar lo que había dicho.

—¿Qué dijiste?

—El chico de las fotos es el mismo que estuvo en el hotel esta mañana. Se llama Owen y vive con su abuela en el piso superior de una floristería. Casi no tiene amigos cercanos, solo uno llamado Phil. Le gustan mucho las flores y pronto se graduará en Ingeniería Agronómica. Solo visita un supermercado que queda en el centro de la ciudad, a pesar de que vive en las afueras... ¿Hay algo más que quiera saber?

Naturalmente estaba sorprendido, era impresionante como Emir sabía tantas cosas de Owen en tan poco tiempo. Me quedé pensativo y solo se me ocurrió una posibilidad.

—Él lo hizo por su cuenta —Raykel leyó mi mente antes de que le dijera nada, y yo me volví hacia Emir.

—¿Por qué lo investigaste? —mi voz sonó más molesta de lo que pretendía, quería saber por qué lo hizo.

—Yo...

En lugar de presionarlo más, mi hermano lo invitó a retirarse porque notó que estaba acorralado. En ese momento Emir me resultó demasiado sospechoso.

—Aléjese del chico, sería muy problemático si siguen encontrándose. —dijo Emir antes de salir de la habitación. Su tono no me agradó, pero lo dejé pasar por el momento.

—¿No crees que tu guardaespaldas está más paranoico de lo normal?

—Solo quiere lo mejor. Además, yo me preocuparía más por nuestro padre y me olvidaría de Emir. —respondió con frialdad, y supuse que en ese momento si estaba a punto de escuchar cual era el verdadero problema

—¿Qué quieres decir? —pregunté, tratando de ocultar mi nerviosismo.

—Nuestro encantador padre quiere saber quién es el chico de las fotos. —soltó Raykel sin rodeos, clavando sus ojos en los míos.

Un nudo se formó en mi garganta. Sabía que mi padre no iba a dejar pasar lo que había ocurrido; su reputación y su influencia eran lo más importante para él y no dudaría en recurrir a medidas extremas para preservarlas. No sabía cuáles eran sus planes ni sus motivos, pero de algo estaba seguro: me inquietaba lo que pudiera pasar.

No me importaba enfrentarme a las consecuencias de haber causado un alboroto, pero el vendedor de flores... Mierda. Al pensar en él me reprochaba a mí mismo por ser tan impulsivo

Raykel me sorprendió con su pregunta.

—¿Tienes remordimientos?

—¿Qué?

—¿No te arrepientes de haber involucrado a ese chico en tus problemas? ¿O acaso sientes algo más por él?

«¿Remordimientos?» Me pregunté a mí mismo y reflexioné un instante. ¿Sería eso lo que me hacía sentir así?

—Tal vez Emir tenga razón al final. Ustedes viven en mundos distintos, él podría complicarte la vida, y tú a él, bueno... mejor ni lo mencionemos. Nunca te había visto tan interesado en alguien y me alegra por ti, pero apenas se conocen y ya son noticia. Tú sabes lidiar con la exposición pública, ¿pero él podrá hacerlo?

Aunque una parte de mí aceptaba que Raykel tenía razón, no estaba dispuesto a darme por vencido tan fácilmente. Había esperado mucho tiempo a Owen y no estaba dispuesto a dejarlo ir, a pesar de las dificultades que eso implicaba.

"..."

"..."

Un mensaje en mi teléfono interrumpió el ensimismamiento en el que me encontraba.

—¿Quién te escribe? —preguntó Raykel sin esperar a que lo leyera.

—¿No te irás?

—No, hoy me quedo contigo. ¿No recuerdas nuestra tradición?

Claro que la recordaba, pero deseaba un momento de soledad.

Miré el teléfono y vi que tenía decenas de mensajes, pero el último me impactó más. Era de un número desconocido. Al abrirlo, sentí que el mundo se me venía encima. Estaba totalmente aturdido.

No había texto en el chat, solo una foto, una foto que lo decía todo.

—¿Fresas? Parecía que alguna chica te había mandado sus senos o algo así por la cara que pusiste —comentó Raykel acercándose a la pantalla de mi teléfono.

—No te metas en lo que no te importa —no podía razonar bien así que opté por gritarle a mi hermano. —Vete a tu habitación.

Enseguida me arrepentí de mis palabras, Raykel tenía los ojos llenos de lágrimas y los labios temblando. Estaba a punto de llorar y yo era el culpable, no debí alzarle la voz.

—¿Ya no quieres que duerma contigo? —preguntó Raykel y unas lágrimas resbalaron por su cara y mi corazón se encogió al momento, no podía soportar eso.

—No lo dije así, anda a tu cuarto y habla con Emir, él debe estar esperándote, luego vuelves aquí.

Le sequé las lágrimas mientras él asentía. A veces parece un niño consentido.

CAPÍTULO 05
DESEOS DE VERTE.

Cuando Owen vio el número telefónico de Rayden en el *post-it* junto a las fresas, su corazón se aceleró; estaba muy emocionado. Después de dudar mucho, decidió enviarle una foto de las fresas, pero luego se arrepintió. No había escrito ningún mensaje para acompañar la imagen, solo eran fresas. Su vergüenza aumentó cuando se dio cuenta de que Rayden había visto el mensaje, pero no respondió.

Al amanecer, se levantó de la cama y buscó su teléfono con ansiedad. Lo tomó entre sus manos y respiró hondo antes de encenderlo. Con los ojos cerrados, pulsó el botón de desbloqueo y esperó unos segundos. Luego, los abrió poco a poco, pero...

—¿Qué estás haciendo?

Sobresaltado, Owen ocultó su teléfono debajo de las sábanas y se giró hacia la voz que había irrumpido en su habitación.

—¿¡Zoé!?

—¿Estás viendo porno tan temprano? —preguntó su amiga con curiosidad y diversión.

—No, no es eso. Estaba revisando unos mensajes... —balbuceó Owen nervioso.

—Vamos, déjame ver. ¿Qué es lo que te tiene tan intrigado? —insistió Zoé, acercándose a él.

—¿Por qué entraste a mi habitación sin tocar?

—La puerta no tenía seguro, esto quiere decir que podía pasar. Además, trabajo en la floristería, ¿ya lo olvidaste?

—Exacto, trabajas en la floristería no en mi habitación.

Zoé entró en la habitación con una sonrisa burlona, fingiendo estar herida por sus palabras.

—Mi corazón está hecho pedazos, me has traicionado, me echaste al olvido, ya no significo nada para ti.

Owen no le dio importancia al escándalo que armaba su amiga extrovertida, y la dejó hablar sola. Buscó el teléfono que había ocultado entre las almohadas y con nerviosismo, lo encendió. En la pantalla, un mensaje de Rayden lo hizo ruborizarse: "Esto quiere decir que no fue un sueño, ahora eres mi realidad". Owen se pellizcó la mejilla, ¿sería posible?

—No me ignores, estabas en una cita y no me dijiste nada. Eso es traición —insistió Zoé.

—¿Cita? ¿De qué estás hablando? —preguntó Owen confundido.

Zoé sacó su teléfono y buscó algo rápidamente. Luego se lo entregó a su amigo. —Aquí tengo la prueba de lo que hiciste.

Owen no podía hablar, lo que Zoé le había enseñado era una foto de él con Rayden, su cara no se distinguía bien, pero era él sin duda.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó Owen como si aún no pudiera creer lo que veía.

Zoé se dio cuenta de que su amigo ignoraba que se había vuelto viral en Twitter, lo que le demostraba lo distraído que era.

—No te agobies, ya han eliminado muchas de las fotos de internet. —Zoé lo observó con curiosidad —Quiero saberlo todo, así que empieza a contarme.

—Necesito darme una ducha...

—No te hagas el loco, no hay escapatoria. ¿Qué hacías con él? ¿Cómo se encontraron? ¿Se fugó del evento para verte? ¿Por qué te subió a su coche? ¿Adónde fueron? ¿Has dejado de ser virgen?

—Ya para —gritó Owen.

—Moriré por la curiosidad y será tu culpa.

Owen respiró hondo, resignado ante el fracaso. Le relató a su amiga todo lo que había pasado desde que se topó con Rayden en el supermercado hasta que se despidió de él junto a la floristería.

—Es muy raro que te hayas cruzado con él dos veces el mismo día —comentó Zoé con aire pensativo, imaginando mil cosas en su cabeza, seguramente.

—¿Qué tiene de raro?

—Es rico y famoso, no es alguien que te encuentres por la calle, así como así. Tiene que haber una razón muy especial para que eso ocurra.

—Probablemente soy especial ¿no lo crees? —bromeó Owen.

—No, no lo creo.

—Eres cruel.

—Soy realista.

Owen observó de nuevo la foto en el celular de su amiga y sintió una punzada de inquietud.

—¿No te parece que esas fotos les pueden traer problemas?

—Claro que sí, y a ti también te afectarán. Esas fotos no son comprometedoras, pero algunos te verán como el amante de ese joven millonario.

«¿Amante?» Owen se tapó la cara con las manos mientras intentaba alejar ese pensamiento de su mente.

—Te gusta él, ¿verdad?

—No estoy seguro —respondió Owen sin pensarlo.

—¿Cómo puedes no saber si te gusta? Los gemelos son irresistibles para cualquier ser en este mundo, sin importar el género. Son tan atractivos que me dan rabia.

—Sí, son muy atractivos. Pero nunca me he enamorado de nadie. ¿Cómo puedo reconocer si eso está pasando? Fue muy agradable estar con él, aunque apenas lo conozco. Quizás es muy pronto para saber si me gusta.

Para Owen todo eso era irreal, lo que estaba ocurriendo parecía parte de una trama absurdamente cliché de las tantas novelas románticas que había leído.

—Aunque debo admitir que no sabía que decirle cuando agregué su número y...

—¿Tienes su número? —interrumpió Zoé sin poder creerlo.

Owen asintió como respuesta.

—Solo podemos contemplar con admiración a personas como él. —Zoé habló con seriedad, sin hacer ninguna broma ni exageración. —Si te enamoras de alguien que tiene una vida como la de Rayden, solo conseguirás que tu corazón se rompa.

—No estoy enamorado. Y aunque lo estuviera, dudo que él sienta algo por los chicos y, aunque así fuera, ¿por qué se fijaría en mí?

Zoé soltó un profundo suspiro y se fue sin decir más.

Ante la inesperada y abrupta reacción de su mejor amiga, Owen se sintió aliviado de que se fuera justo entonces, ya que su teléfono empezó a sonar con la llegada de nuevos mensajes.

«¡Buenos días! ¿Es este el número de un chico vendedor de flores?»

«Tengo miedo de haber malinterpretado las cosas, llevándome esto a cometer un error»

Owen sonrió y comenzó a escribir de inmediato.

«Lo siento, este número pertenece a Owen. No conozco a ningún vendedor de flores.»

El remitente tardó unos cinco minutos en contestar, pero su respuesta fue clara y directa.

«Es agradable saberlo, el chico llamado Owen es aún más lindo»

Al leer el último mensaje, Owen dejó caer el teléfono como si este le quemara.

Rayden

Una semana había transcurrido desde que conocí a ese encantador chico de cabello rojo. Me encontraba en mi oficina, indeciso sobre si llamarlo o no. Nuestro contacto había sido escaso y superficial. Solo nos enviábamos *stickers*, imágenes y enlaces de videos musicales. Era una manera de decir "estoy aquí", pero yo quería saber más de él. Sin embargo, no sabía cómo iniciar una conversación más profunda.

—Si no vas a hacer nada, mejor vete de aquí.

Raykel estaba enfadado ya que revisaba unos documentos mientras yo solo miraba mi teléfono.

—Estoy pensando —le respondí con voz distraída.

—¿Y eso cómo me beneficia?

No tenía ganas de discutir con Ray, así que lo dejé de lado. Había intentado llamar a Owen unas diez veces, pero siempre me arrepentía. Me sentía muy inseguro.

—Como ya has decidido ir tras ese chico y sé que no cambiarás de parecer, actúa con madurez.

—Y tú actúa como mi hermano y no como mi madre.

Mi hermano soltó los documentos sobre el escritorio y me miró fijamente.

—No eres así, no eres de los que dudan, no le tienes miedo a algo tan simple como llamar por teléfono. Si quieres hablar con él, hazlo. ¿Te gusta?, dile.

—¿Qué hago si le propongo salir y me dice que no?

Quizás recuerden lo que mencioné antes, sobre que no iba a darme por vencido tan fácilmente. Pero confíen en mí que esto no era cuestión de vencer o perder, sino de tener miedo.

—Antes de preocuparte por eso, llama y pregúntale. Después vemos qué pasa. Si no lo intentas, nunca sabrás qué pudo haber sido. Tranquilo, yo sigo pensando que una relación entre ustedes tendría problemas, pero si ya tomaste una decisión, cuentas con mi apoyo.

Me sentí un poco más tranquilo. Era bueno tener a alguien con quien conversar de todo. Mi hermano era un gran soporte, aunque últimamente me estaba dando muchos sermones cuando lo normal era que yo se los diera a él.

—Había olvidado que tienes experiencia en este asunto de las relaciones.

—No entiendo a qué te refieres.

Era evidente que lo sabía muy bien, pero pretendía ser inocente. Por eso decidí presionarlo un poco.

—Me refiero a tu relación con... mmm...

Antes de que acabara la frase, Raykel se puso de pie y me tapó la boca.

—No digas eso tan alto— Raykel miró hacia la puerta con miedo de que hubiera alguien cerca —¿Por qué siempre insinúas cosas? nunca te he confesado nada.

No sé por qué se mostraba sorprendido, yo siempre lo supe todo sobre él, aunque no me lo dijera.

—Siempre ha sido claro para mis ojos. Creo que mereces un golpe por no decírmelo nunca.

Me puse de pie para salir de la oficina, debía ir al salón de eventos. Raykel me siguió hablando en susurros para que nadie más lo escuchara.

—No se trata de mí. Sabes que nunca te ocultaría nada.

—Aunque quisieras no podrías —le dije.

—Ni siquiera estoy seguro de si lo nuestro se le puede llamar relación.

Me sentí mal por él al escucharlo tan triste.

—Estoy seguro de que sus sentimientos hacia ti son tan fuertes como los que tú tienes por él. No sé lo que sucede entre ustedes, pero sí sé que significas mucho para Emir.

Lo dije en serio, su guardaespaldas era super raro y siempre le tuve resentimiento, pero quería mucho a mi hermano y eso no podía negarlo.



Después de nuestra conversación, Ray y yo fuimos a supervisar los ensayos de los modelos que participarían en el próximo desfile. Sin embargo, al cabo de unas horas se me ocurrió una idea descabellada.

—¿Me harías un favor? —le dije a mi hermano y por su cara supe que ya adivinaba lo que le iba a pedir.

—¡Eh! No me puedes dejar todo el trabajo a mí, tengo planes, ¿a dónde vas? vuelve aquí desgraciado —oí sus gritos, pero no me detuve—. Si vas a descuidar el trabajo, mejor no te enamores y sigue siendo un amargado pero responsable.

—¡Raykel!

—Está bien, lo siento. Te amo, cuídate. Ve por él.

No pude evitar reírme.

Un lujoso y llamativo auto negro se encontraba frente a la floristería de los recuerdos, atrayendo las miradas de todos los que pasaban por ahí. Dentro del vehículo, un joven guapo de veinte años se debatía entre la indecisión y el nerviosismo, sin saber cómo actuar para dar el siguiente paso.

Rayden había tenido la brillante idea de ir a visitar a Owen, pero al llegar al lugar se arrepintió de su decisión. Le parecía imposible salir del auto y enfrentarse a él.

El tiempo transcurría y él seguía en el interior del vehículo, observando la floristería como un delincuente que esperaba el momento oportuno para cometer una fechoría.

Rayden se asustó cuando alguien golpeó la ventana de su auto. Pensó que lo iban a reprender por quedarse tanto tiempo ahí, pero lo que ocurrió después lo dejó atónito. Un chico de rostro atractivo se asomó al bajar el vidrio.

—¿Acaso he muerto? ¿Eres el ángel que vino a buscar esta pobre alma perdida para llevarla al cielo?

Rayden estaba habituado a que la gente se exaltara al verlo, pero esto superaba todo lo que había visto antes.

—Te envié para que le preguntaras a la persona del auto si deseaba algo, no para que gritaras tonterías.

Una señora mayor que salía de la floristería comenzó a regañar al chico junto al auto de Rayden.

Rayden pensó que lo mejor era bajarse del coche y enfrentarse a la situación. Sin embargo, al abrir la puerta, la persona que le había golpeado el cristal de la ventanilla cayó desplomada sobre él. Así se vio envuelto en un lío realmente complicado.

—¿Qué pretendes hacer? —La mujer siguió chillándole al individuo que al parecer se había desvanecido, mientras Rayden intentaba sostenerlo.

—Disculpe señora, creo que este joven está enfermo, ¿habría que llevarlo al hospital? —preguntó Rayden.

—Soy una dama, ¿no lo ves? no me trates como si fuera un hombre. Pero sí, creo que

necesito ir al hospital, me siento muy débil.

Zoé estaba siendo la protagonista de todo un drama y esto estaba impacientando a la señora que acaba de llegar.

Rayden se alejó de Zoé al darse cuenta de que estaba fingiendo y adoptó una expresión muy seria.

Al ver la cara de Rayden con claridad, la anciana se puso ligeramente pálida.

—Es uno de los gemelos —afirmó ella. Rayden se sintió desconcertado por su reacción, pues el rostro de la señora denotaba temor y angustia.

—¿Qué ocurre, abuela? —preguntó alguien a lo lejos.

Rayden recuperó su compostura; su corazón latía con fuerza y se sentía tambaleante. Sabía de quién era aquella voz, era él, la persona que tanto anhelaba ver.

—No pasa nada, solo es otro drama de Zoé.

La abuela caminó hacia su nieto para encontrarse con él y detenerlo. Owen se sorprendió, porque la abuela ejercía fuerza para hacer que retrocediera.

—Entremos —dijo la abuela con un ligero tono de agresividad y volvió a tirar del brazo de su nieto.

—¡Abuela! —Owen se soltó del agarre y la miró en busca de una explicación.

—Es que...

—Creo que está aquí por ti —Zoé interrumpió a la abuela y le dio a Owen un ligero empujón hacia Rayden.

Owen no había notado la presencia de aquel chico elegante que lo miraba con ojos penetrantes mientras ponía una inexplicable expresión en su rostro. Sintió un gran peso en sus piernas a medida que se acercaba, de pronto su corazón se aceleró y comenzó a latir de una forma que probablemente no era normal.

—¿Cómo... cómo llegaste aquí? —Owen se sorprendió al ver a Rayden y formuló la pregunta sin pensarlo mucho. No estaba molesto, pero sí muy asombrado.

—Eres muy atractivo...—Rayden soltó el cumplido sin darse cuenta de lo que decía —Eh, quiero decir... yo deseo... bueno. Quiero invitarte a salir.

Rayden balbuceaba sin parar, nunca había sentido tanto nerviosismo como ese día. Las palabras se le escapaban de la boca sin que él las controlara.

—Perdón por aparecerme en tu casa sin avisar, quería llamar, pero...

—Prefirió venir directamente a buscarte, así había menos probabilidades de que te negaras. Pero cuando estuvo aquí se sintió muy inseguro, esto hizo que se diera cuenta de lo difícil que puede ser invitar a salir a un chico guapo como tú.

Zoé interrumpió la conversación, poniendo a prueba sus habilidades para leer a las personas. Pero a Owen no le agradó y miró a su mejor amiga con ojos asesinos.

—Disculpa, Zoé siempre es así —dijo Owen casi muerto de la vergüenza.

"..."

—Tu amiga tiene razón en lo que dijo —soltó Rayden en un murmuro.

—No sé si salir contigo sea buena idea.

—No pienso secuestrarte, no temas —Rayden intentó sonar relajado mientras bromeaba, pero la voz le temblaba y las manos le comenzaban a sudar.

Estar de pie frente aquella floristería bajo las miradas curiosas de personas que no conocía se estaba convirtiendo en todo un reto para él, pero de algún modo sentía que valía la pena ya que tenía al vendedor de flores frente a él.

—Tengo más miedo a estar a solas contigo que a ser secuestrado —dijo Owen con un tono de

voz casi inaudible.

—¿Qué dijiste?

—Nada.

CAPÍTULO 06
CONFORTABLE Y EXTRAÑO.

—No sé qué ponerme, todo me queda mal —se quejó Owen mientras revolvía su armario.

—No te preocupes tanto, todas tus prendas son iguales, nunca has tenido estilo para vestirte. Parece que solo te gustan los colores aburridos.

—¿Así me apoyas, amiga? —le dijo Owen enseñándole una camiseta blanca a Zoé.

—Eso es lo que digo, solo tienes blanco o negro —se burló Zoé.

Owen estaba nervioso, había quedado con Rayden para esa tarde. Zoé tenía razón, no sabía nada de moda y le angustiaba pensar que iba a salir con un diseñador precisamente.

—Me siento ridículo, nunca me había importado tanto la ropa y ahora estoy así.

Zoé suspiró y puso los ojos en blanco.

Después de lo que pareció una eternidad, Rayden finalmente vio a Owen bajar por las escaleras. Estaba sentado en el mismo lugar desde que Owen lo dejó allí solo esperando.

—Perdona por hacerte esperar tanto.

—Está bien. Valió la pena —dijo Rayden mientras miraba a Owen con un particular interés.

Owen y Rayden se miraron a los ojos durante unos segundos que parecieron eternos. Ambos sentían una conexión especial, una atracción irresistible que los hacía olvidar todo lo demás. Estaban a punto de salir de la floristería cuando oyeron una voz familiar que los sobresaltó.

—¿Qué hace él aquí? ¿Cómo se conocieron? —preguntó la abuela de Owen, señalando a Rayden con el dedo acusador.

Owen se sintió incómodo y avergonzado por la forma en la que su abuela preguntó. ¿Qué pensaría Rayden de él ahora?

—Yo te lo explicaré abuela —dijo Zoé—el destino los juntó como en esas novelas románticas, se enamoraron y ahora ninguno de los dos puede estar lejos del otro, pronto serán la pareja más ardiente de la ciudad, crearán polémica juntos ¿puedes creerlo? tu nieto es un chico suertudo, en la boda, yo seré la madrina.

Zoé le dijo a la abuela con una sonrisa: —Fue el destino el que los unió, como en esas historias de amor, se enamoraron y ahora no pueden separarse, pronto serán la pareja más famosa de la ciudad, harán historia juntos ¿te lo imaginas? tu nieto tiene mucha suerte, yo estaré orgullosa de ser la madrina en la boda.

Fue difícil para Rayden contener la risa ante las divertidas ocurrencias de la amiga de Owen, mientras la abuela lo observaba con atención, como si quisiera descubrir todos sus secretos.

—No me preocupa a quién elijas querer —dijo la abuela con seriedad—, pero a veces la vida presenta situaciones que hacen imposible ciertas relaciones.

—Abuela —respondió Owen tan apenado que quiso desvanecerse en ese momento—. Solo somos amigos ¿cómo vas a creer en lo que cuenta Zoé?

—No se trata de si confío en las palabras de ese chico tonto o no.

—Soy una chica —protestó Zoé.

Owen condujo a Rayden fuera de la floristería antes de que Zoé y su abuela lo siguieran avergonzando.

—Supongo que hay cosas que no se pueden evitar —murmuró la abuela mientras veía a su nieto marcharse.

Por segunda vez, Owen se encontraba sentado en el lujoso auto de Rayden.

—Tu abuela no parece tenerme mucha simpatía —comentó Rayden para aliviar la tensión que se iba acumulando en el silencio.

Owen lo miró por primera vez desde que subió al auto, sintiendo nerviosismo. Se comunicaban a diario por chat, pero no se comparaba con tenerlo ahí a su lado en persona.

—Solo se preocupa, perdona si te hizo pasar un mal rato.

—Lo entiendo, supongo que es normal que quiera protegerte —dijo Rayden sin despegar mirada de la carretera— Ella me recuerda un poco a mi abuelo, aunque los métodos que él usaba para protegerme a mí y mi hermano a veces eran un poco extremos.

Rayden sonrió y se quedó pensativo.

Owen lo observó y recordó lo que Zoé le había contado sobre los rumores que surgieron cuando falleció el señor Sarosh, pero obviamente no iba a indagar sobre ese tema.

Durante todo el camino, Owen y Rayden solo intercambiaron unas pocas palabras. El silencio se había vuelto incómodo, pero ninguno de los dos se atrevía a romperlo. Y entonces Owen comenzó a preguntarse qué estaba haciendo allí. ¿Qué esperaba conseguir de esa cita improvisada? ¿Y si Rayden resultaba ser un psicópata? Mientras estas dudas le asaltaban, vio que Rayden giraba el volante y entraba en el estacionamiento del hotel Ritnes. Owen sintió un nudo en el estómago. ¿Qué haría ahora? ¿Se bajaría del coche y seguiría a Rayden hasta su habitación? ¿O inventaría una excusa y se marcharía?

—¿Es buena idea estar aquí? —preguntó Owen pareciendo más ingenuo de lo habitual.

—No te preocupes, nadie te verá —dijo Rayden entusiasmado, pero esa no era la preocupación de Owen. En aquella situación que lo vieran parecía ser lo más oportuno.

Rayden se detuvo ante una puerta plegable que comenzó a deslizarse lentamente con un chirrido, dejando a la vista un amplio estacionamiento. En el interior, cinco autos de lujo de diferentes colores y marcas relucían como joyas. Owen estaba tan nervioso que no se fijó en el impresionante escenario que se desplegaba ante sus ojos, pero era innegable.

Al estacionar el auto, los dos se bajaron y la puerta plegable se cerró detrás de ellos. Owen observó a Rayden con nerviosismo y se estremeció al verlo pulsar el botón del ascensor.

—Te puedo llevar a otro sitio si no te sientes cómodo aquí —le propuso Rayden al notar su expresión.

—No, está bien —respondió Owen con cierta inseguridad y se acercó. Las puertas del ascensor se abrieron y, tras un profundo suspiro, entró detrás de Rayden.

—¿Estás bien? —le preguntó Rayden con preocupación. Owen estaba pálido.

—Sí, es que...

El joven pelirrojo no podía terminar una frase. Su voz y su cuerpo temblaban levemente.

Rayden no sabía qué hacer. El chico que tenía delante se veía cada vez peor a medida que el ascensor ascendía. Como último recurso, se acercó y tomó sus manos, tratando de captar su mirada.

Cuando Owen sintió las manos de Rayden junto a las suyas, un escalofrío le recorrió el cuerpo, era una sensación electrizante que nunca había experimentado.

—Me dan miedo los ascensores —confesó Owen al fin, con un tono de voz que revelaba su vergüenza. No quería reconocer algo tan absurdo como eso, pero era verdad.

Rayden se acercó un poco más sin dejar de mirarlo ni un instante, sus rostros estaban tan cerca que podían sentir el aliento del otro rozándose.

—No tengas miedo —murmuró, pensando que quizá esas palabras no eran suficientes, pero esperando que al menos lo distrajeran.

Owen seguía temblando, pero esta vez no era por miedo, sino por algo más que hacía que su corazón latiera al ritmo de sus respiraciones entrecortadas.

Mientras tanto, un recuerdo le vino a Rayden y en su mente dijo: "Te he encontrado".

Owen sentía una fuerza irresistible que lo empujaba a acortar la distancia entre sus bocas, solo les separaba un centímetro de unirse en un beso, un beso que anhelaban con toda su alma.

—Ya llegamos —murmuró Rayden mientras le soltaba las manos a Owen para que saliera. Owen respiró hondo, experimentando al mismo tiempo alivio y frustración, deseaba besarle, lo quería de verdad.

Poco después, ambos se sintieron culpables por sus pensamientos, era demasiado pronto, pero no podían evitar imaginar cómo sería sentir el rose de sus labios.

Entraron en una sala completamente a oscuras, que se iluminó solo cuando Rayden avanzó unos pasos.

—Aquí está mi refugio —anunció Rayden abriendo los brazos para mostrar el lugar.

Era un amplio salón que parecía una exposición de arte y moda. Había incontables vestidos exhibidos en maniquíes de terracota, con una gran variedad de colores y tallas. Los diseños iban desde los más simples con flores y estampados hasta los más extravagantes, hechos con pedrería y materiales sofisticados de alta costura. Las paredes estaban decoradas con pinturas y fotografías muy sensuales y reveladoras de los gemelos. El lugar era asombroso de verdad.

—Eres la primera persona, a excepción de mi hermano y su guardaespaldas, que ve este lugar —dijo Rayden mientras le seguía el paso a Owen quien se dispuso a recorrer todo el lugar maravillado con cada cosa que veía.

—¿Es normal tener un museo como refugio? —preguntó Owen.

—No lo llamaría un museo, pero me alegra que te guste, eso me tranquiliza.

—¿Por qué?

—Me preocupaba que interpretaras mal mis intenciones.

Owen apartó la vista y empezó a frotarse los dedos, nervioso —Pues... —empezó a decir. —Tengo que admitir que al principio me dio un poco de miedo.

Rayden hizo una mueca de incredulidad y le preguntó con una sonrisa:

—¿Todavía tienes miedo?

—No. —Respondió Owen, aunque sintió un escalofrío cuando Rayden se acercó a él.

—¿Por qué no?

—Has podido traspasar los límites en varias ocasiones, pero no lo has hecho.

—Quizás quiera hacerlo.

—¿¡Qué!?

Rayden sonrió suavemente y se alejó unos pasos.

—¿Te apetece algo de comer?

Owen asintió mientras luchaba consigo.

Se dirigieron a una puerta ubicada al otro extremo, Rayden la abrió y dejó a la vista una habitación.

Al entrar al dormitorio, Owen miró la cama y luego a Rayden.

—¿Me trajiste aquí para...?

—Para pedir un servicio a la habitación —dijo Rayden.

Owen se sintió apenado.

—Me gustas, me gustas mucho, y no quiero arruinar nada antes de que comience. Nunca te faltaría al respeto.

Owen se quedó sin habla cuando Rayden le dijo que le gustaba. No sabía cómo reaccionar ante esa confesión tan inesperada. ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía decir? ¿Qué sentía él por Rayden? Owen se sentía confundido y nervioso. Lo único que se le ocurrió fue preguntarle:

—¿Cómo sabes que te gusto?

Quería ganar tiempo, quería entender lo que estaba pasando. Rayden lo miró con una mezcla de sorpresa y ternura. Le tomó la mano y le dijo:

—Lo sé porque al verte, mi cerebro parece descomponerse. Lo sé porque me encanta tu sonrisa, tus largos mensajes explicando la taxonomía de las plantas, tu dulzura disfrazada de mal genio y lo sé porque justo ahora muero por besarte.

Owen cerró los ojos con fuerza, esperando que Rayden lo besara, pero solo sintió una mano cálida que le acariciaba la mejilla. Al abrir los ojos, se encontró con la mirada suave y astuta de Rayden.

—Dime que no sientes nada y me alejaré —susurró Rayden, acortando la distancia entre sus labios y los de Owen, que lo miraba con indecisión.

Owen emitió un ruido gutural y se apartó de Rayden.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó con voz débil.

—Ah, sí —Rayden se paseó por la habitación antes de tomar el teléfono y solicitar un servicio a la habitación —¿Fruta?

Owen asintió sin mirarlo a los ojos, luego se dirigió a la ventana y tocó las hojas de la orquídea que estaba allí recibiendo el suave calor del sol vespertino.

—Veo que aún la tienes.

—Por supuesto —respondió Rayden mientras se acercaba—. Aunque quizás necesite un poco de orientación para poder cuidarla como se debe.

—Tal vez yo pueda ayudarte con eso —dijo Owen y al voltearse se topó con la mirada de Rayden que lo contemplaba con tal devoción que él no supo cómo reaccionar.

Un empleado entró a la habitación y se dirigió al balcón sin que nadie se lo indicara, como si fuera algo habitual para él. Allí colocó unas bandejas con frutas, jugos de sandía y algunos postres sobre una mesa. Rayden le dio las gracias cuando terminó e invitó a Owen a que se uniera a él para comer y admirar la vista.

Mientras Owen sentía la brisa suave en su cara y observaba la ciudad que se veía diminuta desde esa altura, Rayden le preguntó:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —respondió Owen.

—¿Por qué vives con tu abuela? ¿Qué pasó con tus padres?

Owen dejó de sonreír al oír la pregunta. El tema de la familia era delicado para él, aun así, decidió responder.

—Mi abuela me cuida desde que era muy pequeño, ella es la única familia que tengo. Mi padre falleció en un accidente antes de que yo viniera al mundo y mi madre nos abandonó.

—Lo siento, yo... —Rayden se sintió mal por él y quiso cambiar de tema, pero Owen continuó hablando.

—Solo sé de mis padres lo que la abuela me ha contado...

A Owen se le quebró la voz y se sintió avergonzado. Sin embargo, Rayden nunca lo juzgaría, él entendía mejor que nadie el sentimiento de crecer bajo el seno de una familia rota. Así que se puso de pie y lo sostuvo de las manos para hacer que se levantara.

—No estés triste —le dijo y se acercó para abrazarlo.

Owen se quedó quieto, sorprendido por el gesto. Nunca nadie lo había abrazado así. Sintió el calor y el latido del corazón de Rayden, y una extraña sensación le recorrió el cuerpo. Era un abrazo reconfortante, pero extraño a la vez.

—¿Estás usando mi momento de debilidad como excusa para abrazarme? —preguntó Owen mientras sus sentidos se embriagaban con el aroma dulce que llevaba Rayden impregnado en su ropa.

—Uhm, es posible —admitió Rayden con voz juguetona.

—Gracias —susurró Owen.

CAPÍTULO 07
DUDAS.

«El amor y la duda nunca han estado en buenos términos»

Jalil Gibran

Mientras iba por la carretera, Owen estaba absorto en sus pensamientos. Rayden le había propuesto llevarlo a su casa porque ya era de noche y, aunque al principio se resistió, tuvo que ceder ante su insistencia.

—¿En qué piensas? —preguntó Rayden después de un largo silencio.

—Pasar tiempo contigo fue muy agradable.

Rayden no sabía por qué, pero tuvo la sensación de que detrás de lo que había dicho Owen había un gran "pero".

—Me gustas —dijo Owen y tal como Rayden lo había sospechado continuó diciendo: —Pero hay cosas que no pueden ser ignoradas.

Rayden no dijo nada, no porque no quisiera, sino porque las palabras no le salían.

—No podemos negar el hecho de que nuestros mundos están en horizontes diferentes.

Rayden pensó que esa tarde había sido especial, que habían fortalecido su vínculo y que pronto darían un paso más en su relación. Sin embargo, algo estaba a punto de cambiar. Manejó a toda velocidad y al llegar a la floristería se dirigió a Owen y le preguntó:

—¿Qué pasa? Pensé que querías...

—Nos hemos llevado muy bien hasta ahora, pero ¿cuánto tiempo falta para que te metas en líos por mi culpa?

Owen sabía que se sentía atraído por Rayden, y esa era otra razón por la que quería parar todo en ese instante, porque si no, no podría dar marcha atrás. Rayden le gustaba mucho, pero le asustaba esa sensación, era algo muy nuevo para él.

—Creo que me voy a bajar —dijo Owen y abrió la puerta del coche, pero Rayden lo sujetó.

—Hablemos —dijo Rayden, casi suplicando.

—Guardemos esto como un bonito recuerdo entre un chico vendedor rosas y el joven guapo que las arruinó.

Owen hizo una leve sonrisa forzada y salió del coche.

Rayden también salió por instinto, quería decir algo, pero no encontraba las palabras. Se quedó de pie en silencio mientras veía a Owen caminar hacia la puerta principal de la floristería, y sintió una gran decepción. Nunca se había interesado por nadie como lo hacía por Owen y resulta que todo se había acabado antes de comenzar.

Owen pudo sentir la mirada de Rayden y batalló contra su voluntad para no darse la vuelta, sin embargo, no fue capaz de resistirse; dio media vuelta y allí estaba él parado junto a su auto mirándolo fijamente como si hubiese estado rezando para que se volteara. Se maldijo por ser tan débil, se maldijo por cada paso que dio de regreso hasta que estuvo junto a Rayden una vez más.

Tocó suavemente la cara de Rayden con una mano, sintiendo que su corazón latía más rápido cada vez, sin entender lo que hacía, solo sabiendo que le atraía mucho.

Después de un rato, no le bastó con tocar esa cara hermosa y se acercó un poco más para darle un beso delicado en la mejilla.

Rayden se sobresaltó y tuvo que hacer un esfuerzo para no caerse después de eso.

—No creas que me voy a rendir tan fácilmente. Te voy a demostrar que lo que siento por ti es verdadero y que estoy dispuesto a todo para ganarme tu corazón, no me importa lo que digan los demás ni los problemas que pueda causar.

Owen se sintió tímido y quiso salir corriendo, pero Rayden lo sostuvo para que no se escapara.

—Ven el próximo sábado al hotel, mi hermano y yo lanzaremos una nueva colección.

—No creo que sea conveniente. Además, estoy intentando no volver a verte—dijo Owen sin mirar a Rayden directamente, luego se soltó del agarre y corrió hacia el interior de la floristería.

Rayden sonrió como loco y luego gritó:

—Chico vendedor de rosas, si no vas al evento, entonces vendré por ti.

Owen cubrió su boca al escuchar lo que había gritado Rayden sin importarle ser escuchado por alguien más, acababa de darse cuenta de que en realidad ya era demasiado tarde para intentar retroceder.

A la mañana siguiente, Owen le contó todo lo que había sucedido a su amiga Zoé.

—Esto es indignante ¿por qué no pasó nada más?

—Tu misma me dijiste que ese chico no me convenía ¿por qué ahora cambias de opinión? —dijo Owen.

Zoé sintió la mirada acusadora de Owen mientras se acomodaba en la silla.

—Sigo pensando que no te conviene, pero ya estas metido en esto y no hay vuelta atrás. Te has enamorado de él, y como tu mejor amiga debo apoyarte y darte los mejores consejos —Zoé se puso de pie y tomó a Owen por los hombros antes de seguir hablando—. Estabas a punto de besarle y no lo hiciste, eso me decepciona. La próxima vez no te detengas y conquístalo, muestra la perra que tienes dentro.

Owen soltó una carcajada ante tal consejo.

—¿Dices que debería llevarlo a la cama?

Zoé fingió atar su larga cabellera imaginaria y dijo:

—Por supuesto, deben consumar su amor. Llevan al menos dos semanas hablando y ni siquiera se han dado un beso, eso es deprimente. La timidez no te llevará a ningún lugar.

—No soy tan fácil como tú.

Al escuchar las groseras palabras de su amigo, Zoé reaccionó como si estuviera lista para cometer un asesinato. Todos los presentes en la cafetería dónde se encontraban giraron sus cabezas para mirar hacia su dirección.

—Déjame recordarte algo pequeña bestia... —dijo Zoé balanceando la cabeza de un lado a otro mientras hablaba —esta hermosa señorita que estás viendo ante tus horribles ojos, está intacta. Soy como una isla sin explorar, seguiré siendo virgen hasta el matrimonio.

Todos rieron a causa de las ocurrencias de Zoé, excepto de una persona que con voz fría y sin medidas dijo:

—¿Y quién querría casarse contigo?

Zoé se dio la vuelta lista para enfrentar a la persona grosera que había hablado. Con solo escuchar su voz ya sabía de quién se trataba.

—Probablemente tu cerebro se ha visto afectado después de recibir tanto rechazo de mi parte. Para la próxima insiste un poco más, tal vez sienta lástima por ti.

Zoé volvió a sentarse junto a Owen y trató de actuar con normalidad, pero el chico volvió a hablar.

—Entonces no...

—Cierra la boca, Mike —Zoé interrumpió antes de que el joven llamado Mike continuara.

Owen percibió que el estado de ánimo de su amiga cambió drásticamente. Todos a su alrededor continuaron en sus asuntos, incluido Mike y sus amigos, pero Zoé se veía molesta. —¿Lo conoces?

—Por supuesto, vamos juntos a clase.

A Owen le pareció extraño ya que aquel joven no lucía como una persona que fuera a la misma universidad que Zoé. Su aspecto era el de aquellos jóvenes ricos que iban a universidades privadas sumamente costosas.

—No estamos aquí para hablar de ese idiota, sigue contándome sobre el apuesto y millonario novio que tienes.

—Él no es mi novio —se apresuró Owen a decir y se comió la mitad de una dona de un solo bocado.

Zoé suspiró profundamente y sostuvo las manos de su amigo sobre la mesa. La expresión que se dibujó en el rostro de Owen era más que clara para ella, conocía a su amigo a la perfección.

—Me gusta, pero no sé si algo entre nosotros funcione por mucho tiempo —dijo Owen con la boca llena.

—¿Qué importa si solo dura un día? inténtalo, al menos sabrá si vale la pena o no...— de repente Zoé golpeó la mesa con la palma de su mano—¡Perra! escúchame con atención, si sigues con esa costumbre tuya de solo tomar lo que consideras seguro sin tomar riesgos, entonces estarás arruinado y solo para siempre.

—Hablas como si de tener pareja dependiera mi vida.

—Debes ser su novio así puedo usar tu influencia en él para obtener información sobre su familia.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó Owen y se llevó a la boca la otra mitad de la dona.

—Pues si te conviertes en su novio, yo como tu mejor amiga siempre estaré a tu lado, eso me daría la oportunidad de saber cosas sobre los gemelos que otros no saben —Zoé parecía alucinar ante su maravillosa idea—. Como estudiante de periodismo me favorecería muchísimo, todo lo relacionado con ellos se vuelve noticia importante.

Owen negaba con la cabeza a medida en que la iba escuchando.

—Entonces, ¿quieres utilizarme para cumplir tus propósitos tontos? Por un segundo pensé que te preocupabas por mí.

—Solo estoy bromeando —dijo Zoé entre risas—. Lo que dije antes lo dije muy en serio, deberías darte la oportunidad de amar.

La personalidad de Zoé a veces resultaba difícil de comprender incluso para Owen, en algunos momentos no sabía si realmente bromeaba o si sus palabras eran totalmente serias. Pero después de una larga conversación con ella, Owen se sintió más motivado y pudo ver con mayor claridad lo que realmente quería.

CAPÍTULO 08
EN NUESTRO MUNDO.

Rayden ya no sentía ninguna ilusión por el desfile, a pesar de lo que se suponía.

—Deja de poner esa cara —le dijo Elíz al acercarse sigilosa para regañarlo cuando vio la expresión de su rostro.

—Es la cara que tengo y no puedo cambiarla —respondió Rayden con mucha irreverencia, como si no le estuviera hablando a su madre.

—Espero que te portes bien —le advirtió Elíz—. No se te ocurra estropearlo. Hay invitados importantes.

—Me quiero ir.

—¿Ir adónde?

Desde atrás llegó una tercera voz. Rayden se giró y al reconocer a quien había hablado se le agrió aún más el humor.

—¡Padre!

—¿Te sorprende verme? —preguntó Aron.

—No contaba con verte y tampoco lo deseaba.

El padre de los gemelos era un hombre bien parecido, que aparentaba menos años de los que tenía. Era un referente de la moda clásica y un exitoso hombre de negocios. Tenía una mirada gélida, casi cruel y burlona, que en ese instante estudiaba a su hijo.

—¿Por qué no estás supervisando que todo esté marchando correctamente? —quiso saber Aron.

—Estoy esperando a alguien —respondió Rayden, sin apartar la vista de la entrada principal.

—¿Esperas a ese muchacho? ¿cómo es que se llama? —Aron hizo un gesto como si intentara recordar—. Ya sé, Owen ¿cierto?

Rayden se quedó paralizado, su padre era una persona muy impredecible y prefirió no responder, luego se marchó.

—¿Acaso tienes en mente lo que estoy pensando? —preguntó Elíz al abrazar el brazo de su esposo.

—No dejaré que se meta con mi hijo.

—¡Qué sorpresa! Aron Sarosh, un padre muy protector, ¡quién lo diría!

La tensión se palpó en el camerino cuando Rayden entró. Maquillistas, estilistas y modelos se quedaron paralizados por unos instantes al verlo.

—¿Dónde está Raykel? —preguntó sin mirar a nadie en particular.

—En la habitación de al lado, dijo que no quería que lo molestaran.

Rayden le clavó una mirada dura a la chica que habló. Era una modelo joven y muy bella, pero se sintió intimidada al cruzar sus ojos con los de él.

—¿Tú eres la que abrirá el desfile?

—Sí, señor —contestó nerviosa.

Todos en el camerino conocían lo exigente que era Rayden con su trabajo, y por la forma en que observaba a la modelo, era evidente que algo no le agradaba.

—Cámbienle el peinado, quiero que lleve el cabello suelto, el maquillaje la hace ver demasiado mayor, debe lucir fresca. Apuesto a que no tiene ni veinte años y parece que tuviera cuarenta. Esto es moda sostenible, pensé que el concepto estaba claro. Debe lucir fresca para que haya una conexión con la ropa que vista.

—Su hermano dijo...

—No me interesa —cortó Rayden sin dejar que la estilista acabara su frase.

—Lo cambiaremos, señor.

—No dudo que así sea.

Rayden siempre fue muy riguroso en su trabajo, buscaba la perfección en cada detalle y sus empleados padecían su mal humor casi siempre. Ese día algunos asuntos personales lo tenían más alterado, lo que hizo que las cosas fueran peor.

Después de dar instrucciones específicas, Rayden se dirigió al lugar donde estaba su hermano. Abrió la puerta de un golpe y se sorprendió al ver que Raykel no estaba solo.

Cuando Rayden entró en la habitación, vio a una bella mujer que se levantó rápidamente después de haber estado arrodillada con la boca en la entrepierna de Raykel. La vergüenza la invadió y quiso desaparecer en ese instante.

Rayden se quedó impactado al ver la escena, pero pronto recuperó su compostura habitual.

—Vete de aquí, necesito hablar con mi hermano.

La joven modelo salió a toda prisa, pidiendo perdón una y otra vez.

—¿Qué demonios quieres? —le reclamó Raykel mientras señalaba a su miembro erecto—. ¿Qué voy a hacer ahora? No he podido acabar por tu culpa.

—¿Quién es ella?

Raykel hizo un gesto de impaciencia y respondió:

—¿Acaso debería saberlo?

—Tenías tu pene en su boca, supongo que sí deberías saberlo. No tienes vergüenza.

Raykel se ajustó los pantalones y se limpió las manos con una toalla húmeda. Luego le hizo un gesto a su hermano para que se sentara junto a él y se acomodó en su regazo.

—¿Qué quieres? —le preguntó y al ver la expresión de su hermano lo supo casi de inmediato —. No, no puedes pedirme eso.

—Por favor, no hemos tenido más contacto desde que lo dejé en su casa hace una semana. Lo invité al desfile, pero no ha venido.

—Eres un enamorado muy obsesivo ¿lo sabes? Si te ha evitado durante una semana, quizás es porque no quiere saber nada de ti ¿no te parece?

Rayden le dio un leve golpe en la cabeza a su gemelo por lo que acababa de decir.

—Quiero estar seguro, así que voy a buscarlo.

Raykel sabía que era inútil tratar de disuadirlo, así que se levantó de su regazo y le indicó la puerta con la mano.

—Anda por él, yo me encargaré del desfile.

—Gracias —dijo Rayden emocionado, luego se levantó y le dio un beso en la mejilla a su hermano—. Te quiero, hermanito.

En la salida, Rayden se acercó a Sasha, una guardaespaldas y le pidió que lo siguiera en otro auto como había hecho en otras ocasiones, no quería que Owen lo viera llegar a la floristería con una escolta. Sin embargo, sus planes cambiaron cuando, antes de subir a su coche, su teléfono sonó con un mensaje.

«Estoy en tu hotel, pero no me dejan entrar ¿Qué debo hacer?»

Era Owen. Después de días de silencio, Owen le había escrito y estaba allí, esperándolo. La

emoción se apoderó de Rayden mientras salía corriendo hacia la puerta principal del edificio. Necesitaba verlo, no le bastaba con ese mensaje.

Cerca de la puerta principal había un chico de pie, con una camisa blanca y unos pantalones negros, como solía vestir casi siempre. Algo sencillo pero encantador.

—Creí que no vendrías —dijo Rayden al detenerse frente a él.

—Yo también —confesó Owen con una sonrisa tímida.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Rayden sentía un nudo en la garganta. No sabía cómo reaccionar ni qué palabras usar. Había estado días sin tener noticias de Owen y ahora lo tenía delante de él, no quería arruinarlo todo.

Owen se acercó y le rozó las mejillas con delicadeza.

Y de pronto el mundo pareció detenerse.

Las personas que entraban y salían del prestigioso hotel los observaban con interés, pero sin molestarlos. Mientras tanto, ellos se trasladaron a un nuevo universo.

—No sé cómo decirte lo que me hizo cambiar de opinión.

Owen se inclinó un poco y besó a Rayden sin avisarle.

Rayden se quedó sorprendido por aquel gesto inesperado. Sintió una oleada de emociones en su pecho y un hormigueo extraño que le invadía todo el cuerpo. Sus labios correspondieron al beso de Owen con cariño mientras le rodeaba el cuello con un brazo y le apretaba la cintura con el otro, uniéndolo con fuerza a él.

Owen y Rayden se besaron con tal intensidad que el aire se les escapó de los pulmones. Él sintió que sus brazos se aflojaban, incapaces de sostenerlo más tiempo. Se separaron un instante para tomar aliento y luego se fundieron de nuevo en un beso ardiente y voraz, sin reparar en el entorno que los rodeaba.

El beso los sumergió en una borrachera de sensaciones que los aisló del mundo. Y el roce suave se transformó en una urgencia que los consumía sin remedio.

A medida que pasaban los minutos, Owen empezó a recobrar la lucidez. Pero al mirarlo a los ojos, sintió una mezcla de pánico y placer que le aturdió los sentidos y le impidió apartarse.

Rayden se sentía ansioso y esa emoción lo impulsaba a apretar con más fuerza la cintura de Owen, sintiendo así el calor de su cuerpo a través de sus ropas. Sus labios se movían al unísono, en una danza de pasión y deseo.

Estos chicos estaban perdidos en un mundo donde solo existían ellos dos, hasta que los murmullos y destellos de luz provenientes de cámaras fotográficas los devolvieron a la realidad. Entonces se separaron lentamente, sin desviar las miradas, conscientes de que se habían metido en un gran problema.

—¡Rayden! —gritó alguien con fuerza.

CAPÍTULO 09
INICIO DEL CAOS.

Hay quienes afirman que el amor es un impulso que ofusca el juicio y el corazón, algo que te empuja a actuar sin reflexionar en las secuelas ni en las causas.

¿Qué fue lo que motivó que Rayden y Owen ignoraran de todo lo que sucedía a su alrededor?

La emoción del primer beso hizo que sus corazones latieran con fuerza. Fue un instante mágico e inolvidable. Un momento que tal vez cambiaría el rumbo de sus vidas para siempre. Se sonrieron y se miraron a los ojos, conscientes de que acababan de vivir algo especial. No sabían qué les esperaba el futuro, pero en ese momento solo importaba el ahora.

Cuando escuchó que alguien decía su nombre, Rayden intentó mirar hacia la fuente del sonido, pero le costó trabajo porque al separarse de Owen se dio cuenta de que estaban rodeados de gente.

Después de unos segundos, Rayden logró enfocar la vista y vio a la persona que lo había llamado. Era Emir, que estaba a solo un paso de él y Owen.

Emir estaba nervioso y le lanzaba a Rayden una mirada de reproche contenido, pero no se atrevía a pronunciar palabra. Rayden se sorprendió por su comportamiento ya que entre ellos siempre había una distancia invisible que les impedía hablar más de lo necesario.

—Owen tiene que marcharse cuanto antes —dijo Emir con un tono más suave, pero aún se notaba su disgusto.

Rayden no respondió nada, apretó la mano de Owen con fuerza y miró a su alrededor para darse cuenta de la gravedad de la situación. No eran simples curiosos los que los rodeaban, había paparazis que no paraban de hacerles fotos.

De repente un equipo de seguridad rodeó a Owen y Rayden impidiendo el paso a los periodistas que querían acercarse, conforme pasaban los segundos cada vez más parecía como si en el lugar se hubiera cometido un delito. Había tantos espectadores que el ambiente empezó a sentirse incómodo.

Owen empezó a sentir miedo, no pudo hacer otra cosa que aferrarse a la mano de Rayden mientras intentaba evitar las cámaras, pero esto último era algo imposible.

Con un gesto de la mano, Emir hizo que unos guardaespaldas arrastraran a Rayden y a Owen al interior de un auto. Mientras tanto, en el interior del hotel el desfile había comenzado y todo marchaba con toda normalidad.

El placer arrebatador de los besos entre Owen y Rayden se vio interrumpido por una oleada de temor y angustia.

—Lo siento —se excusó Rayden mientras Sasha arrancaba el coche.

—Fui yo quien te besó primero, debí haber pensado en las consecuencias. Ahora te he involucrado en un gran lío, es culpa mía... —Intentó decir Owen, pero Rayden lo interrumpió.

—No hiciste nada malo, si no me hubieras besado tú, yo lo habría hecho igual. Lo único que lamento es que tengamos que escapar de todos por un beso, es algo absurdo.

Emir, que estaba sentado al lado del conductor, observaba por el espejo retrovisor con disgusto mientras oía la conversación. Estaba a punto de decir algo, pero le sonó el teléfono antes de que pudiera hacerlo.

—Dime.

Esa voz llena de misterio y un poco cansada de Emir al contestar el teléfono hizo que Rayden

y Owen se callaran y se fijaran en él, intentando escuchar lo que decía la persona al otro lado de la línea.

"..."

—Alguien nos persigue. ¡Despístanos! —le ordenó Emir a la que conducía el coche negro por las calles de la ciudad.

Sasha asintió con determinación y dobló en la esquina más próxima, luego en otra y cuando se aseguró de que habían perdido el rastro de los vehículos que los seguían bajó un poco la marcha y respiró aliviada.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Rayden con recelo al notar la mirada penetrante de Emir.

—Es mi deber —contestó Emir con frialdad.

—Tu deber es proteger a Raykel. ¿Por qué te entrometes en mi vida? —insistió Rayden con frustración.

Emir soltó un suspiro profundo y luego dijo con voz grave:

—Esto no solo se trata de ti, Rayden. Hay mucho en juego, ¿por qué no intentas pensar en los demás?

Emir se sentía agobiado por aquella situación, detestaba ser el responsable de todo aquello, detestaba que no hubiera otra opción más que contribuir a que Rayden y Owen se separaran antes de que fuera demasiado tarde, y quizá ya lo era, pero tenía que intentarlo por el bien de todos. Especialmente por el bien de ellos dos.

—Sasha, vamos a la floristería —dijo Emir cambiando de tema.

Sasha asintió y tomó el camino solitario que llevaba a la casa de Owen.

Cuando llegaron a la floristería, algo extraño estaba ocurriendo. El primer piso estaba iluminado, había hombres de negro rodeando el lugar y se veían varias siluetas dentro.

Sasha salió del auto y abrió una de las puertas traseras para que Owen bajara, mientras Emir le decía algo que lo dejó atónito:

—La señora Rachel te está esperando.

Al oír ese nombre, Owen sintió que se le nublaba la mente. Todos sus pensamientos se esfumaron. ¿Acaso Emir estaba jugando con él?

—¿Estás bien? —le preguntó Rayden con preocupación, al ver cómo Owen palidecía y le temblaban las manos—. ¿Quién es Rachel?

—Ella...

Owen no pudo terminar la frase, estaba asustado y sobre todo enfadado. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz se quebró. Sin decir nada más, salió del coche y corrió lejos de él. Rayden quiso seguirlo, pero Emir lo detuvo con una mano en el hombro.

—Déjalo, necesita estar solo. —le dijo Emir con un tono calmado pero firme.

Eso hizo que Rayden llegara a su límite, nunca fue una persona paciente, solo se había contenido porque no quería que la persona que le gustaba viera su lado desagradable. Se giró y le lanzó una mirada feroz a Emir, con los puños apretados y las venas marcadas en el cuello.

—Ya he aguantado bastante de ti esta noche, no te pases. —le espetó Rayden con rabia.

Emir intentó sujetar a Rayden, pero este se zafó con brusquedad y salió corriendo tras Owen, que ya se había alejado bastante.

—¡Para, espera! —gritó Rayden con desesperación.

Owen oyó la voz de Rayden y frenó en seco, sintiendo un nudo en el estómago. No se atrevió a mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Rayden, con el aliento entrecortado y el rostro sudoroso —¿quieres contarme?

Owen se giró lentamente, con la vista clavada en el suelo, tratando de reprimir las lágrimas que le quemaban las mejillas. No pudo y se tapó la boca con la mano mientras sollozaba sin control.

—Lo siento— fue lo único que Owen logró decir con voz quebrada.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó Rayden, confuso y preocupado al mismo tiempo.

Rayden vio que Owen no pronunciaba ninguna palabra y solo se limitaba a sollozar con angustia. Se acercó a él y lo rodeó con sus brazos.

—Tranquilo, desahógate todo lo que necesites. No te dejaré solo.

Owen se aferró al pecho de Rayden y sintió su calor reconfortante. Luego alzó la vista y sus ojos verdes se encontraron con la expresión preocupada de Rayden. No sabía cómo explicarle por qué se había puesto tan mal.

Rayden observó el rostro pálido y sudoroso de Owen y se preguntó si su malestar tenía que ver con lo que había dicho Emir. No estaba seguro de si debía indagar más, pero la curiosidad le ganó. Así que se armó de valor y preguntó:

—¿Quién es Rachel?

—Ella... —empezó a tartamudear Owen, sin atreverse a mirar a Rayden a los ojos— Ella...

—Soy su madre —interrumpió una voz firme y severa detrás de ellos, haciendo que ambos se sobresaltaran.

CAPÍTULO 10
GUIADOS POR LA IRA.

No se dieron cuenta de que había una tercera persona con ellos hasta que escucharon su voz. Los chicos se giraron sobresaltados hacia la recién llegada y la vieron: una mujer de unos cuarenta años, de una belleza extraordinaria, con la piel clara y los ojos verdes como esmeraldas. Su rostro delicado y sus labios finos contrastaban con su mirada penetrante y autoritaria. Vestía una blusa y unos pantalones negros que resaltaban su figura esbelta, y unas botas de tacón que le daban elegancia y altura. Su cabello rojizo caía en ondas sobre sus hombros, dándole un aspecto hermoso y empoderado.

Podían apreciar todo aquello incluso en medio de la noche, apenas iluminada por los faroles de la calle.

La mujer, que se presentó con voz firme como la madre de Owen, los observaba con sus ojos fríos e inexpresivos, como si los estuviera evaluando.

Rayden quedó sorprendido por el gran parecido entre Owen y la mujer que tenía delante. No hacía falta que dijera que era su madre, bastaba con ver el físico de ambos para deducir que eran parientes. Tenían el mismo color de pelo, la misma forma de la nariz y el mismo verde en sus ojos.

Owen se llenó de ira al ver a su madre. Se limpió las lágrimas que aún humedecían su rostro y se esforzó por dominar sus sentimientos para no darle el gusto de verlo débil, a ella, la mujer que lo había abandonado.

Rayden empezó a hablar: —Cuando dijiste que... —pero Owen lo interrumpió.

—Ella me dejó cuando era un bebé y hace poco se presentó en mi casa como si nada hubiera pasado —dijo Owen con la mirada fija en la extraña que se hacía llamar su madre.

Owen no le había confesado a Rayden que su madre había reaparecido, y Rayden lo comprendía. Era un tema doloroso y confuso para él, que había vivido con su abuela como única familia cercana. No era de extrañar que se sintiera agobiado.

—Entra en la casa —ordenó la mujer con una voz fría y cortante, sin mostrar ninguna amabilidad ni afecto hacia su hijo.

—Me quedaré aquí fuera hasta que te marches, no soporto compartir el aire contigo ni estar bajo el mismo techo. No me pidas que me acerque a ti porque no puedo —respondió Owen con un leve temblor en la voz, pero con tanta firmeza en sus palabras que Rayden pudo percibir el odio que sentía hacia su madre al oírlo, así como el dolor que le causaba esa situación.

Rachel no pareció inmutarse ni por un instante, en cambio, dio un paso hacia adelante y dijo:

—No te lo estoy pidiendo, es una orden.

Rachel agarró a su hijo por un brazo y lo arrastró para que avanzara, pero Rayden se interpuso en su camino y le quitó la mano con rudeza.

—No puedes forzarlo, él ya dijo que no quiere.

Rachel se sorprendió y se preguntó si Rayden era muy valiente o estúpido al atreverse a tocarla y mirarla como lo hacía.

La mirada desafiante de Rayden se cruzó con la de Rachel mientras se interponía entre ella y Owen. La tensión era palpable.

—No te pareces en nada a tu madre —afirmó Rachel con una sonrisa irónica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rayden.

—Eres muy valiente, dispuesto a jugártelo todo por lo que deseas. Ella, en cambio, siempre sometida a alguien más. Pero déjame decirte algo, muchacho, esa valentía puede ser tu ruina.

Rayden sintió un latigazo en el pecho, había algo en los ojos de esa mujer que le hacía sospechar que sabía más de lo debido.

—¿Conoces a mi madre?

Rachel sonrió con aire triunfal y luego afirmó: —Todos conocen a "Eliz"— haciendo hincapié en el nombre de la madre de Rayden de una menara que el joven sintió escalofrío.

«¿Quién demonios es ella?» se preguntó Rayden mientras lo invadía la molesta sensación de que conocía sus secretos.

—Deberías irte y seguir con tu vida, niño —sugirió Rachel.

Rayden miró a Owen que seguía detrás de él, luego miró a Rachel y dijo:

—Me iré solo si él me lo pide.

—No voy a permitir que mi hijo esté cerca de alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —replicó Rayden con indignación. —¿Y qué sabe usted de mí? ¿Qué sabes de lo que siento por Owen?

—Sé que eres un peligro para él —afirmó Rachel. —Sé que en algún momento lo involucrarás en tus problemas, en tus mentiras, en tu pasado oscuro.

—No es cierto —negó Rayden. —Yo nunca le haría daño a Owen.

—Deja este circo —gruño Owen interrumpiendo y dando un paso hacia su madre—. Yo sé lo que hago y soy perfectamente capas de decidir con quien puedo estar y con quien no.

—No, no sabes nada —insistió Rachel. —No sabes quién es él, que hace su familia, quienes son sus padres. No sabes lo que es capaz de hacer un Sarosh con tal de aprovecharse de ti. Tu eres mi hijo y no voy a dejar que...

—¿Hijo? —repitió Owen con voz ronca—. Me abandonaste, ¿cómo te atreves a llamarme hijo?

Rachel lo miró con frialdad y levantó una mano. Los guardaespaldas que acompañaban a Emir se pusieron en marcha y agarraron a Owen por los brazos, arrastrándolo hacia la floristería.

—Debo admitir que tienes coraje... —dijo Rachel, dirigiéndose a Rayden, que observaba la escena con incredulidad—. Pero eso no te servirá de nada. Te lo advierto, ríndete ahora o lo lamentarás.

La mujer parecía dispuesta a todo. Dos de sus hombres sujetaron a Rayden mientras los otros se llevaban a Owen al interior.

—No tienes derecho, no puedes aparecer de la nada y querer mandar en mi vida —protestó Owen, forcejeando para soltarse. Le gritó a su madre con todo el odio que había acumulado.

Rayden logró zafarse de sus captores, pero antes de que pudiera alcanzar a Owen, Emir lo detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó Rayden, confundido.

—Lo siento —fue lo único que dijo Emir.

Rayden sintió un empujón por la espalda y se vio arrastrado al interior de un auto oscuro. Diferente al que había Sasha había conducido. Apenas tuvo tiempo de lanzar una mirada desesperada a Owen, que forcejeaba con otro hombre en la acera. —Te juro que volveré por ti —gritó Rayden antes de que la puerta se cerrara con un golpe—. ¡No te rindas!

Owen oyó su voz entre el ruido del tráfico y sintió un nudo en la garganta. Quiso soltarse del agarre del hombre, pero era demasiado fuerte. ¿Por qué su madre hacía esto? ¿Qué iban a hacerle a Rayden?

Rachel observaba la escena desde una distancia prudente, con el rostro impasible. Nadie diría que acababa de separar a su hijo de la persona que le gustaba de la manera más salvaje posible. Pero ella sabía cosas que ellos ignoraban. Cosas que podían cambiarlo todo.

—¿Estás bien? —le preguntó Emir, acercándose a su lado.

—Sí, solo me duele un poco la cabeza —mintió Rachel, apretando los puños—. Asegúrate de que todo salga según lo planeado.

Emir asintió y se alejó para hacer una llamada. Rachel respiró hondo y trató de calmarse. Tenía que ser fuerte.

Rayden se revolvía en el asiento trasero del auto, tratando de zafarse de los dos hombres que le sujetaban los brazos. En el forcejeo, uno de ellos le propinó un puñetazo involuntario que le hizo sangrar por la boca.

—Perdone, señor, pero por favor cálmese. Solo estamos cumpliendo con nuestro deber de llevarlo a su casa sano y salvo.

—Déjenme en el hotel y olvidaré este incidente —dijo Rayden, pasándose el dorso de la mano por los labios y sintiendo un dolor agudo que se intensificaba.

—Eso no es posible, señor.

Rayden se sentía frustrado. No había podido hacer nada por Owen y eso le carcomía por dentro. Aquellos guardaespaldas lo habían metido a la fuerza en el auto y no le dejarían salir hasta llegar a su destino. Todo había salido mal. Había intentado llamar a Owen varias veces, le había enviado mensajes, pero no obtenía respuesta. Estaba al borde del colapso.

Su teléfono no dejaba de sonar. Los medios querían contactar con él para que hablara sobre el chico con el que se había besado frente al hotel, pero él los ignoraba a todos.

Además, había otro problema que lo inquietaba. La madre de Owen parecía conocerlo demasiado bien y eso podía ser muy peligroso. Y lo más sorprendente de todo era que su cara le resultaba familiar, aunque no conseguía recordar dónde la había visto antes.

Rayden no esperaba encontrarse a su hermano en la mansión Sarosh.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Raykel con voz alterada, al verlo bajar del auto. Sin esperar respuesta, lo abrazó con cuidado y le limpió la sangre de los labios con un pañuelo. —¿Quién te ha hecho esto, Rayden? ¿Quién ha sido? —insistió, mientras sus ojos se llenaban de ira.

Rayden se quedó callado. Miró de reojo a los hombres que lo habían acompañado hasta la mansión, vestidos de negro y con aspecto de matones. Eran los responsables de su estado, pero él no iba a delatarlos. Tenía otros planes para ellos. Luego, fingiendo dolor, se volvió hacia su hermano y le sonrió con malicia.

Raykel siguió su mirada y vio a los hombres que lo observaban con nerviosismo. Sin pensarlo dos veces, se acercó al más grande y le propinó un puñetazo en la cara, haciéndolo caer al suelo.

—Esto es por mi hermano —dijo Raykel con desprecio—. Y esto otro también —añadió, dándole una patada en el estómago.

Nadie tocaba a su hermano y salía impune. Esa era su ley.

Rayden le contó a su hermano lo que había sucedido sin omitir ningún detalle. Ambos se encontraban en el jardín de la mansión, rodeados de árboles luces de exteriores y flores que contrastaban con el silencio tenso que se había instalado entre ellos. Intentaron entender las cosas, pero nada coincidía. Rayden sentía una mezcla de confusión, miedo y rabia que le oprimía el pecho. Raykel, por su parte, estaba preocupado por su hermano y por lo que podía pasar.

—¿Por qué diablos está Emir involucrado en esto? ¿acaso me quiere molestar? —preguntó

Raykel con rabia, apretando los puños. No podía creer que su guardaespaldas, su amigo y amante le hubiera traicionado de esa manera.

—No lo sé, hay algo muy extraño. Fue al hotel para evitar que Owen y yo nos encontráramos. Parecía seguir órdenes de la madre de Owen ¿Cómo es eso posible? —respondió Rayden con angustia, mirando a su alrededor como si esperara ver a alguien más. No entendía cómo Emir podía estar relacionado con esa mujer. ¿Cuándo sucedió? ¿la advertencia que le hizo aquel día tenía algo que ver con los que estaba sucediendo?

—Me niego a creer eso —dijo Raykel. —No hay forma de que Emir conozca a esa mujer. Tiene que haber una explicación.

—Por un momento ella me hizo sentir que conocía nuestro secreto —dijo Rayden con un escalofrío. Recordó la mirada fría y penetrante de la madre de Owen, que parecía saber algo que nadie más sabía.

—¿Cuál de todos? —preguntó Raykel en tono de broma, intentando aliviar la tensión. Sabía que su hermano necesitaba distraerse un poco.

—Nuestra madre —dijo Rayden con voz baja. Ese era uno de los secretos más grande y peligrosos que guardaban los gemelos.

Raykel puso una expresión seria y decidió cambiar de tema.

—Vamos a entrar, hay que curarte esa herida —dijo señalando el labio partido de Rayden. Le dolía ver a su hermano así, lastimado y confundido.

Los gemelos apenas habían dado dos pasos cuando otro coche llegó a la mansión; era Aron, el padre de los dos. Su rostro era duro e inexpresivo, pero sus ojos reflejaban ira y desprecio.

Aron miró un instante a los dos guardaespaldas que habían traído a Rayden, luego caminó hacia los gemelos con paso firme.

Al ver la expresión de su padre y el aura negativa que desprendía, Raykel se puso delante de su hermano para protegerlo, sabía que las cosas se iban a poner feas. Temía la reacción de Aron, que siempre había sido un padre severo y exigente con ellos.

Aron le ordenó que se apartara con una voz áspera y autoritaria, pero Raykel se mantuvo firme.

—No pienso moverme —replicó Raykel con firmeza.

Aron no volvió a hablar, solo actuó. Alzó su mano y descargó un golpe violento sobre el rostro del chico que tenía delante. Raykel cayó al suelo, desequilibrado por el impacto.

Rayden se quedó petrificado al presenciar la escena. Corrió a socorrer a su hermano, pero Aron lo agarró por el cuello con una mano y lo arrastró hacia el interior de la mansión. Rayden intentó zafarse, pero fue inútil. Su padre era un hombre fuerte y estaba cegado por la ira. Parecía poseído por algún demonio.

El hombre que sujetaba a su hijo por el cuello, casi asfixiándolo, lo soltó de repente y lo empujó con fuerza contra los muebles del salón.

—Explícame esto, antes de que te mate —Aron sostenía su teléfono en la mano, en el que se veía una foto de Rayden y Owen besándose.

—No hay nada que explicar. Estoy besando al chico que me gusta, ¿y qué? —dijo Rayden desafiante mientras se ponía en pie.

Aron sintió que la ira le subía por las venas al oír la insolencia de su hijo. Sin pensarlo dos veces, cogió el teléfono que tenía en la mano y se lo estrelló contra la cabeza de Rayden. El golpe fue tan fuerte que le abrió una herida que empezó a sangrar profusamente. Rayden se llevó las manos a la cabeza y notó el líquido caliente que le empapaba la cara. No podía creer lo que acababa de pasar. Intentó mantener el equilibrio, pero el mareo le invadió y se tambaleó.

Raykel sintió que el mundo se le venía abajo. En la sala, Aron golpeaba sin piedad a su hermano Rayden, que apenas podía gemir de dolor. Raykel no podía soportar ver esa escena, ni escuchar los gritos de Aron que le recordaban a otra noche terrible. Sin pensarlo dos veces, subió corriendo las escaleras hacia su antigua habitación, buscando algo que le diera una esperanza de salvar a su gemelo. Al fin lo encontró, escondido entre sus cosas.

«No otra vez», se repetía Raykel mientras bajaba con el objeto en la mano. «No voy a dejar que nadie muera otra vez». Tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón acelerado. Sabía que lo que iba a hacer era arriesgado, pero no le quedaba otra opción.

Aron estrangulaba a Rayden con furia, sin importarle que fuera su hijo. —No voy a permitir que arruines mis planes —gruñó entre dientes.

Rayden apenas podía oírlo. Sentía que la vida se le escapaba por la presión de las manos de su padre en su garganta. El oxígeno no llegaba a sus pulmones y su vista se nublaba. Estaba a punto de morir.

De pronto un disparo rompió el silencio de la noche y los cristales de un jarrón se hicieron añicos. Aron soltó a Rayden y se giró hacia la fuente del ruido. Raykel bajaba por las escaleras con una pistola en la mano. Había disparado al jarrón para llamar la atención y ahora apuntaba a su padre con el arma. Corrió hacia Rayden y lo abrazó, comprobando que respiraba. Las lágrimas le caían por las mejillas y el miedo le latía en el pecho.

—Baja el arma ahora —ordenó Aron con firmeza. Sabía que Raykel era inestable y hasta cierto punto, peligroso, y que no dudaría en disparar a quemarropa.

—No te muevas —replicó Raykel con voz entrecortada—. Si das un paso, te arranco la cabeza de un tiro.

El muchacho estaba al límite de la cordura. Se inclinó sobre su hermano y trató de incorporarlo, pero solo consiguió caer al suelo junto a él. Soltó un alarido y empezó a disparar el arma al azar, vaciando el cargador. No podía permitir que se repitiera la misma tragedia de hace años, cuando en circunstancias similares perdió a una de las personas que más amaba. El recuerdo le quemaba como una llama infernal.

Los guardaespaldas de Aron lograron sacarlo antes de que resultara herido y Raykel se quedó allí junto a su hermano.

—¡Rayden! —gritó Raykel, al ver que su hermano cerraba los ojos.

—Tranquilo, no voy a permitir que ese monstruo te vuelva a tocar —le dijo Raykel, mientras le acariciaba el cabello. Las lágrimas le nublaban la vista, pero no podía permitirse llorar. Tenía que ser fuerte por los dos.

Rayden abrió los ojos con dificultad y lo miró con una débil sonrisa.

—Me duele todo —murmuró.

—Lo sé, lo sé. Pero vas a estar bien, te lo prometo —le aseguró Raykel, intentando infundirle ánimo. Pero en su interior sabía que la situación era grave, Aron lo golpeó con demasiada brutalidad.

Raykel abrazó a Rayden con fuerza, como si así pudiera protegerlo de todo el mal que los rodeaba.

Rayden sabía que Aron no reaccionaría bien ante la situación, pero nunca pensó que fuera tan grave. Una parte de él comprendía la postura de la madre de Owen al no querer que su hijo se relacionara con alguien como él, pero Aron ¿Qué lo impulsó a actuar así además de las fotos que circulaban por internet?

CAPÍTULO 11
UN DESAHOGO.

Owen

Una sensación de soledad me invadía después de dos días de aislamiento en mi habitación, sin contacto con el mundo exterior. Estaba angustiado. El tiempo se hacía interminable, como si se hubiera detenido para que sufriera más el tormento que me estaba volviendo loco.

No sabía en qué había fallado.

Alguien tocó a mi puerta, pero no quería ver a nadie, sobre todo a mi abuela. Ella me había traicionado, me había mentido con la excusa de que me protegía. Cuando le pregunté de qué me protegía al ocultarme la verdad sobre mi madre, no me dio ninguna respuesta. Eso fue como puñales en el corazón. Se trataba de mi abuela, la persona más importante de mi vida.

—Abuela, déjame en paz. —repetí con voz cansada desde mi cama, donde llevaba horas acostado. Era la quinta vez que rechazaba su llamada en lo que iba de la mañana. No tenía ganas de hablar con ella, solo quería estar solo.

—¿Qué abuela ni qué abuela?

Me sobresalté al oír a Zoé al otro lado de la puerta. Era mi mejor amiga desde hacía años y siempre sabía cómo animarme. Me levanté de un salto y fui a abrirle, esperando que me trajera alguna distracción.

—¿Qué necesidad hay de ponerle seguro? Me fastidia golpear esa maldita puerta, voy a lastimarme las manos por tu culpa —me reclamó mi amiga al entrar y dirigirse con aires de super modelo a las ventanas para abrir las cortinas— Dios, no me digas que te estás volviendo vampiro, ¿ya le has sacado la sangre a algún roedor?

Supongo que eso era lo que me hacía falta, las buenas y locas vibras de mi mejor amiga.

Después de dejar que el sol iluminara mi desordenado cuarto, Zoé dejó su bolso sobre mi cama y sin pedir permiso tomó mi laptop que estaba en el escritorio cerca de la ventana.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿por qué tienes cara de cadáver triste en descomposición?

Al oír esa pregunta, me miré al espejo. Realmente tenía un aspecto horrible, hacía mucho tiempo que no me duchaba.

—¿Por qué no respondiste a mis llamadas? —me preguntó Zoé.

—No tengo teléfono —confesé al recordar que mi madre me lo había quitado.

—Pero tienes una computadora —replicó Zoé señalando el dispositivo—. Te envié decenas de mensajes por Facebook y no has visto ninguno.

La verdad es que nunca me gustaron las redes sociales. Hacía mucho que no entraba en Facebook, así que era imposible ver los mensajes de mi amiga.

Zoé estaba hipnotizada por la pantalla de mi computadora y su rostro se iluminó con una sonrisa, lo que despertó mi interés y me acerqué a ver qué pasaba.

—¡Qué romántico! —suspiró ella como si estuviera presenciando el beso más apasionado de la historia, pero no era una ficción ni unos actores, era la realidad y los protagonistas éramos Rayden y yo.

Me invadió una ola de vergüenza al ver el video y la emoción de mi amiga. Sabía que ese tipo de material estaría inundando internet, pero no quise buscar nada, prefería hacerme el ciego, aunque eso no borraba el hecho de que estaba ocurriendo.

—No seas tan tímido. Deberías estar eufórico; tienes mucha suerte. Llegar a ser tan cercano con uno de los gemelos es algo único en la vida, te lo digo enserio.

Supuse que ella no tenía ni idea de lo que había desencadenado ese beso. Y era lógico porque

yo no se lo había dicho y dudaba que mi abuela se molestara en contarle los detalles.

—Qué suerte tienen algunos —dijo ella de nuevo, mientras observaba una foto de Rayden.

Me pregunté si estaba siendo demasiado paranoico, ya que noté algo raro en Zoé, la manera en que miraba la imagen de Rayden en la pantalla, el modo en que pronunció "qué suerte tienen algunos" e incluso su postura era diferente, como si estuviera hablando en serio.

—Vamos, no pongas esa cara. Es solo una broma.

¿De verdad lo era?

—Me alegro por ti, habías pasado días dudando si debías o no darle una oportunidad, me gusta que hayas seguido tu corazón.

—Seguir mi corazón me ha traído grandes problemas —respondí y me senté en la cama, desanimado.

—Sabías que esto podía pasar, es normal que la gente se escandalice. Después de todo el chico es un ángel caído del cielo adorado por todos los mortales de este mundo.

Zoé dijo las últimas palabras con aire soñador, era tan dramática.

Estaba muy preocupado por Rayden y por lo que le hubiera pasado, a pesar de que Rachel me aseguró que estaría bien, no podía estar tranquilo. ¿Cómo fiarme de ella después de todo? Lo que la gente opinara o no en internet me daba igual, ya estaba preparado para afrontar esa parte cuando decidí ir al hotel. Sin embargo, no esperaba que mi madre se metiera.

—¿No viste nada raro al llegar? —le pregunté a Zoé con la esperanza de iniciar una conversación respecto a lo que estaba ocurriendo.

—Ahora que lo dices —Zoé se tocó la barbilla y se puso a pensar unos segundos. —Hay varios hombres de negro fuera, se ven tan guapos ¿los mandó tu príncipe?

—Están aquí para impedir que salga. Me vigilan.

—Vaya, resultó ser celoso, nunca lo hubiera imaginado...

—Basta ya Zoé —se me acabó la paciencia, Zoé era una gran amiga y la quería mucho, pero tenía un problema; se tomaba casi todo a broma y eso podía ser molesto en situaciones serias.

—Está bien, perdona —Zoé se disculpó y se calló.

Necesitaba hablar y desahogarme de todo lo que llevaba dentro, pero en el fondo lo que más deseaba era llorar hasta quedarme sin fuerzas.

—Esos hombres trabajan para mi madre...

—Ya veo...— Zoé asintió con naturalidad, luego abrió los ojos y gritó —Espera ¿qué? ¿para tu madre?

Zoé conocía mi historia, fuimos amigos desde que éramos niños, así que ella sabía lo que eso significaba. Ella estaba al tanto de que mi madre me había abandonado desde que era un bebé.

—Creí que los extraterrestres se la habían llevado hace muchos años y por eso nadie supo de su existencia.

Sí, era imposible evitar que Zoé dijera cosas como estas, estaba en su naturaleza.

Le pregunté a Zoé mientras me acostaba en la cama y observaba el techo blanco de mi cuarto que parecía no tener fin: —¿Te acuerdas de cuando mi abuela me castigó haciéndome vender rosas en la calle?

Ella se rio y respondió:

—Claro que sí, estaba furiosa contigo porque espantaste a un cliente.

No le conté nada a mi abuela sobre ese cliente porque pensé que ella ignoraba lo mismo que yo, que su hija había vuelto. Guardé silencio porque no sabía cómo decirle que Rachel se había presentado en la floristería diciendo que era mi madre, cómo salí corriendo y lloré durante horas encerrado en el baño de mi cuarto y cómo ella se había ido otra vez hasta que reapareció el día

que Rayden y yo nos dimos un beso.

—Perdona por burlarme de ti cuando tu abuela te puso a vender rosas. No sabía lo que estabas sufriendo, me siento mal por no haberte apoyado —Zoé se acercó y me abrazó —Has estado aguantando esto desde hace semanas, no puedo imaginar cómo te sientes.

—Al menos algo bueno salió de todo esto —murmuré intentando consolarme mientras recordaba el día que conocí a Rayden.

—¿Y cómo se lo ha tomado tu abuela lo de que su hija esté viva?

—Ella lo sabía, siempre lo supo y nunca me lo dijo.

Me senté de nuevo en la cama y lloré, al fin pude liberar lo que llevaba dos días reprimiendo.

"..."

"..."

—¿Y Rayden?

—No tengo idea —le respondí con honestidad, ignoraba su paradero y su estado. Quizás mi madre lo había espantado tanto que no volvería a buscarme.

—¿Vas a dejar que tu madre se meta en tu felicidad? Perdona si soy muy dura, pero ella no tiene ningún derecho, ella no puede llegar, así como así y ordenarte qué hacer.

Zoé decía la verdad, no podía dejar que la persona que me abandonó cuando era una bebé, interfiriera en mi vida.

Después de quedarme solo de nuevo, cogí mi computadora y busqué el vídeo que había en internet sobre Rayden y yo. Se veía perfectamente cómo le besaba los labios a Rayden y cómo él me correspondía. Cerré los ojos y la escena seguía viva en mi recuerdo, me toqué los labios sin poder evitarlo, aún podía percibir su olor, la ternura de sus besos y la humedad de su lengua entrelazándose con la mía. Maldición, con todo lo que había pasado no había podido pensar en eso, pero tengo que reconocer que los labios de Rayden me cautivaron por completo.

«Quiero más de esto» murmuré para mí mismo mientras metía mi otra mano dentro de mis pantalones de pijama. No me di cuenta de cómo ni de cuándo, pero estaba excitado. Cuando lo agarré en mi mano sentí culpa, no era así por un vídeo porno o un actor sexy de una serie, estaba duro con el simple recuerdo de nuestro primer beso.

—Lo siento —dije como si Rayden pudiera escucharme.

Me quité los pantalones y me tumbé en la cama, comencé a acariciarme suavemente el abdomen mientras bajaba poco a poco. Algo dentro de mí me decía que debía detenerme, pero la reacción de mi cuerpo indicaba lo contrario. Humedecí mis manos con saliva y las pasé por mi pene mientras pensaba en Rayden, en la sensualidad de sus labios y en su mirada provocadora, en las ganas que tenía de tenerlo junto a mí y en la disposición de dejarlo hacer con mi cuerpo lo que quisiera.

No pude contenerme y dejé escapar unos gemidos que resonaron en la habitación. Mi mano se movía cada vez más rápido, subiendo y bajando sin cesar hasta que alcancé el punto máximo de placer. Todo se derramó sobre mi abdomen y mi cara, así que saboreé su sabor mientras respiraba con dificultad y me culpaba por mis deseos perverso.

«¿Esto me hace una mala persona?»

No había caído en cuenta de lo depravado que era hasta ese momento, pero era inevitable, soy un ser humano y mi cuerpo tiene necesidades. Sin embargo, de algún modo me pareció una buena forma de liberar tensiones. Un desahogo.

CAPÍTULO 12

HACIA OTRO LUGAR.

Los sentimientos negativos que surgen de una situación difícil o de las imposiciones de otros pueden nublar nuestra mente y hacernos sentir incapaces de pensar por nosotros mismos.

Eso le ocurrió a Owen, que se sometió al deseo de su madre y al sufrimiento que le provocó lo que había sucedido. Creyó que no podía comunicarse con Rayden y se aisló en su cuarto por dos días. Sin embargo, disponía de varios recursos para contactarlo: una computadora con conexión a internet, el teléfono fijo de la casa y el de la floristería. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Además, todavía guardaba en algún lugar el post-it que Rayden le había entregado el día que se conocieron, donde estaba su número de teléfono.

«Qué tonto fui» se reprochó Owen al salir de su cuarto con cautela.

Owen escuchaba las voces de algunos clientes que charlaban animadamente en el primer piso de la floristería, pero el segundo estaba desierto y silencioso. El joven cogió el teléfono que había en una esquina de la sala y marcó el número que tenía apuntado en el post-it amarillo que sujetaba con una mano temblorosa. Al oír el primer tono empezó a dudar de su decisión, al segundo su corazón latía con fuerza como si fuera a salirse de su pecho y así hasta que alguien contestó la llamada, fue entonces cuando Owen se quedó mudo, respiraba con dificultad y se sentía mareado como si fuera a desmayarse.

Una voz adormilada contestó al teléfono, pero Owen supo al instante que no era Rayden, aunque se le parecía mucho. «¿Quién es?» preguntó. Owen se quedó callado, incapaz de articular palabra.

«¿Cómo conseguiste este número?»

«Ya te dije que no cogieras más llamadas.»

Se oyó otra voz, era Rayden reprendiendo a su hermano. Eso hizo que Owen reaccionara y hablara.

—Soy yo, Owen —dijo con la respiración agitada, sin entender bien lo que sentía; tal vez tenía miedo.

«¡Maldita sea!» —exclamó Raykel—. «Ray, es él»

Del otro lado de la línea se escucharon ruidos de cosas cayendo y alguien acercándose deprisa.

«¿Cómo estás? ¿Te hizo algo esa mujer? Sé que te encerró, tiene muchos guardaespaldas vigilando, no pude entrar a tu casa. Te mandé muchos mensajes, te llamé, pero no me contestaste, ¿Perdiste tu teléfono? Om, dime algo, ¿sigues ahí? estoy muy preocupado por ti.»

Owen sintió unas lágrimas traicioneras en sus ojos y se sintió aliviado de oír a Rayden, aunque apenas podía comprender lo que decía; hablaba muy deprisa y sin parar.

—Estoy bien —respondió Owen al fin.

«Me alegra oír eso. Pero si no estás seguro, puedo sacarte de allí, solo tienes que decirlo. Intenté acercarme por las buenas y no pude, pero si me lo pides, te sacaría de ahí sin importar el costo».

—Ray, estoy bien —mentiras, mentiras; no estaba bien, pero consideraba que sería muy egoísta de su parte pedirle a Rayden que se arriesgara a enfrentarse a su madre para. —Vi lo que hay en internet. ¿Estás bien?

«Nada importa si puedo escucharte», fue lo único que dijo Rayden dejando escapar un profundo suspiro.

—Tengo miedo —admitió Owen. Había visto y sentido la frialdad en la mirada de su madre; no necesitaba conocerla para saber que estaría dispuesta a lo que fuera para impedir que siguiera

acercándose a Rayden.

«Todo saldrá bien, te lo prometo».

Owen contuvo el sollozo para que Rayden no percibiera su angustia. Estaba a punto de añadir algo más cuando el ruido de unos pasos que ascendían por las escaleras de madera lo interrumpió. Le dijo a Rayden que alguien venía y que tenía que colgar. Rayden le pidió que esperara, pero Owen cortó la llamada con rapidez.

Zoé lo vio junto al teléfono con expresión nerviosa y le preguntó qué estaba haciendo. Owen guardó el *post-it* con el número de Rayden en su bolsillo y le respondió que no estaba haciendo nada. Su voz sonaba insegura y se notaba, pero Zoé no insistió. Era extraño, parecía incómoda y distraída. Le informó de que su abuela lo estaba esperando para comer abajo y le dio la espalda a su amigo para bajar las escaleras.

Owen se sentía apático y desganado. No le apetecía comer ni ver a su abuela, pero quería volver a ver a Rayden y sabía que tenía que hacer algo. Así que siguió a Zoé hasta la floristería.

Allí, los clientes admiraban las flores expuestas, algunos le lanzaban sonrisas amistosas a Owen, pero él estaba distraído y apenas les prestaba atención. Se dirigió hacia el fondo, donde había una mesa larga con bancos de madera. Era el lugar donde solía comer con su abuela y Zoé, junto con los trabajadores de la tienda. La mesa estaba en un quiosco acogedor, rodeado de plantas y enredaderas que trepaban por las columnas. Era un sitio agradable para disfrutar de la comida y del aire fresco que emanaba de la naturaleza.

Owen se sorprendió al ver que en la mesa no solo estaba su abuela, sino también dos invitados más. Zoé lo miró unos instantes y luego desvió la vista hacia las personas sentadas. Owen captó su malestar y entendió a qué se debía.

—Ven, hijo, siéntate con nosotros. Tú también, Phil.

La que habló fue Rachel, la madre de Owen. Se levantó de su sitio e invitó a los recién llegados a unirse a ella, a la abuela y, para asombro de Owen, también a Emir.

Owen sintió que el color se le iba de la cara. Miró a su amiga y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Su cabello plateado le caía sobre la frente y su labio inferior temblaba. Él sabía lo que le pasaba y estaba dispuesto a defenderla de Rachel, pero Emir se le adelantó.

—Su nombre es Zoé, no Phil —dijo Emir con una sonrisa torcida que no ocultaba su intención. Sus ojos verdes se clavaron en los de Zoé, como si buscara respuestas a preguntas que aún no había hecho.

Rachel arrugó la nariz y miró a Zoé. Su expresión era de asco y superioridad. —Ese es un nombre de chica.

—No es asunto tuyo —replicó Owen con frialdad. Él conocía la historia de Zoé y era el único que podía comprender lo que sentía al ser llamada por su antiguo nombre. Recordaba cuando le contó que se sentía atrapada en un cuerpo que no era el suyo y cómo había decidido cambiar su identidad.

—Hijo, ven a comer algo —la abuela intentó calmar a su nieto y evitar una pelea. Su voz era dulce y preocupada. Se había esmerado preparando algunos de los platos favoritos de Owen: vegetales salteados, pollo en salsa agridulce y picante. Y por supuesto, una amplia variedad de frutas.

Owen apartó la vista de la abuela. Lo único que quería era volver a su habitación, donde tenía su ordenador y sus libros. Pero también quería respuestas, así que se sentó a la mesa. Se sirvió un vaso de zumo de naranja y empezó a beberlo con nerviosismo.

Nadie habló durante un rato. Solo se escuchaba el sonido de los cubiertos y algunas miradas

incómodas se intercambiaban. La tensión era palpable en el ambiente. Owen notaba cómo Rachel lo observaba con recelo desde el otro lado de la mesa.

—Madre, voy a cortar el internet y el teléfono de la casa —Rachel rompió el silencio con esa terrible noticia. Su tono era firme y autoritario. No admitía réplicas.

La señora Sila se quedó perpleja. —¿Por qué harías eso? Estamos en el siglo XXI, nadie puede vivir sin internet. ¿Qué pensarán los clientes si no hay Wi-fi? —preguntó con angustia.

Rachel no respondió. Solo miró a Owen, que la fulminaba con la mirada. Parecía a punto de explotar. Su rostro estaba rojo de ira y sus manos apretaban los bordes de la mesa.

—¿Cómo te atreves? —Owen le gritó a su madre mientras se levantaba de golpe, haciendo caer algunos vasos. El líquido se derramó sobre el mantel y las servilletas. Agarró el plato que tenía delante y lo estrelló contra el suelo. El ruido fue ensordecedor y los trozos de cerámica se esparcieron por todas partes. Nadie había visto nunca ese lado de Owen. Siempre había sido un chico tranquilo y tímido, pero en ese momento estaba fuera de sí.

Emir hizo un movimiento con intención de levantarse, pero Rachel lo detuvo con la mirada.

—Tranquilízate —le dijo la abuela con voz suave.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? ¿No ves que esta mujer apareció de la nada para destruir mi vida? —Owen gritó con rabia, las lágrimas le corrían por las mejillas y de pronto, sintió el impulso de desahogar toda su ira contra Rachel.

—¿Por qué no preguntaste si te extrañé? Ni siquiera te has interesado por mí o por cómo he vivido todos estos años sin ti. Solo vienes con una actitud fría hacia todos, eres insensible —la cara de Owen estaba empapada en llanto, se veía realmente desdichado —Dime ¿por qué me dejaste?

Eso era todo, en el fondo, Owen solo quería una explicación, quería que su madre le dijera unas palabras de consuelo. Quería oír una razón válida y poder creerla, pero las cosas estaban lejos de ser así.

—Hoy te vas a otra casa, necesitas aprender a comportarte —fue lo único que dijo Rachel al ver y oír al ser al que dio a luz. No mostró ninguna emoción.

—Yo creo que eso es un error —dijo la abuela.

—No me importa lo que pienses, madre, solo estoy haciendo lo mejor para él, deberías entenderlo. Esta noche Owen se marchará de la ciudad y Emir lo acompañará.

Owen se sintió aturdido y se desplomó de nuevo en la silla, ¿acaso se habían acabado los días en que elegía su propio destino? estaba confundido.

Después de un largo e incómodo silencio, Rachel volvió a hablar.

—Sé que debo explicarte muchas cosas, pero debes entender que todo lo que he hecho ha sido por tu bien, incluso por el bien de los gemelos Sarosh.

El chico sonrió con amargura y miró directamente a los fríos ojos de su madre.

—Definitivamente no tienes idea de cómo ser una madre. Tratas de esforzarte, pero se ve tan falso que quiero vomitar. Nunca te preocupaste por mí. ¿Por qué ahora pretendes hacerlo? Ni siquiera me conoces.

Rachel se puso de pie y se acercó a Owen. Lo tomó por el cabello con agresividad y aferró su cara contra la mesa. —Tú no sabes nada... —dijo Rachel furiosa. Su grito provocó que algunos guardaespaldas se asomaran para ver qué estaba sucediendo. Esa mujer era verdaderamente aterradora.

—He dedicado mi vida...

—Suéltalo —exigió Emir con una calma aterradora—. Es tu hijo a quien estás lastimando.

Rachel volvió en sí y soltó a Owen. Luego de lanzarle una mirada de advertencia a Emir, se marchó.

Después de lo ocurrido durante la comida, Zoé estaba muy preocupada por su amigo. Intentó en repetidas ocasiones hablar con él, pero se negaba a dejarla pasar a su habitación. Pasadas unas horas, decidió marcharse a su propia casa, pero la señora Sila le imploró que se quedara y le dijo que era la única amiga de su nieto y que él la necesitaba en ese momento. Zoé le respondió que lo sabía y que no tenía intención de dejarlo solo, pero que se negaba a hablar con ella y le preguntó qué más podía hacer. La señora Sila le pidió por favor que se quedara y le contó que Rachel quería que fuera con Owen adonde fuera enviado y que creía que era buena idea porque él necesitaría de su compañía. Zoé se detuvo a pensarlo y luego asintió. Su mejor amigo la necesitaba, así que ella debía estar ahí para él.

Zoé decidió dar un paseo por los alrededores para aclarar sus ideas después de hablar con la señora Sila. El sol se ponía en el horizonte y el aire olía a flores frescas. Sin querer, llegó hasta los invernaderos que estaban en la parte de atrás, no muy lejos de la floristería. Eran unas construcciones de cristal y metal que albergaban plantas exóticas y delicadas.

—No pueden hacer eso, es demasiado peligroso.

Una voz salía del interior de uno de los invernaderos. La persona que hablaba intentaba hacerlo en voz baja, pero Zoé pudo escucharla con claridad. Era una voz masculina, grave y nerviosa. Zoé se sintió intrigada y se acercó un poco más hasta que vio al dueño de la voz, que hablaba por teléfono. Era un joven alto, de ojos verdes y cabello largo atado en un moño descuidado. Zoé lo reconoció al instante: era Emir, ese chico misterioso que sin duda había visto antes.

—Ellos no pueden estar juntos, confía en mí... —la voz se interrumpió y soltó un suspiro profundo—. Al igual que tú y yo.

Zoé avanzó hacia la persona que hablaba por teléfono con los brazos cruzados. Su rostro reflejaba una mezcla de ira y decepción. —¡Mentiroso despreciable! —exclamó ella.

El chico se asustó al ver a Zoé y colgó el teléfono enseguida. Su expresión era de sorpresa. No sabía cuánto tiempo llevaba ella allí ni cuánto había oído de su conversación; eso le inquietaba.

No había visto a Zoé entrar al invernadero hasta que habló. Habían tenido un breve encuentro hace unos meses, cuando él se hizo pasar por Will, un viejo amigo. Conocía uno de sus secretos y eso hacía que no confiara en ella.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó a Zoé

—Lo suficiente —respondió ella con frialdad.

—Eres una...

—Ahórratelo —lo interrumpió Zoé con un gesto elegante de sus manos—. ¿Por qué no dijiste nada antes? —le preguntó con curiosidad.

Emir sintió que debía tomar el control de la situación. —Debería ser yo quien haga esa pregunta. ¿No es Owen tu mejor amigo? ¿Por qué él no sabe que tú y yo nos conocemos? —se acercó a Zoé mirándola fijamente a los ojos. Su mirada era penetrante y acusadora—. ¿Estás tramando algo?

Zoé se sintió intimidada por Emir. Retrocedió un paso y se mordió el labio.

—El que evidentemente trama algo aquí eres tú, eres un mentiroso, cuando nos conocimos

dijiste que tu nombre era Will —replicó Zoé con voz firme.

Emir esbozó una sonrisa retorcida y dijo: —Me creíste con facilidad.

Emir y Zoé se atacaban uno al otro sin darse cuenta de que alguien más se acercaba.

"..."

"..."

—¿Qué está pasando aquí?

La voz de alguien más los sobresaltó. Zoé y Emir se giraron hacia la puerta y se encontraron con la mirada de Owen, que los observaba con asombro.

Owen estaba deprimido y agobiado, así que salió de su habitación en busca de un poco de paz y tranquilidad entre las flores. Siempre que se sentía triste o angustiado, se refugiaba en los invernaderos, donde las flores le daban consuelo. Pero al llegar y oír lo que habían dicho Emir y Zoé, sintió que vivía en un mundo lleno de falsedad y traición, donde todos se conocían y conspiraban, y él era el único ajeno.

—Deberías descansar, te ves mal. Dentro de poco nos espera un viaje largo —le dijo Emir con calma.

—¿Cómo pasaste de ser el guardaespaldas de Raykel a ser el perro faldero de Rachel? —preguntó Owen sin despegar la mirada de Emir.

—Es una historia complicada.

Emir evitó responder la pregunta y Owen lo notó al instante.

—¿Qué clase de historia es esa? ¿Acaso eres un impostor que se aprovechó de los gemelos? —Owen lo interrogó con desdén y Emir notó el parecido con Rachel en su actitud.

—No es lo que crees, tengo un gran cariño por Rayden y...

Emir se interrumpió a sí mismo, sin atreverse a completar la frase.

—Estás enamorado de Raykel, ¿verdad? —Owen lo adivinó.

Emir no lo afirmó, pero tampoco lo negó.

—¿Qué haces con Rachel? —Zoé intervino, después de haber estado callada escuchando con interés.

—Lo amo como a nadie en mi vida —Emir no dejó de mirar a Owen e ignoró completamente a Zoé —Y por eso me alejé de él. Tú deberías hacer lo mismo con Rayden antes de que sea demasiado tarde, aún puedes salir ileso.

Owen frunció el ceño, le dolía oír esas palabras.

—No lo creas si no quieres, pero tu madre solo quiere lo mejor para ti. ¿Piensas que le gusta tenerte encerrado? Pero ella sabe que es la única manera de mantener a Rayden alejado, tomando en cuenta que él no parece tener intención de rendirse.

Owen sintió un impulso de marcharse, de dejar de oír las palabras de Emir, pero algo en su última frase le hizo reaccionar.

—Si Rayden no se rinde, yo tampoco lo haré —dijo con firmeza, acercándose a Emir—. Tú deberías dejar de ser un cobarde y luchar por la persona que amas. ¿Acaso las dificultades son más fuertes que tus sentimientos hacia Raykel?

Emir sostuvo la mirada de Owen por primera vez desde que se conocieron. Lo observó con seriedad y deseó poder contarle toda la verdad.

Owen se sintió incómodo y apartó la vista. Dirigió su atención hacia su mejor amiga y le preguntó:

—¿Cómo fue que se conocieron ustedes dos?

Zoé respondió con prisa a la pregunta de Owen, tratando de ocultar su nerviosismo. —Fue hace algún tiempo. Tu madre y él vinieron a ver a la mía, pero yo no tenía idea de que ella era tu

madre entonces. Te lo juro.

Emir la miró con escepticismo, sabiendo que no le estaba diciendo toda la verdad. Pero decidió no presionarla. Él sabía que había más de lo que decía en esa historia y quería averiguar por qué no lo contaba.

Owen, Emir y Zoé se vieron obligados a subir al avión privado de Rachel, que los aguardaba en el aeropuerto. Owen estaba furioso y asustado a la vez.

—Vaya, esto es lo que llamo un secuestro de lujo —bromeó Zoé, intentando aliviar la tensión.

Los guardaespaldas que sujetaban a Owen se rieron por lo bajo, pero se callaron cuando Rachel les lanzó una mirada helada.

—Métanlo ya —ordenó Rachel.

Owen se resistió con todas sus fuerzas, pero era inútil.

—No conseguirás nada con esto, Rachel. —gritó Owen— Te odio, escúchalo bien, te odio.

Rachel se quedó quieta, con el viento agitando su vestido negro y su larga melena. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, sorprendiendo a los que la miraban.

—¿Estás bien? —preguntó Emir, con cierta compasión.

—Claro que estoy bien. Es el viento, que me ha entrado algo en el ojo. Lárgate de una vez —replicó Rachel, dándose la vuelta y alejándose.

"Claro, claro, seguro que es el viento" pensó Emir, mientras subía al jet y se sentaba al lado de Owen. Este lloraba en silencio, aferrado a algo que tenía en sus manos.

Emir observó cómo Owen se sumía en el sueño tras unos minutos. Permaneció a su lado, cuidando de él, y se preguntó si algún día podrían ser amigos. Le dolía ocultarle tantas cosas, pero era por el bien de todos.

De repente, el teléfono de Emir vibró en su bolsillo. Lo sacó y vio un mensaje que lo dejó helado. Durante unos segundos, no pudo reaccionar. Luego, alzó la vista hacia Owen y volvió a mirar el mensaje.

Emir hizo una seña a uno de los guardaespaldas para que se acercara y le susurró:

—Cambio de planes, nos vamos a la casa del lago.

CAPÍTULO 13
NO ES TU CULPA.

Raykel miró a su hermano con preocupación y le rogó que no fuera impulsivo. Le dijo que la situación era muy delicada y que debía pensar con claridad antes de enfrentar las consecuencias de sus actos. Su hermano se encogió de hombros y le espetó que no tenía autoridad para decirle eso, ya que él mismo había estado a punto de matar a su padre dos días antes. Le recordó que cuando se hablaba de personas impulsivas, él era el número uno y que no tenía derecho a darle lecciones.

—No puedes comparar lo que ocurrió con Aron. Él estaba dispuesto a matarte si yo no intervenía —afirmó Raykel con ira, recordando el terrible episodio. Su rostro reflejaba el dolor y la rabia que sentía por lo que había hecho su padre.

—Estás exagerando —replicó Rayden con voz débil, tratando de restarle importancia al asunto.

—Te dejó casi sin sentido, lleno de sangre y sin poder moverte. ¡Mírate! Todavía estás herido, ¿Cómo puedes decir eso? —insistió Raykel, señalando las vendas y los moretones que cubrían el cuerpo de su hermano.

Tenía razón, si no hubiera amenazado a Aron con aquella arma, quizás Rayden habría perdido la vida en sus manos. Aron era muy violento y cruel cuando las cosas no salían como él quería, y más aún cuando alguien lo desafiaba. Nadie había salido indemne de enfrentarse a sus ideas, ni siquiera un hijo. Sin embargo, siempre se esforzó por mostrar una imagen muy diferente ante la sociedad, para el público era un empresario bondadoso y virtuoso, el ocultaba su verdadera naturaleza tras una máscara de sonrisas y halagos.

Después de la paliza que le propinó Aron, Raykel llevó a Rayden a un departamento que había alquilado, un lugar modesto pero acogedor, donde podía estar tranquilo y seguro. Llamó a un médico de confianza para que curara sus heridas. No era conveniente ir a un hospital porque la prensa los perseguía. Si se enteraba de su estado, probablemente se habría generado un escándalo mayor que el provocado por el beso con Owen. Un beso que había cambiado sus vidas para siempre.

A pesar de las lesiones físicas y las recomendaciones del médico para que descansara, Rayden fue en busca de Owen tan pronto como se sintió un poco mejor. Necesitaba verlo, abrazarlo, decirle que estaba ahí para él. Pero los hombres que trabajaban para Rachel no lo dejaron entrar a la casa Por lo que tuvo que volver al departamento de su hermano, lleno de angustia y desesperación. Estuvo sin saber nada de Owen hasta que recibió su llamada después de dos días de tormento.

—Debí haber ido a buscarlo —Se reprochó Rayden con pesar.

Raykel no sabía si su hermano le hablaba a él o solo se expresaba en voz alta, pero podía sentir el sufrimiento que había en esas palabras. Se acurrucó en el regazo de su hermano y lo rodeó con sus brazos en un gesto de apoyo y consuelo.

—Es muy tarde, no salgas ahora. Espera hasta mañana y yo te acompañaré. Además, no podrás pasar la seguridad de esa mujer.

El abrazo de su gemelo calmó un poco el corazón de Rayden, pero no cambió su determinación de ir por Owen. Se levantó y caminó lentamente hacia los cajones junto a la cama de Raykel.

—No eres el único que sabe usar un arma —dijo Rayden mientras sacaba una pistola de uno de los cajones. Era una pistola CZ SP-01, un arma de acero de alta capacidad con martillo

externo, diseñada para el tiro deportivo según las reglas de IPSC. Su color negro brillante le daba un aspecto elegante y sombrío a quien la empuñara. Era la misma que Raykel había usado para amenazar a su padre.

—¿No te parece una locura entrar a la casa de Owen con un arma en la mano?

—No lo sé, pero creo que será necesario. Si su madre no me deja verlo, tendré que buscar yo mismo la forma de hacerlo.

De algún modo, Raykel se alegraba de verlo dispuesto a darle una oportunidad al amor, pero las cosas no iban bien. No podía dejar que se arriesgara de esa forma tan imprudente.

—No voy a permitir que lo hagas. No puedes enfrentarte a ella solo. Es una mujer poderosa. Debemos planear algo antes de actuar a lo loco.

Rayden solía ser el que controlaba a Raykel cuando este perdía los nervios, pero en esta ocasión era él el que estaba al borde del colapso. No podía soportar la idea de quedarse de brazos cruzados mientras Owen estaba en peligro. Sentía una angustia que le oprimía el pecho y le impedía respirar con normalidad.

Se dejó caer en la cama, resignado. En el fondo, sabía que Raykel tenía razón. Habían mandado investigar a Rachel, la misteriosa mujer que decía ser madre de Owen, para averiguar quién era, pero no habían encontrado nada sobre su pasado ni sobre su presente. Era como si no existiera. Eso solo podía significar una cosa: esa mujer era poderosa y peligrosa. Tal vez demasiado para ellos.

—Podríamos pedirle ayuda a nuestra madre —sugirió Rayden tras un rato de silencio. Su madre era bastante influyente, y quizás ella podría hacer algo.

—Estás loco, si se lo decimos, Aron se enterará y entonces estaremos fritos —replicó Raykel con voz tensa.

—Ella nos ayudaría, estoy seguro —insistió Rayden con convicción, pero su hermano no compartía su opinión. Raykel desconfiaba de su madre y de Aron por igual, algo lamentable tomando en cuenta que ambos eran sus padres.

—No, ni hablar. Lo resolveremos solos, como siempre —sentenció Raykel con firmeza. Se tumbó en la cama junto a su hermano y los dos se quedaron en silencio mirando el techo.

Una notificación de teléfono interrumpió sus planes para rescatar a Owen de la floristería donde Rachel lo mantenía cautivo.

—¿Qué pasa? —preguntó Rayden al ver la cara de su hermano. Raykel tenía los ojos clavados en la pantalla del teléfono y una expresión desconcertante.

—Es Emir —dijo Raykel con voz temblorosa—. Ha publicado algo en su cuenta de Instagram.

Rayden sintió un nudo en el estómago. No sabía qué le molestaba más, si el hecho de que su hermano se distrajera por una simple publicación o el hecho de escuchar el nombre de Emir. De alguna manera, Emir tenía parte de la culpa de lo que estaba ocurriendo.

—Entiendo lo que sientes por Emir, pero tienes que aceptar que él está involucrado en todo esto.

Raykel no respondió, estaba impactado. Y el motivo de este sentimiento era sencillo; él y Emir tenían ciertos códigos para comunicarse algunas cosas en público sin que nadie más lo supiera.

Todas las publicaciones de Emir en Instagram eran para Raykel: invitaciones a salir, algunas frases románticas que no se atrevía a decir en persona, peleas, disculpas e incluso propuestas. Así que cada vez que Emir publicaba algo, Raykel sabía que ese mensaje era para él. Pero esta vez

no lo entendió.

—Seguramente no sea para mí —dijo Raykel con desánimo.

—¿De qué hablas?

—Su publicación no puede ser para mí esta vez. Hablé con él hoy por la tarde, solo me llamó para decirme que no podemos estar juntos y que tú y el chico de las flores tampoco.

—Eres un idiota, ¿cómo pudiste siquiera hablarle? Él se ha puesto del lado de esa mujer, ha roto nuestra confianza —dijo Rayden sin percatarse del dolor que su hermano estaba sintiendo.

—Y tú eres un egoísta de mierda —Raykel se levantó de la cama y le gritó a su gemelo—. He estado sufriendo en silencio estos días, pero a ti solo te importa lo que sientes por ese chico. No has sido capaz de mirarme a los ojos ni una vez. Emir y yo no tuvimos una simple discusión, él me abandonó y no creo que haya marcha atrás. Pero supongo que eso te da igual ahora que te has enamorado de alguien, no te importan mis sentimientos.

Rayden vio las lágrimas que brotaban de los ojos de su hermano y el enorme esfuerzo que hacía por contenerlas. Entonces se dio cuenta de su falta de empatía. Se acercó a él y lo abrazó, aunque Raykel intentó resistirse.

—Lo siento, he sido un pésimo hermano. Tú también tienes tus propios problemas y yo debería apoyarte.

Raykel esperó a que todo se calmara y le enseñó el teléfono a su hermano. En la pantalla se veía la foto de un *post-it* y al pie de la publicación una nota que decía: "Alguien me ha inspirado a no ser tan cobarde, ¿me acompañas al lago?".

A Rayden no le importaba lo que había en la descripción, pero ese *post-it:*

—Yo escribí eso —dijo con una sonrisa ilusionada—. Se lo di a Owen el día que lo llevé a su casa. Así fue como le pasé mi número. Pero no sé por qué Emir lo ha subido a su Instagram.

—¿Eso significa que...? —Raykel abrió mucho los ojos, imaginando mil posibilidades.

—No, no se lo escribí a Emir. Fue para Owen. Solo para él.

Raykel murmuraba algo en voz baja mientras recorría la habitación de un lado a otro—. ¿Me acompañas al lago? ¿Me acompañas al lago? ¿Me acompañas al lago?

«¡Creo que se está volviendo loco!» pensó Rayden al ver a su hermano repetir lo mismo una y otra vez.

—¡Maldita sea, Emir!, eres un bastardo. Siempre te gusta complicar las cosas —gritó Raykel de repente, con una amplia sonrisa en su rostro—. Ya sé lo que quieres decir, está en la casa del lago.

Al notar la expresión de confusión de Rayden, Raykel se apresuró a explicarle. —Una vez Emir me dijo que había un lugar que lo hacía sentir como en casa y que quería llevarme allí algún día. Es una casa junto a un lago, me mostró fotos y creo que sé dónde queda. Creo que quiere que vaya a ese lugar.

Rayden puso los ojos en blanco y le dijo:

—¿No sería más fácil que te enviara un mensaje o te llamara para decírtelo directamente?

—Nunca lo entenderás, Emir es una persona difícil en cuanto a sus emociones se refiere. Ser directo es algo muy difícil para él, así es como hace las cosas, ¿no te parece encantador?

—No, me parece muy molesto —respondió Rayden con honestidad.

Los gemelos habían tomado su vuelo rumbo a un destino casi desconocido, mientras que

Owen, Emir y Zoé se hallaban ante una enorme puerta metálica que debía ser abierta. La puerta estaba cubierta de óxido y tenía un aspecto amenazador.

—Voy a abrirla yo mismo —dijo Emir al bajarse del coche.

—Creo que algo anda mal —murmuró Zoé.

—Todo lo está, Zoé —replicó Owen con amargura. Mientras miraba al hombre moreno y corpulento, que estaba en el asiento del copiloto. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda y una actitud desafiante.

—¿Por qué tiene que abrir la puerta él mismo? Pensaba que tu madre tenía criados por todas partes —preguntó Zoé a Owen.

Owen iba a contestar algo, pero se calló al ver que Emir volvía. La puerta se abría lentamente emitiendo un chirrido.

Delante de ellos se extendía un largo camino de piedra flanqueado por árboles centenarios y pequeñas luces de jardín que marcaban la ruta hacia el interior. A medida que avanzaban, tanto Owen como Zoé se quedaron maravillados. Era un lugar realmente hermoso y misterioso, y a pesar de la noche, se podían apreciar los detalles. El aire olía a flores y a tierra húmeda.

Tras unos minutos de recorrido, llegaron al frente de una espléndida casa de tres plantas. El diseño arquitectónico combinaba lo gótico con lo moderno. La fachada era de piedra gris, con grandes ventanales y torreones. La puerta principal era de madera tallada, con una orquídea en el centro. No hacía falta ser un experto para saber que una casa así valía una fortuna.

Al llegar a la casa junto al lago, una brisa fría les acarició el rostro y les trajo el susurro de las aguas mansas.

Owen miró todo a su alrededor con asombro y pensó: «Si no fuera porque estoy aquí en contra de mi voluntad, podría acostumbrarme a un lugar como este».

De repente, un dolor punzante entre sus costillas lo sacó de sus pensamientos. Zoé le había dado un codazo para llamar su atención.

—Mira su expresión —susurró Zoé, señalando a Emir, que estaba hablando por teléfono en voz baja a pocos metros de ellos—. Estoy segura de que oculta algo.

Owen no sabía cómo Zoé estaba interpretando la expresión de Emir, pero para él solo reflejaba una profunda tristeza.

—Entremos —dijo Emir al colgar el teléfono.

Owen no lo admitiría, pero aquel lugar le empezaba a gustar. Había muchas plantas y flores hermosas en el interior, y él siempre había sentido una gran pasión por la botánica.

—No te enfades por lo que voy a decir, pero que tu madre nos haya secuestrado ha sido una gran experiencia —comentó Zoé mientras se tumbaba en un sofá—. ¡Solo mira esto! Es increíble.

Owen ignoró a su amiga y se acercó a Emir. Quería preguntarle algo. Le parecía muy extraño que estuvieran solo ellos tres en la casa.

—Este no es el lugar al que tu madre te envió —dijo Emir, leyendo los pensamientos de Owen.

—¿¡Qué!? —exclamaron Owen y Zoé al unísono.

Emir se acercó a Owen y lo miró fijamente a los ojos, haciendo que el chico se pusiera nervioso. Se quedaron así durante unos segundos sin decir nada, hasta que Emir rompió el silencio.

—Escojan la habitación que quieran —dijo Emir y se marchó escaleras arriba.

Owen miró a su amiga y le dijo en voz baja:
—Debemos encontrar la manera de escapar.
—Parece un lugar acogedor ¿por qué deberías escapar?
—No es momento para bromas.
—Está bien, está bien.

Owen entró en la primera habitación que encontró al final del pasillo en el segundo nivel y cerró la puerta con llave. Estaba agotado después del largo viaje, pero el sueño se le escapaba entre los pensamientos que lo atormentaban. Se hallaba en un lugar extraño, una mansión en medio del bosque, aislado del mundo. No podía comprender cómo su vida se había vuelto un caos tan de repente. O quizás su vida siempre había sido un desastre y él no lo había notado. Había vivido solo y sin ilusiones hasta que se atrevió a darle una oportunidad al amor. Y ahora el destino se le oponía, ¿qué sentido tenía eso?

¿Por qué había regresado y trastornado su vida? ¿Por qué lo había abandonado? ¿Por qué rechazaba a Rayden? Owen buscaba respuestas para comprender a su madre. Nada tenía sentido. No sabía qué pensar de Emir, ese chico misterioso que tanto le inquietaba. No le transmitía confianza, pero tampoco podía desconfiar. Quería alejarse, pero algo lo impulsaba a seguirlo, aunque fuera sospechoso.

Owen ignoró el ruido de la puerta y se concentró en los detalles que adornaban la habitación; todo era tan blanco y limpio, que tenía miedo de tocar más de lo necesario.

La insistencia se repitió. No quería hablar con nadie, pero Zoé no se iría sin verlo. Owen se levantó y abrió la puerta con fastidio.

Owen se quedó sin aliento al abrir la puerta y encontrarse con Emir. Esperaba ver a Zoé, su amiga, pero en su lugar estaba él. Emir lo miraba con indiferencia, vestido de forma casual y desenfadada. Llevaba unos shorts que dejaban ver sus piernas blancas y musculosas, y una camisa abierta que mostraba su torso firme y esculpido. Owen nunca lo había visto así de relajado. Siempre lo había visto con traje negro y el cabello recogido, como si quisiera esconder su belleza.

El joven que seguía agrado de la puerta sintió una punzada de incomodidad al fijarse en que Emir tenía el mismo color de cabello que él, un rojo intenso que contrastaba con sus ojos verdes. «¿Cómo puede ser que tenga tantas cosas en común con alguien como él?», se preguntó Owen, sin poder apartar la vista de su rostro.

—Supuse que no podías dormir, yo tampoco —dijo Emir con una voz amable que hizo que Owen se estremeciera —¿Te apetece acompañarme a la cocina?

«¿Qué pretende con esa amabilidad? No me fío de él»

Owen no respondió en voz alta, solo observó con recelo a la persona que tenía delante.

—¿Vienes? —insistió Emir

«No quiero que me mate, ¿qué habrá hecho con Zoé? ¿Seré el siguiente? ¡Tengo miedo!»

—¿En qué piensas? —preguntó Emir al notar la cara de Owen.

—Ah, nada.

Emir asintió y esbozó una leve sonrisa.

"..."

"..."

—Cuando no puedo dormir, me gusta preparar algo ligero para comer —dijo Emir con una sonrisa mientras cortaba algunas frutas con destreza.

—No es bueno comer tan tarde en la noche —murmuró Owen nervioso, sin dejar de mirar el cuchillo en la mano de Emir e imaginando todas las formas posibles en las que ese loco podía cortarle el cuello con un solo movimiento.

—Depende de lo que comas... —respondió Emir con un tono misterioso.

Owen no quería confiar ni sentirse a gusto con él, pero justo en ese momento, mientras Emir cortaba frutas y buscaba cosas en el refrigerador con una actitud despreocupada, no parecía alguien a quien debía temerle, excepto por el cuchillo, por supuesto. Owen se preguntaba por qué allí, en una cocina solitaria con un desconocido que lo había secuestrado y que ahora le ofrecía una cena improvisada.

—Mañana debo ir de compras. Lo que traje hoy no alcanzará para mucho tiempo —comentó Emir mientras sacaba un bol y una cuchara.

—Me dijiste que Rachel no me mandó a esta casa. Entonces, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Owen con curiosidad y nerviosismo.

Emir dejó de hacer lo que estaba haciendo y miró a Owen con una expresión seria.

—Lo hice por ti —dijo con voz firme—. Por tu bien.

—¿Qué quieres decir con eso? —insistió Owen, sin entender nada. ¿Qué tenía que ver esa casa con él?

—Quiero decir que tienes un valor y una determinación que yo nunca he tenido... —Emir sostuvo la mirada de Owen con intensidad—. Sabes lo que quieres y vas a por ello, y te admiro por eso.

Owen se sintió confundido por esas palabras. Apenas se conocían. ¿Cómo podía Emir tener una opinión tan profunda sobre él? ¿Qué sabía él de su vida?

—¿Estás enamorado de Rayden? —preguntó Emir de repente, cambiando de tema.

Owen se ruborizó al oír la pregunta.

—No sé muy bien qué es el amor, solo sé que me gusta mucho —dijo Owen con sinceridad, aunque le daba vergüenza admitirlo en voz alta. Pero era la verdad, y no podía negarla. Rayden le hacía sentir algo especial.

—No sabes bien lo que significa el amor, pero estás dispuesto a explorarlo y no te da miedo expresarlo. Incluso se lo has dicho claramente a tu madre —Emir hizo una pausa—. Eso es admirable. Ojalá fuera tan valiente como tú.

Owen no supo qué decir. Una parte de él se sintió halagada por las palabras de Emir, pero otra parte sabía que no había nada de valentía en sus acciones, sobre todo en lo que se refería a su madre.

Después de cortar la fruta en trozos pequeños y colocarla en un plato colorido, el teléfono de Emir empezó a sonar con insistencia. Así que salió de la cocina para atender la llamada, dejando a Owen solo. Owen se dirigió al salón, donde había un sofá grande y cómodo. Mientras saboreaba el dulzor del mango y las uvas, recordó lo que le había dicho Emir. Pronto el cansancio se apoderó de él y se quedó dormido sin darse cuenta, con el plato vacío en el regazo.

Emir colgó el teléfono después de una larga conversación y volvió a la cocina, pero no vio a Owen por ninguna parte. Lo buscó con la mirada y lo encontró dormido en el sofá del salón. Se acercó con cuidado y le observó con ternura. Tenía el pelo revuelto y la boca entreabierta, lo que hizo que a Emir se le escapara una sonrisa dulce. Luego le puso una manta suave por encima para que no pasara frío.

Owen notó el gesto, pero fingió seguir dormido.

Emir le acarició el cabello con ternura y susurró:
—No dejaré que nada malo te pase, no es tu culpa.

CAPÍTULO 14
LA CASA DEL LAGO.

El sol matinal se coló por la ventana y acarició suavemente el rostro de Owen, despertándolo con su luz cálida y dorada. El joven se frotó los ojos y se estiró, sintiendo cómo le dolía todo el cuerpo por haber dormido en el sofá. Le costó unos instantes recordar dónde estaba y qué había ocurrido la noche anterior. Entonces, una frase resonó en su mente:

«No dejaré que nada malo te pase»

—¿Qué quiso decir con eso? —murmuró Owen, confundido y curioso por las palabras de Emir.

—¿Decir qué? —preguntó Zoé.

Owen se sobresaltó al ver a su amiga sentada en una silla junto a la mesa del salón, bebiendo café tranquilamente. No se había percatado de su presencia.

—Me asustaste. ¿Desde cuándo estás ahí?

—No mucho —respondió Zoé con una sonrisa pícara.

—¿Qué hora es?

—Pasadas las siete.

Owen frunció el ceño. El sol parecía más alto y brillante de lo normal para esa hora. Se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Vio un cielo azul sin nubes y un jardín verde y florido. Era un día precioso.

—¿Por qué dormiste en el sofá? —preguntó Zoé con interés.

—No podía dormir, así que bajé a la cocina a buscar algo y me quedé aquí.

Owen evitó mencionar que había estado con Emir. Lo que había pasado entre ellos le resultaba extraño y no sabía cómo explicarlo. Prefería guardar el secreto por el momento.

Zoé miró a su alrededor y se aseguró de que nadie más estuviera en la casa. Luego se inclinó hacia Owen y le susurró:

—Estamos solos.

Owen bostezó y se encogió de hombros.

—¿Y eso qué?

Zoé frunció el ceño como si no creyera lo que escuchaba.

—Esta es nuestra oportunidad para escapar de este lugar.

—¿Crees que sea buena idea? —preguntó Owen con duda.

Zoé se giró hacia él y le clavó una mirada interrogante.

—¿No es eso lo que querías? ¿No querías escapar de Emir?

Emir había salido muy temprano esa mañana, antes del amanecer. No había pegado ojo en toda la noche, preocupado por una llamada que había recibido.

—Quizás Emir no es mala persona —murmuró Owen, sin apartar los ojos del jardín.

Zoé resopló y cruzó los brazos.

—Lo que digas con respecto a Emir no tiene ningún valor. Eres demasiado bueno y confiado.

El sonido de un auto los sobresaltó. Los dos amigos dejaron de hablar y corrieron a la puerta principal. Querían ver quién había llegado. Era Emir, con una cara de enfadado, que contrarrestaba con las expresiones de las dos personas que salieron del auto detrás de él.

Eran altos y pálidos, de cabello negro y ojos como la noche. Rayden y Raykel parecían dioses bajo la luz matutina, bañados de gracia y una elegancia sobrecogedora que los hacía parecer de otro mundo.

Emir ordenó a Owen que entrara a la casa con voz áspera, pero fue ignorado. Owen parecías

estar hipnotizado por la presencia de los gemelos.

—Espera, tenemos que hablar —gritó Raykel y de pronto la burbuja de encanto desapareció.

Raykel se apresuró a seguir a Emir, pero antes, se detuvo frente a Owen y dijo:

—Te ves horrible.

—Em, cariño. Hablemos.

Zoé no podía soportar más la tensión entre aquellos dos jóvenes enamorados que se miraban con anhelo. Decidió intervenir y, con un gesto teatral, se interpuso entre ellos.

—¿Qué esperan? ¿A qué se les acabe el tiempo? —les espetó.

Ante la falta de respuesta, Zoé empujó suavemente a su amigo hacia la persona que tenía enfrente y luego se alejó discretamente.

—Hola, vendedor de flores —saludó Rayden con voz ronca.

—Me llamo Owen —respondió Owen con voz temblorosa. Sintió que las lágrimas le brotaban de los ojos, sin saber muy bien por qué. Solo sabía que necesitaba llorar, liberar toda la emoción que había acumulado en su pecho.

—No llores, estoy contigo —le consoló Rayden. Le acarició el cabello revuelto con una mano y le abrazó con fuerza con la otra. A pesar de los golpes que le había propinado su padre, no sentía dolor. Solo sentía el calor de Owen entre sus brazos.

Owen recostó su cabeza en el pecho de Rayden, podía escuchar el latido de su corazón, se sentía tan a gusto, pero aun así seguía llorando. —¿Esto es real? —preguntó en voz baja.

—No estoy muy seguro, pero si es un sueño entonces quiero abrazarte hasta que despierte.

Rayden se mantuvo abrazado a Owen durante unos minutos, hasta que sintió que los brazos se le entumecían. Entonces se separó un poco y le acarició el rostro con suavidad. Se inclinó hacia él muy despacio, dispuesto a besarle en ese instante, pero Owen lo detuvo.

—No me he lavado los dientes —se disculpó Owen, avergonzado de estar aún en pijama y sin haberse bañado. Se sentía un desastre al lado de Rayden, que estaba impecable.

—No me importa —susurró Rayden y volvió a acercarse.

El beso de Rayden lo dejó sin aliento. Owen nunca había sentido nada igual, una mezcla de ternura y pasión que lo envolvía por completo. Pero cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, el miedo lo invadió y se separó de él con brusquedad. No se atrevió a mirarlo a los ojos y echó a correr, sin saber cómo enfrentar lo que acababa de pasar.

Rayden se quedó paralizado frente a la casa, sintiendo el pulso acelerado y el sabor de Owen en sus labios. Quería ir tras él, pero no sabía si Owen se había arrepentido o si solo estaba asustado. Entonces, con una voz que intentaba ser divertida pero que temblaba de emoción, le gritó:

—¿Qué pasa, te has puesto tímido?

Le encantaba ver las reacciones de Owen cuando se sonrojaba o se ponía nervioso.

Owen subió las escaleras a toda prisa y entró en la habitación sin aliento. Sin perder tiempo, se dirigió al baño para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa. No quería que Rayden lo viera con ese aspecto descuidado.

—No te preocupes tanto por tu apariencia, eres guapo con cualquier cosa que te pongas —le dijo Rayden desde la cama, alzando la voz para que Owen lo oyera.

Owen no contestó hasta que salió del baño, envuelto en una toalla. Rayden lo esperaba de pie

junto a la puerta.

—Solo lo dices por quedar bien —murmuró Owen, evitando su mirada.

Rayden le revolvió el pelo mojado con cariño.

—¿Te has quemado con el agua? Tienes la cara muy roja —le dijo con una sonrisa traviesa.

Owen sabía que Rayden se estaba burlando de él, pero no le importó. Se acurrucó contra su pecho y escondió su cara sonrojada en su hombro.

—No tienes que avergonzarte de que te vea en pijama. Cuando vivamos juntos, será algo habitual. Aunque quizás prefieras dormir sin nada puesto.

Owen se quedó sin palabras ante esa insinuación. Solo pudo cerrar los ojos y gritar por dentro.

Owen se vistió rápidamente con una de las ropas que había llevado y salió al balcón de la habitación junto con Rayden. Desde allí podían contemplar la hermosa vista compuesta por cientos de árboles y el inmenso lago que se extendía por los alrededores. Sin embargo, a Rayden no le interesaba la naturaleza, solo tenía ojos para Owen.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —le preguntó Owen, mirándolo de reojo.

Rayden le mostró su teléfono, donde se veía la publicación que había hecho Emir. En ella aparecía una foto del *post-it* que Owen tenía en la mano mientras viajaban en el avión. Owen se sorprendió al verla, no se había dado cuenta de que Emir le había tomado esa foto. Cada vez le parecía más extraña la forma en la que se comportaba.

—Tuvimos un problema en el aeropuerto y llegamos más tarde de lo previsto —explicó Rayden con un suspiro—. Algunos periodistas locales nos estaban esperando.

Owen frunció el ceño y dijo:

—No entiendo por qué la prensa los persigue tanto a ti y a Raykel. Son diseñadores muy reconocidos, pero no son los únicos artistas famosos. Por lo general, los más buscados son los cantantes y actores, no los diseñadores de moda, salvo que estén involucrados con otros artistas en algún evento social importante.

—No seas tan sincero, me duele —dijo Rayden entre risas—. Tal vez tengas algo de razón, pero no siempre es así. La prensa nos persigue por varios motivos: trabajamos con personas muy famosas en el mundo del espectáculo, hemos logrado cosas increíbles a nuestra edad, hemos rechazado muchas propuestas de marcas y empresas que quieren colaborar con nosotros. Eso despierta el interés de la gente.

—Ya cállate, eres un arrogante. —replicó Owen con fastidio.

—Solo digo la verdad. Pero hay otro factor que nos ha puesto más en el foco de atención —Rayden cambió su tono a uno más serio—. Me refiero a la influencia de nuestros padres, que están muy metidos en todo esto del entretenimiento y el mundo empresarial. Cuando alguien tiene tanto dinero y poder, también tiene muchos ojos encima.

—Parece que lo lamentas.

—Lo odio con toda mi alma. A veces la carga es demasiado pesada.

Owen no supo qué responder. Cada vez que conocía más a Rayden, se daba cuenta de que, detrás de la fama y el dinero, había un chico muy infeliz.

Un ruido ensordecedor procedente del cuarto de al lado resonó en el ambiente, haciendo que Owen y Rayden se sobresaltaran. El estruendo parecía haber sido causado por una puerta que se

cerró con fuerza, y al poco tiempo se oyeron objetos cayendo al suelo y cristales rompiéndose.

—¿Me extrañaste? —se oyó la voz jadeante de Emir desde la otra habitación.

Owen se giró hacia Rayden, que tenía una expresión de asombro en el rostro.

—Sí, mucho —respondió Raykel con unos sonidos lascivos muy vergonzosos.

Los gemidos y las palabras obscenas no cesaron, los cuerpos se golpeaban rítmicamente y no parecían tener intención de detenerse pronto.

—No pensé que las paredes de esta casa fueran tan delgadas —comentó Owen con una sonrisa dulce.

Rayden no aguantó más, alzó las manos y tapó los oídos de Owen mientras lo empujaba a salir de la habitación. Más tarde le daría su merecido a su hermano, pero por ahora, necesitaba evitar que Owen siguiera oyendo semejante espectáculo.

—Lo siento mucho —se disculpó Rayden.

—No tienes que disculparte por nada —respondió Owen con amabilidad.

—Es que mi hermano es muy descarado.

Owen le sonrió y le restó importancia al asunto. Después de desayunar algo que Zoé había preparado, él y Rayden salieron a dar un paseo por los alrededores. La vista era hermosa. Estaban cerca del lago y decidieron caminar por la orilla mientras disfrutaban del clima.

—¿De quién es esta casa? Mi madre me mandó a un lugar con Emir, pero él me trajo aquí —dijo Owen con tristeza. Aunque le gustaba la compañía de Rayden, no podía olvidar su situación.

—No te pongas triste —Rayden se detuvo y lo miró a los ojos. —Todo va a salir bien, ¿de acuerdo?

Owen asintió.

—Esta casa... bueno, yo pensaba que era una casa de alquiler para turistas. Pero Emir nos dijo que era la casa de sus padres biológicos. No nos dio más detalles y yo tampoco quise preguntarle. Me parece extraño, porque Emir ha vivido con mi familia desde que tenía catorce años. No sé cuándo se enteró de sus padres.

Owen estaba a punto de decir algo cuando vio que Rayden se quitaba la ropa sin ningún reparo. Se quedó mudo y asustado

—¿Qué haces? —preguntó con voz temblorosa.

—Me dio calor después de caminar tanto —explicó Rayden con naturalidad.

Owen apartó la vista, avergonzado.

—¿Por qué no me miras?

—Es que...

—¿Te da vergüenza? —Rayden se acercó a él y le tomó el rostro con suavidad, obligándolo a mirarlo a los ojos—. No tienes que sentirte así, somos del mismo sexo, no hay nada que pueda sorprenderte.

Owen alzó la vista y se encontró con el torso desnudo de Rayden, que era una tentación para cualquiera. Sus músculos marcados y su piel tersa despertaban fantasías prohibidas en Owen, que no podía evitar sentirse atraído por él.

—¿Qué te pasó? —preguntó Owen con preocupación al ver un moretón en el abdomen de Rayden.

—No es nada importante —mintió Rayden, pero Owen no le creyó y se acercó más a él. Entonces vio las marcas a penas visibles que tenía en el cuello y se alarmó.

—¿Tu padre te hizo esto?

Rayden bajó la mirada y trató de sonreír para restarle importancia a las huellas de violencia que tenía en el cuerpo.

—Mi padre a veces puede ser difícil.

Owen sintió una mezcla de rabia y compasión por Rayden y lo abrazó con fuerza. Rayden se dejó consolar por uno segundos, pero luego se separó y le quitó la camiseta a Owen.

—¿Qué haces? —preguntó Owen sorprendido cuando Rayden le intentó quitar el pantalón. Owen detuvo sus manos y retrocedió unos pasos.

—No tengo bañador —se excusó Owen mientras miraba a Rayden quitarse su pantalón, quedando solo en ropa interior.

—Yo tampoco —dijo Rayden y luego miró a Owen que parecía nervioso—. ¿Te sientes incómodo?

—No es eso. —respondió Owen con voz temblorosa y también se deshizo de la ropa que le quedaba.

Ambos se miraban fijamente, recorriendo con la vista el cuerpo del otro con curiosidad y deseo.

—Eres muy sexy —dijo Rayden con una sonrisa.

Owen se sonrojó y se abrazó a sí mismo. «Voy a morir, voy a morir» se repetía en su mente.

Al ver su nerviosismo, Rayden se acercó y le tomó la mano.

Juntos entraron al lago de aguas frías, que le llegaban hasta la cintura. Era una sensación refréscate. Se quedaron quietos mirándose fijamente mientras el sol los arropaba, pero Owen no fue capaz de resistirlo por más tiempo y decidió salir.

Rayden lo siguió con la mirada y vio como su ropa interior blanca se pegaba a su piel y dejaba ver casi por completo su desnudez. De pronto sintió que su corazón latía más rápido y un frenesí le recorrió el cuerpo.

—¿A dónde vas? —preguntó Rayden y se lanzó a sujetar a Owen por el brazo. Al hacerlo, los dos se desequilibraron y se precipitaron al agua.

Cuando emergieron a la superficie, Owen se abrazó al cuello de Rayden y le murmuró al oído:

—Me estás volviendo loco.

Rayden le respondió con un beso cálido y apasionado. El contacto fue suave al principio, pero luego se intensificó, como si necesitaran más. Ambos se aferraron el uno al otro mientras se besaban con ansiedad. Sus lenguas se encontraron y se acariciaron, sus manos recorrieron sus cuerpos mojados y la dicha de tenerse comenzó a embriagarlos.

Owen podía sentir los labios de Rayden suaves y cálidos, pero también con un toque de agresividad que le provocaba escalofríos. Dejó escapar un ligero gemido de placer, que aumentó la excitación de Rayden. Este le mordió el labio inferior y luego bajó por su cuello, dejando una marca roja.

Rayden y Owen llegaron a la orilla, jadeantes y mojados. Se tumbaron sobre las rocas lisas, sintiendo el contraste entre el frío del agua y el calor de sus cuerpos. Rayden se acercó a Owen y se colocó entre sus piernas, buscando su boca con ternura. Se besaron despacio, saboreando cada suspiro, cada roce, cada latido. Era como si hablaran con el aliento, transmitiéndose todo lo que sentían sin palabras. El tiempo se detuvo para ellos, y solo existía ese momento, ese lugar, ese beso.

El paisaje era tan hermoso que parecía creado solo para ellos. Se besaron con pasión, explorando y provocando sus labios con caricias y mordiscos. Sus almas se estremecían de placer, mientras un escalofrío les recorría el cuerpo. Lo que sentían parecía ser inagotable.

El beso duró varios minutos, hasta que sus labios se separaron con suavidad. Sin embargo, no se soltaron el uno al otro, sino que se abrazaron con fuerza, sintiendo el latido acelerado de sus corazones. Era como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor, y solo existieran ellos dos y la felicidad que los inundaba. El hormigueo que recorría sus cuerpos era una señal de la intensa conexión que habían establecido, de la fluidez con la que se habían entregado el uno al otro.

—Tengo una erección —dijo Rayden descaradamente.

—Lo sé.

CAPÍTULO 15
EMIR

Una vida dedicada a los negocios ilícitos suele tener dos destinos posibles: la cárcel o la muerte. Son las consecuencias inevitables de un camino sin retorno. Así lo aprendió el padre de Emir, quien desde joven se dejó seducir por las vanidades del mundo: dinero, respeto, poder y otras tentaciones peligrosas como el amor.

La búsqueda de algo que parecía imposible llevó a Omar Murphy a convertirse en un hombre temerario. Su primer amor le había dejado una herida profunda que ensombrecía todo lo que hacía. Un día, mientras huía de unos mafiosos, se refugió en una floristería que encontró a su paso. Allí se quedó unas horas hasta que los perdió de vista. Fue entonces cuando conoció por casualidad a la mujer más hermosa que jamás había visto. Su belleza era tan exquisita que el joven criminal se enamoró al instante y la cicatriz del pasado empezó a desvanecerse.

Ese día cambió el destino de dos jóvenes que se enamoraron a pesar de sus diferencias. Ella era una chica inocente y atractiva que venía de una familia humilde y trabajadora. Él era un criminal que había nacido en una familia rica y poderosa, pero que nunca había recibido amor ni respeto. Aunque todo el mundo se oponía a su relación, ellos lucharon por lo que tenían.

Con el nacimiento de su primer hijo, Omar decidió dejar atrás su vida de delincuencia y dedicarse a su familia. Por primera vez, se sintió feliz y pleno.

Pero la felicidad tiene un precio, y más para alguien que ha estado siempre rodeado de peligro. ¿Sería capaz de mantener a salvo a los suyos de su pasado oscuro?

La vida de Emir y sus padres cambió radicalmente cuando el niño cumplió un año. Su pasado los acechaba y buscaba vengarse. Desde entonces, tuvieron que mudarse constantemente de una casa a otra, huyendo de sus enemigos. El padre de Emir podía enfrentarse a ellos, pero le había jurado a su esposa que dejaría atrás su antigua vida y se dedicaría solo a proteger a su familia. Al fin encontraron un refugio seguro: la casa del lago. Era un lugar apartado de todo, en una provincia donde nadie los conocía. Allí pudieron disfrutar de la paz por un tiempo, hasta que una noche, un grupo de hombres armados irrumpió en la casa.

Era una noche tranquila y Omar y su esposa disfrutaban de un programa de televisión en la sala de estar. De pronto, unos ruidos estruendosos los alertaron. Unos hombres armados habían entrado a la fuerza en la casa y disparaban sin piedad. Una bala impactó en la pierna de Omar y lo hizo caer al suelo, sangrando y sin poder moverse. La madre Emir fue por él y lo rodeó con sus brazos y lo cubrió con su cuerpo para evitar que lo lastimaran mientras lloraba desesperada.

La casa se llenó de humo y de cristales rotos. Los disparos resonaban por todas partes y hacían temblar las paredes. El bebé, que estaba en los brazos de su madre, empezó a llorar desconsoladamente. y su padre lanzaba gritos de dolor y de impotencia. Era una escena aterradora.

El ruido de los disparos cesó y dio paso al eco de unos pasos que se acercaban. El padre de Emir levantó la mirada mientras se arrastraba hacia su esposa e hijo y vio la silueta de un hombre vestido de negro que avanzaba lentamente. Sintió un escalofrío de terror por su familia, consciente de que aquel hombre no venía con buenas intenciones.

—Disculpen mis modales, debí avisar antes de hacer la visita —la voz del recién llegado era suave pero profunda, con un ligero toque de burla que le confería un aspecto realmente siniestro. Se acercó hasta quedar a pocos centímetros de Emir y su madre, se inclinó y cogió el cabello de la mujer para olerlo con anhelo y luego tirar de él con violencia. —Siempre tan hermosa —murmuró.

—Déjala en paz —el hombre que yacía en el suelo, incapaz de moverse, gritó con fuerza—. Me quieres a mí, déjalos a ellos.

El recién llegado torció su boca con una sonrisa maliciosa y le indicó a uno de sus secuaces que se llevara al bebé.

—No, por favor, no —suplicaban con angustia el padre y la madre al ver cómo se alejaban con su pequeño hijo. El hombre cruel parecía resuelto, actuaba como un demente y no iba a detenerse.

La mujer gritaba desesperadamente mientras el eco resonaba en toda la casa. El padre de Emir y los subordinados de aquel hombre no podían apartar la vista de la escena que se desarrollaba ante sus ojos. El hombre, poseído por la frívola maldad, le arrancó la ropa a la mujer que luchaba por defenderse y la golpeó brutalmente. Luego abusó de ella con una violencia salvaje, como un acto de venganza, de furia y dolor, sin ningún atisbo de humanidad aparente.

Después de abusar brutalmente a la madre de Emir y obligar al padre a presenciarlo todo, el agresor se ensañó con él y le apretó la herida de bala que tenía en la pierna.

—Tú tienes la culpa de todo —le espetó el agresor con voz entrecortada mientras lo torturaba —. Me destrozaste la vida...

El padre de Emir sintió un dolor insoportable, pero no era nada comparado con el sufrimiento de ver a su esposa tirada en el suelo, desnuda y casi inconsciente, con los ojos vacíos y tristes que lo miraban sin esperanza.

—Perdóname —murmuró aquel hombre desolado al notar el frío metal del arma que le apuntaba a la cabeza.

Un disparo se oyó en la habitación.

¿Qué motivos pueden llevar a alguien a cometer actos tan atroces? ¿Será el odio o el amor? ¿O acaso no hay diferencia entre ellos

Nuestra memoria alberga los recuerdos de lo que hemos vivido, ya sean recientes o lejanos, claros u oscuros. Siempre están presentes, aunque a veces no los percibamos. Y de ellos se nutren nuestras acciones futuras, pues los recuerdos moldean nuestra forma de ser y de ver el mundo.

Emir tenía solo dos años cuando lo separaron de su madre y lo llevaron a un orfanato. Su madre creía que él había muerto al igual que su esposo en aquella noche trágica. Desde entonces, Emir sufrió el abuso y la violencia de los otros niños y de las monjas que lo cuidaban. El orfanato era un lugar horrible donde no había amor ni esperanza.

A pesar de que siempre estaban huyendo, el niño había tenido una vida feliz junto a sus padres. Pero todo cambió cuando llegó a aquel horrible lugar, donde tuvo que vivir durante varios años. El día que cumplió cinco, algo maravilloso ocurrió; una mujer misteriosa fue a visitarlo y pagó una gran suma de dinero a la institución para que el niño fuera tratado mejor. Desde entonces, ella lo visitaba con frecuencia y le llevaba el mismo regalo en cada cumpleaños. El niño la consideraba como un ángel que había venido a salvarlo.

—¿Por qué siempre me regalas esta flor en mi cumpleaños? —preguntó el niño con curiosidad al recibir una hermosa orquídea blanca por su décimo aniversario. La flor tenía unos

pétalos delicados y un aroma dulce que le gustaba mucho.

La mujer sonrió bajo el velo que ocultaba su rostro y le respondió con voz suave:

—¿No te gusta?

—Sí me gusta, pero es extraño. Nunca me has dejado ver tu cara ni me has dicho tu nombre, pero eres muy amable conmigo... —el niño hizo una pausa, suspiró y añadió con tristeza —los adultos no suelen serlo.

La mujer se sintió culpable, sabía que el niño estaba allí por su culpa, aunque él no lo supiera. Ella era responsable de que lo hubieran separado de su madre hace años.

—Tengo que irme —dijo la mujer levantándose para marcharse, pero antes de salir se giró y lo miró fijamente con una mezcla de amor y dolor —Eres igual a tu madre.

La mujer se fue y dejó a Emir atónito en el mismo lugar, lleno de preguntas sin respuestas. Se quedó mirando la orquídea blanca, que simbolizaba un amor desinteresado, y se preguntó quién era esa mujer misteriosa que le visitaba cada año.

—¿La mujer misteriosa conoció a tu madre? —preguntó un niño unos años más joven que Emir.

—¿Por qué siempre me espías Will?

—No lo hice a propósito, solo pasaba por aquí —dijo el niño llamado Will mientras se reía. Emir no era su amigo, pero siempre lo seguía a donde quiera que fuera.

Un día, cuando Emir tenía catorce años, la mujer se encontró con una gran sorpresa.

—El niño ha sido adoptado por una familia —le informó la encargada.

—¿Qué? ¿Quiénes son? —preguntó la mujer con asombro. No se había imaginado que alguien quisiera adoptar a Emir a esa edad.

«¿Qué tipo de familia adoptaría a un adolescente?», se preguntó la mujer.

En los últimos meses, Emir había pensado en más de una ocasión en escapar del orfanato. Sabía que una vida como indigente probablemente habría sido más gratificante que seguir bajo el yugo de las monjas que tanto lo maltrataban. Pero con la llegada de Aron, las cosas cambiaron de manera inesperada.

«¿Viviré aquí?»

Se preguntó el joven Emir mientras era incapaz de no sentirse sorprendido y abrumado por la imponente casa que se alzaba ante sus ojos. Era por mucho, el lugar más impresionante que jamás había visto y eso era solo la entrada principal.

—Entra—. Dijo Aron con voz fría— Esta es la mansión Sarosh, de ahora en adelante vivirás aquí, no te atrevas a llamarme padre y no cometas el error de mirarme directamente a los ojos, ¿entiendes?

Emir asintió y sin ser consciente de lo serias que eran las palabras de Aron, levantó la mirada.

El hombre le dio una bofetada con tal agresividad que Emir cayó al suelo.

—Dije que no me miraras a los ojos.

En ese instante Emir comprendió que había salido de un infierno para entrar en otro mil veces peor. Se quedó allí tirado sin emitir ningún sonido, se obligó a sí mismo a no llorar pese al dolor que sentía en su rostro y cerró sus ojos con fuerza preparándose para recibir otro golpe cuando de pronto escuchó una voz que le resultó familiar.

—¡Aron! ¿Qué haces?

Aron se detuvo al ver a su esposa Eliz acercarse.

Eliz sintió como se le debilitaban las piernas al ver a Emir tirado en el suelo.

—¿Qué hace él aquí?

Aron parecía satisfecho con la impresión causada en su esposa y con una voz sombría dijo:

—De ahora en adelante él vivirá en esta casa, ya no tendrás que visitarlo a escondidas al orfanato.

Eliz estaba aturdida, su esposo había descubierto un secreto que se esforzó por guardar durante muchos años, era difícil ocultarle cualquier cosa a Aron.

—¿Quién es este niño? —preguntó Eliz con fingida inocencia poniendo todo se parte para aparentar que no sabía nada.

Aron se acercó a su esposa y la agarró por el cuello con ambas manos. Con un tono amenazador le dijo:

—No juegues conmigo, Eliza.

Eliz retrocedió unos pasos mientras tosía y luchaba para recuperar el aliento, mientras tanto, Aron le dirigió una última mirada de desprecio al joven debilucho que no se dignaba a ponerse de pie y caminó al interior de la residencia.

—¿Qué se supone que le diremos a los gemelos? —preguntó Eliz con voz entrecortada antes de perder de vista a Aron.

—Eres experta inventando excusas, confío en que se te ocurrirá algo brillante. Además, Rayden y este ya se han conocido antes—. Fue lo que dijo Aron antes de marcharse y dejar a Eliz con alguien que en ese momento representaba un gran problema.

Tras varios minutos de silencio, Emir se puso de pie y finalmente hizo la pregunta que Eliz sabía que haría.

—Usted es la mujer misteriosa ¿cierto? Nunca vi su rostro, pero reconozco su voz.

—Puedo ser muchas personas, niño. —Respondió Eliz con una cálida sonrisa mientras acariciaba el desordenado cabello rojizo de Emir.

—Esta mañana pensé que era usted quien me visitaba por mi cumpleaños, pero en lugar de eso... —Emir guardó silencio mostrándose confundido.

—Ese hombre es mi esposo.

—Su esposo da mucho miedo, no se parece en nada a usted.

Eliz volvió a sonreír y esta vez abrazó al niño.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias —respondió Emir con alegría mientras le devolvía el abrazo a Eliz.

—¿Alguna vez conociste a alguien llamado Rayden?

Eliz se agachó para estar a la altura de Emir y le sujetó los hombros provocando que este último la mirara y notara la seriedad de las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Hace unos meses en el orfanato hubo alguien con ese nombre, lo recuerdo muy bien. Él fue el responsable de...

—No lo menciones —dijo Eliz casi en un susurro, interrumpiendo a Emir.

Eliz le explicó al joven Emir que ese chico llamado Rayden era su hijo y que este tenía un hermano gemelo cuyo nombre era Raykel.

—Debes proteger a los gemelos como si fueran tus hermanos menores, a cambio yo te protegeré a ti tanto como sea posible. —la mujer de cabellera rubia, sumamente atractiva y de expresión amable parecía estar haciendo una especie de trato con aquel joven de catorce años que se sentía cada vez más confundido.

Cuando Eliz vio que Emir asintió de manera positiva agregó:

—Nunca menciones lo que sucedió en el orfanato. ¡Promételo!

—Nunca lo haré —dijo Emir, sintiéndose, a pesar de su corta edad, obligado a cumplir con su palabra hasta el fin de sus días.

Desde el primer momento en que se conocieron, los gemelos y Emir tuvieron una excelente relación, excepto con Rayden, que se mostraba más distante. Estudiaron juntos en la misma escuela e institutos de idiomas, tomaron clases de música e incluso Emir les ayudó en sus inicios como diseñadores.

Emir nunca reveló que había conocido a Rayden en el orfanato y guardó el secreto sin problemas, pues Rayden no parecía reconocerlo.

Al cumplir dieciséis años, los gemelos organizaron una fiesta íntima en su casa, a la que solo invitaron a Emir y algunos compañeros de clase.

Durante un juego típico de adolescentes, Rayden retó a su hermano a besar a la persona que más le gustara de los presentes. Raykel no lo pensó dos veces y besó apasionadamente al chico pelirrojo de ojos verdes que siempre lo acompañaba desde que llegó a vivir con ellos.

Para Emir, ese beso fue la realización de un sueño. Siempre se había sentido atraído por Raykel, pero nunca se lo había confesado. Los demás podían pensar que era solo un juego, pero para él era mucho más.

Sin embargo, su felicidad se esfumó cuando alguien inesperado llegó y los vio besándose.

Aron no podía creer lo que veían sus ojos: aquello era inaceptable para él.

—¿Cómo se atreven? —dijo Aron mientras los separaba y sin dar aviso comenzó a golpear a Emir despiadadamente. Después de golpearlo hasta dejarlo inconsciente, como castigo lo encerró en el sótano de la mansión.

Emir permaneció sin moverse durante varias horas y fueron los cuidados de Eliz los que lo ayudaron a recuperarse, llevarlo al hospital era algo imposible, así que ella misma se encargó de cuidarlo, nadie podía saber de su estado.

—¿Por qué el señor Aron me odia tanto?

—Te ha mantenido a su lado por los sentimientos que alguna vez tuvo por tus padres. Es algo complicado que yo nunca he logrado entender.

Emir nunca preguntó por sus padres, pero en ese momento sintió que era hora de hacerlo.

Elíz no quería entrar en detalles, así que solo dijo una parte:

—Aron es el responsable de todo lo que te ha sucedido. Él fue quien mató a tu padre.

Después de sentirse un poco mejor, Eliz lo saco de la mansión y lo llevó a un lugar donde se reencontró con alguien que para él no existía hasta ese momento, y permaneció allí durante un largo periodo.

—Ya debes regresar, inventa cualquier excusa y haz que los gemelos te crean.

—No quiero hacerlo, conoces mis sentimientos hacia Raykel.

—Deshazte de esas estupideces.

—¡¡Pero madre!!

La mujer levantó una de sus manos e hizo que Emir guardara silencio, no estaba dispuesta a hablar más del tema.

Emir sufrió desde los dos años por errores que nunca cometió. En su adolescencia conoció el amor, pero se le impidió la posibilidad de amar. A menudo se sentía derrotado, confundido y sin rumbo, sin entender por qué la vida lo trataba de esa manera. Aprendió a mostrar un exterior que ocultaba lo que sentía su corazón. Anhelaba tranquilidad, alguien que lo comprendiera, no una pareja ni un amigo; anhelaba a alguien que, sin saber que existía, un día apareció en su vida...

...un hermano.

CAPÍTULO 16
ENTONCES BÉSAME.

—Perdón por dejarme llevar por mis emociones. El pequeño Ray se despertó de repente —dijo Rayden con una sonrisa despreocupada.

Owen soltó una carcajada.

«¿Pequeño Ray? Eso es un eufemismo. ¿Qué pensaría si supiera que me he masturbado imaginándolo?» Se preguntó Owen.

—¿De qué te ríes?

—De nada —Owen se levantó y le dio un beso rápido antes de salir corriendo hacia donde estaban sus ropas.

—¡Espera! ¿A dónde vas? —preguntó Rayden y lo siguió rápidamente, al ver la expresión traviesa en su rostro. Entonces, se dio cuenta de que estaba planeando algo.

Owen recogió su ropa, que estaba tirada cerca de la orilla del lago, y echó a correr. —Te daré una recompensa si me atrapas— le dijo a Rayden, que lo miraba con una mezcla de sorpresa y diversión.

Rayden no se lo pensó dos veces y se lanzó tras él. Los dos iban en ropa interior por la ribera del lago, como en una escena de una película romántica. Reían y se miraban mientras disfrutaban del paisaje natural que los rodeaba.

Owen pronto empezó a cansarse. No estaba acostumbrado a hacer ejercicio y su cuerpo, aunque atractivo, era un regalo de la naturaleza, no el resultado de una dieta o un entrenamiento constante. Rayden, en cambio, parecía tener más energía cada vez. Se acercó a Owen y lo abrazó por la cintura, intentando levantarlo. Pero el peso de Owen lo hizo perder el equilibrio y los dos cayeron al suelo.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó Rayden.

Después de correr una larga distancia, los dos jadeaban sin aliento. Se quedaron mirándose el uno al otro con una sonrisa tonta, enamorados y felices.

—Quiero mi recompensa —exigió Rayden, volteándose y atrapando a Owen debajo de su cuerpo.

Owen se sintió acorralado por el torso semidesnudo de Rayden. Se arrepintió de haberle prometido algo antes. No tenía idea de cómo escapar de esa situación, así que optó por improvisar. Levantó lentamente la mano que sostenía la ropa de los dos y se la enseñó al chico que lo observaba con ojos ardientes. —Esta es tu recompensa— dijo con una voz inocente que hizo latir más rápido el corazón de Rayden.

—Estás haciendo trampa— protestó Rayden, intentando sonar serio, aunque por dentro se divertía con la ocurrencia de Owen.

—Nunca especifiqué qué tipo de recompensa sería, ¿Cómo puede ser trampa?

—No quiero la ropa, ya está sucia y mojada —dijo Rayden con voz firme.

Owen miró la ropa en su mano y comprobó que era cierto. La camisa y los pantalones estaban empapados de barro y agua.

—Entonces, ¿qué quieres? —preguntó Owen con nerviosismo, apartando la mirada.

Estaban solos, lejos de cualquier testigo. Owen se sentía vulnerable e indefenso ante el chico que lo tenía atrapado bajo su cuerpo.

—Quiero un beso —respondió Rayden sin vacilar.

Owen sintió que el corazón le latía con fuerza. Estaba tumbado boca arriba en el barro formado por la humedad del lago, y Rayden se inclinaba sobre él, bloqueando cualquier

escapatoria. No había más opción que enfrentarse a sus sentimientos.

Soltó la ropa que tenía en las manos y rodeó con ambos brazos el cuello de Rayden. Levantó un poco la cabeza e hizo contacto visual. Esta vez fue Rayden el que se puso nervioso. El chico bajo su cuerpo lucía demasiado dulce y sexy a la vez.

«Es demasiado atractivo. ¿Por qué incluso teniendo barro en su rostro luce tan bien?» pensó Rayden mientras se perdía en aquellos ojos verdes electrizantes que parecían ser capaces de atravesarlo.

Owen se acercó lentamente hasta que sus labios casi se rozaron. El aliento cálido y dulce de Rayden lo embriagó y sintió un cosquilleo en el estómago. Solo faltaba un leve movimiento para que se besaran, pero...

De pronto, Owen le dio una patada en el vientre a Rayden y lo tiró al suelo. Luego se echó a reír a carcajadas.

—¡Eres un debilucho! —se burló.

—La culpa es tuya —se quejó Rayden mientras se sujetaba el abdomen con una mueca de dolor.

Rayden empezó a toser con fuerza, como si le costara respirar. Owen dejó de reír y se preocupó al ver que no se recuperaba.

—¿Ray? ¿Estás bien? —preguntó con angustia—. Perdón, perdón, no quería hacerte daño.

El chico pelirrojo se agachó junto a Rayden y lo miró con ojos llorosos. Entonces, Rayden lo sorprendió al agarrarlo del cuello y tirarlo al suelo.

—¡Te la creíste! —exclamó Rayden mientras lo abrazaba con fuerza y lo ponía de pie—. Tú también eres un debilucho conmigo, ¿eh?

—No vuelvas a hacer eso, me asustaste de verdad. No tuvo gracia...

Owen no pudo terminar la frase porque Rayden le plantó un beso tierno y cálido que lo hizo temblar.

—Ya está, ya cobré mi recompensa —dijo Rayden con una sonrisa encantadora.

Una brisa fresca soplaba mientras los jóvenes se acercaban a la casa. Llevaban la ropa empapada y manchada, pero no les quedaba otra que seguir con ella puesta. Owen iba unos metros por delante, incapaz de andar al lado de Rayden después de lo que habían hecho juntos.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto a poner nervioso? —le preguntó Rayden, sabiendo la respuesta.

Owen se paró junto a unos columpios que había cerca de la casa y se giró para mirar a Rayden con una expresión seria.

—Nunca pensé que podría tener tanta intimidad con alguien como tú.

—Otra vez con eso —suspiró Rayden, más asustado que enfadado.

Owen se sentó en uno de los columpios y contempló el lago. Estuvo callado un rato, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que sentía.

—Somos tan distintos que parece un sueño. Si no hubieras chocado conmigo aquel día, creo que nunca nos habríamos encontrado. Tal vez fue el destino.

Rayden sonrió y se sentó junto a Owen.

—¿Crees en el destino? —le preguntó—. ¿Piensas que fue una casualidad que nos encontráramos, vendedor de flores?

Owen le dio un manotazo por llamarlo así y recordó el día que se conocieron.

—No fue fácil acercarme a ti ese día —continuó Rayden—. Iba en mi auto cuando te vi.

Estabas tan concentrado en tu trabajo que parecías estar en otro mundo. Al verte, sentí algo extraño, pero familiar. Fue como recordar a alguien que había conocido antes. Ahí estabas tú, el chico nervioso que una vez se escapó de mí.

Owen, que estaba mirando los últimos rayos de sol sobre el lago, se giró hacia Rayden con una expresión de confusión.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Te observé durante unos minutos, hasta que finalmente me armé de valor y salí del auto para acercarme a ti. No sabía qué decirte, no estaba preparado. Pero cuando quise frenar mis pasos, ya era demasiado tarde: te había empujado sin querer y el resto ya lo conoces.

—Yo... —Owen se quedó sin palabras.

—No sé si fue el destino, ni siquiera creo en esas cosas, pero fue una oportunidad única y no la iba a dejar pasar.

—¿Por qué dices que fue una oportunidad única? —preguntó Owen con curiosidad.

—Eso es un secreto —respondió Rayden y giró su cabeza para mirarlo a los ojos—. Pero lo que no es un secreto es el hecho de que estoy locamente enamorado de ti.

Fue una declaración inesperada. Owen sabía que entre ellos había una química especial, pero oírle decir que lo amaba era tan hermoso como abrumador. Estaba realmente impactado.

Rayden se enfrentó a Owen, que no se atrevía a mirarlo a la cara.

—Sé que no soy perfecto, que me cuesta expresarme y que a veces hiero con mis palabras sin querer. Nunca he tenido una relación y no sé cómo ser romántico. Mi vida no es normal, siempre hay caos y vigilancia a mi alrededor; solo soy un chico problemático que, aunque te conoce desde hace poco, está dispuesto a darlo todo por ti.

Rayden habló con rapidez y nerviosismo, sin apenas respirar entre frase y frase. Cogió las manos de Owen y las apretó con fuerza, luego siguió hablando, con más ansiedad aún.

—No sé cómo definir lo que tenemos y por eso... —Rayden se calló al ver que Owen levantaba la cabeza y lo miraba a los ojos.

—Creo que...

—Quizás creas que voy demasiado rápido —interrumpió Rayden—, pero no puedo controlarme, trato de ocultar lo que siento, pero cuando te veo, eso se vuelve imposible.

Rayden jadeaba con dificultad, de hecho, empezó a sudar frío, nunca había estado tan nervioso en su vida, le estaba declarando su amor a otra persona y estaba a punto de hacerle una propuesta muy seria, ¿Cómo no iba a estar nervioso?

Al ver a Rayden tan alterado, Owen le sonrió con dulzura y le dijo:

—Siempre pensé que estaba destinado a la soledad, crecí sin padres y con escasos amigos, nunca sentí el deseo de hallar el amor ni a alguien que me acompañara. Pero sin buscarlo, de repente todo cambió. Desde que te conocí empecé a sentir la necesidad de estar contigo y estoy agradecido de que aparecieras en mi vida justo cuando más te requería, aunque al principio no lo tenía muy claro.

En un entorno idílico, con el sol poniéndose sobre el lago que los rodeaba y el viento acariciando las hojas de los árboles, Rayden se armó de valor y le dijo a Owen con voz firme:

—¿Quieres ser mi novio?

No era como lo había imaginado. Había soñado con algo más especial, una cena romántica, unas velas, un regalo. Pero allí estaban, en unos columpios viejos junto al lago, con la ropa mojada y sucia pegada a sus cuerpos. No importaba. Lo único que importaba era Owen.

Owen no dijo nada durante un rato. En su corazón, la respuesta era evidente. Tal vez ni siquiera hacía falta decir nada, porque era obvio que se querían. Pero Rayden había hecho la

pregunta, y eso significaba que quería formalizarlo. Así que se acercó a él y le dio un beso suave en la mejilla.

—¿Qué significa eso? —preguntó Rayden con una sonrisa.

—Significa que soy tuyo desde hace tiempo —respondió Owen y se abrazó a Rayden para esconder su cara sonrojada.

—Déjame verte.

—No.

—Vamos.

—No quiero.

—Entonces bésame.

Owen y Rayden se abrazaban con ternura, sintiendo el calor de sus cuerpos y el latido de sus corazones. Estaban en un lugar mágico, rodeados de naturaleza y belleza. El sol se despedía con un espectáculo de colores sobre el lago, que reflejaba su luz como un espejo. Y el viento seguía susurrando entre las hojas de los árboles, creando una melodía suave y relajante.

Owen levantó la mirada y se encontró con los ojos oscuros de Rayden, que brillaban con los últimos rayos de luz del atardecer. Sintió una oleada de emoción y felicidad, y se acercó a él para besarle. Sus labios se unieron en un beso que parecía sellar un pacto de amor eterno.

CAPÍTULO 17
NO ES POR VENGANZA.

Emir había preparado la cena mientras los demás se ocupaban de sus propios asuntos. La noche había caído y los invitó a pasar al comedor, un inmenso salón con una mesa para diez personas que les hacía sentir la soledad que los rodeaba. Los gemelos y Owen se sentaron alrededor de la mesa, pero había una tensión palpable entre ellos.

—¿Qué les pasa? —preguntó Raykel, mirando alternativamente a su hermano y a Owen—. Se esfumaron durante horas, volvieron con la ropa mojada y no dieron ninguna explicación. Y ahora ni siquiera se dirigen la palabra. No creo que estén enojados, es algo más.

Rayden levantó la vista de su teléfono y trató de disimular su nerviosismo.

—No sé de qué hablas —respondió con fingida indiferencia—. No ha pasado nada.

Pero Raykel no se dejó engañar. Sabía que algo había ocurrido entre ellos.

Raykel acarició su barbilla con gesto pensativo mientras intentaba descubrir la razón por la cual su hermano y Owen actuaban de forma tan extraña.

—¡Métete en tus asuntos! —le espetó Rayden con enfado.

—También me meteré en los tuyos, eso no podrás evitarlo —replicó Raykel con una sonrisa burlona.

El joven entrometido no tenía intención de detenerse hasta saberlo todo o hasta ser golpeado por su gemelo, así que se levantó de su asiento y colocó ambas manos sobre la mesa mientras inclinaba su cuerpo para acercar el rostro hacia Owen, quien estaba sentado justo frente a él. El chico de las flores se sobresaltó al ver los ojos negros de Raykel clavados en los suyos con intensidad.

—Chico de las flores, dime algo... —Raykel torció la boca en lo que parecía una sonrisa macabra—. ¿Mi odioso hermano...? —miró a Rayden por un segundo, quien frunció el ceño—. ¿Finalmente perdió la virginidad?

La pregunta hizo que Owen casi cayera de la silla. Sin embargo, al ver que Rayden estaba listo para golpear a su hermano, tomó la iniciativa y dijo algo antes de que eso sucediera.

—¿Tú y Emir ya terminaron de hablar? Pude escuchar una conversación bastante acalorada —el tono con el que habló Owen fue bastante claro, no hizo falta decir más para que el joven entrometido entendiera.

Con una mirada furiosa, Raykel se dejó caer en su silla, sintiendo que había perdido la batalla. —¡Eso no se hace! —murmuró con resentimiento.

Rayden no podía contener la risa al ver cómo su novio había derrotado a su hermano.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¡¡Desgraciado!! —Raykel estaba dispuesto a vengarse de su gemelo, pero alguien lo interrumpió.

—¡Buenas noches! —Zoé entró en la sala con una sonrisa forzada. Todos se habían olvidado de ella.

—¡Zoé! —exclamó Owen con un tono de sorpresa y culpa. Se había distraído tanto con Rayden que se olvidó de ella.

Zoé le lanzó una mirada acusadora a Owen y señaló con el dedo hacia él mientras se sentaba en una silla vacía.

—Me alegra que al menos recuerdes mi nombre, así no me siento tan ignorada. Espero que me expliques todo lo que ha pasado, o si no, será mejor que vuelvas al lago y te ahogues en él.

Emir carraspeó desde la cocina y luego salió para pedirle a Raykel que lo ayudara a traer la cena a la mesa. Miró a Zoé con irritación, pero no dijo nada. Su expresión era suficiente para

mostrar su disgusto por lo que había dicho, aunque solo estuviera bromeando.

Raykel y Emir se ocuparon de distribuir la comida en la mesa. Había una gran variedad de platos, todos con un aspecto delicioso y un aroma exquisito.

Los vegetales y las frutas estaban presentes en cada una de las recetas preparadas por Emir, esto le llamó mucho la atención a Owen, ya que sus comidas favoritas siempre incluían frutas y vegetales. Además del atractivo estético que les agregan estos ingredientes a las comidas, Owen consideraba que el sabor siempre sería mejor si había frutas y vegetales presentes.

—Todo luce muy bien —murmuró Owen.

—Mi esposo es el mejor en la cocina.

Emir pateó a Raykel ante tal comentario y lo fulminó con la mirada. El chico lastimado no tuvo más remedio que quejarse por el dolor y comenzar a comer en silencio.

—Espero que sea de tu agrado —dijo Emir mientras le brindaba a Owen una ligera sonrisa.

—¿Por qué eres amable con él? —Raykel comenzó a quejarse al ver que Emir trataba mejor a Owen que a él mismo —Ray, ¿no te molesta que Emir se meta con tu chico?

Rayden frunció el ceño, y luego miró a los dos chicos pelirrojos durante unos segundos.

—Estás exagerando —contestó Rayden mientras deslizaba una de sus manos por debajo de la mesa hasta colocarla sobre el muslo del chico sentado a su lado. Owen se sobresaltó un poco al sentir el contacto de aquella mano intrusa que comenzaba a acariciarlo desvergonzadamente.

—¡¿Qué?! —preguntó Raykel incrédulo.

—¡Raykel! —dijo Emir con cierto tono de advertencia

Como cualquier niño obediente, Raykel se contuvo y siguió comiendo, pero no sin antes mostrarle dedo medio a su hermano.

—No entiendo la relación que tienen ustedes dos —Zoé rompió el silencio que había mantenido desde que empezaron a cenar. Era una persona muy extrovertida y no podía aguantar mucho tiempo sin hablar—. Al principio parecían estar enfadados, luego se reconciliaron; y vaya reconciliación, los escuché desde la biblioteca. Pero lo que más me intriga es que Emir sea tu subordinado, porque parece todo lo contrario.

Zoé enfatizó la última frase con una ceja alzada y una sonrisa pícara en su rostro.

—¡Zoé! —la reprendió Owen con un gesto de reproche hacia su mejor amiga por su imprudencia.

—Solo digo la verdad —se defendió Zoé con naturalidad, sin darle importancia a las miradas de los demás en la mesa. Sobre todo, a la de Emir, que la observaba con ojos asesinos, como si estuviera planeando su venganza.

—Esta cena es exquisita, se nota que tienes un don para la cocina —elogió Owen con una sonrisa nerviosa, buscando aliviar la atmósfera tensa que Zoé había creado con sus palabras.

Emir relajó su expresión hostil al oír a Owen y sintió un leve rubor en sus mejillas.

Rayden observó con asombro el cambio en Emir, nunca lo había visto sonrojarse así, y verlo tan vulnerable le provocó un escalofrío. Desvió la mirada hacia Owen, que estaba a su lado, y luego la regresó a Emir, preguntándose si Raykel tendría razón al afirmar que había algún parentesco entre ellos.

—¿Qué te ocurre? —le susurró Owen al notar que Rayden lo miraba alternativamente a él y a Emir.

—Nada, no te preocupes —respondió Rayden, intentando apartar sus pensamientos.

La cena estuvo en paz, aunque no faltaron las miradas incómodas que se lanzaban unos a

otros de vez en cuando. El comentario de Zoé había dejado un ambiente tenso en el aire, pero nadie se atrevió a mencionarlo.

—Ya no podemos quedarnos aquí por más tiempo —anunció Emir con voz grave, rompiendo el silencio que se había instalado en la mesa.

—¿Qué sucede? ¿A dónde iremos? ¿Por qué no podemos estar aquí? —Raykel lo interrogó con rapidez, notando que algo le preocupaba. Su rostro estaba pálido y sus ojos se movían nerviosos.

Emir frunció el ceño y miró a su alrededor, como si temiera que alguien los estuviera escuchando, o tal vez esperando que alguien los escuchara.

—Tengo que llevarme a Owen y a Zoé —dijo al fin con un tono que no admitía réplica.

—Imposible —gritó Rayden, golpeando la mesa con tanta fuerza que hizo temblar los platos.

—No puedes evitarlo —replicó Emir con calma.

—¿Quieres averiguar si puedo o no? —lo desafió Rayden, levantándose de su silla.

—Actúas como si tuvieras algún derecho sobre él —las palabras de Emir fueron precisas y directas. Su expresión no cambiaba, pero cualquiera que lo conociera sabría que estaba muy inquieto.

—No sé si tengo derechos sobre él, pero es mi novio y no permitiré que nadie le haga daño —declaró Rayden sin vacilar.

—¡Ray! —Owen tiró de la parte trasera de la camisa de Rayden para intentar calmarlo. Su voz sonaba asustada y suplicante.

—¡¿Qué dijiste?! —preguntaron Emir y Zoé al unísono, poniéndose de pie.

Emir parecía alterado. Sus ojos estaban abiertos de par en par y sus manos temblaban ligeramente. Zoé tenía el rostro desencajado y la boca entreabierta.

—¿Por qué te sorprendes? Simplemente decidimos formalizarlo —dijo Rayden con orgullo, y sostuvo la mano de Owen para que todos lo vieran.

—Formalizarlo —repitió Zoé con incredulidad.

—La señora Rachel no estará de acuerdo con esto... —murmuró Emir con voz ronca.

—No me importa lo que piense mi madre

—interrumpió Owen con impaciencia. Estaba harto de que todos decidieran por él.

—Pensé que estabas de nuestro lado —dijo Rayden con voz más suave—. Cuando le avisaste a mi hermano por medio de esa publicación, creí que seguías con nosotros. Creí que tu amor por Raykel te había hecho entrar en razón y por eso nos ayudaste. ¿Qué es lo que te asusta?

Emir soltó una risa amarga y respondió:

—¿De qué sirve amar a alguien cuando ese amor puede llegar a lastimarte más que nada en el mundo?

Nadie dijo nada. Todos, excepto Zoé, quedaron atónitos ante la confesión de Emir. La melancolía se palpaba en cada sílaba pronunciada, y el dolor en las palabras de Emir les atravesó el corazón.

Emir respiraba con dificultad, como si algo le oprimiera el pecho. Estaba extremadamente enojado por algo que, probablemente, solo él sabía.

Raykel fue el más afectado por las palabras de Emir. Él era consciente de que la relación que ambos tenían era totalmente inestable. Resolvían sus diferencias en la cama y con pocas palabras. Y aunque no habían formalizado su relación después de varios años juntos, el amor que ambos sentían era innegable. Pero había algo que Raykel no podía comprender.

—¿Cómo te lastima mi amor? —preguntó con voz entrecortada, sintiendo un nudo en la garganta.

Rayden se acercó a su hermano y le pasó un brazo por el hombro. Odiaba verlo así. Podía percibir lo mal que se sentía en ese momento.

Emir se volvió lentamente hacia la ventana y se quedó mirando el paisaje nocturno. Su voz sonó ahogada por el dolor:

—No es tu amor lo que me hiere, sino el mío propio. Porque quererte ha supuesto tantos sacrificios, tantas renuncias, que a veces he olvidado que tu padre mató al mío en esta misma casa.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas sin que él las pudiera contener. Nadie podía ver su rostro, solo su espalda encorvada por el peso de la culpa. Pero todos sabían que estaba llorando.

Los gemelos se miraron con incredulidad y horror. Conocían la crueldad de Aron, su capacidad para matar, pero jamás sospecharon que él fuera el responsable de la muerte del padre de Emir.

Zoé observaba la escena con indiferencia, sin pronunciar una sola palabra. No mostraba empatía por Emir, ni intranquilidad ni alegría. Su mirada vacía no reflejaba ninguna emoción en su atractivo rostro. Volvió a sentarse y se puso a navegar por su teléfono como si nada hubiera pasado.

Owen, en cambio, no lo dudó ni un instante. Se acercó a Emir y lo abrazó con fuerza. Tal vez no supiera explicarlo, pero al escucharlo sintió una punzada de pérdida y vacío que hacía mucho que no experimentaba. Necesitaba consolar al chico que sollozaba en silencio junto a la ventana, porque le recordaba a sí mismo de niño, cuando se levantaba de madrugada a mirar por el cristal esperando ver a sus padres llegar al jardín trasero de la floristería.

Emir sintió un estremecimiento al notar los brazos de Owen rodeándolo por la espalda, pero la calidez de su abrazo lo inundó de alivio y no tuvo fuerzas para rechazarlo.

Había esperado ese momento durante tanto tiempo que le parecía un sueño.

Pasaron unos instantes y Owen se separó de Emir y se sonrojó al caer en la cuenta de lo que acababa de hacer. Los gemelos y Zoé los miraban con interés, era extraño verlos tan unidos.

—¿Por qué nos ocultaste esto? —preguntó Raykel.

Emir suspiró y trató de disimular su nerviosismo. La luz amarilla del comedor iluminaba su rostro y proyectaba sombras en la ventana que se alzaba detrás de él. El ambiente era cálido y acogedor, pero también tenso y cargado de emociones.

—Desde que lo descubrí, solo albergaba un deseo: vengarme de tu padre por todo el sufrimiento que me había infligido. Aron me arrebató a mis padres, me encerró en un orfanato donde viví un calvario y cuando la vida me ofreció una oportunidad, me la quitó.

—¿Qué ocurrió en el orfanato que hizo que mi padre te sacara de allí? —preguntó Rayden.

Emir se puso tenso, sabía que no podía revelar toda la verdad, al menos no todavía.

—La señora Eliz —respondió Emir al fin.

Los gemelos se miraron incrédulos ¿Cómo era eso posible?

—Un día fue al orfanato a visitarme y siguió haciéndolo durante mucho tiempo. Ella se ocupaba de mí, me visitaba con regularidad y celebraba conmigo mis cumpleaños. Fue la persona más bondadosa que jamás conocí. Aunque nunca mostró su rostro, sentía que no hacía falta verlo, con todo lo que hacía por mí era suficiente. Cuando Aron me sacó del orfanato estaba triste porque pensé que ya no volvería a ver a esa mujer misteriosa — Emir sonrió con amargura —. Pero resulta que el mundo es demasiado pequeño, la mujer misteriosa era la esposa del hombre que me adoptó.

—¿Estás seguro de que era mi madre? ¿Elíz? —preguntó Rayden con incredulidad. No podía imaginarse a su madre siendo una persona gentil y bondadosa con un niño huérfano, al menos no

sin esperar algo a cambio.

—¡Ray! —le advirtió Raykel con voz severa y le lanzó una mirada de reproche mientras negaba con la cabeza.

—Lo estoy, no tengo dudas. Además, ella siguió ayudándome cuando me mudé con ustedes, aunque a veces parecía otra persona. Me dio buenos consejos que, tal vez, debí haber seguido.

—Supongo que estás muy agradecido con la señora Eliz —murmuró Zoé desde su asiento, pero fue ignorada por los demás.

Emir se pasó una mano por el cabello y suspiró. Miró una vez más 'por la ventana y continuó:

—Pero resulta que todo lo bueno que hizo por mí, lo hizo porque sentía culpa. Los recuerdos de su traición la atormentaban. Por su culpa mi madre fue golpeada y violada antes de ser obligada a ver cómo mi padre recibía un disparo en la cabeza.

Aunque sabía que estaba siendo ignorada, Zoé no pretendía darse por vencida.

—Creo que ahora lo entiendo mejor —dijo con voz suave—. En algún momento dijiste que trabajas para Rachel porque tu padrastro te obligó. —dijo Zoé sin tomar en cuenta que esa declaración podía poner al descubierto cierta verdad que ella no quería que saliera a la luz, por suerte Emir no habló al respecto.

—Llevo mucho tiempo pensando en eso —continuó Zoé—. Luego de escuchar tu conmovedora historia y conectarla con lo que tú mismo has dicho anteriormente, algo no me cuadra...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Owen, quien había vuelto al lado de Rayden. Era el único que parecía interesado en lo que Zoé tenía que decir.

—Es sencillo —explicó Zoé—. Lo primero que debemos tener en cuenta es que la madre de Emir está viva, porque si no, no tendría un padrastro. Además, por lo que he podido deducir, Emir lleva mucho tiempo esperando la ocasión de vengar la muerte de su padre y el sufrimiento de su madre, pero no había encontrado el momento oportuno hasta ahora.

Zoé se rascó la barbilla mientras seguía elaborando sus hipótesis.

—La señora Rachel no quiere que tú y Rayden sean pareja en ninguna circunstancia. Necesita a alguien cercano a los gemelos para averiguar más sobre ellos y poder actuar en consecuencia. Y ese alguien es Emir. Emir sabe que Rayden está enamorado de ti y alejarte de él sería un duro golpe. ¿Recuerdas cómo reaccionó hace un momento, cuando Rayden anunció que habían formalizado su relación?

Con pasos elegantes y dramáticos, como si se tomara demasiado en serio su papel de conspiradora, Zoé empezó a caminar por el comedor mientras hablaba.

—No hay mejor forma de vengarse de los culpables de su dolor que hacer sufrir a uno de sus hijos. Pero hay algo más detrás de todo esto. Si mi intuición es correcta y su madre sigue viva, es probable que ella sea la verdadera mente maestra de todo este plan.

A simple vista no se podía encontrar ninguna falla en el razonamiento de Zoé. Todo lo que había dicho sonaba lógico y convincente. Y lo que estaba a punto de ocurrir demostraría que no se equivocaba, aunque otros creyeran que no tenía razón.

—No busco venganza —afirmó Emir con voz firme—. Solo quiero proteger a las personas que me importan de quienes quieren lastimarlas.

Acto seguido, hizo un movimiento rápido y agarró a Owen por el cuello, al tiempo que sacaba un arma de su chaqueta.

—¿Qué diablos estás haciendo? —exclamó Rayden con horror al ver cómo Emir sujetaba a Owen con una mano y apuntaba con el arma con la otra.

—Es la mejor manera —dijo Emir con una expresión de pesar—. Lo siento.

—Em, no —Raykel intentó acercarse, pero se detuvo al ver que Emir le apuntaba también a él.

—Entren ahora —ordenó Emir en voz alta.

Cuatro hombres armados y vestidos de negro entraron a la casa por la puerta trasera. Emir se había acercado a la ventana para comprobar que su plan iba según lo previsto. Aunque se había dejado conmover cuando Owen se acercó y lo abrazó, eso era innegable. Pero no había vuelta atrás.

Los hombres no dieron oportunidad de que los gemelos se defendieran. Los inmovilizaron y los arrastraron hacia el exterior.

—Ya saben lo que tienen que hacer —indicó Emir con frialdad.

—¡Suéltame! —gritó Owen, asustado y desesperado. No podía comprender lo que estaba sucediendo. No podía entender cómo habían llegado a ese punto.

Emir apuntó el arma hacia Zoé y retrocedió lentamente hasta salir de la casa.

Todo pasó muy rápido. Zoé se quedó sola en el comedor, mirando hacia la nada durante un tiempo. Nunca imaginó que Emir fuera tan astuto y despiadado.

—¡Maldito Emir! —dijo Zoé.

CAPÍTULO 18
MENTIRAS.

La mentira es un acto que puede tener distintas motivaciones, pero que siempre implica una distorsión de la realidad. Algunas mentiras buscan engañar a los demás, mientras que otras pretenden autoengañarnos. En cualquier caso, la mentira es una fuente de sufrimiento y decepción, tanto para el que la dice como para el que la recibe.

Owen despertó con un fuerte dolor de cabeza, mareos y ganas de vomitar. Abrió los ojos con pesadez y se encontró en una habitación desconocida. Las paredes eran grises, las cortinas blancas y el suelo de madera. Había un enorme estante negro con figuras de cristal adornándolo y libros viejos que parecían tener siglos allí, una mesita de noche y una lámpara de esquina que aportaba cierta modernidad. Nada le resultaba familiar.

—¿Dónde diablos estoy? —susurró mientras se esforzaba por levantarse de la cama.

Un molesto zumbido en los oídos le acompañaba mientras intentaba recordar lo que había pasado la noche anterior. La cena en la casa del lago, la extensa conversación y el desastroso resultado. Todo le venía a la mente con claridad, excepto una cosa: no sabía dónde estaba ni cómo había llegado. Sus recuerdos solo llegaban hasta el momento en que Emir lo obligó a entrar a un auto. El resto era un vacío.

Justo cuando puso los pies en el suelo e intentó caminar hacia la puerta de la habitación, alguien entró sin previo aviso.

—¡Emir!

Owen no fue capaz de comprender por qué se sorprendió al pronunciar el nombre de la persona que acababa de entrar. Sabía que él era el responsable de lo que fuera que estuviera pasando.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Emir con voz calmada mientras dejaba una bandeja con comida sobre una pequeña mesa circular cerca de la ventana. Su mirada, sin embargo, delataba una mezcla de preocupación y culpa.

Owen abrió los ojos con sorpresa al escuchar la pregunta. No podía creer que Emir se atreviera a preguntarle eso después de lo que había hecho.

—Debes comer algo, luces pálido —continuó Emir, sirviendo zumo de naranja en un vaso y señalando un pequeño frasco de medicamentos—. Cuando comas, tómate este analgésico. Debes tener dolor de cabeza.

El chico apenas podía escuchar debido al fuerte dolor de cabeza que le atormentaba. Estaba realmente enojado.

—¿Me escuchaste? —insistió Emir con voz gentil, lo que hizo que Owen se sintiera aún peor.

Owen dio unos pasos hasta estar lo suficientemente cerca, miró a Emir fijamente a los ojos y, como siempre le pasaba cada vez que lo miraba, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Pero su enojo era aún mayor que cualquier otro sentimiento en ese momento.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué me miras así? —preguntó Emir, desconcertado.

Sin pensarlo dos veces, Owen le lanzó un puñetazo directo a la mandíbula, haciendo que Emir cayera al suelo con un gemido de dolor. —¿Qué me sucede? —repitió con desprecio—. Sabes muy bien lo que has hecho. No te atrevas a fingir que no. ¿Qué le hiciste a Rayden?

Owen no era el tipo de persona que solía resolver los problemas usando la violencia, pero aquel día estaba fuera de sí. En cuanto más pensaba en lo que estaba sucediendo, más alterado se

sentía.

—No le hice nada. Tanto él como Raykel están bien —aseguró Emir mientras se volvía a poner de pie.

—¿Esperas que confíe en ti después de lo que has hecho? Supongo que mi madre te paga muy bien por tus servicios. O quizás Zoé tiene razón, haces esto por venganza —insistió Owen, sin bajar la guardia.

Emir negó con la cabeza, tratando de calmar la situación.

—¿Por qué confías tanto en ella? —preguntó Emir con recelo, mirando a Owen con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Owen se acercó a él y le agarró el cuello de la camisa con fuerza. Su voz sonó amenazante cuando le respondió:

—Zoé es mi mejor amiga.

—Todos mienten, pero yo te cuidaré —dijo Emir con suavidad, levantando una mano para acariciar el cabello del chico que lo tenía sujeto.

Owen sintió aquella caricia como un incómodo choque eléctrico que le atravesaba el corazón. No podía resistirse a él, así que soltó su agarre y retrocedió unos pasos, confundido.

—Te traeré ropa limpia y luego de que comas algo te enviaré de regreso con tu abuela —le dijo Emir con tono firme, tratando de ocultar sus sentimientos.

—¿Quién diablos eres? —gritó Owen antes de que Emir se marchara.

Emir se detuvo en la puerta y suspiró profundamente. Sin mirarlo a los ojos, le dijo:

—Solo soy alguien sin importancia.

Owen se quedó parado en medio de la habitación sin saber qué decir. Algo en su interior le decía que ese chico que decía ser alguien sin importancia ya estaba demasiado involucrado en su vida como para ser verdad. Tenía más de un secreto, y él quería descubrirlo.

Después de varias horas de tensión, Owen se preparaba para regresar a su casa. Se despidió de Emir con una mirada desconfiada y unas palabras cortantes.

—No me fío de ti —le espetó, mientras el viento le golpeaba el rostro y le revolvía el cabello.

—No te pido que lo hagas, al menos por ahora —respondió Emir con calma.

Ambos jóvenes estaban frente a una casa acogedora que contrastaba con el entorno urbano. Era la vivienda de un amigo de Emir que Owen no conocía. Mientras esperaban el transporte que llevaría a Owen a su hogar, mantuvieron una breve pero confusa conversación.

—¿Es verdad lo que dijo Zoé sobre tu madre? ¿Sigue viva? —preguntó Owen, incapaz de sacarse ese tema de la cabeza.

—Sí, es verdad —admitió Emir con una sinceridad que sorprendió a Owen.

—¿Y entonces colaboras con Rachel para vengarte?

—No.

—Mientes —replicó Owen—. No me explico cómo tus compañeros y amigos de toda la vida, los gemelos, no saben nada sobre ti.

—Tu transporte ya está aquí —cortó Emir, evitando el tema—. Vamos, no perdamos tiempo y sube al coche.

Owen lo siguió casi a la carrera.

—Solo una cosa más, ¿por qué desconfías tanto de Zoé?

—He aprendido a no fiarme de nadie —contestó Emir con una ceja enarcada.

Emir empujó a Owen al interior del coche negro y antes de que el conductor arrancara, lanzó

una amenaza:

—Si le pasa algo, lo que sea, haré que se arrepientan.

—Sí señor —asintieron todos al unísono.

Emir regresó a la casa y tomó su teléfono para hacer una llamada. Con dedos ágiles, marcó el número que conocía de memoria y esperó a que le respondieran.

«¿Qué quieres?» preguntó una voz profunda y autoritaria al otro lado de la línea.

—He enviado a Owen a la floristería —dijo Emir con tranquilidad.

«¿Qué diablos estás diciendo?» La voz se alteró tanto que Emir tuvo que alejar un poco el teléfono de su oído.

—No podrás impedirlo, ellos ya han decidido estar juntos y nadie podrá evitarlo.

«Eso no puede suceder y lo sabes bien» Replicó la voz con severidad.

—Si la razón que me diste fuera cierta, estaría de acuerdo contigo. Pero me mentiste y no te importó cómo me sentí durante todo este tiempo.

«No te lo dije por esto mismo, eres demasiado sentimental, demasiado débil.»

—Tu peor error ha sido subestimarme, he hecho todo para complacerte, pero ya no más. Escucha con atención, de ahora en adelante yo me hago cargo de mi vida —afirmó Emir.

"..."

La voz se quedó en silencio.

—Una cosa más —añadió Emir antes de colgar el teléfono—. La próxima vez que quieras espiarme, procura usar a alguien que esté a mi altura.

Guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón y percibió los pasos sigilosos de alguien que se acercaba por detrás. Se quedó inmóvil y esperó.

Unos brazos fuertes le rodearon la cintura mientras una respiración cálida le soplaba en el oído. El intruso empezó a lamerle la oreja y a mordisquearle el cuello con suavidad.

—¿Lo has mandado a casa? ¿Por fin estamos solos? —preguntó con voz seductora.

Emir se estremeció antes de responder.

—Sí, solo tú y yo —dijo mientras cogía el brazo del otro y lo giraba para enfrentarlo. Se acercó un poco más y le susurró al oído—. ¿Por qué estás desnudo?

—Le diste mi ropa limpia al chico de las flores. ¿Por qué te gusta tanto él?

—¡Raykel! —exclamó Emir y lo agarró por el cuello para empujarlo contra la pared más cercana. Apretó con fuerza hasta que el rostro del otro se sonrojó.

—Solo era una broma —balbuceó Raykel con dificultad para respirar. Pero le gustaba esa sensación.

Emir soltó un suspiro entrecortado y miró a Raykel con ojos suplicantes. Necesitaba que lo ayudara a aliviar la angustia que lo atormentaba, que lo hiciera sentir vivo de nuevo. Quería perderse en el placer que solo él podía darle, sentir su calor y su pasión envolviéndolo. Raykel le devolvió la mirada con una sonrisa pícara y le arrancó la camisa con rapidez, dejando al descubierto su torso musculoso.

—No sé si pueda hacerte olvidar, amor. Pero haré que recuerdes este momento el resto de tus días —le susurró al oído mientras lo besaba con intensidad.

La sala de estar de aquella casa se convirtió en el escenario del más salvaje erotismo que jamás había existido entre los jóvenes amantes. Emir le rogó al cielo que Will, su amigo, no tuviera cámaras en el lugar, pero en ese momento solo le importaba Raykel y el éxtasis que le provocaba.

Owen se detuvo frente a la floristería que había sido su hogar durante diecinueve años. A través de la puerta de cristal podía ver las macetas de colores y los ramos de flores que adornaban el lugar. El aroma dulce y fresco de las rosas, los claveles y las margaritas le llegaba hasta la nariz. Recordó las tardes que pasaba ayudando a su abuela a regar y arreglar las plantas. Sin embargo, no se atrevía a entrar. Un nudo en la garganta le oprimía el pecho. Aunque solo habían pasado unos días desde que se fue, sentía que su vida había dado un vuelco y que ya no pertenecía a ese lugar.

—¡Quiero verlo! ¡Déjenme pasar!

La voz de Zoé lo sacó de su ensimismamiento. Se giró y vio a su mejor amiga forcejeando con dos hombres vestidos de negro que le bloqueaban el paso. Los hombres llevaban gafas oscuras y auriculares, y tenían una actitud fría y profesional. Parecían guardaespaldas de alguna película de acción.

—Es mi mejor amiga, déjenla pasar —dijo Owen con voz firme.

Los hombres se miraron entre sí y luego se apartaron para dejar pasar a Zoé, que se abalanzó sobre Owen y lo abrazó.

—¿Estás bien? ¿Qué te han hecho esos matones? —le preguntó Zoé con preocupación, mientras le examinaba la cara.

—Estoy bien, no te preocupes —le aseguró Owen, devolviéndole el abrazo—. Gracias por estar aquí.

—¿Cómo no iba a venir? Eres mi mejor amigo y estaba muy preocupada —le dijo Zoé, mirándolo con cariño.

Owen sintió un calor en el pecho. Zoé era la única persona que podía entenderlo de verdad.

Entraron en la floristería, y el aroma dulce y fresco se sintió más intenso. Los guardaespaldas se quedaron en la puerta, con expresiones de desconfianza y recelo, vigilando cada movimiento.

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó Zoé en voz baja, mientras observaba las hileras de macetas y ramos que adornaban el local. Había flores de todos los colores y formas.

—No lo sé muy bien. Emir hizo que me trajeran aquí —respondió Owen con un gesto de desconcierto.

Zoé lo miró con sorpresa y preocupación. Había algo en Emir que no le gustaba nada.

—Emir está tramando algo malo, estoy segura —susurró.

—Tenemos que hablar...

La frase de Owen quedó interrumpida por una figura que se abalanzó sobre él desde el fondo de la tienda. Era una mujer mayor, vestida con un delantal floreado y una sonrisa radiante. Tenía el pelo canoso recogido en un moño y unas gafas redondas.

—¡Owen, mi niño! —exclamó, mientras lo abrazaba con fuerza.

—Abuela... me ahogas —se quejó Owen, intentando respirar entre los brazos de su abuela.

—¡Qué alegría verte! —dijo ella, soltándolo al fin y mirándolo con orgullo como si hubiesen pasado meses desde la última vez que lo vio.

—¿Sabías que venía? —preguntó él, extrañado.

La abuela no contestó. Su rostro se ensombreció y lo cogió del brazo con delicadeza.

—Debes estar cansado. Ven, vamos a sentarnos un rato —dijo ella, guiándolo hacia la trastienda.

Owen se dejó llevar, sin entender nada. Zoé los siguió en silencio, sintiendo una mezcla de curiosidad y temor. Cuando llegaron a una pequeña terraza con una mesa rodeada de sillas, la abuela hizo que Owen se acomodara y le trajo un vaso de jugo a él y su amiga.

—Ahora vuelvo —dijo ella, y salió con paso apresurado.

Owen y Zoé se quedaron solos. Se miraron a los ojos y supieron que era el momento de aclarar algunas cosas.

—Empieza por decirme cómo se conocieron tú y Emir exactamente —le pidió Owen con impaciencia—. Mencionaste que Emir había dicho que trabajaba para Rachel porque su padrastro lo había obligado. ¿Cuándo hablaron al respecto? ¿Y por qué no me lo habías dicho?

Zoé soltó un largo suspiro y se tomó el jugo que la abuela Sila le había servido de un solo trago. Su garganta estaba seca y su corazón latía con fuerza.

—No importa cuándo lo supe —Zoé se inclinó sobre la mesa para acercarse a su mejor amigo y le habló en un susurro—. El padrastro de Emir es mi padre.

—¿Pero qué mierda? —exclamó Owen, incrédulo—. Entonces, ¿la madre de Emir y tu padre son esposos?

Zoé abrió los ojos con asombro y le preguntó a Owen:

—¿Sabes quién es la madre de Emir?

—No lo sé, pero tenías razón al sospechar que estaba viva. Se lo pregunté directamente y me lo confirmó. Sin embargo, cuando le pregunté si trabajaba con Rachel para vengarse de los gemelos, me dijo que no —respondió Owen.

—Y seguro que le creíste —replicó Zoé con ironía.

—Pues parecía sincero —insistió Owen.

Los amigos guardaron silencio durante unos segundos y luego Owen continuó. Su voz se tornó más suave y comprensiva.

—Sé que has pasado casi toda tu vida deseando que tu padre regresara y lo difícil que ha sido para ti —Owen tomó las manos de su mejor amiga y la miró a los ojos—. Pero ¿por qué no me dijiste que lo habías conocido?

—Tú lo has dicho —comenzó a decir Zoé y la angustia se reflejó en su rostro—. Ha sido muy difícil. He intentado acercarme a él, pero no parece querer que lo haga.

Owen rodeó la mesa y se sentó junto a su mejor amiga, rodeándola con un brazo en un gesto protector. Podía sentir el temblor de su cuerpo y el calor de sus lágrimas.

—¿Así que esa rivalidad entre tú y Emir se debe a tu padre? —le preguntó con voz suave, intentando comprender su dolor.

Ella asintió con la cabeza, apoyando la mejilla en el hombro de Owen. Por mucho tiempo se sintió sola y traicionada por un padre que nunca la reconoció.

—Mi madre insiste en que deje de buscarlo porque él tiene una familia, pero no es justo. Yo quiero conocerlo, quiero saber por qué nos abandonó. ¿Qué hicimos mal? ¿Por qué no nos quiso?

Owen la apretó contra sí, tratando de consolarla. No sabía qué decirle. Él nunca había conocido a su padre, pero al menos no tenía que lidiar con la idea de que estuviera vivo y feliz con otra familia.

—¿Y lo que dijiste de que tal vez la madre de Emir sea la mente maestra detrás del plan de venganza lo dijiste por resentimiento? —preguntó Owen con cautela, sin querer ofender a su amiga.

Ella se incorporó y lo miró a los ojos. Había una llama de determinación en su mirada.

—No, eso lo dije en serio. ¿No crees que parece lo más lógico?

Owen asintió, aunque no estaba muy convencido. Le parecía una teoría muy descabellada, pero no quería contradecirla. Tal vez tenía razón y había algo más detrás de todo aquello.

—¿Cómo supiste que tu padre es el padrastro de Emir?

Ella suspiró y le contó todo lo que había pasado en la casa del lago.

—Como ya sabes, por lo que escuchaste en el invernadero, Emir y yo ya nos conocíamos de antes. Cuando él y tu madre fueron a visitar a mi madre, él se presentó como Will y me mintió sobre su identidad. Además, como tu mejor amiga tenía que enfrentarlo por lo que te estaba haciendo. Mientras discutíamos sobre el asunto, fue cuando me reveló la verdad sobre mi padre, que ya lo conocía y cuál era su relación. De ahí fue que deduje que su madre seguía con vida.

—¿Todo eso sucedió en la casa del lago? —preguntó Owen con incredulidad.

—Sí, y no pongas esa cara. No había forma de que te enteraras, teniendo en cuenta que te la pasaste contemplando el paisaje con tu noviecito.

Owen se sonrojó al recordar a Rayden y sintió un repentino impulso de llamarlo. Quería oír su voz y asegurarse de que estaba bien, de que Emir no le había mentido.

CAPÍTULO 19
SIEMPRE ES AHORA.

El ahora es lo único que realmente existe y dura para siempre.

Owen se sentía agotado por los últimos días. Los viajes largos y las noches sin dormir bien le habían pasado factura. Se quedó profundamente dormido con la cabeza recostada sobre la mesa, y ni siquiera se dio cuenta de que su amiga se había marchado.

—Deberías descansar en tu cama, hijo —le susurró su abuela al oído, mientras le acariciaba el cabello con ternura.

Owen se sobresaltó y abrió los ojos. Estaba confundido, pero al ver el rostro de su abuela, recordó dónde estaba.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó con voz ronca.

—No lo sé. Estaba atendiendo a unos clientes y no me fijé en cuándo se fue Zoé.

Owen asintió y se quedó callado un momento. Luego, sintió un ardor en los ojos y de pronto las lágrimas le brotaron.

—No entiendo por qué me pasa todo esto. Yo solo quiero una vida sencilla y normal. ¿Por qué se ha vuelto todo tan complicado? —sollozó, escondiendo la cara entre los brazos. No quería que su abuela lo viera llorar.

—Ay, mi niño. Ojalá algún día puedas perdonarme por lo que te he ocultado —dijo la abuela con voz triste.

Owen levantó la cabeza y la miró.

—Lo único que quiero es comprender.

—Tu madre tiene fuertes razones para hacer lo que hace. Pero soy consciente de que no es justo que tengas que pagar por cosas que no son tu culpa.

Owen necesitaba respuestas. No podía entender cómo su madre había tenido el valor de abandonarlo cuando era un bebé y reaparecer diecinueve años después como si nada hubiera ocurrido. ¿Qué motivo podría justificar semejante abandono? ¿Qué fuerza podría arrancarte el amor por tu propio hijo? Owen no encontraba ninguna explicación.

Su abuela le secó las lágrimas con un pañuelo y le habló con dulzura. Su voz era cálida y suave, como una caricia. Owen se dejó abrazar por ella, sintiendo el olor a lavanda que siempre la acompañaba.

—Tranquilo. Todo se aclarará. Emir te ha enviado de vuelta en contra de la voluntad de tu madre porque sabe que es lo mejor para ti.

Owen se soltó del abrazo y la miró con ironía. Sus ojos verdes brillaban con un fuego frío. Su boca se torció en una mueca de desprecio.

—¿Y tengo que darle las gracias por eso? —preguntó con sarcasmo.

—Él solo quiere protegerte. Incluso me llamó para avisarme de que llegarías hoy.

Owen se levantó de un salto y se enfrentó a su abuela con rabia. Su cuerpo temblaba de ira y frustración. Su voz era un trueno que retumbaba en el aire.

—Ese es el problema, ¿de qué me está protegiendo? ¿Puedes decírmelo, abuela?... Supongo que no puedes, como siempre. Estoy harto.

Los gritos de Owen resonaron en la floristería y atrajeron las miradas de los empleados y los clientes. El joven se dio media vuelta y se dirigió hacia los invernaderos, donde solía refugiarse cuando estaba enfadado o triste. Pero antes de que pudiera salir, la abuela le dijo algo.

—No solo me llamó para decirme que vendrías, también me pidió permiso para enviarte una sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

—Ve a tu habitación y descúbrelo por ti mismo —le dijo la abuela con una sonrisa misteriosa y luego se marchó a atender a sus clientes.

Owen se quedó inmóvil. Su instinto le pedía que huyera de allí, que se refugiara en los invernaderos donde el perfume de las flores le haría olvidar al menos durante unas horas. Pero algo lo retenía, una extraña curiosidad por descubrir qué nueva jugarreta le tenía preparada Emir.

Tras unos segundos de vacilación, optó por volver sobre sus pasos y dirigirse a su habitación.

Subió las escaleras a toda prisa, como si temiera que alguien lo siguiera o lo detuviera. Al llegar al pasillo donde se encontraba su cuarto, sintió un nudo en el estómago. ¿Qué se iba a encontrar al otro lado de la puerta? ¿Podía esperar algo bueno de quien lo había secuestrado solo unas horas antes?

Abrió la puerta con cautela, haciendo un leve ruido metálico que le pareció un mal presagio. Y entonces lo vio. Junto a la ventana, una figura se recortaba contra la luz del atardecer. Al oírlo entrar, giró la cabeza y lo miró con una sonrisa maliciosa y una mirada que pretendía ser seductora.

—No me gusta esperar —dijo fingiendo una voz profunda y autoritaria mientras se acercaba a Owen con paso firme—. Ya iba a ir a buscarte.

Owen solo pudo pronunciar su nombre con una mezcla de sorpresa y alivio.

—¿No estás feliz de verme?

Rayden no dejó de hablar mientras recorría la distancia que los separaba. Llegó hasta la puerta de la habitación y la cerró con un suave clic. Se plantó frente a Owen y lo miró fijamente. Owen se sintió como si estuviera soñando y temiera despertar en cualquier momento.

—Quizás no me recuerdes —continuó Rayden con un tono juguetón—. Permíteme presentarme como se debe. Yo soy...

—Tú... —Owen tragó saliva antes de atreverse a decirlo—, tú eres mi novio.

Rayden se quedó sin palabras, con la boca abierta. Había querido poner nervioso a Owen, pero al final fue él quien se sintió descolocado al oír su suave y temblorosa voz llamándolo "novio". Todo aquello seguía pareciéndole irreal.

Owen no aguantó más y se lanzó a sus brazos, aferrándose a él con fuerza. Podía sentir el calor de su cuerpo, el aroma de su perfume y el latido acelerado de su corazón. Aquel abrazo fue como una medicina para él. Por un momento, nada más importó que sentir a Rayden ahí, en su habitación, respirando el mismo aire que él.

—No ha transcurrido ni un día desde que nos despedimos, pero ya me consumía la impaciencia por verte de nuevo —confesó Rayden mientras estrechaba a su novio entre sus brazos.

—Yo también te extrañé mucho —reconoció Owen y se le escaparon unas lágrimas. Su voz temblaba por el alivio.

—He notado que lloras con frecuencia.

Rayden buscaba las palabras adecuadas para reconfortarlo, pero solo se le ocurrió decir lo que observaba. Acarició su cabello con ternura y le dio un beso en la frente.

—No era tan llorón antes de conocerte —susurró Owen entre sollozos.

—¿Lloras por mi culpa? —preguntó Rayden con un tono de preocupación que no pasó desapercibido para Owen. Temía haberle hecho daño de alguna manera, aunque no sabía cómo.

—No es por tu culpa —respondió Owen con voz entrecortada—. Desde que te conocí me

siento con la libertad de ser vulnerable. No lloro porque tú seas el responsable, sino porque contigo me siento seguro al hacerlo.

Rayden se quedó sin palabras, solo había una forma de expresar lo que su corazón le dictaba en ese instante. Le acarició la mejilla con suavidad y deslizó los dedos por sus labios hasta alcanzar su cuello, donde notó cómo se le erizaba la piel. Podía oír cómo respiraba agitadamente, como si le faltara el aire.

—Cada vez me cuesta más controlarme —susurró Rayden.

—¿Qué quieres que haga? —Owen formuló la pregunta sin pensar, sabiendo que Rayden podía ser muy directo.

Rayden no se lo pensó dos veces y rodeó la cintura de Owen con sus brazos, atrayéndolo hacia su cuerpo.

—¿De verdad quieres que te lo diga? —preguntó el chico con una mirada seductora, mordiéndose el labio inferior y acercando su rostro al de Owen, a punto de besarlo de nuevo.

—No hace falta.

Owen se apartó rápidamente, sintiendo también la emoción, pero al mismo tiempo la timidez. Decidió poner distancia, pues Rayden parecía dispuesto a devorarlo.

—¿Por qué estás nervioso? —Rayden lo abrazó por la espalda.

—Yo no estoy nervioso —el chico pelirrojo balbuceó y sus manos empezaron a sudar frío.

—Nunca haría algo que no quieras.

—Quiero —admitió Owen sin ser capaz de mirarlo—. Te deseo, si supieras las cosas que he pensado o hecho...

—Para...—dijo Rayden jadeante—. No digas más o no podré garantizar tu seguridad.

Owen comenzó a disfrutar del efecto que causaba en Rayden. Dioses, estaba tan agitado. Sus jadeos llenos de palabras obscenas rompían el silencio y su aliento ardiente le acariciaba el cuello con la peligrosa y salvaje suavidad de un depredador.

—Eres un niño travieso, ¿verdad? —exclamó Rayden, girando a Owen para que lo enfrentara. Sus ojos brillaban con picardía y ternura.

—No sé de qué me hablas —respondió Owen con fingida inocencia.

—Sabes que me tienes a tus pies y disfrutas de ello.

Owen le dedicó una sonrisa maliciosa y Rayden no pudo resistirse. Lo arrastró hacia el sofá que había en la habitación, abarrotada de libros y ropa sin doblar, y lo hizo sentar en su regazo. Lo rodeó con sus brazos y, cuando se aseguró de que no se escaparía, empezó a darle pequeños mordiscos en el cuello.

Owen soltó una carcajada al sentir las cosquillas. Era muy sensible y Rayden ya se había dado cuenta. Le encantaba provocarlo y verlo reír.

—¡Para, para! ¡Ray, por favor! —suplicó Owen, retorciéndose en un vano intento de liberarse del lobo hambriento.

Pero fue demasiado tarde. Ambos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo entre risas. Se quedaron allí, mirando el techo, sin dejar de reír. Hacía mucho tiempo que no se sentían tan felices y relajados.

—Me siento tan feliz... —susurró Rayden, mientras acariciaba el cabello de Owen.

—Y yo también. ¿Cómo es que no te encontré antes? —Owen se giró y apoyó su cabeza en el pecho de Rayden. Su corazón latía con fuerza y le transmitía una sensación de calma.

—Tal vez este era el momento correcto. No importa el pasado, solo el presente y el futuro. Tenemos toda la vida por delante para vivir momentos inolvidables juntos —Rayden rodeó a Owen con sus brazos y lo atrajo hacia él. Quería grabar aquel instante y la emoción que le

provocaba en lo más profundo de su alma, en el rincón más seguro de su memoria.

—¿Ray? —susurró Owen con voz quebrada, como si temiera que alguien los escuchara.

—¿Uhm? —murmuró Rayden, absorto en sus pensamientos.

—¿Confías en Emir?

Rayden se levantó y le ofreció la mano a Owen para ayudarlo a ponerse de pie. Luego, los dos se sentaron de nuevo en el sofá, abrazándose para darse calor.

—Es complicado —confesó Rayden con un suspiro—. Emir es una persona contradictoria. A veces hace y dice cosas que te hacen odiarlo con toda tu alma, pero otras veces hay algo en él que te cautiva. No lo sé, tal vez sea un monstruo y sepa manipularnos muy bien o tal vez nosotros no lo comprendamos lo suficiente. Escuchar lo que dijo mientras estuvimos en esa casa me ha hecho pensar mucho.

—¿Y por qué crees que nos sacó de la casa del lago de esa manera? Si no tenía intención de lastimarnos, ¿por qué montar semejante escena?

Rayden sintió un nudo en la garganta. Él también se había hecho esas preguntas, pero no tenía ninguna respuesta.

—No lo sé —dijo con voz ronca.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Owen, mirándolo con preocupación.

Rayden se pasó una mano por el pelo revuelto.

—Está con Emir. Pensé que lo habías visto. Fue él quien me dijo que estabas bien. Yo desperté en el hotel y entré en pánico porque no sabía qué había pasado, pero Raykel me llamó y me contó dónde estaban y cuáles eran los planes de Emir.

Owen abrió los ojos con sorpresa. Creía que en la casa donde había despertado solo estaba él y Emir, no vio a Raykel en ningún momento.

—¿De quién crees que es la ropa que llevas puesta? —preguntó Rayden.

Owen bajó la vista hacia su cuerpo. Ni siquiera había prestado atención a la ropa que le había buscado Emir, simplemente se la había puesto sin darle importancia. Solo cuando Rayden lo mencionó, se dio cuenta de que aquella ropa gritaba el nombre de Raykel por todas partes. Era tan moderna y elegante que definitivamente no iba con su estilo simple.

Los dos se miraron y rieron a carcajadas durante un largo rato. Todo parecía divertido, estaban tan felices que no eran capaces de pensar en nada más fuera de aquella habitación.

Pero ¿cuánto tiempo duraría esa felicidad? ¿Qué pasaría cuando tuvieran que enfrentarse a la realidad?

Después de unas horas de risas y caricias, la noche había caído y alguien tocó la puerta con insistencia. Owen y Rayden jugaban como niños sobre la cama, envueltos en las sábanas blancas. Al escuchar el ruido, se quedaron quietos mirándose fijamente con expresión de sorpresa.

—¿Quién es? —preguntó Owen con voz temblorosa, sintiendo un nudo en el estómago.

—Soy tu abuela —respondió la anciana desde el otro lado de la puerta, con su voz ronca y cascada—. Me pregunto si hay alguien con vida —bromeó con un tono irónico, mientras golpeaba la madera con el bastón.

Owen dejó escapar un suspiro. Escuchar que alguien tocaba la puerta lo devolvió bruscamente a la realidad y, por un momento, pensó que la persona que tocaba era su madre. Se puso de pie rápidamente y se encaminó hacia la puerta para abrirla, tratando de ocultar su

nerviosismo.

La abuela no esperó a ser invitada a pasar, simplemente entró y lo primero que vio fue la cama desordenada y un atractivo joven con la parte superior de su cuerpo semidesnuda y el pelo alborotado. La mujer miraba a Rayden, luego a su nieto una y otra vez, mientras abría los ojos de par en par y fruncía el ceño.

Rayden se puso de pie apresuradamente, al mismo tiempo en que abotonaba su camisa hasta el último botón, e intentaba dar una explicación. Se sonrojó al ver la mirada inquisitiva de la abuela y se pasó una mano por el cabello en un intento de verse presentable.

—No es lo que usted piensa, abuela. Solo estábamos jugando —dijo Rayden con voz temblorosa y las mejillas encendidas. Sus ojos se desviaban nerviosos, incapaces de sostener la mirada de la anciana.

—¿Y cómo sabes tú lo que yo pienso? —replicó la abuela con una serenidad que los inquietó. Su rostro arrugado no mostraba enfado ni sorpresa, solo una curiosidad casi infantil.

Owen se encogió en el sofá, esperando la tormenta de reproches que se avecinaba. Aunque él y Rayden no habían hecho nada malo, su abuela podía haber malinterpretado las cosas. Pero lo que oyeron a continuación los dejó estupefactos.

—No hay nada de malo en tener sexo con alguien que te atrae, siempre que sea con responsabilidad y respeto. Yo no tengo ningún problema con eso —dijo la abuela con una sonrisa comprensiva.

—¡Abuela! —exclamó Owen, atónito. No podía creer lo que estaba escuchando.

La abuela de Owen se acercó con naturalidad, dispuesta a seguir con su charla. Les tomó las manos a los dos chicos y los miró con cariño.

—Cuando yo tenía su edad, ya había vivido muchas aventuras. Los tiempos eran otros, y también la forma de pensar de la gente. Aun así, tu abuelo y yo...

—¡Abuela! —Owen interrumpió con un grito ahogado. No podía creer que su abuela le estuviera hablando de sexo. Ya era bastante incómodo cuando lo hacía a solas con él, contándole sus experiencias de juventud. Pero que lo hiciera delante de su novio era demasiado.

Rayden, en cambio, parecía fascinado.

—El tiempo vuela y no nos damos cuenta. Lo mejor que pueden hacer es disfrutarlo.

—¿Y ahora resulta que apoyas nuestra relación? —preguntó Owen con incredulidad.

La abuela suspiró profundamente y dijo:

—No es que me opusiera, solo intentaba retrasar lo inevitable. Conozco el amor y sé reconocerlo cuando lo veo. He cometido errores, pero no quiero seguir siendo cómplice de tu sufrimiento. Quiero que seas feliz, aunque debes saber que este camino que has elegido no será fácil para ninguno de los dos.

—Gracias —dijo Rayden, atrayendo la mirada de las dos personas frente a él—. Sé que usted es la persona más importante para Owen, y tener su bendición significa mucho para nosotros. Sé que nos esperan grandes desafíos en el futuro, pero quiero a su nieto con toda mi alma, y siempre lo protegeré.

CAPÍTULO 20
VERDADES A MEDIAS.

Rayden hablaba con tanta determinación que la anciana sintió un escalofrío. Le recordaba a alguien que había conocido hacía mucho tiempo.

—Eres igual que tu madre cuando era joven —le dijo con nostalgia.

Rayden no se sorprendió. Mucha gente le había dicho que se parecía a su madre, y era cierto. Pero había algo en la voz de la abuela de Owen que le hizo sospechar. Era como si supiera más de lo que debía.

—¿De dónde conoce usted a mi madre? —preguntó con curiosidad.

La señora se puso nerviosa y trató de cambiar de tema.

—¿No quieren comer algo?

—¡Abuela! —exclamó Owen, notando la incomodidad de su abuela. Parecía arrepentirse de haber mencionado a la madre de Rayden.

La anciana suspiró y se sentó en una silla. Decidió contarles una historia a los dos jóvenes que la miraban con curiosidad.

—Rachel siempre fue una joven muy solitaria —empezó a decir—. Solo tenía dos amigas con las que hablaba y compartía. Así como tú eres con Zoé, Owen. Esas amigas y mi hija eran inseparables, incluso llegaron a trabajar juntas en la floristería.

Owen mostró cara de impaciencia. No estaba muy interesado en saber sobre la vida de su madre y sus antiguas amigas. Pero lo que su impaciencia no le permitía ver era que esa historia podía contener información que él realmente necesitaba saber.

—Como todas las relaciones, la hermosa amistad entre las chicas comenzó a marchitarse gradualmente —continuó la abuela—. Todo empezó cuando una de ellas tuvo novio y ese novio no paraba de coquetear con Rachel, a pesar de ser rechazado una y otra vez. Aquel hombre no tenía intención de detenerse, pero un día, su novia quedó embarazada. Fue entonces cuando él dejó de perseguir a Rachel y la relación entre las amigas volvió a mejorar.

—¿Qué tiene eso que ver con mi madre? —preguntó Rayden con impertinencia.

Owen, por su parte, comenzaba a comprender mientras recordaba algo que le había dicho Zoé sobre el día que conoció a Emir.

—Las amigas de mi madre eran la señora Eliz y la madre de Zoé, ¿cierto? —interrumpió Owen.

La abuela asintió.

Owen y Rayden se miraron fijamente con cara de sorpresa.

«¿Y si la madre de Owen y la madre de Zoé conocen nuestros secretos? Tengo que contárselo a Ray». Rayden sintió un escalofrío al pensar en esa posibilidad. Si Rachel descubría su secreto, podría usarlo para separar a Owen de su lado, y eso lo ponía nervioso.

Mientras tanto, Owen estaba atrapado en un remolino de pensamientos. Algo le decía que la verdad sobre su pasado estaba al alcance de su mano, que solo necesitaba encajar las piezas del puzle. Pero había algo que se lo impedía, algo que le hacía rechazar la idea de que fuera posible.

—Hay cosas que solo tu madre puede contestarte —le dijo su abuela con voz dulce, tratando de calmar su confusión—. Rachel era una joven bondadosa e inocente hasta que conoció el amor.

—¿Hasta que conoció a mi padre? —preguntó Owen con un nudo en la garganta.

—Omar amaba a tu madre con todo su corazón, pero había elegido una vida que lo condenó desde el primer día. Cuando Rachel se casó con él, los dos se esfumaron y nunca más supe nada de ellos. Hasta que un día volvió a casa con un precioso niño en brazos, su esposo había muerto

hacía más o menos un año —los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas—. Mi hija ya no era la misma, se había vuelto fría y distante.

Owen se acercó a su abuela y la abrazó.

—Lo siento, no hace falta que sigas —le susurró al oído.

—Soy yo quien tiene que pedirte perdón —le respondió ella con voz entrecortada—. Nunca te conté la verdad sobre tu madre pensando que así te protegía. Pero siempre supe que estaba viva, sabía dónde estaba y nunca te dije nada.

Rayden observó conmovido la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Aquella abuela había cometido errores, pero era evidente que quería a su nieto con todo su corazón. Y de pronto sintió la falta que le hacía su propio abuelo, quien había muerto hacía ya mucho tiempo.

—¿Mi madre siguió en contacto con usted o su hija? — Rayden hizo la pregunta como si de repente hubiese dejado escapar un pensamiento.

La anciana miró a Rayden con una inexplicable expresión en su rostro antes de contestar.

—Sí, ella venía de vez en cuando a ver a Owen cuando él aún era muy pequeño por lo que es difícil que lo recuerde.

Rayden compartía la misma sospecha que Owen había tenido unos momentos antes: dos historias parecían encajar demasiado bien.

—Señora —dijo Rayden, colocándose al lado de Owen y acercándose a la anciana—, ¿puedo hacerle otra pregunta?

Al ver que la abuela asentía, Rayden continuó:

—¿La señora Rachel tuvo otro hijo antes que a Owen?

—¡Ray! —exclamó Owen con sorpresa y cierto reproche.

—Sabes que estoy pensando lo mismo que tú, ¿verdad? —le dijo Rayden a su novio con suavidad, consciente de que él también albergaba esa posibilidad, pero se resistía a aceptarla.

Owen guardó silencio.

—Cuando Rachel dejó a Owen conmigo, me dijo que su otro hijo había muerto —respondió la anciana con nerviosismo. Pero Rayden notó que ocultaba algo más, así que siguió interrogándola.

—¿Y cuándo se enteró de que ese otro niño seguía vivo?

La abuela de Owen suspiró con pesar y se resignó a contar la verdad. Su rostro arrugado reflejaba el dolor de una vida llena de secretos.

—Lo supe cuando tu madre lo trajo a esta casa —comenzó a decir con voz temblorosa—. Estaba herido por unos golpes que le habían dado. Aquí se reencontró con Rachel después de tantos años de separación.

Rayden y Owen se miraron con incredulidad. Ambos ya sabían de quién estaba hablando la abuela.

Rayden recordaba las heridas de ese muchacho, porque había estado presente cuando ocurrió. Había sido testigo de la brutal paliza que le propinó Aron a ese joven; aquella noche fue horrible. Sangre, gritos, lágrimas. Todo se le había quedado grabado en la memoria.

—Está bien, tranquilo —dijo Rayden a Owen, que lloraba desconsoladamente—. Ya lo sospechabas, ¿verdad? —intentó consolarlo, pero sabía que no era suficiente.

—¡Emir! —exclamó Owen con voz quebrada.

La abuela se mordió el labio, consciente de la culpa que la atenazaba.

—Sí, Emir es tu hermano mayor —dijo la anciana con voz temblorosa.

Owen sintió un nudo en la garganta. El hecho de que Emir fuera su hermano le impactó más de lo que jamás pudo imaginar.

—Lo que Emir contó sobre sus padres también es mi historia. Mi padre no murió en un accidente de auto como siempre creí, fue asesinado y Aron es el culpable —dijo Owen entre lágrimas mientras miraba a Rayden con una mezcla de sentimientos que no sabía cómo descifrar.

—Toda mi vida ha sido una mentira —murmuró y se abalanzó sobre Rayden para abrazarlo. Este último soltó un respiro de alivio, ya que por un segundo tuvo miedo de que Owen lo empezara a culpar por lo que le había hecho Aron a su padre.

La abuela se levantó con dificultad, apoyándose en el bastón. Sabía que no tenía sentido quedarse allí, que su presencia solo empeoraba las cosas. Se sentía culpable por haber contribuido a la desgracia de su familia, por no haber sabido evitar el conflicto. Antes de salir por la puerta, se volvió hacia su nieto y le dijo:

—No siempre ocultar la verdad es una mentira, depende directamente de las circunstancias y nosotros somos dueños de estas.

CAPÍTULO 21
UNA PUERTA SIN SEGURO.

Pasaron tres meses desde que Owen supo la verdad: Emir era su hermano mayor. Aún le costaba asimilarlo. Durante años, creyó que su única familia era su abuela, pero los últimos acontecimientos le habían demostrado lo equivocado que estaba.

Era una mañana de domingo y el joven pelirrojo se hallaba tumbado en la cama, reflexionando sobre los cambios drásticos que habían ocurrido en su vida. Aunque, no todo era negativo. De hecho, en ese mismo instante, la persona que le hacía feliz se estaba duchando en su baño.

Quizás te preguntes por qué Rayden se duchaba en el baño de Owen un domingo por la mañana. La respuesta es sencilla: la noche anterior habían dormido juntos. Pero no pienses mal, solo durmieron. Al menos eso me contaron.

—El agua fría me ha sentado de maravilla. No sé cómo has podido resistirte a acompañarme —dijo Rayden al salir del baño con una toalla sobre los hombros. El agua aún goteaba desde su cabello mojado, escurriéndose por su espalda desnuda y dibujando líneas que se perdían en el interior del bóxer que llevaba puesto.

Owen sintió un nudo en la garganta al verlo. Desde que Rayden le había hecho aquella propuesta, intentaba convencerse a sí mismo de que era mejor que cada uno se bañara por separado.

—Ya sabes que no me gusta el agua fría —respondió con voz ronca.

—Pues deberías probarla alguna vez —insistió Rayden, lanzándole la toalla a la cara con una sonrisa traviesa.

Owen reaccionó con exageración, fingiendo estar asustado. Al apartar la toalla de sus ojos, se encontró con la mirada intensa de Rayden, que lo observaba con deseo. Owen sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Por todos los cielos, su novio era tan sexy.

—¿Qué te parece? —preguntó Rayden con una sonrisa traviesa, mientras se ajustaba el bóxer blanco que le marcaba cada curva de su cuerpo. Owen se quedó sin aliento, incapaz de apartar la vista de aquel espectáculo visual. Sintió que su garganta se secaba y que su corazón latía con fuerza. Las gotas de agua resbalaban por la piel blanca de Rayden, como si fueran perlas de rocío sobre una flor. Owen tragó saliva, intentando recuperar el control de sus instintos. Pero era inútil, Rayden lo atraía demasiado.

—Sé que me deseas —susurró Rayden mientras acariciaba su abdomen y mordía sus labios. Luego se recostó contra la puerta del baño y le lanzó una mirada provocativa, haciendo un movimiento con sus caderas que hizo que Owen se cubriera la cara con ambas manos.

—Eres demasiado arrogante, Rayden. No hay forma de que desee a alguien así —replicó Owen, aun con las manos en su rostro para ocultar su sonrojo—. Además, eres un pervertid.

Rayden soltó una risita y se acercó a la cama donde Owen estaba sentado aun en pijama y con el cabello como nido de pájaro. Le tomó las manos lo presionó un poco hasta que se dio para que le tocara el abdomen.

—Eres muy cruel conmigo, Om —susurró Rayden y llevó las manos temblorosas de Owen hacia su entrepierna, bajando lentamente mientras lo atrapaba con su mirada ardiente—. ¿Hasta cuándo vas a hacerme sufrir de esta manera?

—¿De qué hablas? —se sobresaltó Owen y apartó las manos con un tirón. Se levantó de la cama y se dirigió al armario, fingiendo buscar algo para evitar el contacto visual con Rayden, que lo siguió y lo abrazó por detrás.

Los jóvenes llevaban varios meses de relación, pero no habían pasado más allá de los besos y las caricias inocentes. Cada vez que el deseo se desbordaba, Owen ponía el freno. Rayden lo respetaba y era paciente con él. Sin embargo, a veces le gustaba provocarlo con ese tema, principalmente porque le encantaba verlo sonrojarse.

Al sentir el cuerpo de su novio pegado al suyo, Owen cerró los ojos y apretó los puños con fuerza.

—No hay prisa, ¿de acuerdo? —susurró Rayden mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Owen.

—¡No quiero que te aburras de mí! —confesó Owen con angustia, bajando la mirada como si quisiera esconderse.

Rayden lo tomó de los hombros y lo hizo girar con suavidad, pero con firmeza. Lo miró a los ojos con una mezcla de amor y preocupación.

—¡Oye! —le dijo con voz firme—. Yo nunca me aburriría de ti. Es cierto que despiertas en mí cosas que son difíciles de controlar y a veces me frustro por no poder hacer nada. Pero tienes que saber que yo te amo y no tiene nada que ver con el sexo. ¿De acuerdo?

Owen asintió sintiéndose un poco avergonzado e infló la mejilla para que Rayden le besara. Rayden hizo lo propio y lo besó con ternura. Luego lo abrazó por la cintura y, como si fuera una pluma, lo levantó y comenzó a dar vueltas en la habitación, cuyo espacio no era tan amplio como para arriesgarse a hacer eso. Owen se aferró a su cuello y soltó una risa nerviosa, sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—Aunque no hay que negar que tienes un novio malditamente sexy y que te mueres de ganas por cogerme.

—¡Ray! —exclamó Owen entre risas mientras se aferraba al cuello de su loco novio, que lo había levantado en brazos y lo hacía girar por la habitación—. ¡Ten cuidado o me vas a tirar al suelo o a hacerme chocar la cabeza contra algo!

—Estoy bromeando —dijo Rayden mientras dejaba de dar vueltas y lo abrazaba con fuerza —. Maldita sea, te amo tanto.

—Eres un tonto, feo y arrogante.

—Este tonto, feo y arrogante te ama con locura.

Owen sonrió y luego lo besó con ternura.

La habitación de Owen era pequeña pero acogedora. Estaba decorada con colores cálidos y muebles de madera que contrastaban con los cojines acorchados de la cama y el sofá. En una esquina, una estantería albergaba una colección de libros y algunas suculentas que aportaban un toque verde al ambiente. En la pared, un enorme atrapasueños que Owen había hecho para una clase en secundaria colgaba imponente. La cama estaba deshecha, con las sábanas revueltas y las almohadas caídas al suelo. El sol entraba por la ventana e iluminaba el polvo que flotaba en el aire. Desde allí se podía oír el bullicio de los clientes en el primer piso y las voces de los empleados que se ocupaban de los invernaderos.

Ambos jóvenes decidieron pasar el resto de la mañana en la habitación, mirando una serie que les gustaba a los dos. Estaban cómodamente abrazados mientras se desarrollaba una escena que despertó una gran inquietud en Rayden.

—Creo que deberían pensar más en sí mismos y en sus sentimientos —murmuró Rayden sin apartar la vista de la pantalla.

—¡¿Uhm?!

—Es evidente que ambos protagonistas se aman con locura, pero están sacrificando su amor solo para complacer la ideología de los demás. ¿Qué les pasa? —exclamó Rayden con voz indignada mientras miraba la pantalla del televisor con frustración.

Owen, que tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de su novio, sintió las vibraciones de su voz y levantó la mirada para encontrarse con sus ojos.

—Es solo una serie, Ray. Estoy seguro de que al final se darán cuenta de su error y serán felices juntos —respondió con una sonrisa tranquilizadora.

—¿Y si fuera la vida real? —insistió Rayden, bajando el volumen del mando a distancia y acercando su rostro al de Owen.

Owen se quedó pensativo por un momento. Se imaginó en la situación de aquellos personajes, obligados a ocultar sus sentimientos por el qué dirán. Sintió una punzada de preocupación que le hizo estremecer.

—Si yo estuviera en su lugar, mandaría a la mierda a todo el mundo y lucharía por la persona que amo —declaró con firmeza, mirando a Rayden con intensidad.

—¿No te das cuenta de que nuestra situación es muy parecida? —le soltó Rayden, acariciando su cabello con ternura.

Ese era el punto al que quería llegar. Él y Owen solo podían verse los fines de semana y a escondidas, porque muchas personas desaprobaban su relación. La realidad en la que vivían no era muy distinta a la de aquellos personajes ficticios.

Owen suspiró profundamente. Por un instante, se dejó llevar por el agradable sentimiento que albergaba en su corazón, dejando de lado todas las dificultades. Y lo peor de todo era saber que uno de los principales obstáculos que tenía con Rayden era su propia madre, que insistía en hacerle creer que su amor era algo imposible.

Uniendo sus labios en un beso suave, Rayden trató de consolar a Owen, que se veía afligido. Pero al ver que no conseguía animarlo, optó por cambiar de tema y proponerle un plan divertido.

—¿Qué te parece si celebramos tu cumpleaños por todo lo alto?

Owen se sobresaltó y se separó de Rayden, mirándolo con incredulidad.

—¿Mi cumpleaños? —exclamó, como si acabara de enterarse.

—¿En serio has olvidado tu propio cumpleaños? —se burló Rayden, notando la confusión en el rostro de su novio.

Owen se sonrojó, avergonzado de su despiste. Era capaz de recordar el cumpleaños de cualquier persona, menos el suyo. Siempre se le pasaba por alto y solo se daba cuenta cuando alguien se lo recordaba.

—He estado ocultando mi regalo para ti, esperando a que lo mencionaras, que te sintieras triste porque tu novio ni siquiera te había felicitado —dijo Rayden, tirando de la mano de Owen y acercándolo a su pecho—. Y entonces luego darte una sorpresa. Pero veo que ni siquiera te acordabas.

—Lo siento —susurró Owen en medio de una risita—. No le pongo mucha atención a esas cosas.

—Eres muy especial, Owen —dijo Rayden con ternura y lo apretó en un abrazo.

—¿No me vas a felicitar por mi cumpleaños? —preguntó Owen fingiendo estar triste—. Tengo un novio muy malo que ni siquiera recuerda una fecha tan importante.

Rayden se rio a carcajadas al ver lo adorable que lucía Owen haciendo pucheros. Luego le besó la frente y le deseó un feliz cumpleaños con una sonrisa.

—Ya que hoy es mi cumpleaños —comenzó a decir Owen mientras se sentaba sobre Rayden. Se inclinó hacia él y le susurró al oído—, ¿puedo pedirte un regalo?

—Lo que sea —respondió Rayden y se incorporó para envolver los brazos por su cintura.

—Bésame —exigió Owen y Rayden le besó como quien cumple con una orden. Sus lenguas se encontraron en una danza frenética—. Desnúdame, hazme tuyo.

Rayden se quedó boquiabierto durante unos segundos y luego se propuso hacer lo que su encantador novio le había pedido. Le quitó la camiseta y empezó a besar su pecho, a lamer sus pezones y a arañar su espalda. Pero había una puerta sin seguro, una que se abrió de golpe dejando un ruido sordo en la habitación.

—¡¿Qué demonios?! —exclamó una voz al otro lado de la puerta.

CAPÍTULO 22
REGALOS DE CUMPLEAÑOS.

Zoé se quedó petrificada en el umbral de la puerta, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Su mejor amigo Owen estaba sentado en el regazo de Rayden sobre la cama, besándose apasionadamente.

—¡Zoé! —exclamó Rayden con asombro mientras soltaba la cintura de Owen, quien se apresuró a bajar de la cama tan pronto notó la presencia de su amiga en la habitación.

Zoé llevaba unos tulipanes rojos en las manos, un regalo para Owen por su cumpleaños. Se los tendió con gesto mecánico, sin poder apartar la mirada de Rayden. ¿Qué hacía él allí?

—¿Por qué está aquí? —preguntó Zoé con voz temblorosa, señalando a Rayden con el dedo —. Estaba en tu cama, tú estabas sobre él. ¿Iban a tener sexo?

Rayden se paró de la cama murmurando algo ininteligible.

—¿Qué has dicho? —preguntó Owen con una sonrisa nerviosa.

—Que gracias a ella no fue posible —repitió Rayden en voz alta, fingiendo estar molesto.

—¡Rayden! —protestó Owen, sonrojándose hasta las orejas.

—Solo estoy bromeando —se apresuró a decir Rayden, abrazando a su novio por detrás y besándole la mejilla con ternura.

Zoé observaba la escena con una mezcla de diversión y fastidio. Había llegado hacía unos minutos a la casa de Owen para celebrar su cumpleaños, como hacía cada año desde que eran niños. Le había traído un ramo de tulipanes rojos, una de sus flores favoritas, y una caja de bombones rellenos de mermelada de fresa. Sin embargo, no esperaba encontrarse con Rayden allí, después de todo lo que había pasado entre ellos. Zoé había dejado de trabajar en la floristería debido a las exigencias de la universidad y otros asuntos personales, así que tiempo que no veía a su mejor amigo. Tampoco sabía que él y Rayden seguían viéndose, claramente a escondidas.

Zoé puso los ojos en blanco y fingió hacer arcadas.

—Tanta dulzura me va a provocar una indigestión —comentó en tono de broma.

—Los dejaré solos —dijo Rayden al percibir la tensión entre los dos amigos.

Rayden cogió sus zapatos y se los calzó. Luego le dio un beso en la mejilla a Owen y le dedicó una sonrisa a Zoé.

—Estás hermosa hoy —le comentó con sinceridad al pasar por su lado.

Zoé lo miró con altivez y esbozó una leve sonrisa.

—¡Siempre estoy hermosa! —replicó Zoé con desenfado.

Cuando se quedaron solos, Zoé cerró la puerta con rapidez.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó con preocupación a su mejor amigo.

—No estoy haciendo nada malo —respondió Owen mientras dejaba el regalo de su amiga sobre la mesita de noche.

—Pero tu madre... —intentó decir Zoé mientras se sentaba en la cama.

—No quiero pensar en ella ni en el caos que ha traído a mi vida. Además, entre tantas cosas, saber que tengo un hermano mayor ha sido difícil de asimilar. Y Rayden me ofrece esa paz que tanto necesito, en el encuentro la poca libertad que me queda y si tengo que verlo a escondidas, pues lo haré.

—¿Cómo es posible que Emir sea tu hermano? —exclamó Zoé con incredulidad y palidez.

Owen se quedó sin palabras. No había tenido el valor de contarle a su mejor amiga la verdad sobre su hermano, y menos aún que ese hermano era Emir. Había esperado encontrar el momento adecuado para decírselo, pero ese momento nunca llegó. Y ahora, Zoé se había

enterado por su cuenta. ¿Cómo lo había descubierto? ¿Y por qué no le había dicho nada?

—Zoé... —balbuceó Owen, buscando una explicación en sus ojos.

Zoé apartó la mirada, avergonzada. Se dio cuenta de que había cometido un grave error.

—Zoé... —repitió Owen, con voz temblorosa y lágrimas en los ojos. Sintió una punzada de dolor en el pecho, como si le hubieran clavado un puñal.

—Perdóname, Owen —se disculpó ella, apretando sus manos con fuerza.

—¿Por qué lo sabías y no me lo contaste? —preguntó Owen, intentando contener la sensación de traición que le invadía. No quería juzgar a su amiga sin escuchar su versión, pero tampoco podía evitar sentirse herido.

—No soy ciega, Owen. Como todos, vi el parecido asombroso que hay entre ustedes. Es imposible ignorarlo, incluso tú mismo lo percibiste, aunque nunca lo admitieras. Sé que fue así. En la casa del lago yo era la única que no tenía pareja, así que busqué algo en qué entretenerme y fui a la biblioteca. Allí encontré montones de folletos, libros viejos y álbumes de fotos familiares. En uno de esos álbumes estaban tus padres y un bebé. Deduje que el de las fotos no eras tú por las fechas que aparecían al pie de cada página. No coincidían con tu edad. Más tarde, en la cena, cuando Emir reveló su historia, entonces confirmé mis sospechas.

Owen trató de calmarse, se masajeó las sienes y formuló la pregunta inevitable en ese momento.

—¿Por qué lo atacaste tanto en la cena si ya sabías todo? —le preguntó Owen a Zoé.

Zoé no se arrepentía de sus palabras. Tenía una explicación para su actitud de aquella noche.

—Quería que él mismo confesara la verdad. Estoy segura de que no me equivoqué en nada. Rachel es su madre y tú sabes mejor que nadie lo aterradora que es esa mujer. Seguro que quiere vengarse de Aron por lo que le hizo sufrir. ¿No lo ves? Todo esto es parte de un plan.

—Quizás tengas algo de razón, pero también creo que te has excedido —respondió Owen con voz cansada—. Emir no parece mala persona. Al contrario, se ha mostrado amable y sincero conmigo.

—Eres demasiado amable Owen y se lo mucho que te cuesta ver las cosas malas en las personas. Pero yo no puedo confiar en él tan fácilmente —Zoé se mordió el labio, llena de angustia. Se odiaba a sí misma por haberle ocultado la verdad a su mejor amigo y solo podía pedirle perdón—. Lo siento mucho, Owen. Debería habértelo dicho en cuanto lo supe, pero es algo tan complicado... Te conozco desde siempre y sé lo duro que ha sido para ti crecer sin más familia que tu abuela.

Owen se sintió tan vulnerable que solo pudo acercarse y abrazar a su amiga. Necesitaba desahogarse, liberarse de todo lo que lo agobiaba: la angustia, los miedos, las preguntas sin respuesta que lo atormentaban día tras día.

—Eres como una hermana para mí, Zoé. Y sé que nunca harías nada para lastimarme.

Owen abrazó a su mejor amiga con cariño y gratitud. Zoé se conmovió por sus palabras y le correspondió el abrazo con sinceridad.

Los dos amigos charlaron durante un buen rato, poniéndose al día de sus vidas mientras comían chocolates y dejaban los envoltorios sobre la cama. Se reían y se contaban anécdotas hasta que Zoé miró el reloj y se levantó.

—Vine a hacerte compañía en tu cumpleaños, para que no te sintieras solo ni triste. Pero ya veo que tienes a tu novio aquí, así que supongo que no me echarás de menos.

Owen soltó una risita nerviosa y volvió a abrazar a su amiga. Luego le preguntó con cierta preocupación:

—¿Te cae bien Rayden? A veces creo que no te gusta mucho y me importa lo que pienses de

él.

—No es que me caiga mal, solo que me da celos que te quite tiempo conmigo. Pero si él te hace feliz, yo también lo estoy. Así que no pienses demasiado y disfruta de tu día, pequeña bestia.

—Por fin te dignas a aparecer —le dijo la abuela a su nieto cuando lo vio bajar las escaleras.

Owen la miró distraído, sin entender a qué se refería. Estaba buscando con la mirada a alguien.

—Feliz cumpleaños, cariño.

—Gracias, abuela —respondió el chico pelirrojo con un tono ausente.

—Tu regalo te espera en la parte de atrás de la floristería. Y también tu novio. Pareces nervioso, como si hubieras perdido tu mayor tesoro.

Owen le dedicó una sonrisa radiante.

—Él es mi mayor tesoro —confesó y le dio un beso en la mejilla a su abuela antes de correr hacia el fondo del local.

—¿Cuándo se volvió tan osado? —murmuró la abuela, divertida.

—Yo soy papá y Owen también es papá, ¿de acuerdo?

Eso fue lo que escuchó Owen al acercarse al invernadero donde estaba su novio. "¿Qué está haciendo ese loco?", pensó divertido. Al asomarse por la puerta, vio a Rayden inclinado sobre las flores, hablándoles con ternura.

Owen soltó una carcajada que hizo que Rayden levantara la cabeza y lo mirara con sorpresa. El contraste entre su rostro pálido y las delicadas orquídeas de colores le pareció hermoso.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Rayden con curiosidad.

—De lo que les acabas de decir a las plantas.

—Es que Ray me dijo que las plantas nos pueden oír.

—Pues quizás tu hermano tenga razón, pero lo que les has contado seguro que las confunde mucho —dijo Owen entre risas.

—¡Vamos! No seas malo.

Rayden se acercó a Owen con paso firme y lo miró fijamente a los ojos. Sin decir una palabra, lo abrazó por la cintura y lo pegó a su cuerpo.

Owen sintió un escalofrío al notar el calor que emanaba de Rayden. Su risa se apagó y su respiración se aceleró. El aroma de su novio le llenó las fosas nasales, un olor a frutas y frescura que lo embriagaba. Se dio cuenta de que era adicto a Rayden, a su presencia, a su tacto, a su sabor.

Rayden bajó la cabeza y rozó con sus labios el cuello de Owen, haciéndolo estremecer. Luego subió por su mandíbula hasta llegar a su boca. Owen cerró los ojos y entreabrió los labios, esperando el beso que tanto ansiaba. Quería sentir la dulzura de Rayden en su lengua, quería fundirse con él en un solo aliento.

Pero el beso no llegó. Rayden se apartó un poco y sonrió con picardía.

Owen abrió los ojos y lo miró con una mezcla de decepción y deseo.

—Tengo algo para ti —susurró Rayden y metió una mano en el bolsillo de su pantalón. De él sacó una pequeña bolsa de tela que lucía fina y delicada.

—¿Qué es? —preguntó Owen con curiosidad.

—Cierra los ojos.

—No quiero —se negó el chico pelirrojo.

Rayden no se amilanó ante aquel acto de rebeldía. Se acercó más a Owen y mordió ligeramente su labio inferior como castigo.

—He dicho que cierres los ojos.

Owen sintió un agradable hormigueo recorrer todo su cuerpo. Quizás pareciera extraño, pero le gustaba cuando Rayden adoptaba aquella actitud dominante. Así que obedeció y cerró los ojos.

Rayden sonrió al ver que su novio hacía lo que le pedía sin rechistar. Sentía un poco de culpa por ser tan exigente, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirse emocionado. Había estado pensando durante mucho tiempo en cuál sería el regalo perfecto por el cumpleaños de Owen. Abrió la bolsita con cuidado y sacó lo que había dentro. Luego le pidió que abriera los ojos, pero esta vez usó un tono más cálido y agradable.

Owen abrió los ojos con una leve nerviosidad y se encontró con la mirada de Rayden, quien le extendía un delicado colgante de oro blanco. En el centro, una pequeña orquídea resplandecía con un rubí que simulaba el labelo de la exótica flor. Era una joya asombrosa, con un alto valor.

Owen no supo qué decir.

—¿Te gusta? —preguntó Rayden con ansiedad, temiendo haber fallado en la elección del regalo.

—Es precioso... me encanta, pero...

—Me alegro —Rayden no le dio tiempo a terminar la frase y le colocó el colgante alrededor del cuello. Le quedaba perfecto. La delicadeza de la joya contrastaba con la apariencia de Owen, realzando su belleza.

Owen se sintió abrumado. Sabía que Rayden podía permitirse comprarle cualquier cosa, pero no quería que derrochara su dinero en regalos ostentosos. No lo necesitaba.

—Me encanta, pero... ¿cuánto te costó? —preguntó Owen con cierta preocupación.

—No te preocupes por eso —dijo Rayden, evitando la pregunta—. Lo importante es que es un regalo especial para ti.

El aroma dulce y delicado de las orquídeas llenaba el aire. Aunque tal vez no era tan dulce como la mirada de Rayden hacia Owen que lo observaba con devoción.

—¿Por qué es especial? —insistió Owen, mirando el dije con atención.

—Porque esa orquídea es muy rara y simbólica —explicó Rayden señalando la figura brillante que colgaba de la cadena—. Se llama *Cattleya Mossiae* y es la flor nacional de un país. Es muy difícil de cultivar y requiere de mucho cuidado y paciencia. El rubí, por su parte, es la piedra más valiosa después del diamante. Simboliza el amor, la pasión, las emociones y la valentía.

—¿Valentía? —repitió Owen, intrigado.

—Sí, porque para amar hay que ser valiente. Hay que enfrentar los obstáculos, los miedos, las dudas... Hay que arriesgarse a ganar o a perderlo todo por la persona que se ama.

Rayden tomó las manos de Owen y lo miró a los ojos.

—Yo estoy dispuesto a hacer eso por ti, Owen. Porque te amo más que a nada en el mundo.

Owen sintió un estremecimiento en su pecho al oír a su novio. El colgante que le había regalado se convirtió en el símbolo de su amor, un amor que no tenía precio. Se lanzó a sus brazos y rodeó su cuello con ternura, antes de unir sus labios en un beso ardiente. Quería demostrarle con ese gesto todo lo que significaban para él sus palabras.

Rayden se sorprendió por el beso inesperado y apasionado, pero no tardó en corresponderle con la misma fuerza. Sentía que Owen era su alma gemela, y que nada ni nadie podría separarlos.

—Por cierto —murmuró Owen, sin soltar el abrazo—, ¿cómo sabes tanto de orquídeas?

—Hice una investigación exhaustiva en Wikipedia —bromeó Rayden, provocando una risa en ambos.

El aire del invernadero se llenó de una calidez que iba más allá de la temperatura. Las orquídeas, con sus colores y formas exóticas, eran testigos mudos del deseo irrefrenable que invadía a los jóvenes amantes.

Se besaron con pasión, sin importarles el ruido que hacían sus labios y sus jadeos. Owen se sonrojó, pensando que algún empleado podría oírlos, pero no podía detenerse.

Solo tenía ojos para Rayden, que lo miraba con una mezcla de ternura y lujuria. Nada más importaba en ese momento. El deseo los había cegado por completo.

—Tengo una erección —confesó Rayden con voz jadeante y sin pudor.

Owen ya sabía que su novio le decía esas cosas solo para provocarlo y verlo sonrojarse, pero esta vez sintiendo el calor y la presión de su erección contra el vientre, decidió ser más atrevido y responderle:

—Lo sé. Y me encanta.

Rayden se quedó boquiabierto, interrumpió el beso y clavó sus ojos negros en los de Owen, con una mirada lasciva que solo él podía poner.

—¿Y qué tanto te encanta?

Owen sintió que ya no había vuelta atrás, así que se armó de valor y le susurró al oído:

—Tanto que quiero tocarlo con mis manos, con mi boca quizás.

Rayden no lo dudó ni un instante. Tomó la mano de su novio y la deslizó hacia el abultado paquete que se marcaba en su entrepierna. Y luego con voz seductora susurró:

—Puedes hacer lo que quieras conmigo, amor. Soy todo tuyo.

Owen sintió un escalofrío al escuchar esas palabras en el oído, mientras sus manos se deslizaban por el pene que se marcaba en toda su forma en el pantalón de su novio.

Rayden no se contuvo y empezó a deslizar sus manos por el abdomen de Owen, buscando con sus dedos el borde de su pantalón deportivo. Quería ir más allá, pero necesitaba consentimiento. Se encontró con los ojos de Owen, que brillaban con deseo y nerviosismo. Este último soltó un gemido apenas perceptible y asintió, dándole permiso a Rayden para que siguiera explorando su cuerpo.

Nunca Rayden había sentido tanto deseo de tocar más a Owen como ese día, de sentir su calor y su dureza. Con habilidad introdujo la mano por debajo del pantalón, que se estiraba lo suficiente para dejarle espacio. Apartó el bóxer con los dedos y siguió bajando, hasta que encontró lo que buscaba: el pene erecto de su novio, que latía al ritmo de sus jadeos.

—Creo que es más grande de lo que pensaba —soltó Rayden sin un asomo de vergüenza mientras humedecía sus labios.

—¡Ray!

—¡Lo siento!

Al sentir los dedos de Rayden turnándose para acariciar la punta de su miembro, Owen percibió como las fuerzas de sus piernas lo fueron abandonando.

—Déjame darte otro obsequio, esta vez no gastaré ni un centavo —dijo Rayden con una sonrisa traviesa mientras se arrodillaba frente a su novio.

—¿Qué vas a hacer? —Owen trató de impedírselo, pero fue demasiado tarde. —¡Mmm! — Soltó un gemido ahogado y se tapó la boca con las manos. Rayden le dio una lamida sorpresiva y placentera, y la sensación lo recorrió como una descarga eléctrica. Era la primera vez que alguien tocaba su intimidad con la boca.

—Ray —exclamó Owen entre jadeos—, alguien puede vernos.

—¿No te gusta? —preguntó Rayden mientras usaba sus dedos para hacer movimientos circulares en la punta del pene de Owen, que estaba lo suficientemente húmedo con su saliva.

—Para, por favor.

Rayden se quedó quieto, sorprendido por la súplica de Owen. Había empezado a besar y acariciar con timidez, sin saber muy bien cómo complacerlo. Se sentía nervioso e inseguro, y al ver la expresión de incomodidad en el rostro de su novio, pensó que lo estaba haciendo mal.

—Lo siento —murmuró, apartándose avergonzado.

Owen se odió a sí mismo por haber reaccionado así. Le encantaba lo que Rayden le estaba haciendo, pero no podía evitar sentirse cohibido y vulnerable. ¿Por qué no se dejaba llevar y disfrutaba del momento?

—Ray...

—Sé que no tengo experiencia, perdóname por hacerte sentir mal. La próxima vez estaré más preparado, te lo prometo.

Rayden intentó levantarse, sintiéndose culpable y frustrado por su torpeza. Pero Owen lo sujetó por el hombro para evitar que se pusiera de pie.

—No tienes que pedir perdón por nada. Lo que acabas de hacer ha sido lo más increíble que he sentido en toda mi vida. Soy yo el que está siendo un idiota, no sé qué me pasa... Quiero que sigas, por favor. Si te detienes ahora, creo que me muero.

—¿De verdad te gusta? —preguntó Rayden, mirándolo con una sonrisa ilusionada.

—¿No es esto una prueba? —preguntó Owen mientras sacudía su propio pene en la cara de Rayden.

Rayden se acercó y lo llevó a su boca una vez más, le era difícil respirar, pero el placer de poder lamerlo, jugar con él y aprecias las diversas reacciones de Owen hacía valiera la pena.

Con un hilo de voz entrecortado por los gemidos y las obscenidades que le susurraba a Rayden, Owen intentaba convencerlo para que lo dejara devolverle el placer que él le estaba provocando. Pero su novio no se dejaba y seguía explorando su pene con una lengua ágil y traviesa. Owen se preguntaba cómo había aprendido a hacerlo tan bien, pero no tenía fuerzas para formular la pregunta.

El chico pelirrojo sintió que las piernas le flaqueaban y buscó algo a lo que aferrarse. Sus ojos se toparon con una mesa baja donde se exhibían las orquídeas más diminutas y delicadas. Con un movimiento torpe, se apoyó en el borde de la mesa y apretó sus manos contra la madera, como si quisiera clavarse en ella. Su respiración era entrecortada y su rostro sonrojado reflejaba el éxtasis que le invadía.

Rayden se incorporó y se relamió los labios con una sonrisa maliciosa. Se acercó de nuevo a Owen y le susurró al oído algo que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

—Solo estoy usando mi boca y ya no puedes mantenerte de pie, ¿qué crees que pasaría si uso otra cosa?

—Aquí... —balbuceó Owen, sintiendo el aliento caliente de Rayden en su cuello— aquí no podemos hacer eso.

—Lo sé, lo sé —respondió Rayden con impaciencia, mordiéndole suavemente el lóbulo de la oreja.

Luego le besó el cuello mientras le masturbaba con una mano. Owen respondió con igual fervor, y los dos se sumergieron en una sinfonía y de gemidos y jadeos incontrolados. El invernadero, lleno de orquídeas, se convirtió en el escenario de una luria desenfrenada que nunca había presenciado.

Owen soltó un gemido y expresó su placer. Acto seguido Rayden volvió a ponerse de rodillas

para continuar con su boca y unos segundos más tarde, sintió un líquido viscoso y tibio que se desprendía en su lengua hasta llegar a su garganta. El semen que se tragó sin querer le hizo toser fuerte.

—Escúpelo, debe saber horrible —dijo Owen con la culpa latente en su pecho.

—No está tan mal —respondió Rayden y sonrió.

Owen se arrodilló junto a él y le sostuvo la nuca para acercarlo, luego lo besó y cuando estuvo satisfecho dijo:

—Tienes razón, no está tan mal.

Continuó besando a su novio, sintiendo el sabor de su propio semen y el dulzor de sus labios combinados, mientras deslizaba una mano al interior del pantalón para frotar su miembro.

Rayden gimió preso de los labios de Owen y de sus manos que aceleraron los movimientos hasta que liberó todo.

Los dedos de Owen estaban cubiertos por el semen de Rayden, lo miró por un instante y luego los lamió mientras miraba a su novio con provocación. Rayden no pudo resistir la tentación, así que se acercó e introdujo el dedo índice de Owen en su boca sin dejar de mirarlo fijamente.

Era la primera vez que se entregaban al deseo, que exploraban sus cuerpos con curiosidad y pasión. Solo se habían tocado a sí mismos en la intimidad, pero ahora se descubrían mutuamente, con torpeza y ternura. En aquel invernadero quedó evidenciado que el fuego que ardía en sus almas era tan intenso que podía consumir una ciudad entera si se descontrolaba.

"..."

Pasaron varios minutos y los jóvenes no podían mirarse a la cara. Salieron del invernadero para lavarse las manos y luego volvieron en completo silencio.

—Nunca había hecho algo así —confesó Owen, evitando el contacto visual con Rayden.

—¿Te arrepientes? —preguntó este con curiosidad.

Owen se acercó a una orquídea solitaria y la acarició con suavidad. Su voz sonó tímida cuando respondió:

—Nunca me había sentido tan bien, no podría arrepentirme de lo que hicimos.

Rayden sonrió con satisfacción y rodeó a su novio con sus brazos por la espalda. Miró la orquídea que Owen observaba y notó algo extraño.

—¿Por qué solo hay una azul? —preguntó al ver que aquella era la única con flores de ese color.

—Desde que tengo memoria, mi abuela me ha regalado una orquídea azul como esta por mi cumpleaños. La floristería de los recuerdos no vende este color, porque es exclusivo para mí. Además, es una rareza entre las orquídeas.

—Entonces tiene mucho en común contigo. Tú también eres único y especial, una rareza entre todas las personas —susurró Rayden al oído de Owen. Apretó su abrazo y luego besó su cuello con delicadeza.

—Espero que siempre estés reservado para mí.

—Así será —aseguró Owen, girando su cabeza para mirarlo a los ojos.

"..."

"..."

—¿Podemos volver a tu habitación? —preguntó Rayden mientras hacia un movimiento de cadera pegado a Owen.

—¿Para qué? —quiso saber Owen fingiendo inocencia.

Rayden volvió a presionar para que su novio sintiera la dureza de su pene frotándose en sus glúteos y le sostuvo las caderas con ambas manos antes de susurrar en un tono profundo y perverso:

—Aún tengo ganas.

El chico cuyo sonrojo era tan intenso como el color de su cabello se dio la vuelta para enfrentar a su novio pervertido y con un movimiento ágil lo trajo a él.

—Una mamada ya no será suficiente.

—¿Qué quieres que te haga? —preguntó Rayden jadeando, deseoso de escuchar la respuesta más obsesa posible.

Owen estaba dispuesto a complacerlo, así que se acercó a su oído y le dijo en secreto lo que deseaba.

CAPÍTULO 23
SOY SU PEOR RECUERDO.

Owen celebró un cumpleaños más feliz de lo que había imaginado. Junto con Rayden y su abuela, degustó un delicioso pastel casero, saboreó una comida exquisita y dedicó la tarde a cuidar la floristería. Rayden se interesó por el arte de hacer arreglos de rosas y bombardeó a Owen con preguntas sobre cada detalle del oficio. Owen le respondió con entusiasmo, orgulloso de compartir su pasión. Era curioso ver al joven millonario y diseñador de modas manejando flores con delicadeza y destreza.

La alegría de los muchachos contagió a todo el local. Sus risas y sonrisas armonizaban con el colorido y el aroma de las flores. Los empleados, que trabajaban con diligencia, agradecieron la ayuda de las dos manos extra.

Lo que ocurrió en el invernadero de las orquídeas fue un secreto compartido entre ellos, un tesoro guardado en el rincón más dulce de sus memorias. Se sonreían con complicidad y se robaban besos cuando nadie los veía, disfrutando de su amor clandestino. Pero pronto esa felicidad se vería opacada por una tensión amarga que se cernía sobre ellos.

"..."

Después de que Rachel se relajara un poco con su obsesión de impedir la relación entre Owen y Rayden, los jóvenes se sentían menos vigilados, pero aún no podían confiar del todo. Aprovecharon un descuido de los guardaespaldas que rondaban la residencia y salieron a escondidas de la floristería.

Avanzaron por la acera, tomados de la mano, con el corazón acelerado y los ojos alertas. Temían que alguien los hubiera seguido. Pero su miedo se convirtió en pánico cuando se toparon de frente con una figura imponente que les cortó el paso. Era un joven de cabello largo y rojizo, vestido con un traje negro que resaltaba su complexión. Su rostro era duro y frío, y sus ojos verdes los atravesaron con una mirada sombría que se intensificaba bajo las sombras proyectadas por los faroles.

Emir se plantó frente a ellos con las manos en los bolsillos y una expresión de pocos amigos

—¿A dónde creen que van? —preguntó con voz profunda, dirigiéndose a Owen.

Owen sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Antes de que pudiera responder, una voz estruendosa los sobresaltó. Era Raykel, que venía corriendo desde atrás de Emir, con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas.

—Em, caminas muy rápido. Ya sé que quieres ir a ver a tu hermanito, pero tienes que esperarme —dijo, jadeando—. Se suponía que esto era un paseo romántico.

Raykel se detuvo al lado de Emir y lo abrazó por los hombros. Luego miró a Owen y a Rayden con una sonrisa radiante y le guiñó un ojo. La tensión se disipó un poco, pero Emir seguía con el ceño fruncido.

—Qué alegría verte, idiota —exclamó Raykel dirigiéndose a su gemelo.

—¿A qué has venido? —preguntó este, sorprendido.

—Verás, Emir ha estado muy nervioso últimamente. Desde que su abuela le confesó a Owen la verdad, no ha dejado de pensar en cómo será su encuentro. Hemos caminado como tres cuadras, según él, para relajarse un poco.

Emir, que estaba a su lado, le propinó un golpe en la nuca a Raykel para que se callara. No quería que revelara sus sentimientos. Raykel se llevó la mano a la cabeza y puso cara de ofendido.

—¿Qué te pasa? —preguntó con fingida inocencia—. Tú mismo me dijiste que querías hablar

con él porque deseabas tener una buena relación, ya que es tu hermanito y lo amas mucho.

Rayden soltó una risita ante la indiscreción de su hermano, pero al sentir la mano de Owen que se apretaba junto a la suya volteó preocupado y se dio cuenta de lo ansioso que estaba. Ya habían hablado al respecto y sabía que el tema con Emir le seguía dando vueltas en la cabeza, pero consideraba que lo mejor era que hablaran, así que tiró del brazo de su hermano y lo obligó a entrar al auto negro que lo había estado esperando desde hacía un rato.

—¡Ray! —llamó Owen con angustia.

Rayden se giró hacia él y le tomó las manos con ternura. Acercó su frente a la de Owen y le susurró:

—Confío en ti, amor. Habla con él y aclaren sus sentimientos, después de todo ustedes son hermanos y ninguno de los dos tiene la culpa de las cosas que les ha tocado vivir. Yo me encargaré de distraer a mi hermano loco y luego regresaremos, ¿sí?

Owen asintió y le dio un beso en los labios a su novio, sintiendo su calor y su apoyo. Luego se quedó solo frente a Emir, que lo miraba con una mezcla de esperanza y miedo. Los dos caminaron de regreso a la floristería en un total silencio, los guardaespaldas que custodiaban la residencia miraron a Owen con asombro y a Emir con cierto temor.

—Parece que ni siquiera notaron cuando Owen salió de la casa —comentó Emir con ironía, dirigiéndose a los dos hombres.

—Lo sentimos, señor —se disculpó uno de ellos con voz temblorosa.

Owen ignoró el intercambio de palabras y se dirigió a una de las bancas que adornaban el frente de la floristería. Se sentó y observó nervioso las plantas que decoraban el lugar. Emir lo siguió y se sentó a su lado, dejando un espacio entre ellos.

—¿Por qué no me lo contaste tú mismo? —le preguntó Owen, sin mirarlo a los ojos.

—Tenía miedo —admitió Emir con voz baja.

—¿Miedo de qué? —exclamó Owen, elevando la voz más de lo que quería. No estaba enojado, pero su pecho se agitaba con un torbellino de emociones que le impedían pensar con claridad.

—Al principio me costó entender todo lo que de repente me estaba ocurriendo. Era muy joven y apenas empezaba a descubrir mi propia historia. Durante todo este tiempo, lo único que he querido ha sido complacer a nuestra madre —Emir levantó la mirada y se encontró con los ojos de su hermano, que reflejaban una mezcla de sorpresa y dolor—. Yo también crecí sin padres. Encontrarme con ella y empezar a conocerla me llenó tanto que temía ser yo mismo, solo para no correr el riesgo de defraudarla y perderla otra vez.

—¿Cuánto tiempo hace que se reencontraron?

Emir suspiró profundamente. Ser consciente del tiempo que había pasado desde que volvió a ver a su madre le hacía sentir aún más culpable, porque era un cruel recordatorio de todo lo que le había ocultado a su hermano.

—Años —admitió con pesar—. Desde que lo supe y tuve la oportunidad, siempre te observaba desde lejos: en la escuela, cuando salías con Zoé, incluso aquí en la floristería. Pero nunca me atreví a cruzar la calle y acercarme para hablarte.

—¿Sabes? Zoé siempre me decía que estaba loco cuando le confesaba que me sentía vigilado —dijo Owen con una risa amarga.

Owen había vivido con esa sensación durante mucho tiempo. La inquietante idea de que alguien lo observaba a cada instante. A veces, se preguntaba si no sufriría de algún trastorno psicológico, como el delirio persecutorio, que lo hacía creer que era el blanco de una conspiración.

—Trabajar con Raykel y cuidar de él consume mucho tiempo —continuó Emir—. Por eso, no podía ir a verte desde la cafetería frente a tu escuela tan seguido como quería, pero siempre había alguien vigilándote, sobre todo Will.

Owen se removió en el banco y miró a Emir fijamente. Las manos le temblaban y los ojos le escocían.

—Te juro que comprendo tu situación. En serio entiendo por qué no te acercaste, de algún modo fuiste manipulado por Rachel —Owen soltó un sollozo—. Pero ella, ¿por qué nunca me quiso?

Emir sintió un fuerte pesar al ver como Owen se quebraba. Quiso abrazarlo, consolarlo, pero no supo cómo.

—Rachel tiene muchos defectos y en este punto de mi vida no quiero decir nada que parezca que la estoy justificando, pero estoy seguro de que te quiere, aunque sea a su manera.

Owen sollozaba sin consuelo, incapaz de comprender la actitud de su madre. —¿Por qué me abandonó? ¿Por qué me niega la felicidad? —preguntó con voz quebrada.

Emir lo miró con compasión, sabiendo que debía revelarle la verdad, por más dolorosa que fuera.

—Yo también me sentí confundido y resentido con ella durante mucho tiempo. No entendía por qué había hecho lo que hizo. Pero después de conocer su historia, pude ver las cosas desde otra perspectiva. Lo que Aron le hizo a nuestra madre la traumatizó de por vida. Además, quedó embarazada de él.

Owen se quedó helado al escuchar esas palabras. Recordó el relato que Emir había contado en la casa del lago, y sintió un escalofrío. —¿Qué estás diciendo? —balbuceó, secándose las lágrimas.

Emir respiró hondo, tratando de controlar la emoción que le embargaba. —Lo siento, Owen, pero es la verdad. Y sé que no debería ser yo quien te lo diga, sino Rachel. Ella debería estar aquí, explicándote todo.

—Dilo de una vez —exigió Owen, tapándose la boca con las manos.

Emir lo miró a los ojos y pronunció las palabras que cambiarían su vida para siempre. —Aron Sarosh es tu padre biológico. Y todo lo que ha hecho nuestra madre hasta ahora ha sido para protegerte de ese monstruo y su familia.

Owen sintió que el mundo se le venía encima, que el suelo se movía bajo sus pies y que el color se le escapaba de la cara.

—Por eso acepté intervenir cuando vi que te acercabas más a Rayden, porque ella me confesó que eran hermanos de sangre, pero...

La voz de Emir se apagó al ver el vacío en los ojos de Owen, la blancura de su piel y cómo su cuerpo se desmayaba frente a él.

Rayden supuso que la conversación entre Owen y Emir sería tensa, pero jamás pensó que terminaría con su novio en el hospital. Cuando Emir lo llamó para contarle lo ocurrido, sintió un escalofrío de miedo y rabia que lo hizo reaccionar de tal forma que Sasha, la conductora del coche en el que viajaban él y su gemelo, casi colisiona con otro vehículo.

Después de una larga espera, los gemelos y Emir vieron al fin al médico que atendía a Owen. El doctor se acercó a ellos con paso firme y una expresión seria.

—¿Qué le pasa? ¿Cómo está Owen? —Rayden estaba impaciente y angustiado. Estuvo a punto de agarrar al médico por el cuello de la bata para exigirle una respuesta, pero el doctor se

adelantó y habló.

—Tras realizarle varias pruebas, hemos determinado que el paciente sufre de lipotimia, una condición que provoca desmayos por baja tensión o estrés emocional. Normalmente, estos desmayos son breves y la persona recupera la consciencia en pocos minutos. Pero el paciente ha permanecido inconsciente durante mucho tiempo, lo que nos indica que ha sufrido una gran presión emocional. Debe reposar y quedarse en observación unas horas. Luego podrá llevarse a su novio a casa.

El médico esbozó una leve sonrisa y se alejó, dejando a Rayden con un nudo en la garganta.

Rayden no podía contener su ira y señaló con el dedo a Emir, que tenía el rostro pálido y demacrado.

—Todo es tu culpa —le espetó con voz temblorosa.

Raykel sintió un nudo en la garganta y quiso salir en defensa de su guardaespaldas, pero Emir se le adelantó con un tono resignado:

—Tienes razón, es mi culpa.

Emir bajó la cabeza y se mordió el labio, como si quisiera contener las lágrimas. Rayden observó su expresión de dolor y se sintió invadido por el remordimiento. Sabía que no era justo culparlo de lo que le había pasado a Owen, pero estaba tan asustado y angustiado que necesitaba descargar su frustración en alguien.

"..."

En la habitación del hospital, Owen se sentía atrapado. No soportaba estar rodeado de agujas, tubos y máquinas que emitían sonidos molestos. Quería salir de allí cuanto antes y volver a casa.

—Señorita, me siento muy bien, creo que puedo irme —le dijo a la enfermera que lo atendía con una sonrisa forzada.

—Lo siento, jovencito, pero debe permanecer acostado al menos dos horas y luego podrá irse —le respondió ella con paciencia.

Owen estaba a punto de insistir, cuando la puerta se abrió y entraron tres personas que lo miraban con preocupación. Eran Rayden, Raykel y Emir.

—Ray, estoy bien. Pero la enfermera no me quiere dejar ir, es muy testaruda —se quejó Owen, tratando de aliviar la tensión.

La enfermera sonrió y negó con la cabeza, indicando que el testarudo sin duda era alguien más.

—Estaba tan asustado —dijo Rayden mientras se sentaba al lado de Owen y lo abrazaba con fuerza.

—Solo debo descansar y comer bien, no es nada grave —le aseguró Owen, acariciando el cabello de su novio, que lucía más pálido que él en ese momento.

—Lo siento mucho —dijo Emir con voz suave. Owen sintió un nudo en la garganta al recordar lo que le había pasado. Sin poder evitarlo, las lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

—Soy el hijo de una violación. Mi madre me odia porque le recuerdo lo peor de su pasado —sollozó Owen, tapándose la cara con las manos—. Aron es mi padre, tú y yo...

—No, espera —lo interrumpió Rayden, que ya sabía la historia por Emir—. No escuchaste todo lo que Emir te iba a decir.

Owen los miró con confusión, sin entender nada.

—Mi madre se olvidó de mencionar que los gemelos no son hijos biológicos de Aron —explicó Emir.

—Ese ha sido un secreto en nuestra familia —añadió Rayden—. Supongo que tu madre lo

sabía y se lo ocultó a Emir para tener más posibilidad a la hora de alejarte de los Sarosh, de mí.

Raykel se acercó a su hermano y se sentó a su lado. Luego tomó las manos de Owen entre las suyas y le dijo con sinceridad:

—Comprendo que tu madre no quiera que tú y Emir estén cerca de los Sarosh. Si yo fuera ella, también tendría miedo. Pero no está bien que intente separarlos con mentiras. Debes saber que nosotros no somos buenas personas y que los temores de tu madre son razonables, pero este tonto te ama de verdad —señaló a Rayden con una sonrisa—. Y estoy seguro de que haría cualquier cosa por ti.

Owen se sintió aliviado al saber que no era hermano del chico que le gustaba, aliviado de que Emir le hubiera dicho la verdad a pesar de lo dolorosa que era. Pero también había algo que lo inquietaba: Aron Sarosh era su padre biológico, un magnate psicópata que abusó de su madre era su verdadero padre.

¿De cuántas formas posibles podía esa verdad alterar su vida?

CAPÍTULO 24
NUNCA ME OLVIDES.

—Déjame llevarte —insistió Rayden, tratando de alzar a su novio en brazos, mientras el personal del hospital los observaba y murmuraba entre ellos.

—No estoy inválido.

—El médico dijo que debes reposar, caminar demasiado puede perjudicarte.

Owen clavó su mirada en los ojos de su preocupado novio y replicó: —Debo evitar emociones fuertes, no abusar de tu generosidad para que me cargues.

—No sería ningún abuso. Te cargaría encantado —afirmó Rayden con firmeza, sin mostrar señales de rendirse.

Rayden no dejó de insistir hasta que Raykel y Emir, que habían ido a buscar los medicamentos recetados por el médico a Owen, los alcanzaron en la puerta de salida.

Al salir, una multitud de periodistas les cortó el paso a los cuatro jóvenes, que se quedaron atónitos ante el acoso mediático.

Owen empezó a sentirse nervioso al verse rodeado de tanta gente. No estaba preparado para enfrentarse a esa situación. Rayden lo abrazó con su brazo, como queriendo protegerlo, y avanzó con determinación para alejarse. Emir hizo lo posible por ejercer de guardaespaldas, pero eran demasiados reporteros.

—¿Por qué están en el hospital? —preguntó una reportera con voz aguda—. ¿El joven que va contigo es tu pareja?

—¿Qué opinan tus padres de que mantengas una relación con un hombre?

Rayden se sintió invadido por el acoso de los periodistas, que le gritaban y le empujaban sin piedad. Hacía mucho tiempo que habían dejado de importarle sus movimientos, ¿por qué ahora habían salido de la nada? Lo único que le importaba era estar con Owen, su novio, que parecía estar cada vez más incómodo y asustado. Rayden sabía que no podía escapar de los medios de comunicación, pero tampoco quería exponer su vida privada. Así que trató de ser educado y responder lo imprescindible, confiando en que Emir encontrara una forma de sacarlos de allí.

—Mi novio se sintió mal, por eso vinimos al hospital. Por favor, respeten su estado de salud y déjennos pasar —dijo Rayden, intentando abrirse paso entre la maraña.

Pero sus palabras solo sirvieron para despertar el morbo de los reporteros, que se arremolinaron aún más a su alrededor. Parecían no haber escuchado la parte de que Owen se había sentido mal de salud y solo les importaba confirmar su relación.

—¿Nos está confirmando su relación con el chico de las flores? ¿Qué opinan el señor y la señora Sarosh sobre el hecho de que su pareja sea un hombre y no una mujer?

Rayden sintió que se le encendía la sangre ante la insistencia. No soportaba que se metieran en su vida personal y criticaran sus decisiones. Él amaba a Owen y no le importaba lo que pensaran sus padres.

—No voy a responder más preguntas —dijo Rayden con rabia—. Ahora déjennos en paz.

—¿Qué hay de su hermano? ¿también está en una relación? —preguntó otro reportero.

Owen nunca había soñado con verse involucrado en una situación tan caótica. Su vida era sencilla y tranquila: trabajaba de vez en cuando en la floristería y estudiaba en la universidad, como tantos otros jóvenes de su edad. Pero ahora se encontraba rodeado de paparazis que los acosaban con preguntas indiscretas. ¿qué pasaría si descubrían que Aron era su padre biológico? Solo de pensarlo, Owen sentía un escalofrío recorrerle la espalda.

Los reporteros no dejaban de acosarlos con preguntas indiscretas, pero Rayden se mantuvo

firme y no les dio ninguna información. Entonces, cambiaron de objetivo y se fijaron en Raykel y Emir,

—Raykel, ¿sigues soltero? —le preguntaron.

—¿No te da envidia tu hermano?

—¿Es verdad que tienes una relación secreta con tu guardaespaldas?

Raykel se quedó sin palabras, nervioso y confundido. Buscó la mirada de Emir, pero él estaba distraído con algo.

Emir estaba observando a Owen, que le sonrió con complicidad y le hacía un gesto de afirmación. Sintió una oleada de valor y se acercó a los reporteros.

—No está soltero —afirmó Emir con voz firme, y luego atrajo el rostro de Raykel hacia el suyo y lo besó delante de todos. —Él es mío.

Raykel se quedó sin aliento ante el gesto de Emir, que le había declarado su amor frente a una multitud de desconocidos. Quizás para algunos, las palabras de Emir sonaran posesivas y obsesivas, como si Raykel fuera un objeto de su propiedad. Pero para Raykel, aquella fue la expresión más sincera y profunda que jamás había escuchado. Sintió como su corazón se aceleraba de emoción, como si quisiera salirse de su pecho para unirse al de Emir. ¿Cómo podría superar eso?

Los flases de las cámaras se intensificaron cuando Emir y Raykel se fundieron en un beso apasionado. Owen y Rayden aprovecharon el revuelo para escapar de la multitud de reporteros que los acosaban. Sasha los estaba esperando en el auto y los ayudó a subir rápidamente. Mientras tanto, otros guardaespaldas se encargaron de llevarse a Emir y Raykel en otro vehículo.

Emir y Raykel habían dado un golpe mediático con su beso. Todo el mundo sabía que Emir había sido adoptado por Aron cuando era un niño y que había crecido junto a Raykel como si fueran hermanos. Al menos, eso era lo que la gente creía. Pero ahora, habían confirmado que entre ellos había algo más que un vínculo familiar. Un escándalo que eclipsaba al de Owen y Rayden.

Sasha estaba confundida, no sabía qué camino tomar. Owen y Rayden discutían sobre el destino más conveniente: Owen quería volver a su casa para tranquilizar a su abuela, que debía estar muy angustiada, mientras que Rayden quería llevarlo al hotel para poder cuidarlo.

—Tienes asuntos importantes que resolver —le recordó Owen con voz cansada.

—Precisamente por eso quiero que estés a mi lado —replicó Rayden con vehemencia—. Si te vas a tu casa, no podré estar tranquilo. Déjame llamar a tu abuela y explicarle que estás bien y que te devolveré sano y salvo esta noche.

Owen suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de su novio, resignado.

—Está bien, haz lo que quieras. Rayden le dedicó una amplia sonrisa de triunfo y le hizo una seña a Sasha para que los llevara al hotel.

Al ver que no había reporteros esperando en el hotel, Rayden le pidió a Sasha que los dejara en la entrada principal. La guardaespaldas se estación frente al lujo hotel y luego se bajó para abrirle la puerta a los dos jóvenes

—Me siento como el amante de un *sugar daddy* bajado de su lujoso auto en la puerta principal de su nido de amor —murmuró Owen cuando Rayden le ofreció la mano para que saliera del auto.

Rayden dejó escapar una carcajada y cuando su ocurrente novio estuvo de pie le besó la mejilla.

—Quiero ser tu *sugar daddy.*

—¡Rayden! —exclamó Owen avergonzado.

El joven dueño de aquel hotel sostuvo la mano de su novio con orgullo y caminó hacia la puerta principal donde un guardia lo saludó con agrado en cuanto lo vio.

—Por cierto —comenzó a decir Rayden a medida en que avanzaban por el lobby—. Lamento haberte dejado solo anoche, no imaginé que hablar con Emir te llevaría al hospital.

—A pesar de mi frágil condición física y emocional, he disfrutado de esta conversación con él. Siempre es preferible conocer la verdad, por dura que sea —comentó Owen con un tono irónico.

Rayden asintió en señal de aprobación y ambos se dirigieron a la recepción, donde les esperaban Raykel y Emir, que acababan de llegar.

—¿Qué significó ese beso de antes? ¿Es una confirmación oficial de su relación o solo fue una distracción? —interrogó Rayden con voz firme, dirigiéndose directamente a Emir. Su pregunta no era una simple curiosidad, sino una advertencia velada y una intimidación sutil.

Emir percibió el mensaje subyacente y respondió:

—Ya no tiene sentido ocultarlo más.

"..."

—¡Rayden!

Una voz femenina que provenía del ascensor junto a otro chico captó la atención de todos.

Rayden alzó la vista y reconoció ese rostro familiar, que le dedicaba una sonrisa deslumbrante.

—¡Lennox! —exclamó Rayden con asombro.

—¡Perra! —masculló Raykel y Emir tuvo que sujetarlo del brazo para impedir que se lanzara contra ella.

La chica llamada Lennox se acercó a Rayden y lo abrazó efusivamente. Sin hacer caso a Owen, que seguía agarrando con firmeza la mano de su novio.

La chica parecía una de esas supermodelos que salían en las revistas más prestigiosas del mundo, su melena plateada resaltaba con sus ojos que centelleaban bajo la luz de los focos, su cuerpo esbelto y su rostro impecable eran propios de una diosa.

Pero a pesar de su impresionante aspecto, había algo en ella que hacía que el ambiente se volviera opresivo, hasta para respirar. Un aura maligna emanaba de su expresión, no era algo fingido, simplemente formaba parte de su naturaleza. Todo ello contrastaba enormemente con su apariencia.

Rayden se apartó del abrazo de Lennox y la examinó de arriba abajo en silencio. No podía creer que se hubiera cruzado con ella después de tantos años sin saber nada. Le costaba encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a ella.

—¿Qué haces aquí, Lennox? —preguntó Raykel con voz hostil, atrayendo las miradas curiosas de los transeúntes y los empleados del hotel.

—No cambias, Raykel. Siempre tan agresivo —replicó Lennox con desdén, sin dignarse a mirarlo.

—¿Qué quieres, Lennox? —preguntó Rayden con frialdad.

La bella chica esbozó una sonrisa maliciosa y dijo:

—Una amiga mía se va a casar pronto, y quiero que seas tú quien me diseñe el vestido.

—¿Amiga? —interrumpió Raykel con sarcasmo—. ¿Desde cuándo una zorra como tú tiene

amigas?

—Podrías encargarle el vestido a otro diseñador —propuso Rayden, mientras Owen notaba cómo se tensaba su cuerpo y apretaba su mano con fuerza, hasta hacerle daño, pero no se quejó.

—Nadie conoce mis gustos mejor que tú—afirmó la chica.

Owen la miró con furia.

—Está bien —aceptó Rayden a regañadientes—. Si quieres un vestido, tendrás que venir a mi oficina en horario laboral y pedir una cita. Ahora, si no te importa, mi novio necesita descansar.

—¿Novio? —repitió Lennox con incredulidad y por primera vez dirigió su mirada a Owen, que estaba de la mano con Rayden.

Rayden se volvió hacia su novio y le presentó con orgullo:

—Sí, él es Owen, mi novio.

El chico pelirrojo le devolvió el gesto con cortesía y una sonrisa radiante que reflejaba su felicidad. Lennox frunció el ceño con disgusto.

—Encantado de conocerte —dijo Owen.

—Ella es Lennox, mi prima —añadió Rayden.

No había mucho más que decir. Los jóvenes estaban listos para seguir su camino, pero antes de que pudieran hacerlo, el chico que había acompañado a Lennox desde el ascensor intervino:

—Hace mucho que no te veo, primo.

Owen lo observó con curiosidad, seguro de haberlo visto antes en algún lugar.

El muchacho le sostuvo la mirada y le sonrió con complicidad.

—Hola, Owen —lo saludó.

—¿Lo conoces? —preguntó Lennox tan sorprendida como los demás.

—Claro, es el novio de nuestro primo. Además, su mejor amiga y yo estudiamos en la misma universidad.

«Ah, claro, él es Mike» recordó Owen.

Mike era el chico que se había enfrentado a su amiga Zoé unos meses atrás. Le había dicho que nadie querría casarse con ella y ella le había respondido con una de sus ocurrencias.

«Qué pequeño es el mundo» pensó Owen.

—No sé por qué sigues yendo a ese corral con pretensiones de universidad —comentó Lennox con desdén.

«Si que es una perra» pensó Owen. Era cierto que la universidad era pública, pero no era un corral.

—Vamos —dijo Rayden con mal humor, dejando atrás a sus primos junto con Raykel y Emir.

"..."

"..."

—Buenas noches, señor —lo saludó un guardia al verlo acercarse al ascensor.

Rayden le devolvió el saludo con un leve gesto de cabeza, pero no pronunció palabra alguna.

Las puertas del ascensor se abrieron y Owen se quedó paralizado en el umbral. Entonces Rayden recordó su fobia.

—No te gustan los ascensores —dijo con comprensión.

—Puedo soportarlo —replicó Owen tratando de sonar valiente.

Rayden negó con la cabeza y lo llevó hacia las escaleras. Una vez allí, soltó la mano de Owen y se apresuró a subir los peldaños con ansiedad.

Al percibir que algo lo inquietaba, Owen le ordenó en voz alta:

—¡Detente, ahora mismo!

El chico pelirrojo subió los escalones que los separaban y se plantó frente a Rayden, quien no se atrevía a mirarlo a los ojos y se retorcía las manos nerviosamente.

—Mírame —le pidió Owen con dulzura, pero Rayden seguía evitando su mirada. —¡Rayden!

—¿Por qué tú y mi primo Mike se conocen? ¿Por qué te miraba de esa manera? No me gusta —exclamó el chico enfadado haciendo un berrinche.

—¿Qué? —preguntó Owen sorprendido—. ¿Estás celoso?

—Yo...

—Rayden, ¿estás celoso?

Owen sujetó el rostro de su novio y lo obligó a mirarlo.

—Sí, sí, sí. Estoy celoso. No me gusta que nadie más te mire como lo hizo él.

Owen sintió ganas de reírse ante la pataleta infantil de su novio, pero de pronto, una idea cruzó su mente.

—Te dejaste abrazar por Lennox. "Nadie conoce mis gustos mejor que tú" —Owen intentó imitar el tono irritante de Lennox—. ¿Qué diablos fue eso?

Rayden se quedó boquiabierto, sin saber qué decir. No esperaba esa actitud de Owen.

—¿Y bien? —insistió Owen, esperando una respuesta.

¿De dónde había sacado ese carácter?

—No sé si esto es normal —balbuceó Rayden, apoyándose en la pared—. Pero me escita oírte hablar así.

—Contesta —exigió Owen, sujetando la barbilla de Rayden y acercándose a él lentamente.

—Bésame —suplicó Rayden, jadeando.

—Eres un pervertido.

—Dime que no quieres besarme, mírame a los ojos y dilo.

Rayden se pasó la lengua por el labio superior y le dedicó una sonrisa traviesa.

Los celos son emociones poderosas que envenenan a las personas, hasta el punto de llevarlas a decir y hacer cosas dolorosamente irreparables. Pero Rayden y Owen demostraron que había emociones mucho más fuertes que podían ser capaces de opacar los celos. Y esas emociones iban acompañadas de algo llamado pasión y deseo.

En respuesta, Owen se acercó y mordió el labio inferior de Rayden, luego siguió subiendo las escaleras, dejándolo allí apoyado en la pared anhelando algo más.

—Me está volviendo loco —murmuró Rayden con voz ronca.

Rayden entró en la habitación con Owen de la mano, sintiendo una poderosa atracción que le pedía a gritos que lo tumbara en la cama y lo hiciera suyo hasta el día siguiente, pero se contuvo al recordar las palabras del médico: Owen necesitaba reposo. Además, ya era casi mediodía y los dos tenían el estómago vacío.

—Creo que habría que trasplantarla a otra maceta —comentó Owen, señalando la orquídea junto a la ventana, cuyas dos últimas flores se marchitaban lentamente.

—¿Me ayudas con eso? —pidió Rayden, acercándose a él y rodeándolo con sus brazos.

—Ray, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

Owen se giró y se sentó en el alféizar de la ventana, luego desabrochó la camisa de Rayden y le preguntó:

—¿Cómo es él? Aron, ¿cómo es?

Rayden frunció el ceño ante la pregunta. Sabía que Owen solo sentía curiosidad, pero no

podía evitar inquietarse.

—A diferencia de lo que mi padre proyecta ante el público, te puedo decir que es una persona fría, calculadora y extremadamente despiadada —Rayden levantó una mano para acariciar el rostro preocupado de Owen y añadió—: Sé que tu madre no ha actuado de la mejor forma, pero tiene razón en no querer que te acerques a él.

Owen le quitó la camisa con delicadeza y lo estrechó entre sus brazos, luego acercó su rostro con ternura para sentir el calor de su piel.

—Sé que lo que le hizo a mi madre y al padre de Emir fue imperdonable, pero... —Owen hizo una pausa y suspiró con pesar—. ¿Alguna vez te has preguntado si alguien quiso escuchar su versión? ¿Si él se arrepintió de algo?

—Owen —Rayden le tomó la barbilla y lo miró a los ojos—. Tú eres una buena persona y siempre quieres ver lo mejor de los demás, pero Aron no es alguien que sienta remordimiento.

Un silencio los envolvió y Owen se aferró más a Rayden, escuchando el latido de su corazón, sintiendo su calor y su aroma, ese aroma tan suyo.

—Qué mal hueles —le dijo Owen a Rayden con una sonrisa burlona.

Rayden frunció el ceño y lo apartó. Sabía que su novio estaba bromeando, pero también era cierto que necesitaba una ducha. Sin embargo, no iba a dejar que Owen se saliera con la suya tan fácilmente. Lo agarró de la mano y lo arrastró hacia el baño, ignorando sus protestas y pataleos. Los dos acabaron metidos en la bañera, riendo y besándose bajo el agua caliente.

Después de un rato, salieron del baño y se envolvieron en toallas. Rayden se paró frente al espejo y se miró fijamente. Su rostro reflejaba una mezcla de felicidad y nostalgia. Recordó los tiempos difíciles que había pasado, los errores que había cometido, las personas que había lastimado con su carácter. Se preguntó cómo había tenido tanta suerte de encontrar a Owen, alguien que lo aceptaba tal como era, que lo hacía sentir vivo.

—Sabes, durante mucho tiempo no pude ver quién era realmente ni conocerme a fondo. Quizás por eso me cerraba a mí mismo la posibilidad de avanzar. Pero cuando apareciste en mi vida, descubrí una parte de mí que nunca había visto, algo que me impulsó a querer crear los recuerdos más bellos contigo.

Owen dejó el secador sobre el lavabo y se acercó a abrazarlo por detrás. Apoyó su cabeza en el hombro de Rayden y lo miró a través del espejo. Vio a un hombre hermoso, fuerte y sensible, que lo hacía sentir especial, que le daba seguridad y ternura.

—Espero que momentos como este se queden grabados en nuestra memoria para siempre —le susurró al oído y le dio un beso en la mejilla—. Nunca me olvides.

—No hay forma de que eso pase —le respondió Rayden con firmeza, luego lo levantó en brazos y lo sentó sobre el lavabo, separándole las piernas para colocarse entre ellas.

—Más te vale —le dijo Owen con una sonrisa traviesa mientras le rodeaba el cuello con sus brazos.

CAPÍTULO 25
NO CONFÍES EN ELLA.

Habían pasado dos semanas sin que Owen pudiera ver a Rayden. Solo se comunicaban por medio de sus teléfonos, que les permitía escuchar sus voces y ver sus rostros cada noche antes de dormir. Pero a veces, eso no era suficiente para calmar el anhelo que sentían el uno por el otro.

Su madre ya no lo vigilaba tan estrictamente, y los guardaespaldas solo se presentaban ocasionalmente en su casa para comprobar que todo estuviera bien. Sin embargo, tenía que lidiar con algo más temible: los periodistas. Desde que se hizo pública su relación con Rayden, siempre había algún reportero siguiéndolo, e incluso algunos se atrevían a entrar en la floristería haciéndose pasar por clientes.

Rayden se sentía abrumado por el trabajo, pues el lanzamiento de su nueva colección de ropa estaba a la vuelta de la esquina. Además, su prima insistente le exigía que le diseñara el vestido perfecto para para la boda de su amiga. Por estas razones, apenas tenía tiempo para ir a visitar a su novio, quien lo esperaba con ansias.

—Si lo extrañas tanto, deberías ir a verlo. ¿Por qué siempre esperas que sea él quien tome la iniciativa? —le reprochó Zoé, su mejor amiga.

Owen suspiró y se dejó caer en la cama, junto a ella. Miró el techo con ojos perdidos, buscando respuestas en el blanco infinito.

—Si voy a verlo, habrá más rumores. En este momento no le conviene tener más problemas.

—Entonces dile que venga a verte, inventa una excusa. Dile que estás enfermo y que solo te quedan algunos días de vida... la muerte se acerca —dijo Zoé con su tono dramático habitual, haciendo un gesto teatral con la mano.

—No necesito excusas, si le pido que venga lo hace sin importar qué —dijo Owen con seguridad —pero no quiero que descuide su trabajo por mi culpa.

—¡Maldita sea! —Zoé se incorporó y se sentó sobre la cama, mirándolo con frustración. —¿Crees que tu relación con él será eterna? Deberías aprovechar el tiempo y complicar menos las cosas. El hecho de que tu madre no haya dado señales de vida durante un buen tiempo, no quiere decir que haya abandonado la idea de separarlos.

Owen comprendía que Zoé solo quería lo mejor para él, pero no le gustó que pusiera en duda el futuro de su relación con Rayden. Era consciente de que eterno o para siempre eran palabras que quizás no se ajustaban a la realidad, pero confiaba en lo que sentía su corazón y en que Rayden compartía esos sentimientos.

—Por cierto, ¿tu madre no te ha dicho nada sobre Aron ahora que sabes que es tu padre? —preguntó Zoé con delicadeza.

Desde que Owen le había confesado a su mejor amiga la verdad que acababa de descubrir, ella insistía en que Rachel debía hablar con su hijo al respecto, ya que era lo mínimo que merecía después de tantos años de mentiras.

—Él no es mi padre —replicó Owen con amargura—. Él es solo un monstruo que abusó de mi madre y me dejó como una marca de su crueldad.

—Lo siento, Owen. No puedo imaginar lo que debes estar sintiendo.

—No te preocupes —Owen se incorporó y se sentó al lado de Zoé, mirando al vacío con expresión perdida—. Siempre pensé que mi padre estaba muerto y de alguna manera aprendí a vivir con eso, pero resulta que el verdadero está vivo y que es un ser despreciable que no se arrepiente de nada. Soy fruto de una violación y eso me hace sentir horrible. Durante mucho tiempo culpé a Rachel por haberme abandonado, pero ahora que sé cómo sucedieron las cosas,

también la entiendo y siento que todo es culpa mía. Que yo no debí haber nacido.

Zoé podía ver el dolor en la mirada de su amigo, era evidente que aquel asunto lo estaba consumiendo por dentro. Pero Owen era de esas personas que preferían aguantar hasta no poder más, sin pedir ayuda ni mostrar debilidad. para no "molestar" a los demás.

—No es tu culpa. Aron es el único culpable y debería estar en la cárcel por lo que hizo hace tanto tiempo —dijo Zoé con voz firme, tratando de consolar a su amigo.

—Debería, pero no lo está. Es muy poderoso y tiene gran parte de la justicia a sus servicios. Su hermano es un fiscal muy influyente y es tan corrupto como él —respondió Owen con amargura.

—¿Cómo sabes eso? — preguntó Zoé, mirando a Owen con curiosidad.

—Emir me lo contó —reveló Owen con voz suave.

Zoé frunció el ceño al oír el nombre de Emir. No le gustaba nada ese chico, pero se mordió la lengua. Era consciente de que Owen había entablado una amistad con él desde que se enteró de que eran medio hermanos. A pesar de su recelo, tenía que reconocer que Emir se había comportado de forma noble con Owen y le había brindado su apoyo en varias ocasiones. Quizás no era tan malvado como ella creía.

La relación entre Owen y Emir se había fortalecido poco a poco. Owen todavía no asimilaba del todo que fueran hermanos, pero se sentía a gusto cuando conversaban y se divertían juntos. Se dio cuenta de que tenían más cosas en común de lo que imaginaba.

—El hermano de Aron es el padre de los primos políticos de Ray —dijo Owen, cambiando de tema con naturalidad.

—¿Primos? —Zoé se mostró interesada y alzó una ceja.

—Sí, Lennox y Mike. Lennox es insoportable, te lo juro. Solo de pensar en su rostro perfecto me dan ganas de maldecirla... —se lamentó Owen, haciendo una mueca de disgusto.

—¿Mike? —Zoé se puso nerviosa y se mordió el labio.

—Sí, ese mismo Mike con el que te enfrentaste, ¿te acuerdas? Va a la misma universidad que tú. De hecho, me preguntó por ti —le soltó Owen, sonriendo con malicia.

Zoé miró a su mejor amigo con los ojos ampliamente abiertos, sorprendida y avergonzada.

—Aun no puedo creer que él fuera parte de esa familia —musitó Owen.

—Debes tener cuidado con esos hermanos, sobre todo con Lennox. Es una arpía caprichosa y manipuladora —le advirtió Zoé con seriedad.

—Ya me lo imagino, no tiene buena pinta. ¿Pero qué te hace decir eso? —preguntó Owen, intrigado.

—Mike y yo estudiamos en la misma universidad, así que he podido conocerlo mejor. Su hermana estaba viviendo fuera del país —explicó Zoé con voz suave— y es una persona muy desagradable, porque desde que regresó, viene todos los días a buscar a Mike y siempre aprovecha para humillar y menospreciar a los demás. Se nota que no le gusta que su hermano se relacione con gente de bajos recursos.

—Mike parece saber mucho de ti —Owen comentó sin malicia, pero al ver la expresión de su amiga sintió curiosidad.

—No me pongas esa cara —Zoé intentó esquivar la mirada de Owen.

—¿Por qué te pones nerviosa? —Owen se levantó y empezó a bromear con su amiga.

—No estoy nerviosa.

—Te conozco, sé que sí lo estás. ¿Te atrae Mike?

Un intenso rubor cubrió las mejillas de Zoé, ya no podía disimularlo.

—No puedes negar que es muy atractivo —admitió ella.

—Bueno, a Ray quizás no le haga gracia lo que voy a decir, pero sí, es muy guapo.

Los dos amigos se rieron a carcajadas.

—¿Rayden es celoso? —preguntó Zoé con curiosidad.

Owen asintió.

—Intenta negarlo, pero lo es. De hecho, estaba molesto porque, según él, aquel día en el hotel, Mike me miraba de manera extraña.

Owen no pudo evitar sonreír al recordar el rostro de Rayden cuando admitió que no le gustaba que alguien más lo mirara con interés.

—¿Él sabe que te gusta? —preguntó Owen, volviendo al tema de Mike.

—No lo sé, hemos cruzado algunas palabras, pero solo eso. Ya viste lo que sucedió aquel día. Además, no creo que sea gay. —Zoé se encogió de hombros.

—No parece muy heterosexual. —Owen le lanzó una mirada significativa.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —preguntó Zoé, incómoda.

Owen mostró una sonrisa maliciosa como respuesta.

—Eres insoportable cuando te lo propones.

Owen disfrutaba mucho de la compañía de su mejor amiga, Zoé. Ya no se veían todos los días como antes, pero eso les permitía aprovechar al máximo el tiempo que pasaban juntos. Sin embargo, había algo que lo angustiaba: Emir, no confiaba en Zoé y se lo hacía saber con frecuencia. Pero lo que más le dolía a Owen era que su amiga sentía lo mismo por Emir, y no se esforzaba por ocultarlo. Esto creaba una tensión incómoda entre los tres, pues Owen quería mucho a ambos y no sabía cómo resolver el conflicto.

—Me iré antes de que llegue él —anunció Zoé con determinación.

Owen había llamado a Emir para que lo recogiera en la floristería. Zoé prefería evitarlo a toda costa.

—No es una mala persona como piensas —intentó defenderlo Owen.

—No pienso arruinar mi día teniendo que ver su cara pálida y su pelo rojo como una antorcha —replicó Zoé con desdén.

Owen se llevó las manos a las mejillas y las frotó, como si quisiera darles algo de color.

—¿Por qué siento que estás hablando de mí? —bromeó Owen, mirándose al espejo.

—Tu cara no es tan pálida, aunque sí tienes pelo de antorcha —admitió Zoé con una sonrisa.

—¿Debería sentirme halagado?

Zoé hizo un gesto dramático y caminó hacia las escaleras para marcharse. Parecía una reina de belleza luciendo un extravagante vestido de gala, la única diferencia es que no llevaba vestido, sino unos vaqueros y una camiseta.

Owen miró el reloj con impaciencia. Emir se había retrasado más de media hora y él ya estaba listo para salir. Para no aburrirse, se ofreció a ayudar a su abuela. Atendió a algunos clientes, les mostró las flores más interesantes y les contó las historias que su abuela le había enseñado sobre algunas de ellas.

—¿Tienes algún plan especial? —le preguntó su abuela cuando se quedaron solos.

—¿A qué te refieres? —respondió Owen, fingiendo inocencia.

Su abuela le sonrió con complicidad y le dijo:

—No te hagas el tonto, Owen. Te he visto arreglarte más de lo normal. Incluso te has echado

perfume.

—No exageres, abuela. Llevo lo mismo de siempre.

Owen se miró a sí mismo, como si no supiera lo que llevaba puesto. Un t-shirt blanco que resaltaba su tono de piel, unos pantalones negros que le quedaban bien y unas sandalias de cuero que le daban un toque informal. Era cierto que se había puesto un poco de perfume, algo que no solía hacer, pero era solo un detalle.

—Puede que sea tu actitud lo que te hace ver diferente —insistió la abuela—. Te noto muy feliz. ¿Hay algo que quieras contarme?

Owen sintió un cosquilleo en el estómago.

—Voy a ver a Ray —se limitó a decir.

La abuela frunció el ceño y su expresión se volvió seria.

—¿Crees que eso es una buena idea?

Owen trató de aligerar el ambiente con una broma.

—Todavía me lo estoy preguntando —dijo—. Pero no te preocupes, abuela. Emir vendrá por mí en cualquier momento.

—Es bueno saber que sigues en contacto con tu hermano, pero lo que me preocupa es... —La voz de su abuela se interrumpió cuando Owen se levantó de repente de la silla.

—Ha llegado —dijo, señalando por la ventana un Mercedes-Benz de lujo color gris que se estacionaba frente a la floristería. Era Emir. Se despidió de su abuela con un beso en la mejilla y corrió hacia la salida.

—Lo que me preocupa es tu madre —terminó diciendo la anciana con un suspiro, mientras veía a su nieto alejarse. Tenía una expresión de preocupación en su rostro arrugado, como si supiera algo que Owen ignoraba.

Emir salió del auto y le sonrió a Owen con cariño.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó con entusiasmo, abriendo la puerta del copiloto para que Owen entrara.

—Quiero que me lleves a ver a Ray —respondió Owen con ilusión.

Emir se sintió decepcionado ante esa respuesta. Esperaba que Owen quisiera pasar más tiempo con él, ya que no se veían muy seguido.

—¿Por qué quieres ir a verlo? —preguntó, tratando de ocultar su decepción con una sonrisa forzada.

—Porque es mi novio y lo extraño —repitió Owen con toda sinceridad. No entendía por qué Emir le hacía esa pregunta. ¿Acaso no era normal querer ver a la persona que amas?

—Si un día quiere propasarse contigo, debes decírmelo —le advirtió Emir, arrancando el auto y conduciendo hacia el hotel Ritnes.

Owen lo miró a los ojos y dijo: —Eso fue incómodo.

Emir se sintió avergonzado. No quería ser el hermano sobreprotector que controlaba la vida de su hermano menor y que se alteraba con solo imaginarlo teniendo sexo con alguien. Pero no podía evitar sentirse preocupado por él. Quería protegerlo de cualquier daño, aunque supiera que era imposible.

—No te preocupes, siempre le he dado mi consentimiento para que haga lo que quiera —dijo Owen con una sonrisa traviesa.

—¿Hacer qué cosas? —Emir no pudo ocultar el disgusto. Sus ojos se abrieron de par en par y su rostro se cubrió de un rojo intenso, como si le hubieran echado un cubo de agua hirviendo.

—Aún no hemos llegado tan lejos como tú y Raykel. Pero pronto pasará, eso te lo puedo asegurar —continuó Owen, tocando el punto débil de Emir. Disfrutaba al máximo viendo los

cambios de expresiones que hacía mientras buscaba algo que decir, pero al final se quedó sin palabras.

—Tengo una pregunta para ti —dijo Owen con curiosidad mientras observaba el paisaje por la ventana del auto.

Emir, que conducía con atención, le contestó: —Adelante, pregunta lo que quieras.

—Mucha gente piensa que Rayden es una persona fría y malhumorada, incluso su hermano lo dice. Pero desde que lo conozco, siempre se ha mostrado muy amable y cariñoso conmigo. Tanto que a veces creo que no lo merezco.

Emir frunció el ceño. —No te menosprecies, eso...

—No me malinterpretes —lo interrumpió Owen rápidamente. —No me siento inferior a él, solo quiero expresar lo increíble que me parece.

—Antes de que tú llegaras a su vida, Rayden era muy diferente a lo que es ahora. Te puedo asegurar que contigo descubrió su lado más sensible y humano.

Las palabras de Emir le dieron a Owen la impresión de que detrás de todo eso había secretos oscuros y dolorosos. Pero él no tenía miedo, solo deseaba conocer más a Rayden y así poder entenderlo mejor.

—¿Qué lo hacía ser una persona distinta?

Emir guardó silencio durante unos segundos y luego respondió.

—Rayden y Raykel han enfrentado grandes dificultades desde pequeños, sobre todo por el ambiente familiar en el que crecieron. Eso los hizo convertirse en dos supervivientes.

—Ray no suele hablar de su pasado...

—Algunas cosas son difíciles de contar —dijo Emir con un tono comprensivo.

Owen lo miró fijamente y preguntó: —¿Debería preocuparme?

—¿Piensas que mató a alguien?

Owen soltó una carcajada, aunque no sabía muy bien por qué. De repente, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. ¿Esa había sido una pregunta o una afirmación por parte de Emir?

—Espera, ¿acaso mató a alguien? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No lo hizo. ¿Sería capaz? —Emir giró la cabeza y observó a su hermano menor con una expresión seria—. No lo sé.

Para Owen, ese "no lo sé" sonaba poco convincente. ¿Acaso Emir quería hacerle dudar de Rayden?

—No pongas esa cara, te estás comiendo el coco.

—Es difícil entenderte, incluso cuando eres cien por ciento sincero, siempre parece que escondes algo.

Emir disminuyó la velocidad del auto al ver que se acercaban a su destino y miró a Owen con intención de establecer un contacto visual directo.

—Sé muchas cosas, pero no las elegí. Te he contado todo lo que puedo, pero hay otras que no me toca a mí revelarlas. ¿Me comprendes?

Owen asintió con la cabeza, sin apartar la mirada de los ojos verdes de Emir. Había algo en su tono que le decía que no debía insistir más.

—No te preocupes por eso ahora, mejor enfócate en lo que está pasando y en los problemas que vendrán.

—¿A qué te refieres?

—Lennox —dijo Emir con una mueca de disgusto—. Su regreso no puede ser una buena señal.

La relación entre los gemelos y su prima Lennox se había roto la última vez que se vieron.

Por eso Emir estaba convencido de que algo muy desagradable estaba por suceder por culpa de su presencia.

—Raykel tuvo una reacción violenta contra ella y sus padres la mandaron al extranjero. Por supuesto, nada salió a la luz pública, o la brillante reputación de la familia Sarosh se habría manchado para siempre.

Owen sentía curiosidad por los detalles, pero no se animaba a preguntar. Conocía a Emir lo suficiente como para saber que sus respuestas solo lo confundirían más. ¿Qué había provocado la furia de Raykel contra Lennox? ¿Qué motivo tenía para odiarla con tanta intensidad?

Emir, que parecía leerle la mente a Owen, le dijo: —Raykel tiene un temperamento explosivo y a veces se deja llevar por sus emociones. Entonces hace cosas que nadie se imaginaría. —Aparcó el coche y siguió hablando—. Especialmente cuando alguien le hace daño a su hermano.

—¿Quieres decir que Lennox le hizo algo malo a Rayden en el pasado?

Emir asintió y dijo con naturalidad: —Sí, y por eso Raykel estuvo a punto de matarla.

CAPÍTULO 26
SOMBRAS DEL PASADO.

Owen se quedó paralizado frente al ascensor, contemplando las puertas metálicas que se cerraban herméticamente como si ocultaran el mismísimo infierno. Emir había aparcado el coche en el estacionamiento privado de los gemelos, lo que significaba que solo había una forma de subir. Ese ascensor, junto al estacionamiento, había sido diseñado especialmente para que los gemelos pudieran entrar y salir del hotel con rapidez y discreción.

—Quizás deberíamos ir por la entrada principal —sugirió Owen con voz temblorosa, intentando disimular su miedo.

—Ya sé que tienes fobia a los ascensores —replicó Emir con calma.

Owen se volvió hacia él con los ojos muy abiertos, como un niño pillado en una travesura. Aquella situación era repetitiva en su vida, pero él nunca se lo había comentado a Emir.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Emir esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible, que contrastaba con su semblante serio. Pero había algo de ternura en ella.

—Sé muchas cosas de ti —respondió, y pulsó el botón del ascensor para que se abrieran las puertas—. No te preocupes, no va a pasar nada malo. Y si pasa, aquí estoy yo, tu hermano mayor, para protegerte.

Owen sintió una agradable calidez envolver su corazón, como si una manta suave lo cubriera. Las lágrimas se le agolparon en los ojos y, sin pensarlo dos veces, se lanzó a los brazos de Emir. No sabía por qué lo hacía, solo seguía un impulso que le nacía del alma.

—¿Estás bien? —preguntó Emir, sorprendido y conmovido por el gesto.

—Lo siento... —murmuró Owen, aferrándose al cuerpo de su hermano—. Perdón por haber desconfiado de ti.

Era la segunda vez que Emir recibía un abrazo de su hermanito y se sentía tan abrumado que no sabía cómo reaccionar. Su corazón rebosaba de alegría, de una felicidad indescriptible que lo llenaba por completo. Podía sentir el calor y el latido de Owen, y le devolvió el abrazo con ternura.

Emir notó la tensión en el cuerpo de Owen, que se apartó del abrazo con una expresión de vergüenza.

—Perdona, no era mi intención incomodarte.

Emir no lo dejó escapar. Con un gesto rápido, lo volvió a rodear con sus brazos y le plantó un beso en la frente.

—Estoy feliz —murmuró con una voz profunda y fraternal.

Se quedaron así durante unos minutos, disfrutando del calor y el consuelo mutuo. Luego, Emir se separó un poco y miró a Owen a los ojos.

—No tienes que entrar si no quieres.

—Sí que tengo —replicó Owen con un suspiro. Presionó un botón y las puertas del ascensor se abrieron de nuevo—. Tengo que superar mis miedos.

Emir le sonrió con admiración. Admiraba esa valentía de Owen, que siempre se enfrentaba a las dificultades con determinación.

Al entrar en el ascensor, Owen se miró en el espejo que cubría una de las paredes. Quería distraerse de la angustia que le oprimía el pecho. —Soy más guapo que tú —dijo con voz temblorosa, intentando sonar firme.

—¿Estás de broma? —Emir se giró hacia el espejo, comparó su reflejo con el de Owen y

añadió con una sonrisa burlona; —Soy mucho más guapo, eso está claro.

Owen soltó una risa nerviosa. —¿Qué tal si le preguntamos a Rayden?

—¿Por qué no mejor a Raykel?

Los dos estallaron en carcajadas y, en ese instante, el ascensor se detuvo con un brusco movimiento.

Owen salió corriendo del ascensor, llevándose una mano al lado izquierdo del pecho para asegurarse de que su corazón seguía latiendo. Al recuperar el aliento, se dio cuenta de que estaba en un lugar totalmente desconocido para él. Hasta entonces, había creído que ese ascensor solo llevaba a la habitación de Rayden, pero se equivocaba.

—Este es el lugar donde nace la magia —dijo Emir con un gesto amplio de sus manos, mostrando el espacioso taller.

El taller era un espacio amplio y luminoso, lleno de color y creatividad. En las paredes había estanterías con rollos de telas de diferentes texturas y tonalidades, así como cajas con botones, cremalleras, lentejuelas y otros accesorios. En el centro había varias mesas de trabajo con máquinas de coser, maniquíes, tijeras, alfileres y patrones. El suelo estaba cubierto de retazos de tela y papel. Se respiraba un ambiente de trabajo intenso, pero también de pasión por la moda.

—Qué alegría verte de nuevo por aquí, Emir —lo recibió una mujer elegante, de cabello negro y rizado, que le regaló una sonrisa radiante.

—He estado muy ocupado —se excusó Emir con un tono esquivo.

—Ya me imagino. Raykel no está, por si te lo preguntas —dijo ella con una obviedad fingida.

—Lo sé.

—Claro, cómo no. Después de todo... —ella se ruborizó y apartó la mirada.

—No saques el tema, por favor —susurró Emir incómodo.

—Hola —intervino Owen, al ver que Emir no lo presentaba.

Sofía soltó una exclamación de sorpresa y se acercó a Owen para estrecharle la mano.

—Es un placer conocerte en persona —dijo ella mientras intentaba equilibrar los portafolios en sus brazos.

Owen la observó con cierta confusión, pero le devolvió la sonrisa con cortesía.

—Sofía es una fanática del BL y lidera el fandom de *OmRay* —explicó Emir con una sonrisa traviesa mientras le enseñaba a Owen una página de Twitter en su móvil.

Owen abrió los ojos como platos al ver las fotos que habían publicado de él y de Rayden, algunas de las cuales ni siquiera recordaba haberse hecho. Los comentarios eran delirantes: "la pareja del momento", "amo este ship", "debería haber un libro basado en su historia".

—No me delates así, Emir —protestó Sofía dándole un empujón en el hombro—. Rayden ya me quiere estrangular por esto.

Owen seguía atónito, mirando alternativamente las publicaciones, a Emir y a Sofía sin poder creerlo. Esas cosas solo les pasaban a las celebridades, y él solo era un chico normal.

Sofía llevaba dos años trabajando como secretaria de Rayden, aunque tenía talento y formación suficientes para conseguir un empleo mejor. Era una excelente diseñadora y se había especializado en negocios internacionales. Pero por alguna razón, seguía allí.

—Ahí está la oficina de Rayden —le indicó Emir a Owen cuando este le devolvió el móvil, señalando una puerta al otro lado del taller.

—Está muy ocupado —le advirtió Sofía a Owen con voz baja—. Me ha pedido expresamente que no deje pasar a nadie, ni siquiera a su hermano.

Sofía miraba alternativamente a Owen y a la puerta de la oficina, con una expresión de preocupación y nerviosismo en su rostro. Algo malo estaba a punto de suceder, lo presentía.

Owen se sintió culpable, sabía que Rayden estaba inmerso en su trabajo, pero allí estaba, impaciente por verlo.

«Quizás lo mejor sea que me vaya» pensó con resignación.

—Estoy seguro de que estará feliz de ver a su novio —intervino Emir, notando la expresión de duda que tenía su hermano.

Sofía esbozó una sonrisa tímida, luego se hizo a un lado para dejar pasar a Owen.

Owen se detuvo frente a la puerta, sintiendo una mezcla de nervios y emoción. Quería darle una sorpresa a su novio, así que abrió la puerta sin llamar, esperando encontrarlo solo. Sin embargo, lo que vio lo dejó helado.

—Sofía, te dije que no... —comenzó a decir Rayden con voz alterada, pero no pudo terminar.

—Que no te molestaran —replicó Owen cortante, incapaz de apartar la vista de la escena que tenía delante. Allí estaba Rayden, con una chica semidesnuda a su lado. Y no era cualquier chica, sino Lennox. Ella lo miró con una sonrisa burlona y apoyó su brazo en el hombro de Rayden.

—No es lo que piensas —dijo Rayden, soltando una cinta métrica y apartando a su prima de un empujón.

—¿Y tú cómo sabes lo que pienso? —replicó Owen con frialdad.

—Oye, por favor, déjame explicarte —Rayden se acercó a Owen, tratando de aclarar la situación, pero la intervención de Lennox solo empeoró las cosas.

Con una sonrisa maliciosa, Lennox pasó su brazo por el hombro de Rayden y le susurró al oído: —Todavía no hemos acabado, ¿por qué no le dices que nos deje solos?

Rayden se zafó de ella con disgusto y se dirigió a Owen. Le tomó las manos y lo miró a los ojos, dispuesto a darle una explicación. Pero Owen se soltó. Luego, para sorpresa de todos, se fue hacia la puerta y abrió el picaporte. Con un gesto de la mano, señaló la salida y dijo:

—Fuera. Mi novio y yo tenemos que hablar. No quiero verte más aquí.

Lennox se quedó paralizada al ver que Owen se dirigía a ella. No podía creer que aquel chico insignificante tuviera el valor de enfrentarse a ella.

—¿Cómo te atreves? ¿No sabes quién soy? —exclamó Lennox con voz estridente.

—Sí lo sé —respondió Owen con firmeza, avanzando unos pasos hacia su rival y mirándola con desprecio. Notó que era el momento de aplicar todo lo que Zoé le había enseñado—. Eres una zorra sin escrúpulos que usa pretextos ridículos para acercarse a mi novio.

Al oír esas palabras, Lennox se sintió ofendida y furiosa. ¿Cómo se atrevía aquel don nadie a insultarla de esa forma? Eso era intolerable. Alzó su mano dispuesta a abofetear a Owen, pero un agarre fuerte en la muñeca la frenó.

—Sabía que no podías traer nada más que problemas — La voz profunda de Emir resonó en la oficina, imponiendo su autoridad.

La chica se estremeció, recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir lanzó una última provocación:

—No sabía que, además de ser la perra de Raykel, también te dedicabas a proteger a este bastardo.

Lennox observó a Owen con una sonrisa macabra dibujada en su rostro. Había algo en aquella mirada que revelaba su verdadera naturaleza.

—¿Qué está pasando? —preguntó Emir con curiosidad y preocupación, al ver la cara de asombro de Rayden.

—Emir, necesito que nos dejes solos —solicitó Owen con voz firme.

Emir captó el mensaje implícito en el tono de su hermano. Aquello era un asunto de pareja y él no tenía nada que hacer allí. Se dirigió a la salida de la oficina, sin dejar de observar a los dos

hombres que se miraban con intensidad.

Cuando Emir cerró la puerta tras de sí, Rayden trató de recomponerse. No solo estaba impactado por la llegada inesperada de su novio, sino también por el temor a que hubiera malinterpretado la situación. Y, por si fuera poco, estaba desconcertado por el modo en que Owen se había comportado.

—No me pongas esa cara. Hay cosas que todavía ignoras de mí. También puedo ser aterrador cuando quiero —espetó Owen con enfado.

«Cada vez estoy más convencido de que es así»

—Lennox estaba semidesnuda porque acababa de probarse el vestido que estoy diseñando para ella —explicó Rayden con calma, señalando un maniquí que lucía un hermoso vestido azul turquesa—. Aquí está.

—Es tu trabajo, lo entiendo —respondió Owen con frialdad.

—Pero estás molesto —observó Rayden, notando la tensión en el rostro de su novio.

Owen suspiró profundamente, sabiendo que debía ser sincero con respecto a lo que estaba sintiendo.

—Tienes un gran equipo de profesionales a tu servicio, ¿por qué tienes que encerrarte en tu oficina con ella? —preguntó con reproche.

—Solo es trabajo —repitió Rayden, intentando calmar la situación.

—Ya lo sé —Owen elevó la voz, dejando escapar su frustración.

—¿¡Oh!? ¿No confías en mí? —Rayden se sorprendió al ver a Owen así, se veía realmente enojado, incluso le había gritado. Podía percibir la inseguridad en sus ojos.

Después de unos minutos de silencio incómodo, Owen sintió que no había expresado bien lo que realmente le preocupaba y que la situación se estaba desviando de lo que él esperaba. No podía dejar que eso pasara.

—No es que desconfíe de ti —dijo Owen, acariciando con suavidad las mejillas de Rayden —. Pero no quiero que ella se acerque a ti si te puede hacer daño. Emir me dijo que te lastimó mucho en el pasado.

Rayden se alejó unos pasos.

—Temía que este momento llegara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Owen, confundido.

Rayden llevaba sobre sus hombros el peso de un pasado oscuro, cosas que lo torturaban día tras día y que habían forjado su carácter. Había encontrado la felicidad junto a Owen, a pesar de los obstáculos, y creyó que finalmente podría soltarse de las cadenas que lo ataban a sus traumas y avanzar. Pero lo que desconocía entonces era que, aunque podamos enterrar los recuerdos, siempre habrá algo o alguien que los sacará a la luz por nosotros. Las circunstancias son inciertas, pero algo sí es seguro: los recuerdos permanecen para siempre y no hay forma de eludirlos definitivamente.

Rayden hizo un espacio en el desordenado sofá de su oficina y le indicó a Owen que tomara asiento.

—Siempre tuve una buena relación con Lennox desde que éramos niños, pero todo se complicó cuando ella dijo que tenía sentimientos por mí. Yo nunca la miré de esa manera, así que fui claro y se lo dije, no quería que ella malinterpretara las cosas.

Rayden apartó algunos papeles y objetos del sofá de su oficina, que estaba lleno de desorden, y le hizo un gesto a Owen para que se sentara.

—Lennox y yo éramos amigos desde la infancia, pero todo cambió cuando me confesó que estaba enamorada de mí. Yo nunca la había visto como algo más que una amiga, así que se lo

dije con sinceridad, no quería darle falsas esperanzas.

Rayden suspiró, dejando claro que recordar esa época le atormentaba.

—A partir de ese momento, nuestra amistad se fue deteriorando. Cada vez nos comunicábamos menos y sus visitas se espaciaron. Un día me llamó cuando estaba almorzando con Raykel. Había ido con su madre a una fiesta de mi madre en la mansión y quería verme. Yo odiaba esas fiestas y siempre las esquivaba, pero accedí a ir. Me dijo que quería solucionar las cosas y recuperar nuestra amistad. Para tener más privacidad, le propuse ir a mi habitación a hablar. Subí primero y la esperé allí. Ella llegó con unas bebidas, las tomamos mientras charlábamos y...

Owen escuchaba con mucha atención, sin perderse ni una palabra de lo que Rayden le contaba. Cuando este hizo una pausa, le preguntó con curiosidad:

—¿Y qué pasó después?

—Yo acepté sus disculpas, porque la había echado mucho de menos desde que nuestra amistad se enfrió. Estaba contento de recuperar a mi única mejor amiga. Pero después de unos tragos, empecé a sentirme muy mal. Ella me había drogado y lo único que recuerdo después de eso son las terribles consecuencias.

"..."

"..."

—Sus acusaciones hicieron que su padre me golpeara. Lennox estaba destrozada por dentro, y las cicatrices en sus muslos de sus autolesiones me lo demostraron ese día. Luego las cosas se pusieron peor cuando Raykel le hizo a Lennox lo mismo que su padre me había hecho a mí, pero con una crueldad diez veces mayor. Ella acabó en el hospital —Rayden cerró los ojos y suspiró, recordando el caos de aquel día—. Cuando ya se estaba recuperando de las heridas que le causó Raykel, ella intentó quitarse la vida delante de mí. Fue la escena más horrible que jamás he presenciado en mi vida.

Owen lo miraba con incredulidad, lo que Rayden le acababa de contar parecía una pesadilla sin fin. Entre el asombro y la compasión, formuló la pregunta que le pareció más lógica:

—¿Cómo es que nadie acabó en la cárcel?

Rayden soltó una carcajada amarga.

—Todo el asunto fue un lío familiar, un escándalo así perjudicaba a todos, así que Aron y su hermano se ocuparon de todo. Impidieron que los medios se metieran y en cuanto a la policía, no hay nada que el dinero no pueda comprar.

Rayden nunca olvidaría las acusaciones de Lennox. Aquel día, algo se rompió dentro de él, algo que le impediría volver a relacionarse con nadie. Desde entonces, se alejó de todo el mundo, sin buscar amigos ni pareja. Solo confiaba en su hermano, el único que lo había apoyado en aquel infierno. Vivía atormentado por el miedo a que la historia se repitiera. Por eso, se refugió en una personalidad fría y distante, que le servía para mantener a los demás a raya. Por eso, su corazón se sumergió en la amargura durante años, hasta que conoció a la persona que tenía frente a él.

Era un alma cautiva de sus propios temores, que solo necesitaba una cosa: libertad.

—Gracias —susurró Rayden con voz quebrada mientras se aferraba a Owen.

Owen sintió el temblor de su novio y lo rodeó con sus brazos, acariciando su cabello. No sabía exactamente por qué Rayden le agradecía, pero entendía que necesitaba su apoyo. Le besó la frente y le susurró palabras de ánimo, mientras las lágrimas de Rayden mojaban su hombro.

Rayden había dado un paso importante al confesarle a Owen lo que había ocurrido con Lennox. Pero eso era solo el comienzo de una difícil batalla contra las sombras de su pasado.

CAPÍTULO 27
EN EL LUGAR INCORRECTO.

Después de varios minutos, la tensión se disipó, dejando lugar a una escena encantadora entre dos amantes que se habían echado de menos durante dos semanas.

La oficina del joven diseñador se transformó en un refugio de pasión en un instante.

—Ven aquí —le dijo Rayden desde su silla frente al escritorio, abriendo sus brazos para invitar a Owen a acercarse, pero este se resistió.

—¿Por qué sigues actuando con timidez? —preguntó Rayden con una sonrisa traviesa.

—No estoy siendo tímido.

Owen no mentía, aunque su voz no sonara muy segura. Para su propia sorpresa, no se sentía tímido, sino algo más. Ansiaba lanzarse a los brazos de Rayden y abrazarlo con fuerza, quería besarle hasta dejarlo sin aliento y decirle cuánto lo extrañó, pero sabía que el sentimiento era demasiado intenso, y que, si hacía todo lo que deseaba, las cosas se pondrían candentes.

Rayden se levantó de un salto y tiró de su novio, haciéndolo acomodarse en su regazo. La silla crujió bajo ellos, como si fuera a ceder en cualquier momento, pero aguantó.

—Podrían entrar y vernos —protestó Owen con el labio inferior atrapado entre sus dientes.

—No va a entrar nadie. Y aunque entraran, ¿qué más da? Eres mi novio y te he extrañado demasiado. Estoy recargando energías.

Rayden abrazó la cintura de Owen con fuerza y apoyó la cabeza en su espalda, haciendo pucheros. —Te he echado tanto de menos —susurró con voz ronca.

Owen soltó un suspiro profundo y acarició las manos de Rayden sobre su vientre. Sentir su calor y su aliento lo estaba enloqueciendo. —Yo también te he extrañado. Las últimas dos semanas se han sentido eternas.

—Entonces, ¿por qué no me has dado un beso todavía?

Rayden le dio un pequeño mordisco en la espalda a Owen, que se estremeció y se echó hacia atrás con un respingo. El movimiento fue demasiado brusco y les hizo perder el equilibrio. El golpe seco y el sonido de papeles que cayó al suelo acompañado de un sonoro quejido hicieron eco en la habitación.

—Me duele la espalda —se quejó Rayden entre risas, sintiendo el golpe en sus vértebras.

—No es gracioso, fue tu culpa —replicó Owen con voz irritada. Intentaba levantarse, pero los brazos de Rayden aún seguían apretados alrededor de su cintura, impidiéndole moverse.

—Suéltame —exigió, forcejeando.

—No lo haré —respondió Rayden con firmeza. Y a pesar del dolor entumecido que tenía en la espalda, fue capaz de darse la vuelta y colocarse sobre Owen, luego, le sostuvo ambas manos contra el suelo y lo miró fijamente a los ojos. Su mirada transmitía una desbordante lujuria que hizo que Owen se sonrojara. Amenazó con besarlo para ver su reacción, pero para su sorpresa, Owen se quedó quieto sin hacer ningún movimiento. Parecía estar esperando el contacto de sus labios.

—¿Qué quieres hacer? —susurró Owen, conteniendo el aliento.

—Quiero besarte —confesó Rayden.

Owen no pudo resistir más. Con un rápido movimiento, le dio un rodillazo en las costillas a Rayden y lo tumbó al suelo, cambiando las posiciones. Se sentó sobre él, sujetando sus piernas y manos con firmeza.

Rayden se quedó con los brazos extendidos sobre la cabeza, pero no mostró ningún signo de temor. Al contrario, sonrió con malicia, disfrutando de aquel juego. La adrenalina le recorría el

cuerpo y le hacía desear que su novio lo atara y lo castigara allí mismo.

Entre Owen y Rayden había una diferencia evidente: mientras el primero se esforzaba por reprimir sus deseos carnales, el segundo no se guardaba nada y expresaba lo que sentía sin rodeos. Pero ante la situación que se les presentaba, Owen no tuvo más remedio que liberar su lado ardiente, ya no podía contenerse más.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Owen con voz seductora.

—Sí —Rayden le respondió con una sonrisa maliciosa—. Tengo miedo de que no me quites la ropa ya mismo.

Aquello era el inicio de una batalla en la que ambos contendientes estaban dispuestos a darlo todo sin ceder ni un ápice.

Owen arrancó la camisa de Rayden con un gesto brusco, haciendo que los botones volaran por el aire. El pecho desnudo de Rayden, su abdomen definido y los vellos púbicos que asomaban por encima de la ropa interior lo cautivaron. No podía apartar la mirada, era como si estuviera hipnotizado. Quería contemplar la belleza de Rayden para siempre, si fuera posible.

—¿Te quedarás ahí mirándome?

Rayden pasó la punta de su lengua sobre sus labios y curvó un poco la espalda hacia arriba, luego hizo un movimiento de cadera con la intención de hacer que Owen sintiera la dureza de su pene.

Owen estaba sentado sobre él y al sentir aquel miembro palpitar entre sus glúteos, a pesar de llevar pantalones de tela gruesa, un hormigueo recorrió cada centímetro de su cuerpo.

Rayden se levantó, dejando a Owen sentado sobre él. —No podrás escapar esta vez— dijo.

—No tengo intención de hacerlo —respondió Owen.

—¿Y qué quieres? —preguntó Rayden mientras deslizaba sus manos por debajo de la camiseta de Owen, llegando hasta sus pezones y apretándolos ligeramente.

—Uhm —soltó Owen un ligero gemido—. Sabes lo que quiero.

—Creo que lo he olvidado —respondió Rayden.

Rayden subió sus manos por el dorso de Owen, metiéndolas por el hueco de la camiseta. Tiró con fuerza y la rasgó de un tirón, dejando al otro medio desnudo. Rodeó su cintura con los brazos y se dedicó a lamer sus pezones con una habilidad un poco tosca, pero satisfactoria.

Owen gimió de nuevo, arqueando el cuello hacia atrás y mordiéndose los labios.

Entre suspiros y caricias, se dejaron llevar por el deseo y la confianza que se tenían. No pensaban en nada más que en el placer de estar juntos, sin importarles las consecuencias. Sin embargo, habían elegido un momento y un lugar muy inoportunos, y pronto lo iban a lamentar.

—Vamos, arriba —le urgió Rayden con voz impaciente.

Owen no se hizo rogar y, tras darle un beso ardiente a su novio, se levantó y se apoyó con las manos en el escritorio que tenían detrás. Sus ojos reflejaban el deseo que sentía por Rayden, el anhelo de que le arrancara los pantalones y lo tomara sin más. Su silencio era un grito de súplica, de entrega total, de necesidad imperiosa. Rayden lo captó, porque él también se estaba consumiendo por la excitación. Se quitó la camisa de un tirón y la lanzó al aire, se acercó a Owen y lo sentó sobre el escritorio, haciendo que se cayeran al suelo varios objetos, entre ellos su computadora y algunos portafolios con sus bocetos de la nueva colección. Pero eso no le importó, lo único que le importaba era lo que iba a pasar a continuación.

Con una mirada provocativa, Owen separó sus piernas sin importarle el pudor. Algo extraño lo dominaba, lo hacía actuar de manera salvaje, lo alejaba de la cordura. Solo sentía el latido de su erección y el deseo de que Rayden lo devorara con su boca, como aquella vez en el invernadero.

Todo era perfecto: el deseo crecía sin control y los pantalones ya estaban desabrochados. Pero, como había dicho antes, quizás no era ni el momento ni el lugar adecuados.

—No puede pasar —La voz de Sofía resonó al otro lado de la puerta, impidiendo el acceso a alguien más.

—¿Qué demonios te pasa? —Era Raykel, y se notaba su enfado con la secretaria.

—Ya se lo he dicho, Rayden está muy... —Sofía se interrumpió—. Está extremadamente ocupado —acentuó la última frase.

—¿Qué tan ocupado puede estar ese idiota como para no dejarme entrar a su oficina?

Sofía se quedó callada, sin saber qué decir.

Owen y Rayden se clavaron la mirada, intuyendo que Sofía estaba al tanto de lo que ocurría en esa oficina. Entonces se dieron cuenta de su error. Solo una pared delgada los separaba del resto de los empleados que trabajaban en el taller. Después de todo el estruendo que habían causado al caerse de la silla, al tirar las cosas del escritorio y, sobre todo, al soltar algún que otro gemido, era imposible que no hubieran levantado sospechas.

—Quítate de ahí —Raykel le hizo un gesto a Sofía para que se aparatara y, sin pensarlo dos veces, abrió la puerta.

La escena que se encontró al otro lado le dejó helado. Rayden rodeaba a Owen con sus brazos, tratando de protegerlo de las miradas indiscretas, pero era inútil, era evidente lo que estaban haciendo, o lo que iban a hacer.

Raykel cerró la puerta de golpe, dejando fuera a la desconcertada Sofía, que tenía la boca abierta y los ojos desorbitados, como si no diera crédito a lo que acababa de ver.

Owen se sintió tan avergonzado que solo pudo ocultar su rostro en el hombro de Rayden, incapaz de mirar a Raykel a los ojos. Sabía que los estaba observando fijamente y no se atrevía a enfrentarse a él.

Raykel se despojó de la chaqueta que vestía y se la arrojó a su hermano gemelo.

—Tranquilo, Rayden. No voy a sugerir un trío con mi hermano y el hermano de mi novio. Sería una locura. Solo quiero que lo cubras —le indicó, señalando a Owen.

Rayden asintió y colocó la chaqueta sobre Owen, mientras se abotonaba el pantalón.

Owen sentía ganas de llorar. Se odiaba por no haber podido controlar sus impulsos y haberse dejado llevar por la pasión. Aquello era humillante.

—No te avergüences, Owen —le dijo Raykel con malicia, sentándose en el sofá y cruzando las piernas—. Si no fuera porque tengo que comunicarles algo muy importante, me marcharía y les dejaría seguir. En serio, lamento haberlos interrumpido. Deben tener muchas ganas.

—¡Maldición! —exclamó Rayden y le arrojó una carpeta llena de papeles a su hermano, dándole de lleno en la cabeza. Conocía bien a Raykel y sabía que toda esa compasión y comprensión era falsa. Solo estaba aguantando las ganas de burlarse, pero tarde o temprano se desataría.

—Estoy siendo sincero —se defendió Raykel, llevándose una mano al corazón y poniendo una expresión de inocencia que contrastaba con su sonrisa torcida.

—¿Podrías guardar el secreto y no decirle nada a Emir? —rogó Owen con voz temblorosa. No quería que su hermano mayor se enterara de lo que casi había pasado.

Raykel mostró una sonrisa amplia y satisfecha, y se cruzó de brazos con aire de superioridad.

—Tranquilo, no diré ni una palabra.

—Vete, ya hablaremos —le ordenó Rayden a su hermano, haciendo un gesto con la mano para que se marchara. No quería que Owen siguiera sintiéndose incómodo.

Raykel se puso de pie y se dirigió a la salida, esquivando los objetos que había tirados por el

suelo. Antes de cruzar el umbral, se volvió hacia los otros dos y dijo:

—Eliz está en el hotel —Hizo una pausa y levantó el dedo índice, rectificando—. Bueno, para ser más exacto, está en tu habitación, Rayden.

Rayden frunció el ceño y le lanzó una mirada asesina a su hermano.

—¿Y eso qué más da?

Owen alzó la cabeza y por fin se atrevió a mirar a Raykel, aunque se sentía morir de vergüenza.

—Su madre... —Raykel señaló con el dedo a Owen—, también está en tu habitación, Rayden.

De repente, Owen sintió un escalofrío que le heló el corazón. ¿Rachel habría ido a buscarlo?

CAPÍTULO 28
INMORTALIZANDO RECUERDOS.

Owen

—¿Estás listo? —me preguntó Rayden con voz suave, ofreciéndome su mano. La tomé con fuerza, buscando su apoyo. Él me sonrió con ternura y me transmitió algo de seguridad, aunque no la suficiente. Enfrentarme a Rachel siempre era un desafío para mí.

Salimos de la oficina y sentí que todos los ojos se clavaban en nosotros. Los empleados dejaron de lado sus tareas y nos observaron con curiosidad, murmurando entre ellos. Algunos parecían sorprendidos, otros divertidos y otros preocupados. Intenté ignorarlos y seguí caminando junto a Rayden.

—Señor, nuestro proveedor ha enviado las telas que mandó pedir —anunció una mujer regordeta que vestía con una bata blanca y llevaba una cinta métrica en las manos y unas tijeras sobresalían de uno de los bolcillos delanteros. Era una de las artesanas que trabajaba en el taller, deduje por su aspecto.

—Vuelvo enseguida —se disculpó Rayden con una sonrisa y siguió a la mujer hacia una mesa donde había unas muestras de la tela.

Me quedé parado en medio del taller, sintiendo la mirada de unos cuantos ojos curiosos sobre mí.

—No te preocupes por ellos —escuché a la asistente de Rayden decir mientras se acercaba a mi lado—. Están sorprendidos como todos, de ver que un chico lindo como tú hayas podido conquistar a Rayden Sarosh.

—¿Conquistarlo? —pregunté con una risa nerviosa.

—Solo es una forma de hablar —dijo ella con un encogimiento de hombros—. Me alegra que por fin se hayan conocido.

Sentí curiosidad por saber a qué se refería con "por fin", pero antes de que pudiera preguntarle, Rayden regresó a mi lado con una sonrisa deslumbrante en su rostro. Me tomó de la mano y me guio hacia la salida del taller. Le lancé una mirada a Sofía para despedirme y ella me devolvió el gesto con complicidad. Era simpática.

Llegamos a la puerta de la habitación en poco tiempo. Sentí un nudo en la garganta cuando Rayden apoyó su mano en el pomo. Mi corazón latía con fuerza, mi vista se nublaba y una voz interior me instaba a huir. Temía enfrentarme a mi madre, y no solo porque quería alejarme de Rayden. También por la verdad sobre mi padre, sobre Emir, sobre el motivo de su abandono. Y, sobre todo, porque yo era el recuerdo vivo de su mayor sufrimiento. ¿Qué iba a pasar ahora?

Rayden giró el pomo y abrió la puerta. Era demasiado tarde para escapar. Raykel estaba sentado en un sofá con gesto hosco y Emir junto a él. La señora Eliz corrió a abrazar a Rayden al verlo y mi madre, bueno... me dejó sin aliento. Estaba muy cambiada desde la última vez que la vi, parecía enferma, usaba dos muletas y se movía con dificultad.

—Hipocresía —murmuró Raykel con desdén, observando cómo su madre se aferraba a Rayden. Yo me quedé perplejo ante ese gesto, pues sabía que Rayden y su madre no se llevaban bien. Sin embargo, ahí estaban, abrazados como si se hubieran echado mucho de menos.

Con una mezcla de preocupación y recelo, le pregunté a Rachel qué le había ocurrido.

—Fue un accidente —murmuró con voz débil, evitando mi mirada.

—¿Accidente? —repitió Eliz con incredulidad. Se acercó a mi madre y la fulminó con la mirada—. No mientas, Rachel. Alguien ha intentado matarte.

Sentí un escalofrío al oír esas palabras. ¿Quién querría hacerle daño a mi madre? ¿Y por qué?

—¿Qué haces aquí? —le espeté con frialdad. No quería mostrarle ninguna emoción, ni siquiera el remordimiento que me atenazaba el pecho.

—He venido a hablar contigo —dijo ella con voz suplicante—. Sé que ya conoces la verdad sobre tu padre y tu hermano. Necesito explicarte lo que pasó.

Me quedé sin palabras. ¿Qué podía decirme que yo no supiera ya? ¿Qué podía justificar su silencio durante tantos años?

—Deberías habérmelo dicho antes —le reproché con amargura—. Ahora es demasiado tarde.

Ella bajó la cabeza, como si aceptara mi rechazo. Pero yo seguía sintiendo una lucha interna entre el resentimiento y la compasión. Una parte de mí quería perdonarla, entenderla, abrazarla. Otra parte seguía siendo el niño herido que se quedó solo con su abuela sintiendo la falta de su madre.

—Desde que volviste, te pedí que me dieras una razón para comprenderte. Pero ahora que conozco la verdad, no quiero oír nada más de tu boca, porque solo me haría más daño —dije con un suspiro profundo, tratando de contener las lágrimas—. Entiendo que me dejaras solo, y lamento el dolor que te causé. Solo te ruego una cosa: por favor, no me quites la felicidad que he encontrado.

No pude evitarlo, las lágrimas se desbordaron por mis mejillas y me sentí miserable y avergonzado. Rayden se acercó a mí y me abrazó por el hombro, dándome su apoyo. Eso me reconfortó un poco.

—Piensa en esto de otro modo... —Eliz se acercó a mí y me clavó la mirada—. Ella pudo haber abortado al fruto de aquella violación, pero eligió darte la vida y dejarte al cuidado de la persona en quien más confiaba: su madre. Alguien que te amaría y protegería mejor que nadie, mientras ella no podía estar contigo.

—Eliz... —mi madre murmuró avergonzada.

—Ella necesitaba tiempo para sanar y para enfrentar a sus enemigos, que le pusieron muchas trabas en el camino. Pero cuando tuvo la oportunidad, volvió por ti.

No comprendía por qué la señora Eliz se empeñaba en defender a mi madre ni por qué hablaba en su lugar, como si ella fuera la responsable de sus actos. Estaba a punto de reprocharle su intromisión, cuando Emir me interrumpió con voz firme:

—Es cierto que lo pasó mal, sobre todo por los años que estuvo en la cárcel, pero hace tiempo que salió de allí —Emir se volvió hacia la señora Eliz con una mirada de reproche—. Hace tiempo que mi madre pudo acercarse a Owen e intentar arreglar las cosas de una forma diferente, pero su dolor se convirtió en rencor y la cegó por completo, haciéndola ignorar el sufrimiento que nos infligió a sus hijos.

Vi el dolor reflejado en sus ojos y en sus palabras. Noté que le costaba mucho pronunciar esas duras verdades, pero al mismo tiempo sentí que era una forma de liberarse de una carga, un paso hacia adelante.

No sabía qué pensar, ni qué decir. Solo quería salir de allí, alejarme de todo aquello.

—No estoy en contra de lo que tienen ustedes dos —dijo mi madre con una expresión seria, rompiendo el largo e incómodo silencio que se había formado en la habitación. Por un segundo sentí un alivio, pensando que quizás había cambiado de opinión, pero luego recordé que había demostrado todo lo contrario, así que me deshice de cualquier esperanza. —Pero me importa más la seguridad de ambos que cualquier otra cosa —terminó diciendo, cruzando los brazos sobre el pecho.

Su voz sonaba firme y sincera, pero ninguno de nosotros comprendía a qué se refería exactamente. ¿Qué peligro podía haber en nuestro amor?

—Aron no permitirá que lo de ustedes llegue lejos —mi madre me miró fijamente y su mirada hizo que sintiera escalofríos. Algo pude entender de inmediato, y sé que no fui el único: Aron estaba al tanto de que yo era su hijo. Eso me daba miedo. ¿Qué haría él para evitar que estuviéramos juntos? ¿Qué haría yo si tenía que enfrentarlo?

Pasaron varios meses desde aquel tenso encuentro con mi madre y la señora Eliz en el hotel. A pesar del tiempo, seguía sintiendo que había secretos y asuntos pendientes entre nosotras, pero también tenía que reconocer que aquella conversación me había aliviado un poco. Sin embargo, no todo fue positivo. Mi madre decidió mudarse conmigo y con la abuela a nuestra casa, sin pedirme permiso ni opinión. ¿Se lo pueden imaginar? Era evidente que no tenía ninguna intención de mejorar nuestra relación, porque no hacía nada para acercarse a mí ni para comprenderme. Y yo tampoco se lo ponía fácil. Todo era muy incómodo y forzado entre nosotras. Lo único bueno fue que no se opuso a que siguiera viendo a Rayden, pero notaba que me vigilaba constantemente con sus ojos fríos y desconfiados.

—El tiempo ha pasado volando —susurró Rayden.

Estábamos tumbados en mi cama, él con la espalda apoyada en el cabecero y yo con la cabeza en su regazo.

—¿A qué viene eso? —le pregunté.

—Es que pronto se cumplirán dos años desde que nos conocimos —me dijo con una sonrisa, sin apartar la vista de la pantalla de su teléfono. Sentí curiosidad por lo que estaba viendo y me deslicé hacia arriba, quedando sentado entre sus piernas, con la cabeza apoyada en su pecho. Miré su teléfono y vi que era una foto nuestra, una de las que alguien nos había tomado el día que nos encontramos por casualidad en aquel supermercado. Parecíamos tan distintos.

—Un recuerdo inmortalizado en el mundo digital —comentó él.

Le quité el teléfono de las manos, abrí la cámara y le dije antes de que pudiera protestar:

—¿Me regalas una foto? Soy tu fan número uno.

—¿Intentas burlarte de mí? —me preguntó mientras me besaba las mejillas. Aproveché ese momento para tomar la foto perfecta.

Al final, nos hicimos tantas fotos y videos juntos que se nos llenó la memoria del teléfono. Eran hermosos recuerdos que guardaríamos para el futuro, cuando fuéramos viejitos.

O al menos, esa era la idea.

CAPÍTULO 29
VULNERABLE.

La vulnerabilidad es una puerta abierta al miedo, y el miedo se encarga de empujar a la persona vulnerable hacia la desconfianza. Pero eso no tiene por qué ser algo malo, siempre y cuando sepa usarlo inteligentemente a su favor, porque la desconfianza, unida a la precaución, le da vida a la seguridad.

Eso era lo que pensaban Owen y Rayden, que estaban atravesando tiempos de incertidumbre, riesgo y exposición emocional. Su relación se encontraba en un estado delicado, en un punto crítico en el que las emociones podían ser fácilmente manipuladas si no hacían un esfuerzo por liberarse de la presión que los atormentaba en silencio.

—Es difícil encontrar en el vasto reino vegetal otra flor tan hermosa y misteriosa como la orquídea.

Owen estaba fertilizando sus orquídeas con cuidado cuando escuchó una voz familiar justo detrás de él. Era su madre, Rachel, que había entrado sin avisar en el invernadero. El joven se giró lentamente y la miró con una expresión confusa en su rostro. No se alegró ni se entristeció de verla allí, simplemente se sintió indiferente.

—Deberías ser más como una orquídea y menos como las rosas —le dijo Rachel a su hijo con una voz suave pero firme.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Owen con nerviosismo. Su madre casi nunca hablaba, pero cuando lo hacía siempre tenía esa molesta habilidad de incomodar a las personas. Por sus venas parecía correr veneno y no sangre. Aunque intentaba ser amable, siempre terminaba ofendiendo.

—Las rosas son muy comunes y simples. Las encuentras en cualquier parte y cualquiera puede tenerlas... — Owen estaba aturdido por el comentario —En cambio, las orquídeas son misteriosas y exóticas. No son fáciles de conseguir ni de cuidar. Son un tesoro para los que las aprecian.

Owen seguía sin entender el propósito de aquella extraña conversación, pero decidió seguirle el juego para ver qué pretendía.

—Las rosas tienen espinas, pueden defenderse —dijo el joven pelirrojo, convencido de que tenía razón.

—Ese es el problema, todos saben que tienen espinas, son tan evidentes que es imposible ignorarlas. Así que todo el que quiere acercarse lo primero que hace es quitarle esas espinas para no salir herido. Tú eres muy parecido, dejas que todos vean quién eres realmente, y eso no está mal, pero... — Rachel se acercó a su hijo y tocó el delicado colgante de orquídea que llevaba en el cuello —el amor es como la guerra y no puedes ganar solo siendo una buena persona. No te entregues con tanta facilidad o las personas usarán tu vulnerabilidad para manipularte.

Owen retrocedió para alejarse de su madre, aquello no le gustaba nada. Podía sentir que algo aún más desagradable se avecinaba.

Rachel miró a su hijo con una mezcla de preocupación y compasión. Sabía que él estaba pasando por un momento difícil y quería ayudarlo, pero no sabía cómo. Decidió arriesgarse y hacerle una pregunta delicada.

—¿Alguna vez te has detenido a pensar qué es lo que realmente sientes por él? ¿Lo amas?

Owen sintió un nudo en el estómago al escuchar a su madre. No tenía dudas de que ella se refería a su novio, el chico con el que llevaba casi dos años compartiendo su vida. Pero tampoco tenía claro qué responderle. ¿Por qué le costaba tanto expresar sus sentimientos? ¿No era Rayden el amor de su vida?

—No juegues con mi mente —dijo Owen finalmente, con un tono de reproche y defensa. Quería alejar cualquier idea que su madre pudiera sembrar en su cabeza.

—Solo quiero que pienses con cuidado —insistió Rachel, con voz suave pero firme, mirando a los ojos a su hijo—. Llevas casi dos años con él y ni siquiera puedes decir en voz alta que lo amas. ¿Qué sustenta esa relación?

Owen se quedó sin palabras. Sabía lo que sentía por Rayden, o al menos eso creía, pero ¿por qué no podía expresarlo? Tenía que hacer algo para acallar las dudas de su madre. El chico acarició la hermosa joya que colgaba de su cuello, un regalo de Rayden, y comenzó a repasar en su mente todos los momentos felices que habían compartido. Y fue entonces cuando se dio cuenta de todo lo que aún les faltaba por vivir, de todas las barreras que habían enfrentado en su relación y se sintió triste.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó Owen con voz temblorosa.

Rachel empezó a caminar por el invernadero, rodeada de flores y plantas que contrastaban con su actitud fría e imponente. Se detuvo frente a una orquídea y la acarició con delicadeza, antes de responder.

—Durante mucho tiempo pensé que la mejor forma de protegerte era vigilarte de cerca, como lo hice desde que salí de la cárcel. Pero al acercarme a ti, me di cuenta de que no basta con tener guardaespaldas y espías siguiéndote los pasos. Tienes que aprender a defenderte solo, para que no dependas de nadie cuando te enfrentes al mundo.

Rachel sabía que quizás era demasiado tarde para intentar ser una buena madre, pero aun así quería hacerle entender a su hijo lo dura que podía ser la vida, y el motivo de sus decisiones.

—¿La cárcel? ¿Espías? —Ya sabía que su madre había estado en la cárcel por lo que Emir había dicho, pero no conocía los detalles.

Rachel se dio la vuelta y lo miró, con una mezcla de nostalgia y determinación en su mirada.

—Después de que Omar muriera, todo se complicó por los negocios turbios a los que se dedicaba. Había mucho dinero en juego, mafiosos y policías corruptos. Y yo estaba ahí, una viuda embarazada que creía haber perdido a su primer hijo junto con su esposo. Tenía tres opciones: dejar que los enemigos de Omar me encontraran, entregarme a la policía o vivir huyendo, con el temor constante de que me mataran en cualquier momento.

Rachel hablaba con voz firme, pero Owen podía notar el dolor que le causaba recordar esa época de su vida. Sabía que su madre le estaba contando todo eso porque era necesario, porque quería que entendiera el motivo de sus acciones presentes y futuras.

—Elegí la segunda opción, pero no sin antes asegurarme de que tú estuvieras bien... —Rachel hizo una pausa y suspiró—. Viví escondida durante casi un año. Lo que te dijo Eliz es verdad, necesitaba tiempo para superar muchas cosas, pero esa no fue la única razón por la que te dejé con mi madre. Lo hice para protegerlos a los dos, si yo desaparecía nadie iría por ustedes para extorsionarme.

—¿Cómo saliste de la cárcel? —quiso saber Owen con curiosidad y asombro.

—Con la ayuda de una vieja amiga y mi actual esposo —contestó Rachel.

Con esa respuesta, Owen automáticamente recordó algo, no conocía al esposo de su madre, pero sabía que él era el padre biológico de su amiga. "Detrás de ese hecho tiene que haber una historia bastante retorcida e interesante", pensó. Necesitaba saber más detalles para contarle a su mejor amiga, que seguramente estaría ansiosa por conocer más de su padre.

—Sé que tu esposo es el padre biológico de Zoé —dijo directamente, mirando a los ojos a Rachel.

Rachel no pudo evitar sorprenderse por la audacia de Owen, pero sabía cómo manejarse y

antes de que Owen tuviera la oportunidad de hacer preguntas sobre el asunto, lo evadió rápidamente.

—Hay cosas de las que Sam prefiere no hablar y yo respeto eso —dijo con firmeza, cambiando el tono de voz.

—Zoé tiene derecho a saber sobre su padre —Owen comenzó a sentirse molesto, sabía cuán difícil había sido la vida de su mejor amiga y cómo influyó la ausencia de un padre en esas dificultades. No podía aceptar que Rachel le negara esa información.

Rachel dejó escapar una risita burlona.

—Eres un niño muy ingenuo. —La voz de la mujer sonó fría y despectiva, como si le hablara a un extraño y no a su propio hijo.

Owen sintió una punzada de ira y de dolor al escucharla. ¿Cómo podía ser tan cruel con él? Pero se mordió la lengua y trató de mantener la compostura. Quería conocer la verdad sobre su madre, sobre su pasado, sobre su origen. Aunque le doliera, prefería enfrentar la realidad que vivir en la ignorancia.

—Antes de salir de la cárcel supe que Emir seguía con vida y que Aron lo había enviado a un orfanato. —Continuó ella, sin mirarlo a los ojos. —También supe todo de ti desde la distancia, todo el tiempo. La agencia de guardaespaldas que ahora manejo en un principio la manejaba Sam, mi esposo. Sus hombres te vigilaban las veinticuatro horas del día los siete días de las semanas para cerciorarse de que no te sucediera nada.

Owen recibió la información como un balde de agua fría. Desde que tenía memoria, su madre lo había espiado sin que él lo sospechara. Para algunos, eso podría ser una muestra de amor inesperada, pero para Owen, era una violación de su intimidad. ¿Qué parte de su vida había sido realmente suya?

—¿Así que has estado al tanto de cada paso que he dado todo este tiempo?

—Así es —confirmó Rachel.

—¿No te parece que eso es ilegal? —Owen no sabía por qué formuló esa pregunta, pero le pareció que lo que había hecho su madre era una falta de respeto y un acoso extremo.

La tensión se palpaba en el aire después de lo que había dicho Rachel.

—Quiero hacerte una pregunta y espero que me contestes con sinceridad —dijo Owen con voz firme, clavando su mirada en los ojos de Rachel.

—Dime —respondió Rachel con el tono frío que la caracterizaba.

—¿Qué te trajo de vuelta? ¿Por qué apareciste aquel día en la floristería? —Owen recordó el día en que vio a su madre por primera vez en carne y hueso, y sintió un escalofrío. Había pasado semanas sintiéndose mal por el shock, sufriendo en silencio, más solo que nunca. Casi dos años después, por fin se atrevió a hacer la pregunta que le quemaba por dentro, confiando en que esta vez Rachel no se esquivaría. Podía notarlo en su expresión.

—Salir de la cárcel no fue fácil. Tuve que renunciar a todo lo que había sido mi vida hasta entonces: ser la esposa de un hombre poderoso e implacable que se dedicaba al lavado de dinero, el tráfico de drogas y armas, y otras atrocidades. Hice un trato con la policía en el que me comprometí a colaborar con ellos para desmantelar la red del narcotráfico. Lo acepté por una razón muy personal: quería vengarme de Aron, el responsable de mi desgracia. Desde que ocurrió aquello, solo he vivido para eso.

La voz de Rachel se endureció y su mirada se heló al pronunciar el nombre de Aron. El odio se dibujó en cada rasgo de su rostro y se extendió por todo su cuerpo como un veneno.

—Salí de la cárcel y tardé un tiempo en ir a buscarte. Estaba aterrada. —De repente, algo cambió en ella y Owen lo percibió al momento. Rachel se ruborizó ligeramente. —Ese día

encargué unas flores para tener una coartada. Iba a hacer algo muy arriesgado, algo que podía costarme la vida, pero no quería morir sin haberte visto al menos una vez. Quería mirarte a los ojos, sentir tu presencia. No estaba preparada para lo que pasó después. Tal vez por eso salió todo tan mal.

Owen sintió un escalofrío recorrerle la espalda y una opresión en el pecho. Su voz se quebró al preguntar:

—¿Qué ibas a hacer?

—Estaba frustrada porque todo el esfuerzo que puse para vengarme de Aron parecía ser inútil, así que iba a matarlo —respondió ella con frialdad, mirando a Owen con una mirada vacía.

Owen se quedó sin aliento. —¿Matarlo? —repitió incrédulo.

—Matarlo, secuestrarlo, torturarlo sin importar qué, no sería suficiente para hacer pagar a ese bastardo. —Ella apretó los puños y su voz se llenó de odio.

Owen sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal, la voz firme y fría de su madre no dejaba lugar a dudas de que era capaz de hacer cada una de las cosas que había mencionado. Pero no podía evitar sentir compasión por Aron, después de todo era un ser humano y él no podía concebir la idea de quitarle la vida a alguien más sin importar sus pecados.

—¿Qué salió mal? —preguntó Owen con voz temblorosa.

Rachel se pasó una mano por la cabellera rojiza, mostrando su impaciencia. Sus ojos verdes brillaban con una mezcla de ira y miedo.

—Sucedió lo menos esperado, tú y Rayden se conocieron. Estaba aterrada, pensé que Aron lo había enviado hacia ti, así que debía cambiar mi estrategia. Atacar habría sido un suicidio —explicó con voz tensa.

—¡Esa es una locura! Rayden nunca estaría del lado de Aron —protestó Owen, defendiendo a su novio. No podía creer que su madre lo viera como una amenaza.

—Los gemelos no son hijos biológicos de Aron, pero crecieron bajo su influencia, conocen el peligro mejor que nadie y saben cómo manejarlo. La vida los ha hecho de hierro y pueden llegar a ser más peligrosos de lo que imaginas —dijo Rachel, acercándose cada vez más a su hijo sin desviar ni por un segundo la mirada—. Sé que me equivoqué, Rayden se acercó a ti por su cuenta, pero de algo estoy segura: los recuerdos de su pasado pueden llegar a lastimarte, incluso pueden poner tu amor hacia él a prueba.

—¡Mientes! —exclamó Owen con voz desgarrada. Retrocedió unos pasos y chocó con unas orquídeas, provocando que estas cayeran al suelo con un estruendo. Sin mirar atrás, caminó hacia la salida, ignorando el desastre que había dejado y el dolor que le oprimía el pecho. No podía permitir que su madre continuara manipulándolo con sus mentiras. Justo en la salida se encontró con Emir, que acababa de llegar con una expresión preocupada. Pero Owen no dijo nada, simplemente lo esquivó y continuó su camino. Necesitaba alejarse de Rachel lo antes posible.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Emir a su madre, evidentemente molesto. La vio parada en medio del invernadero, con una mirada fría y calculadora.

—La verdad —respondió ella con tono firme—. Él debe saber que su relación es peligrosa, tanto por lo que Aron pueda llegar a hacer como por el mismo Rayden. No quiero que se vea arrastrado por la oscuridad de su pasado, así como tú fuiste arrastrado por Raykel.

—Yo he vivido en la oscuridad desde el día que nací y tú tienes gran culpa de eso —replicó Emir con amargura, recordando todo lo que había sufrido por culpa de Rachel.

Emir se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. Había ido a buscar a Owen de todos modos.

—¡Lo siento! —escuchó que decía su madre detrás de él.

Esa corta frase llegó a los oídos de Emir como una melodía, pero una melodía aterradora que arrasaba con cada parte de su ser.

—Necesito que me ayudes —continuó diciendo Rachel con voz suplicante.

—Debí suponerlo —dijo Emir con aire de decepción, manteniendo la vista fija en la salida.

—Ayúdame a evitar que Owen asista al evento por el cumpleaños de los gemelos. —Le suplicó Rachel a su hijo, con angustia en la voz.

—No puedo hacer eso, pero no te preocupes, yo estaré allí. Nada malo le puede pasar. —Le aseguró él. Dicho esto, el joven se marchó y dejó a Rachel a solas.

"Eso espero" pensó Rachel, con el corazón encogido. Ella se había dado cuenta de que algunas cosas parecen inevitables, Owen era como el cristal, podía romperse con facilidad, y sabiendo lo que se avecinaba, el final parecía estar escrito.

CAPÍTULO 30
SUEÑO Y REALIDAD.

Owen permanecía tumbado boca abajo desde hacía cinco minutos, con la cabeza escondida bajo la almohada, dejando solo una rendija para respirar. Intentaba bloquear los murmullos de la gente que se filtraban desde el primer piso, donde increíblemente los clientes de la floristería se habían multiplicado desde que su madre se mudó allí. También intentaba hacer caso omiso de la voz de su conciencia que le reprochaba "levántate y ve a ayudar", pero al final logró silenciarla. Se dejó arrastrar de nuevo por su sueño.

Allí estaba Rayden, con una sonrisa irresistible que invitaba a Owen a acortar la distancia entre ellos, mientras organizaba unos bocetos que formaban parte de su próxima colección. Owen se acercó sigilosamente hasta quedar a un paso de él y sin darle opción a reaccionar, le agarró por el cuello de la camisa y lo estampó contra sus labios.

—Te amo Owen.

«Yo también te amo» le dijo Owen mientras le acariciaba el labio inferior con su dedo índice. Pero sus palabras no fueron escuchadas, parecían atascadas en su garganta. «Te amo Rayden» lo intentó de nuevo, y una vez más las palabras se quedaron estancadas.

Rayden parecía ansioso, —Owen, te amo — repitió. Él esperaba una respuesta. Owen intentó tomar su mano para responderle que también lo amaba, pero Rayden había desaparecido, la oficina ya no estaba. En tan solo unos segundos el escenario había cambiado, ahora estaba en el invernadero de orquídeas y de pronto escuchó la voz de su madre susurrarle al oído.

—¿Alguna vez te has detenido a pensar que es lo que sientes por él? ¿Lo amas?

Totalmente exaltado Owen se dio la vuelta para enfrentar a su madre, pero ya no estaba. Había vuelto a la oficina de su novio.

—Ray, yo... —intentó decir, pero las palabras se le atoraron en la garganta.

Rayden levantó una pistola y se la apuntó a la sien. —No me amas, lo sé —susurró con voz quebrada, mientras unas lágrimas le rodaban por las mejillas. Luego apretó el gatillo.

El estruendo del disparo y un grito desgarrador lo hicieron saltar de la cama. Su respiración era entrecortada, su cuerpo estaba empapado en sudor frío y sentía que todo se movía a su alrededor.

—¡Te amo, te amo, no lo hagas! ¡Ray, te amo! —gritaba desesperado, cuando de pronto notó la calidez de unos brazos que lo abrazaban con fuerza y fue entonces cuando se dio cuenta de que solo había sido una pesadilla.

—Lo sé, yo también te amo. —Rayden trató de calmar a su novio, que temblaba y sollozaba. —Tranquilo, fue un mal sueño. Ray está aquí.

Después de varios minutos intentando recuperar la calma, Owen finalmente pudo distinguir la realidad del sueño que había tenido.

—¿Estás mejor? —susurró Rayden con dulzura, sin soltar a su novio ni un instante. Aunque sabía que solo había tenido una pesadilla, no podía evitar sentirse preocupado. Los sueños son reflejos de la realidad, y Rayden intuía que esa pesadilla tenía que ver con algo que angustiaba a Owen en su vida real, porque así funciona el cerebro humano.

Owen asintió y se acurrucó en el pecho de su novio.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

Rayden le sonrió y le levantó el rostro para mirarlo a los ojos.

—No hace falta que me lo digas, porque lo siento cada segundo cuando estoy contigo.

Owen se sentía inquieto después de hablar con su madre. ¿Alguna vez le había dicho a

Rayden que lo amaba? Se cuestionaba a sí mismo y se reprochaba por no haberlo hecho.

—Quiero que lo sepas más a menudo, cada vez que me dices "te amo" siento que mi corazón se llena de alegría. Las palabras son muy importantes, ¿sabes?

Owen abrazó con ternura a su novio y le relató el sueño que tuvo y la charla con su madre el día anterior.

—No permitas que nadie te haga dudar de lo que sientes — le dijo Rayden con dulzura después de escucharlo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Owen al salir del baño.

Rayden, que estaba sentado en la cama de su novio, se levantó y caminó hacia él para ayudarle a secar el pelo.

—No mucho, tu madre y tu abuela no me vieron entrar, estaban ocupadas con unos clientes, así que subí a tu cuarto sin que se dieran cuenta. Cuando llegué, estabas dormido y no quise molestarte, pero luego te noté agitado y al poco rato te despertaste asustado.

Con un tono de broma, Owen le preguntó a Rayden:

—¿Así que has venido a mi habitación como un ladrón? —y le guiñó un ojo.

—Así es —respondió Rayden, dejando caer la toalla que sostenía y rodeando con sus brazos la cintura de Owen—. He venido a robarte algo muy valioso —dijo, y acto seguido le arrancó la toalla que cubría el cuerpo desnudo de Owen. Sin embargo, se llevó una sorpresa.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta lo que ves? —preguntó Owen, conteniendo una sonrisa.

—¿Por qué llevas ropa interior? ¿Cuándo te la pusiste?

Owen le dio un beso en la mejilla y le explicó:

—Después de dos años juntos, ya conozco algunas de tus mañas. Por cierto, feliz cumpleaños.

Le besó los labios con ternura y luego se dirigió a la pequeña mesa junto a la ventana, donde había un hermoso ramo de rosas azules.

Rayden las había visto al entrar, y sabía que eran para él. Era un regalo previsible, pero muy especial y significativo.

—Las rosas azules son una maravilla de la naturaleza, casi imposibles de hallar en su estado silvestre. Por eso, son únicas, especiales y mágicas. Solo los expertos en botánica pueden cultivar estas rosas, pues deben conocer los secretos de los pigmentos que les dan su color, como la *delfinidina*, que les otorga su hermoso matiz azulado.

Rayden se quedó embelesado al escuchar a su novio hablar con tanta pasión sobre lo que amaba. Sabía que Owen era un gran conocedor del mundo vegetal y le encantaba cuando se ponía a explicarle todo tipo de cosas sobre las plantas. Lo veía tan feliz y radiante que no podía apartar la mirada de él. Se acercó y cogió las rosas con delicadeza para admirarlas mejor.

—¿Qué significado tienen estas? —preguntó Rayden, sabiendo que Owen no solo se interesaba por el aspecto científico, sino también por el simbólico. Le fascinaba saber el significado de cada flor y su historia, sus leyendas y sus misterios.

Owen le dedicó una sonrisa dulce y le reveló lo que había averiguado.

—Las rosas azules tienen un origen muy especial, ligado al Romanticismo literario del siglo XIX. En aquella época, los poetas y escritores buscaban formas de expresar sus emociones más profundas, sobre todo el amor...

Rayden acarició las rosas con ternura y las dejó sobre la mesa. Luego tomó de la mano a Owen y lo llevó hasta el sofá, donde lo acomodó sobre su regazo para que siguiera con su relato.

—Esos escritores se valían del lenguaje de las flores para transmitir sus mensajes y uno de los casos más famosos es el de las rosas rojas como símbolo del amor ardiente. Pero había una clase de amor que siempre cautivaba a los escritores románticos, y que todavía lo hace.

—¿Qué tipo de amor? —preguntó Rayden con interés.

—El amor idealizado, ese que parece inalcanzable y que nos hace soñar. Algunos autores lo simbolizaron con una flor azul, como una imagen de lo bello y lo imposible. Por eso las rosas azules se convirtieron en el símbolo del amor eterno, único e inalcanzable... —explicó Owen con voz suave, acariciando el cabello de Rayden.

Rayden sintió un nudo en la garganta y preguntó con voz temblorosa: —¿Inalcanzable? ¿Quieres decir que lo nuestro es...?

Owen le sonrió con ternura y le pellizcó las mejillas. —No seas tonto, déjame terminar.

—Está bien, perdona. —se disculpó Rayden, abrazando a Owen.

—Las rosas azules tienen ese significado porque antes no se podían cultivar de forma natural. Eran una metáfora de algo que muchos anhelaban, pero pocos lograban. Pero con el tiempo, gracias al esfuerzo y la dedicación, se hizo posible obtener rosas azules como esas. —Owen señaló las rosas sobre la mesa. —Y por eso también simbolizan el amor eterno y la esperanza de conseguir lo que parece imposible.

Owen giró su cuerpo para quedar frente a Rayden, sin dejar de abrazarlo sobre su regazo.

—Hoy se cumplen dos años desde que te vi por primera vez. En este tiempo, hemos superado muchas adversidades y quizás el futuro nos depare otras más duras. Pero si nos tenemos el uno al otro, estoy seguro de que nada podrá vencernos —Su voz sonaba dulce y firme, y sus ojos verdes brillaban con amor y determinación.

Rayden sentía una emoción profunda al mirar a Owen. Sabía que era el mejor regalo que la vida le había dado. Su relación no era la típica de las novelas románticas, y eso se debía a muchos factores, pero el amor que se tenían era auténtico. Habían pasado casi dos años desde que empezaron a relacionarse y habían aprendido a entenderse y apoyarse en las buenas y en las malas. A veces tenían problemas, como cualquier pareja, pero siempre los superaban juntos. Todavía les quedaban secretos y sorpresas por revelarse, pero tenían toda la ilusión de hacerlo con el paso del tiempo.

—Se que formalizamos nuestra relación varios meses después de habernos conocido, pero para mí el sentimiento comenzó a crecer desde el primer segundo que te vi. Así que por eso he decidido contar nuestro aniversario desde el día uno...

Rayden se levantó y le tendió la mano a Owen para que se pusiera de pie junto a él.

—No soy muy bueno expresando lo que siento...

Owen sonrió con ironía. Sabía que Rayden era todo lo contrario.

—¿Recuerdas cuando te pregunté si creías que nuestro primer encuentro fue una casualidad?

Owen asintió con la cabeza, recordando aquel día.

—Entonces te confesé que al verte sentí algo extraño, pero familiar. Como si hubiera visto a alguien que conocía de antes.

—Sí, lo recuerdo. Me dijiste que era una oportunidad única o algo así. Pero cuando quise saber más, me dijiste que era un secreto.

—Te lo oculté porque esperaba que algún día lo descubrieras por ti mismo —dijo Rayden con una mirada intensa.

Owen parecía confundido.

—¿Por qué le temes a los ascensores? —preguntó Rayden con voz suave, buscando guiar a Owen hacia la respuesta.

Owen se pasó una mano por el cabello desordenado y suspiró. Aunque su mente estaba confusa, se atrevió a contarle:

—Hace años, me quedé encerrado en el ascensor de un centro comercial con otras personas. No sé cuántas eran, pero me sentí como una sardina en lata, sin aire ni espacio. El pánico se apoderó de mí y solo recuerdo que alguien me tomó de la mano tratando de calmarme. Fue como un ángel en medio de la oscuridad, pero no pude ver su rostro ni escuchar su nombre. Luego me desmayé y cuando desperté, estaba asustado y salí corriendo del lugar, sin mirar atrás.

—Ese ángel no pudo olvidarte. Desde ese día, regresó al centro comercial una y otra vez, esperando verte entre la multitud y asegurarse de que estabas bien. Pero nunca te encontró. Los meses pasaron y su obsesión creció hasta que su asistente hizo una investigación y le dijo donde podía verte vendiendo rosas.

—¿Esa persona eras tú? —preguntó Owen con voz entrecortada sin poder creerlo.

Rayden le dedicó una sonrisa enigmática y confesó: —Por eso creo que nuestro encuentro hace dos años no fue una casualidad. Porque yo ya te buscaba, te esperaba, y aunque no tenía claro el motivo, tú ya vivías en mis recuerdos.

Rayden metió una mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo una pequeña caja negra que depositó en las manos de Owen. —Ábrela —le indicó.

Owen sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo, sabía que aquello no era un anillo por la forma de la caja, era rectangular y plana. Pero aun así se sintió emocionado, intrigado por lo que Rayden le tenía preparado. Con un gesto nervioso, abrió la caja y su contenido lo dejó atónito, era una llave.

El chico pelirrojo alzó la mirada en busca de una explicación, no comprendía por qué su novio le había regalado una llave. Y menos una llave como aquella. Por su aspecto se podía deducir que era antigua, de esas cerraduras que ya no se usan.

—Esta llave es la promesa de un futuro diferente, si aceptas mi propuesta.

Rayden tomó las manos de Owen entre las suyas y le clavó la mirada, llena de amor y esperanza.

—Quiero que nos vayamos, que empecemos una nueva vida juntos. He comprado una casa, lejos de todo y de todos, un lugar solo para nosotros dos.

—Primero tendrías que pedirme que me case contigo —bromeó Owen, intentando aliviar la tensión y disimular las lágrimas que se le escapaban.

—Lo haré, te lo prometo. Pero para ese momento tan especial quiero preparar algo inolvidable. —Rayden habló con sinceridad y determinación.

—Espero que no tardes mucho, porque no pienso entregarme a ti hasta que seamos esposos —Owen siguió bromeando, pero con un tono más coqueto.

—¿Qué? —Rayden lo abrazó por la cintura y lo alzó en el aire, haciendo que Owen rodeara su cuello con los brazos —Eso tendrías que haberlo dicho antes, así ya estaríamos casados y con hijos desde hace tiempo.

—¿De eso se trata? ¿te casarías conmigo solo para tener sexo? eres un pervertido.

Rayden sonrió y tiró a Owen sobre la cama. Luego le bajó el bóxer dejándolo completamente desnudo.

—¿Te mudaras conmigo?

—Si —dijo Owen después de besarlo.

—Entonces esperaré, no te haré mío ahora. Cuando estemos en nuestra casa no podrás escapar.

—¿Cómo estás tan seguro de que no seré yo quien te haga mío? — Preguntó Owen con voz

seductora.

Rayden comenzó a besar su cuello y luego fue bajando hasta su abdomen —Como desees— dijo. Deslizó ambas manos por sus muslos y con un movimiento sutil de su lengua se llevó el miembro flácido a la boca. Comenzó a acariciarlo hasta que se puso duro y no hubo vuelta atrás.

Con las manos apretadas contra su boca, Owen trató de contener los jadeos que le provocaba Rayden. Sabía que no debía hacer ruido, pues en el piso de abajo había gente que podía oírlo. Pero era difícil resistirse a la tentación. Eran las nueve de la mañana y Owen ya sentía que se derretía por dentro.

CAPÍTULO 31
LA FIESTA ESTÁ POR COMENZAR.

—Necesito comer más sano —murmuró Owen con la respiración entrecortada. Estaba tumbado sobre la cama, con el torso desnudo y las piernas colgando hasta el suelo. Rayden le acariciaba los pies con ternura.

—¿Y eso? —preguntó Rayden.

—Me has dejado agotado —confesó Owen.

Rayden le dedicó una sonrisa triunfal y se levantó de un salto. Luego, cogió a Owen en brazos como si fuera lo más ligero.

—¿Qué haces? —protestó Owen, aunque no se resistió.

—Has dicho que estás cansado, supongo que no podrás andar, así que te llevaré al baño.

—Podía hacerlo solo —replicó Owen, fingiendo enfado mientras se deleitaba con el contacto de su novio.

—Pero yo quiero llevarte.

—¡Ray! —susurró Owen con voz ronca—. También quiero dejarte sin fuerzas.

Rayden lo apoyó suavemente contra la puerta del baño, atrapando su mano derecha y llevándola a su entrepierna. —No he podido resistirme —confesó.

Owen abrió los ojos con asombro, notando la humedad que empapaba la ropa interior de Rayden. Al deslizar sus dedos por debajo de la tela, comprobó la causa de aquella viscosidad.

—¿Cómo...?

Owen no supo cómo formular la pregunta que se le ocurrió en ese instante.

—Estaba tan excitado que me he corrido sin tocarme —reveló Rayden.

Owen se ruborizó hasta las orejas, sintiendo su rostro arder. —No imaginaba que te provocara tanto.

—No solo me provocas, me vuelves loco con solo estar cerca de ti.

Owen se sintió avergonzado por las palabras de Rayden. No sabía cómo reaccionar ni dónde poner los ojos, así que se refugió en el cálido abrazo de su novio y apoyó la cabeza en su hombro. Sin embargo, una duda le rondaba la mente y no pudo evitar preguntar.

—¿Crees que dolerá mucho?

—¿El qué? —Rayden se sorprendió por la pregunta y se separó un poco de Owen para poder verle la cara.

—Pues... eso...

Owen bajó la mirada y se sonrojó aún más, pronunciando la palabra con timidez. Rayden captó el sentido de su curiosidad y sintió una mezcla de ternura y diversión. Era un tema que tarde o temprano tendrían que hablar, pero le sorprendía que Owen lo sacara a colación de esa manera. Aunque le entraron ganas de reír, se contuvo y le respondió con seriedad.

—A veces siento miedo, no quiero que nos hagamos daño. He visto mucha pornografía, ¿sabes?, pero en esos videos el pasivo no disfruta nunca, solo llora como si le hiciera daño y eso me asusta. Pero Raykel me aclaró que muchos de esos videos son solo fantasías de quienes los miran, que no muestran la realidad. Me dijo que el sexo real es distinto, que hay que encontrar la manera de que los dos lo pasemos bien, de que hagamos nuestras fantasías sin imitar un video porno, porque cada persona es diferente y vive las cosas a su modo, experimenta sus propias sensaciones.

—¿Le cuentas a tu hermano esas cosas tan íntimas? —Owen se arrepintió de haber hecho la pregunta, sabía muy bien que los gemelos compartían hasta el último secreto.

—Claro que sí, no hay nada que no pueda hablar con Raykel. Además, él es un experto en sexo, te lo digo yo que he escuchado todas sus historias puercas.

—Cuando lo hagamos, ¿podrías ahorrarte los detalles? —suplicó Owen sonrojado.

—Tu novio es un caballero —dijo Rayden con aires de grandeza.

—Yo diría que mi novio es un payaso. —contestó Owen entre risas.

Rayden puso cara de herido.

—¿A quién llamas payaso?

—A ti, tonto —dijo Owen y corrió hacia el baño para limpiarse.

Rayden y Owen habían planeado almorzar en algún restaurante tranquilo en las afueras de la ciudad, pero sus planes se vieron frustrados por la llegada inesperada de dos visitantes a la floristería.

Ahora se encontraban sentados en la misma mesa con Emir y Zoé. La abuela, que había preparado el almuerzo para todos, intentaba mantener la calma y evitar que se desatara una guerra entre los cuatro.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Owen a su mejor amiga, que estaba frente a él con una expresión de desafío.

—¿Acaso necesito una cita para verte? —replicó Zoé, sin apartar la vista de Rayden—. Parece que hay gente que no se conforma con robarte el tiempo, sino que también quiere quitarte el cariño de tus amigos —añadió con un tono tenso y amargo.

Owen puso los ojos en blanco con impaciencia, mientras se llevaba un bocado de ensalada a la boca. —No seas tan dramática, Zoé —le reprochó a su amiga, que estaba sentada frente a él en la mesa del comedor.

—Pero es que tengo una noticia maravillosa que contarte —Zoé cambió de tema drásticamente, dejando de lado su tono quejumbroso y mostrando su extrovertida personalidad. Sus ojos grises brillaban de emoción y sus mejillas se sonrojaban ligeramente.

—¿De qué se trata? —preguntó Owen con curiosidad, olvidando por un momento su molestia. Sabía que Zoé era una apasionada del periodismo y que siempre estaba buscando oportunidades para destacar en su trabajo.

—Pues resulta que esta noche hay un evento muy importante, y la revista para la que estoy trabajando me ha elegido para cubrirlo ¿no es genial? —Zoé casi gritó las últimas palabras, sin importarle las miradas de los demás comensales.

—Estoy muy feliz por ti, Zoé. Es lo que siempre has querido —Owen le dedicó a su mejor amiga una radiante y sincera sonrisa, demostrando que realmente se alegraba por su éxito.

—¿Qué evento, Phil? —preguntó Rachel, quien acababa de llegar al comedor, con su habitual aire de superioridad. Su voz aguda y sarcástica era como una gota de veneno que se colaba en aquel almuerzo, arruinando el buen humor de los demás.

—Sabes que no le gusta que la llamen así. ¿Por qué te cuesta tanto ser amable? —dijo Owen con un deje de reproche, defendiendo a su mejor amiga de las malas intenciones de su madre.

—No dije nada malo, simplemente le hice una pregunta —murmuró Rachel con fingida inocencia, sin dejar de mirar a Zoé con sus ojos inquisitivos y maliciosos. Luego dirigió su mirada a Rayden, que se había quedado callado en su silla, como si se preguntara qué estaba haciendo ese allí, pero no dijo nada.

—Claramente deseas molestarla —repuso Owen, notando la tensión en el ambiente.

—Tú no sabes nada —esta vez Rachel alzó la voz, provocando que todos se exaltaran.

Owen se levantó bruscamente de su silla y le indicó a Rayden y a su mejor amiga que salieran de ese lugar. —En eso tienes razón, nunca sé nada. —dijo con sarcasmo.

—Por favor, ¿podríamos tener una comida como cualquier otra familia normal? —la abuela hizo su intento por calmar las aguas, pero en ese punto ya era inevitable.

Mirando las cosas desde un sentido lógico, se podría decir que no había razones suficientes para que las cosas se pusieran mal, pero estamos hablando de Owen y Rachel, la relación entre madre e hijo era tan disfuncional que cualquier cosa resultaba ser un motivo suficiente para que ambos explotaran. Se puede decir que muchas veces buscaban razones para pelear, probablemente esta era la única forma de comunicación que podía funcionar entre ellos. Pero ese día había algo diferente, algo que los hacía estar más nerviosos y sensibles de lo normal.

Zoé se levantó de la silla cuando Owen se lo indicó, pero Rayden permaneció inmóvil en su lugar.

—Owen, ¿no te parece excesivo? —preguntó Rayden con un tono amable, pero Owen lo interpretó mal.

—¿Acaso me estás culpando?

—No he dicho eso, solo creo que...

Owen no le dio tiempo a su novio de terminar la frase y salió arrastrando a Zoé de la mano.

Rayden, al ver la reacción de su novio, no tuvo más opción que seguirlo, pero antes de que pudiera abandonar el comedor, Rachel lo interceptó.

—Espera, tengo algo que decirte.

Rayden desconfiaba de la madre de Owen, pero era consciente de que ella conocía cosas sobre él y su hermano, cosas que no debería. Por esa razón, decidió prestarle atención.

Emir, que había permanecido en silencio, observando y escuchando todo con atención, dirigió su mirada de su madre a Rayden. Entre ellos había un juego de miradas cargado de secretos que parecían a punto de salir a la luz. Emir sentía una gran curiosidad por descubrirlos, pero al final optó por seguir a Owen. Salió del comedor y bajó las escaleras hasta la planta baja. Buscó a su hermano menor con la vista, pero no lo encontró. Finalmente lo vio afuera, en la entrada principal, despidiéndose de su mejor amiga.

—¿Qué le pasó a Zoé? —preguntó Emir al acercarse a Owen.

—No me lo dijo, pero es obvio. Rachel la llamó por su nombre real y eso la afecta mucho. No finjas que te preocupa, sé que no te cae bien.

—Es cierto, no me cae bien. Detrás de esa personalidad explosiva hay algo que no me cuadra.

—Tú siempre desconfías de todo el mundo, pero deberías saber que Zoé es una persona maravillosa, es mi mejor amiga y nada va a cambiar eso.

Emir apoyó su mano con firmeza sobre el hombro de Owen y le habló con seriedad.

—Owen, ¿no te das cuenta de lo extraño que fue que no contestara la pregunta de Rachel?

Owen se soltó del agarre de Emir y lo fulminó con la mirada, sin pronunciar palabra.

—Rachel no hace preguntas al azar, Owen. Ella sabe perfectamente qué evento es hoy, igual que todos nosotros. —insistió Emir.

—Pues yo no tengo ni idea. —replicó Owen.

—¿No sabes qué evento se celebra hoy en el hotel Ritnes?

Owen negó con la cabeza, pero luego recordó algo que lo hizo palidecer. —Oh, no. Hoy es el cumpleaños de Ray y Raykel. ¿Tenemos las rosas listas? —preguntó, sintiendo un nudo en el estómago. Solo quedaban unas horas para el evento al que su madre le había prohibido ir, pero al que él no pensaba faltar por nada del mundo. No porque le gustaran esas fiestas como a Zoé, sino porque había preparado una sorpresa muy especial para Rayden.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Owen con una mezcla de irritación y nerviosismo al ver a Emir reírse en su cara.

—Es que te ves tan ansioso, como si fueras a enfrentarte a un dragón. No te preocupes, todo saldrá bien. Rachel no quiere que asista porque sospecha que algo malo puede suceder, pero yo estaré ahí para protegerte. —Emir le guiñó un ojo con complicidad.

—Ustedes son los dos iguales. —Owen se dio media vuelta y caminó de regreso a la floristería dejando a Emir atrás.

—Tú eres más parecido a ella que yo, el problema es que no quieres aceptarlo. —Emir elevó la voz para que Owen lo escuchara.

Owen siguió caminando, fingiendo que ignoraba las palabras de su hermano, pero él sabía que Emir tenía razón. Tenía el mismo carácter fuerte y decidido de Rachel, solo que lo ocultaba tras una fachada de timidez e inseguridad. Justo al pie de la escalera, se encontró con Rayden que bajaba apresuradamente, se veía ansioso y ausente, ni siquiera lo notó, no antes de chocar con él.

—¡Ouch!

—¿Estás bien? —preguntó Owen —Perdón por mi actitud de antes, es que mi madre...

—Te amo —susurró Rayden al oído de Owen, mientras le acariciaba las mejillas con ambas manos y lo besaba apasionadamente, sin importarle que Emir los observara con incomodidad.

Owen sintió un escalofrío al escuchar esa confesión tan repentina y expuesta. Notó algo extraño en Rayden, como si estuviera nervioso o alterado. Incluso su respiración estaba agitada. Esto lo llevó a pensar en una sola posibilidad:

—¿Qué te dijo Rachel? —preguntó con temor.

—No es nada —mintió Rayden.

—Estás mintiendo —replicó Owen.

—Solo quiere que te convenza de no ir al evento. Ella teme que Aron aproveche esa oportunidad para hacerte algo.

—Una persona con las influencias de Aron, si quisiera hacerme daño, ya lo habría hecho hace mucho tiempo —aseguró Owen.

En eso Owen tenía razón. Aron tenía los medios para hacerle cualquier cosa cuando quisiera, pero lo que ignoraba era el hecho de que a su alrededor había una seguridad constante que lo hacía casi inalcanzable. Quizás esto fue lo que evitó cualquier ataque de Aron. Y Rachel lo sabía. Sabía que aquel evento era una oportunidad única.

—Debo irme, tengo que hablar con Raykel sobre algunas cosas —dijo Rayden, dándole un último beso a su novio y despidiéndose sin más.

Faltaba una hora para el gran evento y Rayden no podía ocultar su nerviosismo. Le había confesado a su hermano lo que había conversado con Rachel en la floristería, esperando que lo apoyara, pero se encontró con su rechazo y su ira.

Raykel no estaba dispuesto a aceptar que Rayden se fuera a vivir con Owen ese día. Así que tomó su teléfono y empezó a hacer llamadas, buscando una forma de impedirlo.

—Esto es culpa de Owen —dijo con voz tensa—. Él es el responsable de todo lo que está pasando. Deberías cancelar tus planes para esta noche.

—No digas tonterías —replicó Rayden, frunciendo el ceño—. No todo gira en torno a él, tú lo sabes muy bien. Además, ya está todo decidido. Le pedí que se mudara conmigo y me dijo que sí. Esta noche vamos a estrenar la casa que compré. Aún le faltan algunos muebles y detalles, pero no quiero esperar más.

—No voy a permitir que te vayas con él —amenazó Raykel, levantándose de la cama—. Si hace falta, te secuestro yo mismo y te encadeno en mi habitación.

Raykel tenía una expresión decidida, pero Rayden no se dejó intimidar. Lo miró con desafío y se dirigió a la puerta.

—Mejor bajemos, Owen y Emir están por llegar. Y no vuelvas a amenazarme otra vez —dijo Rayden, saliendo de su habitación y cerrando la puerta con fuerza. El golpe hizo que una pintura que colgaba en la pared se desprendiera y cayera al suelo.

—Esto no es una amenaza, es una realidad, hermanito.

Raykel no esperaba que su hermano le respondiera. Se dirigió a su habitación y abrió el cajón de la mesita de noche con rapidez. Allí guardaba una pistola negra y reluciente, su arma favorita. La tomó con cuidado y comprobó que tuviera las balas suficientes. Luego, la escondió en el bolsillo interior de su chaqueta.

«La fiesta está por comenzar», murmuró con una sonrisa maliciosa.

CAPÍTULO 32
ROSAS Y BALAS.

Owen y Emir se habían sentado en uno de los sofás del lobby del hotel, donde habían quedado de encontrarse con Rayden y Raykel. Llevaban ya diez minutos de espera y empezaban a impacientarse. Podrían haber subido al último piso, pero no quería interrumpirlos.

—¿Qué haces aquí? —La voz sorprendida de Zoé interrumpió el silencio entre ellos. Owen giró la cabeza y vio a su mejor amiga acercarse con paso apresurado. Llevaba un traje azul marino y un carné colgado del cuello que la identificaba como periodista.

—¿Qué haces tú aquí? —Le devolvió la pregunta Owen, extrañado de verla en ese lugar. Zoé miró a su alrededor con nerviosismo, como si buscara algo o alguien.

—Estoy trabajando —dijo ella, mostrando el carné con orgullo—. Es mi primer evento importante como reportera.

—Pues felicidades, pero creo que te has equivocado de sitio —Emir intervino con una mirada escrutadora. —El evento es en el salón principal, al otro lado del hotel.

—Lo sé, lo sé —Zoé se apresuró a explicar—. Es que me he perdido. Este hotel es enorme y hay tantos pasillos y puertas que no sé por dónde ir. Estoy un poco nerviosa, la verdad.

—Ya lo veo —Emir se burló con sarcasmo—. ¿Y cómo es que te has perdido si afuera está lleno de periodistas e invitados que van hacia el salón? ¿No podías seguirlos? Además, como periodista deberías estar ya en la entrada, esperando a que empiecen a llegar los invitados, no merodeando por el lobby.

—¿Quieres parar? —Owen le espetó a Emir, molesto por su actitud acusadora hacia su mejor amiga. No entendía por qué Emir desconfiaba tanto de ella, si era una chica simpática y divertida. —Zoé, no les hagas caso. Ve por ese pasillo y al fondo gira a la izquierda. Ahí encontrarás el salón principal.

—Gracias, Owen —Zoé le sonrió con gratitud y se despidió con un gesto de la mano—. Quizás nos veamos más tarde.

Zoé se alejó con paso ligero, pero no sin antes echar una mirada furtiva al elevador principal.

—Es muy sospechosa —Emir murmuró cuando Zoé desapareció de su vista.

—¿De qué estás hablando? —Owen le preguntó con impaciencia. Emir ya le estaba cansando con sus sospechas infundadas.

—Dijo que estaba perdida, pero no me creo nada. Seguro que está tramando algo. Tal vez sabe algo sobre Rayden y quiere sacarle partido.

—No digas tonterías —Owen lee defendió—. Zoé es mi amiga y no haría nada que me perjudicara. Además, ¿cómo va a saber algo sobre Rayden cuando no hay nada que saber?

Owen se dio cuenta de que era inútil seguir discutiendo con Emir, así que optó por llamar a Rayden para averiguar cuándo bajaría.

—Qué rapidez, ¿acaso tenías el teléfono a mano? —preguntó Owen al oír que Rayden contestaba al primer timbrazo.

Rayden tardó unos instantes en responder —Sí, así es —murmuró.

Owen se sobresaltó, porque además del murmullo, también percibió una tibia respiración rozar su oreja, no podía sentir eso a través de un teléfono ¿verdad? Claro que no, eso era imposible. Rayden estaba detrás de él, rodeó sus caderas con un brazo y luego aspiró su cuello.

—Hueles delicioso —le susurró al oído. Pronunció "delicioso" como si fuera su dulce preferido que degustaría más tarde.

—Nos están mirando. —balbuceó Owen con voz temblorosa. Aún sostenía el teléfono en su

oreja y no sabía cómo soltarlo, la proximidad de Rayden le alteraba los sentidos de una forma que no podía ni regular su respiración.

—No me importa, quiero que todos sepan que eres mi amor precioso —declaró Rayden con una sonrisa radiante.

Emir, que observaba a los tortolitos con cara de fastidio, se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco. No podía soportar tanta cursilería y carraspeó para hacerse notar.

—Deberías no tocar a mi hermano así en público —protestó con recelo.

Rayden le dio un beso en la mejilla a Owen y miró a Emir con diversión, claramente para molestarlo.

—Vamos, amor —dijo Rayden con voz melosa y sostuvo la mano de Owen para dirigirse a la fiesta.

Al ver que su hermano estaba enojado, Owen se acercó a él y le arregló el cuello de la camisa con cariño. Le dijo:

—No estés celoso, tú siempre serás mi hermano mayor y te amo por eso —luego le besó en la mejilla y se marchó con su novio.

Emir se sintió inquieto al ver a Raykel, pero se contuvo de preguntarle nada. Estaban a punto de entrar al evento por su cumpleaños y no quería provocar una escena. Además, sabía que cuando se trataba de su hermano, Raykel era aún más complicado.

La entrada principal del salón de eventos estaba abarrotada de periodistas y fotógrafos que esperaban ansiosos la llegada de las celebridades. Cuando vieron aparecer a los gemelos, se desató un frenesí de flases y micrófonos. Algunos se quedaron boquiabiertos al ver que los famosos diseñadores iban acompañados por sus respectivas parejas. Y por supuesto, las preguntas indiscretas no tardaron en surgir.

—Hace mucho tiempo que no aparecían en ninguna actividad social. ¿A qué se debe? —preguntó una reportera con tono curioso.

—Hemos estado ocupados con algunos asuntos personales y sobre todo con el trabajo —respondió Rayden con diplomacia.

—Además, es bueno hacer que nos extrañen un poco —añadió con una sonrisa radiante que deslumbró a las cámaras.

Owen, que iba de la mano de Rayden, se sintió agobiado por tanta atención y empezó a arrepentirse de haber aceptado ir. Apretó la mano de su novio con tanta fuerza que le hizo daño.

—Lo siento —susurró disimuladamente al notar que estaba cortando la circulación en la mano de Rayden.

—Hay rumores de que las ventas en su línea de ropa han disminuido considerablemente. ¿Qué tienen que decir al respecto? —preguntó otro periodista con tono insinuante.

—Como en cada colección que lanzamos, todos nuestros productos fueron vendidos. Como sabrán, nuestro trabajo es exclusivo y solo se hace una pieza por diseño, lo que hace que la demanda sea muy alta. Si las ventas disminuyen es porque ya no hay más que vender, por esa razón estamos trabajando en la próxima colección para lanzarla antes de lo previsto. —contestó Raykel con firmeza y un dejo de molestia en su voz.

Los gemelos tenían que cumplir con el protocolo de darles cinco minutos a los periodistas, aunque no les gustaba nada tener que responder a sus curiosidades. En ese breve lapso, se vieron bombardeados por todo tipo de preguntas, que les hicieron sentir que el reloj avanzaba más lento de lo normal. Cuando ya creían que habían terminado, una última pregunta los dejó atónitos. La

formuló Zoé, una periodista que conocían bien.

—Últimamente se les ha visto muy unidos en diversos lugares —dijo refiriéndose a Owen y a Emir—. Algunos piensan que es natural, dado que son los novios de los gemelos y comparten muchas cosas en común. Pero otros sospechan que hay algo más entre ustedes ¿Qué pueden decir al respecto?

Los gemelos intercambiaron una mirada nerviosa, mientras que Owen y Emir se tensaron. ¿Qué pretendía Zoé con esa pregunta? Ella sabía perfectamente cuál era la verdad. Y también sabía que Owen no quería mezclar su vida privada con el escrutinio público.

El silencio se hizo en el ambiente cuando los periodistas notaron la incomodidad de los entrevistados ante la pregunta. Sabían que la controversia atraía al público y esperaban una respuesta jugosa.

Emir fue el primero en romper el silencio. —Somos hermanos, pero eso ya lo sabías —dijo con una mirada desafiante, mostrando su enfado.

Los gemelos y sus respectivas parejas siguieron adelante, dejando atrás a los curiosos periodistas. Los cuatro lucían unos atuendos impecables. Owen había cambiado su habitual camiseta blanca y pantalones negros por un elegante traje negro con una chaqueta de cinturón rojo vino, muy a la moda para su estilo.

Emir también vestía un traje negro, como solía hacer, pero esta vez su chaqueta tenía unos botones asimétricos que brillaban bajo los reflectores. Era un estilo sofisticado y moderno, que no resultaba demasiado formal, y que le sentaba muy bien a alguien como Emir.

Los gemelos eran conocidos por ser iconos de la moda, y aquella noche no decepcionaron. Ambos iban vestidos de negro con pantalones y chaquetas *oversize*, que parecían sacadas de una pasarela de alta costura. Ellos eran de esas personas que siempre lucían bien, sin importar lo que se pusieran.

—¿Qué les ha retrasado tanto?

—Hola, madre. Cuánto tiempo sin verte. Qué alegría —Raykel saludó a Eliz con un tono cargado de sarcasmo.

—No me vengas con ironías, Raykel.

Eliz examinó a sus hijos con una mirada escrutadora y luego a Owen y a Emir. Parecía buscar algún defecto en sus vestimentas o en sus gestos, algo que le diera pie a un comentario despectivo. Pero todos estaban impecables, algo difícil de lograr para un ojo tan exigente como el de Eliz de Sarosh.

—Todo está perfecto, excepto tú —le dijo a Rayden—. Deberías sonreír un poco, relajarte. —Como siempre, a Eliz solo le importaba dar una buena imagen ante sus invitados.

—Tu presencia me deprime —respondió Rayden con indiferencia.

Eliz ignoró el comentario sarcástico de su hijo y se dirigió a Owen con una sonrisa falsa.

—Tú también deberías relajarte, Owen. No te va a pasar nada malo aquí. ¿Ves a todas estas personas? Probablemente la mitad sean espías enviados por tu madre, tan paranoica como siempre.

Owen observaba a la señora Eliz con una mezcla de curiosidad y recelo. Estaba convencido de que algo había cambiado en ella desde la última vez que la vio, hacía unos meses. La forma en que hablaba, con un tono burlón y despectivo. Sus gestos, exagerados y teatrales. Su forma de caminar, con un aire de superioridad y arrogancia. Su forma de vestir, con ropa llamativa y ostentosa. Incluso su mirada, que antes era cálida y dulce, ahora se veía fría y calculadora. Esta

Eliz se parecía más a una villana de novela que a una persona amable.

Emir, que estaba al lado de Owen, le susurró algo al oído, como si leyera sus pensamientos, que se reflejaban claramente en su rostro.

—No te sorprendas tanto, ella siempre ha sido así. Un día es la mejor persona del mundo y al otro es una bruja malvada.

—Ya veo —dijo Owen en voz baja, sin apartar la vista de Eliz.

El salón estaba decorado con telas de colores y diseños exquisitos, que le daban un aire de galería de arte. Los invitados, vestidos con trajes y vestidos de alta costura, se movían entre las obras, comentando con voz culta y aburrida. Al fondo, una orquesta interpretaba piezas clásicas, que apenas se oían entre el murmullo de las conversaciones.

—Deberían ir a saludar al señor y la señora Morgan —les dijo Eliz a los gemelos. Pero ver sus expresiones de fastidio, comprendió que no iban a hacerle caso. Suspiró y se alejó, resignada a cumplir con su papel de anfitriona.

—¿Es siempre así? —le preguntó Owen a Rayden, mientras observaba la escena con curiosidad.

—¿A qué te refieres? ¿Al evento o a mi madre?

Owen le sonrió con timidez y contestó: —A las dos cosas.

—A veces es peor.

—Está claro que esto no es por tu cumpleaños realmente. Entonces, ¿qué beneficio sacan de toda esta farsa?

Los gemelos se miraron entre sí, y en sus ojos se reflejó una complicidad inquietante, que solo ellos podían entender.

—Es complicado —dijo Rayden.

—Dinero —dijo Raykel al mismo tiempo.

Después de un silencio incómodo, Rayden asintió con la cabeza y confirmó lo que había dicho su hermano: —Ray tiene razón. Dinero, nuevos socios y clientes.

—¿Qué tiene eso de complicado? —insistió Owen con interés.

—Ya sabes, donde hay dinero de por medio, hay complicaciones —dijo Rayden con un suspiro resignado.

—Así es, y tú lo sabes mejor que nadie —la voz calmada, pero firme de Aron que caminaba a paso lento con Lennox a su lado, cortó el aire como una cuchilla. Los jóvenes se giraron al unísono y se encontraron con la mirada fría y calculadora de su padre.

—Qué agradable es ver a mis cuatro hijos juntos —dijo Aron y tomó un trago del vaso de vodka que llevaba en la mano y luego miró a Owen fijamente. Su mirada era penetrante y su rostro se mantuvo neutro sin mostrar ninguna expresión—, estoy seguro de que esta será una noche inolvidable.

—Necesito embriagarme —murmuró Raykel y se alejó lo más que pudo de Aron, quiso arrastrar a Emir con él, pero no pudo. Emir no estaba dispuesto a alejarse de Owen. Sentía que algo terrible iba a suceder y quería protegerlo.

—No sabía que ya considerabas a este como tu hijo, tío —dijo Lennox, señalando a Owen con una mirada de desdén—. ¿Estás feliz de que tu yerno sea un hombre? —Lennox esperó por el momento indicado para soltar su veneno.

Aron miró a su hermosa y malintencionada sobrina con desagrado, pero luego cambió su expresión por una sonrisa burlona.

—No entiendes, querida. Él sí es mi hijo —volvió a mirar a Owen con orgullo—. Sangre de

mi sangre.

Lennox se llevó una mano a la boca fingiendo sorpresa.

—Entonces no está bien que sostenga una relación con Rayden, después de todo son hermanos. ¿No es así?

—Yo creo que ya es suficiente —Emir dio unos pasos amenazadores hacia Lennox, apretando los puños con fuerza. Intentaba no perder el control, pero no sabía si podría contenerse por mucho tiempo. La actitud de Lennox le parecía intolerable e irrespetuosa.

Owen tiró de Emir hacia atrás con fuerza, se plantó frente a Aron y lo fulminó con la mirada. Su corazón latía con furia, quizás con miedo, pero el rencor que le invadía era más poderoso que cualquier otra emoción. La insolencia de Aron le revelaba qué clase de monstruo era, había violado a su madre y asesinado a Omar sin piedad, ¿cómo podía fingir que no pasaba nada?

El joven de cabellos rojos quiso hablar, pero al final las palabras se le atragantaron. Se quedó clavando sus ojos en Aron esperando poder transmitirle el enojo y el asco que le provocaba.

—Eres igual a tu madre— Aron esbozó una sonrisa maliciosa y luego se dio media vuelta para alejarse.

—No sé qué buscas, pero será mejor que nos dejes tranquilos. — espetó Rayden.

Aron se detuvo en seco y sin volverse dijo; —Has vivido demasiado tiempo por tu cuenta, es hora de que aprendas quién manda aquí.

Rayden agarró la mano de Owen y lo llevó a una mesa lo más apartada posible. —¿Estás bien? —preguntó.

—Si, no te preocupes —Owen intentó sonreír, pero Rayden notó la falsedad en su gesto.

—Podemos marcharnos si quieres.

—No hace falta.

El encuentro con Aron hizo que Owen se desconectara de todo, le había preparado una sorpresa a Rayden por su cumpleaños y comenzaba a dudar de si era buena idea hacerlo.

Eliz tomó el micrófono con firmeza, haciendo una pausa dramática antes de hablar. Su voz resonó en el amplio salón, captando la atención de todos los presentes.

—Hoy hace veintiún años que tuve por primera vez en mis brazos a las dos personas más importantes de mi vida —comenzó, con una sonrisa radiante.

Raykel puso los ojos en blanco y se recostó en su asiento, aburrido. Solo para que los que estaban con él lo escucharan, susurró:

—Creo que voy a vomitar.

Su hermano gemelo, Rayden, le dio un codazo y le hizo una seña de silencio. Él también estaba cansado del discurso de su madre, pero al menos fingía interés.

—Ellos fueron los responsables de sacarme de la oscuridad en la que vivía —continuó Eliz, con un tono emotivo—. Estoy agradecida con la vida porque han sido el doble de lo que esperaba.

—¿Doblemente rica? Supongo que a eso se refiere —Raykel no pudo evitar soltar otro comentario sarcástico, mientras su madre seguía con su fingida gratitud.

—Este año y después de mucho tiempo, los gemelos nos mostrarán algunos de sus talentos ocultos —Eliz cambió de registro y anunció con entusiasmo—. Escuchemos y veamos cómo tocan las mágicas cuerdas del violonchelo.

Todos los invitados aplaudieron, y algunos aclamaron el nombre de ambos jóvenes, deseosos de verlos tocar. Raykel y Rayden se miraron con resignación. Sabían que no tenían escapatoria.

Su madre había planeado todo al detalle para impresionar a sus invitados con su perfecta familia.

—Que empiece la función —anunció Raykel con voz ronca, después de vaciar su vaso de güisqui de un solo trago.

—Lo haré solo por ti —le prometió Rayden a Owen, guiñándole un ojo. Pero antes de dirigirse al escenario, se inclinó y le plantó un beso apasionado.

Owen se quedó en su asiento, mordiéndose el labio inferior mientras seguía con la mirada a su novio, que se alejaba entre la multitud. Su corazón latía con fuerza y sus mejillas se sonrojaban. Aún no podía creer que estuviera saliendo con un hombre tan atractivo.

—Se te está saliendo la baba —le dijo Emir en tono burlón, dándole un codazo.

Instintivamente, Owen se pasó una mano por los labios para comprobarlo, lo que hizo que Emir soltara una carcajada.

—Estás perdido, hermano.

—En eso tienes razón —admitió Owen—. Estoy perdidamente enamorado de él.

—Disfrútalo mientras puedas.

La voz agria de Lennox resonó en los oídos de Owen. Ella estaba parada a pocos metros de él, mirándolo con desprecio. Su cabello estaba recogido en una coleta alta y llevaba un vestido rojo que resaltaba.

Antes de que la música empezara a sonar, el salón quedó envuelto en una quietud sobrecogedora. Solo se oía la respiración contenida de los asistentes, expectantes por el espectáculo que iba a comenzar. Entonces, las primeras notas de una melodía dulce y triste se elevaron en el aire, acariciando los oídos de todos los presentes. Era *My Heart Will Go On*, una canción de amor y de muerte, de esperanza y de despedida.

Owen sintió que la música le llegaba al alma, despertando en él sentimientos encontrados. No entendía por qué, pero se le humedecieron los ojos, como si quisiera llorar por algo que había perdido o que nunca tendría. Rayden le buscó entre la multitud y lo encontró mirándolo fijamente mientras tocaba. Sus ojos se cruzaron y Owen sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. Rayden le sonrió con ternura, pero también con cierta melancolía, como si supiera que aquella canción era más que una simple pieza musical. Era una declaración de amor y de dolor, de deseo y de renuncia. Owen no supo cuánto tiempo estuvo allí, hipnotizado por la música y por la mirada de Rayden, el chico pelirrojo que le robaba el corazón.

—Owen, Owen... —Emir lo llamó al menos cinco veces, sacudiéndolo suavemente por el hombro.

—¡¿Eh?! —balbuceó Owen, saliendo de su ensimismamiento.

—¿Estás bien? —preguntó Emir con preocupación, mirándolo a los ojos.

Owen asintió y volvió a mirar hacia el escenario, donde Rayden y Raykel acababan de terminar su espectacular actuación musical. El público los ovacionaba y vitoreaba con entusiasmo, mientras ellos se inclinaban agradecidos. Fue entonces cuando Owen se dio cuenta de que la presentación había terminado y que era su momento.

—Es hora —dijo Emir, dándole una palmada en la espalda.

—¡Bien! —exclamó Owen, tratando de ocultar su nerviosismo.

Emir salió por una puerta lateral y regresó casi al instante con una rosa roja y un micrófono inalámbrico para dárselos a Owen.

—Estoy nervioso —confesó Owen, tomando la rosa y el micrófono con manos temblorosas.

—Todo saldrá bien, confía en mí. Ahí viene Rayden —lo animó Emir, señalando con la cabeza.

Rayden caminaba con una sonrisa radiante hacia Owen. Pero se paró en seco cuando de

pronto escuchó la voz de Owen en el altavoz, que resonó por todo el salón.

—De todas las posibilidades que existen, de todos los lugares, los mundos y las épocas que podría haber elegido el azar, me tocó nacer aquí, cerca de ti. Me hiciste una vez una pregunta sobre el destino y eso me llevó a reflexionar y a comprender que no me importa si existe o no, porque lo único que realmente cuenta es que te encontré y que eres lo más valioso para mí en este momento...

Sus palabras resonaron en el silencio del salón. Todos los presentes se quedaron boquiabiertos y suspendieron sus actividades para observar la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Owen se acercó con paso firme a Rayden, llevando una rosa en la mano. Su expresión era profunda y honesta. Su tono era cálido y tierno.

Mientras Owen hablaba, varios colaboradores de Emir se acercaron a Rayden para entregarle el tallo de una rosa deshojada, hasta formar un círculo de espinas a su alrededor. Eso provocó una gran confusión.

—Desde que te vi por primera vez hace dos años, supe que algo especial había nacido entre nosotros. Poco a poco, fuiste ocupando cada rincón de mi mente y de mi corazón, y me hiciste descubrir el verdadero significado del amor.

Owen respiró hondo y se acercó a Rayden con paso firme, aunque por dentro sentía un torbellino de emociones. Quería demostrarle lo que sentía sin miedo ni vergüenza.

—Te amo, Rayden.

Rayden sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. No podía creer lo que acababa de oír. Owen le había declarado su amor delante de todos, sin importarle el qué dirán.

Owen extendió la rosa que sostenía entre sus dedos y le susurró: —El amor tiene mil espinas que pueden herir, pero solo una belleza que puede sanar. Quiero ser el único que te haga feliz, así como tú eres el único que me llena de vida. Feliz cumpleaños, mi amor.

Rayden sintió que su corazón se aceleraba y se lanzó a los brazos de Owen, envolviéndolo con un abrazo apasionado. Luego le acarició las mejillas con ternura y le besó los labios con intensidad frente a todos. Muchos de los invitados se quedaron sin aliento por la sorpresa, mientras que otros vitoreaban emocionados. El salón se llenó de pétalos de rosas que caían desde el techo como una lluvia delicada y fragante. Era el cierre ideal para una noche mágica.

"..."

Bueno, eso habría sido lo ideal, si no fuera por lo que ocurrió después de ese hermoso instante.

Mientras los dos jóvenes enamorados se abrazaban y se besaban con ternura, un hombre se acercó sigilosamente a ellos, con un enorme ramo de rosas rojas.

El hombre sonrió con malicia y dijo con voz melosa:

—Feliz cumpleaños.

Y sin más, sacó de entre las flores un objeto metálico que relucía bajo la luz. Era una navaja afilada. Todos los presentes se sobresaltaron, pero el pánico se desató cuando dos estruendos resonaron al unísono. Eran disparos. Las balas impactaron en el pecho del hombre de la navaja que no tu tiempo de acercarse más a Owen y Rayden.

Por instinto, todos se tiraron al suelo y gritaron aterrorizados. Había un herido.

Uno de los disparos provenía del arma de Raykel y el otro del revólver que empuñaba Rachel, quien estaba parada entre la multitud desesperada como una sombra temeraria. Ambos habían abatido al individuo que amenazaba con hacer daño a Rayden o a Owen. Tal vez a los dos, pues en esa situación todo era posible.

—¡Están locos, han asesinado a un hombre! —exclamó alguien que se había refugiado al

fondo del salón. La voz le resultó familiar a Owen, que se hallaba entre los brazos de Rayden, temblando de pavor. Todo era muy confuso y aterrador, pero tras reflexionar unos segundos, reconoció que la persona que acababa de gritar era su mejor amiga Zoé.

CAPÍTULO 33
PRONTO ESTARÉ CONTIGO.

En medio del caos, Emir corrió y se arrodilló junto a Owen y Rayden. El olor a champan y a sangre llenaban el aire, mientras los gritos de la gente se mezclaban con las sirenas de la policía.

—¿Se encuentran bien? —preguntó con voz temblorosa.

Rayden asintió como respuesta, aun rodeaba a Owen con sus brazos intentando protegerlo. Su rostro reflejaba una mezcla de miedo y determinación. Al ver a Emir junto a ellos se puso de pie y dijo:

—No te separes de él, debo quitarle el arma a Raykel antes de que alguien más resulte herido.

El hecho de que Raykel le disparara al hombre de las rosas se debió a la percepción de peligro que recibió al verlo sacar una navaja frente a su hermano. Cuando se trataba de Rayden, el razonamiento no era algo que formara parte de él. Rayden sabía esto y era consciente de que Raykel podía llegar a un punto donde no era capaz de distinguir lo malo de lo bueno, y cuando eso sucedía cabía la posibilidad de que incluso se lastimara así mismo sin darse cuenta, bajo la creencia de que estaba haciendo lo correcto.

—Raykel, dame el arma —dijo Rayden con firmeza, pero su hermano no parecía estar dispuesto a dársela. Raykel sostenía el arma con ambas manos, apuntando al vacío. Sus ojos estaban inyectados en sangre y su respiración era agitada. Parecía estar en otro mundo, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

Aron estaba rodeado por cinco guardaespaldas que lo protegían de cualquier amenaza. Observaba la escena con calma, sin mostrar ningún signo de miedo o perturbación en su rostro. Su mirada se posó en Raykel y luego en Rachel que seguía de pie al otro lado del salón.

—¿Qué diablos están haciendo? —preguntó con voz firme.

Raykel y Rachel se giraron hacia él, sorprendidos. Era difícil saber cuál de los dos estaba más alterado. Raykel tenía el ceño fruncido y el pulso acelerado, mientras que Rachel tenía los ojos llorosos y la voz temblorosa.

Aron aprovechó la distracción para acercarse a Rachel, hasta quedar a pocos centímetros de distancia. Solo la pistola que ella sostenía los separaba.

—No dejaré que le hagas daño a mi hijo —dijo Rachel con determinación.

Aron sonrió con ironía.

—Estás tan equivocada, el odio que me tienes te ha vuelto estúpida. Qué lástima —respondió con desdén.

—No juegues con mi paciencia —advirtió Rachel, apretando el gatillo.

—Nadie más que tú pudo haber enviado a este hombre —intervino Raykel, acusando a Aron mientras señalaba al hombre que yacía en el suelo con dos balazos en una pierna. El herido se retorcía de dolor y trataba de levantarse para escapar, pero Raykel le propinó una patada que lo hizo caer de nuevo.

El hombre herido miró a Rachel, luego a Aron y finalmente a Raykel, pero no dijo nada. Su expresión era de confusión y miedo, y no parecía tener nada que ver con el conflicto que se había desatado.

—No puedes culparme a mí cuando hay evidencias de que ella es la responsable de todo. —Aron se acercó al hombre herido que yacía en el suelo y recogió las rosas manchadas de sangre que habían caído junto a él. Las alzó y mostró una tarjeta que Owen reconoció al instante. Las rosas provenían de la floristería de los recuerdos. Era la tarjeta que usaban como distintivo.

—¿Qué estás tratando de hacer? —preguntó Rachel con voz alterada.

—Las pruebas hablan por sí solas: tú intentas atacar a mis hijos, quieres vengarte por lo que te hice hace años. No me enorgullece, me dejé cegar por el amor que te tenía y cometí un terrible error. Pero nuestros hijos no tienen la culpa de nada. —Las palabras de Aron sonaban tan convincentes que incluso quienes conocían su verdadera personalidad podían sentir empatía por él sin darse cuenta. Estaba aprovechando la oportunidad para sacar ventaja de lo que estaba sucediendo y verse como víctima frente a todos. Él mejor que nadie sabía que para que una mentira fuera creíble, se debía agregar un toque de verdad. Su rostro mostraba una expresión de dolor y arrepentimiento, mientras miraba a Rachel con una mezcla de lástima y desprecio.

—Estás demente —gritó Rachel, con los ojos llenos de furia e incredulidad. No podía creer que Aron fuera capaz de manipular a todos de esa manera, ni que nadie le creyera después de todo lo que había hecho. Se sentía atrapada en una pesadilla, sin poder escapar ni defenderse.

—Eres tú la que está fuera de sí, Rachel. Hasta le disparaste al sicario que tú misma contrataste. ¿Qué clase de locura es esa? —Aron esbozó una sonrisa burlona—. Tal vez deberías haberte quedado más tiempo encerrada. Aún no estás curada.

Rachel sintió que la rabia le hervía la sangre. Apuntó a Aron con su arma y apretó el gatillo, pero el que cayó al suelo fue uno de sus escoltas.

—He vuelto a ganarte, Rachel. Y ni siquiera lo había planeado —murmuró Aron para sus adentros.

En ese momento, las luces se apagaron y el pánico se desató. Durante un minuto interminable, todo quedó en la más absoluta oscuridad.

Un destello cegador iluminó el salón por un instante, y luego todo quedó en penumbras una vez más. Alguien había cortado la luz, y aprovechó la confusión para llevarse a tres personas: Rachel, el hombre herido y Rayden. Nadie se dio cuenta de su desaparición hasta que fue demasiado tarde.

—¿Dónde está Rayden? —gritó Owen, alarmado.

Lo primero que hizo fue buscar a su novio entre la multitud, pero no lo encontró por ninguna parte. Luego se fijó en la esquina donde había estado su madre parada, y tampoco la vio. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —dijo Emir, tirando de él hacia la salida. Raykel los seguía con paso vacilante, pálido y tembloroso. Su respiración era entrecortada y sus ojos estaban vidriosos.

—Raykel, vamos, tenemos que irnos. La policía ya está llegando.

Pero no solo la policía. Algunos periodistas se habían infiltrado en el hotel y empezaron a transmitir en vivo el caos que reinaba en el salón. Las cámaras captaron los rostros asustados y confundidos de los jóvenes, que se vieron rodeados por una maraña de preguntas y flases. La seguridad del hotel intentó contenerlos, pero ya era tarde. El mundo entero estaba viendo lo que había ocurrido. Todo parecía ser parte de un plan maestro, digno de una película de crimen organizado. ¿Pero quién estaba detrás de todo esto?

Aron se escabulló entre la gente, sin llamar la atención con su séquito de guardaespaldas siguiéndole el paso.

Owen sintió un escalofrío al ver la estela de sangre que se extendía por el suelo hasta la puerta del pasillo. Siguió el rastro con el corazón acelerado, temiendo lo que encontraría al otro lado. Al llegar al pasillo, se topó con Zoé, que se agachaba para recoger algo del suelo. Casi la atropella al pasar.

—¡Zoé! —exclamó Owen, aliviado de verla.

Zoé se incorporó rápidamente y guardó en su bolsillo lo que había cogido. Owen no se fijó en

el gesto, estaba demasiado alterado.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo Zoé, abrazándolo con fuerza—. ¿Qué está pasando? He visto a tu madre arrastrar a Rayden hacia el estacionamiento. Uno de sus guardaespaldas llevaba al hombre herido en brazos.

Owen sintió un nudo en la garganta. Lo que tanto temía se estaba cumpliendo. Su madre había cruzado la línea de no retorno.

—No puede ser verdad —sollozó Owen, desesperado.

—Tu madre ha perdido el control —continuó Zoé.

Raykel parecía inquieto y comenzó a golpearse la cabeza con la mano. Su mente era un torbellino de confusión y dolor, y sentía que su cráneo iba a reventar. Y lo peor de todo era que aún tenía un arma en sus manos.

—¡Es tu culpa! —rugió Raykel, abalanzándose sobre Owen y golpeándolo con furia ciega. Emir y Zoé trataron de detenerlo, pero Raykel se resistía. —¡Es tu culpa, maldito! Si Rayden no te hubiera conocido, nada de esto estaría pasando.

Raykel gritaba desesperado, mientras Emir lograba sujetarlo y alejarlo de Owen.

—Cálmate. ¡Mírame! —Emir intentaba tranquilizar a Raykel, que seguía forcejeando. Mientras tanto, Zoé ayudaba a Owen a levantarse del suelo.

—Es mi culpa, yo no quería que se fuera, por eso yo... —Raykel se calló de golpe al oír que la policía entraba en el lugar.

—Fue ella, tu madre —Raykel empezó a balbucear cosas inconexas y sin sentido, al borde de un colapso nervioso. —Ella habló con Rayden hoy... sí, yo le hice daño a mi hermano... ella le dijo a Rayden lo que iba a pasar... por eso no quería que Owen viniera.

Emir lo abrazó con fuerza, sintiendo el temblor de su cuerpo. Ya lo había visto en ese estado antes. Tenía experiencia y sabía cómo manejarlo, pero lo que se avecinaba era algo que probablemente haría que Raykel perdiera el control como nunca y se necesitaría de mucho apoyo y comprensión para poder sobrellevarlo junto a él.

Owen se pasó la lengua por el labio inferior, donde sentía el ardor de la herida y el sabor metálico de la sangre. No culpaba a Raykel por cómo actuó, después de todo él también se sentía culpable por lo que estaba sucediendo. Quizás lo merecía, se dijo con amargura.

—¿De qué está hablando? —le preguntó a Emir con voz ronca.

—No lo sé, supongo que Rayden le contó lo que habló a solas con Rachel y eso es lo que quiere decir, pero ahora mismo no se puede confiar en nada de lo que salga de su boca —respondió Emir con un suspiro.

De pronto, Owen recordó la extraña actitud de Rayden cuando terminó de hablar con Rachel. Dijo que ella solo quería que le ayudara a convencerlo de que no asistiera al evento, pero él sabía que había algo más. Incluso, Rayden salió de manera apresurada alegando que debía hablar algunas cosas con Raykel. Recordar todo eso impulsó a Owen a regresar a la floristería, donde esperaba encontrar a la abuela. Ella debió escuchar algo. Pero cuando llegó al lobby del hotel, un policía lo detuvo impidiéndole la salida.

La policía rodeó el hotel por completo. Desde el interior, se oyeron tres disparos. Los agentes interrogaron a los testigos que quedaban y bloquearon las entradas y salidas del edificio. Querían evitar que se escapara algún sospechoso o que los reporteros se entrometieran en la investigación. Sin embargo, eso no impidió que se difundieran todo tipo de noticias y comentarios por internet. "DEL CUMPLEAÑOS DEL AÑO AL DESASTRE DEL SIGLO" era uno de los titulares más llamativos de aquella noche.

El salón de eventos del hotel Ritnes estaba separado de las zonas residenciales, pero eso no

evitó que los huéspedes se vieran afectados por lo ocurrido. Era evidente que aquel suceso tendría consecuencias graves para el funcionamiento y la reputación del establecimiento.

—Tengo miedo —susurró Owen, apoyando su cabeza sobre el hombro de Zoé, su mejor amiga. Ambos estaban sentados en el suelo, rodeados de policías. Owen miraba con angustia su teléfono, esperando una señal de vida de su novio. Había intentado comunicarse con él y con su madre, pero nadie le contestaba. Se sentía solo y desesperado.

—Todo estará bien —Zoé le acarició el cabello, tratando de consolarlo. Pero ella también estaba asustada. Sabía que la situación era grave

En una camilla, Raykel yacía inconsciente, con una máscara de oxígeno. Emir lo acompañaba, tomándole la mano con fuerza. Su relación había sido tormentosa, pero se amaban y se protegían el uno al otro.

Pasó una hora desde que Rayden y Rachel desaparecieron. Aron, que volvió a aparecer junto a su esposa, movilizó a sus hombres para buscarlos con la esperanza de hallarlos, sin embargo, algo parecía inquietarlo; algo que iba mucho más allá de lo que estaba sucediendo en ese instante.

Owen sintió una vibración en el bolsillo y sacó el teléfono con ansiedad. Era un mensaje de su madre. Por un instante, se ilusionó con que fuera una buena noticia, pero al abrirlo se le heló la sangre. Quiso llamar a su amiga Zoé, que estaba a su lado hacía un momento, pero al mirarla vio que se había alejado para hablar por teléfono.

El mensaje contenía dos fotos y un video, pero Owen solo necesitó ver una de las imágenes para perder el aliento. Se levantó y empezó a caminar sin rumbo, con un solo pensamiento en la mente: tenía que salir, tenía que ir a rescatar a Rayden. El teléfono se le escapó de las manos y se estrelló contra el suelo.

Zoé sintió un escalofrío al ver la expresión de Emir. Algo terrible debía haber en el teléfono que acababa de soltar Owen. Intentó arrebatárselo, pero Emir lo sujetó con fuerza.

La pantalla iluminaba el rostro pálido de Emir, que no podía apartar los ojos de las imágenes que se sucedían. Eran escenas de horror, de violencia, de crueldad. En ellas aparecía Rayden, estaba cubierto de hematomas y sangre, desnudo tirado sobre la hierba mojada por la lluvia. Parecía muerto.

—¿Qué pasa? ¿Qué ves? —preguntó Zoé, angustiada.

Emir no respondió. Solo miraba, hipnotizado, el video que mostraba cómo tres figuras enmascaradas se ensañaba con Rayden. Lo golpeaban, lo humillaban, lo violaban. Emir sentía náuseas, rabia, impotencia. Quería detener el video, pero sus manos le temblaban tanto que no podía pulsar el botón. Quería encontrar a Owen, pero este ya había desaparecido. Se había escapado.

El video terminó con una risa burlona y un mensaje: "Esto es para que nos recuerdes". Emir soltó el teléfono y se llevó las manos a la cabeza. No podía creer lo que acababa de ver. No podía creer que Rayden estuviera muerto.

Zoé retrocedió aterrada, tratando de comprender todo aquello. Pero sabía que nada podría borrar esa imagen de su mente.

Owen sintió que el mundo se le venía abajo cuando vio la imagen en su teléfono. No podía creer que Rayden, su alma gemela, estuviera muerto. El cuerpo ensangrentado y sin vida de su amado le parecía una pesadilla de la que quería despertar. Sin embargo, no había tiempo para llorar ni para buscar explicaciones. Tenía que salir de ese hotel maldito, donde todo había empezado y donde todo había terminado.

Empujó a la gente que se agolpaba en el vestíbulo, ignorando las voces de los periodistas que le acosaban con preguntas. Corrió por la calle mojada, sin rumbo fijo, solo queriendo alejarse de ese lugar. La lluvia caía con fuerza, como si el cielo llorara con él. La tristeza que le oprimía el pecho se convirtió en una fría indiferencia, una coraza para protegerse del dolor que lo devoraba por dentro.

La lluvia caía con fuerza sobre la ciudad, vaciando las calles de transeúntes. La noche se había adueñado del cielo, pero Owen no podía dejar de mirar hacia atrás. Sentía que alguien lo acechaba, tal vez algún periodista curioso. Aceleró el paso, corriendo sin rumbo fijo, hasta que el cansancio le cortó la respiración. Se detuvo al borde de la carretera, empapado y tembloroso, y dejó que las lágrimas se confundieran con las gotas de lluvia.

Se dobló sobre sus rodillas y soltó un grito desgarrador, como si quisiera expulsar el dolor que le oprimía el pecho. Era un vacío inmenso, una herida abierta que no podía cerrar. Había perdido a la persona más importante de su vida, y no sabía cómo seguir adelante.

Al levantar la vista, se dio cuenta de dónde estaba. Reconoció el lugar al instante, era el mismo donde había visto a Rayden por primera vez. Fue allí donde un chico atractivo y torpe se tropezó con él, haciéndole caer las rosas al suelo entre risitas y disculpas.

Allí empezó todo, el día en que conoció a Rayden. Donde conoció el amor.

Y ahora ese amor se había esfumado, como las flores que adornaban el lugar cuando se conocieron. Ya no quedaba nada de su belleza y color, solo la oscuridad y la lluvia que no cesaban de caer.

Se sentía como un náufrago en medio de la ciudad. Estaba allí, pero no pertenecía a ese lugar. Su mente lo transportaba a otros mundos, a otros momentos, a otros sueños. Buscaba a Rayden, pero solo hallaba vacío, silencio, ausencia.

De pronto, creyó verlo al otro lado de la carretera. Su corazón dio un salto y sus ojos se llenaron de esperanza. Era él, tenía que ser él. Su cabello negro, su sonrisa dulce, su mirada perversa. Owen sintió una fuerza irresistible de cruzar la calle y abrazarlo, de decirle que lo amaba, de pedirle que no lo abandonara.

Pero antes de dar un paso, se dio cuenta de que era una ilusión. O quizás un recuerdo. El chico que había visto no era Rayden. Era solo un desconocido, un extraño, un fantasma.

Owen se llevó la mano al cuello y apretó el colgante que le había regalado Rayden. La orquídea que simbolizaba el amor, la belleza, y la pureza. Todo lo que Rayden era para él.

—Duele, esto duele demasiado —murmuró Owen, con la voz rota por el sollozo. La lluvia seguía cayendo sobre su rostro, mezclándose con sus lágrimas. Se veía tan desolado que algunos transeúntes se detenían a mirarlo con compasión, sin saber qué le ocurría.

—¡Owen! —escuchó que alguien lo llamaba, pero no le hizo caso. Pensó que era su imaginación, que era Rayden desde el más allá. No quería escuchar nada más, no quería ver nada más, no quería vivir nada más.

Miró la carretera con desesperación. El dolor lo había llevado a un punto sin retorno, a un abismo sin fondo, a una oscuridad sin luz. Sentía que sin Rayden ya nada valía la pena, que había perdido toda esperanza y que quedarse allí sería condenarse a sufrir por el resto de sus días.

Quería irse con él, quería seguirlo a donde fuera, quería estar junto a él para siempre.

—Pronto estaré contigo —susurró con voz quebrada, sabiendo que eran las últimas palabras que pronunciaría antes de lanzarse a la carretera, donde un auto que iba a toda velocidad lo arrolló sin piedad.

A veces nuestro peor enemigo habita en la mente, Owen no se permitió ver más allá de la imagen que le mostraba su teléfono. Para él, Rayden había muerto, así lo sentía, así lo aceptó.

CAPÍTULO 34
EMOCIONES INESTABLES.

Owen se sentía desesperado. El dolor que lo atormentaba era insoportable y solo veía una forma de aliviarlo: acabar con su vida. Creía que ya no tenía sentido seguir viviendo, que su existencia se había extinguido antes de morir. Sus pensamientos y el sufrimiento que lo invadían lo impulsaron a tomar esa decisión. No era un acto de cobardía ni de facilismo, como algunos juzgarían, sino de buscar una salida a lo que lo estaba consumiendo.

Sabía que había otras opciones para resolver su situación, pero en ese momento solo escuchaba a su mente, su peor enemiga.

Cuando oyó una voz que decía su nombre unos segundos antes de lanzarse a la carretera, no fue una alucinación, había alguien detrás de él. Era Rachel, quien, a pesar de estar herida, siguió a su hijo después de recuperar la conciencia tras ser golpeada por unos hombres enmascarados en el estacionamiento del hotel.

Vio salir a Owen, con el rostro desencajado y los ojos perdidos. Supo que algo malo había pasado. A ella la habían arrastrado fuera del salón de eventos y no había podido defenderse cuando aquellos vándalos la golpearon sin piedad.

Al ver a Owen al borde de la carretera, gritó su nombre con todas sus fuerzas. Le dolía cada centímetro de su cuerpo y sentía que todo se le entumecía, pero cuando vio que su hijo avanzaba hacia el tráfico, sacó el valor que le quedaba para correr hacia él y detenerlo. Pero llegó tarde. El auto venía a toda velocidad hacia ellos, y solo pudo abrazarlo y recibir el impacto que los lanzó por los aires.

Todo fue un instante, y al poco tiempo el lugar se llenó de curiosos que sacaban fotos y videos del accidente.

—¿Por qué duele tanto morir? —murmuró Owen con un hilo de voz, al sentir un agudo pinchazo en su espalda.

—El chico está vivo —exclamó un hombre entre la multitud.

Owen sintió el frío de la lluvia en su cara y el ruido de las voces a su alrededor. Pensó que había muerto, pero un abrazo cálido y apretado le indicó que aún estaba vivo.

—¡Ray! —susurró, tratando de girarse hacia el origen del abrazo—. ¿Eres tú? —Sabía que era imposible que Rayden estuviera allí, pero lo anhelaba con toda su alma.

El dolor le impedía moverse con libertad, pero logró incorporarse lo suficiente para ver la cara de quien lo sostenía. Era la última persona que quería ver en ese momento. Owen sintió un nudo en la garganta y unas ganas irrefrenables de huir, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Solo le quedaba aguantar la mirada de quien consideraba la culpable de todo lo que estaba pasando.

Rachel miraba a Owen con los ojos desorbitados, incapaz de moverse ni un milímetro. El choque del auto la había dejado paralizada y un dolor insoportable la torturaba sin piedad.

La lluvia se detuvo y más personas se acercaron al lugar del accidente, pero nadie se atrevió a intervenir. Solo se quedaron allí, observando con morbo, como si fueran espectadores de una escena dramática en el cine. Owen sintió una profunda soledad y desesperación.

—Yo... —Rachel trató de decir algo, pero solo escupió sangre.

Owen deseó apartarse de su madre, pero sus brazos lo aprisionaban y cualquier movimiento podía agravar su situación. Lo mejor era mantener la calma.

—Lo siento —murmuró Rachel entre toses, mientras más sangre brotaba de su boca. Sus heridas internas eran mortales.

—Ray... —Owen sollozó—. Ray está muerto, y es tu culpa. ¿Qué clase de monstruo eres? Me enviaste esas fotos horribles. Querías vengarte de mí por lo que te pasó, ¿verdad? Pues lo conseguiste. —El chico pelirrojo se abrazó a sí mismo, temblando de dolor y rabia. No podía creer que Rayden ya no estuviera, ni que la responsable fuera su propia madre, o eso parecía.

—Yo no lo hice —Rachel negó con la cabeza, mientras la sangre manaba de su pecho.

—Mientes. Siempre mientes.

—Estoy muriendo... —Rachel tosió con dificultad—. No tengo motivo para mentirte. Siento no haber podido protegerlos, siento haber sido una mala madre. —Rachel lloró amargamente, sintiendo que se le escapaba la vida.

Owen se sintió atrapado por la oscuridad que el dolor le provocaba, pero su noble corazón aún latía con fuerza en su interior. Y aunque estaba seguro de que Rachel era la culpable de todo, algo en su voz le hacía dudar, aunque no entendía cómo esas imágenes habían salido de su teléfono.

—Prométeme que no volverás a atentar contra tu vida, Emir te necesita, tu abuela también te... —Rachel se interrumpió, incapaz de terminar la frase.

—Soy un cobarde —confesó Owen con un sollozo.

—Tener miedo no te hace un cobarde. —Rachel intentó consolarlo, pero su voz se quebró en un murmullo. Con un último aliento, alargó su mano y tomó la de Owen. —Debes encontrarla —le pidió.

Owen no entendió a qué se refería su madre. La mano de Rachel se deslizó de la suya y sus ojos se cerraron. De pronto, el mundo a su alrededor se desvaneció, y Owen sintió que el tiempo se le escapaba de las manos. Se dio cuenta de que los días, las semanas, los meses y los años pasan tan rápido que no nos dejan hacer todo lo que queremos, tan deprisa que no nos dejan amar y demostrar ese amor como se merece. En el instante en que su madre dejó de respirar, Owen lamentó no haberle dicho más «te amo mamá».

En medio del shock, Owen no se percató de que Rachel le había entregado algo cuando tomó su mano. Solo unos segundos después lo notó. Era una placa metálica que colgaba de una cadena brillante. En ella estaba grabado un nombre: Eliza.

—No puedes hacerme esto —exclamó Owen con voz desgarrada—. No puedes morirte —el joven se abrazó al cuerpo inerte de su madre, sintiendo el frío de su piel—. No me dejes otra vez, por favor... —sus sollozos se ahogaron con el ruido de las sirenas de una ambulancia que se acercaba.

—¡Madre! —gritó con desesperación, esperando un milagro que no llegaría.

«El cumpleaños del horror»
«El Hotel Ritnes presenta pérdidas económicas»
«¿La maldición de los gemelos?»
«El novio de Rayden Sarosh, al filo de la muerte»
«Rayden en estado de coma»

Estos fueron solo algunos de los titulares que sacudieron al mundo después de aquella noche. Aron y Eliz hicieron todo lo posible por evitar que se filtraran las noticias, pero era inútil frenar a la prensa. Las cosas se habían salido de control.

Owen abrió los ojos con dificultad, sintiendo un intenso dolor de cabeza que lo hizo gemir en

voz alta. Emir, que se había quedado dormido frente a su cama, lo oyó y se levantó de un salto, acercándose a él para comprobar que todo estuviera bien.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Emir con voz cansada, bostezando apenas.

Owen sintió un fuerte dolor de cabeza que le martilleaba las sienes. Estaba desorientado y confuso, sin recordar qué le había pasado. Abrió los ojos con dificultad y miró a su alrededor. Se encontraba en una cama de hospital, rodeado de aparatos que emitían pitidos y luces. Detestaba los hospitales, le parecían lugares fríos y deprimentes. Su vista se fue enfocando poco a poco y se cruzó con la de su hermano.

Emir tenía un aspecto deplorable, como si no hubiera dormido en días. Su rostro estaba pálido y ojeroso, su cabello largo y rojizo estaba revuelto y sucio, y su ropa, que no se ajustaba a su personalidad, estaba arrugada y manchada de café. Owen percibió un leve olor a sudor que emanaba de él.

—Estoy aquí —susurró, intentando controlar sus emociones y proyectar fortaleza ante su hermano menor, que lo miraba con angustia.

Owen sintió un nudo en la garganta y las lágrimas le brotaron de los ojos. —Se han ido —articuló con voz entrecortada —Ray, Rachel ...

Emir no pudo soportar ver el sufrimiento en la mirada de su hermano. Se acercó y lo abrazó con fuerza, sintiendo que también necesitaba liberar el dolor que lo oprimía. Owen era la única persona con quien podía ser honesto sobre sus sentimientos en ese momento.

Tras un rato de consuelo y de escuchar las indicaciones del médico, era hora de hablar de lo que estaba ocurriendo.

—Han sido unos días difíciles —comenzó Emir, haciendo que Owen se percatara de que quizás había pasado más tiempo del que pensaba en el hospital.

—¿Qué día es hoy? —murmuró Owen, confundido.

—Es viernes.

Owen sintió un escalofrío al recordar la noche en que todo cambió. Las rosas, los gritos, la sangre. Parecía que había sido ayer, pero algo le decía que no era así. —¿Llevo una semana aquí? —preguntó con voz débil.

Emir no pudo contener las lágrimas que le quemaban los ojos. Se pasó la mano por la cara y trató de sonreír. —Llevas tres semanas aquí, hermano. Has estado en coma todo este tiempo.

Owen no podía creerlo. Tres semanas de su vida perdidas en un sueño oscuro. Tres semanas sin ver a Rayden. ¿Dónde estaría? ¿Estaría bien? ¿Lo extrañaría?

La puerta de la habitación se abrió y Owen creyó verlo. Su corazón se aceleró y una sonrisa iluminó su rostro. —Ray —exclamó, tratando de incorporarse.

Pero sus piernas no le obedecieron y cayó al suelo con un golpe. Emir se apresuró a levantarlo y lo ayudó a volver a la cama. Luego miró a la persona que acababa de entrar y sintió una fuerte presión en el estómago. No era Rayden, sino Raykel.

Era la primera vez que Owen confundía a los hermanos, y el sentimiento que experimentó al darse cuenta de su error lo sumió en una tristeza aún más profunda.

Raykel se acercó a ellos con una expresión burlona. —Em, te ves fatal. No me casaré contigo si no te cuidas mejor —dijo, pasando sus dedos por el cabello despeinado de Emir.

—¿Qué haces aquí? —susurró Emir con temor.

Raykel no le hizo caso, se dirigió hacia la cama de Owen con paso firme, se sentó en el borde y le sonrió con malicia.

—Me alegra que ya estés despierto, así podrás saborear el dolor que te mereces. La perra que se hacía llamar tu madre ha muerto, qué lástima. Creo que la muerte es un castigo demasiado

leve por lo que le hizo a mi hermano.

Owen se quedó sin palabras, en el rostro de Raykel se dibujaba una sonrisa siniestra que revelaba su locura. Él ya conocía el historial médico de Raykel y en ese momento se veía totalmente desquiciado.

—Es suficiente —Emir intentó apartar a Raykel, pero fue inútil. Era como tratar de mover una roca con las manos desnudas.

—Antes de arrojarlo por un barranco, tres hombres lo violaron. Ahora mi hermano está en coma y las esperanzas de que despierte son casi nulas. —Raykel agarró con fuerza el brazo de Owen y se lo apretó hasta hacerle gemir de dolor —. Tú tienes la culpa.

Emir se lanzó sobre Raykel y lo empujó contra la pared. Owen se quedó paralizado, sin saber cómo reaccionar o qué decir. Rayden aún respiraba, en coma, pero vivo.

—¿Por qué me haces esto? ¿Ya no me quieres? —Raykel acarició el rostro de Emir con una mano temblorosa y lo besó con violencia. Emir sintió el aliento ardiente de su novio, que le mordía los labios hasta hacerlos sangrar. Intentó zafarse, pero Raykel lo sujetaba con fuerza, como si quisiera fundirse con él.

Emir logró liberarse al cabo de unos segundos. Miró a Raykel con angustia y compasión. Sabía que su novio estaba pasando por un momento difícil, pero no podía permitir que lo tratara así. Tenía que sacarlo de la habitación antes de que las cosas se pusieran peor. Pero antes de poder salir, un ruido lo sobresaltó. Era Owen, que había vuelto a caer al suelo.

—Debo verlo —Owen balbuceó, tratando de ponerse de pie. Le dolían las piernas y le faltaban las fuerzas para mantenerse en equilibrio. Todo se debía al fuerte golpe que había recibido al ser atropellado por el auto. Solo se había salvado de una muerte segura gracias a Rachel.

—Intenta calmarte —Emir cargó a su hermano en brazos y lo devolvió a la cama—. Te llevaré con él, pero debes calmarte primero. Por esto no te dije nada antes.

Owen se dejó arrastrar por sus pensamientos, aceptando la acusación de Raykel. Se sentía culpable, miserable y avergonzado. ¿Cómo había podido intentar acabar con su vida, mientras Rayden se hallaba en paradero desconocido, sufriendo, esperando su ayuda?

—Qué egoísta he sido, tendría que haber estado a su lado.

—Tenías miedo y eso es humano.

Owen siguió sollozando.

Raykel no pudo soportar más aquella escena desgarradora y salió corriendo de la habitación.

—No le guardes rencor, está destrozado desde que hallaron a su hermano. Se refugia en los medicamentos, pero a veces no bastan, como hoy.

La tristeza se dibujaba en el rostro de Emir, que había sufrido mucho con Raykel.

—¿Por qué permites que te trate así? —Owen señaló el labio sangrante de su hermano.

Emir se pasó una mano por los labios y sintió el sabor metálico de la sangre que brotaba de su boca. Intentó restarle importancia para que Owen no se preocupara. —Solo es una forma de liberar su dolor —se dijo a sí mismo—. Por eso le permito que haga lo que quiera conmigo.

A Owen no le convencía esa actitud. Se acercó a Emir y le agarró la camisa, desabrochándola con rapidez.

—¿Qué haces? —protestó Emir, tratando de zafarse.

—Mírate, estás lleno de moretones y arañazos —Owen consiguió ver parte del pecho y la espalda de Emir, toda su piel lucía maltratada, incluso tenía marcas de mordiscos.

—No importa, yo estoy bien —Emir se cubrió de nuevo y evitó mirar a Owen a los ojos.

—Esto no está bien y lo sabes... —insistió Owen con voz suave.

—Preocúpate por ti, debes recuperarte, de lo contrario no saldrás de esta habitación.

Owen se recostó en la cama y guardó silencio. Estaba preocupado por su hermano, pero este no parecía darle mucha importancia. Por otra parte, sabía que si quería ir a ver a Rayden debía seguir las reglas y recuperarse.

Después de unos minutos, Raykel regresó al cuarto con una enfermera que traía un botiquín para curar el labio herido de Emir.

—Ya está —anunció la enfermera al terminar.

—¿Estás segura? —Raykel le agarró el brazo a la enfermera y le lanzó una mirada amenazante.

—Ray, déjala. Estoy bien, mírame —Emir le sonrió con dificultad y le tendió los brazos a Raykel para que se acercara. Él se dejó abrazar como un niño asustado, buscando consuelo en su novio. —Te amo —le dijo.

—Yo también te amo —Emir suspiró hondo, conteniendo las lágrimas. —Todo va a salir bien.

Raykel estaba en un estado emocional muy frágil y Emir hacía y aguantaba todo lo que fuera necesario para tranquilizarlo. A pesar de sus defectos, lo amaba sin límites, pero ese amor se estaba volviendo una toxina mortal que lo debilitaba poco a poco.

Owen los observaba desde la cama, pensando en Rayden y torturándose a sí mismo con la culpa.

CAPÍTULO 35
WILL ESTÁ AQUÍ.

Owen

Después de dos días desde que desperté, Emir por fin accedió a llevarme con Rayden, a quien ansiaba ver con todo mi ser. Pero los médicos se oponían a que saliera de la habitación hasta asegurarse de que mi estado fuera estable. Aún me costaba mantenerme en pie durante más de unos minutos y tenía el cuerpo lleno de heridas, pero iba recuperándome poco a poco.

Mientras esperaba a Emir, contemplaba la placa que me había entregado Rachel antes de morir, en la que se leía el nombre de Eliza. Ignoraba quién era esa mujer, y mucho menos entendía por qué Rachel quería que la buscara. Pero cada vez me obsesionaba más con el asunto, convencido de que ella poseía las claves para resolver muchos enigmas.

Tal vez fuera una antigua aliada de nuestra madre había sugerido Emir.

Después de aquel suceso, quedaron tantos enigmas sin resolver que me atormentaban el pensamiento, sobre todo porque no hallaba una explicación lógica para nada. Aquella noche, mi mejor amiga Zoé juró haber visto a Rachel arrastrando a Rayden hacia el estacionamiento, pero el estado en que se hallaba Rachel antes de que el coche nos arrollara, demostraba que ella también había sido agredida. Además, estaba seguro de que me confesaba la verdad cuando afirmó que no era la culpable, estaba al borde del abismo ¿Cómo podría estar mintiendo?

Quizás Zoé estaba cegada por el pánico de lo que ocurría, como todos nosotros, y por eso no recordaba con claridad lo que realmente presenció. Lo más terrible de todo esto, es que no volví a verla después de esa noche fatídica, no había tenido ocasión de conversar con ella.

Por otro lado, estaba el hombre que resultó herido por Rachel y Raykel, ese que trajo un ramo de rosas y sacó una navaja justo cuando se interpuso entre Rayden y yo. ¿Qué fue de él? ¿Recibió asistencia médica? ¿Falleció? Lo ignoraba, ni siquiera seguía las noticias y Emir guardaba silencio.

No sabía nada más que el dolor de haber perdido a mi madre y de ver a mi novio entre la vida y la muerte. Me invadía una impotencia que me paralizaba.

La policía, ya fuera por incompetencia o por la influencia de Aron, había dejado el caso en el olvido. Según me había informado Emir, mi hermano, se conformaban con que Rayden hubiera sobrevivido y con que su familia no quisiera denunciar. Una injusticia flagrante.

—¿Sigues obsesionado con ese objeto? Por mucho que lo mires, no te revelará quién es ella. —Emir entró en la habitación y me vio con la placa que llevaba el nombre de Eliza en las manos.

—No espero descubrir nada solo con mirarla, por eso necesito que me ayudes a hacer algo más efectivo para averiguar quién es Eliza. —le respondí.

Emir asintió y se acercó a mí para empujar la silla de ruedas en la que estaba sentado. Dependía de él casi para todo; hasta para ir al baño requería de su asistencia. Demasiado incómodo, por si te lo preguntas.

Eliza seguía envuelta en el misterio, al igual que tantas otras cosas. Ni siquiera mi abuela tenía idea de quién era, o eso me dijo cuando la llamé por teléfono.

—¿Cómo estás? —me preguntó Emir mientras íbamos por un pasillo hacia el ascensor. Rayden estaba en el último piso.

—¿Me lo preguntas porque sabes que le tengo pánico a los ascensores o por algo más? —respondí con evasión. En el fondo, sabía a qué se refería, pero no quería admitirlo. Ya era bastante duro lidiar con ese sentimiento, como para encima verbalizarlo.

Al llegar al último piso, nos topamos con cinco guardaespaldas que nos escrutaron con recelo, como si fuéramos unos intrusos. Supuse que desconfiar de todo el mundo era parte de su trabajo. Tres de ellos vigilaban el pasillo principal y los otros dos custodiaban una puerta. Supe al instante que esa era la habitación de Rayden y de pronto, sentí una opresión sobrenatural en el pecho. Era esa sensación que te corta la respiración y te revuelve el estómago.

—Aron y Eliz los contrataron para impedir que nadie se acerque.

—¿Y eso significa que no podemos entrar a verlo? —pregunté con ansiedad a Emir, mientras él me empujaba en la silla de ruedas por el pasillo.

Emir no me respondió, solo siguió avanzando con determinación hasta detenerse frente a la puerta. Los dos guardias que custodiaban el acceso se inclinaron ligeramente ante él, como una reverencia. Su actitud cambió por completo al reconocerlo, ya no nos miraban con hostilidad, sino con respeto y cortesía. Me sorprendió ese gesto, pero no tuve tiempo de pensar en ello, solo quería ver a Rayden, mi novio, que estaba al otro lado de esa puerta.

—Señor, tenemos órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie que no sea de la familia del joven Rayden.

La voz del guardia sonó sumisa y reverente, casi temerosa de contradecir a Emir. No le miraba directamente a los ojos, sino que bajaba la cabeza con humildad. Me intrigó el comportamiento del guardia hacia Emir, pero debía concentrarme en lo que realmente importaba. Estaba allí para ver a Rayden, y aunque el nerviosismo me atenazaba el pecho, no iba a dejar que me lo impidieran.

—Yo soy su novio —afirmé con firmeza.

—Lo sé, señor, pero...

—Pero nada, no pueden negarme el derecho de ver a mi novio —le interrumpí, elevando la voz más de lo necesario. El guardia no había hecho nada para ofenderme, al contrario, había sido muy respetuoso. Emir me apretó el hombro con suavidad para calmarme y le dedicó una sonrisa amable al hombre que nos bloqueaba el paso. No entendí por qué actuaba así. Un alarido desgarrador escapó de mi garganta, atrayendo la mirada de varios transeúntes y de alguien que se encontraba en el interior de la habitación a la que ansiaba entrar. La puerta se abrió de golpe y, para mi desdicha, la persona que emergió no fue otra que Lennox.

—Esto es un hospital, no un manicomio de tercera —me espetó Lennox con una mueca de odio y prosiguió con su diatriba—. No tienes ni pizca de vergüenza al venir aquí, sabiendo que tu madre fue la causante de lo que le ocurrió a Rayden. Y, por si fuera poco, tú también tienes gran parte de la culpa.

Solo pude cerrar los puños con tanta fuerza que mis dedos se entumecieron, esta chica era más cruel de lo que había imaginado.

—Si no fuera por las influencias de mi padre, Rayden estaría muerto a estas alturas, igual que tu madre.

Era evidente que intentaba hacerme sentir peor de lo que ya estaba, el no haber hecho nada para ayudar a Rayden me carcomía la culpa. Y saber que perdí la oportunidad de hacer algo porque estaba ocupado siendo demasiado egoísta, me torturaba.

—Ya basta —Emir trató de frenar a Lennox cuando vio que sus palabras me estaban hiriendo, pero ella se regodeaba en su crueldad. Se acercó a mí con una sonrisa maliciosa y apoyó sus manos en la silla de ruedas. Luego se inclinó hacia mi oído y me susurró con veneno:

—Tres hombres abusaron de él según el informe médico, le dieron tantos golpes que todavía tiene lesiones graves. Debiste morir cuando te lanzaste frente a ese auto.

Su voz me taladró el cerebro como un martillo neumático, solo pensar en el sufrimiento que

debió soportar Rayden me atormentaba. Me quedé paralizado durante un largo tiempo, sin poder reaccionar ni defenderme, mientras Lennox me miraba con cara de triunfo. Ella estaba logrando su objetivo de hacerme sentir como la peor persona del universo.

—Estoy segura de que ese amor que decías sentir por mi primo ya se está desvaneciendo —continuó Lennox, cruzando los brazos y alzando la voz para que todos la escucharan—. Después de todo, ya no te servirá de nada. Es un vegetal que apenas respira. Espero que le hayas sacado el dinero suficiente, porque ya tu oportunidad ha terminado.

Con un impulso irrefrenable, me levanté de la silla y me dirigí hacia ella, cegado por la ira y el desprecio. No me importaban las consecuencias legales de mis actos, solo quería hacerle pagar por sus injurias con mis puños. Que nadie me malinterprete, siempre he sido un caballero con las damas, pero ella no merecía tal consideración, era una arpía venenosa que solo sabía escupir mentiras y calumnias. Ignoraba qué motivos la impulsaban a ser tan ruin y despiadada.

Antes de llegar a su altura, Emir me sujetó por el brazo. —No vale la pena —me susurró.

Quise zafarme de su agarre, pero una voz que resonó al final del pasillo captó mi atención.

—Tú, maldita perra —Zoé avanzaba hacia nosotros con paso firme y el rostro desencajado—, eres un ser despreciable, no tienes compasión por nadie ¿ni siquiera por tu primo que yace agonizante en esa cama? No me sorprendería que tú fueras la causante de su desgracia.

—¿Debería sentir culpa por quienes me han lastimado? —preguntó Lennox con irritación—. Será mejor que no te metas, estúpida trans.

Zoé se quedó paralizada y se llevó una mano al corazón, herida por la palabra que acababa de escuchar. A ella no le importaba que la llamaran trans, era parte de su identidad y su orgullo, pero Lennox lo había dicho con desprecio y crueldad, como si fuera un insulto. Yo sentí la rabia hervir en mi sangre y me preparé para defender a mi amiga, pero Lennox ni siquiera me miró. Se dio media vuelta y se alejó con paso firme, sin mostrar el menor arrepentimiento por su ofensa.

Me dejé caer en la silla, mientras Emir hablaba en voz baja con uno de los guardias. No sé qué le dijo, pero debió ser convincente, porque al final nos dejó entrar.

—Qué bueno verte —le dije a Zoé con sinceridad, porque en ese momento la necesitaba más que nunca. Era mi mejor amiga y quería que me contara lo que había visto realmente en el hotel.

—Perdona por no venir antes, pero ha sido un caos desde aquella noche. Mucha gente sabe que somos cercanas y me asedian con preguntas. Me siento como una estrella acosada por los paparazis. No me molesta ser el centro de atención, pero preferiría que fuera por otro motivo.

Al oír a Zoé, la culpa que ya sentía se incrementó.

—Lo siento mucho, no quería meterte en esto.

—No es tu culpa. —Zoé me abrazó y fue entonces cuando sentí el calor de su amistad y el alivio de no estar solo.

—¿Qué sabes de Rayden? La prensa apenas ha revelado nada, y los escasos datos que difundió se han ido borrando poco a poco.

—¿Ese es tu motivo? ¿Vienes a sonsacarnos información para tener exclusivas? Lo que ha dicho la prensa es lo único que hay.

Emir siempre encontraba un motivo para reprocharle algo a Zoé, y yo comprendí que era inútil, que nunca se llevarían bien.

—El ladrón juzga por su condición —replicó Zoé con desdén—. Lamento no poder quedarme más, te visitaré cuando él —señaló a Emir con un gesto de la mano— no te agobie con su presencia.

—No le hagas caso —le susurré—. No quería que se marchara, pero era lo mejor, pues si se quedaba era seguro que acabaría discutiendo con Emir.

Cuando Zoé se alejó lo suficiente, Emir espetó: —Es una hipócrita. Estoy seguro de que oculta algo.

Ya no tenía ganas de intentar convencerlo de que Zoé era inofensiva, pues sabía que era imposible cambiarle de opinión cuando se obstinaba en algo.

Al cruzar el umbral, nos topamos con Raykel, quien se secó las lágrimas al vernos. Estaba sentado junto a la cama de Rayden, aferrado a una de sus manos.

—No deberías estar aquí —me dijo con voz ronca. Pero yo pensaba todo lo contrario, estaba seguro de que era justo donde debía estar.

Me levanté y caminé despacio hacia la cama, tratando de ocultar los verdaderos sentimientos que me embargaban. Quería creer que Rayden solo estaba dormido y que en cualquier momento abriría los ojos. Que ese tubo en su boca y el tanque de oxígeno al lado de su cama solo eran objetos innecesarios, propios de un hospital.

—Es poco probable que despierte.

Las palabras de Raykel me golpearon como un puñetazo en el estómago, llenándome de angustia y desesperanza. Pero no podía rendirme, no podía dejar de creer en el milagro que necesitaba.

—Lo hará, estoy seguro —afirmé con voz segura, aunque por dentro temblaba.

Raykel se puso de pie y se acercó a mí con una mirada fría y penetrante. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda y me preparé para lo peor. —No le haré nada, Em. —dijo él al ver cómo Emir se interponía entre nosotros, como un escudo protector.

Emir vaciló por un instante y luego se hizo a un lado, pero no bajó la guardia. Quizás ya lo he dicho antes, pero tener un hermano que te proteja es lo mejor que te puede pasar. Emir conocía bien a Raykel, sabía que era una persona impredecible e inestable, capaz de pasar de la bondad a la crueldad en un abrir y cerrar de ojos.

—Deberías alejarte, aún puedes rehacer tu vida.

No podía creer lo que oía. ¿Cómo podía sugerirme algo así? ¿Cómo podía pedirme que abandonara a la persona que más amaba en el mundo?

—Te lo digo por tu bien, estoy seguro de que Rayden no querría verte sufrir así, aferrado a una esperanza tan frágil como que él despierte. —Su voz sonaba comprensiva. Sabía que me decía eso por mi bien, pero él tenía que entender mi posición.

—Cuando vi esa foto, sentí que mi mundo se derrumbaba, me rendí sin explorar otras opciones. No volveré a caer en ese error, sé que Rayden se recuperará, tengo fe en que así será y tú también deberías tenerla. Tu hermano es fuerte y lo sabes. No pienso dejarlo solo cuando está pasando por algo tan duro como esto, es ahora cuando más me necesita y estaré aquí para cuando abra los ojos.

No esperaba una respuesta de parte de Raykel y mucho menos lo que hizo después; me acercó a él y me abrazó con fuerza, me quedé atónito, pero al mismo tiempo reconfortado. No quería estar en malos términos con él porque era el hermano de mi novio y mi hermano era su novio. Estaba unido a él por ambos lados.

—Perdóname por haberte golpeado, sé que todo esto no es culpa tuya.

No tuve tiempo de decir nada porque una vez dichas esas palabras, salió corriendo de la habitación.

—Síguelo —le dije a Emir, que me miraba indeciso, como si necesitara mi permiso.

Me quedé solo, frente a Rayden, que yacía inmóvil en la cama. Todas las emociones que

había reprimido desde que entré en ese lugar, se desbordaron de pronto en un aluvión de lágrimas que no supe contener. En mi mente tenía claro el papel que debía jugar, pero me di cuenta de que era demasiado duro.

Tomé las manos de Rayden y apoyé mi cabeza junto a la suya. De repente, me asaltaron los recuerdos de todas las noches que me acurrucaba en su pecho y de todas las mañanas que él despertaba en el mío. Un sollozo ahogado escapó de mis labios. Me quedé así durante un rato, hasta que...

—La historia debe continuar, y para eso tú tienes que levantarte y ser fuerte. —Una voz ronca resonó desde la puerta. Era un hombre alto y bien parecido, con un traje gris impecable, una mirada penetrante y misteriosa que inspiraba desconfianza. Sam, el marido de Rachel y el padre biológico de Zoé.

Lo había visto algunas veces en la floristería, después de que Rachel se instalara en la casa conmigo y la abuela. Pero nunca cruzamos más que miradas fugaces, sin atrevernos a entablar una conversación. Él era un hombre poderoso, con un alto cargo en el gobierno y una empresa propia que compartía con Rachel. Según me contaron, él la amaba con locura, tanto que la rescató de la cárcel y se casó con ella, a pesar de que ella no le correspondía. Le ayudó a recuperar la herencia de Omar, el padre de Emir, y se ocupó de protegerla de los mafiosos que aún la acechaban. Aunque Emir tenía ciertas sospechas sobre él, alegando que solo estaba usando a mi madre.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con frialdad, secándome las lágrimas con el brazo.

—He venido a buscarte. —dijo Sam con voz firme—. Hoy te dan el alta, ¿no es así?

—Te lo agradezco, pero no hace falta. Emir se encargará de llevarme a casa. —le respondí.

No quería tener nada que ver con Sam, no me inspiraba confianza alguna. Él había sido el causante del abandono y el dolor de mi mejor amiga, incluso antes de que naciera. Conocía la historia de Zoé y sentía una profunda rabia hacia él.

—No podrán salir de aquí sin mi ayuda —insistió, lleno de arrogancia—. Afuera los esperan decenas de periodistas, ávidos de noticias sobre ustedes.

—¿Qué? —exclamé, sorprendido al principio, pero luego comprendí que era inevitable. Y que mi abuela no había ido a verme por ese motivo.

—Aquella noche, el horror se cebó con varias víctimas, entre ellas el joven Rayden, que sufrió un cruel destino. Alguien tenía que pagar por aquellos crímenes, y tu madre ha sido señalada como la culpable de todo, especialmente del secuestro de Rayden. Aunque la prensa ignora los atroces detalles de lo que le hicieron, el escándalo ha sido mayúsculo —explicó Sam con una voz tan serena que me heló la sangre.

—Pero Rachel es inocente —dije, sorprendido por estar defendiéndola, cuando yo mismo solía acusarla de todos los males, pero estaba convencido de que ella no había dañado a Rayden.

—Lo sé, pero el mundo entero cree lo contrario. Y tal vez Aron tenga algo que ver.

Sentí que el peso de la verdad me aplastaba y que cada vez había más interrogantes sin resolver.

¿Qué papel había jugado Aron en todo esto? ¿Por qué todos señalaban a mi madre muerta como la culpable?

Media hora después, con el papeleo completado y la cuota saldada por mi estancia en el infierno llamado hospital, Emir y yo nos encaminamos hacia la salida donde nos esperaba Sam.

—¿Dónde te metiste? —Emir le lanzó un interrogatorio a Sam en cuanto lo tuvo en frente. —

¿Por qué no estabas con Rachel ese día en el hotel?

—Tenía que resolver unos asuntos —contestó Sam con evasivas.

—¿Qué asuntos?

—¡De acuerdo! —Sam soltó un suspiro de impaciencia. —Supongo que saben que Phil es mi hijo.

Emir y yo nos miramos, pero ninguno de los dos abrió la boca.

—Rachel me rogó que hablara con él y con Sara, su madre. Yo no quería hacerlo, pero ella me convenció. Ese día fui a su casa, pero no estaba, porque también se había ido a ese maldito hotel. Me quedé charlando con Sara y el tiempo se me escapó de las manos. Cuando me enteré de lo que estaba pasando, ya era demasiado tarde.

—Han pasado tres semanas y dos días, ¿por qué no apareciste antes?

Emir me lanzó una mirada acusadora, llena de resentimiento.

—¿Quién crees que está investigando la muerte de tu madre? ¿Quién crees que está haciendo todo lo posible para protegerlos a ustedes y a tu abuela? —Sam respondió con voz firme, sin mostrar arrepentimiento.

No me gustaba el tono autoritario con el que le hablaba a mi hermano. Sabía que Emir estaba más afectado por la pérdida de Rachel que yo, porque al oír su nombre, su rostro se tensó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Así que decidí intervenir con una pregunta incómoda para Sam.

—¿Por qué abandonaste a Zoé y a su madre? —No esperaba que me contestara, solo quería molestarlo y hacerle sentir culpable.

—Conocí a Sara en el bar donde trabajaba, fui su cliente durante mucho tiempo, hasta que me dijo que estaba embarazada. ¿Cómo iba a creerle que ese hijo era mío cuando ella se acostaba con cualquiera? Además, nunca pensé que estuviera enamorada de mí, porque más de una vez me ofreció a una de sus amigas para que me divirtiera con ella.

Las palabras de Sam, que me parecieron tan ofensivas como repugnantes. No podía creer que ese hombre, de aspecto tan respetable y educado, fuera capaz de pronunciar semejantes barbaridades.

—¿Así te justificas? ¿Acaso no te importa el sufrimiento de Zoé, que ha crecido sin un padre que la quiera y la proteja?

Sentí que la rabia me invadía y le grité sin contenerme.

—Tampoco quería tener más hijos —replicó él.

Su descaro me irritaba, pero lo que más me desconcertó fue su última frase. Al parecer, no era el único que se había percatado de su significado, pues Emir y yo le hicimos la misma pregunta al unísono:

—¿Más hijos?

—Basta ya, no quiero seguir hablando de esto. Solo quiero que entiendan que mis errores del pasado no determinan quién soy ahora.

Para mí eso era difícil de probar después de escucharlo.

Sam les hizo una seña a dos guardaespaldas para que se acercaran. La conversación había llegado a un punto muerto.

—¡¡Will!! —exclamó Emir con asombro al reconocer a uno de ellos.

—¿Se conocen? —le pregunté con curiosidad.

Antes de que Emir pudiera responder, el guardaespaldas, que por cierto tenía un aspecto muy juvenil, incluso más que Emir, dijo:

—Soy su mejor amigo.

Eso me dejó boquiabierto, de hecho, me parecía algo casi imposible. No podía imaginarme a

Emir con un mejor amigo, además, nunca lo había visto con nadie más que no fuera Raykel.

—Eres una molestia, siempre lo has sido y por lo que veo, siempre lo serás —le espetó Emir con desdén.

Will puso los ojos en blanco y abrió la puerta para que saliéramos. —Nunca cambia —murmuró.

—¿De dónde lo conoces? —quise saber.

—Lo conozco desde que tengo memoria, estaba en el mismo orfanato que yo, me seguía como una sombra, todo el tiempo y casualmente resultó ser el favorito de Rachel. Créeme, es una molestia, aunque probablemente uno de los mejores en la agencia, a pesar de ser joven y estar tan loco —dijo Emir y en su voz pude percibir cierto tono de broma.

Mi mirada se desvió hacia el guardaespaldas llamado Will, que me dedicaba una sonrisa radiante. Su actitud era imperiosa, como si supiera que podía controlar cualquier situación.

La empresa de Rachel y Sam se dedicaba a la seguridad privada. De allí salían los guardaespaldas más preparados de la ciudad.

—Los hombres que vigilan la habitación de Rayden son de la agencia, ¿verdad?

Emir me sonrió y asintió con la cabeza. Eso explicaba el respeto con el que nos trataron.

Apoyándome en un brazo sobre Emir y en otro sobre Will, que se ofreció a ayudarme sin que se lo pidiera, me abrí paso entre la multitud de periodistas que nos acosaban a gritos.

—No se preocupe, señor. Will está aquí —me susurró el joven guardaespaldas al oído, y yo no supe qué responder.

CAPÍTULO 36
DEBES SER FUERTE.

Owen esperaba que evitar la presa al salir del hospital fuera más difícil, pero los guardaespaldas se encargaron de despejar el camino y llevarlo a él y a Emir al auto. El silencio reinaba en el interior del vehículo, solo interrumpido por el ronroneo del motor y el tráfico de la ciudad.

Will, el joven conductor, no podía apartar la vista del retrovisor, donde se reflejaba el rostro pálido y angustiado de Owen. El chico pelirrojo se sentía observado y juzgado, como si Will supiera de él más cosas de las que debería.

—Deja de mirar y concéntrate en la carretera —le espetó Emir, que se había dado cuenta de la mirada inquisitiva de Will.

Will asintió con la cabeza y volvió la vista al frente, mientras salían del centro urbano y tomaban la carretera que los llevaría a las afueras.

El auto llegó a su destino y se detuvo en el estacionamiento. Tres guardaespaldas más los esperaban junto a la puerta de la floristería, dispuestos a protegerlos de cualquier amenaza.

—Me siento como un narcotraficante —murmuró Owen al bajar del auto, sintiendo el peso de las miradas ajenas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Emir, desconcertado por el comentario de su hermano.

—Que me siento como un fugitivo, perseguido por la ley y por sus enemigos —se explicó Owen, con un deje de amargura en la voz.

Alzó la vista y observó que, además de Will y los tres guardaespaldas que los acompañaban, había otros dos que vigilaban la entrada de la floristería. Estos se movían entre los arbustos, buscando la sombra para evitar el sol abrasador, pero sin perder de vista el entorno.

—Con la situación actual, más vale prevenir que lamentar. Los enemigos de tu madre no se han quedado de brazos cruzados, y te aseguro que son gente sin escrúpulos. Por si fuera poco, aún no sabemos quién atacó a Rayden ni por qué, ni si tenía intención de hacer daño a alguien más.

Las palabras de Sam resonaron con gravedad en el aire, dejando claro que Owen era el objetivo principal.

—Está claro que Aron está detrás de todo esto y que, como siempre, se saldrá con la suya —protestó Owen, dejando traslucir su enfado y su frustración. Su rostro era un reflejo de sus emociones, crispado y tenso.

Había albergado en lo más profundo de su alma una ilusión ingenua: que Aron se arrepintiera de sus actos pasados y buscara su perdón. Pero la realidad era cruel y despiadada, y le mostraba que no tenía intención de cambiar ni de redimirse. La pequeña y temerosa esperanza que mantuvo, a pesar de todo, desde que supo que él era su padre simplemente desapareció.

—No tenemos pruebas —se limitó a decir Sam, con tono neutro.

—Vamos adentro —propuso Emir, tratando de cortar aquella discusión antes de que se complicara más.

Con un silencio sepulcral, la floristería parecía abandonada. Ni rastro de clientes ni empleados, solo el aroma embriagador de las flores que llenaba el ambiente y la frescura que conservaba el aire. La belleza de los pétalos, los tallos y las hojas, iluminados por los tenues rayos de sol que se filtraban por las ventanas, seguía despertando en Owen la extraordinaria sensación de estar en casa. Pero algo había cambiado; la parte más importante, sus clientes,

habían sido reemplazados por hombres vestidos de negro con armas en sus cinturas, dispuestos a disparar en cuanto fuera necesario.

El agradable calor humano se había esfumado, solo se podía sentir el miedo y la angustia que recorrían el lugar como una sombra invisible que oprimía los corazones de los presentes.

Al oír que alguien había llegado, la abuela bajó las escaleras con prisa. Al ver a sus nietos, corrió hacia ellos y los abrazó con fuerza.

Owen se sintió agradecido de no ver en la abuela ningún signo de dolencia. Si ella hubiera llorado frente a él o se hubiera lamentado por la muerte de su hija, probablemente no habría sido capaz de soportarlo.

—Sam me sugirió que no saliera de aquí por mi seguridad y para así evitar a los periodistas —le explicó ella con voz cansada.

Owen ya lo había adivinado, pero no dijo nada. Asintió con la cabeza, sin mirarla a los ojos.

—Estos días han sido terribles —continuó la abuela—. Me vi obligada a cerrar la floristería porque la gente venía a hacerme preguntas y los reporteros se infiltraban como ratas en su intento de saber más detalles de lo ocurrido.

Owen sintió un nudo en la garganta. No quería escuchar nada más, deseaba estar solo e intentar organizar sus pensamientos, pero no podía ir a su habitación sin antes hacerle una pregunta a su abuela.

—¿Sabes de qué hablaron Rachel y Rayden aquel día antes de que él se fuera?

—No tengo idea, Rachel me pidió que los dejara solos —la abuela no se detuvo a pensar antes de responder, y lo que dijo pareció convincente. Por alguna razón, Owen esperaba esa respuesta, pero aun así quiso arriesgarse.

—Sé que deben estar cansados, pero es preciso hablar de la ceremonia de despedida de Rachel. —dijo Sam con voz despreocupada mientras se sentaba en una de las sillas de madera frente al mostrador.

Owen y Emir sintieron un dolor agudo en el pecho al escuchar el nombre de su madre, pero la abuela se mantuvo impasible, como si la muerte de Rachel no le afectara en lo más mínimo, o quizás fuera una maestra en ocultar sus sentimientos.

Habían pasado tres semanas desde el trágico final de Rachel, y Sam se había ocupado de todos los trámites legales y de incinerar su cuerpo.

—¿Qué tipo de ceremonia? Solo quedan sus cenizas. —Los ojos de Emir se llenaron de lágrimas, pero se contuvo y no dejó caer ninguna.

—Sus cenizas serán esparcidas en el lago, la prensa estará presente... —Emir no estaba de acuerdo con que fuera algo público, ya que los medios de comunicación se habían encargado de difamarla de la forma más cruel posible, incluso después de muerta, pero antes de poder protestar, Sam lo interrumpió—. Es necesario que estén, el público necesita pruebas, necesita ver algo de sensibilidad, así olvidarán todo.

La atmósfera del lugar se volvió tensa mientras un silencio incómodo los envolvía, la idea de Sam no les gustaba a los hijos de la difunta.

—Cuando Owen haya sanado por completo, se someterá a los rigurosos entrenamientos de la agencia. Así lo deseaba Rachel y así se hará —Sam se levantó y se dirigió a la puerta para irse, pero Emir lo agarró por un brazo y lo jaló con violencia. Ante el arrebato de Emir, Sam parecía desconcertado y más que eso, asustado. —¿Qué te crees? —siseó con rabia.

—Tú no tienes el derecho de dar órdenes, ser el esposo de Rachel no te otorga ningún privilegio —Emir estaba furioso—. No voy a permitir que arrastres a Owen a esto.

Sam torció la comisura de su boca en lo que pareció una burla mientras soltaba la mano de

Emir de su brazo, luego dijo: —Yo fui quien le dio un lugar especial a tu madre, y en cuanto a Owen, él está metido en esto desde el día que nació, eso lo sabes muy bien.

Owen se sintió un poco mareado y cansado, y se sujetó del respaldo de una silla para disimularlo.

—Siempre has pensado que puedes controlar todo tú solo, en eso eres igual a Rachel, pero necesitas a alguien en quien puedas confiar para que te acompañe en esto. Llevar el negocio no será tarea fácil, Owen debe entrenar para estar preparado. Además, ya es hora de que aprenda a defenderse por sí mismo.

—Me tiene a mí —replicó Emir con un tono impaciente.

—Pero yo quiero hacerlo —indicó Owen.

—No es necesario, esto no es cómo manejar una floristería junto a la abuela, hay muchos riesgos y peligros involucrados.

—Por eso mismo quiero hacerlo —Owen suspiró y se apoyó contra la pared—, quiero ser capaz de defenderme si algún día me enfrento a una situación de peligro...

—No lo voy a permitir —Emir se mostraba reacio a aceptar su decisión.

—Siempre he vivido entre las flores, a salvo de un mundo hostil que desconocía, bajo la protección de personas que ni siquiera sabía que existían hasta hace poco. Ya no quiero que otros se hagan cargo de mi vida, es mía y quiero ser yo quien la dirija. Además, tú siempre estás protegiendo a alguien ¿y quién te protege a ti? —Owen aludía claramente a Raykel, al quien había dedicado la mayor parte de su vida a cuidar y rescatar de problemas—, yo quiero ser esa persona, quiero poder cuidarte

—Como tu hermano mayor, yo soy el que debe cuidarte a ti.

—Ya he crecido, es hora de que sea algo mutuo.

Owen se propuso abandonar al joven ingenuo que vivía en la ignorancia, que solo aprendía lo que otros le enseñaban, que siempre dependía de alguien más para casi todo. Debía asumir el control de su propio destino, si es que tal cosa existía. De ahora en adelante se dedicaría a explorar lo desconocido y a enfrentarlo cuando fuera necesario, a descubrir todo lo relacionado con su madre y especialmente lo que le ocurrió a Rayden. Alguien debía rendir cuentas.

En ese instante, Owen se sentía preparado, pero la realidad le gusta golpear de frente y con toda su fuerza.

Emir condujo a Owen hasta su habitación y lo dejó allí para que se relajara. Owen le agradeció con una sonrisa y cerró la puerta tras él.

Sin perder tiempo, se quitó la ropa que traía puesta y la lanzó a un rincón sin cuidado. La habitación tenía un aire viciado, seguramente por haber estado cerrada durante varios días. Owen caminó hacia las ventanas y apartó las cortinas, dejando entrar la luz del sol que bañó su cuerpo semidesnudo con una sensación reconfortante. Se quedó unos minutos disfrutando del calor y de la vista del jardín, mientras se estiraba y bostezaba. Luego sintió que el cansancio le pesaba en las piernas, así que se sentó en el borde de la cama y se despojó del bóxer, la última prenda que le cubría. Era hora de darse un baño.

Mientras Owen se deleitaba con los rayos solares junto a la ventana, unos ojos curiosos lo espiaban desde el patio trasero. Tal vez no era su intención mirar, pero no pudo resistirse a contemplar tanta belleza.

—Will, ¿qué haces?

La voz de Emir sonó alterada desde el exterior, interrumpiendo el silencio de la casa. Owen sintió una punzada de curiosidad, pero la ignoró. No era su problema lo que pasara entre Will y Emir. Siguió caminando hacia el baño y se detuvo frente al espejo. Al entrar, un perfume dulce y

familiar le envolvió. Era el aroma a rosas y canela que tanto le gustaba a Rayden. Owen había guardado un frasco de esencia que Rayden le había regalado en un cajón, y lo usaba de vez en cuando para sentirlo cerca. Sobre el lavabo, había otros objetos que le recordaban a Rayden: su crema de afeitar, sus jabones de avena y lavanda, su cepillo de dientes. Owen los miró con ternura, sin atreverse a tocarlos. Los había dejado tal como estaban la última vez que Rayden había estado allí. «Él volverá por ellos», se dijo Owen con esperanza.

—Debes ser fuerte —se susurró a sí mismo, mirando su reflejo en el espejo. Sus ojos verdes reflejaban una mezcla de tristeza y añoranza.

Owen se tocó los arañazos de su rostro, como si pudiera borrar las cicatrices de lo que había causado esas heridas. Luego hizo lo mismo con los de sus brazos y, con temor, palpó los moretones de su vientre. Al cerrar los ojos, se vio a sí mismo tirado en el asfalto, rodeado por los brazos de su madre, bajo la lluvia que los azotaba y el olor a sangre que lo asfixiaba.

Con un gemido, entró a la ducha y se desplomó en el suelo de porcelana. Dejó que el agua le golpeara, como si pudiera limpiar algún tipo de mancha que, en verdad, no tenía. Unos minutos después, sintió que estaba en un lugar ajeno, como si todo a su alrededor hubiera desaparecido, aunque siguiera en el mismo sitio. La tristeza lo aplastó con más fuerza, las ganas de llorar sin consuelo no lo soltaban ni un momento y cada vez se sentía más sofocado, mareado, hasta el punto de que ya no podía respirar. Salió de la ducha con la ilusión de llegar a su habitación, pero no pudo más. Cayó al suelo con un ruido sordo.

Intentó moverse. No tenía fuerzas para levantarse ni para gritar por ayuda, solo podía llorar inconsolable mientras un dolor inmenso le destrozaba el corazón en pedazos. «Todo estará bien», se mintió una vez más, tratando de apaciguar sus emociones.

Con un estruendo, la puerta de la habitación y luego la del baño se abrieron de par en par. Emir se quedó petrificado al ver a su hermano tirado en el suelo, desnudo y empapado, sollozando como un niño. Corrió a su lado, lo envolvió en una toalla y lo alzó en sus brazos. —Tranquilo, tranquilo —le susurró, tratando de calmarlo. Le secó el pelo con cuidado y lo acostó en la cama.

Owen lloró en silencio, sintiendo un vacío en el pecho que nada podía llenar. Las emociones que lo atormentaban y los recuerdos que lo asaltaban le hacían revivir el dolor de lo que había perdido.

Emir quería quitarle el sufrimiento, quería que las cosas fueran distintas, quería cambiar de lugar con él si eso significaba verlo feliz.

—Él estará bien, debes tener fe —Emir no sabía qué había desencadenado aquella crisis, pero sospechaba que tenía que ver con Rayden. Así que intentó consolarlo.

—Sé que tengo que ser fuerte por mí y por todos, pero es muy duro. —confesó Owen entre lágrimas.

—Ser fuerte no significa ocultar lo que sientes, puedes ser fuerte y llorar cuando tu corazón lo necesite, sentir tristeza o culpa no te resta valor, no reprimas tus emociones —dijo la abuela con una voz suave y cálida, apareciendo en el umbral de la puerta sin previo aviso.

A Owen le parecía increíble que una persona que casi nunca se dejaba ver vulnerable ante nada, le dijera esas palabras. Pero también sabía que ella tenía razón.

Varias semanas después...

La ceremonia para despedir a Rachel se llevó a cabo con éxito, contando con la presencia de algunos empresarios y la prensa, tal como fue planeado. Como resultado de todo aquel teatro, la gente comenzó a prestar atención en otras cosas, dejando pasar lo sucedido en el hotel Ritnes y la ya fallecida Rachel.

Pero, una función teatral no es eterna, tiene un principio y final.

A veces es arduo comprender por qué cuando estamos pasando por una situación dificultosa todo parece conspirar en nuestra contra, como si no fueran suficientes las emociones con las que ya tenemos que lidiar. Owen estaba luchando con eso, pasaron los días y visitar a Rayden en el hospital se le hacía cada vez más difícil porque Aron y Elis se empeñaban en prohibírselo. Durante toda su vida creyó que era una persona normal como cualquier otra, a pesar de crecer solo con su abuela, tuvo una infancia tranquila, aunque de vez en cuando lloraba por las noches, como consecuencia de la ausencia de sus padres. Pero nunca imaginó que la vida tranquila que llevaba, o que creía llevar, se convertiría en algo tan caótico.

Owen se preguntaba una y otra vez si eso era lo que significaba ser adulto. Nadie le había advertido que crecer implicaba tantas dificultades y dolores. A veces se sentía culpable por lo que le pasaba, pero ¿qué culpa tenían los que le querían? ¿Por qué tenían que sufrir ellos también? ... ¿y por qué tenía que sufrir él? ¿Qué mal había hecho? ¿Era un castigo descubrir que su madre estaba viva, que tenía un hermano mayor y que su padre era uno de los hombres más poderosos del país? ¿Era un pecado amar a alguien con todo su corazón? Owen no encontraba respuestas a esas preguntas.

—Señor, he venido a ver si necesita algo —susurró una voz detrás de él, interrumpiendo sus pensamientos mientras acariciaba con delicadeza unas orquídeas en el invernadero.

—Si necesitara algo te habría llamado —respondió Owen de manera indiferente sin apartar la mirada de las flores.

—Es que lleva horas aquí, pensé que... —Will se quedó callado cuando Owen se giró y lo fulminó con la mirada.

—Acepté que fueras mi guardaespaldas personal porque creí que no te meterías en mis asuntos ¿cometí un error?

Will retrocedió unos pasos y bajó la cabeza, su aspecto angelical y manos temblorosas daban la impresión de ser una persona ingenua y no la de un guardaespaldas armado, que además de eso, era sumamente hábil en defensa personal y manejo de la informática.

—No quise molestarte, solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

Owen negó con la cabeza, esbozando una leve sonrisa. Sentía un creciente afecto por ese chico, que siempre se mostraba tan atento que a veces rozaba lo fastidioso, pero le ayudaba a distraerse de sus propios fantasmas.

—Solo estoy bromeando —le dijo, notando el alivio en la mirada del joven guardaespaldas, que volvió a iluminarse como antes—. Estoy bien, estar aquí me da un poco de paz.

—Entonces me retiro —Will hizo una ligera reverencia con su cabeza y se dispuso a marcharse.

—¡Espera! —Owen lo detuvo—. Ya te he dicho que no me trates de usted, se siente raro.

—Sí, señor.

—¡Will!

—Lo siento.

A Owen le costaba acostumbrarse al trato tan respetuoso que le brindaban los guardaespaldas y a Will le costaba tratarlo como un igual.

—El día que salimos del hospital, Emir dijo que eras el favorito de Rachel. ¿Cómo sucedió eso?

Will levantó la mirada y lo miró fijamente. Se veía un poco aturdido y pensativo, no estaba seguro de si debía hablar sobre esas cosas, ya que el tema de Rachel seguía siendo delicado.

Adivinando los pensamientos del guardaespaldas, Owen se apresuró a explicar: —Puedes

hablar libremente, ella era mi madre, pero no fuimos tan cercanos —dijo esas palabras no porque no sintiera dolor, sino porque necesitaba saber la mayor cantidad de cosas posible relacionadas con Rachel, así que debía mantener una actitud indiferente a sus sentimientos.

—Yo vengo del mismo orfanato donde creció Emir...

—¿Y qué? —preguntó Owen con escepticismo.

—Y ahí fue donde lo conocí. No éramos amigos en ese entonces, pero yo lo admiraba en secreto, él era muy reservado y eso me atraía. Además, una vez me salvó la vida, así que yo le debía mucho.

Owen trató de visualizar a Emir y a Will de niños y, sin querer, esbozó una sonrisa.

—Cuando Aron se llevó a Emir del orfanato me sentí muy solo, más tarde la señora misteriosa y la señora Rachel vinieron a visitar el orfanato. Dos años después volví a ver a Emir.

—¿Elis estaba con ellos? —Owen conocía parte de la historia de Emir y sabía que la señora misteriosa era Elis, quien lo apoyó durante mucho tiempo en el orfanato.

—Prefiero llamarla "la señora misteriosa", la Elis de ese entonces y la Elis actual parecen personas distintas —dijo Will con nostalgia. —Después de eso la señora Rachel empezó a financiar el orfanato y la vida de todos los que estábamos allí cambió.

Owen sintió un nudo en su garganta, eso había ocurrido hacía muchos años atrás, pero según sus cálculos, su madre ya había salido de la cárcel y se había reencontrado con Emir, pero él no sabía de su existencia.

—Cuando la señora Rachel nos propuso entrar en su agencia, la mayoría aceptamos sin dudarlo. Sí, casi todos los jóvenes que trabajamos aquí venimos del orfanato. Ella nos dio un hogar, una familia, fue una persona... —Will hablaba sin parar, hasta que se percató de la mirada de dolor de Owen.

Owen trató de disimular su malestar y cambió de tema.

—¿Cómo empezaste a ser amigo de Emir?

—Te lo conté el mismo día que nos presentaron: somos mejores amigos. Que él no lo admita es otra historia. —Will se rascó la nuca y esbozó una sonrisa.

—Solo una cosa más —el chico pelirrojo aprovechó que su guardaespaldas estaba distraído para lanzarle su verdadera pregunta.

—Dime.

Will lo miró con curiosidad.

—Como conoces a Rachel desde que eras un muy joven, ¿alguna vez la escuchaste hablar de una tal Eliza?

Will se quedó paralizado, su rostro se tiñó de palidez al oír ese nombre. —Yo... yo... —tartamudeaba, pero no conseguía formar ninguna oración.

—¿Sabes quién es? —Owen le interrogó con impaciencia.

—Solo sé que Eliza y la señora eran muy íntimas. Pero ninguno de nosotros la ha visto jamás, ella siempre fue un enigma.

CAPÍTULO 37
¿QUIÉN ES ELIZA?

Owen visitaba a Rayden día tras día sin falta, a veces se quedaba dormido con la cabeza apoyada en un lado de la cama mientras le contaba sus experiencias vividas durante el día. Estaba convencido de que podía ser escuchado y eso despertó su curiosidad por saber qué sucedía en el mundo. Dedicó más tiempo a las redes sociales, a la farándula y especialmente a todos los temas relacionados con la moda, sabiendo que ese era el entorno en el que Rayden se movía constantemente. Así descubrió que el mundo del entretenimiento era más complejo e interesante de lo que había imaginado y también le permitió conocer de manera indirecta otro aspecto de su novio, el profesional, al que no estaba muy familiarizado.

—Te quedaste dormido otra vez —le reprochó Raykel al entrar a la habitación y ver a Owen recostado en la cama de su hermano con una postura visiblemente incómoda—. Supongo que volver a decirte que hagas algo diferente es una pérdida de tiempo. No has dejado a mi hermano ni un solo día y estoy muy agradecido, pero no puedo evitar sentirme mal al ver cómo desperdicias tu vida.

Owen despertó en cuanto Raykel abrió la puerta, pero su cuerpo estaba tan entumecido que no pudo levantarse al instante.

—No estoy desperdiciando mi vida —dijo con voz ronca mientras desperezaba su cuerpo.

—Entrenar hasta el cansancio y venir aquí en tu tiempo libre, creo que eso es desperdiciar tu vida. No has hecho nada más en todos estos meses.

Owen se sometió a rigurosos entrenamientos físicos tal como lo sugirió Sam, el problema comenzó a surgir cuando estos entrenamientos se convirtieron en una obsesión que sirvió como escapatoria al sufrimiento que tocaba a su puerta cada mañana al abrir los ojos.

—Te dejaré para que te despidas, será mejor que te vayas antes de que mi madre y Aron lleguen.

Owen sintió un escalofrío al oír el nombre de Aron. Había evitado cruzarse con él y con Eliz durante meses, temiendo no poder controlarse.

Raykel se dirigió hacia la salida, pero antes de alcanzar el picaporte, la puerta se abrió de golpe y apareció Will con dos vasos de café en las manos.

—¿Café? —ofreció Will con una sonrisa deslumbrante, como si no hubiera nada más importante en el mundo que compartir una bebida caliente. Los vasos llevaban el logo de una cafetería exclusiva, donde el precio de un café era más alto que el salario mínimo.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar vigilando el coche o algo así? —le espetó Raykel con hostilidad.

Will no se inmutó por el tono grosero y respondió con cortesía.

—Estoy cumpliendo con mi trabajo, señor.

—¿Tu trabajo incluye traer café? —La voz de Raykel era fría y cortante, y su mirada perforaba al joven guardaespaldas con desprecio.

Will sonrió con nerviosismo —Sabía que el señor...—se interrumpió y carraspeó, recordando su error —sabía que Owen estaba aquí y pensé que quizás un café le vendría bien, como vi que usted acababa de llegar, le traje uno por cortesía.

Raykel puso expresión de pocos amigos, y apartó a Will de un empujón. Sin decir una palabra, salió corriendo de la habitación.

—¿Qué le pasa? —preguntó Will en voz baja, confundido.

Owen había presenciado la escena sin intervenir. Tenía una sospecha de lo que podía estar

ocurriendo entre Raykel y Will, pero era solo una conjetura, y bastante descabellada. Se levantó con lentitud y cogió uno de los cafés que Will había traído. —Gracias —murmuró con cortesía.

—Me alegra que ya me trates como a un compañero y no como a un superior. Has progresado mucho desde que empezaste a trabajar conmigo. Ya no tengo que recordarte que no me llames señor, lo haces por tu cuenta.

Will se sonrojó hasta las orejas, delatando sus sentimientos. Su piel se tiñó de un rojo intenso que expresaba más de lo que él quería revelar, pero su jefe no se dio cuenta.

—Espérame en el coche —le dijo Owen.

Will asintió y se marchó.

Owen se sentó de nuevo al lado de la cama de Rayden y le dio un sorbo a su café.

—A veces es un chico irritante porque se toma su trabajo demasiado en serio, pero cuando hace cosas como traerme un café como este, reconozco que me cae bien —Owen inhaló el aroma del café y sonrió mientras le hablaba. El café era de su gusto: fuerte, con poca azúcar y muy caliente. Will ya sabía cómo le gustaban las cosas, y solía acertar en estos detalles.

Con delicadeza, el chico pelirrojo deslizó sus dedos por el rostro de su novio, sintiendo el leve cosquilleo de la barba incipiente. Una sonrisa triste se dibujó en sus labios, y se inclinó para depositar un beso en la frente del otro.

—Pronto hará un año que estás aquí —susurró, mientras las lágrimas le nublaban la vista. El dolor le oprimía el pecho al ver a su novio inmóvil en la cama del hospital, conectado a un respirador artificial —Tu hermano dice que debería seguir adelante con mi vida, pero él no sabe lo que siento por ti. No sabe que sin ti me falta una parte de mí, que no puedo ser feliz, aunque me recomponga mil veces.

Owen sintió un nudo en la garganta al ver la hora en el reloj del hospital. Eran más de las ocho de la mañana y sabía que tenía que irse, pero le costaba despedirse de Rayden. ¿Cómo podía dejarlo solo en esa cama, conectado a tantos cables y máquinas? ¿Y si no volvía a verlo? ¿Y si era la última vez que podía decirle lo mucho que lo amaba? Día a día, esa eran solo algunas de las cuestiones que rondaban su cabeza a la hora de despedirse.

Se mordió el labio y se levantó de la silla con un suspiro. No podía demorarse más, tenía responsabilidades que atender y Will lo estaría esperando impaciente. Ser el jefe no le daba derecho a ser irrespetuoso con su equipo. Se puso el abrigo de mangas largas que había dejado sobre el respaldo y se lo ajustó para taparse la cabeza y parte del rostro. Quería salir sin llamar la atención, sin tener que explicar a nadie por qué estaba allí ni cómo se sentía. Pero lo que no sabía era que ese gesto lo hacía parecer un fugitivo que escapaba tras haber hecho algo terrible. Todos los que lo veían por el pasillo lo miraban con curiosidad o recelo, preguntándose qué ocultaba bajo ese abrigo. Al doblar la esquina, se topó con el doctor que cuidaba de Rayden y no tuvo más remedio que saludarlo. Ya se conocían desde hacía tiempo, así que había cierta confianza entre ellos.

—Si lo que desea es pasar desapercibido, debería deshacerse de ese abrigo tan llamativo.

La voz de Will le susurró al oído a Owen, haciéndolo sobresaltar.

—¡Demonios! —exclamó Owen en voz baja—. No quiero que nadie me reconozca ni me interrogue sobre nada. —No se molestó en preguntarle a su guardaespaldas cómo había llegado hasta allí, pues ya sabía que era inútil darle órdenes como "quédate en el coche".

—Ya nadie se acuerda de lo que ocurrió hace casi un año, no se preocupe. Las noticias cambian todo el tiempo. Ayer vi que el protagonista de Memorias de Bourne estaba metido en un

lío porque se fotografió con su asistente, y la gente especulaba que eran amantes. Pero hace unas horas, se difundió el rumor de que Radiance explota el talento de jóvenes diseñadores sin darles el reconocimiento que merecen, y todo el mundo habla de eso en las redes sociales. En cuestión de horas se olvidaron del actor y su supuesto romance.

—No sabía que te interesaran esos temas —dijo Owen con curiosidad.

—No me interesaban hasta hace unos meses —confesó Will sin mirarlo a los ojos.

—Eres extraño.

Owen siguió por el pasillo hacia las escaleras, con Will pisándole los talones.

—No pensé que te volvería a ver, ya que siempre huyes —dijo una voz familiar detrás de él.

Owen se dio la vuelta con el corazón acelerado y se encontró cara a cara con Elis. A su lado, Aron lo miraba con indiferencia, sin mostrar ninguna emoción en su rostro anguloso, típico de él.

—Discúlpeme... —Owen suspiró, sintiendo un nudo en la garganta—, pero no puede culparme por no querer verla. Usted sabe quién es el responsable de lo que le sucedió a su hijo y no hace nada. Además, puede ser considerada como cómplice de la muerte de mi madre, a pesar de que fue su amiga.

Elis soltó una leve risita, que sonó como el tintineo de una copa de cristal. Sus ojos oscuros brillaban con malicia.

—No intentes deshacerte de la culpa echándole la carga a otros —replicó con frialdad—. Tu madre murió por haberte salvado la vida cuando intentaste suicidarte. Las heridas previas no le causaron la muerte.

Caer de un rascacielos probablemente habría sido menos doloroso que haber escuchado las palabras de Elis. Owen sintió como si una sensación amarga se formara en su boca y luego bajara arrasando por su garganta hasta caer en su estómago, creando en él unas profundas ganas de vomitar. Ese fue un golpe bajo. Y lo peor de todo es que Elis no parecía sentir ni rastro de remordimiento.

Aron frunció el ceño con una expresión inescrutable, pero guardó silencio. Nadie podía adivinar qué pensaba o qué sentía en ese momento.

—¡Aún sigues aquí! —exclamó Raykel, irrumpiendo en el pasillo con paso firme y una mirada acusadora.

—¡Vamos de salida! —se apresuró a decir Will, tomando del brazo al atónito Owen y señalándole el camino hacia la salida. Pero el chico pelirrojo no se movió. De pronto, su mente se llenó de recuerdos de aquella noche terrible. Como si fuera una película, vio las escenas que lo habían marcado para siempre: las luces, los gritos, el dolor, el miedo. Se sintió transportado a aquella espeluznante calle donde, por un acto impulsivo, casi pierde la vida. No se dio cuenta de que estaba en un hospital, rodeado de gente que lo miraba con curiosidad o compasión.

Al revivir todo lo que había sufrido, Owen sintió un latigazo de dolor en el pecho. Recordó la placa que su madre le había entregado con su último aliento, la misma que había guardado en un cajón y olvidado por meses. Había renunciado a averiguar su significado, pero ahora que su pasado volvía a atormentarlo, se aferró a una nueva esperanza. Tal vez Eliz sabía algo, ella había sido amiga de su madre.

Owen estaba absorto en sus pensamientos, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Su rostro estaba pálido y sus ojos vidriosos. Sin darse cuenta de que hablaba en voz alta, formuló una pregunta que desencadenaría una violenta reacción.

—¿Quién es Eliza? —murmuró sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué has dicho? —bramó Raykel, encarándose con Owen con una actitud agresiva y desafiante. Will se interpuso entre ellos, tratando de calmarlo.

Owen se sobresaltó y retrocedió unos pasos. Poco a poco fue tomando conciencia de lo que había preguntado y de las reacciones de Raykel y Eliz. Raykel estaba furioso, como si Owen hubiera cometido un grave insulto, pero Owen no entendía por qué. Eliz, por su parte, estaba lívida. Se tambaleó hacia la pared más cercana y se apoyó en ella con dificultad.

Owen sintió un escalofrío al ver las caras de los demás. ¿Qué significaba esa mirada de horror y dolor? ¿Qué conexión había entre Eliza y ellos?

—No deberías estar aquí —le advirtió Aron con voz grave.

—Necesito saber quién es Eliza. Rachel así lo quería. ¿Qué saben ustedes de ella? —insistió Owen, angustiado.

—¡Basta! —exclamó Raykel, fuera de sí. Quiso abalanzarse sobre Owen, pero Will lo detuvo.

—Rachel no debió involucrarte en esto. Ella y tú son responsables de lo que le sucedió a Rayden. Y ahora vienes a remover una herida que nunca cicatrizó.

Owen negó con la cabeza, sin pronunciar una palabra. Aron se acercó con cautela y tomándolo por el brazo le susurró al oído:

—No cometas una locura, déjalo todo como está. Te conviene mantenerte al margen.

—No me asustas —replicó Owen con desafío y se zafó de su agarre.

—No importa si me temes o no, pero deberías hacerlo —los ojos de Aron destilaban frialdad, quizás en otro momento habrían hecho temblar a Owen, pero ya nada podía intimidarlo.

—Sé que no te atreves a tocarme, llevo tu asquerosa sangre en mis venas, maldita sea —masculló Owen para que solo Aron lo oyera.

Owen sabía que lo más prudente era mantenerse al margen y no volver a visitar a Rayden por un tiempo. Sin embargo, algo en su interior le impulsaba a desafiar el peligro y a seguir buscando respuestas, aunque eso significara arriesgarse. Por otra parte, tenía la sospecha de que Eliza estaba relacionada con todo aquello, pero no sabía cómo ni por qué. ¿Quién era realmente esa mujer que se había cruzado en su camino? Owen sentía que estaba cerca de descubrirlo, pero también que se adentraba en un misterio cada vez más oscuro y profundo.

CAPÍTULO 38
¿QUIÉN ES OWEN?

DESPUÉS DE TRES AÑOS
(EL PRESENTE)

Un velo de oscuridad envuelve la mente de Rayden, sumiéndolo en un abismo de silencio y soledad. Su cuerpo yace inerte en una cama de hospital, conectado a máquinas que le mantienen con vida. Pero su espíritu, su esencia, su alma, sigue atrapada en un limbo entre la vigilia y el sueño, incapaz de escapar de su propia prisión. Es como si hubiera caído en un pozo sin fondo, del que no puede salir ni pedir ayuda. El coma es una tortura sin fin, una pesadilla de la que no puede despertar. Rayden es consciente de todo lo que le ocurre, pero no puede reaccionar ni expresar sus sentimientos. Solo puede esperar, con una angustia insoportable, a que algún día se abra una ventana de luz en su oscuridad.

Rayden

—Hoy se cumplen tres años desde que nos conocimos, ¿lo recuerdas? Fue el día de tu cumpleaños.

Escucho estas palabras claras y fuertes en mi cabeza, sin tener idea de dónde provienen ni a quién pertenecen. Ni siquiera sé si están dirigidas a mí.

Todo parece difuso a mi alrededor, no distingo la luz de la oscuridad y estoy empezando a cuestionarme si esto es real o no.

Un olor agradable a flores frescas me envuelve y mi cerebro comienza a inventar recuerdos de cosas que no reconozco, a mostrarme imágenes de personas que nunca he visto y a susurrarme un nombre que jamás he escuchado: Owen.

—Ray, siempre te esperaré, ojalá que algún día puedas perdonarme.

¿De dónde viene esa voz? Es como un susurro amplificado en mi cabeza y por más que me esfuerzo, no logro identificarla. ¿Quién eres? ¿Qué debo perdonarte? No sé si estas preguntas las estoy haciendo en voz alta o simplemente las pienso, para ser sincero, no sé nada.

Siento una extraña sensación en mi rostro, como si una mano cálida lo acariciara con ternura. Quisiera abrir los ojos y ver a quién le pertenece, pero no puedo. Una voz dulce me susurra al oído: —Feliz cumpleaños.

Intento responderle, mover los labios, pero es inútil. ¿Qué diablos me está sucediendo? ¿Qué clase de pesadilla es esta?

De pronto, otra voz irrumpe en mi oído, una voz que reconozco al instante. Es mi hermano, que parece enfadado. —No puedes estar aquí —le dice a alguien—. ¿Ya olvidaste lo que sucedió la semana pasada?

Mi hermano y el otro chico, que para mí sigue siendo un desconocido, continúan hablando, pero no logro entender sus palabras. Suena como un murmullo lejano que se pierde entre el ruido de mi cabeza. Algo comienza a suceder en mi mente, puedo ver un torbellino de imágenes borrosas que vienen y van sin parar, cosas conocidas y otras no tanto. ¿Qué significan? ¿Qué tienen que ver conmigo?

Siento que todo lo que está sucediendo es real, porque ningún sueño puede imitar la sensación de hormigueo que provoca un beso, y eso es justo lo que experimento en este momento; unos labios húmedos y suaves que se funden con los míos. Una gota de saliva que resbala en mi lengua despierta una agobiante sensación de sed. Él se separa y la codicia por

sentir la humedad de su boca en la mía se convierte en una urgencia. Quisiera lamer mis propios labios, pero no puedo, mi cuerpo no obedece al mandato de mis deseos.

—Sé que ya te lo he dicho muchas veces y, probablemente no puedes escucharme, pero lo repetiré una vez más; te amo. Te esperaré, aunque la espera dure toda una vida.

Siento que el aire me falta, que me ahogo en un vacío sin salida. Quiero moverme, escapar, pero mi cuerpo está inerte, como si no me perteneciera. ¿Quién es ese hombre que dice amarme? ¿Por qué su voz me resulta tan familiar, tan dulce, tan necesaria? ¿Por qué mi corazón late con fuerza cuando lo escucho?

...

Un destello de luz me ciega por un instante. Creo que ha llegado mi hora, que un ángel viene a buscarme para llevarme al cielo. Pero no, no puede ser. No he sido tan bueno en esta vida como para merecer tal gracia. Descarto esa idea y trato de enfocar mi vista.

—¿Sabes cuál es tu nombre?

Claro que sé cuál es mi nombre. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Sabes cuál es tu nombre?

Repito la misma respuesta en mi mente, pero parece que no sale de mi boca. El hombre que me habla lleva unos lentes redondos como los de Harry Potter. A su lado hay otros dos doctores y dos enfermeras que me observan con curiosidad. Me doy cuenta de que estoy en una cama de hospital y siento un escalofrío.

—Es un milagro que haya abierto los ojos, después de todo lo que ha padecido. No podemos exigirle demasiado, su vida ha sido una tragedia.

—Así es, es un muchacho muy desdichado. Llevaba un año en coma y sus padres ya habían firmado el consentimiento para desconectarlo. Y ahora que despierta, parece no saber nada.

Las enfermeras siguen cuchicheando, sin importarles mi presencia. Me pregunto qué clase de profesionales son, que no respetan a los pacientes.

En este momento, no sé cómo definir lo que siento. ¿Es rabia? ¿Miedo? ¿Tristeza? No lo sé, son demasiadas emociones juntas. He estado un año en coma y mis padres querían dejarme morir. Esto último no me extraña, nunca me quisieron. Pero hay algo que me inquieta, un vacío en mi mente que se extiende hasta mi corazón. Siento una nostalgia y una angustia inexplicables. Sé que no tienen que ver con nada que haya vivido, y eso las hace más perturbadoras.

—No soy una persona religiosa, pero creo que la fe que el joven Raykel y Owen depositaron en él le infundió las fuerzas necesarias para seguir luchando.

Owen, ese nombre que resuena en mi mente como un eco.

—Eso no es científico —replica el doctor con escepticismo.

—Doctor, ¿acaso tiene usted alguna otra explicación para este milagro?

—Todavía no.

Me irrita que hablen de mí como si fuera un objeto, como si no pudiera oírlos ni sentirlos. Debo hacer algo para que sepan que estoy aquí, consciente de todo lo que ocurre a mi alrededor.

—Me llamo Rayden —les suelto con mal humor y me arrepiento al instante de haber hablado. Una sensación amarga me sube por la garganta y me dan arcadas, pero no logro vomitar nada.

—¿Qué más recuerda, joven?

No sé qué responder. Intento buscar algo entre mis recuerdos, pero la cabeza me empieza a latir con fuerza y la vista se me nubla.

—¿Puede contarnos algo sobre usted?

¿Qué quieren que les diga? ¿Qué hay de mí que no sepan ya? Bueno, hay muchas cosas, pero

no se las voy a decir. ¿Qué demonios pretende este doctor?

—¿A qué se dedica? —pregunta el doctor con una voz fría y distante.

—Soy diseñador de modas, pero seguro que ya lo sabe. —respondo con desgana, intentando ocultar el dolor que me produce hablar.

—¿Cuál es el nombre de su última colección? —continúa él, con la mirada fija en lo que parece ser un expediente.

Comprendo que está tratando de evaluarme, de sondear mi mente, pero no quiero seguir con este juego, me irrita escuchar su voz, no quiero que se acerque más y trato de empujarlo, pero mis brazos no responden. No pretendo ser grosero, pero tengo la extraña sensación de estar en peligro, a pesar de que él no ha hecho nada malo.

—¿Cuál es el nombre de su última colección? —repite con serenidad, sin inmutarse por mi reacción, parece un robot programado para hacer preguntas incómodas.

Le digo el nombre de la última colección que Raykel y yo lanzamos y el asiente.

—Muy bien, debemos hacer algunos estudios.

Con una voz monótona, el doctor sigue interrogando a Rayden, como si fuera testigo de un crimen. Parece que ya sabe las respuestas de antemano, pero quiere comprobar qué tanto puede recordar el joven. Todas las preguntas se refieren a hechos que ocurrieron hace tres años, justo antes del incidente que lo dejó en coma.

—Los síntomas que presenta el paciente son típicos de una lesión cerebral traumática causada por un fuerte impacto —explica el doctor con frialdad—. Tiene dolores de cabeza intensos, lagunas de memoria y desorientación. Dado que los eventos que provocaron su estado fueron muy traumáticos y que estuvo inconsciente durante un año, no podemos asegurar que recupere la memoria algún día.

—Mejor así —murmura Eliz con desdén, al oír el diagnóstico del médico.

El doctor se muerde el labio, tratando de ocultar su asombro ante las palabras de Eliz. Conoce bien a esa familia, sus secretos y sus ambiciones, y sabe de lo que son capaces de hacer y de decir para conseguir lo que quieren. Pero no es momento de juzgar, sino de informar.

—Los recuerdos pueden ser frágiles o resistentes, dependiendo de las circunstancias que los rodean. A veces, el propio paciente puede influir en la recuperación o la pérdida de su memoria, ya sea por traumas o por voluntad propia.

—¿Está diciendo que Rayden puede borrar lo que no quiere recordar? —interrumpe Aron con incredulidad.

—No es tan simple como eso, hay dos formas posibles de olvidar lo indeseable: suprimirlo o sustituirlo por algo más agradable. Pero cada una implica un camino diferente en el cerebro.

El doctor observa las caras de Eliz y Aron y se da cuenta de que no han entendido nada. Intenta simplificar su explicación.

—Puede que Rayden haya decidido olvidar algo que le hacía daño, pero eso puede tener consecuencias en otros recuerdos que no tienen relación con su trauma. Sería como un efecto secundario. No puedo afirmar que eso sea lo que le ha pasado, es demasiado pronto para saberlo, pero es una posibilidad. También es posible, y quizás más probable, que haya perdido la memoria por el golpe que se dio en la cabeza cuando cayó por el barranco donde lo encontraron. De todas formas, necesitará ver a un especialista lo antes posible, cuando su estado físico se estabilice. Lo más importante ahora es cuidar sus emociones.

Eliz y Aron escuchan la charla del doctor con cara de aburrimiento y cansancio, a pesar del

estado crítico en el que se encuentra Rayden. Ninguno de los dos parece afectado por la noticia. Evidentemente, en sus cabezas hay cosas más importantes en que pensar, como sus negocios, sus amantes o sus viajes. La estabilidad emocional y física de uno de sus hijos no es prioridad para ninguno de los dos.

—Ray, ¿quién es Owen? —pregunta Rayden con voz débil, mirando a su hermano gemelo con curiosidad.

—Debes descansar, hay mucho tiempo para hablar sobre todo lo que quieras —dice Raykel con voz temblorosa, intentando evitar la mirada de su hermano para que no se dé cuenta de que, en realidad, no quiere hablar sobre Owen en ese momento. Pero eso no da ningún resultado. Rayden lo observa fijamente, esperando una respuesta.

—En mi cabeza hay un torbellino de pensamientos confusos que viajan sin rumbo, que no logro descifrar y que me oprimen el pecho. Pero ese nombre brilla con una luz propia, ¿por qué? —insiste Rayden, sintiendo una extraña conexión con ese nombre que le resulta familiar y lejano a la vez.

Raykel permanece en silencio, mirando a su hermano con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—¿Recuerdas cuando diseñaste aquel vestido azul para una actriz famosa? —pregunta Rayden, buscando un ejemplo que le haga comprender.

—Claro que lo recuerdo.

—Lo tenías listo, era precioso, pero cuanto más lo mirabas, más sentías que algo faltaba. Que le hacía falta un toque final, un detalle que lo hiciera perfecto.

—Sí, ese sentimiento fue horrible, me desesperaba no entender qué le hacía falta —expresa Raykel mientras recuesta la cabeza sobre el hombro de su hermano.

—El sentimiento es parecido, tengo el nombre de Owen en mi cabeza, pero no logro entender por qué. ¿Qué hace falta? ¿Qué significa? ¿Qué me quiere decir?

Raykel duda un instante antes de pronunciar las palabras que podrían cambiarlo todo, pero sabe que no puede guardarle un secreto a su hermano que tarde o temprano descubrirá, ya sea por su propia memoria o por boca de otro.

—Owen es tu novio —le revela con voz suave, esperando una reacción positiva.

—¿Novio? —Rayden se lleva la mano al labio inferior, como si quisiera comprobar algo, y murmura con angustia; —Él... me besó.

—Sí, estuvo aquí antes de que despertaras, te trajo esas flores —Raykel señala las rosas rojas que adornan la mesita junto a la cama.

—Entonces fue real, lo presentía. Pero ¿un novio? ¿Yo con un novio? Eso no puede ser —Rayden niega con la cabeza, incrédulo y confundido.

Raykel percibe que algo no está bien y se levanta de la silla. —Ray, tranquilo —le dice a su hermano al ver que le empiezan a temblar las manos.

—No puede ser, no, no... —Rayden se golpea la cabeza con los puños, como si quisiera liberarse del torbellino de imágenes borrosas que invaden su mente.

—Mírame, estoy aquí, todo estará bien —Raykel intenta acercarse a él para abrazarlo y calmarlo.

—No me toques... no... aléjense —Rayden grita y empuja a Raykel con fuerza, alejándolo de él —no me lastimen.

En medio de gritos y convulsiones, Rayden se cae al suelo al tratar de levantarse para escapar

de quienes lo quieren dañar.

—Ya no más, por favor —suplican los gemelos al unísono, mientras el llanto empapa sus rostros. Ambos comparten el mismo dolor, como si estuvieran conectados por un hilo invisible.

El estruendo que sale de la habitación alerta al personal médico, que acude rápidamente a ver qué ocurre. Al ver más gente entrar, Rayden se siente aún más acorralado y asustado. Empieza a arrancarse el cabello y a golpearse con furia, retrocediendo por el suelo hasta chocar con la pared. La bata de hospital que apenas lo cubre se le cae, dejándolo expuesto y vulnerable ante las miradas ajenas.

—Sujétenlo —ordena el doctor que ha estado tratando a Rayden. Las enfermeras intentan agarrar al paciente desnudo, que se revuelve y forcejea para librarse de sus fantasmas interiores, pero la tarea es casi imposible.

—No, no, no —Rayden se resiste con la poca fuerza que le queda, pero el doctor consigue inyectarle un sedante que lo deja inmóvil. Aun así, sus labios siguen moviéndose, murmurando palabras incomprensibles que suenan a súplicas.

Raykel se queda sentado en el suelo, estremeciéndose de miedo y de frío. Observa cómo llevan a su hermano de vuelta a la cama, como si fuera un muñeco roto. Su conexión con Rayden es tan profunda que siente lo mismo que él, como si tuvieran un solo corazón y una sola mente. Por eso, cada vez que su gemelo sufre un ataque de pánico, él también lo vive en carne propia.

Una enfermera toma de la mano a Raykel y lo conduce a la sala de espera, después de comprobar que está bien. Allí lo esperan Aron y Eliz, con expresiones sombrías.

—Rayden será trasladado a una clínica especializada para que se recupere —anuncia Aron.

Raykel sabe perfectamente a qué se refiere con "una clínica especializada". Un manicomio, un lugar donde encerrarán a su hermano como si fuera un loco peligroso. Pero él no está dispuesto a permitirlo.

—No les importa nada la recuperación de Ray, solo quieren alejarlo de mí —acusó Raykel con rabia.

Aron suelta una carcajada amarga.

—No necesito alejarlo de ti para deshacerme de él, si ese fuera mi objetivo —replica.

—Es por su bien, las personas que le hicieron daño todavía están libres —interviene Eliz.

—No me vengas con eso —corta Raykel con impaciencia.

Desde hace unos meses, Eliz ha estado convencida de que Rachel sigue con vida y que todo ha sido un teatro montado por ella, pero Raykel difiere totalmente ya que está seguro de que Emir nunca le mentiría con algo así.

—Si intentan enviar a Rayden lejos, le enviaré a la prensa cosas que ustedes no quieren que se sepan.

Al escuchar esto, Eliz deja de lado la dama de alta sociedad sumamente sofisticada y agarra a Raykel por el cuello apretándolo con todas sus fuerzas —No intentes cruzar los límites —la mujer de cabellera rubia se ve temeraria, no le importan las miradas de las personas a su alrededor y continúa estrangulando a Raykel que, en lugar de intentar liberarse, ríe por lo bajo mientras lucha por respirar.

—¿Qué tal si mejor le cuento a Emir y Owen quién es Eliza?

Eliz retrocede unos pasos y suelta a su hijo, —No te atrevas —dice con voz temblorosa.

Raykel sonríe con malicia, cuando oyó a Owen preguntar por Eliza, sintió una rabia incontrolable, tanta que aún después de una semana sigue enfadado con él, de hecho, antes de

que Rayden despertara, lo echó de la habitación sin miramientos. Pero ahora acaba de usar lo que tanto le molesta para chantajear a su madre, porque después de todo, a ella le afecta más el tema relacionado con Eliza que a él mismo.

El único objetivo de Aron y Eliz es ocultar a la opinión pública todo lo que le ha ocurrido a Rayden. Si la prensa se entera de la verdad, dañaría la imagen de toda la familia, eso no puede suceder.

—No dejaré que se lleven a Rayden —dice Raykel antes de dar media vuelta y marcharse, dejando a sus padres mirándose con angustia.

—Ya lo veremos —susurra Aron con determinación.

CAPÍTULO 39
¿CUÁL ES TU NOMBRE?

Con el corazón agitado, Raykel se precipita hacia el baño más próximo después de hablar con sus padres. Durante la conversación, fingió ser el mismo de siempre: rebelde y desafiante, ocultando tras esa máscara el profundo dolor que le causaba la situación. Pero ahora, al llegar al baño, siente que se ahoga en un ataque de pánico y que le falta el aire. Todo su cuerpo le duele como si lo hubieran golpeado y una sensación de ardor le invade el rostro. Necesita refrescarse con agua fría.

Al abrir la puerta, se topa con un joven enfermero que está saliendo y lo empuja con fuerza, haciéndolo caer al suelo.

—¡Oye! ¿Estás loco? —grita el enfermero, atónito por la agresión.

—¿Quieres averiguarlo? —replica Raykel con desdén, mientras abre el grifo del lavabo y se echa agua en la cara con desesperación. El agua salpica el suelo y su camisa, pero a él no le importa. Solo quiere calmarse un poco. Sin embargo, el teléfono vuelve a vibrar en su bolsillo, interrumpiendo su intento de tranquilizarse. Con las manos temblorosas, lo saca y mira la pantalla.

Raykel ve el nombre de Emir en la pantalla de su móvil y siente un vuelco en el corazón. Con un gesto nervioso, trata de contestar la llamada, pero el aparato se le escapa de las manos y cae al suelo con un golpe seco.

—¿Estás bien? —El enfermero que fue empujado con rudeza le dirige una mirada de preocupación fingida, aunque en el fondo solo siente desprecio por él.

—¿Parezco estarlo? —pregunta Raykel con fastidio. Sigue respirando con dificultad, como si le faltara el aire con voz áspera y cargada de resentimiento—. Nunca he entendido por qué las personas se empeñan en preguntar si estás bien cuando en realidad no les interesa. Lo hacen de manera mecánica, como si estuviera estipulado en una especie de manual que dice: "Debes preguntarles a las personas si están bien, aunque no te importe, debes hacerlo, aunque no vayas a hacer nada para ayudar si su respuesta es no". Es patético.

Raykel apoya sus manos en el lavamanos y se esfuerza por estabilizar su respiración, pero le cuesta hacerlo. Sus pensamientos lo están traicionando y guiándolo a una desesperación insoportable que se proyecta a través de malestares físicos.

—Eres un maldito —susurra el enfermero con desprecio y se da la vuelta para marcharse, dejando la puerta abierta.

Raykel levanta el teléfono que ahora está roto y lo entra en su bolsillo, sintiendo el plástico astillado en sus dedos. Mira su rostro mojado en el espejo del baño, los ojos rojos y las mejillas hinchadas. Se pasa una mano por el cabello desordenado y suspira.

—¿Qué te pasa? —pregunta Emir quien acaba de entrar, con la respiración agitada como si acabara de dar una carrera. Se acerca a él con preocupación y le toma la mano —¿Por qué no coges mi llamada?

—Rayden ha despertado —dice Raykel al darse la vuelta, buscando el consuelo de su mirada.

Emir se acerca a él y lo abraza, apretándolo contra su pecho. Entre tanto, un hombre entra y se queda mirándolos con recelo y murmura algo sobre lo desvergonzado que pueden ser los homosexuales. Se dirige a un urinal para hacer sus necesidades, sin dejar de lanzarles miradas de reprobación. Raykel y Emir ignoran el comentario y se quedan abrazados en silencio hasta que el hombre termina y se va, sacudiendo la cabeza.

—Esa es una buena noticia ¿no? —dice Emir al estar solo otra vez, acariciando el cabello de

Raykel con ternura.

—Lo es, pero está realmente mal. No recuerda nada de lo que le pasó y está presentando crisis nerviosas que obligan a los doctores a sedarlo. Además, necesita terapias para recuperar la fuerza de sus músculos. Y mis padres quieren enviarlo lejos —dice Raykel con voz quebrada, dejando escapar unas lágrimas.

—Todo estará bien, lo prometo —dice Emir para consolarlo y le besa la frente con afecto.

Owen no comprende cómo es posible sentir miedo de algo que ha anhelado durante tanto tiempo. Día tras día, desde que Rayden fue hospitalizado, ha rogado por su recuperación, por verlo despierto y correr hacia sus brazos. Ahora que está a punto de cumplir su deseo, siente un nudo en el estómago y un temblor en las manos. ¿Y si Rayden no lo reconoce? ¿Y si lo rechaza? ¿Y si todo ha cambiado entre ellos?

Mientras caminaba por el pasillo, hace unos instantes, se encontró con el doctor que ha atendido a Rayden todos estos meses. El médico le ha dado la buena noticia con una sonrisa: Rayden ha despertado y está estable. Owen debería estar feliz, pero solo siente miedo en su interior, un miedo que lo paraliza. ¿Cómo enfrentarse a ese momento tan esperado y a la vez tan temido?

Sumergido en una laguna invisible de dudas, el joven pelirrojo extiende su mano hacia el pomo de la puerta donde se encuentra Rayden. Solo hace falta un ligero movimiento hacia la derecha y la puerta se abrirá, pero esta acción que parece tan simple e insignificante, a Owen le cuesta más que si se tratara de disparar un arma a un indefenso. Sabe que al otro lado de la puerta está su amor, su vida, su razón de ser. Pero también sabe que puede perderlo todo en un instante.

—¿Aún no te has ido?

Owen se muestra indiferente a la pregunta que definitivamente está dirigida a él. No quiere mirar a quien se la hace, no quiere distraerse de su objetivo. Solo quiere reunirse con Rayden y abrazarlo con todas sus fuerzas, decirle que lo ama y que nunca lo dejará. Solo quiere tener la certeza de que Rayden siente lo mismo por él.

—¡Espera! —exclama Raykel al ver que Owen está a punto de entrar a la habitación. Con un gesto autoritario, le indica al guardia que custodia la puerta que se marche.

Owen se detiene en seco y lo mira.

—Siento haberte tratado como lo hice esta mañana, de hecho, siento toda mi actitud hacia ti durante toda esta semana. Estaba enojado por lo que sucedió.

—¿De qué estás hablando? —interrumpe Emir, confundido. Su voz delata que no está al tanto de lo ocurrido.

—La semana pasada Elis hizo que recordara cosas dolorosas. No sé cómo pasó, pero de alguna manera pregunté en voz alta por Eliza y esto molestó a Raykel y a la señora Eliz —dice Owen.

Raykel no puede ocultar su incomodidad, es evidente que aún le afecta escuchar ese nombre. Pero se esfuerza por mantener la paz, ya que son demasiadas las cosas con las que tiene que lidiar. Suspira y se pasa una mano por el cabello.

—Sé que durante meses han estado intentando averiguar quién es ella, pero sería mejor que todo se quede así.

—¿Para qué quieren encontrar a una mujer muerta? —Raykel suelta la pregunta con una mezcla de curiosidad y desdén.

—¿De qué estás hablando? —preguntan Owen y Emir al unísono.

—De Eliza, la mujer cuyo nombre está prohibido en nuestra familia —Raykel se interrumpe y deja escapar un suspiro—. Espero que después de esto se olviden de ella. Era la hermana gemela de mi madre, murió hace muchísimos años, antes de que nosotros naciéramos, en la época en la que mi madre, Rachel y Sara, la madre de Zoé, eran amigas.

Los hermanos pelirrojos se miran a la cara asombrados. No pueden creer lo que acaban de escuchar.

—¿Dices que la señora Elis tenía una hermana? —pregunta Emir aturdido. Él vivió con la familia Sarosh durante mucho tiempo y nunca escuchó nada sobre ella. Ni una foto, ni un recuerdo, ni una mención que hiciera referencia a su existencia.

—Eso es lo que dije, pero casi nadie lo sabe. La familia de mi madre fue asesinada cuando ellas eran muy jóvenes, y luego Eliza también murió.

—Entonces, ¿la Eliza que Rachel me pidió que encontrara es alguien más? —pregunta Owen, intrigado por el misterio.

Owen busca su billetera en el bolsillo y saca de ella la placa que le entregó Rachel antes de morir. En uno de los lados se puede leer claramente «Eliza».

—Esa noche estabas mal y Rachel estaba agonizando. Probablemente solo fue producto de su delirio —sugiere Raykel, quien sospechosamente no deja de mirar la placa en la mano de Owen. Y de pronto recuerda la advertencia de Elis cuando amenazó con contarle a Emir y Owen todo.

La revelación de Raykel ha alterado el destino de los acontecimientos. Según él para la familia Sarosh, Eliza no es más que un cadáver, un recuerdo amargo que quieren borrar de su memoria. Esa es la historia que les ha contado. Tal vez eso sea suficiente para que Owen y Emir dejen de indagar en el asunto. Tal vez.

Owen respira hondo y empuja la puerta con determinación. Al ver lo que hay al otro lado, su corazón se encoge y las lágrimas amenazan con salir, pero se las traga.

En la cama, Rayden abre los ojos y los pasea por los recién llegados, hasta que se detienen en Owen. El chico pelirrojo parece nervioso y angustiado mientras un impulso irrefrenable de correr hacia los brazos de su novio y abrazarlo con fuerza lo invade.

—Al fin te vuelvo a ver. Pero ¿cómo es que estás aquí? —susurra Rayden con una mezcla de sorpresa y emoción, sin apartar sus ojos de Owen.

—Ray, ¿lo recuerdas? —interviene Raykel con entusiasmo.

—Por supuesto. —Rayden asiente con la cabeza.

Owen sonríe con timidez y avanza unos pasos hacia la cama donde está Rayden.

—Él es el chico del ascensor, el que parecía muy asustado cuando salió corriendo. Desde ese día quise volver a verlo. ¿Cuál es tu nombre?

Owen se detiene en seco y se queda atónito. No puede creer que Rayden no lo reconozca.

—Sigues siendo atractivo. —Rayden le lanza una mirada seductora.

—Yo... —Owen balbucea y retrocede hasta la puerta. Luego sale corriendo de la habitación, sin mirar atrás.

—¿Qué le pasa a ese chico? —Rayden frunce el ceño, confundido.

CAPÍTULO 40
PERFUME.

Dicen que hay perfumes con olor a recuerdos.

Owen

—No me recuerda —repito una y otra vez la misma frase mientras corro por los pasillos de este maldito hospital, buscando desesperadamente la salida. Sé a qué se refiere Rayden con eso de "Él es el chico del ascensor, el que parecía muy asustado cuando salió corriendo". Aunque no tengo muy claro el recuerdo de la persona que me ayudó cuando me desmayé en el ascensor de ese centro comercial, sé que fue Rayden porque él mismo me lo dijo hace un tiempo.

—Oye, ten más cuidado, ¿qué le pasa a la gente en este hospital el día de hoy? —me increpa un enfermero con quien acabo de chocar. Por su mirada puedo adivinar que está enojado, pero no tengo cabeza para prestarle mucha atención. Sigo a paso apresurado hasta bajar las interminables escaleras y finalmente dirigirme a la salida. Las personas me miran con cara de asombro cuando paso a su lado, es que no dejo de llorar. Las lágrimas no me dejan ver bien hacia adelante y por eso procuro buscar un lugar tranquilo para dejar salir todo esto que llevo dentro.

Voy hacia mi auto y veo a Will esperándome. Lo último que quiero es darle explicaciones a mi guardaespaldas, así que me desvío hacia otra dirección, pero él ya me vio y obviamente que me seguirá.

—¿Qué tienes? —me grita desde unos metros de distancia, con una voz llena de preocupación.

—Nada, déjame solo. —respondo con sequedad, sin mirarlo.

Will apresura el paso y me sostiene por un brazo para hacer que me detenga. Su agarre es firme pero no doloroso.

—¡Estás llorando! —exclama, como si fuera la primera vez que me ve en ese estado. No sé por qué le sorprende, me ha visto llorar tantas veces en este último año que ya debería ser algo normal para él.

—¿Qué sucedió allá adentro? —insiste, señalando el edificio del que acabo de salir.

—Rayden despertó —le digo con voz entrecortada. No quiero hablar con nadie, pero ya conozco a Will lo suficiente y sé que no me dejará en paz hasta averiguarlo todo.

—Eso es bueno. —murmura, pero su tono no es convincente. Su expresión se ve un poco aturdida por la noticia, como si no supiera cómo reaccionar.

—No recuerda nada. —añado, sintiendo cómo se me parte el corazón al decirlo en voz alta. Mis lágrimas siguen brotando sin parar, empapando mis mejillas.

Will se queda callado, se acerca un poco más a mí y hace algo totalmente inesperado; comienza a limpiar mis lágrimas con sus manos mientras me mira. Su mirada es tan profunda y penetrante que me hipnotiza por algunos segundos, sus ojos son oscuros y poseen un encantador misterio que me hace incapaz de desviar la mirada. Sé que lo correcto sería retroceder porque lo que está haciendo es inapropiado, pero dejo que siga sin oponerme.

—Debemos hablar —escucho a Emir que está parado justo detrás de Will, al parecer me venía siguiendo. Y siento que es un alivio ser interrumpido porque comenzaba a sentirme incómodo por no ser capaz de esquivar la mirada de mi guardaespaldas.

—Creo que... —Will comienza a decir algo, pero Emir lo interrumpe.

—Déjanos solos, por favor.

Will asiente y luego se va al auto.

—Owen —Emir dice mi nombre y lo único que puedo hacer es acercarme y abrazarlo, sí, este el lugar seguro que necesitaba para llorar.

—No me recuerda.

—Solo han pasado unas horas desde que despertó, es normal que no recuerde, pero eso no quiere decir que será algo definitivo. Además, él sabe que Owen es su novio, Raykel se lo dijo.

—Pero al parecer no sabe que ese Owen soy yo.

Mis lágrimas se convierten en sollozos y desearía poder contenerme. Odio que las personas me vean llorar, odio tener que preocupar más a Emir, quien ha tenido demasiadas cosas con las que lidiar los últimos meses. Pero como casi todo el tiempo, no estoy siendo dueño de mis propias emociones.

—No le diste tiempo a que se enterara —dice Emir tras palpar mi cabeza con suavidad, como si intentara calmar a un bebé que está entre sus brazos—. Además, no todo es tan malo. Aunque haya perdido la memoria, aún tiene un recuerdo de ti, a pesar de que aún no se conocían en ese entonces.

Quizás Emir tenga razón, pero ese pequeño encuentro en el ascensor no se puede comparar con todo lo que vivimos después de conocernos. Eso es lo que me duele. Sé que no es su culpa, pero sigue siendo doloroso saber que mi novio no recuerda lo que fuimos, lo que somos. Siento un vacío en el pecho, como si faltara una parte de mí.

—No quiero que te precipites, no dejes que los pensamientos nublen tu juicio. Recuerda que lo más importante de su historia está justo aquí —Emir pone una mano en mi pecho—. Estoy seguro de que nada en este mundo puede borrar la memoria del corazón. Que aún no recuerde no significa que ya no te ame.

Me quedo sin palabras ante la sabiduría de Emir, que parece leer mi mente y ofrecerme el consuelo que necesito. En el último año se ha convertido en más que mi hermano, es mi amigo, mi confidente, mi apoyo. Hemos pasado por momentos difíciles, pero también por momentos inolvidables.

—Gracias, Emir. Voy a intentar descansar un poco, pero no sé si podré. Tienes razón, esto no es solo una cuestión médica, sino también mediática. Pronto nos veremos asediados por los periodistas que querrán saber qué pasó con Rayden, cómo sobrevivió, qué recuerda de aquel día fatídico. Tendremos que enfrentarnos de nuevo a nuestros fantasmas del pasado.

Después de hablar con Emir, le pedí a Will que me llevara al hotel Ritnes. A pesar de que este lugar alberga algunas de mis peores pesadillas, también guarda los recuerdos más felices de mi vida. Por esa razón, vengo de vez en cuando, para revivir esos momentos maravillosos que Rayden y yo compartimos. Sin embargo, a veces volver a los lugares donde fuimos felices se convierte en una trampa de la melancolía, porque ya nada es igual: los lugares se transforman, nosotros evolucionamos. Así que al final, solo queda una sensación amarga de que nada volverá a ser como antes.

Siempre me ocupo del cuidado de la habitación de Rayden, traigo flores cada cierto tiempo para que se mantenga viva y abro las ventanas para que circule el aire, siempre bajo la esperanza de que él regresará en cualquier momento.

Como tengo algo de ropa aquí, desde hace mucho tiempo, me doy un baño. Al terminar veo mi reflejo en el espejo y no puedo evitar recordar aquella promesa.

«Cuando apareciste en mi vida, descubrí una parte de mí que nunca había visto, algo que me

impulsó a crear los recuerdos más bellos contigo»

«Espero que momentos como este se queden grabados en nuestra memoria para siempre. Nunca me olvides» Le dije esto sin tener idea de que algún día sucedería. Duele demasiado. Él aseguró que no había forma de que eso sucediera, él prometió que nunca me olvidaría.

—Todavía no puede irse, tiene que permanecer bajo observación durante unos días. Su estado es delicado y este hospital es el único lugar donde podemos garantizar su seguridad.

—Ya se lo he dicho, doctor, no pienso quedarme en este infierno ni un minuto más. —Rayden intenta levantarse de la cama con dificultad, decidido a escapar de ese lugar que le oprime el pecho. Pero su doctor lo detiene, preocupado por su salud.

—No lo entiende, ha perdido la memoria —le explica el doctor con paciencia—. Además, sus músculos están débiles, necesita hacer terapias especializadas para recuperar la movilidad. Ha estado un año en coma, no puede salir, así como así.

—Estar aquí no me va a devolver la memoria y las terapias las puedo hacer en otro sitio. Le prometo que no me saltaré ninguna sesión.

—Tengo una idea —interviene Raykel, que ha estado observando la escena en silencio—. Podemos contratar un equipo médico que lo atienda las veinticuatro horas del día en nuestra casa. Quizás estar en un ambiente más familiar le ayude a recordar, ¿no cree, doctor? —Raykel sabe que Rayden es terco y no cambiará de opinión, pero también sabe que necesita ayuda y cuidados.

El doctor acepta darle el alta bajo ciertas condiciones y se compromete a seguir evaluando a Rayden periódicamente.

—Dime que no nos llevaste a la quiebra durante este año que estuve en coma —le dice Rayden a su hermano, con una voz que denota impaciencia y ansiedad.

—¿Cómo puedes estar pensando en trabajo ahora? —pregunta Raykel, incrédulo.

—¿En qué más puedo pensar?

Raykel deja de empujar la silla de ruedas donde lleva a su hermano y se coloca frente a él para mirarlo a los ojos.

—Has pasado por mucho, y creo que en el fondo lo sabes, aunque no puedas recordarlo. Tal vez en este momento piensas que evadirlo adoptando esta actitud sea la mejor solución, pero no es así —le dice con seriedad.

Rayden tuerce la boca en una sonrisa forzada y dice:

—¿De qué hablas? Este es quien soy.

—Lo eras, antes de... —Raykel no termina la oración, temeroso de que eso altere a Rayden.

—¿Antes de qué? —insiste Rayden, curioso.

—Antes de conocerlo —responde Raykel, bajando la voz.

Rayden deja escapar un suspiro y frunce el ceño. —Eso es absurdo. Vámonos, debes ponerme al día —dice, cambiando de tema.

Los gemelos continúan avanzando hasta llegar al piso inferior donde los esperan tres enfermeras y dos guardaespaldas.

—Creo que la pasaré bien después de todo, las enfermeras son hermosas —expresa Rayden en voz lo suficientemente alta para que todos escuchen, mientras que las enfermeras sonríen tímidas y cuchichean entre ellas. Rayden les guiña un ojo y les hace un gesto con la mano, como si fuera una estrella de cine. Raykel lo observa con una mezcla de diversión y preocupación.

Después de un viaje tranquilo, los gemelos y el equipo que los acompaña llegan al hotel sin ningún contratiempo. Es una situación inusualmente buena, pero también preocupante. ¿Dónde están los periodistas que siempre los acosan?

—Es extraño que no nos hayamos encontrado con ningún reportero —comenta Rayden, mirando a su alrededor.

—¿Los extrañas? —pregunta Raykel con ironía, mientras se ajusta las gafas de sol.

—Para nada —admite Rayden, esbozando una sonrisa.

Rayden

Intento disimular que no me siento mal, y no me refiero a las heridas físicas, esas sanarán con el tiempo. Pero lo que cargo en mi alma, quizá nunca se borre.

Al llegar al hotel, un nudo de angustia me oprime el pecho. Si pudiera valerme por mí mismo, me levantaría y huiría de este lugar para no volver jamás. Entre estas paredes solo hay tristeza y agonía, lo veo en los ojos de los empleados y de los pocos huéspedes que se cruzan conmigo.

Quizá solo yo lo perciba, acaso sea mi alma, pero todo parece haberse transformado. Ritnes ya no tiene el mismo encanto y eso me aflige, porque aquí se halla parte de mi vida. Desde que el abuelo nos dejó, mi hermano y yo hemos dedicado nuestro cuerpo y alma a este hotel y a nuestra marca como diseñadores.

—He luchado por conservar todo como antes, te lo juro. —oigo a Raykel decirme mientras sigue empujando la silla hacia el ascensor. Sé que todo esto no ha sido sencillo para él, quizá yo no habría resistido verlo en coma durante un año.

—No hace falta que lo digas, lo sé. —le respondo con una sonrisa triste, mientras observo su rostro cansado y sus ojos apagados.

Con un silencio intenso, ascendemos hasta el último piso del hotel. Las enfermeras se acomodan en una habitación contigua a la mía y los guardaespaldas se apostan junto a la puerta. Ahora solo quedamos mi hermano y yo dentro de la habitación, frente a frente, y sé que por fin podemos hablar con sinceridad.

—¡Habla! —le exijo.

—¿Qué quieres que te diga?

—No te hagas el idiota, sé que me estás ocultando muchas cosas. Empieza por decirme lo más importante.

Quizás no me guste lo que tenga que escuchar, pero no puedo seguir viviendo en la ignorancia. Estuve un año en coma y en mi memoria hay demasiadas cosas difusas. Una persona como yo no puede estar en paz durante tanto tiempo sin que nada extraordinario ocurra.

—No sé qué decirte —susurra Raykel con voz ronca.

—Dime a dónde quieren enviarme nuestros adorables padres —exijo con sarcasmo.

—No permitiré que te envíen lejos —afirma Raykel con angustia.

—Lo sé, antes los matarías a los dos, pero como esa no es la mejor salida, debemos buscar una mejor manera de impedirlo —replico con firmeza.

Raykel se ve incómodo y eso hace que cada vez luzca más sospechoso. Su mirada se desvía hacia la ventana y sus labios se aprietan.

—Ellos pretenden encerrarte en el sanatorio donde está ella —revela con dificultad.

Admito que eso no me lo esperaba. Siento un escalofrío recorrer mi espalda y un nudo en la garganta.

—Aron y Eliz dicen que es para tu pronta recuperación, pero si logran enviarte a ese lugar, las cosas se pondrán difíciles —continúa Raykel con preocupación.

—Si ellos desean deshacerse de mí es porque el hecho de haber despertado puede perjudicarlos. ¿Qué me pasó? ¿Qué causó que quedara en coma? Y no te atrevas a mentirme —exclamo con rabia, mirándolo fijamente a los ojos.

Raykel se acerca a mí con pasos lentos y me ofrece sus manos, pero yo me alejo de él. No quiero sentir su contacto, aunque sea mi hermano.

—Unas personas te secuestraron durante el evento que se realizó por nuestro cumpleaños. Ese día, antes de que te llevaran, intentaron asesinarte a ti y a Owen.

Su voz es grave y firme, como si quisiera convencerme de algo.

—¿Quién es el responsable? —pregunto con la mayor serenidad posible, sin dejar que mi hermano note el miedo que me invade.

—Durante meses busqué pruebas. Los sospechosos más directos siempre fueron Aron y Rachel, la madre de Owen. Pero no he podido encontrar ninguna evidencia que lo pruebe. Sin embargo...

Su rostro se tensa y sus ojos se oscurecen. Reconozco esa expresión, ya la he visto antes. Hizo algo muy malo, estoy seguro.

—Sin embargo, con la ayuda de alguien inesperado pude encontrar a los hombres que te secuestraron. Los torturé durante meses, pero nunca dijeron nada.

—¿Qué pasó con ellos? —pregunto con voz temblorosa, aunque ya sé la respuesta. Su expresión es fría y despiadada, como la de un asesino.

—Acabé con ellos —confiesa Raykel sin vacilar. No parece arrepentirse de nada. Y yo, por alguna extraña razón que aun no entiendo, siento una punzada de satisfacción.

—Sé que Aron nos odia a los dos y que haría cualquier cosa por eliminarnos, pero ¿qué hay de esa tal Rachel? ¿Por qué me odia tanto?

—No lo sé con certeza, pero sé que se opuso a tu relación con su hijo. Luego cambió de opinión y dijo que todo lo que hizo fue por proteger a sus hijos y a nosotros. Pero no le creí nada.

—Entonces, ¿quieres decir que mi novio, al que no recuerdo, tiene un hermano? —pregunto con incredulidad.

Raykel se da la vuelta y mira por la ventana, donde se ve el cielo gris y lluvioso. Intenta evitar mi mirada y me siento aliviado, porque me cuesta fingir una fortaleza ante él que actualmente no tengo.

—Sí, tiene un hermano y es Emir. Por eso salió corriendo tras él cuando estábamos en el hospital. —me explica con voz apagada.

—¡Mierda! —exclamo con frustración.

Ya no quiero saber nada más, o quizás sí, pero me siento muy agotado. Siento que mi cabeza va a estallar con tanta información.

—Déjame solo, quiero descansar —le pido con cansancio.

Con un suspiro de alivio, me encuentro solo al fin. Desde que entré en la habitación, me cautivaron las hermosas rosas que adornan la ventana, como un regalo inesperado. No sé qué me impulsa a acercarme a ellas y olfatear su aroma, pues nunca he sido amante de las rosas. ¿Qué significado tendrán estas flores aquí? Al acercar la nariz, me envuelve una fragancia dulce y suave, como una caricia en el alma. Es el aroma de un sueño tranquilo, pero también hay algo más en el aire, algo que me intriga y me inquieta. Tardo unos segundos en reconocerlo: es un

perfume. Un perfume que me resulta familiar, que me trae recuerdos borrosos. Cierro los ojos mientras inhalo y, de pronto, lo veo a él en mis pensamientos. Es una imagen difusa, pero estoy seguro de que es él.

¿Estuvo aquí?

CAPÍTULO 41
MEMORIAS DEL CORAZÓN.

El aroma delicado de las flores se mezcla con el aire fresco que entra por la ventana. Rayden respira profundamente y siente que su habitación se ha transformado en un lugar más acogedor y luminoso de lo que era antes. Con un esfuerzo, empuja la silla de ruedas hasta la mesita de noche, donde reposa su computadora portátil. Al encenderla, duda por un momento si recordará la contraseña que usaba hace tres años, pero al teclear la secuencia de números, la pantalla se ilumina.

Un escalofrío le recorre la espalda al ver el fondo de pantalla: una foto en la que él besa las mejillas de un chico pelirrojo, que lo mira con sorpresa y ternura.

—¡Eres tú! —susurra Rayden, extendiendo una mano para tocar el rostro del chico en la pantalla—. Eres Owen.

A pesar de que su propósito inicial era otro, se siente arrastrado a abrir el navegador y escribir en el buscador dos nombres: "Owen y Rayden". De inmediato, se despliegan cientos de artículos que hablan de él y de Owen, ilustrados con fotos capturadas por los paparazis o extraídas de sus redes sociales. Un sentimiento de nostalgia lo invade y las lágrimas le queman los ojos.

Con la esperanza de liberarse de la angustia que le oprime el pecho, se dedica a explorar la internet en busca de alguna información sobre lo que ocurrió hace un año, pero no encuentra nada, absolutamente nada, ni una sola pista sobre el asunto.

—Esto es obra de Aron-Eliz, sin duda. Ellos se encargaron de borrarlo todo —murmura como si la pantalla pudiera escucharlo.

Rayden se siente desesperado. Ha buscado en la computadora alguna pista sobre lo que le sucedió, pero no ha encontrado nada. Apaga el aparato y lo deja sobre la cama. Quiere ir a su estudio, quizás allí haya algo que le ayude a recordar. Se dirige hacia la puerta que está al otro lado de la habitación, pero al girar la silla de ruedas se detiene. Un espejo de cuerpo completo refleja su imagen en la pared junto a la puerta.

—¿Qué te pasó? —se pregunta a sí mismo, mirando con horror a su reflejo demacrado. Parece un extraño, un fantasma. Su ropa está arrugada y descolorida, su cabello despeinado y grasoso, su rostro alargado y cubierto de una barba descuidada. Pasa la mano por su cara y siente el vello áspero.

—Ese no soy yo. No voy a dejar que me consumas. Yo soy dueño de mi vida y elijo cómo manejarla. No necesito de mis recuerdos para seguir adelante.

Desde siempre Rayden ha intentado olvidar el pasado, sepultarlo en lo más hondo de su alma para que no le duela. Pero el pasado no se olvida, se afronta. No se reprime, se libera.

De repente, su reflejo se difumina y le muestra una escena que le hiela la sangre: tres hombres enmascarados que se burlan de él con crueldad. Pero la pesadilla se desvanece y en su lugar aparece el rostro de un chico pelirrojo que le sonríe con dulzura, que le hace sentir paz y esperanza. Sin embargo, la calma dura poco y los fantasmas del pasado vuelven a atormentarlo.

—¡No! —exclama Rayden con angustia y se incorpora de un salto de la silla. Avanza a trompicones hacia el espejo y lo golpea con furia, haciendo que el cristal se haga añicos bajo su puño ensangrentado.

Owen lleva parado una eternidad frente a la puerta de la habitación de Rayden, sin atreverse a entrar. Los guardaespaldas que custodian el acceso lo observan con curiosidad, pero guardan silencio, aumentando su nerviosismo. Está a punto de rendirse y marcharse cuando oye el grito desgarrador de Rayden desde el interior. Sin pensarlo más, abre la puerta de golpe.

—¡Tú! —exclama Rayden con voz temblorosa, mientras se lleva la mano herida al pecho.

Owen siente un nudo en la garganta al ver la sangre que brota del puño de Rayden, empapando su camisa blanca. Sin pensarlo dos veces, le ordena a los guardaespaldas que custodian la puerta que llamen a las enfermeras, y corre hacia él para sujetarle la mano con delicadeza. La sangre caliente le salpica los dedos, pero no le importa. Lo guía hasta su silla y lo acomoda con suavidad.

—Tranquilo, estarás bien —le dice Owen con voz entrecortada, tratando de transmitirle calma. Sin embargo, Rayden no parece sentir ningún dolor, o al menos eso indica la expresión de su rostro. Lo mira con una mezcla de miedo y fascinación, como si acabara de descubrir un secreto.

Owen levanta la mirada y sus ojos verdes se encuentran con los de Rayden, provocando en este último un extraño hormigueo que le recorre todo el cuerpo.

Rayden se pregunta por qué siente el impulso de abrazar a Owen mientras alarga su brazo sano para tocarle la cara.

Apenas los dedos temblorosos de Rayden rozan las mejillas sonrosadas de Owen, este rompe a llorar en silencio, haciendo que el corazón de Rayden se comprima con dolor. El chico pelirrojo aprieta los ojos con fuerza, deseando que todo lo que está pasando sea solo una pesadilla de la que despertará pronto.

—No llores, por favor —le pide Rayden con voz débil, viendo a Owen arrodillado frente a él, sujetándole la mano herida con delicadeza —no sé por qué, pero me duele más verte llorar que esta herida.

Owen se muerde el labio para reprimir las lágrimas.

—Lo siento, Ray —susurra, besando suavemente los dedos ensangrentados de su novio —te quiero tanto... no quiero perderte.

Rayden se siente abrumado por el pánico repentino y no puede pensar con claridad. Su respiración se acelera y su corazón late con fuerza. Solo quiere escapar de ese lugar y de ese hombre que lo mira con preocupación. Una voz en su interior le dice que Owen no le quiere hacer daño, que es su amigo, pero otra voz más fuerte le grita que está en peligro y que debe defenderse.

—Por favor, déjame en paz, no me hagas daño —suplica con angustia, moviéndose nerviosamente.

Owen intenta calmarlo con palabras suaves, pero se da cuenta de que no es suficiente. Necesita ayuda profesional. Por suerte, las enfermeras llegan a la habitación y actúan con rapidez para tranquilizarlo y curar las heridas de su mano.

Observa con impotencia cómo sedan y cubren la mano de Rayden con vendas. Siente una mezcla de culpa, miedo y tristeza. No entiende qué ha pasado, por qué Rayden ha reaccionado así, por qué le ha tenido miedo. Él solo quería ayudarlo.

—¿Qué le pasa? —pregunta con voz quebrada a una de las enfermeras.

—Tiene un trastorno de estrés postraumático —le explica con paciencia —es una reacción normal después de haber sufrido un trauma como el que él vivió. A veces, algo le dispara un recuerdo o una emoción negativa y entra en pánico. No es culpa suya ni tuya. Necesita tiempo y terapia para superarlo.

Owen asiente con la cabeza, pero no se siente mejor. Se siente impotente, frustrado, angustiado. Quiere estar con Rayden, pero no sabe si él quiere verlo al despertar.

—¿Puedo quedarme? —pregunta con timidez.

—Claro, pero ten paciencia —le aconseja la enfermera —no lo presiones ni lo agobies.

Déjalo que vaya a su ritmo. Y recuerda que no estás solo. Hay gente que puede ayudarte a ti también.

Owen le sonríe con agradecimiento a la enfermera que se marcha por la puerta. Luego, dirige su atención a la cama donde Rayden duerme plácidamente. Con cuidado, se acerca a él y se sienta a su lado, tomando su mano entre las suyas. Le aparta el cabello de la frente con suavidad y le acaricia la piel con el pulgar. A continuación, le besa con ternura y se recuesta sobre su pecho, oyendo el sonido de su respiración. Finalmente, cierra los ojos y se deja llevar por el sueño, abrazado al calor de su cuerpo y al ritmo de su corazón.

Rayden acaricia el cabello de Owen, que duerme plácidamente sobre su pecho. Con voz apenas audible, le formula una pregunta que lo atormenta: —¿Por qué me haces esto?

Owen abre los ojos de golpe y se incorpora con vergüenza y nerviosismo. Balbucea unas disculpas a Rayden, pero el joven diseñador de modas no lo deja hablar. Le agarra la mano con suavidad y la presiona contra su pecho.

—Siente cómo late mi corazón —le dice con ternura—. Es por tu culpa.

—Yo...

—No sé quién eres, pero cuando te miro siento algo en mi pecho que me oprime. Una parte de mí quiere abrazarte fuerte y no soltarte nunca, pero otra me dice que te alejes de mí.

—Sé que has sufrido mucho, sé que estás confundido.

—Dime qué me ocurrió —la mirada de Rayden refleja desesperación y Owen lo percibe, pero no sabe si revelarle la verdad tan pronto sea lo mejor para él.

—Creo que deberíamos ir despacio, como nos recomendó la enfermera.

—No puedo hacer eso —Rayden grita, mostrando su frustración. —Mírame a los ojos, ¿crees que estoy bien?

Los gritos de Rayden asustan a Owen, pero él se queda sentado al lado de la cama, mirándolo con compasión.

—Perdón, no tienes por qué soportar esto —se disculpa Rayden entre sollozos.

—Está bien, no te disculpes. Estoy aquí para ayudarte —le dice Owen con dulzura.

Rayden siente los labios temblarle y se aferra al cuerpo de Owen. Siente una pena inmensa que lo invade por completo, que lo hace cuestionarse su vida y su destino.

—Me siento como alguien que ha perdido su identidad, como alguien a quien le han robado una parte del alma —confiesa Rayden.

En su mente se agolpan recuerdos atroces de su pasado, cosas que había reprimido para sobrevivir. Siente que su mente se desmorona, que los recuerdos le atormentan sin piedad. Recuerdos de dolor, de traición, de abandono. Recuerdos que ha intentado enterrar, pero que ahora afloran con una fuerza devastadora.

Y en los brazos de Owen encuentra algo de consuelo, algo de paz. Solo él puede contener el torrente de emociones que le desborda. Solo él puede escuchar sus secretos más oscuros, sus confesiones más íntimas. Solo él puede hacerle sentir que no está solo.

—Om, no me dejes —suplica Rayden con voz quebrada.

CAPÍTULO 42
EL PASADO REGRESA.

Rayden

Desde que desperté del coma, mi vida se ha reducido a dos actividades: las fisioterapias y las psicoterapias. Aunque a veces me cuesta reconocerlo, ambas me han ayudado mucho en el proceso de recuperación. Me han devuelto la movilidad y la esperanza.

He intentado retomar el trabajo, pero mis médicos coinciden en que es demasiado pronto para someterme al estrés que implica mi ocupación. Intento hacerles caso en todo lo que me recomiendan, pero debo confesar que me frustra sentirme inútil. Extraño el ritmo frenético del hotel, los desafíos diarios, la satisfacción de resolver problemas.

Por suerte, cuento con el apoyo de mi asistente Sofía, que, aunque me resulta un poco extraña, es muy eficiente y me mantiene al día de todo lo que ocurre en el hotel. Es como mis ojos y mis oídos en ese mundo que ahora me parece tan lejano.

En cuanto a Owen, bueno, ahora voy camino a su casa. Su guardaespaldas vino a buscarme, ya que conducir es otra de las tantas cosas que me han prohibido mis médicos. Siento una mezcla de nervios y emoción al pensar en verlo de nuevo. No sé qué esperar de él, ni de mí mismo.

Sé que Owen no es responsable de mi situación actual, así que trato de dominar mis temores, esos que me acosan cada día desde que recobré la conciencia. Porque, aunque ignoro lo que hubo entre nosotros, él me transmite una sensación de seguridad que no experimento con nadie más. Últimamente nos comunicamos por mensajes, pero las conversaciones son cada vez más tensas, él se esfuerza por mantener una distancia, lo cual debe ser difícil, y yo me esfuerzo por no herir sus sentimientos. Percibo su cariño hacia mí y probablemente cualquier gesto o palabra fuera de lugar lo lastime; no quiero que eso ocurra.

—¿Qué lo ha traído a visitar a Owen? —me pregunta Will, el guardaespaldas de Owen, con una voz grave y cortante. Es la primera vez que me dirige la palabra desde que me recogió. Su pregunta me incomoda, no tiene por qué meterse en mis asuntos. Pero tampoco quiero ser grosero con él, después de todo, es quien se encarga de proteger a mi novio.

—Es mi novio y quiero verlo —respondo sin pensar, dejando escapar lo que siento en el fondo de mi corazón. Al terminar la frase, siento un rubor en mis mejillas. No estoy acostumbrado a expresar mis sentimientos tan abiertamente, al menos no que recuerde.

—Ya veo —dice él, asintiendo. Luego me mira por el retrovisor, clavando sus ojos en los míos. Su rostro me resulta extrañamente familiar, como si lo hubiera visto antes en algún lugar. Pero no logro recordar dónde ni cuándo. Hay algo misterioso detrás de esa sonrisa encantadora y esa mirada enigmática. Quizás si pudiera recuperar mi memoria, las cosas serían distintas.

—Owen estará feliz de verlo —dice Will con una voz melosa que me irrita.

«¡Mierda, aún sigue hablando!»

—¿Por qué lo tuteas? ¿No es él tu jefe? —le pregunto con fingida inocencia.

Will se detiene ante la luz roja del semáforo y gira la cabeza para mirarme. Sus ojos brillan con una confianza que me molesta.

—Él mismo me pidió que no lo tratara de usted. Al principio me costó, pero luego me fui acostumbrando —explica con una sonrisa.

«Se ve tan arrogante, ¿por qué demonios sonríe?»

—Creo que es inapropiado —susurro, bajando la mirada.

—Mientras Owen no lo crea así, todo estará bien —dice él como si nada, encogiéndose de hombros.

No puedo verme, pero estoy seguro de que mis orejas están rojas en este momento, ya que las siento arder como el infierno. La actitud de este tipo no me gusta, habla de Owen como si lo conociera de toda la vida, pero ¿qué le pasa?

«Él es mío, maldita sea. Si sigues hablando así te arrancaré la lengua» Estoy tan molesto y ni siquiera sé por qué, solo sé que este imbécil empieza a caerme mal.

—¿Se encuentra bien, señor? —me pregunta con falsa preocupación.

—Sí, perfectamente —le respondo con frialdad.

No puedo permitir que se dé cuenta de mi frustración, eso nunca.

Con un suspiro de alivio, alcanzamos la espléndida floristería que nos espera al final de la calle. Al ver el letrero, mi corazón se agita, como si quisiera escapar de mi pecho.

—¿Cómo estás? —me pregunta Owen con su voz dulce y nerviosa, entrelazando sus dedos con fuerza, como si temiera perderlos. Sus ojos verdes me miran con una luz especial, que rebota en sus pestañas y en sus pecas. Su cabello rojo resplandece como una llama bajo el sol abrasador. ¿Cuándo se volvió tan hermoso?

Quisiera responderle con normalidad, decirle que estoy bien, que me alegro de verlo. Pero lo que siento es algo distinto, algo más intenso. Quiero abrazarlo, acariciar su rostro, besar sus labios. Sin darme cuenta, muerdo mi labio inferior y lo observo embelesado, sin poder apartar la vista. Su sencillez al vestir, su delicadeza al moverse, su fuerza al sonreír. Owen es perfecto.

Siento una opresión en el pecho, como si me faltara el aire. ¿Qué me está pasando?

—Oye, ¿estás bien? —Su voz me saca de mi trance. Él sostiene mi mano con suavidad y de repente una oleada de calor me invade. Es como si una burbuja estallara a mi alrededor, rompiendo la barrera que me separa del mundo.

—¡Suéltame! —Le grito sin pensar, apartando su mano de la mía con brusquedad. ¡Mierda! No debí hacer eso, no quería hacerlo. Owen retrocede con el rostro desencajado y clava su mirada en el suelo. Demonios, soy un idiota.

—Lo siento —me disculpo con voz temblorosa, intentando remediar lo que acabo de hacer.

—Está bien, yo no debí tocarte sin tu consentimiento —dice él con un tono neutro que me hiela el alma.

—Yo fui un grosero, tú y yo... bueno ya sabes —Balbuceo, sintiéndome más idiota aún. No sé qué decir ni cómo comportarme, ahora mismo debo parecer patético.

—¡Oh! Estás aquí —exclama una voz chillona que me sobresalta. Alzo la vista y veo a una anciana de cabello cano que nos observa desde el umbral de la floristería. Su rostro arrugado se ilumina con una sonrisa. No estoy muy seguro de cómo reaccionar, pero intento mantener una expresión neutra.

—Es mi abuela —me susurra Owen.

Dejo escapar un largo suspiro y camino hacia la puerta principal para saludar a la señora, pero me doy cuenta de que Owen se queda atrás, así que giro mi cabeza y lo veo hablando con su guardaespaldas sobre algo que no logro escuchar. Siento un nudo en el estómago. ¿Qué estarán hablando?

—Me alegra que estés mejor —me dice la anciana con afecto, tomándome de las manos. Su tacto es cálido y suave.

Le respondo con una sonrisa forzada. Pagaría por poder evitar este tipo de conversaciones, odio que la gente me mire con lástima, tal como lo está haciendo ella en este momento.

—Entra querido, sería más conveniente que hablen en el interior, ya que aquí las personas los

ven con más facilidad. Ya sabes, por la prensa.

No lo había pensado, pero la señora tiene razón, la prensa está deseosa de obtener noticias sobre mí, y donde menos lo espero siempre aparece alguien que toma una fotografía.

—Tienes una buena relación con tu guardaespaldas, ¿cierto? —pregunto con cautela, intentando ocultar mi molestia, mientras sigo a Owen por las escaleras que conducen a su habitación. Pero creo que él ha percibido algo en mi tono de voz, porque se detiene en el último peldaño y me mira fijamente con una expresión interrogante.

—No pienses que eso me molesta, porque no es así —añado rápidamente, tratando de sonar convincente.

—No estaba pensando en eso —me responde con una leve sonrisa que ilumina su rostro—. ¿Estás molesto?

Mierda, debo parar con esto. Ahora mismo estoy actuando como un adolescente que muere de celos, pero no debería. No tengo derecho a sentirme así.

—No lo estoy... o sea, no. Yo creo que, bueno... —balbuceo, incapaz de formular una oración coherente. Esto es tan frustrante. Ni siquiera recuerdo haber sido su novio, ¿qué me pasa?

—Bien.

¿Bien? ¿Qué quiere decir con ese "bien"? Oh por dios, solo me mira mientras sonríe y sigue caminando. ¿No dirá nada más?

Me invade el cansancio al llegar frente a su habitación. Dudo de mi decisión de estar aquí, pero me repito que tengo que intentarlo. Abro la puerta y me sorprende el orden y la pulcritud que reinan en el espacio. Todo está colocado con meticulosidad, como si él hubiera pasado horas limpiando cada rincón. Siento su mirada clavada en mí, aunque no la vea, y me pongo nervioso. Empiezo a recorrer la habitación con pasos inseguros, tocando algunas cosas al azar, buscando algo que me distraiga.

En un escritorio, unos libros captan mi atención.

—Los cogí de tu oficina —me dice él con voz culpable. Son libros de diseño, me gusta leerlos y admirar el trabajo de otros para inspirarme y aprender. Lo que no entiendo es por qué los cogió de mi oficina.

—Evidentemente no eres diseñador de modas —le digo, mirando los libros que ha tomado prestados—. ¿Por qué los tomaste?

—Quería saber más sobre ti —responde sin titubear, con una sinceridad que me desarma. Su voz es suave y cálida, como una caricia—. Era una forma de tenerte cerca.

Siento un vuelco en el pecho. Sus palabras me envuelven con una ternura que no esperaba. ¿Acaso ha estado estudiando estos temas por mí? ¿Por interés o por amor?

—¿Has estado aprendiendo sobre estas cosas por mí? —le pregunto, con un hilo de esperanza.

—Sí —afirma, sin dudar. Me mira a los ojos, con una intensidad que me hace temblar—. Quería entender lo que te apasiona, lo que te inspira, lo que te hace feliz.

Escuchar la razón por la cual ha estado investigando sobre mis gustos, hace que surja una pregunta que debo hacerle de inmediato.

—¿Qué sabes de mi pasado? —le pregunto, con un nudo en la garganta.

—Sé que vivimos muchas cosas juntos —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—No me refiero a eso —le aclaro, con firmeza—. Tú no eres mi pasado. Con pasado me refiero a antes de que nos conociéramos. ¿Qué sabes del Rayden que no te conocía? Del que te vio una vez en el ascensor de un centro comercial, del Rayden amargado que solo trabajaba y se hacía cargo de errores que no había cometido.

Owen guarda silencio, como si explorara un laberinto de posibles respuestas, o quizás simplemente no tiene nada que decir. Pero después de meditarlo por un instante, rompe el mutismo y empieza a hablar.

—Sé que has sido independiente desde muy joven, que tú y Raykel han forjado una enorme fortuna a pesar de la corta edad. Sé que detestas celebrar tus cumpleaños por algo que te marcó cuando eras más joven. Estoy al tanto de lo que ocurrió con tu prima Lennox. Sé que Aron no es tu padre biológico y...

—¿Cómo sabes eso? —le interrumpo asombrado.

—Bueno, han ocurrido cosas que me llevaron a descubrirlo. Y aunque me cueste admitirlo, también me llevaron a descubrir que yo sí soy su hijo, entre muchas otras cosas.

Me veo obligado a sentarme en la silla junto al escritorio y apoyar mi cabeza en ambas manos.

—Creo que es mejor ir más despacio —le digo mientras siento un leve mareo.

—¿Te sientes mal?

—Estoy bien, solo que mi cabeza da vueltas en este momento.

—Iré a buscar algo de beber.

—Gracias.

Owen camina hacia la puerta, pero antes de cerrarla detrás de sí me dice:

—Le pedí a Will que llamara a Emir, él y Raykel deben estar a punto de llegar. Pensé que cenar todos juntos podía ser una buena idea.

La sensación de vértigo no se disipa del todo y solo puedo asentir con la cabeza. No estoy seguro de que la propuesta de Owen sea tan acertada, pero estoy dispuesto a probar, quizás el calor de un hogar y el afecto de quienes me quieren puedan despertar mis recuerdos.

Mientras espero, sigo explorando el escritorio pulcro de Owen y, sin querer, abro algunos libros para ver qué tipo de lectura le apasiona. Dentro de uno de ellos, como marcador, encuentro un collar que me resulta familiar. Estoy seguro de haber visto esa joya antes, la examino con atención y al leer el nombre que lleva grabado en la placa metálica siento un dolor agudo en el pecho.

«Eliza»

Un escalofrío me recorre la espalda al ver el collar que cuelga de mi mano. ¡Por los dioses! ¿Acaso Owen y yo fuimos tan íntimos? ¿Tan íntimos que él llegó a conocerla a ella?

—Te he traído unas frutas y un zumo de maracuyá, sé que es de tu agrado. —dice Owen con voz suave, entrando en la habitación.

Me incorporo sobresaltado en la silla, como si me hubieran sorprendido en una fechoría.

—¿De dónde has sacado esto? —le pregunto, alzando el collar para que lo vea.

Owen se queda mudo y eso empieza a impacientarme, así que le repito la pregunta.

—¿De dónde has sacado esto?

Él me mira desconcertado mientras deposita la bandeja con las viandas sobre la mesa.

—Rachel me lo entregó antes de morir. Emir y yo intentamos hallar a la mujer llamada Eliza, pero luego desistimos. Hace poco, el día que despertaste para ser exacto, Raykel nos reveló quién era ella y...

—¿Les reveló quién era? —le interrumpo con tal asombro que me doy cuenta de que estoy

alzando la voz.

—Afirmó que era hermana de la señora Eliz y que falleció hace muchos años. Por eso, Emir y yo dedujimos que ese collar le pertenece a otra persona, ya que cuando mi madre me lo entregó, dijo muy claro: "Debes encontrarla".

Observo en Owen un profundo dolor y algo me hace sentir culpable por hacerle evocar a su madre difunta, pero necesito comprender cómo llegó este collar a ella.

—¿Cómo consiguió tu madre este collar?

—No lo sé —me responde y le creo.

Siento un dolor intenso en la cabeza y, de repente, me asaltan imágenes muy claras que se suceden a gran velocidad. No logro distinguirlas bien. ¿Serán recuerdos?

—Al ver el collar, creí que te había llegado por mí, por lo que nos unía —empiezo a explicar, agarrándome a la silla para no caerme—. No entiendo cómo ni por qué tu madre tenía este collar, ni por qué mi hermano quiso engañarlos diciendo que Eliza está muerta. Pero tienes que saber que solo hay una Eliza dueña de este collar y está viva. Lo sé porque yo se lo regalé hace muchísimo tiempo.

No puedo explicar el impulso que me ha llevado a decirle la verdad, quizás sea el peso de la culpa que me oprime el pecho. No recuerdo mucho de mi pasado, solo fragmentos borrosos que se mezclan con sueños y pesadillas, y no sé cuánto le he revelado a Owen sobre mi vida antes de encontrarnos, cuánto le he ocultado, pero hay algo que sé con certeza: no quiero engañarlo. Él no se merece eso, es demasiado noble, demasiado sincero, demasiado bueno para mí. Lo miro a los ojos y veo su confianza, su curiosidad, su afecto, y siento un nudo en la garganta.

He buscado el momento de hablar con Raykel durante toda la cena, pero él parece adivinar mis intenciones y se aleja de mí. Lo observo reír junto a Emir, su novio, y siento una mezcla de sorpresa y alegría. Aún no me acostumbro a verlos como pareja, pero me alegra que hayan encontrado el amor. Por otro lado, le estoy agradecido a Owen por haber organizado esta velada. Al principio no estaba seguro de aceptar, pero ahora me siento feliz de haber compartido un rato ameno con todos. Su voz me saca de mis pensamientos y me invita a brindar. Levanto mi copa y sonrío, esperando que Raykel me mire y me dé una señal.

Con voz firme, interrumpo la conversación que mantenían los demás y le digo a mi hermano: —Necesitamos hablar. Al instante, todos los ojos se vuelven hacia mí, sorprendidos por mi intervención.

—Lo sé —responde Raykel con sequedad. Se levanta del regazo de Emir y, sin añadir nada más, se encamina hacia las escaleras. Yo lo sigo, bajando con cuidado porque mis rodillas aún se resienten al caminar por superficies inclinadas.

Cuando llegamos al primer piso de la floristería, que apenas recibe un tenue resplandor de la luz que viene de arriba, le planteo la cuestión que me atormenta: —¿Por qué les dijiste que ella está muerta?

Raykel se pone a la defensiva y guarda silencio.

—Ella es nuestra madre, Ray —insisto con angustia.

—Por el amor de Dios, Rayden, Eliza es una maldita perra cobarde. Esa mujer no es mi madre —escupe con desprecio.

Su grito me sacude por dentro, como si una onda de choque me atravesara.

—La madre de Owen y Emir deseaba que fueran ellos quienes la hallaran. ¿No te pareció que eso era importante?

Observo cómo los ojos de Raykel se humedecen y escucho su voz quebrada:

—No quería que las cosas acabaran así. Solo ansiaba que te quedaras conmigo ese día. Era nuestro cumpleaños.

—¿De qué hablas? —pregunto, desconcertado por su abrupto cambio de tema. ¿O acaso hay alguna conexión que se me escapa?

CAPÍTULO 43
AMANDO EN SILENCIO.

Owen y Emir se sienten desconcertados al escuchar la conversación de Rayden y Raykel.

—No quise que las cosas terminaran así, yo solo quería que te quedaras conmigo ese día, era nuestro cumpleaños —repite Owen con voz temblorosa, imitando las palabras exactas de Raykel.

—Ya basta, Owen. Dijeron cosas más importantes, como que la tal Eliza es su madre. ¿Por qué sigues empeñado en repetir una y otra vez lo mismo? —le reprocha Emir con fastidio, mientras le lanza una almohada a su hermano.

La acalorada conversación de los gemelos se escuchó en el piso superior, donde Emir, la abuela Sila y Owen estaban reunidos. Sin querer, se convirtieron en testigos de una confesión que no entienden del todo, especialmente lo que Owen no deja de repetirse desde que ellos se fueron.

—Creo que hay algo más detrás de eso, algo que no dijeron pero que si se transmitieron de algún modo. Además, conozco a Rayden, su actitud se volvió fría y distante después de lo que dijo Raykel —le confiesa Owen a Emir mientras se acurruca con la almohada que este le ha arrojado hace unos momentos.

—No sé a qué quieres llegar con todo esto, pero sea lo que sea estoy seguro de que es una locura —replica Emir convencido de que seguro será una teoría más de las muchas que ha escuchado en el último año.

Owen se levanta de la cama y comienza a caminar por toda la habitación con la almohada pegada a su pecho.

—Creo que Raykel fue el responsable del secuestro de Rayden. Tal vez él lo raptó para impedir que se escapara conmigo como lo habíamos planeado. Pero al final las cosas se torcieron.

Emir permanece en silencio, clavando su mirada en la de su hermano, esperando que en cualquier instante le revele que todo ha sido una broma, una broma de muy mal gusto.

—Solo reflexiona —insiste Owen—. ¿Qué emoción ha consumido más a Raykel en estos últimos meses?

—Culpa —susurra Emir con angustia, como si de pronto se le iluminara algo en la mente.

—Exacto —afirma Owen con demasiado entusiasmo—. Recuerda lo que dijo aquella noche, después de propinarme un puñetazo: «Es mi culpa, yo no quería que se fuera, por eso yo...»

—No puedes acusarlo por eso, estaba aterrado como todos. Lo que dijo en ese momento pudo haber sido simplemente fruto del pánico —replica Emir alzando un poco la voz—. Hay muchas otras personas con motivos más sospechosos, como Zoé, por ejemplo, que aseguró haber visto a nuestra madre arrastrando a Rayden hacia el estacionamiento, pero casualmente los vídeos de las cámaras de seguridad desaparecieron esa misma noche.

—No puedes acusar a mi amiga —reprocha Owen indignado, con el rostro enrojecido por la ira.

—Y tú no puedes acusar a Raykel solo porque sí —replica Emir, con el ceño fruncido y los puños apretados.

Los hermanos se miran claramente irritados, desafiándose con la mirada. Cada vez que Emir suelta su veneno en contra de Zoé, la pelea entre los dos es inevitable. Owen sabe quién es su amiga, una chica encantadora e inocente, incapaz de hacer daño a nadie. Además, es absurdo pensar que ella pudo haber tenido algo que ver en algo tan atroz, cuando no existe ningún motivo que la vincule. Por lo que Owen siempre alega que Emir simplemente no la soporta y por eso

siempre busca una razón para arruinarla.

Owen continúa convencido de que tiene razón, así que continúa exponiendo su teoría, aunque sabe que Emir está molesto. Su voz se eleva por encima del ruido de la calle, donde los coches pasan a toda velocidad.

—Tú mismo me dijiste que Raykel logró encontrar a esos malditos hombres que aparecen en el video y las fotos que recibí aquella noche, pero ¿por qué nunca dejó que más nadie los viera? ¿Por qué no los entregó a la policía?

—¿Policía? —pregunta Emir con voz cansina—. ¿Acaso todavía eres tan ingenuo?

Emir se levanta y camina hacia la ventana con las manos en los bolsillos de su pantalón. Observa la extensa oscuridad de la noche, apenas interrumpida por algunos faroles que se pierden en la distancia, y dice: —Hay muchas razones por las que involucrar a la policía sería un error y lo sabes. Pero la razón más importante, y la que llevó a Raykel a tomar la decisión, es que ni la más oscura de las cárceles tiene el castigo adecuado que hiciera pagar a esos cerdos.

Owen mira a su hermano de espaldas, tan distante y frío que siente un escalofrío recorrerle la piel.

—Entonces... —comienza a decir Owen con voz débil—, esos hombres...

—Están muertos —concluye Emir y se gira para mirarlo—. El mismo Raykel los torturó hasta la muerte. Y yo lo ayudé a ocultar las evidencias.

Owen siente un nudo en la garganta al ver la expresión impasible de su hermano. Él conoce bien el oficio de los guardaespaldas que trabajan para la agencia de su madre. Sabe que no se limitan a proteger a los hijos consentidos de la élite, sino que cumplen todo tipo de encargos sucios por dinero. Él mismo aceptó someterse al entrenamiento, sabiendo a lo que se exponía, pero oír a Emir hablar con tanta frialdad de matar a alguien le eriza el vello.

—No me mires así —le espeta Emir, con un tono gélido que le recuerda demasiado al de su madre.

—Estamos hablando de personas, Emir. No puedes quitarles la vida como si fueran insectos insignificantes.

—No me importa cuántos cadáveres tenga que dejar atrás ni cuántos violadores tenga que eliminar del mundo si eso hace sentir a Raykel mejor. Lo sé, esto es una locura y quizás lo que me mueve a actuar así no sea amor o al menos no del modo en que tú lo entiendes, pero mi alma está perdida y no hay vuelta atrás.

Owen trata de articular alguna respuesta, pero se percata de que no hay palabras adecuadas para esa situación y opta por el silencio.

—Si no te sientes cómodo con esto, sabes que puedes alejarte, puedes denunciarme y hacer lo correcto —Emir se gira y encara a su hermano—. Te lo digo en serio.

—Nunca haría algo así —dice Owen con prisa y se acerca para abrazarlo—. Sigo pensando que no son los métodos correctos, pero también soy un egoísta y no haría nada que me haga perderte. Eres mi hermano.

Los dos chicos se sientan de nuevo en la cama y encienden el televisor. Emir respira hondo y hace una confesión.

—En algún momento, yo también pensé lo mismo que tú sobre Raykel —reconoce con voz grave y Owen lo mira desconcertado—. Fue inevitable, sabiendo lo que sé de su infancia.

Owen se recuesta en el respaldo de la cama y baja el volumen de la televisión, dispuesto a escuchar la historia.

—El primer día que llegué a la casa de los Sarosh, cuando Aron me rescató del orfanato, le hice una promesa a la señora Eliz —empieza Emir, como si le costara recordar lo sucedido—. Verás, Rayden también estuvo en el mismo orfanato que Will y yo. La promesa consistía en guardar ese secreto.

—¿Qué? —exclama Owen, incrédulo.

—No me extraña que lo ignorares, Rayden siempre ha sido un experto en reprimir sus emociones y borrar de su mente los episodios que le causan dolor. Bueno, en realidad nunca estuve seguro de si los olvidaba de verdad o solo sabía cómo disimular. El hecho es que Aron lo confinó en el orfanato para alejarlo de Raykel. Los gemelos solían tener enfrentamientos a menudo, pero aquella vez Raykel empujó a Rayden por las escaleras solo porque este había herido sus sentimientos o algo así.

Owen se estremece al escuchar esas palabras. «¿A este pasado se refería Rayden?» se pregunta con angustia.

—¿Cuánto tiempo permaneció Rayden en ese sitio? ¿Cómo logró salir?

Emir esboza una leve sonrisa.

—Fue un escándalo, te lo aseguro. No tengo ni idea de cómo lo logró, pero prendió fuego a la oficina de la monja que estaba al mando del orfanato, y las llamas se extendieron por gran parte del edificio.

Owen quisiera creer que Emir se refiere a otra persona y no a su dulce novio, ese que siempre actúa con rectitud y bondad, y que solo tiene amor para ofrecer.

—Aron, como siempre, se encargó de arreglarlo todo. Inventó una excusa convincente para las monjas, algo sobre unas remodelaciones necesarias y una jugosa suma de dinero.

—¿Piensas que esa actitud fría y distante que la gente percibe en Rayden se debe a Raykel? ¿Será que él siempre rechazaba a los demás para no hacer sentir mal a su hermano? —pregunta Owen con curiosidad.

—Estoy seguro de que eso influye mucho. A Raykel no le gusta compartirlo con nadie, no soporta que se aleje, odia perder su atención. Al principio, además de las ideas que Rachel me metió en la cabeza, también me daba miedo que tú estuvieras con Rayden porque temía que Raykel no lo aceptara y te hiciera algo horrible para separarte. Y bueno, por eso también llegué a pensar que quizás Raykel tuvo algo que ver con lo que pasó hace un año.

Owen se sumerge en un profundo silencio, repasando las palabras de Emir en su mente. No puede evitar sentir que todo lo que le ha contado solo confirma sus dudas.

—No te basta con que Raykel haya eliminado a esos hombres, ¿verdad? —intuye Emir, leyendo la inquietud en los ojos de su hermano.

—Quizás solo lo hizo como un gesto simbólico para lavar su conciencia —plantea Owen con una voz cargada de escepticismo. La idea le parece tan plausible a Emir que se irrita.

Cuando abre los ojos, Owen siente el impulso de alcanzar su teléfono en la mesita de noche. Lo desbloquea y ve que tiene dos mensajes nuevos. El primero es de Rayden, su novio que sigue sin recordarlo. Lo abre con ansiedad, esperando alguna noticia sobre su situación. Lee: «Mi hermano y yo saldremos de viaje, estoy bien no te preocupes». Owen suspira, aliviado, pero también preocupado. ¿A dónde irán? ¿Estarán a salvo? Quiere preguntarle, pero se contiene. Solo le responde: «Cuídate mucho y avísame cuando llegues».

Deja el teléfono sobre la cama y se arropa de nuevo, buscando el calor que le falta. Está a punto de volver a dormirse cuando recuerda que hay otro mensaje sin leer. Se incorpora y lo

mira. Es un número desconocido y un mensaje breve pero intrigante: «Durante todo este tiempo no han encontrado a Eliza porque a ella no le interesa ser encontrada. Si quieres saber más de ella ve a este lugar». Al final hay una dirección que le resulta familiar. Es la misma provincia donde está la casa del lago.

Con un movimiento ágil, Owen salta de la cama con el teléfono en mano. Sin perder tiempo, corre al baño y se mete en la ducha. Mientras el agua le cae por el cuerpo, marca el número de Emir y activa el altavoz. Le cuenta con voz urgente el mensaje que acaba de recibir y su plan de ir a investigar lo antes posible.

«¿Estás loco?» le pregunta Emir con incredulidad. «No puedes confiar en un desconocido. Creo que deberíamos esperar y hablar con los gemelos con más calma y que ellos nos digan quién es ella exactamente»

—No voy a esperar —replica Owen, saliendo de la ducha y secándose con una toalla—. Le enviaré los datos a Will para que averigüe todo lo que pueda sobre esa dirección y el número de teléfono que me la envió.

«Eres muy terco» se lamenta Emir.

—Prepárate, que iremos a la casa del lago esta misma tarde. No te preocupes por la abuela, le diré que debemos atender unos asuntos urgentes con los nuevos reclutas de la agencia.

Owen siente un golpe de nostalgia al pisar el suelo frente a la imponente casa del lago, que se alza como un testigo silencioso de su pasado. Todo parece igual que la última vez que estuvo allí, cuando esparció las cenizas de su madre en el agua y no tuvo tiempo de contemplar la paz que lo rodeaba ni de recordar los buenos momentos que había vivido. Ahora se aleja del auto, dejando a Emir y a Will solos, y se dirige a los columpios destartalados donde, hace mucho tiempo, Rayden le pidió que fuera su novio con una sonrisa nerviosa.

El columpio cruje al sentarse, pero aguanta su peso. El viento le susurra al oído y el lago le muestra su superficie mansa, reflejando el cielo azul. Invitándolo a caer en la trampa de los recuerdos. Se ve a sí mismo y a Rayden, perdidos el uno en el otro, amándose y soñando. Sus manos entrelazadas, sus labios rozándose, sus miradas brillando por la emoción de tenerse.

—No quiero interrumpir tus pensamientos, pero...

La voz suave de Will le llega como una caricia al oído, tan sigilosa que no se percata de su presencia hasta que lo tiene a su lado. Owen da un respingo y casi cae del columpio, donde se balanceaba distraídamente mientras observaba el atardecer.

—Ya lo hiciste, Will —responde con un deje de reproche, pero sin perder la sonrisa.

—Lo siento, pero ya tengo la información que querías saber de ese lugar —dice Will, mostrándole un iPad en las manos.

—Está bien —Owen gira la cabeza y se encuentra con los ojos de Will, que brillan con una mezcla de curiosidad y nerviosismo—. Siéntate aquí, pero no me digas nada todavía. Quiero hacerte una pregunta.

Will asiente y se sienta en el columpio vacío, dejando el iPad sobre sus piernas. Fija su mirada en la persona que está a su lado, convencido de que hay más belleza en él que en todo el paisaje que los rodea. El cabello rojizo de Owen resplandece con los últimos rayos del sol, y sus labios rosados invitan a ser besados.

—¿Qué quieres saber? —pregunta el joven guardaespaldas con entusiasmo.

—¿Alguna vez te has enamorado?

La pregunta lo deja sin aliento. Siente un nudo en la garganta y un calor en las mejillas. No

sabe cómo reaccionar. ¿Qué quiere decir Owen con eso? ¿Es solo una pregunta casual o hay algo más detrás? ¿Acaso él siente lo mismo que él? ¿será posible?

Pasa al menos un minuto y Will no dice nada. Owen lo mira y se da cuenta de lo sonrojado que está. Le parece adorable.

—¿Te sientes bien?

—Sí... sí me he enamorado —dice Will finalmente, con voz temblorosa. Sus ojos se llenan de lágrimas que no se atreve a derramar. Sabe que está a punto de confesar algo que podría cambiarlo todo, que está exponiendo sus sentimientos a un gran riesgo.

Owen asiente sigue preguntando. Su rostro refleja una curiosidad inocente.

—¿Qué es el amor para ti?

—Pues... —Will tartamudea y aprieta el iPad en sus manos con tanta fuerza que probablemente si sigue así romperá la pantalla. No sabe cómo expresar lo que siente, lo que nunca ha dicho a nadie—. Para mí amar es ese sentimiento capaz de nacer en cualquier parte, que te hace ver las cosas en formas que nunca soñaste. Es sentir que tu mundo se destruye si no ves a esa persona que amas, que nada es imperfecto cuando está frente a ti. Amar es sentirse capaz de crear tu propio mundo en medio del caos, sentir que nada tiene sentido y a la vez encontrar todas las respuestas que buscas en solo una persona. Es ser tan vulnerable que podrías ahogarte en tus propias lágrimas y ser salvado solo con una sonrisa.

Owen voltea a mirarlo, boquiabierto.

—No pensé que fueras una persona romántica —dice con voz suave, casi un susurro—. ¿Hay alguien de quién estés enamorado?

Will evita el contacto visual con Owen y exhala un suspiro profundo, su corazón late con tanta fuerza que parece que va a estallar. Tal vez debería terminar esta conversación antes de que le dé un infarto, pero quizás esta es una oportunidad única que no puede dejar pasar.

—No sé si la persona que amo me corresponde —dice con una voz grave que Owen nunca le había escuchado.

—Entonces tienes que averiguarlo, el tiempo es muy valioso —le aconseja Owen.

Will vuelve a suspirar y se lleva una mano al pecho para intentar calmar su pulso, reúne todo el coraje que le queda y se dispone a decirle a Owen quién es la persona que le gusta, pero...

—Regresar a este lugar me ha hecho recordar el lado maravilloso del amor. El tiempo y las circunstancias han hecho que mi amor por Rayden cambie, pero nunca se ha apagado. Siempre ha ardido en mi pecho con la misma intensidad que el primer día. Por eso tú, amigo mío —Owen le da un toque en el hombro con el dedo índice —deberías confesar tus sentimientos y aceptar la respuesta que te den. Deja que el tiempo haga su trabajo, pero no lo desperdicies guardando silencio.

Will asiente y se pone de pie. Su rostro refleja una mezcla de decepción y enojo.

—Aquí está la información que querías que averiguara sobre la dirección que me mandaste. Hace treinta años aproximadamente, este lugar era un centro para tratar la tuberculosis. Ahora es un hospital psiquiátrico. Y la madre de la persona que amas es la propietaria.

Will deja el iPad en el regazo de Owen y se marcha casi corriendo, como si necesitara alejarse cuanto antes.

—¿Qué le pasa? —se pregunta Owen mientras encoje los hombros. Siente una punzada de curiosidad por saber más sobre la historia de amor de su amigo.

CAPÍTULO 44
MUJER MISTERIOSA.

Owen apenas nota el extraño comportamiento que ha mostrado Will hace un rato. Está absorto en la contemplación de la naturaleza que lo rodea, con sus verdes pastizales, sus árboles frondosos y su cielo bañado con los colores del atardecer. De vez en cuando, baja la vista al informe que tiene en el iPad, donde se detallan los hallazgos de la investigación de Will.

—Deberíamos venir aquí más a menudo —dice Emir, interrumpiendo el silencio.

Owen vuelve a la realidad y le sonríe a su hermano.

—Quizás —responde—. Mira esto —le pasa el iPad a Emir para que lea.

Emir se sienta en el columpio junto a su hermano y empieza a ojear el informe con desgana. Will ya le había contado algo sobre lo que averiguó, pero casi al final del reporte se topa con un artículo de periódico que le llama la atención: «El número de suicidios crece en Dahlias».

—Ese lugar parece aterrador —comenta Emir, frunciendo el ceño.

—Sí, pero lo que no entiendo es por qué en esas noticias no mencionan a los dueños del lugar —dice Owen, expresando sus inquietudes con tono de detective.

Emir le devuelve el iPad a su hermano y, con la mirada fija en la hierba que se mece al compás del viento, responde a sus inquietudes. Sabe que lo que realmente le interesa es el misterio que envuelve a Eliz y Aron, los dueños del centro para la salud mental.

—Estás pasando por alto un detalle: el artículo es de hace ocho años y, según lo que pude averiguar, Eliz empezó a tomar las riendas hace cinco. Tengo la sospecha de que este lugar no es más que una fachada montada por ellos dos para lavar dinero. Son expertos en hacer este tipo de cosas sin levantar sospechas. Y si algún reportero se entera, saben cómo silenciarlo.

—Hablas de esto con tanta naturalidad que me asusta: asesinato, ocultamiento de cadáveres, lavado de dinero... —Owen muestra una expresión de preocupación. A veces quisiera seguir ignorando todas las cosas ilegales que lo rodean, como solía hacerlo.

—Tuviste la suerte de crecer en un ambiente sano con la abuela. Entiendo que te sientas incómodo cuando te hablo así, pero esta es mi realidad, la realidad de tu familia y de tus seres queridos. No todo es color de rosa.

Owen lo sabe muy bien. Sin embargo, es una realidad que desearía poder cambiar.

—¿Rayden y Raykel también se dedican a lo ilegal?

—Ya conoces lo que ha hecho de Raykel —susurra Emir con un dejo de tristeza.

—Sí, pero... —Owen titubea, temeroso de lo que pueda descubrir —¿y Rayden? ¿Ha hecho cosas malas? ¿Sería capaz de quitarle la vida a alguien?

—Solo te diré que los gemelos son oportunistas. Tú eres una buena persona, Owen, y quizás algunas cosas te resulten inaceptables, pero no me toca a mí contarte el pasado de Rayden. Creo que las circunstancias no les han dado la oportunidad de conocerse bien, a pesar del tiempo que llevan juntos.

Owen reflexiona sobre eso y, como suele pasar, reconoce que Emir tiene razón.

—Para conocer a alguien a fondo se necesita más que abrazos, momentos felices y ese maravilloso sentimiento llamado amor. Se necesita tiempo —Emir calla y exhala un profundo suspiro —creo que has llegado al punto en el que estás seguro de lo que sientes, pero necesitas más y eso no significa que lo quieras menos.

Owen se levanta sin mediar palabra y saca su teléfono. Apunta la cámara hacia el paisaje, donde el sol se despide con un arco iris de colores. Captura la imagen y la envía a Rayden con un breve texto: «Necesitamos hablar». Luego vuelve a sentarse en el columpio, sumido en el

silencio.

—Raykel y yo llevamos casi media vida juntos, en una relación que trasciende lo complicado. El amor no es lo único que nos une. Me quedé a su lado porque aprendí a conocerlo de verdad, porque en el fondo somos muy similares y su pasado no me asusta.

—¿Qué quieres decir? —inquiere Owen.

—Tú eres distinto a mí. Si algún día descubres algo del pasado de Rayden que te resulte inmoral o inaceptable, o si hay algo reciente que te incomode, no te aferres a él por amor.

Owen siente un nudo en la garganta al pensar en la posibilidad de ser rechazado. Sabe que eso podría ocurrir si Rayden recupera la memoria y se enfrenta a las atrocidades que le ocurrieron "en su reciente pasado". Owen lo entiende, pero no puede evitar el miedo de perderlo, de que todo lo que han vivido juntos se desvanezca como un sueño. Él tiene claro su postura con respecto al tema: apoyará incondicionalmente a Rayden, incluso si eso implica alejarse para dejarlo sanar.

—No sé si Rayden ha hecho cosas como su hermano, pero si es así, aunque me asusta, no creo ser capaz de abandonarlo por eso —confiesa con voz temblorosa.

Emir mira a su hermano con compasión y le advierte que no use el amor como excusa para quedarse, pero quizás sea la mejor razón para hacerlo después de todo. Siempre y cuando el amor sea lo suficientemente fuerte como para eclipsar las dudas y el remordimiento. Este autor les recuerda que los humanos estamos destinados a equivocarnos, y no por eso se nos puede negar la oportunidad de amar a pesar de los errores que hayamos cometido.

Emir acelera el coche por la carretera solitaria que los lleva al psiquiátrico, mientras Owen mira por la ventanilla el paisaje desolador. Siente una mezcla de gratitud y nostalgia al pensar en su hermano mayor, que ha estado a su lado para apoyarlo, consolarlo y reprenderlo cuando hace falta. Aunque tiene a Zoé, su mejor amiga desde la infancia, como una hermana del alma, sabe que no es lo mismo. Además, últimamente Zoé se ha alejado de él, y Owen sospecha que está enamorada de alguien. Él sabe lo que es eso, lo vivió cuando empezó a salir con Rayden. Sin querer, se distanció de su amiga porque solo tenía ojos para él. Por eso no le guarda rencor a Zoé y respeta su espacio.

—Sabes que Will nos está siguiendo ¿verdad? —dice Emir de pronto, rompiendo el silencio incómodo que se había instalado entre ellos.

—Le dije que se quedara, debe averiguar el paradero de Rayden —responde Owen con un dejo de irritación. Antes de salir de la casa del lago, le pidió a Will que encontrara a Rayden, ya que no le contesta los mensajes ni las llamadas y comienza a preocuparse, pero en vez de eso, el hombre los sigue como una sombra por alguna razón que Owen desconoce.

Owen agarra su teléfono y pulsa el número de Will.

—¿Sí? —La voz de Will suena al otro lado, apenas después del primer timbrazo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué nos persigues?

—Solo quiero cumplir con mi trabajo y protegerte, Owen.

Owen se queda sin palabras, así que opta por cortar la llamada mientras observa por el espejo retrovisor el coche que los sigue a poca distancia.

—Debe ser duro para él —comenta Emir con un tono compasivo.

—¿De qué hablas?

El conductor pone los ojos en blanco, mostrando su impaciencia. Aunque Owen ha madurado mucho con el paso del tiempo, es evidente que sigue siendo el mismo chico inocente de siempre.

—Debe ser duro ver cómo la persona que amas está enamorada de otra. Y más si tienes que ser su guardaespaldas y velar por la seguridad de su pareja.

—¿Crees que Will está enamorado de mí? —pregunta Owen.

—No lo creo, lo sé. —Asegura Emir.

—Eso es imposible. —Replica Owen, más nervioso que sorprendido y de pronto recuerda la conversación en los columpios.

—Conozco a Will desde que era un niño entrometido y molesto. Créeme, él te ama y lo hace desde mucho antes de convertirse en tu guardaespaldas.

—¿Por qué me dices esto ahora?

Su voz suena divertida, pero también hay un dejo de curiosidad. Emir no contesta. Se limita a mirar al frente, como si la carretera le ofreciera alguna respuesta. Reduce la velocidad al tomar una curva y le pregunta:

—¿Le habrías dado una oportunidad?

Esta vez, su tono es más serio, casi preocupado. Owen no responde. Parece absorto en sus propios pensamientos, como si no hubiera escuchado la pregunta. O como si no quisiera responderla.

—¿Lo habrías hecho? —repite Emir, sintiendo una punzada de curiosidad.

—Creo que es ahí —dice Owen de pronto, cambiando de tema. Señala un edificio blanco con una enorme puerta al frente, que parece una reliquia arquitectónica.

Emir frunce el ceño, pero no dice nada más. Estaciona el auto frente al edificio y se baja. Observa cómo Owen también se baja y mira a su alrededor, como buscando algo o a alguien. Emir nota que está actuando sospechoso, pero no sabe qué hacer al respecto. Y su pregunta queda en el aire, sin respuesta.

—Si no hubiera leído esas noticias de suicidio, diría que parece un lugar agradable —susurra Owen mientras echa un vistazo a los alrededores. Todo es verde y tranquilo, salpicado de flores que contrastan con el blanco del edificio. Por supuesto, son las flores lo que más le llama la atención.

El lugar, a simple vista, puede parecer cualquier cosa menos un hospital psiquiátrico. No se ven personas por ninguna parte, el silencio es penetrante y todo el ambiente en general es bastante acogedor.

—Bienvenidos al hospital psiquiátrico Dahlias —dice una señora de unos cincuenta años aproximadamente, que se acerca a los recién llegados. Parece entusiasmada de ver personas en el aparentemente solitario lugar. Los conduce desde la puerta hasta el amplio vestíbulo y les brinda una encantadora sonrisa.

Owen y Emir no reaccionan, ya que es difícil saber qué es más llamativo, si la voz chillona de la mujer o su cómico y colorido atuendo.

—Buscamos a alguien —dice Emir sin perder el tiempo.

—Muy bien —la mujer se sienta detrás de un escritorio y pregunta por el nombre de la persona que buscan.

—Eliza Morgan.

—No sabía que se apellidaba Morgan —dice Owen con curiosidad.

—Es el apellido de soltera de la señora Eliz —explica Emir.

—¿Quién me busca? —pregunta una voz femenina muy conocida, que llama la atención de los presentes e invita a dirigir sus miradas hacia ella.

—Síganme, por favor —dice la mujer al reconocer las caras de Owen y Emir, y les hace una seña con la mano.

Owen y Emir titubean un poco antes de seguirla. Ella sin dudas tiene que ser Eliza, ¿o es Eliz? En este punto los hermanos no saben qué pensar, están aquí por el mensaje de un desconocido. El lugar poco a poco deja de ser acogedor y se torna sombrío. Es demasiado silencioso y la tristeza se puede ver y sentir a través de las paredes descoloridas del pasillo por el cual caminan.

—El miedo se apodera de mí. —susurra Owen con voz temblorosa, solo audible para Emir.

—Tranquilo. —Emir parece imperturbable como siempre, un enigma indescifrable. Es difícil saber si comparte el temor de Owen, a menos que él mismo lo confiese, porque su rostro no delata ninguna emoción. —No dejaré que nada te pase. —Levanta ligeramente la chaqueta del lado derecho y le muestra lo que oculta bajo ella.

—¿Trajiste un arma? —Owen se sobresalta.

—Por supuesto, no pensabas que vendría aquí desarmado ¿o sí?

—¿Cómo supieron de este lugar? Si están aquí es porque saben quién soy, supongo. —pregunta la mujer con serenidad mientras continúa caminando al frente por el pasillo, deslizándose con una gracia y una elegancia que los deja boquiabiertos.

—Recibí un mensaje de alguien desconocido con esta dirección. —responde Owen mecánicamente, casi sin pensar.

La mujer se gira lentamente y clava sus ojos en Owen, que siente un escalofrío.

—¿No fuiste tú quien envió el mensaje? —pregunta Emir con voz firme.

—¿Qué motivo tendría yo para atraerlos hasta aquí?

La pregunta los deja perplejos. ¿Acaso lo que decía el mensaje era verdad? ¿Ella no quería que la encontraran?

Al final de un largo y sombrío corredor, se topan con una puerta de madera maciza. La mujer introduce una llave y los invita a pasar. El contraste es sorprendente: se trata de una oficina lujosa y espaciosa, con muebles de diseño y una gran ventana que da al jardín. Nada que ver con el aspecto descuidado y lúgubre del pasillo.

—Bueno, —dice la mujer mientras se sienta tras un escritorio y les hace un gesto para que ocupen dos sillones frente a ella— ¿a qué debo su visita?

—Rachel...

Owen apenas puede pronunciar su nombre cuando la mujer lo interrumpe con brusquedad.

—Ya sé, ya sé. Pero es inútil que vengan a buscarme después de tanto tiempo.

—Entonces, ¿por qué no nos contactó antes? Es evidente que era íntima de Rachel —Owen se sobrepone al miedo que le inspira la mujer y mete la mano en el bolsillo de su pantalón. Saca el collar que lleva una placa con el nombre de Eliza y se lo muestra—. De lo contrario, ¿cómo explica que ella tuviera esto consigo?

Eliza se aparta el cabello rubio de la cara con un gesto de molestia. Observa el objeto que Owen sostiene en la mano, como si le evocara algún recuerdo, pero no hace ningún comentario al respecto.

—¿Qué es lo que quieren saber? —pregunta con voz tensa.

—«Debes encontrarla», fueron sus últimas palabras antes de entregarme esto. ¿Por qué ella quería que te encontráramos a ti?

—Rachel quería impedir que algo malo pasara esa noche. Se lo advirtió a Rayden, pero él se mostró confiado y dijo que podía arreglárselas. Al final, las cosas salieron muy distintas a como esperábamos —Eliza clava su mirada acusadora en Owen. —Quizás subestimamos al culpable.

—¿Entonces Rachel le reveló a Rayden quién quería hacerle daño? —interviene Emir.

—Sí —responde Eliza con firmeza, pero Emir sigue con algunas dudas.

—Me resulta extraño que supiera algo y no se lo dijera a Raykel.

—Rayden se lo dijo, al menos una parte. Y Raykel, por supuesto, te echó la culpa a ti —Eliza señala a Owen con su dedo índice—. Fue entonces cuando tomó una decisión: planeó evitar que Rayden se fuera contigo después del evento.

Owen permanece inmóvil, mirando fijamente a Eliza, pero con su mente puesta en el recuerdo de lo que ocurrió aquel día en la floristería, cuando Rayden terminó su misteriosa conversación con Rachel.

—¿Qué te dijo Rachel? —preguntó Owen con temor.

—No es nada —mintió Rayden.

—Estás mintiendo.

—«Solo quiere que te convenza de no ir al evento. Ella teme que Aron utilice esa oportunidad para hacerte algo.

En ese momento Owen le comentó a Rayden lo que pensaba al respecto diciendo: «Una persona con las influencias de Aron, si quisiera hacerme daño, ya lo habría hecho hace mucho tiempo». Luego de eso Rayden se marchó a toda prisa porque tenía que hablar con Raykel.

—Tengo una duda —dice Emir con curiosidad.

—No me sorprende, siempre las tienes —responde Eliza con una sonrisa amable.

—Rachel sabía lo que iba a pasar y trató de evitarlo, al igual que Rayden. Incluso Raykel hizo algo cuando le disparó a ese hombre que trajo las flores con intención de matar a alguien. —Emir se levanta y cruza los brazos sobre su pecho, mirando fijamente a Eliza —¿Y tú qué hiciste para evitarlo? ¿Dónde estabas cuando intentaron matar a tu hijo? ¿Cuándo lo secuestraron y le hicieron un daño irreparable?

El rostro de Eliza se ensombrece.

—¿Y bien? —insiste Emir.

—Estaba aquí —la voz de Eliza suena casi como un suspiro, —hice todo lo posible por proteger a mis hijos. Pero mi hermana y Aron son personas difíciles.

La confusión en los rostros de Owen y Emir es tan evidente que puede resultar molesta, por lo que Eliza se apresura a decir:

—Les contaré todo lo que sé, pero antes deben comprender algo importante —dice Eliza, clavando su mirada en Owen como si quisiera advertirle de un peligro. —Descubrir la identidad del culpable de lo que le ocurrió a Rayden no resolverá ni cambiará nada.

Owen abre la boca para protestar, pero Eliza lo interrumpe.

—Lo que él necesita ahora es nuestro apoyo y nuestro amor, no nuestra sed de venganza.

—Alguien tiene que pagar por lo que hizo. —gruñe Owen, apretando los puños.

—No seas necio como tu madre, que se empeñó en una guerra que perdió desde el principio. Yo también cometí ese error, pero aprendí que lo mejor que podemos hacer es intentar vivir plenamente.

—Eso me suena a rendición.

—Si más personas se enteran de la verdad, solo habrá más sufrimiento.

Eliza habla con el corazón, pues quiere proteger a estos jóvenes y, sobre todo, a sus hijos. Sabe que Raykel se ha condenado al matar a los tres hombres que violaron a su hermano y teme que, si descubre quién fue el autor intelectual, las cosas empeoren aún más.

—Rayden tampoco quiere que esto se sepa, a pesar de que él es la víctima. Intenta proteger tus sentimientos y proteger a Raykel de sí mismo —dice Eliza con una voz suave y comprensiva.

Owen no entiende cómo lo protegerían a él ocultándole la verdad. Siente una mezcla de frustración y decepción.

—Rayden y Raykel estuvieron aquí antes que ustedes, y como están las cosas, por favor intenten vivir en el presente —continúa Eliza, cambiando de tema.

—Bien —responde Owen, levantándose visiblemente enojado y dispuesto a marcharse. Creía que por fin encontraría las respuestas que necesitaba, pero siente que se equivocó. —Lamento molestarla, señora.

—Yo quiero saber algo más —interviene Emir, con curiosidad.

—¡Vámonos! —insiste Owen, tirando de su brazo.

—Adelante —señala Eliza con una sonrisa, como si supiera lo que Emir tiene en mente.

—¿Por qué usted parece conocernos de toda la vida? ¿Por qué a pesar de estar aquí sabe tanto? Esta es una oficina muy lujosa, pero el hecho de que no haya computadora ni teléfono me dice que usted está aislada —pregunta Emir, mirando a su alrededor.

Eliza sonríe con satisfacción y dice:

—Soy una mujer misteriosa, ¿no te parece?

—Mujer misteriosa —repite Emir, intrigado.

—Concédanme un momento para contarles mi historia —dice Eliza, invitándolos a sentarse otra vez.

CAPÍTULO 45
UNA HISTORIA LAMENTABLE.

Eliza

Eliz y yo crecimos solas con nuestra madre. Papá, quien trabajaba como jardinero en la mansión de un mafioso, fue asesinado antes de que tuviéramos edad para recordarlo. Su cuerpo quedó tendido en el césped, rodeado de rosas rojas que él mismo había plantado. Sin embargo, la precariedad en la que vivíamos obligaba a mamá a trabajar incansablemente para las mismas personas, a pesar de que cada día tenía que ver el lugar donde murió su esposo.

El miedo siempre fue nuestro más fiel acompañante. Solo éramos unas niñas, pero siempre fuimos conscientes de todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Aunque no éramos más que las hijas de una insignificante cocinera, el peligro era constante. Los gritos, los disparos, las amenazas y las miradas lascivas se convirtieron en nuestra cotidianidad.

A la edad de dieciséis años perdimos a mamá, y sí, murió igual que nuestro padre; fue víctima de una balacera que se desarrolló en la mansión para la que trabajó durante casi la mitad de su vida. Una bala perdida le atravesó el corazón mientras preparaba el almuerzo para los invitados del jefe. Desde ese día Eliz y yo quedamos desamparadas.

La muerte de mamá nos dejó dos opciones. La primera, quedarnos en la mansión del mafioso como empleadas y sufrir el mismo final que nuestros padres. La segunda, irnos lo más lejos posible para comenzar una nueva vida en un mundo totalmente desconocido. Elegimos la segunda opción, sin saber lo que nos esperaba.

Quizás te estés preguntando si no teníamos familia que nos ayudara. La teníamos, pero a veces el término «familia» no significa lo mismo para todo el mundo. Cada uno de nuestros parientes cercanos se hizo el desentendido, después de todo ¿quién quería hacerse cargo de dos gemelas huérfanas de dieciséis años?

¿Qué tal los amigos? Te preguntarás.

Por ser quienes éramos, no tuvimos la oportunidad de hacer muchos amigos, pero eso no quiere decir que fueran inexistentes. Es ahora cuando esta historia empieza a ponerse interesante. La amistad, probablemente la cosa más peligrosa después del amor.

Cualquier relación que comience con una mentira está destinada a terminar en un desastre. Y así fue como comenzó mi amistad con Rachel y Sara. Un día fui con mi madre a una pequeña floristería a las afueras de la ciudad. Allí conocí a las dos personas que en un futuro cercano se convertirían en mis únicas amigas. El problema es que me presenté con el nombre de mi hermana ante las encantadoras niñas que se acercaron a mí en cuanto me vieron. Ni siquiera sé por qué no dije mi nombre real.

Cuando se lo conté a Eliz, a ella le pareció divertido, y la verdad es que a mí también. Así que nos turnamos para visitar a nuestras nuevas amigas sin contarles que éramos gemelas. Era difícil que lo descubrieran, el parecido entre Eliz y yo siempre ha sido extraordinario. Pero con el tiempo, esa pequeña mentira fue tomando peso y cada vez se hizo más difícil cargar con ella.

Fue después de la muerte de mamá que quise contarle la verdad a Rachel y a Sara, pero Eliz no estaba de acuerdo. El amor, el odio y el deseo de venganza comenzaban a interponerse en esta historia. Eliz había conocido a un apuesto y millonario joven que acababa de llegar del extranjero, pero eso no fue lo que cautivó su atención en primera instancia. Ese joven era el hijo menor del mafioso para el cual trabajaron nuestros padres, sí, tal como lo estás imaginando; ese joven era Aron.

Eliz lo sedujo hasta hacerlo su novio con un único objetivo: venganza. No podía hacer nada

en contra de su padre por la muerte de mamá y papá, pero sí algo en contra de su hijo. Y yo estuve de acuerdo.

Todo empezó a complicarse cuando Eliz les presentó a su novio a nuestras amigas. Era un hombre atractivo y carismático, pero también ambicioso y desleal. Desde el primer momento, se quedó prendado de la belleza de Rachel, y yo lo comprendía mejor que nadie. No tardó en lanzarle miradas insinuantes y halagos indiscretos, sin importarle que estuviera con mi hermana.

Rachel siempre lo rechazó, pero él no se daba por vencido. Cada vez tenía más poder, pues había vuelto del extranjero y su padre lo obligó a que se hiciera cargo del negocio familiar. Pero lo hacía de una forma más inteligente y sutil, sin levantar sospechas. Esa sensación de grandeza le hacía creer que podía tenerlo todo.

Mi hermana y yo teníamos que actuar antes de que perdiéramos la oportunidad con Aron. En ese entonces, nadie sabía que éramos gemelas, ni siquiera él. Era nuestro secreto mejor guardado.

Eliz ideó un plan que parecía infalible: quedarse embarazada de él. En esa época, era un método efectivo para atrapar a un hombre, especialmente a un mafioso que deseaba con desesperación un heredero. Pero por más que lo intentaba, no lo conseguía. ¿Sería Aron estéril?

La desesperación nos estaba consumiendo. Ya le habíamos sacado mucho partido a Aron, especialmente para iniciar nuestro sueño. Con su dinero, habíamos podido abrirnos paso en el mundo de la moda, pero necesitábamos seguir con él para seguir creciendo. Y para eso, Eliz tenía que darle un hijo.

Con la creencia de que Aron era estéril, no tuvimos otra opción que recurrir a nuestras mejores amigas. Y qué mejor oportunidad que la que nos brindó Sara, quien trabajaba en un prestigioso bar como bailarina exótica. Pensamos que solo necesitábamos una noche en ese lugar para encontrar un hombre que fecundara a mi hermana, pero nos equivocamos. Eliz se acostó con varios hombres en diferentes hoteles de la ciudad y nunca quedó embarazada. Así fue como descubrimos que la estéril era ella y no Aron.

Como puedes imaginar, ese gran problema no detuvo las ambiciones que compartíamos, todavía había una salida. Era el momento de que yo entrara en acción y de que hiciéramos lo que mejor sabíamos hacer; intercambiar roles y engañar a todos. Mi hermana dejó de vivir con Aron y yo ocupé su lugar en cuanto quedé embarazada de un desconocido en el bar donde trabajaba Sara. Podría haber quedado embarazada de Aron, pero Eliz decidió que darle un hijo era premiarlo.

Desde el principio, Rayden y Raykel solo fueron parte del plan para atrapar a Aron, y funcionó por un tiempo. Él dejó de acosar a Rachel y se concentró en los negocios, en mí y en sus dos bebés. Todo estaba saliendo a la perfección.

Pero como dije antes "toda relación que comienza con una mentira está destinada a terminar en un desastre".

Eliz y yo nos confiamos demasiado y Aron nos atrapó. En ese momento supe que todo estaba perdido. Cegado por la furia, Aron agarró a los gemelos y los acercó al borde de la ventana de la habitación, que estaba en el segundo piso de la mansión Sarosh. Yo me quedé paralizada, aterrada. Nunca había sentido tanto miedo como esa noche, al ver a mis pequeños pendiendo de las manos de ese monstruo. Un monstruo que habíamos despertado mi hermana y yo con nuestra imprudencia.

Pero en el último minuto, cuando ya solo me quedaba rogarle a Aron que les perdonara la vida a los bebés, Eliz habló: «Negociemos». Los hombres de Aron la sujetaban de rodillas y le apuntaban con un arma a la cabeza, pero ella no mostraba temor. Se había mantenido callada hasta el final, pensando en algo que nos sacara de ese aprieto.

Aron siempre ha sido un hombre inteligente y sabía que mi hermana era probablemente más astuta que él, así que le dio la oportunidad de que hablara.

«Te ofrezco una información que deseas más que nada, a cambio de que nos dejes vivir» dijo Eliz con una leve sonrisa.

Aron me pasó a los bebés en brazos y se dirigió hacia Eliz. La tomó de los hombros y la levantó del suelo con brusquedad. Le exigió que hablara, que le dijera lo que quería saber. Pero ella no abrió la boca, solo me lanzó una mirada helada. Yo no podía dejar de sollozar, aferrándome a los gemelos con desesperación.

Entonces lo entendí todo. La información que buscaba Aron no la tenía ella, la tenía yo. Eliz quería que yo le revelara a Aron el paradero de Rachel y Omar.

Yo fui la única que habló con Rachel después de su huida con Omar, pero nunca le conté a nadie dónde se encontraba, ni siquiera a mi hermana. Sin embargo, Eliz lo sabía. Sabía que yo guardaba el secreto, pero lo había ignorado hasta que le convino usarlo.

Me sentí atrapada entre dos fuegos. Tenía que elegir entre dos opciones terribles. Traicionar a mi mejor amiga, a quien le había mentido durante tanto tiempo, pero a quien quería de verdad. O callarme y ver cómo Aron asesinaba a mis hijos, a mi hermana y luego a mí.

Al final decidí ser egoísta. Decidí salvar a los míos y condenar a Rachel.

Dicen que siempre podemos elegir hacer lo correcto, pero en este caso ¿cómo saber qué era correcto y qué no?

El vínculo entre Eliz y Aron se fortaleció después de esa noche, pero no por amor sino por ambiciones. Mi hermana se dejó seducir por el poder y olvidó el propósito que nos había impulsado a iniciar todo esto. Ya no era la misma que conocía, se había transformado en alguien frío y calculador.

Yo, por el contrario, me sentía abrumada por el remordimiento. Quería deshacer lo que había hecho al traicionar a Rachel y revelar su escondite. Pero era demasiado tarde. Omar había perdido la vida y Rachel estaba al borde de la muerte cuando la hallé en la casa del lago. Lo que más me dolió fue su mirada compasiva. No me culpaba por lo que le había causado. Su perdón me hizo sentir como el ser más miserable del universo. Merecía su odio, su desprecio, pero ella nunca me lo mostró.

Todo lo que le ocurrió a Rachel desató una cadena de infortunios para ella. Creyó que Emir había fallecido y cuando se enteró de que seguía vivo no pudo hacer nada para socorrerlo. Tuvo que afrontar un embarazo no deseado que le recordaba cada día las atrocidades que habían provocado su concepción. Yo le sugerí en varias ocasiones que abortara, pero ella se negó.

Yo hice todo lo posible por ayudarla a ella y a sus hijos, especialmente a Emir. Pero cuando mi hermana se dio cuenta de que los estaba apoyando, me amenazó con quitarme a los gemelos. Se enteró el día que llevé a los gemelos y a Emir a un parque, y desde ese momento me dio por muerta.

Vivía sometida a la voluntad de Aron y mi hermana, quienes me manipulaban sin piedad. Siempre hice lo que quisieron porque era la única oportunidad que tenía para estar cerca de mis hijos y de los de Rachel. Ellos eran mi única razón de vivir en medio de tanta oscuridad.

Quizás se pregunten por qué Raykel me odia con tanta intensidad, la razón es simple. Nunca me ha perdonado que haya sido tan débil, que haya dejado que mi hermana y Aron me mantuvieran en las sombras como una esclava. Y, sobre todo, nunca me perdonará el hecho de que no le haya dicho quién es su verdadero padre.

Ya sé que los gemelos siempre se han mostrado como si no les importara saber quién es su padre biológico, pero soy su madre y los conozco. Sé que desean saberlo, pero también sé que es

mejor si no lo hacen. Porque ese hombre pasó de ser un desconocido a alguien con muchas influencias en mi vida y la de todos nosotros. Influencias que han traído felicidad para algunos y desgracia para otros.

Owen y Emir escuchan la historia de Eliza con atención, sin interrumpirla ni una sola vez hasta que ella decide terminar. Ambos se quedan en silencio, sin saber cómo reaccionar. Solo se les ocurren preguntas que no están seguros de si deben formular.

—Pueden preguntarme lo que quieran —dice Eliza mientras le da un sorbo a un té que había pedido antes de empezar a contar su historia.

—¿Cómo acabó aquí? —pregunta Emir sin demora, se siente demasiado tonto porque vivió mucho tiempo con esta mujer frente a él y nunca se di cuenta de que eran dos Eliz.

—Mi hermana me encerró cuando ya no me necesitaba más —responde Eliza con sinceridad.

—Pero usted no parece tener una mala vida aquí —comenta Owen, observando el entorno con curiosidad.

—A pesar de todas nuestras diferencias, Eliz y yo tenemos una relación particular. Solo estuve aislada un corto periodo, pero luego a mi hermana se le pasó el enfado y me dejó hacer lo que quisiera, siempre que guardara el secreto de mi identidad. Cuando ella lo necesita, aparezco en público suplantándola y nadie se da cuenta. Pero ahora ha vuelto a enfadarse porque descubrió que siempre estuve ayudando a Rachel. Así que me encerró desde unos días antes de aquella terrible noche en la que Rayden resultó el más afectado.

—¿Por qué la señora Eliz no hizo nada por Rayden? ¿Acaso ella no sabía lo que iba a pasar? —pregunta Owen con voz tensa, mientras mira a Eliza con reproche.

Eliza deja escapar una carcajada amarga que desconcierta a los jóvenes.

—¿No entendieron nada de lo que les dije al contarles mi historia? A Eliz solo le importa el dinero y seguir manteniendo una buena apariencia para así seguir ganando más dinero. No le importa nadie más que ella misma.

Eliza se pone de pie y camina hasta la puerta de la oficina, con un gesto cansado.

—Todos estamos condenados, muchachos. Eliz por el poder, Aron por su amor enfermizo, Rachel por la venganza y yo por la culpa.

—Habla de mi madre como si estuviera viva. —dice Emir con pesar, recordando el rostro de Rachel.

—Está viva en los corazones de quienes la apreciamos. —responde Eliza con suavidad. —Ahora váyanse y no confíen en quienes aparentemente no se equivocan nunca.

CAPÍTULO 46
UN TERCERO EN DISCORDIA.

El restaurante les ofrece un ambiente acogedor, con música suave y plantas verdes que cuelgan de finos cables distribuidos por el aire, como si fueran lianas en una selva urbana. Los visitantes se sienten como si estuvieran en el patio trasero de una casa familiar y confortable. Las mesas y sillas son de madera, con un aspecto rústico y campestre que parece hecho a mano.

Rayden levanta la mirada de su café y observa al chico que acaba de entrar. Su traje negro le produce un escalofrío. Parece un agente secreto o un asesino a sueldo.

—¿Qué haces aquí? —le espeta Raykel antes de que su hermano abra la boca.

—Vengo a buscarlo a él —dice Will y señala a Rayden con su dedo índice y mantiene una expresión impasible.

A pesar de su imponente atuendo, Rayden tiene un aspecto desmejorado. Se nota que está cansado y que no ha dormido bien. Las ojeras bajo sus ojos lo delatan. Se reclina un poco en la silla y le pide a su hermano que los deje a solas.

Raykel se niega a marcharse y adopta una actitud infantil, cruzándose de brazos con desafío. Rayden siente que le hierve la sangre y, sin poder contenerse, golpea la mesa con fuerza, haciendo que su café se derrame y que algunas miradas curiosas se posen en ellos.

—Lárgate de una vez —le ordena Rayden con un gruñido apenas audible.

—¡Está bien! —Raykel se levanta de mala gana y, al pasar junto a Will, le da un empujón al hombro con intención de molestarlo.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunta Rayden a Will sin mirarlo a los ojos.

—Owen estaba preocupado por ti.

Rayden no responde, solo desbloquea su teléfono y ve la pantalla llena de mensajes de Owen. Ha leído el último varias veces, pero no ha sido capaz de contestar.

—Por favor, siéntate —le pide Will con voz suave.

El ambiente se vuelve más tenso, Will se sienta frente a Rayden y ambos se quedan mirándose fijamente durante unos segundos.

—Quizás me lo merezco después de todo —susurra Rayden con voz quebrada.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Will desconcertado.

Rayden lo mira con los ojos vidriosos, como si estuviera a punto de romperse. Su mente está atormentada por los recuerdos que han vuelto a él en las últimas horas, recuerdos que lo hacen sentir culpable, sucio y despreciable. No solo lo sucedido aquella noche lo persigue, sino también todo lo que ocurrió antes. Él cree que se lo buscó, que se lo mereció, y eso lo está destruyendo.

Ahora está frente a una persona que lo odia, mostrándole su lado más vulnerable, pero ya no tiene fuerzas para fingir que está bien, ya no le importa nada.

—Nunca pensé que volvería a verte, ni siquiera supe si habías sobrevivido —dice Rayden con un hilo de voz.

—No sé de qué estás hablando —responde Will nervioso.

—Sí lo sabes, pero no entiendo por qué lo niegas —insiste Rayden con un tono de reproche.

Con un gesto inesperado, Rayden agarra la camisa de Will y tira de ella con fuerza, arrancando varios botones que saltan por el aire. El pecho de Will queda parcialmente expuesto, revelando unas cicatrices que apenas se ven a la luz del día.

Will se sobresalta y se aleja de Rayden, perdiendo el equilibrio y casi cayendo de la silla. Su rostro se tiñe de rojo y sus ojos se llenan de pánico. No le gusta que nadie vea las marcas de su

cuerpo, que son el testimonio de un pasado doloroso y secreto. Solo unas pocas personas conocen su historia, y Rayden es una de ellas.

—Eres tú, ¿verdad? —pregunta Rayden con voz ronca, mirándolo fijamente.

Will no responde. Se levanta de un salto y sale corriendo del local, sin mirar atrás. Se abraza el pecho con una mano, tratando de ocultar las cicatrices. Camina a ciegas por la calle, sin fijarse en los transeúntes que lo esquivan o lo miran con curiosidad. De repente, choca con alguien y casi cae al suelo.

—Lo siento —murmura con voz temblorosa.

—Will, ¿qué te pasa? Vi tu mensaje y vine aquí lo más rápido que pude. ¿Dónde está Rayden? —el que lo ha detenido es Owen, que lo mira con preocupación y confusión. Acaba de llegar al lugar donde Will le había citado para hablar sobre Rayden.

Owen siente una punzada de incomodidad al tener a Will frente a él, después de lo que Emir le había contado sobre sus sentimientos hacia él. No sabe si debería sacar el tema o fingir que no pasa nada. Pero ahora lo que más le importa es saber qué ha ocurrido.

—Él... —Will balbucea con angustia, evitando el contacto visual con Owen— está en ese restaurante de allá. —Señala con su dedo índice el lugar del que huyó aterrado y se abraza el pecho con la otra mano, temiendo que Owen descubra lo que oculta bajo su camisa.

Owen no le presta atención a su estado y se marcha a toda prisa, impulsado por la urgencia de ver a Rayden.

Emir, que ha estado apoyado en el auto observando en silencio, piensa que, si la tristeza tuviera un rostro, el de Will sería el más adecuado.

—¿Qué sucedió? —pregunta Emir al acercarse con preocupación.

—Él lo recuerda. —Will baja la mirada a su pecho y le muestra a Emir las quemaduras debajo de su camisa.

Emir no se sorprende al ver las cicatrices que cubren la piel del joven guardaespaldas y lo abraza con ternura. —Tranquilo, amigo. —Le dice con voz suave. Él conoce a Will desde que eran niños y sabe lo que sufrió en el pasado y lo sensible que es con respecto a sus marcas.

—Supongo que Owen ahora lo sabrá todo. —Dice Emir con resignación.

—No quiero que eso pase —murmura Will con voz quebrada, mirando a Emir con angustia.

—Yo tampoco y quizás ambos tenemos las mismas razones. Él ama a Rayden, saber ciertas cosas de su pasado pueden perturbarlo —responde Emir con seriedad.

Emir sabe más de lo que debería sobre Rayden. Pero no se lo ha contado a Owen porque no quiere meterle cosas en la cabeza, además, siente que no es su responsabilidad hablar sobre los asuntos de otras personas.

Will, por su parte, también conoce algunos hechos que podrían poner a Owen en contra de Rayden. Pero no los usa porque lo quiere demasiado. Su amor no es egoísta, es un sentimiento sincero; tan sincero que estaría dispuesto a sacrificarse solo para no crearle ningún disgusto.

—Rayden no se ve bien, ¿sabes? —dice Will, cambiando de tema.

—¿Qué quieres decir?

—Se ve cansado como alguien que está a punto de desmoronarse —explica Will.

—Pareces disfrutarlo —dice Raykel con sarcasmo, apareciendo de repente junto a ellos. Su mirada furiosa se clava en Will, que le devuelve una sonrisa burlona. Raykel siente un impulso de golpearlo, pero Emir lo detiene antes de que pueda hacer cualquier estupidez.

Will hace una pequeña reverencia, más por burla que por respeto, y luego se marcha sin decir una palabra.

—¿Por qué no me dejas golpearlo? —protesta Raykel, forcejeando para liberarse del agarre

de Emir.

—Will te haría pedazos si así lo quisiera —le advierte Emir con seriedad—. Además, no voy a dejar que se peleen solo porque tú no puedes controlarte ni un poco.

Raykel deja de resistirse y se queda quieto.

—¿Crees que él podría vencerme? —pregunta Raykel con desdén—. Si habla cualquier mierda de mi hermano, él muere —el joven hace una seña con su dedo índice pasándolo por el cuello, tratando de parecer aterrador.

Emir pone los ojos en blanco y cambia de tema.

—Owen y yo fuimos a ver a tu madre, a la verdadera —le dice Emir con suavidad.

—Esa mujer no es mi madre —replica Raykel con frialdad—. Y sí, sé que estuvieron allí. Rayden fue quien le envió la dirección a Owen desde otro número, sabemos q. Él ha estado muy mal, cuando salimos de la floristería la otra noche me golpeó hasta el cansancio, mira mi cara —Raykel señala su propio rostro de manera casual, donde se ven moretones y rasguños, y sigue hablando—. Él recuerda todo, pero tiene miedo de enfrentarlo.

—¿Por qué dejaste que te golpeara? —le pregunta Emir a Raykel, mirándolo con preocupación.

—Lo merecía, y de alguna forma me hacía sentir mejor. Pero la culpa aún me sigue matando, todo esto ha sido un infierno. Aún sigo viendo esos tres hombres en todas partes, es como si sus fantasmas me persiguieran, ¿sabes? He hecho cosas horribles, pero nunca había matado a nadie. —Raykel se quiebra y deja escapar un sollozo.

Emir tira de él y lo abraza con fuerza, acariciando su cabello para ayudarlo a calmarse.

—Tranquilo, estoy aquí. Todo estará bien. —le susurra al oído con dulzura.

Cuando llega al restaurante, Owen localiza a Rayden casi al instante. Es difícil no hacerlo, pues los pocos clientes que hay no le quitan los ojos de encima. Algunos incluso le toman fotos a escondidas y cuchichean con sus acompañantes. Pero Rayden parece ajeno a todo eso.

Owen se acerca con cautela y, al llegar junto a la mesa, ve que Rayden está mirando una foto de ambos en su teléfono. Reconoce la imagen y siente una punzada de nostalgia.

—Ese fue un buen día —dice con voz suave.

Rayden se sobresalta al oírlo y deja el teléfono sobre la mesa, boca abajo.

Owen le pone una mano en el hombro y le propone:

—Salgamos de aquí, ¿quieres? —Observa con inquietud cómo la gente está rozando el límite del acoso y le preocupa que Rayden no reaccione.

Rayden se levanta sin decir nada, pero pierde el equilibrio y casi se cae sobre la silla. Owen lo agarra por el brazo para evitar que se golpee y, si esto fuera una serie romántica sus miradas se cruzarían y el tiempo pareciera detenerse mientras sus corazones bailan a un único ritmo. Pero no es una serie y no ha pasado, simplemente casi caen los dos juntos sobre la mesa frente a todos.

Esto, sin duda, desata más murmullos y fotografías clandestinas.

Rayden se aleja de Owen con un empujón y corre hacia la salida con paso vacilante.

—Alguien tiene que pagar la cuenta, joven.

Un mesero se planta frente a Owen al ver que este trata de seguir a Rayden.

—Sí, lo siento —Owen saca unos billetes de su cartera y se los arroja al mesero, sin importarle cuánto le ha dado. Si le falta, que grite.

Bajo la mirada escandalizada de los demás clientes, Owen sale corriendo, buscando con desesperación a Rayden entre la gente. Lo ve a unos metros de la entrada principal del

restaurante, caminando como un muerto viviente. Rayden parece haberse desconectado del mundo, sumido en sí mismo y en sus pensamientos que en este momento son su peor tortura.

—¡Rayden! —Owen lo alcanza y le sujeta el brazo, temiendo que se vaya a desmayar en cualquier momento.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunta Rayden con voz rasgada—. ¿Por qué sigues a mi lado?

Owen se detiene y hace que Rayden se enfrente a él.

—Porque te necesito, porque quiero ayudarte... porque te amo más que a nada —dice Owen con voz suave y sincera.

Rayden siente un nudo en la garganta y sus ojos se llenan de lágrimas. Ha intentado ser fuerte, de verdad lo ha intentado, pero ¿cómo resistir más?

El joven diseñador apoya su cabeza en el hombro de Owen y entre sollozos le da pequeños golpes en el pecho.

—Fue horrible, Om —susurra Rayden, reviviendo en su mente las imágenes atroces de aquella noche—. Fue horrible —repite con un tono desgarrador.

Owen le abraza con fuerza, sintiendo su dolor como si fuera el suyo. Le gustaría decirle algo que le aliviara, pero sabe que no hay palabras que puedan borrar lo que sufrió. Solo puede ofrecerle su cariño y su apoyo, esperando que a través de su contacto sienta un poco de paz.

—No tuvieron piedad por más que les rogué —confiesa Rayden, dejando escapar todo lo que ha guardado en su interior desde que empezó a recordar. No se ha atrevido a contarle a su hermano lo que ha recuperado de su memoria y cómo se siente, pero al tener a Owen cerca hace que sea inevitable mostrar su lado vulnerable. Llorar entre sus brazos es probablemente lo que ha necesitado desde el día que despertó, porque hacerlo se siente liberador.

Al recobrar la memoria, Rayden no solo ha desenterrado lo que ocurrió hace un año, sino también otros episodios de su vida que había ocultado en lo más profundo de su corazón, cosas que lo avergüenzan y que jamás le ha confesado a Owen.

Rayden alza la mirada y clava sus ojos en los de Owen. El chico pelirrojo se deja llevar por las caricias de Rayden sobre sus mejillas y su cuerpo se estremece al sentir la suavidad de sus labios rozando los suyos.

Ambos derraman lágrimas silenciosas en medio de un beso sincero que destila más melancolía que cualquier otro sentimiento. Owen aprieta los puños tratando de no pensar demasiado, pero en el fondo sabe lo que todo esto implica.

—Ya no sé qué somos ni qué queremos ser. Y para ser honesto, no estoy seguro de si el recuerdo de lo que fuimos es suficiente para seguir adelante. Terminemos esto aquí, ya no me esperes más —dice Rayden con voz entrecortada por los sollozos y las lágrimas.

Owen siente que todo el cuerpo se le tensa mientras un escalofrío lo recorre, abraza a Rayden y lucha por no gritar. Sabía que esto podía ocurrir, pero nunca imaginó cuánto llegaría a doler.

En muchas relaciones de pareja, los problemas surgen por celos extremos, infidelidades y la mera toxicidad que caracteriza a algunas personas. Sin embargo, para Owen y Rayden, estos problemas no han existido. Lo que sí ha existido es un tercero en discordia; un tercero que puede adoptar varios nombres y diversas interpretaciones para cada uno de ellos. En este caso, nos quedaremos con uno: recuerdos. Sí, los recuerdos han interferido en esta relación como una sombra persistente.

Ha llegado la hora de tomar una decisión: buscar una solución o rendirse. Es hora de encontrarse a sí mismos, de evaluar qué es más importante.

Owen y Rayden deben escoger entre vivir en el pasado o concentrarse en el hoy. Deben darse una oportunidad para seguir amando, para superar los fantasmas que los atormentan. Porque después de todo, de eso se trata la vida: de escoger. Incluso cuando creemos que no hay alternativas.

La decisión de Rayden ha sido clara, y ahora Owen se siente atrapado entre el pasado y el presente. ¿Podrán dejar atrás los recuerdos que lo atormentan y darle una oportunidad al amor?

El chico pelirrojo mira a los ojos negros de Rayden, que lo observan con expectación y tristeza. Con un suspiro resignado, dice:

—Está bien, te acompañaré a casa.

CAPÍTULO 47
CONSECUENCIAS.

Rayden

¿Has experimentado alguna vez un dolor y una frustración tan intensos que te llevan a un estado de indiferencia total? Eso es lo que me ocurre en este momento, sentado en mi oficina desde las siete de la mañana sin haber tocado la computadora. Sofía ha dejado sobre mi escritorio una pila de documentos que no me interesan en lo más mínimo y las llamadas que suenan en mi teléfono me resultan insoportables.

Ha pasado una semana desde que le pedí a Owen que lo nuestro se acabara, y como puedes imaginar, ha sido la semana más terrible de mi vida, y eso es mucho decir después de todo lo que he vivido. No rompí con él por falta de amor, lo hice porque lo amo demasiado. Y sí, puede que suene demasiado cliché, pero es lo mejor que puedo hacer por él.

Me han dicho que si amas a alguien debes luchar contra todo para que las cosas funcionen, pero fingir que todo estará bien es probablemente el engaño más grande. Ya no sé si podría tocarlo. El día que terminamos lo besé y debo confesar que por un segundo se sintió como si renaciera. Su aliento cálido, sus labios suaves, su mirada profunda. Pero luego no sentí nada más que miedo, un miedo que me paralizó el cuerpo y el alma. Cualquier contacto físico me lleva de regreso a un lugar donde estoy desnudo en medio de la oscuridad, sintiendo el frío de la noche azotar mi piel magullada, me lleva a ese momento donde unos hombres se reían victoriosos mientras abusaban de mí. Me violaron y me dejaron solo, sin esperanza, sin dignidad. Sí, después de pasar por algo como el abuso lo único que queda es miedo. Sé que con el tiempo aprenderé a vivir con ello, tengo que hacerlo. Pero por ahora no me siento listo, no estoy listo para ir a sentarme ante un especialista y contarle todo sobre mi vida, no estoy listo para seguir trabajando, no estoy listo para darme la oportunidad de amar, no estoy listo para seguir viviendo.

—Vamos a comer —propone mi hermano desde la puerta de mi oficina. Su voz me saca de mi ensimismamiento y me hace mirar el reloj. Son las tres de la tarde y no he probado bocado.

—No tengo hambre —le miento y al decirlo siento un vacío en el estómago.

—Ya veo —él no se traga mi excusa, pero tampoco me presiona. Eso me sorprende, porque suele ser muy insistente.

—Intentaré ponerme al día con estos —le señalo la pila de documentos que se acumula sobre mi escritorio y le ofrezco una sonrisa forzada.

Raykel entra del todo y cierra la puerta con cuidado. Sus ojos me miran con preocupación y ternura. De repente, me invaden las ganas de llorar, así que me levanto de mi silla y lo abrazo con fuerza. No hace falta que le diga nada ni que él me diga nada. Su abrazo es suficiente.

—Te quiero —me susurra al oído.

—Yo también te quiero —le respondo con un sollozo.

Es bueno saber que sigo siendo bueno al menos en una cosa, acabo de darme cuenta de que Raykel ha venido aquí no por una visita casual. No sabría cómo explicarlo, ya saben cosas de gemelos supongo.

—Voy a llamar a Emir para que me acompañe a almorzar. ¿Te apetece algo?

Raykel suspira y trata de sonreír, pero sus ojos delatan su tristeza. Están hinchados y rojos, como si hubiera llorado mucho.

—Deberías haber venido a verme antes —le reprocho, sin hacer caso de su oferta.

—Es que no quería agobiarte con mis problemas.

—No digas eso, Ray. Eres mi hermano y siempre podrás contar conmigo, sin importar cómo me sienta.

Raykel me vuelve a abrazar con fuerza y esta vez comienza a llorar. Sus sollozos sacuden su cuerpo y siento su aliento caliente en mi cuello. Nunca ha sido una persona que muestra remordimientos por sus acciones, siempre ha actuado con frialdad y determinación. Cuando me contó lo que les hizo a esos tres hombres, su voz no tembló ni una sola vez, parecía indiferente, incluso orgulloso. Yo mismo me sentí satisfecho, pensando que se había hecho justicia. Pero ahora todo eso lo está atormentando, lo sé por la forma en que me aprieta entre sus brazos, como si buscara consuelo. Sé que está mal porque mató a tres personas. A esos tres monstruos que me hicieron daño y me marcaron para siempre. Y me siento fatal por ser la causa de que mi hermano haya llegado a tales extremos.

—Lo siento, sé que lo hiciste por mí, todo esto es mi culpa —le susurro al oído, tratando de calmarlo.

—No es tu culpa, lo hice porque quería aliviar mi rabia y funcionó durante un tiempo. Pero ahora no puedo sacar sus rostros de mi cabeza, es aterrador —me confiesa con voz entrecortada.

Esto es tan irónico, ahora mi hermano y yo estamos sufriendo por las mismas tres personas.

—Me iré ahora —Raykel se separa de mí con un suspiro, limpia sus lágrimas con el dorso de la mano y adopta una actitud renovadora. Me mira con una sonrisa forzada y luego sale de la oficina, fingiendo ante todos que la vida es perfecta.

Miro mi teléfono y veo al menos veinte llamadas perdidas y un sinfín de mensajes. Los programas de televisión y las revistas siguen insistiendo que les conceda una entrevista, pero eso no va a pasar. Es una suerte que nunca se llegara a filtrar la información de lo que realmente me sucedió, si la gente llegara a saberlo no sé qué haría. No quiero que me vean con lástima. Recuerdo el dolor, el miedo, la humillación que sentí aquel día y siento un escalofrío. Así que me levanto de la silla y me dirijo a la ventana, buscando algo de aire fresco.

Con fastidio, le grito a quien sea que esté tocando la puerta que pase. Sé que es Sofía, mi asistente, y que seguro viene con más papeles para que firme. No he tenido tiempo ni de revisar los que me dejó esta mañana.

—No estás de muy buen humor, ¿verdad?

La voz que responde no es la de Sofía, sino la de alguien que me hace saltar del sillón donde estaba sentado. Me quedo paralizado, mirando con incredulidad al hombre que acaba de entrar en mi oficina.

—¡Owen!

—Me han dicho que no has comido nada en los últimos días. No diré quién fue, pero tu hermano está muy preocupado por ti —dice Owen con una sonrisa, mientras deja unas bolsas repletas de comida y bebidas sobre mi escritorio. Pero yo no puedo apartar la vista de él.

—Estás aquí.

—Sí, estoy aquí y vamos a comer juntos.

Lo veo tan bien, tan guapo y seguro de sí mismo. Parece que nada le afecta, que todo sigue igual que antes, que aún somos novios.

—Después de lo que te dije, no pensé que...

—¿Qué me buscarías de nuevo? ¿Qué me hablarías otra vez? —me interrumpe, sacando de las bolsas una variedad de platos que huelen delicioso —Ray, eres un tonto si crees que voy a renunciar a ti tan fácilmente. Te he dado espacio estos días porque sé que lo necesitabas, pero eso no significa que mis sentimientos hacia ti hayan cambiado.

—No puedo condenarte a estar a mi lado, no mereces estar con alguien tan asqueroso como yo —digo con voz quebrada.

Me siento tan avergonzado que ni siquiera puedo mirarlo a la cara. Pero puedo percibir su mirada clavada en mí, llena de preocupación.

—Entiendo tu postura, pero no tienes idea de lo que estás diciendo. ¿Crees que para mí estar a tu lado sería una condena? Estás tomando decisiones sobre los dos por tu cuenta. No me das la oportunidad de decir lo que pienso sobre todo esto —replica Owen con firmeza.

Nunca lo había visto tan decidido, me conmueve su determinación.

—No te estoy pidiendo que tengas sexo conmigo, que me abraces o me beses. No te pido que hagas de cuenta que nada está pasando y continuemos con nuestra vida de pareja —continúa mientras le da la vuelta al escritorio y me toma de las manos, acercándome a él. Siento su calor y su aroma a flores.

—Solo te pido que me dejes estar a tu lado para cuidarte cuando lo necesites. Déjame secar tus lágrimas y llorar contigo. No quiero verte pasar por esto solo, afrontémoslo juntos. Si cuando estés mejor sigues pensando que debería alejarme de ti, entonces lo haré sin decir nada —me dice con dulzura, mirándome a los ojos.

Ahora mismo siento un impulso casi incontrolable de abrazarlo y no soltarlo nunca, pero al mismo tiempo algo me lo impide. Es como si una barrera invisible me separara de él, una barrera creada por mi culpa y mi vergüenza.

—No tienes que decirme nada ahora mismo —dice Owen con voz suave mientras regresa al otro lado del escritorio y toma una silla para sentarse frente a mí—. Compré todas tus comidas favoritas.

Observo el festín que ha traído y me siento abrumado. Hay tantos platos que no sé por dónde empezar. ¿Acaso Raykel le dijo que estaba a punto de morir?

—Quiero decir que... —empiezo a hablar, pero él me interrumpe.

—Prueba este pollo, creo que es muy bueno. Me gusta esa combinación de lo dulce y picante —me ofrece un trozo con un tenedor y me lo acerca a la boca.

—Owen —intento llamar su atención una vez más, pero él vuelve a cortarme.

—No dejes que los cubitos de hielo en tu jugo se desgasten, perderá el sabor —me dice mientras me pasa un vaso lleno de una bebida amarilla y burbujeante.

Veo que ya no tengo más alternativas, me pongo de pie y sin esperar ninguna reacción de él, lo agarro por el cuello de su t-shirt para atraerlo hacia mí. Nuestros rostros quedan a centímetros de distancia y nos miramos fijamente. Mi corazón comienza a acelerarse y siento un cosquilleo en el estómago.

Veo el miedo en sus ojos, pero no se atreve a protestar ni a apartarse, así que aprovecho la oportunidad y le robo un beso.

Mierda, sus labios saben a pollo picante, pero por muy extraño que parezca son exquisitos. Lo beso con fuerza y desesperación, sin dejarle espacio para respirar ni para hablar, es un beso ruidoso y desvergonzado.

Sé que hace unos minutos dije que no estaba listo para nada, pero todo cambia cuando tienes a unos centímetros la persona que amas con locura, a esa persona que deseas con desesperación y que solo tienes que hacer un movimiento para tenerla. Lo que estoy haciendo no está bien, lo sé,

pero no puedo evitarlo.

Lo empujo hacia el escritorio y lo subo sobre él, sin importarme si quiere o no.

—¡Ray! —Owen logra separarse de mi beso y llama mi nombre un tanto exaltado.

Siento una oleada de excitación que me recorre todo el cuerpo y poco a poco voy perdiendo el control. Con un gesto brusco, aparto todo lo que hay sobre el escritorio hasta que cae al suelo con un estruendo. Siento a Owen encima con las piernas abiertas hacia mí y rodeo su cintura con mis brazos. Lo beso una vez más, con ansias, y él responde a mis labios con más pasión. El frenesí que sacude mi cuerpo me hace enloquecer. Necesito poseerlo, quiero quitarle la ropa y hacerlo mío en este mismo instante.

—Ray, cálmate —me dice él entre gemidos, pero yo estoy lejos de hacerlo. Esta vez lo agarro por el cuello mientras lo levanto y lo estrello contra la pared, algunos cuadros de reconocimientos que tengo caen al suelo, pero no me importa.

—Ray, me lastimas —gime él con dolor, mientras siento su pulso acelerado bajo mis dedos. Su queja me excita más y eso hace que ejerza más fuerza en su cuello. Entonces él comienza a toser, tratando de respirar.

—Me estás lastimando —repite con una voz ahogada y me empuja con sus manos.

—No es cierto, te gusta —susurro cerca de su oído, intentando convencerme a mí mismo de que es así. Quiero creer que disfruta tanto como yo de este juego salvaje.

Suelto mi agarre y dejo que caiga al suelo, pero aún no es suficiente. Me lanzo sobre él y desgarro su t-shirt de un solo tirón. Dios, su cuerpo es tan sensual. Su piel clara contrasta con las marcas rojas que le he dejado. Sus labios enrojecidos me invitan a que lo bese más. Su abdomen se tensa cuando paso mi lengua por él.

—Esto ya no me gusta, Rayden —Owen trata de zafarse de mí, pero lo sujeto con fuerza y empiezo a besarle el cuello. Le doy un mordisco en los pezones y él se queja por el dolor.

Sé que debería parar, que esto no está bien. Me digo a mí mismo que lo deje, pero no puedo. De repente, me vienen a la mente los recuerdos de aquella noche y siento que la estoy viviendo otra vez.

El recuerdo de su pasado lo invade y llena de ira y dolor a Rayden. Ya no ve a Owen, solo a sus agresores. Quiere vengarse, hacerles pagar.

Rayden empieza a quitarle la ropa a Owen con brusquedad, sin importarle sus protestas. Owen se asusta al ver su mirada perdida y las lágrimas que le caen por las mejillas. De pronto se da cuenta de que Rayden no es él mismo, que está atrapado en un trauma. Decide no resistirse, pensando que así podrá ayudarlo a sanar.

Rayden levanta el puño para golpear a Owen, pero se detiene en el último momento al ver que el chico no ofrece ninguna resistencia. Sus ojos verdes lo miran con una mezcla de dolor y comprensión que lo desarma por completo.

«¿Qué estoy haciendo?»

—Adelante —susurra Owen con voz quebrada, como si le costara respirar—. Por favor, hazlo.

A Rayden le tiembla el puño y de pronto se deja caer sobre Owen, llorando desconsolado. Se abraza a él como si fuera su única salvación.

—Lo siento, lo siento, por favor perdóname —suplica entre sollozos.

—No es tu culpa —Owen lo abraza con fuerza y le acaricia el cabello, tratando de calmarlo —. No eres un ser despreciable, solo eres humano. No perdiste el control, solo te dejaste llevar

por el miedo.

Al otro lado de la oficina, Sofía, quien ha sido testigo de todo, intenta distraer a los empleados que comienzan a llegar de su descanso. Les ofrece café, les habla del clima, les cuenta chistes malos. Todo con tal de que no se den cuenta de lo que está sucediendo en la oficina de su jefe.

—Om, perdóname —Rayden repite una y otra vez.

—No pasa nada —Owen se incorpora y se sienta en el suelo con Rayden entre sus brazos. Aunque es más bajo y menos corpulento que él, es capaz de protegerlo y consolarlo.

La escena es simplemente desgarradora. Rayden, el imponente diseñador de moda que siempre se ha mostrado inquebrantable ante todos, ahora es solo un ser con el corazón hecho pedazos. Las consecuencias de los eventos pasados comienzan a tomar forma y este es solo el comienzo de una tormenta que amenaza con arrasarlos a los dos.

CAPÍTULO 48
ASQUEROSO.

Rayden no se atreve a mirar a Owen a la cara, se odia a sí mismo por haber perdido el control. Esto es lo que más le aterra, no quiere que Owen sufra las consecuencias de sus traumas.

—Estoy bien, ya basta de darle vueltas al asunto —dice Owen con voz firme, al notar la expresión de tortura plasmada en el rostro de Rayden.

La oficina quedó hecha un desastre después de la explosión de Rayden y aunque Owen se ha esforzado por ordenar y limpiar todo, según se lo han permitido los recursos disponibles, el olor a comida sigue impregnado en el ambiente.

—Soy una persona...

—Si vuelves a decir que eres una persona horrible, entonces me veré obligado a golpearte, tal vez así reaccionas —interrumpe Owen con un tono severo, pero también preocupado.

Rayden, que está tumbado sobre una silla como si hubiera perdido las ganas de vivir, abre sus ojos, sorprendido ante tan osada declaración.

—No me mires así, en serio lo haré —dice Owen con determinación, mirando a Rayden a los ojos—. Estaría mintiendo si digo que no estaba asustado, pero también entiendo por qué reaccionaste como lo hiciste —su voz se suaviza, intentando transmitirle comprensión y apoyo.

—No es justificable —interrumpe Rayden con amargura, apartando la mirada—. No intentes normalizar semejante atrocidad porque me hace sentir peor —su cuerpo tiembla, recordando el horror que vivió y el que causó.

—Deja de despreciarte —Owen se acerca y lo ayuda a ponerse de pie, rodeándolo con un brazo—. Eres increíble, no sientas lástima de ti mismo porque entonces los demás también lo harán —le susurra al oído, tratando de infundirle confianza—. No te puedo decir que no pienses en el pasado, ni que debas controlar los impulsos provocados por ciertas heridas, pero lo que sí puedo decirte es que pongas de tu parte, porque al final tú eres el dueño absoluto de tu vida y solo tú puedes decidir el rumbo que tomará.

—Eso suena muy bonito, pero cuando esos hombres abusaron de mí, yo no tenía el control de mi vida. Ellos decidieron por mí lo que iba a pasar —murmura Rayden con pesar, bajando la mirada al suelo.

Owen se queda sin palabras. No puede imaginar el dolor que Rayden ha sufrido al hablar al respecto. Por más que quiera consolarlo con frases optimistas, sabe que tiene razón. Eso de que "tienes el control absoluto de tu vida" a veces puede ser una mentira. La crueldad de este mundo suele empujarnos a situaciones que están fuera de nuestro control, que nos marcan para siempre.

—No sé si algún día seré capaz de tocarte sin hacerte daño, o si podré al menos complacerte —dice Rayden con voz quebrada, dando un paso atrás.

—Eso no importa ahora —murmura Owen y, venciendo su propio miedo, se acerca a Rayden para tomar sus manos temblorosas. Sabe que es una secuela después de haber despertado del coma, una señal de que todavía le queda mucho por recuperar. —Saldremos adelante juntos, por ahora pensemos en tus tratamientos, en disfrutar de esta nueva oportunidad y en dar un paso a la vez para que todo este proceso sea más fácil.

Rayden acepta la cercanía de Owen y se deja abrazar. Siente el calor de su cuerpo, el ritmo de su respiración, el aroma de su cabello. El dolor en sus músculos, la fatiga al hablar demasiado, los temblores en sus manos y el miedo recurrente a todo cuanto le rodea parecen ser menos intensos cuando tiene a Owen cerca. Este chico pelirrojo de expresión amable y corazón noble es para él una medicina emocional, un lugar seguro que le hace sentir paz en medio de tanta

incertidumbre. Le aterra tanto herirlo, perderlo o decepcionarlo que apenas se atreve a mirarlo a los ojos.

El tiempo se percibe lento y uno a uno los empleados se despiden y abandonan el taller. En la oficina, dos jóvenes se miran fijamente sin pronunciar palabra. No hay tensión ni incomodidad en el silencio, solo una afonía compartida. Es un momento agradable para ambos, que se deleitan con la presencia del otro.

—¿Crees que podrías acompañarme en la próxima cita con mi psicóloga? —rompe el silencio Rayden, que lleva días dándole vueltas a esa idea. Desde que dejó a Owen, no ha encontrado el valor para pedírselo. Ha estado acudiendo a su psicóloga más a menudo de lo normal y se ha esforzado por seguir las pautas de los médicos, aunque sabe que hay heridas que nunca cicatrizan.

—Por supuesto —le responde Owen con una sonrisa sincera, una sonrisa que le parte el corazón a Rayden.

«¿Merezco su amor?» se pregunta Rayden de repente. Siente un nudo en la garganta, una opresión en el pecho, una duda que lo asalta. Es esa parte de él que lo atormenta, esa parte que quiere negarle la oportunidad de seguir adelante y con la que es demasiado difícil de lidiar.

Rayden le presta una de sus camisas a Owen y para su sorpresa nota que la talla le queda perfectamente bien.

—¿Has estado tomando esteroides anabólicos o qué? —pregunta Rayden con un deje de broma cuando le ayuda a abrocharse el último botón de la camisa.

He trabajado duro durante el último año. Emir no ha tenido piedad con los entrenamientos —admite Owen con una mezcla de orgullo y resentimiento. En su mente se proyecta el primer día que se unió a los nuevos reclutas de la agencia de su madre, bajo la atenta mirada de Emir, quien al principio se negó a someterlo a semejantes atrocidades, pero luego lo fue presionando a cumplir con las pruebas más crueles y difíciles que se le ocurrieron.

«Quieres esto, ¿verdad? Entonces tendrás que aguantar» Le repetía Emir a menudo.

—No te pega nada levantar pesas —dice Rayden con incredulidad.

—No soy tan débil como crees, Ray —replica Owen con firmeza.

Rayden se acerca y le toma las manos entre las suyas, examinando los cayos que le han salido en los dedos.

—No quiero que esos hierros toscos te lastimen —Rayden acaricia las manos de Owen y las lleva hasta sus mejillas, donde siente el calor de su tacto—. Estas manos deberían estar reservadas para solo tocar las flores, las más delicadas y hermosas.

—Cuando creí que te perdía, las flores dejaron de tener sentido para mí. El invernadero de orquídeas se volvió un lugar sombrío y doloroso, lleno de melancolía y recuerdos. Por eso me dediqué a entrenar sin descanso, para distraerme y para que al caer la noche el sueño me venciera con rapidez y así no pensar en ti. Así fue día tras día durante mucho tiempo.

—Lamento que hayas sufrido tanto por mi culpa.

Owen le sonríe con ternura y en tono de broma le dice:

—Digamos que simplemente me estaba poniendo más bueno para cuando despertaras, no podrás negar que este cuerpo es irresistible.

Rayden suelta una carcajada tan genuina que se sorprende de sí mismo.

—Y pensar que me llamaste arrogante más de una vez por alardear de mis atributos.

—He aprendido del mejor narcisista —bromea Owen y le besa la frente con ternura.

—No terminamos de comer —dice Rayden al salir de su oficina con Owen tomado de la mano. Caminan hacia el taller que ahora está vacío y silencioso, con máquinas de coser perfectamente organizadas y los rollos de tela tirados por todas partes, creando un contraste contradictorio con el orden—. Podemos bajar a uno de los restaurantes del hotel si quieres.

Owen asiente y su rostro se sonroja.

—Gracias por no rendirte conmigo. De verdad, gracias por esperarme, por estar aquí justo en este momento.

Como respuesta, Owen aprieta su mano para hacerle sentir su apoyo y su amor.

Cuando entran al lobby, ven a Will sentado en un sofá, hojeando una revista del hotel. Owen se siente culpable por haberse olvidado de su guardaespaldas, que últimamente se ha mostrado muy distante con él. No sabe si preferiría que le hablara y le explicara qué le pasa, o que siguiera ignorándolo para evitar una confrontación.

Will alza la vista de la revista al escuchar los susurros de unas chicas que se fijan en Owen y Rayden. Con un gesto brusco y despectivo, deja caer la revista sobre la mesa y se dirige hacia ellos con una cara de pocos amigos.

—Om, ¿podrías ir buscando una mesa? —le pide Rayden a Owen con voz suave, sin apartar los ojos de Will.

—¿Por qué no vamos juntos? —se queja Owen, siguiendo la mirada de Rayden y viendo al hombre que lo observa con hostilidad.

—Tengo que resolver un asunto con tu guardaespaldas.

Rayden y Will se enfrentan con la vista, como dos leones que se disputan el territorio. Sus expresiones revelan sus sentimientos encontrados: Rayden muestra celos y posesividad, mientras que Will refleja odio y desprecio.

Owen sabe que dejar a esos dos solos es una pésima idea, así que intenta persuadir a Rayden de que posponga la conversación, pero este se niega diciendo que será rápido. Sin más remedio, se aleja por un pasillo que lleva a uno de los restaurantes del hotel y deja a Rayden y a Will en su duelo de miradas.

—No quiero hablar contigo —espeta Will.

—¿Por qué no le has contado a Owen lo que te hice? —pregunta Rayden con curiosidad, mirando fijamente a Will.

—Por la misma razón que tú no le revelas quién te mandó a secuestrar, por la misma razón que tú no le cuentas lo que hablaste con la señora Rachel aquel día en la floristería —responde Will con voz firme, haciendo que Rayden se tambalee por un instante.

Rayden se acerca amenazante y las personas que los rodean se ponen nerviosas. Estos dos jóvenes parecen estar a punto de comenzar una pelea.

—No sabes de lo que estás hablando —gruñe Rayden, apretando los puños.

Will suelta una risita burlona y lo mira con desdén.

—Ahora que recuperaste la memoria, sabes quién te hizo daño, pero no dices nada porque eso lastimaría a Owen. Te entiendo ya que por eso mismo yo no le digo lo que me hiciste cuando éramos niños, porque cambiaría la imagen que tiene sobre ti... —Will presiona su dedo índice en

el pecho de Rayden y sigue diciendo: —y aunque me gustaría ver cómo eso pasa, sé que él te ama demasiado y le causaría dolor.

—Lo amas —susurra Rayden con pesar, sintiendo un nudo en la garganta.

—Más de lo que te imaginas.

—Entonces dile todo, quizás tengas una oportunidad —Rayden se obliga a decir esas palabras, aunque le duelen como cuchillos.

—¿Y liberarte de tu culpa? No, gracias. Has pasado toda la vida, atormentado por lo que me hiciste y esa ha sido mi mayor venganza.

Will se acerca un poco más a Rayden y le susurra al oído con malicia:

—No necesito jugar sucio para tener a Owen, solo tengo que esperar. Tarde o temprano se dará cuenta de la clase de persona que eres. Además, ¿de verdad crees que alguien querría estar con una persona que fue tomada por tres hombres como hicieron contigo?

Rayden siente un escalofrío que le recorre todo el cuerpo, como si una mano helada le acariciara la piel. Ese insulto le ha dolido más que cualquier golpe. Y lo peor de todo es que Will no parece dispuesto a callarse.

—Eres un ser despreciable, tu cuerpo está manchado y asqueroso. ¿Crees que Owen querrá tocarte? Yo no lo creo. Espero que hayas disfrutado de las caricias de esos hombres, porque serán las últimas que sentirás. Maldito cobarde de mierda, mereces todo esto por cómo me arruinaste la vida.

De pronto, el amplio lobby se vuelve un torbellino alrededor de Rayden. El joven diseñador se siente mareado y unas lágrimas tibias brotan de sus ojos.

"...un ser despreciable"

"...cuerpo manchado y asqueroso"

CAPÍTULO 49
ME RECORDÓ LA VERDAD.

Owen

Tan pronto como pongo un pie en el umbral del restaurante, siento que todas las miradas se clavan en mí; es una sensación realmente incómoda. A pesar de los tres años que llevo en esta relación, no consigo acostumbrarme.

Mi intención era sentarme en una mesa cualquiera, como un cliente más. Pero un mesero se me acercó y casi me arrastró hasta la mesa en la que estoy ahora mismo, asegurándome que estaría más cómodo. «Aquí es donde el señor suele sentarse cuando viene al restaurante», fue lo que dijo el mesero. Supongo que se refería a Rayden.

Han transcurrido más de cinco minutos y Rayden no aparece, empiezo a inquietarme. ¿Qué pasa si Will decide contarle lo que siente por mí? ¿O será que ya lo sabe y es precisamente ese el motivo por el que quiere hablar a solas con él?

«¡Oh, maldita sea!»

Desde que descubrí el amor secreto que Will me profesa, no consigo apartar ese pensamiento de mi mente. Me aterra la idea de que un día se anime a declararme sus sentimientos, pues no sabría cómo reaccionar. Durante el último año, él ha sido más que un eficaz protector, es mi compañero y amigo, y no quiero enfrentarme a la situación de tener que rechazarlo, porque eso significaría romperle el corazón.

Mientras reflexiono sobre las posibles maneras de esquivar a Will en el futuro próximo, siento mi teléfono vibrar en el bolsillo y lo saco con rapidez. Al ver el nombre en la pantalla, me sorprendo. Es mi mejor amiga que al parecer ha estado demasiado ocupada como para acordarse de mí. La semana pasada la estuve llamando para contarle lo que había sucedido con Rayden, pero no pude contactarla.

—No debería hablar contigo —le suelto nada más descolgar.

—Vamos, no seas dramático. ¿Dónde estás? —me responde con su voz alegre.

Rio por lo bajo al escucharla. Hace días que no hablamos y me ha hecho falta.

—En el hotel Ritnes. Han pasado muchas cosas.

—Ah, ¿sí? —Zoé se muestra especialmente interesada. Estoy a punto de contarle lo que ha ocurrido cuando ella me interrumpe.

—¿Crees que Rayden me dejaría hacerle una entrevista? Todos los canales de televisión y revistas están que matan por tener una exclusiva. A la gente ya no le interesan los rumores que crean esos supuestos ex empleados. Estoy segura de que si me concede la entrevista me ascenderán en el trabajo.

Me quedo sin palabras ante su petición. No me parece de buen gusto que Zoé pregunte sobre eso. Pensé que como mi mejor amiga dejaría de lado lo de ser periodista y, al menos por mí, respetaría la decisión de Rayden de no conceder entrevistas.

Los periodistas no pierden la oportunidad para meter sus narices en la más mínima cosa que suceda, han entrevistado a exempleados de los gemelos y a varias celebridades que estuvieron en la fiesta aquel día, todo con el fin de encontrar más información.

Desde hace meses, he descubierto que, a los medios de comunicación, especialmente a los del espectáculo, no les importa nada la estabilidad emocional de las personas a las que critican. Solo buscan material para generar visitas y dinero rápido. Al estudiar y conocer más de cerca el círculo en el que se mueven Rayden y Raykel, se me han abierto los ojos y he comprendido lo cruel que puede ser el mundo a través de los medios electrónicos que lo controlan. Y me duele

ver que mi mejor amiga está empeñada en entrar en ese grupo sin corazón que solo le importa subir sin pensar en las consecuencias para los demás.

Me aterra que se filtre la información de lo que realmente le pasó a Rayden. Eso sería un golpe brutal para él, porque, aunque está acostumbrado a la presión pública que le ha traído su trabajo y el estatus de su familia, esto lo llevaría a otro nivel.

—Él ha estado rechazando todas las propuestas, seguro que lo sabes —le digo a Zoé con un suspiro, después de un largo silencio.

«Sí, pero si tú se lo pides...»

No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Acaso Zoé no entiende la situación?

—Eso no va a pasar, Zoé. Rayden no ha estado bien desde que despertó. Han sido días difíciles para él. Necesita tiempo para procesar lo que le ocurrió.

«¿Ha recuperado la memoria?» pregunta Zoé con curiosidad.

Tengo que alejar el teléfono de mi oído porque el grito exagerado de Zoé me espanta.

—Sí —afirmo con sequedad.

«Entiendo. Tengo que colgar, hablaremos en otra ocasión. Iré a visitarte luego, adiós»

Zoé cuelga el teléfono sin esperar mi respuesta, pero antes de eso pude notar la ansiedad en su voz. ¿Le habrá pasado algo mientras hablábamos? Eso fue extraño, incluso para una persona tan espontánea como ella.

Reviso la hora en mi teléfono y compruebo que se ha hecho tarde, no puedo seguir esperando. Me levanto de la silla y me dirijo a la salida para buscar a Rayden, pero al llegar a la puerta me topo con Will que viene hacia mí con paso apresurado, parece nervioso.

—Te llevaré a casa —me dice sin más y yo lo observo de arriba abajo buscando una explicación, pero él solo se queda ahí parado con las manos en los bolsillos, la mirada inquieta y el aliento entrecortado.

—¿Dónde está Rayden? —le pregunto y él vacila antes de responder.

—No lo sé, se ha marchado.

Eso no me lo creo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto con cierto enfado, pero también con cierta angustia por su respuesta.

—Creo que está un poco sensible —dice Will con voz apática.

Su tono me hiela la sangre y me hace pensar que algo va muy mal. Necesito ir con Rayden, pero cuando estoy a punto de marchar Will me sujeta el brazo con fuerza y me susurra al oído:

—Tengo que hablar contigo sobre algo importante.

¡Oh mierda!

No sé por qué, pero algo en mi corazón me dice «corre». Y eso es lo que hago. Salgo corriendo por el pasillo que conduce al lobby, sin importarme lo que tenga que decirme, solo quiero alejarme de él.

Mientras corro siento sus pasos detrás de mí y las miradas de reproche de los demás.

—¡Espera! —me grita.

—Tengo que hablar con Rayden —le contesto sin mirarlo.

—Habla conmigo maldita sea —dice con rabia.

Me paro en seco y no porque quiera escucharlo, sino porque el susto me deja paralizado, incluso mi respiración se corta. Will nunca me había hablado así y nunca esperé que lo hiciera.

—Yo... —Will me mira directamente a los ojos y siento escalofríos. Su voz es un susurro que me hiela la sangre—. Necesito hablar contigo. —Parece desesperado y por un segundo me conmueve. Veo en su rostro una mezcla de angustia y arrepentimiento.

—Primero tengo que encontrar a Rayden. No sé de qué hablaron ni por qué se fue sin avisarme. Pero que me haya dejado esperando deja claro que algo no anda bien. Y si tú no me dirás qué sucedió entre ustedes hace un rato, no creo estar listo para escuchar otra cosa. —Es lo único que puedo decirle. Me doy la vuelta y lo dejo ahí parado ante las miradas acusadoras de algunas personas entrometidas que siguen mirándolo, preguntándose qué estará sucediendo. Me siento mal por no escucharlo, pero me hace sentir peor la incertidumbre de no saber dónde está Rayden y cómo está.

Mientras subo las escaleras llamo al teléfono de Ray una y otra vez, pero él no responde. Puede estar en cualquier lugar, pero mi instinto me dirige a uno en particular y me maldigo a mí mismo por ser tan cobarde y temerles a los ascensores, estas malditas escaleras me han dejado sin aliento.

Al llegar al pasillo del último piso, corro hacia la habitación de Ray y sin detenerme a revisar nada, camino hacia la puerta que conduce al salón donde exhibe alguno de sus diseños, sé que está ahí dentro, lo puedo sentir.

Rayden

De todo lo que Will me ha dicho, lo que más me duele es saber que tiene razón: soy una persona despreciable y mi cuerpo está sucio. No puedo descartar la posibilidad de que Owen se sienta asqueado al estar conmigo. Eso me destroza por dentro, pero lo entendería si fuera así.

A pesar de todo, no creo que Will sea una mala persona. Solo está herido por lo que le hice en el pasado y es comprensible. De hecho, creo que merezco cada una de sus palabras.

Escucho pasos al otro lado de la puerta y trato de secar mis lágrimas lo más rápido que puedo. Sé que es Owen. Debe estar muy preocupado porque lo dejé esperando, pero la verdad es que no quiero que me vea llorar más. Además, tengo miedo porque sé que es hora de enfrentarme a algunas verdades.

—¡Ray!

Ahí está. Abre la puerta con ansiedad y se apresura hacia mí. Estoy sentado en el suelo con la espalda contra la pared. He secado mis lágrimas, pero el enrojecimiento de mis ojos seguro delata que he estado llorando. Y no sé cuánto tiempo podré resistir antes de volver a desmoronarme.

Siento una opresión insoportable en el pecho cuando Owen se planta frente a mí y me ofrece sus manos para ayudarme a levantar.

—Ven, hablemos —me propone él con una voz tan serena y comprensiva que me resulta agobiante.

Yo aparto la mirada y me quedo inmóvil, abrumado por la vergüenza, la culpa y el asco que siento hacia mí mismo. No creo merecer el privilegio de mirarlo a los ojos.

—Está bien, me sentaré a tu lado —dice él con paciencia al ver que no pretendo levantarme.

Quizás sea débil, pero ya no puedo más. Dejo que esa opresión en el pecho se desborde y escondo la cabeza entre mis rodillas mientras lloro como un niño desesperado. Necesito liberar una parte de todo lo que llevo dentro, debo confesarle a Owen lo que le hice a Will, aunque después de eso cambie su forma de verme.

Una de las tantas cosas que amo de Owen es que sabe darme espacio. No me presiona con preguntas indiscretas ni me agobia con su curiosidad. Sé que hay aspectos de mi vida que le intrigan, pero respeta mi silencio y espera a que yo esté listo para abrirme. Algunas cosas, como revelarle quién me secuestró, quizás nunca pueda decírselas, porque no creo tener el valor

suficiente para verlo sufrir por mi culpa. Además, cuanta menos gente lo sepa, mejor. Así será más fácil olvidar. Ya lo sé, no está bien que oculte mis problemas y el dolor que me causaron, pero es demasiado complicado enfrentarlos.

Si lo supiera, el corazón de Owen se haría añicos y ni hablar de mi hermano, que se volvería loco al enterarse. Sería un desastre.

Con un esfuerzo sobrehumano, intento estabilizarme, pero cuando siento los brazos de Owen rodeando mi cuerpo con ternura simplemente me desarmo. Creo que en mi interior siempre he sido un llorón, pero nunca frente a otra persona. Solía encerrarme en mi cuarto cuando era más joven para dejar salir todas las frustraciones a través de las lágrimas y luego salía como si nada, totalmente renovado, según yo. Pero lo cierto es que esas frustraciones se quedaban ahí, agazapadas, esperando a que volviera para hacerme sentir como una mierda una vez más. Cuando lloro en los hombros de Owen y dejo salir mi lado más vulnerable se siente verdaderamente bien, es sanador.

—¿Me dirás lo que sucedió? —me pregunta con voz suave.

Respiro hondo y vuelvo a limpiar mis lágrimas, necesito encontrar el valor necesario para mirarlo a la cara y comenzar a hablar.

—Will solo me recordó la verdad —susurro con voz entrecortada.

Owen

He entrado en la habitación con el corazón en un puño, tratando de mantener la compostura, pero cada segundo que pasa se me hace más cuesta arriba. Ver a Rayden así, tan débil y pálido, me destroza por dentro.

—Yo le hice algo muy malo. —dice con voz ronca y temblorosa.

No sé a qué se refiere y me muero de curiosidad, pero me contengo y le dejo hablar a su ritmo.

—Cuando era niño, Aron me mandó a un orfanato para alejarme de Raykel por unas discusiones que tuvimos.

Siento un nudo en la garganta al oírlo. Ya conozco parte de la historia, por lo que Emir me contó, pero es diferente escucharla de sus propios labios.

—Pero yo no quería estar separado de Raykel, por mucho que nos peleáramos. Así que pensé que tenía que hacer algo para escapar de ese infierno. Solo habían pasado unos cuantos días desde que llegué al orfanato, días en los que hice muchas cosas desagradables para las monjas y los niños que vivían allí. Pero lo que provoqué el último día fue la gota que colmó el vaso.

Rayden se aleja de mí, avergonzado. Lo sé porque ni siquiera me mira a la cara cuando habla.

—Estaba desesperado por ver a Raykel, necesitaba que Aron y Eliz me sacaran de allí. Así que provoqué un incendio en la oficina de la directora, donde guardaba los expedientes de los huérfanos. —Ray cubre su rostro con las manos y entre sollozos sigue diciendo: —Un niño me vio entrar y salir con una caja de cerillas. Eso me asustó, ni siquiera sé por qué, al fin y al cabo, mi intención era que se supiera que yo era el responsable para que me echaran.

Mi corazón se acelera y con una voz entrecortada le pregunto: —Ese niño que te vio, ¿fue Will?

Rayden asiente con la cabeza varias veces.

—Él solo me miró sorprendido sin decir nada, pero yo lo tomé por un brazo y a pesar de que se resistía yo... —me mira con los ojos llenos de lágrimas y mi corazón se encoge —lo empujé al fuego que ya empezaba a consumir toda la oficina.

Cubro mi boca con la mano y por instinto retrocedo unos centímetros, lo que hace que Rayden me mire aún más afligido. Estoy en shock. No sé qué decir y debería decirle algo antes de que piense cosas que no son, pero no me salen las palabras.

—¿Has visto alguna vez a Will con otra ropa que no sea un traje?

Me quedo pensativo y me doy cuenta de que tiene razón. Nunca he visto más que las manos y el rostro de Will, siempre va vestido con trajes que le cubren todo el cuerpo, sin importar el calor que haga.

—Es por las cicatrices que tiene. Se quemó los brazos, el pecho, los pies y la espalda. Todo fue culpa mía.

Se le quiebra la voz y empieza a tirarse del pelo con fuerza, como si quisiera castigarse. Me acerco a él y le tomo las manos.

—Ray, eras un niño cuando pasó eso. No digo que estuviera bien lo que hiciste, pero quizás no tenías claro lo que estaba bien o mal.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas, como si no pudiera creer lo que le digo. Tal vez piensa que voy a dejarlo por esto.

—Yo lo herí, Om. Si no fuera por Emir, habría muerto en el fuego. Yo solo me quedé paralizado, viendo cómo se retorcía de dolor.

Recuerdo las palabras que me dijo Will una vez sobre Emir: «Me salvó la vida». Así que era esto lo que quería decir.

—¿Emir sabe todo esto que me has contado? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí, claro. Pero Eliza le hizo jurar a Emir, cuando llegó a nuestra casa, que nunca revelara nada de lo que pasó en el orfanato. Y él cumplió su promesa.

Rayden ha llorado durante horas, hasta que sus sollozos se han calmado. Pero su mirada sigue siendo triste y desolada. Me parte el alma verlo así, tan roto, tan indefenso. Quiero abrazarlo y consolarlo, pero sé que no basta con eso.

—Siempre me he sentido culpable por lo que le hice a Will, ha sido una carga que he llevado toda mi vida, pero ahora que lo he enfrentado y te lo he contado a ti, siento que me he liberado de un peso enorme. Probablemente nunca me perdone y no espero que lo haga ya que no sería justo para él, pero al menos ya no tengo que cargar con este peso en un completo silencio.

CAPÍTULO 50
DÉJAME INTENTARLO.

Owen ha decidido pasar la noche con Rayden, para cuidarlo y acompañarlo en caso de que necesite algo. Después de cenar en la habitación, una empleada del hotel se lleva los platos sucios y los restos de comida. Los dos jóvenes se sientan frente a frente en una mesa para dos en el balcón, bajo el cielo estrellado. El suave y frío viento de la noche les roza la piel, mientras el silencio se extiende entre ellos. Se miran fijamente, sin decir nada, pero sintiendo mucho. Sus pensamientos se pierden en el pasado, en las heridas que no han cicatrizado, en las dudas que los atormentan, en los temores que los paralizan, en los arrepentimientos que los consumen.

Rayden rompe el silencio con una pregunta inesperada, mientras hace bolitas con una servilleta entre sus dedos:

—¿Sabes que Will está enamorado de ti? —le pregunta Rayden a Owen con una voz suave y triste, como si le doliera pronunciar esas palabras.

Owen se tensa por un instante, pero responde sin temor.

—Lo sé. —Su tono es firme y seguro, no tiene nada que ocultar.

—Creo que es una buena persona. —Rayden continúa con la mirada fija en sus manos, que juegan nerviosamente con el borde de la mesa. Su tono es bajo, confuso e irritante para Owen porque ya sabe qué rumbo está tomando esta conversación.

Rayden se levanta de la silla y camina hasta el extremo del balcón, donde apoya sus manos en el barandal y mira hacia abajo. Las personas que caminan por las calles desde esta altura parecen diminutas, como si no tuvieran importancia. El viento le despeina el cabello y le hace cerrar los ojos por un momento.

—Él ha cuidado bien de ti. —Dice casi en un susurro, como si le costara admitirlo.

—Deja de andar con rodeos y sé directo. —Sugiere Owen esforzándose para no perder la paciencia. Siente una punzada en el pecho al ver a Rayden tan distante y apagado.

Al ver que Rayden se queda en silencio dándole la espalda, Owen se pone de pie y se acerca a él. Con una rabia contenida le dice:

—No hagas esto. Está bien, Will es una buena persona y me ha protegido muy bien en los últimos meses, pero maldita sea Rayden. —Lo toma del brazo y lo obliga a darse la vuelta—. A quien amo es a ti, no es justo que hagas esto.

—Nunca volveré a ser el mismo —dice Rayden con voz queda y la mirada puesta en el suelo. Su rostro refleja el dolor y la vergüenza que siente por lo que le ha ocurrido—. Mírame, estoy sucio.

—¡Ray! —exclama Owen con angustia. Se acerca a él y trata de abrazarlo, pero Rayden se resiste.

—No me toques —grita Rayden eufórico. Se aparta de Owen con violencia y se encoge en una esquina. Sus ojos están llenos de lágrimas y miedo.

Owen vuelve a acercarse con cuidado y durante unos segundos lucha para mantenerlo entre sus brazos. Le susurra palabras de consuelo al oído y le acaricia el cabello.

—No te voy a dejar, no ahora. Sin importar cuanto intentes alejarme, siempre volveré Rayden —le promete Owen con firmeza. Lo besa en la frente y lo aprieta contra su pecho.

Apenas con una toalla envuelta en su cintura y el cabello húmedo después de un largo baño con agua fría, Rayden entra en la habitación y ve a Owen con un pantalón de pijama negro, los

pies descalzos y el dorso desnudo. Owen está tendiendo una sábana sobre el sofá para luego meterse debajo de ella.

—¿Qué haces? —pregunta Rayden con curiosidad, haciendo que el otro se sobresalte.

—Dormiré aquí —dice Owen con voz firme y continúa preparando su nueva cama.

Rayden deja escapar un largo suspiro y mientras tanto se quita la toalla blanca que rodea su cintura para terminar de secarse el cabello, quedando en bóxer.

—Ayúdame —pide Rayden y se sienta en el sofá, interrumpiendo a Owen en su proceso.

Owen se congela por un instante al ver a Rayden semidesnudo sentado frente a él, extendiendo una toalla para que le seque el cabello.

—¿No tienes frío? —pregunta Owen con voz temblorosa, sin despegar la mirada de los muslos de Rayden que se separan.

—No, y tú ¿tienes frío?

Owen sacude la cabeza y, con un gesto torpe, toma la toalla y le seca el pelo. Siente el calor que irradia el cuerpo de Rayden y nota cómo se le acelera el pulso.

Las cicatrices que le quedaron a Rayden desde el día que lo golpearon y lo arrojaron por un barranco son apenas visibles, pero siguen ahí como un amargo recuerdo. Owen las mira con curiosidad y quisiera poder acariciar más que el suave cabello que empieza a secarse.

—Ya está —murmura Owen y se aleja con la toalla para llevarla al baño.

—Espera —Rayden le agarra la mano con suavidad y lo frena mientras se incorpora—. ¿Puedes ayudarme con otra cosa?

Owen asiente sin hablar y fija la vista en la mano de Rayden que guía la suya hacia su pecho, donde tiene una de las cicatrices.

—¿Cómo... puedo ayudarte? —pregunta Owen con voz temblorosa.

—Solo quiero probar algo.

—¡Ray! —suspira Owen con miedo.

. Rayden le pide al asistente virtual que apague las luces de la habitación y, de pronto, todo el espacio se sumerge en sombras provocadas por la tenue luz que se filtra por las ventanas desde el exterior. En medio del silencio, sus respiraciones parecen balancearse con tanta ligereza que todo comienza a parecer un sueño. Rayden siente el calor del cuerpo de Owen junto al suyo y se acerca más a él, buscando su contacto.

—Om, mi amor —susurra Rayden con voz desesperada, pero lenta como si le costara hablar —. Necesito quitar el sabor amargo que dejaron esos hombres en mí. Quiero que me amen, necesito saber si hay algo más que dolor.

—¡Ray! —comienza a decir Owen, interrumpiéndolo—. No creo que...

—Por favor —implora Rayden y sostiene ambas manos del otro contra su pecho desnudo—. Te lo ruego, ayúdame. Quiero volver a soñar contigo, quiero sentir tus manos en mi cuerpo y no temblar de miedo. Ayúdame a olvidar.

—No puedo, Rayden —susurra Owen con voz quebrada—. No puedo borrar el pasado, ni lo que te hicieron. No puedo sanar tus heridas, ni llenar tus vacíos. No puedo hacer nada y eso me mata.

Rayden siente un nudo en la garganta y aprieta las manos de Owen con desesperación. Lo mira a los ojos, buscando una chispa de esperanza. Pero solo ve dolor, culpa y miedo.

Owen cierra los ojos y deja escapar un sollozo. Siente el calor del cuerpo de Rayden en sus manos, el latido de su corazón, el aliento en su rostro. Sabe que lo ama, que daría cualquier cosa por él. Pero escucharlo rogar para que le ayude a aliviar su dolor le hace recordar lo inútil que ha sido desde que todo este infierno se desató: no pudo evitar que se lo llevaran, no pudo evitar que

abusaran de él, no pudo evitar que lo lanzaran por aquel barranco y no puede hacerle olvidar esos horrores.

—Lo siento —dice Owen con voz quebrada y lo abraza con fuerza—. Lo siento tanto.

Rayden se aferra a Owen, sintiendo su aroma y su cálido contacto. Se deja llevar por el llanto y el grito, liberando todo lo que lleva dentro en un alivio acogedor.

Sus cuerpos se funden en un abrazo que se profundiza e intensifica, llevándolos gradualmente a una calma necesaria. Sus pieles se magnetizan desde el primer contacto y, por un instante, Rayden deja de lado el miedo, las pesadillas, el deseo de escapar y el asco que siente por sí mismo. Sabe que no puede borrar su dolor con un simple gesto, sabe que Owen ni nadie puede hacerle olvidar mágicamente, porque esto es la vida real, no una fantasía donde existen pociones o seres divinos que puedan ayudarlo. Conoce la cruel y triste realidad que lo consume, pero la calma y la seguridad que le brindan esos brazos fuertes y firmes son tan sublimes que se siente ajeno a la crueldad del mundo en el que vive y eso le da esperanza. Por eso teme separarse y perder esa pequeña dosis de paz que parece más un sueño que otra cosa.

—Mereces mi respeto. Nuestra confianza no depende del sexo, sino de lo que hemos compartido a lo largo del tiempo —dice Owen con ternura, limpiando las lágrimas de Rayden con sus dedos —No me entiendas mal, te deseo con locura y me cuesta mucho reprimir mis ganas, pero te amo demasiado Rayden y no quiero aprovecharme de ti. Quizás piensas que puedo curar las cicatrices que esos monstruos te dejaron y ojalá pudiera hacerlo, pero esta no es la forma.

Rayden asiente y vuelve a llorar.

—Gracias —le susurra a Owen con voz quebrada y le acaricia el rostro con suavidad para besarle.

Owen siente la humedad de sus labios y su cuerpo se estremece. Hacen a un lado todo lo demás, las dificultades que los acosan, las heridas que los afligen. Solo se tienen el uno al otro, y eso es suficiente. Por eso, sin dejar de besarse ni un momento, se dirigen a la cama para dormir juntos por primera vez después de mucho tiempo. Se envuelven en un abrazo cálido bajo la suavidad de las sábanas hasta que por fin caen en el sueño.

Owen se revuelve con pereza bajo las suaves sábanas blancas, que contrastan con su piel pecosa y su cabello rojizo. Un débil rayo de sol se cuela a través de las cortinas y le acaricia el rostro, anunciándole que ya es de día. Aunque ha despertado, el chico sigue con los ojos cerrados mientras los recuerdos de la noche anterior invaden su mente. Recuerda los besos, las caricias, los susurros. Sonríe y aspira el olor a Rayden que está impregnado en las sábanas. A tientas busca su cuerpo, pero no lo encuentra. Esto lo lleva a abrir los ojos para comprobar.

—Buenos días, príncipe dormilón —dice Rayden, quien está parado frente a la cama con una bata de baño, el cabello revuelto y una taza de café en la mano.

—¿Qué haces? —pregunta Owen un poco somnoliento mientras se estruja los ojos.

—Te observaba mientras dormías. Eres tan lindo cuando duermes —responde Rayden con una sonrisa.

Aun con pereza, Owen estira los brazos y se sienta sobre la cama, entonces mira a Rayden y siente un poco avergonzado.

Una amplia sonrisa aparece en el rostro de Rayden, rodea la cama y pone su taza de café en la mesita de noche —ven aquí —dice y se sienta con los brazos extendidos dispuesto a abrazarlo.

A Owen le recorre un escalofrío por todo el cuerpo y de pronto siente que le arden los ojos y

ni siquiera tiene claro el motivo. Al ver que Rayden le sigue sonriendo con los brazos extendidos para que se acerque, sale de entre las sábanas y se lanza entre sus brazos.

—Buenos días —vuelve a decir Rayden.

—Hola.

—¡Oh! Buenos días, amigo —dice Rayden separándose un poco para ver el bulto que lleva Owen debajo de sus pantalones.

—Mierda —exclama Owen sumamente avergonzado mientras se lleva ambas manos para cubrirse y retrocede a toda prisa alejándose de Rayden que no deja de reírse—. Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? Estoy seguro de que no es la primera vez que despiertas con una erección ¿o sí? —pregunta Rayden y se acerca gateando sobre la cama hasta llegar a Owen.

Owen continúa con ambas manos entre las piernas sintiendo tanta vergüenza que no sabe hacia donde mirar, mientras tanto, Rayden continúa acercándose con esa mirada picara que hace tanto tiempo no veía.

—No me mires —le pide Owen con voz temblorosa y Rayden suelta una risa.

—¿Cómo no hacerlo si eres el más adorable?

El halago de Rayden hace que Owen se ruborice aún más y que su corazón lata más rápido, al igual que su reacción matutina, que sigue escondiendo con sus manos, avergonzado.

—Si quieres puedo ayudarte con eso —propone Rayden con una mirada tierna.

Owen cierra los ojos y se muerde el labio, sintiendo una oleada deseo. Rayden se acerca y le besa con ternura, haciendo que se estremezca.

—¡Ray! No me he...

Otro beso y esta vez le toma las manos para apartarlas de su entrepierna.

—Déjame intentarlo —susurra Rayden mientras desliza el pijama de Owen con delicadeza.

—No tienes que hacerlo, recuerda lo que hablamos anoche.

—No es por eso —interrumpe Rayden—. De verdad quiero hacerlo. Se que esto no me hará olvidar, pero quiero hacerlo porque te deseo.

Owen se relaja un poco y estira las piernas mientras se apoya en la pared sujetando las sábanas con fuerza.

Con torpeza e inseguridad, Rayden desliza el pantalón de pijama de Owen hasta las rodillas, dejando a la vista el bóxer blanco que muestra una mancha húmeda en el centro. Con delicadeza, acaricia el bulto erecto por encima de la tela y frota suavemente la punta con el pulgar, estimulando la salida de más líquido que empapa el bóxer. Siente el calor y el latido de la erección bajo sus dedos y se muerde el labio inferior, excitado por tan agradable sensación.

—¿Puedes... quitártelo? —pregunta Rayden con voz temblorosa señalando el bóxer.

Owen asiente y sin dudarlo se quita la prenda quedando completamente desnudo. Mira como Rayden se sienta frente a él sobre la cama y lo toma por las piernas halándolo para que quede apoyado en su regazo.

—¿Qué haces? —pregunta Owen con nerviosismo.

—Quiero verte y sentirte —le dice y lo besa—. Quiero que lo hagas frente a mí, así en esta posición. ¿Puedes?

Antes de que Owen responda Rayden le sostiene una mano y la lleva a su pene ayudándolo a masturbarse mientras usa la otra mano para soltar el nudo que sostiene su bata de baño.

La bata se desliza por los hombros de Rayden dejando su torso al descubierto. Owen intenta tocarlo, pero es detenido en el proceso.

—Sin tocar por ahora, solo mastúrbate. Quiero verte hacerlo.

Owen asciende y responde a la petición con placer mientras curva su cintura hacia arriba y

apoya la cabeza en las almohadas dispuesto a que Rayden lo mire mientras se da placer.

Rayden

Si les dijera que no estoy muriendo de miedo en este preciso momento, estaría mintiendo. Sin embargo, la visión de Owen frente a mí, desnudo entre las sábanas revueltas, chupándose los dedos para humedecerlos antes de continuar su autocomplacencia, logra que este temor se desvanezca poco a poco. Aunque sigo sintiéndome afligido aterrado por lo que me sucedió, también soy consciente de lo que se desarrolla ante mis ojos y, por todos los dioses, deseo con desesperación tocarlo. Anhelo besarle, lamerle, morderle y explorar todo tipo de exquisitas perversidades que la imaginación pueda concebir.

Owen extiende sus piernas sobre el colchón, balanceándolas de un lado a otro con un ritmo lento y provocador, revelando cada centímetro de su intimidad. Mi cuerpo se estremece ante el espectáculo, mientras sus gemidos pronuncian mi nombre y hacen que todo mi ser se deshaga. A través del verde de sus ojos, percibo una llama ardiente de deseo, una invitación tentadora en medio del silencio. Me provoca y me insta a liberar todo lo que llevo contenido dentro de mí.

Él es consciente del efecto que produce, lo sabe, porque continúa moviendo su mano sin descanso de arriba abajo, acariciando su miembro con firmeza. De repente, siento uno de sus pies deslizándose entre mis muslos hasta llegar a mi entrepierna. Me sobresalto, pero logro recomponerme y permito que continue.

Su cuerpo empieza a agitarse, generando movimientos cada vez más acelerados. Los gemidos, sin contenerse en lo más mínimo, escapan de su boca con fuerza. Desde mi posición, observo cómo eleva ligeramente sus caderas, señal inequívoca de que está a punto de alcanzar el clímax. Decido luchar contra los impulsos internos y me acerco.

Sostengo su mano, brindándole apoyo mientras llega al clímax. La tibieza y viscosidad del semen se desliza entre nuestros dedos, creando una conexión carnal y pasional que nos une aún más intensamente.

En un último gemido liberador, Owen se deja caer sobre la cama, agitado y con la mirada fija en mí. Un leve rastro de preocupación se deja ver en sus ojos, por lo que me aproximo y le brindo un beso, transmitiéndole con nuestros labios que todo está bien.

El sol está en lo alto del cielo y Owen y yo seguimos enredados entre las sábanas. Solo nos hemos levantado para ir al baño y pedir algo de comer al servicio de habitaciones. Mientras esperamos, nos distraemos con una serie que ponen en la televisión. Me siento tan feliz y tranquilo a su lado que quisiera detener el tiempo y quedarme así para siempre. Ojalá fuera posible, ojalá la realidad no nos arrebatara este momento.

—Ray, ¿puedo preguntarte algo? —me susurra Owen, apoyando su cabeza en mi pecho.

Le acaricio el cabello y le digo que me pregunte lo que quiera.

—¿Cómo es olvidar?

Su pregunta me sorprende y me desconcierta. Nunca me había planteado eso, ni siquiera cuando estaba sumido en el olvido.

—No sé si realmente olvidé todo, solo estaba confundido, como si mi memoria fuera un laberinto del que no podía salir. Sabía que había cosas importantes que debía recordar, pero no sabía cómo ni por qué. Después de aquel día en tu casa, cuando vi el collar de mi madre, las piezas empezaron a encajar y fui recordando poco a poco las atrocidades que habían ocurrido.

Owen me observa con atención y yo siento un nudo en la garganta, porque presiento que va a formular la pregunta ineludible, esa que quizás ha estado atormentándolo desde hace mucho tiempo.

—¿Qué conversaste con mi madre aquel día en la floristería? ¿Tiene algo que ver con las personas que te secuestraron?

La pregunta me golpea como un puñetazo y me deja sin aliento. Sé que él merece saberlo, pero no tengo el valor para revelarle la verdad, no sé cómo explicarle que...

De repente, alguien llama a la puerta y me levanto de un salto, aprovechando la interrupción.

—Creo que es la comida —le digo, nervioso, y avanzo con dificultad hacia la puerta. Mis piernas todavía me duelen de vez en cuando.

Siento un breve alivio al pensar que puedo posponer la conversación, pero al abrir la puerta ese alivio se esfuma en un instante. No es el servicio de habitaciones ni nadie más que esperaba.

—¡Padre! —exclamo al ver a Aron plantado frente a mí con su rostro imperturbable, vestido de negro como su alma y con las manos en los bolsillos mientras me sonríe con una malicia heladora.

Sin esperar a que lo inviten, entra en la habitación empujándome a un lado. Su presencia hace que Owen se levante de la cama con prisa y lo mire aturdido. Sé que este hombre solo viene cuando algo importante está pasando o va a pasar, porque desde que desperté no he vuelto a ver su cara. ¿Qué quiere ahora?

—¿Qué quieres? —le pregunto con desconfianza, pero él apenas me dedica una mirada fugaz.

—Necesito hablar contigo —le dice a Owen con voz firme.

—Podrías haber llamado o mandado a uno de tus matones —replica Owen con recelo, dejando atrás su sorpresa y mostrando una actitud desafiante que parece divertir a Aron.

—Owen, no tienes por qué hablar con él —intervengo rápidamente.

—Qué poca estima me tienes, Rayden. Mi hijo pensará que soy una mala persona —dice Aron con sarcasmo.

—No me llames hijo —protesta Owen con fastidio.

Con un gesto de la mano, Aron empieza a pasear por la habitación, examinando cada rincón con una mirada crítica.

—Rayden, deberías considerar mudarte a un lugar más apropiado —suelta de repente.

—¿Desde cuándo te importa dónde vivo?

—No me importas tú, niño tonto —me espeta y dirige su atención a Owen—. Pero si van a vivir juntos deberían mudarse a una casa que esté más a su nivel, vivir en una habitación de hotel es humillante para el nombre de la familia.

Me quedo sin palabras, ¿qué diablos está diciendo?

—Owen, estaré esperándote en el restaurante. Tienes cinco minutos.

Dicho esto, se encamina hacia la puerta, pero antes de marcharse me dice:

—La casa que compraste con la intención de mudarte con Owen hace un año parece buena opción.

—¿Y tú cómo sabes de esa casa? —le pregunto con voz temblorosa.

Aron esboza una sonrisa maliciosa y continúa su camino sin más.

CAPÍTULO 51
UN NUEVO ARON.

La visita inesperada e inusual de Aron ha dejado un ambiente tenso en la habitación. Owen sentía el peso de su mirada penetrante sobre él, como si quisiera leer sus pensamientos y anticiparse a sus movimientos. Rayden, por su parte, no puede ocultar su desconfianza y su enfado hacia el intruso que irrumpió en su intimidad.

—No puedes confiar en él —le advierte Rayden a Owen por quinta vez, con un tono de voz firme y preocupado.

—No lo hago, Rayden —responde Owen con calma, intentando tranquilizar a su novio.

Rayden sabe que está desperdiciando sus palabras al intentar convencer a Owen de que no se reúna con Aron. Si algo tiene su novio es que es demasiado terco y ya tomó la decisión por lo que nada impedirá que desista. Pero aun así siente que debe insistir y advertirlo de todas las mañas que posee Aron.

—Es un experto manipulando a las personas, sabe lo que tiene que decir y cómo hacerlo para manejar a los demás. No te dejes engañar, eso de que ahora parece estar de acuerdo con nuestra relación puede ser solo una estrategia para que confíes en él —le dice Rayden.

—Ray, tranquilo —Owen sostiene las manos de Rayden y lo mira a los ojos, transmitiéndole seguridad y afecto —no soy tonto, confía en mí.

—Es que él es un viejo astuto —dice Rayden con voz grave—. ¿Cómo crees que siempre sale ileso ante todas las acusaciones en su contra? Nunca ha caído ante la justicia por sus crímenes ni por sus negocios ilegales. Aron es un maestro del engaño.

—Conozco cuáles son sus planes conmigo —responde Owen con firmeza—. Esta no sería la primera vez que me reúno con él a solas. Todo estará bien.

Rayden no se convence con las palabras de Owen. Sabe que Aron es peligroso y que tiene algo entre manos. No confía en él ni en sus intenciones.

Al final, Rayden no tiene más remedio que ver cómo Owen se va a una conversación con el diablo. Tiene miedo de lo que pueda dar como resultado esa inesperada charla. Se queda en su habitación esperando, aunque no sabe durante cuánto tiempo.

Owen se tarda más de cinco minutos en llegar al restaurante, que sorprendentemente solo tiene a Aron como único cliente. No hay empleados ni huéspedes, solo él y sus guardaespaldas. El lugar está iluminado por unas velas que crean una atmósfera sombría, como si fuera de noche.

—Llegas tarde —dice Aron con tono apacible, pero con una sonrisa maliciosa.

Owen no se inmuta y se sienta en la silla frente a este hombre mañoso que no deja de mirarlo como si estudiara cada movimiento suyo. Siente una presión en el pecho, pero no le da importancia. Está decidido a enfrentarse a él.

—Bien, iré directo al grano —Aron se recuesta un poco en la silla y desabotona su chaqueta con gesto cansado—. Estoy enfermo y es muy probable que la muerte me alcance pronto.

Owen siente un escalofrío recorrer su espalda y con una voz fría dice:

—Yo no soy médico.

—Tienes buen sentido del humor, pena que yo no suelo reír con facilidad —Aron esboza una sonrisa amarga y mira a Owen con ojos tristes—. Tal vez si hubiera reído más, las cosas habrían sido diferentes.

—No sé a qué viene todo esto, estás a punto de morir y esperas que te llame papá para que

mueras en paz ¿es eso? —la amargura y frustración se nota en cada palabra pronunciada por Owen, que cruza los brazos sobre el pecho y se aleja de la mesa—. Por favor, sé un poco más creativo. No esperes que te perdone por todo lo que has hecho.

—No, no espero nada de ti, porque sé que no lo merezco —Aron baja la cabeza y suspira—. Solo quiero hacer las cosas bien, quiero poder evitar más sufrimiento. No solo el mío, sino el tuyo también.

—¿Y cómo se supone que harás eso? —pregunta Owen inclinándose un poco sobre la mesa, intrigado por lo que Aron tiene que decir.

—Diciéndote la verdad de todo lo que sé —Aron agarra una botella de güisqui y llena un vaso casi a la mitad, luego se bebe el licor de un solo trago sin hacer ninguna mueca de desagrado como si se acabara de tomar un vaso de agua dulce—. Hay cosas que nunca te conté, cosas que te afectan directamente.

Owen deja escapar una risa nerviosa y también se sirve un trago, no le gusta el alcohol, pero se ha dado cuenta de que lo necesitará si quiere resistir a esta conversación.

—Lo siento, pero no creo que tengas nada que decirme que ya no sepa a estas alturas —dice Owen con frialdad.

—¿Estás seguro? —insiste Aron, mirándolo con una mezcla de desafío y curiosidad. Owen frunce el ceño y lo encara con desconfianza—. Sabes todas las cosas malas que he hecho, especialmente lo que le hice a tu madre. No voy a negarlo ni a decir que me arrepiento, porque no serviría de nada. Pero sí puedo decirte que todo lo que hice fue por amor.

—Eres más psicópata de lo que imaginé —replica Owen con desprecio—. ¿Por amor? ¿Te atreves a decir que mataste al padre de Emir, violaste a Rachel y la intentaste matar por amor?

—Sí, quizás no lo entiendas, pero el amor se expresa de muchas formas y con diferentes grados de intensidad —Aron vuelve a beber de su vaso como si fuera el elixir de la vida—. Cada persona lo interpreta según sus capacidades y sus circunstancias. El amor no tiene límites, es un sentimiento que puede hacernos mejores personas, como a Rayden. Pero también puede convertirnos en las peores, dependiendo de la situación en la que estemos, de la persona a la que amemos y sobre todo de si ese amor es correspondido o no.

Owen pone los ojos en blanco y aunque siente una leve punzada en el corazón por la definición que tiene Aron sobre el amor, no se lo deja ver. En cambio, con una voz cargada de sarcasmo le dice:

—¡Qué conmovedor! Creo que me harás llorar. ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué te compadezca por tu enfermedad y tu amor fallido? ¿Qué te diga que eres un gran hombre y que te perdono por todo? Si quieres redención será mejor que empieces a pedirle perdón a todas las personas que dañaste, a las que mataste.

—Eres muy parecido a Igor, el maldito anciano estaría feliz de conocerte —dice Aron con aires de soñador, tan orgulloso de ese carácter implacable que se oculta bajo una apariencia noble —. En fin, solo quiero hacer las cosas bien antes de dejar este mundo y el único medio que tengo para hacerlo es diciendo la verdad.

—¿La verdad? —Owen suelta una carcajada burlona—. ¿Qué verdad? ¿La tuya o la mía? ¿La que te conviene o la que me duele? ¿La que me ocultaste o la que me revelaste? No me hagas reír, Aron. No hay ninguna verdad que pueda arreglar lo que rompiste.

—¿Sabes por qué Rayden no quiere decirte quién lo secuestró? —La voz de Aron suena grave y tensa, como si estuviera a punto de revelar un secreto terrible.

La pregunta le cae como un balde de agua fría a Owen y de pronto toda la firmeza que hace unos segundos ha mostrado, comienza a desvanecerse. Siente un nudo en la garganta y un sudor

frío le recorre la espalda. Hace solo unos minutos estaba hablando con Rayden sobre el tema. «¡Qué oportuno eres Aron!» piensa con sarcasmo.

—Quiere proteger mis sentimientos —responde con voz temblorosa, evitando mirar a los ojos de Aron.

Aron asiente lentamente, acariciando su barba canosa poco poblada,

—Yo coincido en una cosa con Rayden sobre eso, también quiero proteger tus sentimientos. Pero no creo que negándote la oportunidad de saber toda la verdad sea la mejor manera —dice con suavidad, acercándose un poco más a Owen.

De pronto Owen comienza a preguntarse si ha sido buena idea no hacerle caso a Rayden. Tal vez si debió negarse a hablar con Aron después de todo. Siente una mezcla de curiosidad y miedo por lo que Aron pueda decirle. ¿Qué sabe él que Rayden no quiere contarle?

—Hay algo que debes saber sobre las gemelas, Eliz y Eliza. Algo que te hará entender lo que le ocurrió a Rayden. —dice Aron con voz grave y una mirada penetrante.

—¿Qué tiene que ver eso con el secuestro de Rayden? —pregunta Owen, sintiendo una extraña inquietud.

—Todo tiene que ver con todo, Owen. ¿No lo sabes? La historia se repite, y las gemelas son el origen de un pasado oscuro y sangriento. Ellas intentaron engañarme, vengarse de mí por lo que les sucedió a sus padres. Pero no lo lograron. Yo soy más listo que ellas.

—Eliza se quedó embarazada de un hombre que conoció por su amiga Sara.

—La madre de Zoé —interviene Owen, recordando el nombre de la madre de su mejor amiga.

—Así es. Ese hombre es mi enemigo, un rival fuerte sin dudas. Él siguió yendo al burdel donde trabajaban y Sara, y se acostó con ella. Pero no quiso hacerse cargo del hijo que engendró.

Owen siente un nudo en la garganta y un sudor frío en la frente. Tiene la sensación de que algo terrible va a revelarse, algo que cambiará su vida para siempre.

—No me digas que... —balbucea Owen, sin atreverse a terminar la frase.

—Sí, Owen. Sí. El padre biológico de los gemelos es Sam, el mismo hombre que se convirtió en el brazo derecho de Rachel, el mismo que embarazó a Sara. El mismo que tu mejor amiga tuvo esperando durante casi toda su vida.

«Si Sam es el padre de los gemelos, entonces ellos y Zoé son hermanos»

CAPÍTULO 52
UN NUEVO ARON, LA VERDAD.

Owen no se atreve a cuestionar o dudar de lo que Aron acaba de revelarle, aunque venga de su boca. Siente un escalofrío recorrerle la espalda al pensar que todo lo que creía saber era una mentira. Recuerda las palabras de Sam, aquel día lejano en que él y Emir lograron arrancarle algo sobre Zoé. Unas palabras que ahora cobran un nuevo y terrible significado.

—*¿Así te justificas? ¿Acaso no te importa el sufrimiento de Zoé, que ha crecido sin un padre que la quiera y la proteja?*

—*Tampoco quería tener más hijos.*

—¡Maldita sea! A eso se refería —dice Owen dejando escapar sus pensamientos en voz alta.

«Más hijos»

«Siempre ha sabido que Rayden y Raykel son sus hijos, pero tampoco le ha importado»

—¿Ellos lo saben? —susurra Owen con angustia, mirando a Aron con ojos suplicantes.

—No estoy seguro de cuándo se enteró tu amiga, pero por lo que he investigado puedo asegurarte de que fue mucho antes de que tú conocieras a Rayden. —Aron hace una pausa y se lleva el vaso a los labios, bebiendo con decisión—. En cuanto a Rayden, creo que Rachel fue quien se lo reveló, pero Raykel no tiene ni idea y es mejor que siga así.

Aron observa la expresión de Owen, llena de preguntas y confusión. Ve cómo intenta asimilar la información que le ha dado, pero sabe que eso no es nada comparado con lo que está a punto de mostrarle.

—Mira esto tú mismo, porque si te lo digo solo con palabras, probablemente no me creas. —dice Aron con voz grave, haciendo una señal a uno de sus guardaespaldas.

El hombre se acerca con un iPad en las manos y se lo entrega a Aron, quien busca algo durante unos segundos y se lo pasa a Owen. Owen parece dudar antes de tomar el dispositivo, pero al final termina haciéndolo. En la pantalla hay un video en blanco y negro que espera ser reproducido. Owen siente un escalofrío al ver el título del archivo: "La verdad".

—Estos son los videos del CCTV de este hotel —dice el hombre con voz grave—. Ahí podrás ver quién secuestró a Rayden y quién golpeó a tu madre hasta dejarla casi inconsciente en el estacionamiento. Lo primero que hice esa noche fue buscar esta información. Yo no había sido el responsable, así que necesitaba saber quién tenía tantas agallas. Además, la policía no debía obtener estas grabaciones.

—¿Por qué acusaste a Rachel si sabías que ella no era la culpable? —pregunta Owen con un nudo en la garganta.

—Pues porque ella me acusaría a mí, simplemente me adelanté —responde Aron con una sonrisa maliciosa—. Pero no te preocupes, pronto sabrás toda la verdad. Solo tienes que darle al *play*.

Owen siente que la rabia le quema por dentro, que le devora cada fibra de su ser. Tiene unas ganas irrefrenables de lanzarse sobre Aron y hacerle pagar por su crueldad, por su cinismo, por su sonrisa burlona. Pero se contiene, respira hondo y vuelve a mirar la pantalla, donde se reproduce el video que lo cambiará todo. Hace clic en el botón de *play* y la primera imagen lo deja helado.

Es Mike, el hermano de Lennox, el que sale de su coche con un ramo de rosas en la mano. Son las mismas rosas que le entregó al hombre de la navaja, el que intentó matar a Owen y a Rayden, pero acabó herido de bala. El video lo muestra con claridad, captando el momento exacto en que el sicario se acerca a Mike y recibe el ramo.

Owen siente un escalofrío al ver las escenas que siguen, al recordar el terror que vivió esa noche, cuando escuchó dos disparos y vio cómo la gente entraba en pánico. ¿Qué papel juega Mike en todo esto? ¿Por qué querría eliminar a Owen? ¿Qué sabe Lennox al respecto? Owen necesita respuestas, y las necesita ya.

La pantalla se ilumina con otra transición y el video muestra unos círculos rojos que resaltan los movimientos de tres hombres que caminan entre la multitud con sigilo.

—¿Quiénes son esos? —pregunta Owen con el dedo tembloroso sobre los tres sujetos.

—Ellos fueron los que secuestraron a Rayden. Con estas imágenes logré dar con ellos. Luego le pasé la información de su ubicación a tu guardaespaldas —responde Aron.

—¿A Will? —Owen no puede creer lo que oye— ¿Le facilitaste el trabajo a Will para que cumpliera la misión que le había encargado Raykel, aun sabiendo lo que iba a pasar?

—Así es, lo hice a propósito, porque sabía que el desgraciado los mataría —Aron se sirve otro trago y sus ojos se llenan de un brillo perverso—. Raykel siempre ha sido un dolor de cabeza, nunca pude dominarlo. Así que entregarles a estos hombres fue... una venganza por así decirlo. Cuando matas, tu alma se pudre y ya no vuelves a ser el mismo nunca más. El maldito lo merece.

A pesar de que Aron afirma que solo quiere enmendar sus errores antes de morir, Owen no puede creerle después de escuchar lo que le hizo a Raykel. No hay nada que justifique esa crueldad.

Owen sigue mirando el video y se da cuenta de que está editado. El clip omite varios momentos clave, como el intento de Rayden por desarmar a Raykel y el enfrentamiento entre Aron y Rachel. Solo muestra cuando las luces se apagan y luego salta a la escena en la que Owen sigue el rastro de sangre por el pasillo y se topa con Zoé. En la siguiente transición, la imagen se repite, pero desde otro ángulo.

—No entiendo nada —dice Owen, confundido.

Aron se levanta y se acerca para explicarle.

—Aquí puedes ver cómo tu amiga recoge algo del suelo cuando casi te chocas con ella —señala.

Owen se fija y lo ve claramente: es un teléfono.

—Pero debería verse s cuando se llevaron a Rayden, a Rachel y al hombre herido —dice Owen con voz temblorosa mientras recuerda la secuencia de lo sucedido aquella noche. Su corazón late con fuerza en su pecho, presintiendo lo peor. Pero quiere engañarse a sí mismo y pensar que solo tiene una idea equivocada.

—Aprovecharon la oscuridad para hacerlo. Espera un poco y sigue viendo, las imágenes del estacionamiento muestran con claridad lo ocurrido.

Aunque lo que sucedió en el estacionamiento fue antes que el encuentro de Owen y Zoé, en el video se muestra al final, como si la intención de quien lo editó fuera guardar todo el suspenso.

Con el aliento entrecortado, Owen continúa mirando el video para darse cuenta de que las imágenes del estacionamiento parecen sacadas de una película de terror. Dos de los tres hombres arrastran a Rayden, quien lucha por soltarse sin obtener ningún resultado. El hombre herido es empujado al interior de un auto oscuro y cuando están a punto de meter a Rayden, aparece alguien más.

—¡Rachel! —susurra Owen con dolor al ver a su madre aparecer en el video.

El pánico se apodera de Owen al ver que alguien la empuja y la hace caer al suelo.

—¡No! —grita y tira el iPad sobre la mesa. Sus ojos se desbordan de lágrimas al ver cómo Zoé y otro muchacho que no reconoce les señalan a los hombres enmascarados que golpeen a su

madre sin compasión.

—Esto sucedió antes de que se encontraran en el pasillo —dice Aron con voz grave mientras agarra el iPad y obliga a Owen a seguir mirando el video. El muchacho que acompaña a Zoé la sujeta con fuerza por el brazo mientras los otros siguen golpeando a Rachel, parecen estar discutiendo.

—¿Quién es él? —pregunta Owen con voz quebrada mientras señala al joven junto a su mejor amiga—. Él fue quien obligó a Zoé a hacer esto ¿verdad?

—Su nombre es Leo Fiammetta. Sé que debe ser muy duro para ti aceptarlo, pero Zoé fue cómplice de todo esto.

Owen siente un escalofrío recorrer su espina dorsal al ver las imágenes. No puede creer lo que sus ojos le dicen, pero tampoco puede negar la evidencia. Zoé, su mejor amiga, la persona que siempre lo ha apoyado y cuidado, ha cometido un acto imperdonable.

Owen se lleva las manos a la boca para contener un grito de horror y siente las lágrimas brotar de sus ojos. ¿Qué ha hecho Zoé? ¿Qué la ha llevado a traicionar a todos los que la querían?

La escena se repite una y otra vez en la pantalla. Zoé recoge un teléfono del pasillo y lo guarda en su bolsillo.

—Es el teléfono de Rachel —dice Aron con voz grave.

«He visto a tu madre arrastrar a Rayden hacia el estacionamiento»

—¿Por qué? —exclama Owen mientras se levanta furioso y tira la mesa al suelo. Necesita respuestas, pero no sabe si está preparado para escucharlas.

Aron permanece inmóvil junto a él, sin pronunciar una sola palabra. Su rostro es una máscara de hielo que no deja traslucir ninguna emoción. ¿Está furioso o simplemente indiferente? Lo que hace a continuación, o lo que intenta hacer, podría resultar desconcertante. Sin cambiar de postura ni de expresión, alarga su mano y la posa con torpeza sobre el cabello de Owen, que se ha encogido en el suelo, sollozando su dolor.

Owen siente el contacto de las manos ásperas de Aron, que parecen querer acariciarlo para consolarlo. Su corazón roto se sobresalta y lo empuja a levantarse de un salto.

—No me toques —exclama mientras aparta la mano con un manotazo.

Owen

Comprendo el motivo por el que Rayden se negaba a contarme la verdad, se trata de Zoé, una de las personas más importantes en mi vida. En los últimos meses nos hemos distanciado, pero eso no significa que haya dejado de quererla. El cariño sigue siendo el mismo. Si Aron no me hubiera mostrado esas imágenes tan horribles, jamás podría creer que Zoé fuera capaz de algo tan espantoso.

Me duele el alma al pensar que alguien tan especial me ha mentido en la cara sin mostrar ni una pizca de remordimiento. Recuerdo su abrazo cuando nos encontramos en ese pasillo, fue tan cálido y reconfortante. Recuerdo cómo me consoló y me dijo que todo estaría bien.

Dios, estoy tan cansado de vivir rodeado de tantas mentiras.

No puedo soportar más esta situación, necesito alejarme de todo y de todos, buscar un lugar donde pueda reflexionar con calma. Pero ¿qué sentido tiene? Si ya lo sé todo, si ya no hay nada que pensar. Mi mejor amiga, la que creía mi confidente, mi cómplice, resultó ser una mentirosa sin escrúpulos que le arruinó la vida a la persona que más amo y casi hace que le quiten la suya a mi madre. ¿Qué la impulsó a hacer algo tan atroz? No logro comprender sus razones, ni siquiera

sé si las tiene.

Aron está a mi lado, inmóvil, silencioso. No sé qué decirle, no sé cómo actuar. Quisiera desahogar mi rabia con él, gritarle, golpearlo, reprocharle. Quisiera que esto fuera una de sus mentiras, una de sus jugarretas para engañarme; sería más fácil de aceptar. Pero no, esto es real, demasiado real. Y duele, duele como nada en el mundo.

—Te mereces conocer la verdad —dice él con frialdad—. Usa ese dolor para fortalecerte. Eres un Sarosh, mi hijo, y debes ser inquebrantable. Para eso debes conocer a quiénes te rodean.

—De eso se trata, ¿verdad? —pregunto entre sollozos—. Quieres convertirme en ti.

No espero su respuesta y me doy la vuelta para marcharme.

Salgo a la carretera principal, totalmente desesperado por encontrar un taxi. Y de repente todo me parece familiar. Aquella noche mi mundo se derrumbó después de ver esa foto donde Rayden aparecía muerto. Recibí las imágenes desde el número de Rachel, lo que significa que en realidad fue Zoé quien me las envió. Lo hizo estando a solo unos metros de mí y fingió preocupación cuando me vio tan mal.

No puedo creerlo.

No puedo contener las lágrimas que brotan de mis ojos como un torrente. El dolor que siento en el pecho es insoportable. Busco con la mirada algún medio de escape, algún lugar donde refugiarme de esta pesadilla. Entonces veo un taxi que se acerca lentamente por la avenida y le hago una seña desesperada para que se detenga. Abro la puerta trasera del vehículo y cuando estoy a punto de subirme, escucho una voz que me llama.

—¡Espera! —grita Rayen, saliendo por la entrada principal del hotel. Lo veo caminar con dificultad hacia mí, su rostro pálido y angustiado.

Por un instante, siento el impulso de ir hasta sus brazos, de contarle todo lo que ha pasado. Pero me obligo a entrar al auto e indicarle al chofer que conduzca.

Mi teléfono comienza a sonar en mi bolsillo y lo saco con mano temblorosa. Veo su nombre en la pantalla y siento un nudo en la garganta. Contesto la llamada, pero no digo nada. Solo puedo escuchar su respiración agitada, como si le faltara el aire. Luego, empieza a disculparse con voz suplicante.

—Perdón, siento mucho no haberte dicho nada, pero no quería verte sufrir.

—Entonces ¿preferías que siguiera viendo a Zoé como mi mejor amiga cuando ella te hizo tanto daño? —le digo con el llanto contenido.

—No, Owen escúchame yo...

—No quiero hablar ahora, Rayden —cuelgo la llamada y apago mi teléfono.

En realidad, no estoy enojado con él, o tal vez sí. No tengo idea. Estoy demasiado confundido, así que será mejor si hablamos en otro momento.

Llego a la floristería después de indicarle al taxista la dirección. El camino se me hace eterno, como si el tiempo se hubiera detenido. Lo único que quiero es encerrarme en mi cuarto y llorar hasta que no me queden fuerzas.

Mientras camino hacia la entrada de la floristería, veo que mi auto está en el parqueo. Eso quiere decir que Will está aquí. Si antes de saber lo que le dijo a Rayden y cómo lo hizo sentir no podía verlo a la cara, honestamente ahora menos. Continúo mi camino rogándole a los cielos no encontrármelo, pero para mí mala suerte, al abrir la puerta su rostro sonriente es lo primero que veo. Está ayudando a mi abuela con unos clientes.

Me apresuro a subir las escaleras sin decir nada, pero al llegar al último peldaño, lo escucho.

—¿Estás bien?

—Sí —le respondo de manera poco convincente sin voltearme a mirarlo, porque si lo hago notará que he estado llorando. Y no quiero dar explicaciones.

Termino de subir las escaleras y, de una manera impresionante, él me alcanza y me agarra del brazo.

—Lamento haberte hablado como lo hice en el hotel. Me odio a mí mismo por las cosas horribles que le dije a Rayden, estaba muy enojado con él y dejé que ese enojo me volviera loco. Sé que hablaron sobre eso, y probablemente también sabes lo que siento por ti.

En este momento, es lo último que necesito escuchar, pero de alguna manera siento un repentino calor en mi pecho.

—Y si no lo sabes...

Me doy la vuelta y lo interrumpo.

—Lo sé Will, y me siento muy halagado, lo digo en serio, pero no puedo corresponder a tus sentimientos.

Dejarlo claro es lo mejor, antes de crear confusiones. Él sigue sosteniendo mi brazo, pero no me mira a la cara, lo que es un alivio para mí.

—Sé que no puedes corresponder a mi amor. Pero no soy egoísta, quiero que seas feliz —Will levanta la mirada y hace contacto visual con una intensidad que me atraviesa el alma—. Detesto a Rayden por lo que me hizo, pero no quiero que tú lo veas de otra manera por eso, él te necesita y tú lo necesitas a él.

No quiero confiar en sus palabras, de hecho, no quiero volver a confiar en nadie. Pero veo tanta sinceridad en sus ojos mientras habla que no puedo evitar sentirme conmovido. Soy demasiado débil, tal vez por eso siempre me toman el pelo.

Estoy a punto de agradecerle, cuando de repente Will sostiene mi rostro y me mira directamente a los ojos con preocupación.

—Estuviste llorando, ¿fue por mi culpa?

Yo no puedo contener las lágrimas y él se acerca a mí y me abraza. Siento su calor y su aroma a cítricos, que me envuelve y me reconforta.

—Zoé tuvo que ver con lo que le sucedió a Rayden, fue su culpa que permaneciera en coma durante un año. —Le dejo saber eso que me está matando por dentro porque en verdad necesito decirlo en voz alta.

Will me abraza con más fuerza y yo simplemente dejo que lo haga, estoy demasiado sensible como para rechazar un abrazo, incluso si es de mi guardaespaldas, el mismo que tiene sentimientos no correspondidos hacia mí.

Rayden

Apenas Owen corta la comunicación y apaga su teléfono, siento una urgencia irrefrenable de ir tras él. Aron ya me ha dicho parte de lo ocurrido. Como puedo corro hacia el estacionamiento, sin importarme el sol abrasador ni el sudor que me empapa la camisa. Llego jadeando y con el corazón en acelerado y le pido a Saha que me lleve a la floristería con la esperanza de que Owen haya ido allí.

Al llegar empujo la puerta con fuerza y el tintineo de las campanillas me anuncia. Todos los presentes se giran hacia mí, con expresiones de sorpresa o de compasión. Yo solo tengo ojos para la señora Sila. Me abro paso entre los ramos de flores frescas y los aromas dulces y me acerco a ella con ansiedad.

—¿Qué pasa, querido? —me pregunta ella con su voz cálida y maternal.

—Necesito ver a Owen, ¿puedo subir?

—Claro, cariño, no tienes que pedir permiso. Esta es tu casa.

Le agradezco con una sonrisa débil y me dirijo hacia las escaleras, sintiendo las miradas curiosas de los clientes de la floristería sobre mí. Subo los peldaños con dificultad, hoy mis piernas me duelen más que nunca. Mi corazón late con fuerza, como si quisiera escapar de mi pecho. Tengo miedo de que Owen no me reciba, de que me rechace o me culpe.

Mi corazón se detiene en seco, como si un puñal lo atravesara. No puedo creer lo que veo, es como una pesadilla. Siento un sabor amargo en la boca, una opresión en el pecho y unas lágrimas ardientes en los ojos.

Él se ha subido a ese taxi sin esperarme, sin darme la oportunidad de hablar con él, de explicarle lo que siento. Pero ha venido aquí para abrazar a otro, para consolarse en sus brazos.

Lo veo estrecharse contra Will, el hombre que me odia. Recuerdo sus palabras, llenas de veneno: "No necesito jugar sucio para tener a Owen, simplemente tengo que esperar". Y ahora lo tiene, lo tiene entre sus brazos.

CAPÍTULO 53
FILTRADO.

Rayden

No puedo controlar lo que siento y el dolor es insoportable. Quiero liberarme de las voces que susurran en mi cabeza, que me tientan a hacer cosas terribles. No sé cuánto tiempo podré resistir.

Veo a Owen en los brazos de Will y me asaltan las dudas:

¿Qué sentido tiene mi vida?

¿Podré superar este sufrimiento?

No encuentro respuesta, pero sé algo; mi felicidad depende de cómo vaya mi relación con Owen. Sé que eso no es sano, que debería aprender a quererme a mí mismo.

Pero lo veo abrazado a otro y la tristeza me invade. Confío en él, en su amor por mí, pero no puedo evitar sentir celos. El amor es así, a veces dulce, a veces amargo, difícil de entender.

Siento una corazonada que me empuja a seguir adelante y subir las escaleras, a convencerme de que en realidad no está sucediendo nada malo, pero las voces de esos fantasmas que habitan en mi cabeza son más fuertes y me impiden avanzar. Sin decir nada, doy media vuelta y me alejo de las escaleras.

Salgo de la floristería sin despedirme de la señora Sila y algunas personas me miran con asombro en sus rostros, como si no entendieran mi reacción. La señora Sila llama mi nombre para que me detenga, pero no puedo hacerlo. No puedo enfrentarme a ella ni a lo que acabo de ver.

Continúo caminando con dificultad hasta llegar a la calle principal, ignorando por completo a Sasha, mi guardaespaldas, que está parada junto al auto. Ella me sigue con la mirada, preocupada por mi estado. Pero trato de ignorarla.

Las inmensas ganas de llorar siguen latentes en mi interior, pero me obligo a no hacerlo. No quiero mostrar debilidad ni vulnerabilidad.

«Eres un cobarde, Rayden»

«Solo tenías que hacerte notar y hablar con él»

«¿Por qué estás huyendo?»

Me reprocho a mí mismo una y otra vez, pero no sirve de nada. A veces me cuesta comprenderme, una parte de mí sabe lo que es correcto y lo que debería hacer. Pero otra parte se resiste, aferrándose al dolor y a todos los males que este provoca.

El teléfono suena y lo saco del bolsillo por puro reflejo, pero al ver que es Sofía, no contesto. Sin embargo, antes de que pueda guardarlo de nuevo, vuelve a sonar mostrando el nombre de mi hermano, pero también lo ignoro.

Después de pensarlo unos segundos, elijo irme por la acera solitaria de la derecha, con Sasha siguiéndome a una distancia prudente. Las voces en mi cabeza parecen más fuertes y esta vez veo imágenes frente a mis ojos como pequeños flashazos que se repiten para torturarme: los hombres que abusaron de mí, Will de niño gritando en medio de las llamas, la situación con mis padres, la muerte del abuelo...

—¡Oye! Cuidado. —Una voz me grita.

Siento que alguien me agarra el brazo y me arrastra hacia atrás. El repentino tirón me saca de mi ensimismamiento y veo cómo un auto pasa rozando por delante de mí.

—¿Qué crees que estás haciendo? —La voz se vuelve a oír, esta vez más cerca.

Levanto la mirada y me encuentro con el rostro inexpresivo de Will. Su agarre es tan fuerte

que me deja una marca en la piel.

—Deberías estar con Owen. —Le digo sin pensar. Él me suelta a su vez y puedo sentir su ira en la mirada.

—Si yo fuera la persona que más necesita en este momento, por supuesto que estaría con él. —Su voz es fría y cortante.

—Vi cómo lo abrazabas. —No puedo evitar que los celos se noten en mi tono, pero no me importa.

—Y yo vi cómo huías. —Me replica.

No entiendo a este tipo, sé que me odia y tiene todas las razones del mundo para hacerlo. Pero también parece tener la intención de ayudarme.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué de repente me ayudas? —le pregunto a Will con incredulidad.

—No lo hago por ti —me asegura él sin remordimiento—. Lo hago por él.

Debí imaginarlo.

—No sé qué pasó, ni cómo, pero sé que para él no es fácil. Zoé siempre ha sido su mejor amiga, casi su hermana. Lo mejor que puedes hacer es ir con él y explicarle por qué no se lo dijiste antes. Ambos están sufriendo y necesitan hablar.

Rayden contempla el rostro de Will y lee en sus ojos el odio que le tiene, pero también un atisbo de remordimiento. Sabe que no es mala persona, pero también comprende que su actitud no obedece a la bondad, sino a la lealtad hacia Owen. Eso le infunde algo de consuelo.

—No te confundas ni por un instante —le suelta Will con voz gélida—. Aunque reconozco que fui demasiado cruel contigo y que me dejé arrastrar por el rencor, no he cambiado de opinión sobre ti.

—Lo respeto —replica Rayden con serenidad, sin alterarse—. Lamento mucho lo que te hice, pero era solo un niño entonces, aunque eso no excluye mi responsabilidad.

Will se aparta sin añadir nada más, abriéndole paso para que vuelva a la floristería.

Rayden ignora la expresión confundida de la señora Sila y se dirige sin vacilar al cuarto de Owen. Golpea la puerta con insistencia, pero nadie contesta. Así que decide entrar.

—Om, tenemos que hablar —susurra con voz temblorosa, pero Owen no responde.

Entonces oye el sonido del agua cayendo en la regadera y deduce que Owen se está duchando, pero se fija en que la puerta del baño está entreabierta y se acerca a mirar. Al asomarse, descubre a Owen sentado en el suelo junto a la puerta, todavía vestido y sollozando sin mientras se abraza las rodillas.

Al percibir la presencia de Rayden, el joven se pone en pie de un salto y trata de secarse las lágrimas con nerviosismo.

—¡Ray! ¿Qué haces aquí? —pregunta intentando distraerlo, pero Rayden se aproxima y lo estrecha entre sus brazos.

—Me inquietaba tu ausencia después de que te marcharas a hablar con Aron, así que bajé a buscarte, pero ya te habías ido. Aron me contó a toda prisa lo que había pasado y bueno, aquí estoy.

Owen se separa de Rayden y cierra la regadera, donde se había metido a darse un baño tras la partida de Will, pero solo había logrado desmoronarse y llorar.

Los jóvenes salen al dormitorio y se sientan en el suelo, apoyados en la pared. Permanecen en silencio durante un rato, como si buscaran en sus mentes las palabras adecuadas para romper esa tensión que los envuelve.

—Lo siento por no haberte dicho nada, tenía miedo. —Rayden se disculpa mientras abraza a Owen, que reposa cómodamente sobre su pecho.

—No tienes que pedir perdón. Entiendo por qué lo hiciste, pero estoy muy confundido. ¿Por qué Zoé haría algo así?

Con un profundo pesar, Rayden se resigna a revelarle a Owen todo lo que ha guardado en su memoria, ha intentado resguardarlo desde que los recuerdos de aquel día aciago volvieron a su mente, pero ha aprendido que en este punto de su vida los secretos son más dañinos que beneficiosos, es preferible afrontar el dolor que puede causar la verdad que sufrir el tormento que ocasionan los secretos. Mientras habla, nota cómo las palabras le queman la garganta, cómo las lágrimas le humedecen los ojos, cómo el silencio de Owen le hiela el corazón.

—Aquel día tu madre me llamó a hablar a solas porque no quería que asistieras al evento. Le aseguré que no había ningún peligro y que por favor te diera permiso, entonces fue cuando me reveló la verdad sobre mi padre biológico.

—Sam —susurra Owen con un nudo en la garganta al recordar su charla con Aron.

—La señora Rachel estaba en un dilema. Al parecer Sam la había persuadido de que Aron planeaba algo para acercarse a ti ese día. Pero ella no sabía si fiarse de él ya que tenía fuertes indicios de que Sam la había manipulado todo el tiempo desde que la sacó de la cárcel.

—¿Entonces Emir tenía razón? —pregunta Owen con incredulidad y al ver el gesto de desconcierto que hace Rayden le aclara—: Verás, hace un tiempo Emir me confesó algo sobre la poca confianza que le inspiraba Sam y que tenía motivos para creer que la fiscalía solo estaba jugando con Rachel.

Rayden asiente y añade con voz grave:

—La señora Rachel también lo creía, pero no podía ignorar la posibilidad de que fuera cierto lo de Aron. Así que casi me suplicó para que te disuadiera de no ir. En cuanto a Zoé, ella tenía la firme sospecha de que Sam la estaba engañando, haciéndole creer que le importaba solo para que ella le revelara información sobre nosotros.

—Sigo sin entender nada —replica Owen con frustración.

—Rachel pensaba que Sam ya estaba harto de no poder atrapar a Aron. Ha dedicado su vida a perseguirlo sin éxito. Su única salida es matarlo, pero no puede hacerlo él mismo por su posición. Es por eso por lo que la fiscalía y otros poderes políticos estaban presionando a Rachel, para que fuera ella quien lo hiciera y ellos quedar limpios.

Owen siente que las piezas del rompecabezas encajan, pero no logra comprender qué relación hay entre todo eso y lo que le ocurrió a Rayden aquel día.

Rayden parece leerle la mente y añade con voz apagada:

—Yo tampoco lo tengo claro, supongo que las cosas se salieron de control y...

—Leo Fiammetta ¿quién es? —interrumpe Owen, recordando vagamente ese apellido que mencionó Aron. Le suena haberlo escuchado en alguna parte, pero no sabe dónde.

—Era hijo del exalcalde Leoport Fiammetta, un declarado enemigo de Aron. Leo tuvo su historia con Raykel y Emir, algo que no terminó nada bien. ¿Por qué preguntas por él?

Owen frunce el ceño y de pronto le viene a la mente esa renombrada familia, está seguro de que Zoé alguna vez le contó los chismes que los rodeaban.

—En el video que me mostró Aron de las cámaras de seguridad del hotel, Leo aparece junto a Zoé —confiesa Owen con un nudo en la garganta.

La expresión de alarma de Rayden lo sobresalta, pero el chico no dice nada. Simplemente se queda pensativo, mirando al vacío.

—¿Por qué crees que Raykel me culpó de todo? —pregunta Owen con voz temblorosa mientras aparta la mirada y la enfoca en un montón de libros que tiene sobre el escritorio.

—Creo que eso fue mi culpa. Le conté parte de lo que hablé con tu madre y eso le enfureció porque estaba seguro de que nada de eso hubiera pasado si no nos hubiésemos conocido. Además, no le agradaba la idea de que me fuera contigo el día de nuestro cumpleaños, ya sabes, por nuestra tradición. —Rayden explica con un tono apenado.

Owen siente un nudo en la garganta y dice: —En realidad no lo culpo, en algún momento yo también pensé mal de él.

Rayden le dedica una sonrisa amarga y asiente.

—Y con toda razón, Raykel puede ser impulsivo. De hecho, ese día me preocupaba que hiciera algo loco. Él estaba muy enojado. —Rayden añade con una nota de tristeza en su voz.

Owen se levanta y extiende sus manos hacia Rayden, invitándolo a incorporarse.

—Tu madre —dice con voz grave—. Eliza, ¿cómo es que nunca me lo contaste?

Rayden se siente un poco tenso y se deja caer sobre la cama. Sus piernas le duelen demasiado para seguir de pie. Intenta evitar la mirada de Owen mientras busca las palabras adecuadas.

—La verdad es que nunca lo pensé. No es que no confiara en ti, es que desde que mi hermano y yo éramos pequeños nos enseñaron a guardar ese secreto como si fuera un tesoro. Que Aron no era nuestro padre biológico, y todo eso de la gemela oculta. Con el tiempo, nos acostumbramos a esa mentira, a vivir como si fuera la realidad. Como si solo hubiera una Eliz y como si Aron fuera nuestro padre, firme y protector. Por eso nunca sentí la necesidad de contárselo a nadie, hasta ahora.

Owen asiente con una leve sonrisa y se sienta a su lado, acariciando sus manos con ternura. Mientras el sol se filtra por la ventana e ilumina sus rostros.

—Cuando me enteré de que Aron no era nuestro padre, no me sentí mal, pero fue doloroso no saber de quién éramos hijos realmente. Ahora que lo sé, me duele. Qué irónica es la vida ¿no crees? —dice Rayden con un suspiro, mirando al vacío.

—¿No le guardas rencor a tu madre? —pregunta Owen con cuidado, esperando no estar entrometiéndose demasiado.

Rayden se queda pensativo durante unos segundos y dice:

—Por un tiempo sí estuve enojado, pero luego entendí que ella solo ha sido víctima de su hermana y Aron. Aunque Raykel no lo ve así, él sí la odia porque está convencido de que si ella no hubiese sido tan débil las cosas tal vez serían diferentes. —Su mirada se torna triste y melancólica.

Owen le rodea con un brazo y lo estrecha contra su pecho, ofreciéndole un abrazo cálido y protector. Rayden se deja envolver por el aroma familiar de su novio, una mezcla de colonia y flores, y se relaja en sus brazos.

—Siempre he dicho que no creo en el destino, pero al pensar en cómo nuestras familias han estado involucradas desde hace muchísimos años, hace que considere la posibilidad de que estuviésemos destinados a conocernos algún día. Porque la verdad tenía que salir en algún momento. Todo parece estar conectado.

Después de pasar casi todo el día sin comer nada, la abuela les trae a los jóvenes algunos aperitivos para que coman algo mientras esperan la cena. Owen y Rayden han intentado distraerse actuando como cualquier pareja normal: haciéndose fotos juntos, viendo series de televisión y compartiendo alguna que otra anécdota divertida de la infancia. Sin embargo, no pueden olvidarse por completo de la realidad.

—¿Estás seguro? —pregunta Rayden con inquietud al ver a su novio levantar el teléfono de la casa para hacer una llamada.

—Al menos merecemos una explicación —afirma Owen con determinación.

Owen marca el número de Zoé desde el teléfono fijo, ya que no sabe dónde dejó el suyo y el de Rayden está sin batería. Por suerte, se sabe el número de su mejor amiga de memoria.

«¿Sí?» contesta Zoé al primer tono.

A Owen se le forma un nudo en el estómago que le impide hablar.

«¿Quién es? Si no vas a decir nada, cuelgo. Soy una persona muy ocupada»

—Soy yo, Owen. —se apresura a decir Owen con voz temblorosa.

«Oye, ¿desde dónde demonios me estás llamando?»

Zoé cambia rápidamente de actitud al reconocer a Owen.

—Es el teléfono de la casa, creo que he perdido el mío.

«Me alegro mucho de oírlo, lo digo en serio. El modelo que tenías era muy anticuado, ahora podrás comprarte uno más moderno» bromea Zoé y Owen se siente peor al escucharla tan animada como siempre.

—¿Puedes venir a verme? Quiero hablarte sobre un asunto.

«¿Pasa algo? Te noto muy serio»

—Solo necesito hablar con mi mejor amiga, ¿vendrás?

«Está bien, llegaré en quince minutos»

Al colgar la llamada, Owen suelta un profundo suspiro y mira a Rayden con una mezcla de miedo y tristeza.

En el hotel, Emir y Raykel se dirigen a la recepción. El aire acondicionado les golpea la cara con un frío artificial que contrasta con el calor sofocante de la calle. Buscan con la mirada a la recepcionista, una joven de cabello rubio y ojos azules que les sonríe amablemente.

—¿A qué hora salió mi hermano? —le pregunta Raykel con voz urgente.

—No lo sé señor, acabo de iniciar mi turno —responde ella, consultando la pantalla de su ordenador.

Emir y Raykel se miran con frustración. Han llamado a Owen y a Rayden a sus teléfonos en repetidas ocasiones, pero la llamada siempre es dirigida al correo de voz.

—¿Crees que ya lo sepan? —pregunta Emir con preocupación, refiriéndose al escándalo que anda circulando por la internet.

—Es posible —dice Raykel, apretando los puños.

—Señor, disculpe —uno de los guardias de la puerta del hotel se acerca a los dos jóvenes desesperados por contactar a sus hermanos. Lleva un uniforme negro y una gorra que le tapa parte de la cara—. El joven Rayden salió temprano en la tarde después de que el joven Owen tuvo una reunión con el señor Aron.

Emir y Raykel sienten un escalofrío recorrerles la espalda. Sus ojos se abren de par en par y sus bocas se quedan secas.

—¿Con Aron? —preguntan los dos al mismo tiempo, incrédulos.

—Sí, el señor Aron ordenó cerrar uno de los restaurantes del hotel durante una hora para poder hablar con el joven. No sé qué sucedió, pero un tiempo después el joven Owen se marchó, parecía muy afectado. Unos minutos más tarde lo siguió el Rayden y ninguno de los dos ha regresado.

—Esto es muy malo —murmura Raykel con angustia y se apresura a salir del hotel seguido por Emir, pero al llegar a la salida se topan con una multitud de reporteros de diferentes medios. Todos ellos les asedian con preguntas sobre un solo tema.

—¿Se sabe quiénes eran esos hombres que lo atacaron?

—¿Cómo Rayden ha sobrellevado el trauma?

—¿Denunciaron el caso a la policía o lo mantuvieron en secreto?

—¿Por qué se vino a saber esto después de tanto tiempo?

—¿Quién filtró el video?

—¿La familia Sarosh tomará medidas legales?

Un escalofrío recorre la espalda de Emir cuando siente el teléfono vibrar en su bolsillo. Sin perder tiempo, lo saca y mira la pantalla con ansiedad, esperando ver el nombre de Owen. Pero no es él quien lo llama, sino Will, y entonces Emir se arrepiente de no haberlo contactado a él o a Sasha antes, si quería saber algo de su hermano.

«¿Has visto el video que está circulando por las redes sociales? Hay periodistas que ya están llegando a la floristería»

La voz de Will suena preocupada y Emir siente un nudo en el estómago.

—¿Dónde está Owen?

«Está en su habitación con Rayden, creo que no se han enterado de nada»

—No dejes que nadie se les acerque. Voy para allá —dice Emir elevando la voz para que se oiga por encima del ruido.

Mientras le da instrucciones a Will, Emir toma a Raykel de la mano y lo arrastra hacia el interior del hotel, buscando una salida por el estacionamiento privado en otro coche.

«Espera» dice Will antes de que Emir cuelgue «Estoy tratando de averiguar quién ha filtrado el video»

—Me extraña que no lo hayas hecho ya.

Emir corta la comunicación, comprueba que su arma esté bien cargada y se dirige al estacionamiento con paso firme.

—¿Con quién hablabas? ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué sacas tu arma?

Raykel lo bombardea con preguntas mientras lo sigue a trompicones.

—Voy a acabar con todo esto. —Es lo único que responde Emir con un tono que le hiela la sangre a Raykel.

CAPÍTULO 54
QUIERO MORIR.

Zoé se sienta junto a una tumba abandonada, rodeada de maleza y polvo. En sus manos sostiene un ramo de margaritas blancas, el único toque de color en ese paisaje gris. Con delicadeza, las deposita sobre la lápida.

—Sé que odiabas las flores —murmura con voz quebrada—. Pero no podía venir con las manos vacías, es lo único que tengo para ti. Owen me ha llamado y ya sé lo que va a pasar. Todo se acabó, no hay vuelta atrás. Usé el video como último recurso y lo publiqué, un acto desesperado tal vez. Lo perdí todo. Al principio solo jugabas conmigo, pero me devolviste las ganas de vivir, me diste una razón para seguir y te lo agradezco.

Zoé se seca las lágrimas con el dorso de la mano y se pone de pie. Se sacude la ropa, manchada de tierra y hojas secas. Le lanza una última mirada a la tumba, donde se lee el nombre del difunto y dice:

—Algún día nos reencontraremos.

El viento le azota el rostro con fuerza, helando su piel a través de la ropa negra y ceñida que lleva. La noche cae sobre el cementerio, envolviéndolo en una atmósfera lúgubre y fascinante. El silencio es tan profundo que parece hablarle al oído, tentándola con promesas oscuras, invitándola a cruzar el umbral del infierno.

La chica se estremece y se abraza a sí misma, buscando algo de calor en su cuerpo. Camina con prisa entre las tumbas, esquivando las sombras que parecen acecharla, sombras que solo existen en su mente, hasta que alcanza la salida donde la espera un auto.

—Creo que va a llover —le dice Sara a su hija cuando esta abre la puerta del auto y entra con un suspiro de alivio.

—Eso parece —dice Zoé con voz apagada, mirando el cielo gris que amenaza con descargar su furia.

—Creo que deberías pasar la página y dejar de venir aquí, ese muchacho está muerto —Sara enciende el auto y arranca, tratando de sonar casual—. En cambio, Mike, él siempre ha estado enamorado de ti desde la universidad.

—No empieces con eso —le grita Zoé con rabia, sintiendo una punzada en el pecho—. Mike es un Sarosh, ¿lo olvidas?

La madre de Zoé se queda en silencio con sus ojos tristes pegados a la carretera y las manos flacas y temblorosas aferradas al volante como si fuera su única salvación.

—Dijiste que ya no lo harías más —dice Zoé al ver los temblores en las manos de su madre, recordando las jeringas y las pastillas—. Siempre es igual.

—No lo he hecho, lo juro —exclama Sara y mira por un instante a su hija, dejando ver su rostro demacrado y la profunda ojera bajo sus ojos.

—Como sea, ya estoy harta de ti y tus adicciones. Llévame a la casa de Owen.

La mujer pisa los frenos de golpe y detiene el auto.

—Zoé, por favor. Ya para con esto cariño —le implora la madre a su hija mientras intenta sostenerle las manos.

—Debo darle una explicación a él, se lo debo —dice ella con la mirada ausente, como si hubiera perdido una parte de ella.

Sara se ve obligada a seguir por la carretera que se va tiñendo de sombras con el crepúsculo y en pocos minutos llega a la floristería, que parece un nido de cuervos por los hombres de negro que la rodean.

—No hagas esto... —suplica Sara al ver a su hija soltarse el cinturón de seguridad dispuesta a salir del auto—. Nada de esto es tu culpa, tu padre te ha usado.

Zoé se detiene y antes de poner un pie afuera se gira para mirar a su madre, que tiene lágrimas en los ojos a punto de salir. —Si es mi culpa, pude haber evitado todo y no lo hice. Ahora vete, nos veremos en casa.

La chica se ciñe el abrigo largo que lleva puesto y se alisa el cabello que ahora le cae por debajo de los hombros con un gesto de coquetería que contrasta con la gravedad de la situación. Sus botas de tacón golpean el pavimento con determinación mientras se dirige a la entrada principal de la floristería donde dos guardaespaldas le bloquean el paso.

—Déjenla pasar —se oye una voz seca desde el umbral de la puerta.

—Owen —saluda Zoé con serenidad, fijando su mirada en su mejor amigo que parece estar demasiado dolido y furioso con ella como para devolverle el saludo. Y siente una punzada de tristeza que le arde en el pecho. Por primer aves en mucho tiempo, siente algo de culpa.

Zoé toma un largo suspiro y con la frente en alto sigue avanzando hasta estar a solo unos centímetros de su amigo quien se aparta para dejarla pasar. La floristería está sumida en las sombras apenas interrumpida por una luz que proviene desde la parte trasera y ella entiende que es allí hacia donde debe dirigirse, intenta apreciar cada detalle del lugar, cada olor, cada recuerdo porque tal vez esta sea la última vez que lo visite. Esta casa, fue ha sido su segundo hogar durante toda su vida; Owen y la señora Sila su segunda familia y ahora también eso ha perdido.

Zoé

Siento los pasos de Owen que resuenan en el suelo de madera, siguiéndome de cerca a medida que me voy acercando a la terraza. Cruzo el umbral de la puerta trasera, la que conecta con el comedor del exterior, y lo veo a él. Sí, Rayden también está aquí. No me sorprende para nada. Su mirada me atraviesa con una expresión de inocencia e incertidumbre, como si fuera una víctima benevolente. No veo ningún atisbo de miedo o de odio en sus ojos. Maldito seas por siempre, Rayden Sarosh. Al menos deberías odiarme.

Al detenerme, Owen cruza a mi lado y se para junto a Rayden, que está sentado en una de las sillas del comedor. Su mano descansa sobre el hombro de Rayden, como si quisiera protegerlo de mí. Noto a Will parado afuera entre los arbustos, como un lobo feroz que espera instrucciones. Y de pronto me pregunto si no tendrán a un francotirador oculto por ahí. Por Dios, esto es tan patético.

—¿Por qué? —pregunta Owen y me mira con desprecio. Un desprecio que me duele, que preferiría que viniera de alguien más y no de él.

—Lo hice por ti —le digo con honestidad, aunque no espero que lo entienda. Sé que no lo hará, así como ustedes tampoco. Ya estoy acostumbrada a eso.

Su cara se crispa por la sorpresa y el desconcierto. Se aleja de mí con dos pasos rápidos, como si temiera mi contacto, como si me viera transformada en el peor de los monstruos. Eso es injusto.

—¿No sabes que él es la razón por la que estás aquí? —susurra Rayden con voz ronca, como si estuviera poseído por una fuerza ajena que le hiciera soltar palabras al azar. —Ellos lo dijeron —. Balbucea sin sentido.

Oírlo hablar hace que algo nauseabundo se revuelva en mi interior, no sé cómo pude aguantarlo tanto tiempo, una furia ciega me empuja a acercarme a la mesa y golpearla con ambas manos, haciendo temblar los objetos sobre ella. Y por fin me libero de este veneno que me

corroe por dentro, escupiendo palabras cargadas del más profundo y sincero odio.

—Él y su hermano me lo arrebataron todo. Creí que podría soportar verte amándolo, pero no. Me engañé a mí misma pensando que tener a mi mejor amigo cerca de las personas que más odiaba sería una ventaja, y lo fue durante un tiempo, pero se volvió insoportable ver su felicidad. Contigo su vida siguió siendo perfecta como siempre y lo peor de todo es que me estaba quitando tu afecto, eso no lo podía tolerar.

Sí, confieso que cada vez que le soltaba a Owen una de esas indirectas sobre mi interés por los gemelos, lo hacía con toda sinceridad. Lo decía desde lo más hondo de mi alma, pero Owen siempre se lo tomaba a broma, como si fuera una ocurrencia más de mi carácter impulsivo. Al fin y al cabo, siempre andaba diciendo cosas como esas.

—No me mires así —le reprochó a Owen, que tiene el rostro pálido como la cera—. Te lo dije muchas veces, pero nunca me creíste.

—Zoé —me suplica él con voz quebrada—. No eres así, te conozco. Sam te obligó ¿verdad?

Me duele verlo al borde del llanto, con los dedos crispados sobre el respaldo de la silla, negándose a aceptar la realidad, aferrándose a su candidez como siempre.

—No es justo que Rayden y Raykel lo poseyeran todo cuando ellos solo fueron el fruto de un plan egoísta de su madre. —Le espeto y las lágrimas me empapan las mejillas—. Mi madre sí amaba a Sam, nunca tuvo ninguna intención malvada, pero la vida que nos tocó vivir fue un infierno a pesar de que ella sí era una buena persona. No es justo que Rayden y Raykel, quienes han sido un veneno para este mundo, incluso antes de nacer, lo hayan tenido todo.

—No puedes culparme de los errores que cometieron nuestros padres —dice Rayden y en su mirada hay un destello de compasión que me hace sentir peor, como si la mala aquí fuera yo.

Siento el peso de la culpa sobre mis hombros, una culpa que no me pertenece, pero que me han impuesto. Recuerdo los días de hambre y frío que pasé con mi madre en ese infierno de prostíbulo, donde los hombres nos usaban como objetos y nos maltrataban sin piedad. Recuerdo los golpes que ella recibió por defenderme de esos malditos violadores borrachos, las humillaciones que soportó, las drogas que aún sigue consumiendo para olvidar su dolor, la ausencia de cualquier atisbo de felicidad en nuestras vidas. Todos son culpables de nuestra desgracia, todos menos ella y yo.

—¿Por qué culpaste a Rachel de haberse llevado a Rayden cuando solo unos minutos atrás dejaste que esos matones la golpearan en el estacionamiento? —me pregunta Owen.

Siento lástima por él, es demasiado noble. Tal vez no debería darle explicaciones de algo que sucedió hace un año, pero vine para eso, así que le digo la verdad. Le cuento cómo Rachel fue solo un obstáculo, una molestia que no entraba en los planes de aquella noche.

—Sabes que tu madre nunca dejaría que fueras feliz —le digo con frialdad—. Además, ella ya estaba muerta en vida, aunque no hubiera dejado que la golpearan. Incluso si no te hubiera salvado la vida cuando estuviste a punto de quitártela.

Owen se acerca a mí con pasos rápidos y me agarra los hombros con fuerza. Siento su aliento agitado en mi rostro y el temblor de sus manos.

—Estuviste a mi lado cuando todo estaba sucediendo, me abrazaste y me aseguraste que todo estaría bien. —Su voz es un susurro angustiado que me perfora el corazón.

Intento calmarlo con palabras suaves, para poder decirle que todo fue sincero, para explicarle que cuando le dije que todo estaría bien era porque tenía la certeza de que así sería. Rayden ya no estaba, Rachel pronto moriría en el estacionamiento y mi padre tenía todo listo para hacerse cargo de Aron; lo dije en serio, todo estaría bien. Ya no habría nadie que hiciera su vida miserable.

—Tú me enviaste esas fotos que me hicieron pensar que Rayden estaba muerto. —Me acusa con rabia.

—Yo también creí que estaba muerto. —le digo—. Por eso te las envié, y bueno, las envié desde el teléfono de tu madre porque era lo mejor. Cuanto más la odiaras, más fácil sería para que la olvidaras.

Él me mira como si estuviera loca y siento que algo se rompe en mí, Owen es mi mejor amigo. Debe entender que solo quería lo mejor para él y para mí. ¿Cómo es que no lo ve?

De pronto suelta su agarre y retrocede sin dejar de mirar a alguien que está detrás de mí.

Emir se mueve con lentitud, como si cada paso le pesara. Al llegar junto a Zoé, sujeta a Owen por el brazo y lo arrastra hacia atrás, obligándolo a regresar al lado de Rayden, que parece a punto de desmayarse.

—Mira quién ha llegado, el héroe de esta historia —se burla Zoé con una sonrisa maliciosa.

—Empieza a rezar, porque vas a necesitarlo —le espeta Emir con un tono glacial, mientras desliza una mano dentro de su chaqueta y la deja ahí, lista para actuar.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a matar como hiciste con Leo? —lo desafía Zoé con una mueca de desprecio.

—Quizás tendría que haberte mandado al infierno con él.

Emir saca un arma y apunta directamente al rostro de Zoé. Sus ojos verdes destilan una determinación implacable, pero Zoé no se inmuta y clava su mirada en Owen, que está paralizado por el miedo.

—¿Ves lo que tienes por hermano? Es un asesino, Owen. Lo has oído, él mató a Leo —Zoé hace un ademán con las manos, como si recordara algo—. Seguro que no sabes quién era Leo Fiammetta, pero no me extraña, porque no es el único secreto que te oculta tu hermanito y tu novio.

—Cállate ya o te arrepentirás —amenaza Emir y le quita el seguro al arma.

—¿Cómo usaste a Leo para que te ayudara en tu plan retorcido? —pregunta Rayden con la voz apagada mientras se apoya en Owen que sigue parado a su lado, temblando de rabia y dolor.

Zoé suelta una carcajada carente de emoción y gira entre sus pasos mientras se frota la cara con movimientos perturbados. Su mirada es fría y desafiante, como si disfrutara del sufrimiento ajeno.

—Me gustaría decir que todo fue mi plan, pero no es así. Yo simplemente estuve de acuerdo con la idea y por supuesto colaboré para que eso sucediera. Al principio Leo se acercó a mí con intenciones ocultas, quería usarme para acercarse a ti. Pero compartíamos intereses, él quería hacerte daño para vengarse de tu hermano y de paso lastimar a Emir. Una cadena de daños: lastimándote a ti, lastimaba a Raykel y por consiguiente también a Emir.

—¿Es que nunca pensaste en mí? —cuestiona Owen con lágrimas en los ojos, clavando su mirada suplicante en Zoé.

—Siempre he pensado en ti —le grita Zoé.

—Ese día en el evento, el hombre con las rosas me habría matado de no haber sido por Raykel y mi madre.

Zoé levanta las cejas y se encoge de hombros, entonces de la manera más casual dice:

—Un error de cálculo.

Owen observa el rostro de Zoé y no reconoce a la amiga que fue, tan fría y vacía como una

muñeca de porcelana. Se pregunta si alguna vez la conoció de verdad o si solo fue una ilusión, una máscara que ocultaba su verdadera naturaleza.

Emir, cansado de todo, se acerca con paso firme y presiona el metal helado del arma contra la frente de Zoé, que lo mira sin pestañear.

—¡Emir! —grita Owen aterrado.

—Todo lo que hiciste fue por complacer a tu padre, por ganarte el cariño que nunca te dio —le espeta Emir con voz grave y amenazante—. Sam nunca te quiso, él solo usa a la gente para sus fines. Pero tú eres tan ciega que no te importó traicionar a tu propio hermano con tal de tener un poco de su atención.

Zoé escucha las palabras de Emir y suelta una carcajada burlona, sin inmutarse por el arma cargada que apunta a su cabeza.

—Él me prometió que seríamos una familia, mi mamá, él y yo.

—No tienes remedio —replica Emir con desprecio—. Eres una loca sin corazón. ¿Acaso no sabes que puedes ir presa por todo lo que has hecho?

—Eso no va a pasar —dice Zoé con una sonrisa burlona y aparta la pistola que tiene Emir pegada a su frente. Entonces se le acerca y le susurra algo al oído que lo deja helado. Siente su aliento cálido en su piel y el olor a miseria que la envuelve.

La chica intenta acercarse a Owen, pero al ver que este vuelve a retroceder unos pasos, se detiene y convencida de que ella está en lo correcto, con todo pesar le dice:

—Lamento mucho que estés perdido. Espero que algún día comprendas que mi amistad es lo más sincero que jamás podrás tener. Yo siempre te estaré cuidando, recuerda eso.

Zoé da media vuelta y se va por donde mismo ha llegado, dejando a todos en desconcierto, con cientos de preguntas por hacer. Su silueta se pierde entre las sombras y el eco de sus pasos resuena en el vacío.

—¿Por qué la perra sigue con vida? —se oye el grito desgarrador de Raykel, que se acerca corriendo a la terraza donde están los demás. Emir le había pedido a Sasha que lo retuviera en el auto el mayor tiempo posible, pero no ha servido de mucho.

Emir sigue parado en el mismo sitio, con los brazos caídos y la mirada perdida. Los recuerdos le asaltan sin piedad, rememorando las palabras que Zoé le susurró al oído solo para él.

Will sale de entre las sombras y se interpone en el camino de Raykel, que va dando patadas a todo lo que encuentra. Lo abraza con fuerza, intentando contener su furia.

—No debieron dejarla ir —ruge Raykel, forcejeando para soltarse del agarre de Will.

Emir levanta la cabeza y se encuentra con los ojos de su mejor amigo, que le confirman lo que ya sospechaba.

—Sí, fue ella —dice Will con voz grave, asegurándose de que Emir lo ha entendido bien.

—Ray, por favor cálmate —le ruega Rayden a su hermano, mientras se acerca a él apoyado en Owen. El dolor en sus muslos y espalda es casi insoportable, pero no quiere dejar que Raykel pierda el control.

—¿Cómo quieres que me calme? No le bastó con todo lo que causó, también fue quien subió el video —exclama Raykel con una mezcla de rabia y tristeza.

Al ver la cara de desconcierto en Rayden y Owen, todos comprenden que aún no saben nada de lo que está pasando.

—¿Qué video? —pregunta Rayden con una voz que le tiembla de temor y de pronto la respuesta le golpea en medio de un silencio sepulcral.

Con el alma hecha añicos y deseando con todas sus fuerzas no ser quien lo haga, Emir le tiende su teléfono y deja que lo vea con sus propios ojos.

"Aquí la primera parte del video que muestra al diseñador de modas Rayden Sarosh. RT para segunda parte" #NudeCelebrityRay

Adjunto veinte segundos de video. 6,785 comentarios. 2800 RT. 7432 me gusta.

Junto a la etiqueta #NudeCelebrityRay hay miles de publicaciones de gente enferma que se deleita con el contenido del video, otros que dan sus opiniones, algunos que se mofan y unos pocos en su defensa.

La verdad sale a la luz, la que Rayden siempre quiso ocultar. Siente que su mundo se desmorona, que su sueño de vivir en paz se esfuma ante sus ojos. El terror se refleja en su rostro, mientras Owen trata de abrazarlo, pero él lo rechaza con violencia.

—No me tengas lástima. —le espeta Rayden y se golpea la cabeza con las manos, una y otra vez, como si quisiera borrar sus recuerdos. Luego se arrodilla en el suelo y grita con angustia, clavando sus uñas en su pecho, como si quisiera arrancarse el corazón. Los demás lo observan con impotencia, con lágrimas que les queman los ojos y les ahogan la voz. Quieren consolarlo, pero no saben cómo. Hasta Will, que siempre se mostró indiferente, llora en silencio y se tapa la boca para sofocar un sollozo.

Rayden se acurruca en el suelo, temblando de miedo. Un alud de recuerdos crueles le golpea la mente como un látigo de hielo: las manos ásperas y sucias de esos hombres desgarrándole la ropa, sus risas histéricas y burlonas, el aire helado que le corta la piel desnuda, la hierba mojada que le raspa la espalda, el dolor insoportable de su cuerpo al ser tomado y la certeza de que su vida se acabó esa noche maldita.

—¡Quiero morir!

CAPÍTULO 55
UNA LLAMADA INESPERADA.

Rayden se ha encerrado en un mutismo impenetrable desde que escaparon del acoso mediático y se refugiaron en el departamento de Emir. Ni siquiera Raykel ha podido arrancarle una palabra. Solo Owen ha tenido acceso a su intimidad herida. Juntos se han recluido en una habitación, donde han pasado la noche en vela, contemplando la luz del amanecer que se filtra a través de las cortinas. Ambos sienten una fuerte lucha interna que les devora por dentro. Rayden no sabe cómo enfrentarse a lo que ha provocado Zoé con la publicación de ese horrible video, y Owen no encuentra la manera de ayudarlo.

Owen nota que la puerta comienza a abrirse y siente un repentino choque de miedo. ¿Será algún periodista que ha logrado entrar? Una idea absurda, sin duda. Al ver a Emir asomarse, se siente aliviado. Su hermano le hace una seña con la mano para que se acerque. Duda por un instante, no quiere dejar a Rayden solo, pero al ver la insistencia silenciosa de Emir decide salir de entre las sábanas con tanto cuidado como si Rayden estuviera durmiendo, cuando sabe que no es así.

—¿Cómo estás? —pregunta Emir con voz suave, intentando no incomodar a su hermano.

Sabe que la respuesta es obvia, pero quiere romper el hielo. Las ojeras profundas en el rostro de Owen y la irritación de sus ojos lo delatan. Ha pasado la noche despierto, cuidando de Rayden. Ante su silencio, le pasa dos tazas de té caliente y galletas en una bandeja. Es lo único que puede ofrecerle, además de su compañía.

—Estoy cansado —dice Owen con un suspiro, sin mirar a Emir. Toma la bandeja en sus manos y se dirige al dormitorio. Su voz suena apagada, como si le hablara al aire.

—Todo estará bien —le asegura Emir, siguiéndolo con la mirada. Quiere animarlo, pero sabe que sus palabras son insuficientes—. Trata de dormir un poco. Quizás así puedas descansar tu mente y tu cuerpo.

Owen regresa a la cama para sentarse junto a Rayden una vez más. Lo observa con preocupación, mientras le acaricia el cabello. «Todo estará bien», piensa con amargura, repitiendo las palabras de Emir. Ya no quiere ser contagiado de ese positivismo tóxico que lo invita a mantener una actitud optimista cuando, en realidad, su vida está hecha un desastre. «Todo estará bien». ¿Cuándo será eso? ¿Cuándo todo estará bien? Se siente solo e impotente, sin saber qué hacer para ayudar a Rayden. Hay quienes dicen "sonríe y el mundo te sonreirá" pero a veces las sonrisas se pierden en medio de tanto llanto y tanta amargura. ¿Qué se puede hacer en ese caso? Se pregunta, mientras unas lágrimas se escapan de sus ojos.

Owen observa con angustia el rostro de Rayden, que se deshace en lágrimas mientras sostiene la taza de té que le ha ofrecido Emir. El muchacho apenas ha probado el líquido caliente, que humea en el aire frío de la habitación. Su expresión refleja una tristeza profunda y devastadora, como si hubiera perdido toda esperanza.

—¡Ray!

—¿Hasta cuándo? —llora Rayden, mirando a Owen con ojos suplicantes—. ¿Cuándo el pasado dejará de atormentarme con sus recuerdos?

Owen anhela tener la respuesta y poder solucionar esa incertidumbre, pero se siente atado. Deja la taza de té en la bandeja con cuidado y se acerca a Rayden. Lo abraza con fuerza y le acaricia mientras le susurra palabras de consuelo. Palabras que, honestamente no sabe si servirán de algo.

—Ya no lo soporto más —murmura Rayden—. Ahora todo el mundo sabe lo que me hicieron

y la mirada de cada persona será el más cruel recordatorio de esa noche. No importa si creen que lo merezca o sientan lástima por mí, al final el motivo sigue siendo el mismo y es aterrador.

Raykel, con una rabia contenida, mira desafiante a Emir y le dice:

—No me pidas que me calme. No voy a quedarme de brazos cruzados. Haré que esa perra pague por lo que le hizo a Rayden, con o sin tu ayuda.

Raykel siente que el sol matinal le quema la piel y al ver su reflejo en un espejo que está al otro extremo de la sala se da cuenta de cómo le resalta las sombras bajo sus ojos. Lleva horas sin dormir, angustiado por todo lo que está pasando. Su rostro está demacrado, al igual que el de Emir, que se acerca a él con gesto compasivo y trata de tomarle las manos.

—Ella también es tu hermana, después de todo.

—No te atrevas —le espeta Raykel y se aleja de él.

Emir más que nadie sabe cómo Raykel a sobrellevado el hecho de que Zoé sea su media hermana por lo que de pronto se siente culpable por haberlo mencionado.

—Pensé que habíamos dejado atrás la curiosidad de conocer a nuestro padre biológico y todo lo que eso conlleva —murmura Raykel con voz cansada, mientras se desploma en el sofá gris de la sala.

Emir se sienta junto a él, tratando de ser paciente.

—Cuando me revelaste la verdad sobre Sam y Zoé, no sentí nada. Eran unos extraños para mí y prefería que siguieran así. Elegí guardarle un secreto a mi hermano por lo que no supo que yo conocía la identidad de nuestro padre, ni que teníamos una medio hermana que era la mejor amiga de su novio. Pensé que dejar las cosas como estaban sería lo mejor. No quería que ellos se entrometieran en nuestras vidas. Pero ellos ya estaban involucrados, solo que no lo sabíamos.

Hasta hace unas horas, Raykel había creído que todo había terminado. Que la muerte de Leo Fiammetta y los secuestradores de su hermano había puesto fin a la pesadilla que los atormentaba. Que su hermano podría olvidar el infierno que había vivido y empezar de nuevo. Pero todo se ha derrumbado con el video que ha salido a la luz. Un video que muestra la brutalidad de lo que ha sufrido Rayden, la crueldad de quienes lo torturaron, la impotencia de los que no pudieron salvarlo. Un video que los arrastra a todos de nuevo al pasado, que expone no solo a Rayden ante el mundo, sino a todos quienes lo aman, que los hace vulnerables. Un video que cambia todo.

—Juro por Dios que esto no se quedará así— murmura Raykel con voz entrecortada, mientras seca sus lágrimas con el dorso de la mano—. Desde niño supe que Ray y yo solo éramos piezas en el rompecabezas, en un juego despiadado que algún día nos haría perder, pero no imaginé que llegaría a ser tan doloroso. Mataré a todos los culpables. —Su mirada se endurece y su puño se cierra con fuerza—. Culpables, son tantos; algunos vivos, algunos ya muertos y otros por morir. —Su voz se llena de odio y rencor, mientras recuerda las caras de los que le han hecho daño.

Emir no quiere pronunciar en voz alta que lo apoya en su decisión porque decirle si a la muerte corrompe aún más el alma que la propia acción. Pero tampoco quiere negarle su consuelo, su comprensión, su amor. Así que hace un gesto que le indica a Raykel lo que piensa en medio de su silencio: lo atrae para que se recueste en su regazo y le acaricia el cabello con ternura. Deja que el silencio de la mañana los envuelva mientras la incertidumbre de lo que sucederá a continuación los acosa. Sabe que no hay vuelta atrás, que Raykel ha tomado una decisión irreversible. Y solo espera que sea la correcta ya que, incluso si no lo es, él estará a su

lado para ejecutarla.

¿Cuántas noches más sin dormir les espera? ¿Cuántas cosas siguen sin ser resueltas? ¿Cómo resolverán este enmarañado conflicto?

Emir no encuentra una respuesta a las preguntas que lo asaltan, sobre todo una que lo atormenta desde anoche: ¿Es cierto lo que dijo Zoé? Cierra los ojos y revive el momento en que la vio en la floristería, con su sonrisa burlona y su mirada desafiante. Recuerda cómo Zoé apartó el arma que apuntaba a su cabeza y se acercó a él para susurrarle algo que lo dejó helado: "Tu madre sigue con vida y si algo me llegara a pasar nunca más volverás a saber de ella". Emir siente un escalofrío recorrerle la espalda y se pregunta si es posible que Zoé le haya dicho la verdad. ¿Podría ser que su madre, a la que ha creído muerta, esté viva? ¿Qué hará él si es así? ¿Qué hará Owen?

—Ayer —dice Emir con voz temblorosa—, Zoé dijo algo que solo yo pude escuchar. Dijo que Rachel está viva. No sé si creerle o no, pero una parte de mí quiere pensar que es verdad y no sé qué hacer. —Sus ojos se llenan de lágrimas y busca el apoyo de Raykel.

—No puedes creerle, Emir. Es una mentirosa, una manipuladora. Solo quiere confundirte.

Raykel vuelve a sentarse en el sofá.

—No lo sé, Raykel. No lo sé. —Emir repite con una mirada perdida, mientras recuerda el día que Rachel murió. Nunca vieron el cadáver, solo supieron que Sam se había encargado de todo. Ellos estaban ocupados intentando encontrar a Rayden, a quien también creían muerto, y con Owen, que estaba en el hospital.

Emir no tuvo tiempo de llorar a su madre sino mucho tiempo después.

—Supongamos que es cierto y tu madre no murió ¿dónde ha estado todo este tiempo? —pregunta Raykel.

—No tengo idea...

—¿Viva?

La pregunta resuena en el aire como un grito desesperado, lleno de incredulidad y angustia. ¿Viva? ¿Qué significa eso? Owen se detiene en medio de las escaleras, sosteniendo dos tazas vacías que amenazan con caerse de sus manos. Sus ojos se clavan en los de su hermano, buscando una respuesta que no llega. Siente un escalofrío que le recorre el cuerpo, quizá por el cansancio, quizá por el enojo o por el miedo que le provoca la idea de que lo que ha oído sea cierto. Emir y Raykel lo miran desde abajo, con expresiones de sorpresa y preocupación. Nadie se atreve a romper el silencio que se ha instalado entre ellos.

Emir toma a Owen de la mano y lo guía hasta el sofá, donde Raykel los espera con una mirada comprensiva. Le cuenta lo que Zoé le reveló sobre su madre, que supuestamente está viva. Owen escucha con incredulidad, sintiendo una mezcla de esperanza y dolor.

—Yo la vi morir, Emir —dice con voz quebrada—. Vi cómo perdía el brillo de sus ojos, cómo su rostro se llenaba de moretones, cómo su sangre manchaba el suelo. No pude hacer nada por ella.

Emir lo abraza con fuerza y le acaricia el cabello. —Si es cierto que Rachel sigue con vida, la encontraremos —le promete.

Rayden continúa encerrado en la habitación, sin querer saber nada del mundo exterior. Owen trata de convencerlo de que salga, de que coma algo, de que le hable, pero solo recibe silencios y miradas vacías. La brecha entre ellos se hace cada vez más grande, como si un abismo los separara. Owen se siente impotente, frustrado, asustado.

Aprovechando que Rayden se ha quedado dormido después de un largo baño, Owen se levanta de la cama y camina hacia el televisor. Tal vez ver las noticias le distraiga un poco, le haga olvidar por un momento la pesadilla que están viviendo. Pero cuando tiene el control remoto en la mano, se da cuenta de que no tiene el valor de encenderlo. Sabe que al hacerlo se enfrentará a una dura realidad, sabe que en las noticias no encontrará entretenimiento sino tortura.

Con un suspiro, devuelve el control a su lugar y saca su teléfono del bolsillo. Tiene varios mensajes de la abuela Sila, quien sigue preocupada por ellos. Owen le responde con breves palabras, tratando de tranquilizarla, de decirle que están bien, que pronto irán a casa. Pero sabe que son mentiras piadosas, que no están bien, que no saben cuándo podrán salir de ese departamento.

No quiere ver lo que dice la gente en las redes sociales. Siente curiosidad por saber qué piensan los demás sobre lo ocurrido, cómo reaccionan ante algo tan atroz, qué hacen para exigir justicia por Rayden. Pero también siente miedo por lo que pueda encontrar, por lo que puedan decir. Por eso evita abrir Twitter o Facebook o Instagram. Por eso solo mira el ícono de cada aplicación en la pantalla de su teléfono y luego lo desliza hacia otro lado.

Cuando está a punto de apagar el teléfono y volver a la cama, una llamada entra a su dispositivo. Owen mira el número no registrado y duda unos segundos antes de contestar. Tal vez sea una oportunidad para cambiar las cosas. Tal vez sea una trampa para hundirlos más. Tal vez sea la llamada que lo decidirá todo.

—Mi gente ha borrado el video que circula en redes sociales. No sé si servirá de algo, pero es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Qué quieres a cambio? —pregunta Owen con voz firme, cuidando de no despertar a Rayden.

—Necesito que vengas a verme. Hay algo que tienes que saber.

La llamada se corta y Owen se queda paralizado, mirando la pantalla de su teléfono. Una mezcla de curiosidad y temor se asoma. ¿Qué será lo que tiene que decirle? ¿Será algo bueno o algo malo? ¿Será una oportunidad o una trampa?

Mira a Rayden, que duerme plácidamente, ajeno a todo. No quiere dejarlo solo, no quiere arriesgarse. Pero tampoco puede ignorar esa inesperada llamada.

Owen respira hondo y toma una decisión. Llama a su guardaespaldas y le dice que se prepare.

—Will, vamos a la mansión Sarosh.

CAPÍTULO 56
ERES UN SAROSH.

Hay una voz interior que nos alerta cuando estamos a punto de cometer un error, pero muchas veces la silenciamos y seguimos adelante; en ocasiones eso puede traernos sorpresas agradables, en otras consecuencias desastrosas. Eso es lo que le pasa a Owen, sabe que aceptar la invitación de Aron es una mala idea, por más que intente justificarla. Pero la curiosidad lo domina. Además, ha involucrado a Will en su plan, cuando la relación con él ha sido tensa y confusa en los últimos días. Siente que se está metiendo en un lío del que no podrá salir fácilmente, pero no planea retroceder.

Owen frota su cabello con la toalla, sin prestar atención a los mechones húmedos que caen sobre su frente. Junto al espejo del baño, observa el rostro de un joven agotado, con ojeras profundas y labios pálidos. ¿Qué le ha pasado al viejo Owen, al que solía sonreír y soñar? ¿Dónde se ha escondido, acaso en algún rincón oscuro de su mente, donde solo puede emitir débiles lamentos? Se sumerge en ese mar de pensamientos, buscando una respuesta que no llega, cuando de repente la puerta se abre con estrépito.

—Perdona. —Rayden se disculpa con voz apurada mientras entra al baño, interrumpiendo el ensimismamiento de Owen, que se sobresalta y se aparta del espejo.

—No te preocupes. —Le dice Owen con voz suave, intentando ocultar los efectos del repentino susto. No puede evitar mirar el cuerpo de Rayden, que se acerca al retrete y baja el zíper de su pantalón con la misma naturalidad que si estuviera solo. El sonido del líquido cayendo en la taza se mezcla con el suspiro de alivio de Rayden, que le lanza una sonrisa a Owen, mientras este lo observa boquiabierto.

—Soñé que estaba orinando y casi me hago en la cama ¿puedes creerlo?

Rayden nota la expresión de asombro en el rostro de Owen y se apresura a terminar su necesidad. Sin molestarse en lavarse las manos, se acerca a él con una sonrisa pícara y le pregunta, con voz juguetona, si está impresionado por haberlo visto orinar o por el tamaño de su miembro. Owen estalla en una carcajada tan sincera que se sorprende a sí mismo, como si acabara de recordar cómo es reír. Durante un instante, se miran en silencio, conteniendo las ganas de seguir riendo como si fuera un pecado. Owen reduce la distancia entre ellos y lo rodea por la cintura, entonces ambos ríen hasta que les duele el estómago y tienen que apoyarse el uno en el otro para no perder el equilibrio, ríen hasta que la risa se desvanece y los invade una ola de emociones confusas que los hace abrazarse y llorar con la misma intensidad con la que antes han reído.

Cuando las emociones se calman, ambos salen del baño. Owen busca algo de ropa dentro del equipaje que trajo de casa, mientras Rayden vuelve a la cama.

—Baby —dice Rayden con un tono meloso.

—¿Cómo me has llamado? —pregunta Owen experimentando cierta timidez.

—Baby —repite Rayden y se sienta en el borde de la cama—. ¿No te gusta que te llame así?

Owen se encoge de hombros y se acerca mientras intenta abrocharse el pantalón.

—Déjame ayudarte —dice Rayden y le aparta las manos, pero en lugar de terminar de abrocharlo, se lo quita.

El pantalón negro cae al suelo dejando a Owen vestido solo con un ajustado bóxer rojo que parece ser un presagio de las intenciones de Rayden.

—¡Qué haces? —inquiere Owen en un hilo de voz al sentir las manos de Rayden apretar sus caderas.

Sentado sobre la cama, el rostro de Rayden queda a la altura del abdomen bajo de Owen lo que le facilita llevar a cabo sus planes. Aprieta un poco más sus caderas y despacio lo acerca. Logra captar el perfume de su piel; un dulce néctar de flores y miel, quizás un nuevo jabón, y aspira hondo mientras desciende sus labios un poco más abajo de su ombligo y le besa, le hace sentir el calor de su aliento, le lame y le mordisquea con delicadeza.

Owen siente que su cuerpo se sacude con una intensidad que roza el delirio, y sus manos se aferran al cabello de Rayden como si fuera su única ancla. No sabe si quiere alejarlo o suplicarle que no se detenga, solo sabe que cada caricia de su boca le quema la piel y le nubla la razón. Está perdido en un torbellino de sensaciones que lo arrastran hacia el abismo.

—Ray, tal vez...

—No —le interrumpe Rayden en un susurro—. Quiero y no se trata de una búsqueda por evadir la realidad, se lo que está sucediendo allá afuera, pero en esta habitación solo estamos tú y yo. Quiero Owen, quiero tenerte, amarte no solo con mi alma. Mi cuerpo te necesita.

—Rayden —vuelve a soltar Owen cuando este los despoja de la única prenda que envuelve su intimidad.

No hay vuelta atrás, no hay forma de borrar lo que ha sucedido. No se puede pasar la página ni ignorar la realidad que lo golpea. No se puede restaurar lo que se ha roto ni volver a lo que era antes. Por eso, y por muchas otras cosas, Rayden se levanta y se quita la ropa. Por eso se acuesta en la cama y le ruega a su amante, sin ningún reparo, que lo posea. Porque el pasado no se va, lo que se ha roto no se arregla, porque los recuerdos no se silencian.

Rayden necesita sentir y que lo sientan.

Rayden

No quiero revelarles nada, anhelo guardar cada instante solo para mí, que todo lo que ahora vivo sea un secreto entre Owen y yo. La manera en que me envuelve con su cuerpo, como me roza con sus dedos y como susurra mi nombre me hace sentir en otro mundo. La forma en que me ha permitido entrar en él sin aflojar ni por un instante su abrazo, como se desliza suavemente sobre mi pene mientras expresa con su rostro una mezcla de dolor y placer, parece el encanto de una fábula que no debería ser narrada.

Quizá sea el efecto embriagador de su fragancia, que se mezcla con el sudor de su piel y la humedad de sus labios, o la sensación ardiente de su intimidad, que me envuelve con una pasión desbordante, pero entre sus jadeos ahogados logro oírle susurrar dame más, Rayden, dame más fuerte y, al cabo de un segundo le pregunto que si está seguro a lo que él asiente. Lo acuesto en la cama con delicadeza, pero sin soltarlo, sintiendo cada centímetro de su piel contra la mía. Él me rodea con sus piernas y yo me hundo más en él, más profundo. Un gemido escapa de sus labios y lo amo, lo amo con locura, no solo a su voz sino a su ser que se entrega bajo mi peso, a su ser que me da todo lo que tiene, que me protege del miedo, que me inspira el valor para enfrentar cualquier obstáculo. Amo a Owen, el que ahora clama mi nombre, el que exige más de mí, el que convierte cada palabra obscena en un verso sublime. Amo a este vendedor de rosas que se deshace en un orgasmo mientras yo sigo moviéndome dentro de él y ruega sin pudor que me corra en su interior.

Me desplomo a su lado, exhausto, consciente de que al retirarme he manchado las sábanas con mi semen, pero eso no me preocupa. Nuestras miradas se encuentran y observo cómo se mordisquea los labios mientras recupera el aliento. ¿Le apetece seguir? No lo sé y no me atrevo a

preguntarle, solo mantengo mis ojos fijos en los suyos hasta que todo se vuelve negro y creo percibir sus labios rozando los míos con un sabor a sudor y despedida que no logro comprender del todo porque me quedo dormido.

Owen

No sé qué me pasa, pero al contemplar su rostro sereno y dormido, siento que se me rompe el corazón y las lágrimas me asaltan. Qué ridículo debo parecer. Lo que hemos compartido ha sido maravilloso, una explosión de placer que aún resuena en mi cuerpo, que aún tiembla bajo la ropa que me he puesto después de un largo baño. Ha sido más que bueno, ha sido mágico. Pero no quiero conformarme con breves instantes de felicidad en medio de tanta miseria.

Con la ropa ya puesta, me dirijo a la cama donde él duerme plácidamente. Me inclino sobre su rostro y le doy un beso suave en la frente, procurando no alterar su sueño. Él se remueve un poco y emite un leve murmullo, pero no abre los ojos. Aprovecho ese instante para decirle en un susurro lo que voy a hacer y pedirle perdón por no haberlo hecho antes.

—Sé que te enfadarías si supieras que voy a ver a Aron solo. —le digo con voz temblorosa —. Pero es algo que tengo que hacer. Necesito saber que tiene que decirme.

Quizá no tenga mucha confianza con Aron, pero conozco su carácter impaciente, por eso estoy convencido de que su llamada no es por una simple cortesía, sino que esconde algo importante. Lo que me inquieta es saber a quién afecta ese algo, si me favorece a mí o a él. Pensar que me favorece a mí sería reconocer que habita en él cierta bondad y es mejor no hacerse demasiadas ilusiones.

Me acerco a la recepción del edificio y distingo la figura de Will apoyada en la pared junto a la puerta. Tiene los brazos cruzados y una expresión de aburrimiento en el rostro, como alguien que lleva demasiado tiempo esperando. Me disculpo con él por haberle llamado y por hacerlo esperar tanto tiempo, pero él niega con la cabeza y dice que no importa.

—¿Estás seguro de que quieres ir a verlo? —me pregunta con voz baja, sin mirarme a los ojos—. Tal vez deberías esperar.

Reconozco las mismas palabras que me ha dicho Emir hace un momento, antes de que saliera de su departamento haciendo oídos sordos a sus advertencias sobre Aron. Supongo que él le pidió a Will que intentara convencerme.

—Estoy seguro y voy a ir con o sin ti —le digo con firmeza y él sonríe con resignación mientras extiende una mano para invitarme a salir.

Camino hacia el auto con paso firme, sintiendo la presencia de Will a mi espalda. Alzo la vista y distingo unas siluetas con cámaras al otro lado de la calle. Me estremezco al pensar en lo que pueden llegar a hacer estas personas por obtener una primicia.

—Llevan todo el día aquí —murmura Will mientras abre la puerta del carro—. El personal de seguridad del edificio los ha echado, pero siempre vuelven. Son como moscas.

Supongo que los medios deben estar ansiosos por obtener alguna declaración de Rayden o cualquiera allegado a él. El escándalo provocado por ese horrible video tiene a todos expectantes.

Mientras el auto se desliza por la carretera, me aseguro de que ningún vehículo sospechoso nos siga. El ambiente es tenso e incómodo. Will conduce en silencio, con la mirada fija en el camino. Yo me muerdo el labio, pensando en Rachel. ¿Estará viva? ¿Will ha descubierto algo al respecto? Sé que Emir le pidió que averiguara lo que pudiera. Tal vez debería preguntarle, romper este silencio que se hace cada vez más pesado. Pero temo que me diga algo que no quiero

escuchar. Así que me callo y observo cómo el paisaje cambia de urbano a una zona más rural. Edificios grises y altos dan paso a verdes colinas y árboles frondosos, interrumpidos solo por una que otra casa lujosa. Nunca he visitado la mansión Sarosh, pero sé que es una de las propiedades más ostentosas y exclusivas de la provincia.

—¿Cómo está Rayden? —pregunta Will de repente. Su voz suena casual, pero yo noto un leve temblor en sus labios. Veo cómo aparece un casi imperceptible sonrojo en su tez morena, que contrasta con sus ojos claros. ¿Ha preguntado porque realmente le interesa o es simple cortesía?

—¿Por qué me miras así? —indaga al ver que no respondo su primera pregunta. Su expresión se endurece y sus cejas se fruncen—. No soy tan horrible como piensas.

—No he dicho que seas mala persona —intento justificar mi silencio.

—Debes estar pensando que solo pregunto por Rayden por compromiso o por quedar bien contigo. Debes creer que me alegro de lo que le está sucediendo —dice con amargura, como si leyera mi mente.

—¿No lo haces? ¿No te alegras? —le lanzo la pregunta como un dardo.

Ante mi pregunta, Will pisa los frenos de golpe en medio de la carretera y me mira aturdido. El coche se detiene con un chirrido y el cinturón de seguridad me aprieta el pecho. Su rostro refleja una mezcla de dolor, incredulidad y rabia.

—¿De verdad crees que soy tan malo? —pregunta sin mirarme, apretando el volante con fuerza. Su voz se quiebra y yo siento una punzada de culpa por ser tan cruel con él.

Llegamos a la entrada principal de la propiedad, donde nos esperan tres guardaespaldas. Dos de ellos se apresuran a rodear el auto y a inspeccionar cada rincón con miradas desconfiadas, mientras que el otro se acerca a la ventana del conductor. Lo reconozco al instante: es David, el jefe de seguridad. Tiene el pelo corto y canoso, la mirada aguda y una cicatriz en la mejilla izquierda que le da un aspecto duro.

Will baja el cristal de la ventana y me ve sentado a su lado. Al verme, la expresión de David se suaviza y me saluda con una inclinación de la cabeza.

—Bienvenido a la mansión Sarosh, señor —dice con voz grave y respetuosa—. Espero que haya tenido un buen viaje.

Con un gesto de la mano, le indica a los otros dos guardaespaldas que se retiren. Ellos obedecen sin objeción y nos dejan pasar.

No soporto la forma en que los guardaespaldas de Aron me ven, como si yo fuera su rey. Me llaman señor con voz temblorosa y se inclinan ante mí cada vez que nos encontramos, como si yo fuera una divinidad. Es incómodo porque me recuerda el miserable hecho de que llevo la sangre de ese psicópata y que toda la sumisión de su gente se debe a eso. Siento una mezcla de repulsión y lástima por ellos, que viven bajo el yugo de un tirano.

Aunque no me gusta que me traten como si fuera su jefe, intento de ser amable y les agradezco con una sonrisa forzada mientras Will continúa el camino hacia adelante. Pronto alcanzo a ver la imponente casa que se alza frente a nosotros. Las columnas altas y blancas le dan un aire majestuoso, los ventanales antiguos reflejan el sol de la tarde y el verde de los jardines contrasta con el gris del asfalto. Es una casa hermosa, pero también intimidante.

Tan pronto como salimos del auto, una señora de avanzada edad nos recibe con una sonrisa amable y una mirada dulce. Se acerca a nosotros con pasos lentos pero seguros, y nos da la bienvenida con una voz cálida. Reconozco en ella a Martha, la nana de Rayden, a quien solo

había visto en una foto que él me enseñó hace tiempo. Me sorprende lo bien que se conserva, con su cabello blanco recogido en un moño y su piel arrugada pero luminosa.

—Es un placer conocerte —dice la anciana mientras toma mis manos entre las suyas y me mira con cariño.

Me siento un poco abrumado por su amabilidad y su contacto cálido. No sé qué decirle o cómo llamarla. Miro a Will en busca de ayuda y él asiente, como dándome ánimos. Me atrevo a preguntarle por Aron.

—Oh, tu padre está dentro. Estará feliz de verte —responde Martha con una sonrisa que ilumina su rostro.

Con un gesto involuntario, retiro mis manos de las suyas y me duele ver su expresión dolida, como si hubiera cometido una falta imperdonable sin querer y se arrepintiera al instante. Me invade un sentimiento de culpa por haber sido tan brusco con, pero no soporto que se refiera a Aron como "tu padre".

—Perdóname. —le digo y vuelvo a tomarla de la mano con delicadeza, guiándola por los escalones que nos llevan a la puerta principal.

Al llegar a la entrada, que está ligeramente abierta, me doy cuenta de que Will no nos acompaña y me giro para ver qué ocurre. Entonces observo que dos hombres vestidos de negro le impiden el paso con actitud amenazante.

—Déjenlo pasar —ordena la anciana con voz serena, pero bajo esa aparente calma se esconde algo ¿siniestro?

Nana Martha me guía por el vestíbulo, la sala y un largo pasillo, mientras me relata con nostalgia las travesuras de los gemelos y Emir en su infancia. Su paso es lento, pero su voz es firme y clara. Al final del pasillo, entramos en un salón vacío, donde solo hay un sillón negro en el centro y una pintura colgada en la pared blanca. La pintura capta de inmediato mi atención y siento una extraña atracción hacia ella. Es el retrato de una mujer joven.

—Aron lo pintó hace muchos años —dice la anciana, siguiendo mi mirada—. Este cuadro es su tortura personal.

Me acerco a la pintura con pasos vacilantes, como si temiera romper algo, que es inexistente. Cuanto más la miro, más seguro estoy de lo que veo.

—Es... —balbuceo, alargando la mano para tocar el marco dorado que rodea el lienzo—. Es mi...

—Sí, tu madre —confirma Martha.

No puedo evitar que mi mente se llene de dudas e interrogantes sobre la razón por la que Aron tiene una pintura con el rostro de Rachel en su salón. Intento apartar esos pensamientos y me dirijo a Martha, que me observa con curiosidad. Le pregunto dónde puedo encontrar a Aron y ella señala una puerta al otro lado de la estancia. Le digo a Will que me espere fuera y camino hacia allí con paso decidido. Antes de llegar, escucho la voz de Martha que me advierte:

—Debes tocar antes de entrar.

Pero ya es tarde, porque abro la puerta sin pensarlo y la empujo con fuerza.

Owen entra al estudio de Aron y se queda boquiabierto al ver las paredes cubiertas de pinturas de todos los tamaños y colores, algunas terminadas y otras en proceso. En el centro, hay un caballete con un lienzo en blanco que espera ser llenado de vida por el pincel del artista. A su alrededor, hay cajas, latas y frascos de pintura acrílica, algunos abiertos y otros cerrados, formando un caos ordenado. El ambiente es sofocante y el aroma a pintura le pica la nariz y le

irrita los ojos. Busca con la mirada alguna ventana abierta que le permita respirar mejor, pero se da cuenta de que todas están cerradas.

Aron, absorto en su obra, levanta la vista y se fija en Owen. Su expresión es de molestia y le dice con voz severa:

—¿No sabes llamar a la puerta antes de entrar? Parece que los jóvenes de hoy no tienen ningún respeto por el trabajo ajeno.

—No sabía que pintabas —dice Owen ignorando su reproche mientras cierra la puerta tras de sí y observa con curiosidad el lienzo que Aron ha dejado a medio terminar. Es el retrato de un joven, rodeado de flores y colores vibrantes. Owen se pregunta quién será y qué significará para Aron, que deja a un lado los pinceles y las pinturas para quitarse el delantal que lleva puesto sobre una ropa casual totalmente distinta a lo que Owen está acostumbrado a ver.

—Pocos lo saben —admite Aron con un suspiro y se dirige hacia una pequeña nevera donde guarda una botella de güisqui. Se sirve un trago generoso y le ofrece otro a Owen, que lo rechaza con un gesto de la mano. Aron se encoge de hombros y se sienta detrás de un escritorio que carga una pila de documentos y libros.

—Pareces una persona normal —comenta Owen dejándose llevar por el encanto del lugar, que aun sintiéndose un poco sofocado, le parece atractivo. El estudio está lleno de cuadros, bocetos, telas, revistas y objetos variados que reflejan la personalidad creativa de un Aron desconocido.

—No siempre soy Aron Sarosh el exitoso diseñador de modas y empresario más rico del país. —El hombre levanta el vaso en un gesto de brindis—. A veces me gusta ser Aron, un hombre con sueños frustrados que encuentra cierta libertad en esto que ves. —Su voz tiene un tono melancólico que contrasta con su sonrisa irónica y su mirada astuta.

Owen se acerca y se sienta frente a él, observando con detenimiento su rostro. Lo ve cansado y demacrado, con las mejillas hundidas y los ojos apagados. Algunas arrugas surcan su frente y sus labios, delatando el paso del tiempo y el peso de la vida.

«¿De verdad está enfermo?» se pregunta Owen, recordando las palabras de Aron sobre su salud la última vez que se vieron. Solo han pasado unos días desde su encuentro, pero por su aspecto parece que han transcurrido semanas.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —le pregunta Owen.

Aron levanta una ceja y se sirve otro trago de güisqui.

—No me hagas esa pregunta, o pensaré que te preocupas por tu padre —dice Aron con una sonrisa maliciosa, pero sus ojos reflejan una sombra de dolor.

—No te hagas ilusiones —replica Owen con la voz temblorosa y rápidamente cambia de tema—. Dijiste que hay algo que debo saber, ¿qué es?

—No tiene por qué haber prisa —dice Aron mientras se levanta de su asiento y va hasta una de las ventanas para abrirla. El sol se está poniendo y el cielo se tiñe de naranja y púrpura.

El aire fresco de la tarde se cuela hacia el interior haciendo que Owen sienta un alivio, no hay forma de que sea sano para ningún ser humano mantenerse encerrado en un estudio como ese con tantos olores de acrílico mezclado.

—Dime algo —continúa Aron y voltea a mirarlo con curiosidad—. ¿Por qué viniste?

—Tú lo pediste.

—Sí, pero ¿por qué viniste realmente?

Owen se tensa en la silla y baja la mirada, evitando el contacto visual.

—Ayuda a Rayden.

Aron camina lentamente hacia Owen, que sigue sentado en la silla frente al escritorio. Con un

gesto amenazante, apoya ambas manos en el respaldo y acerca su rostro al de Owen, invadiendo su espacio personal. El olor a alcohol y a noches sin dormir sale de su boca entreabierta, haciendo que Owen se estremezca.

—Sabes que no hay nada que se pueda hacer por Rayden. Volveré a preguntarlo ¿por qué viniste? —gruñe Aron con impaciencia, clavando sus ojos en los del chico.

Owen aprieta los puños con fuerza, sintiendo la rabia y el dolor que le oprimen el pecho. Un ligero temblor lo sacude, mientras las lágrimas se acumulan en sus ojos verdes. Sin apartar la mirada del rostro de Aron, tan cerca del suyo que podría tocarlo, dice con voz firme:

—Quiero que me ayudes a averiguar qué hizo Sam con mi madre, ayúdame a saber si es cierto que sigue viva.

Al escucharlo, Aron retrocede como si le hubieran dado un golpe. Se da la vuelta y camina hacia donde está la botella de licor que ha estado bebiendo. Con mano temblorosa, llena su vaso hasta el borde, pero antes de que pueda llevárselo a los labios, Owen se pone de pie y se lo arrebata. Sin dudarlo, se toma el contenido de un solo trago, sintiendo el ardor en su garganta.

—Ya es suficiente —dice Owen, mirándolo con determinación.

Aron se echa a reír con ganas, con una carcajada que resuena en la habitación, al ver la reacción de Owen. Con un gesto rápido, coge una foto que tiene sobre el escritorio y se la enseña. En ella, aparece un hombre de edad avanzada, con ojos intensos y expresión severa, vestido con un traje oscuro y sentado en un sillón de cuero negro. Su postura y su mirada transmiten autoridad y poder, como si fuera el protagonista de una película de mafiosos.

—No solo eres idéntico a él físicamente —le dice a Owen, que observa la foto con asombro —. También tienes su actitud. —Aron señala el vaso que Owen le ha quitado de las manos y se ha bebido de un trago—. Igor, mi padre, era un maldito, pero tenía ese mismo gesto cuando me veía beber demasiado. Me arrancaba el vaso de las manos y se tragaba el licor. Viejo desgraciado, a veces echo de menos discutir con él.

Owen siente una punzada de simpatía por Aron, que se refleja en una leve sonrisa en sus labios. Pero enseguida se arrepiente y se aleja un paso, carraspeando como si quisiera borrar cualquier rastro de emoción. No puede permitirse sentir nada por ese hombre, ni siquiera compasión.

Aron también se ve un poco incómodo así que continua con el otro tema.

—Tu madre está en la cárcel. Y no me mires así, yo no tuve nada que ver. —dice Aron con frialdad, sin inmutarse por la mirada de odio que le lanza Owen.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿por qué no hiciste nada? —le grita Owen enojado—. Siempre supiste cada detalle de lo que sucedió esa noche y no hiciste nada solo para protegerte a ti mismo.

—No —exclama Aron, implacable, clavando sus ojos en los de Owen—. Te protegía a ti, a tus sentimientos, a lo que por derecho te pertenece.

Owen tira el vaso que lleva en la mano al suelo con furia, haciendo que se rompa en pedazos.

—Owen, entiende que no es tan simple —Aron se acerca con cautela y le agarra los hombros con firmeza—. Eres un Sarosh, te guste o no, y eso implica ciertos riesgos y responsabilidades. Si quieres vivir y cuidar de los que te importan, debes asumir tu rol y dejar de evitarlo. Sam lleva años persiguiéndome, buscando cualquier excusa para atraparme. Se aprovechó de la situación de tu madre y la liberó de la cárcel para obligarla a una misión suicida, una que ella aceptó por su sed de venganza. Pero Rachel fracasó en su intento de matarme y de entregarme a la justicia. No pudo darme el golpe final ni darles las pruebas que necesitaban para encerrarme. Así que la volvieron a encerrar y le hicieron creer al mundo que estaba muerta.

Owen se deja caer en la silla, abatido, y se cubre el rostro con las manos.

—Ellos vendrán por mí, lo sé. No les importará si estoy vivo o muerto, solo quieren acabar conmigo. Y luego irán por los gemelos y Emir. —La voz de Aron es grave y cansada, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

—¿Esto es lo que me querías decir? —Owen frunce el ceño y levanta la mirada.

—Mi fin ha llegado, muchacho. Y solo tú puedes salvarlos a todos, solo tú puedes mantener el legado de la familia. Solo a ti te seguirá la gente que le es fiel a los Sarosh.

—No quiero ser como tú. No quiero vivir en guerra, ni matar, ni morir por un ideal que no comparto.

—No lo serás. Serás mejor que yo, más justo, más valiente. Tú puedes cambiar las cosas, puedes hacer que sean mejores, pero necesitas un nombre o acabaran contigo.

De pronto, el silencio se hace absoluto, un silencio profundo y sombrío como el que precede a una tormenta, cuando una calma inquietante se apodera de la naturaleza. Aron siente un escalofrío y mira a su alrededor con nerviosismo. Se dirige al escritorio y abre el cajón con rapidez, sacando un arma que brilla bajo la luz tenue de la habitación.

—¿Qué haces? —pregunta Owen alarmado, levantándose de la silla. Pero Aron le hace un gesto de silencio con el dedo y se asoma a la ventana que ha dejado entreabierta.

En ese instante, se escucha un fuerte estruendo que proviene del interior de la casa, como si algo se hubiera derrumbado o explotado. Luego, pasos apresurados desde el exterior, voces confusas y disparos que resuenan en al ambiente. ¿Serán atacantes o defensores? Es difícil saberlo. Aron se aleja de la ventana y agarra a Owen por el brazo, arrastrándolo hasta uno de los extremos del estudio. Mientras aparta unas latas de pintura y unos cuadros que están apoyados en la pared, revelando una puerta oculta bajo una pintura, Owen aprovecha para zafarse del agarre e intenta retroceder.

—¿Qué está pasando? —pregunta Owen asustado.

—Entra aquí y corre hasta el final del pasillo, baja las escaleras y escóndete en una de las habitaciones del sótano —le indica Aron con voz urgente y señala un pasadizo secreto.

Los disparos continúan y a ellos se unen gritos de miedo y de dolor que hacen que Owen se estremezca, piensa en Will y se dispone a correr para ir por él, pero Aron lo detiene y con una fuerza impresionante lo obliga a entrar al pasadizo.

—Escóndete y no hagas ruido —le ordena Aron mientras empuja el cuadro para cerrar el pasadizo, pero antes de que quede completamente cerrado, la puerta del estudio es derribada y entran dos hombres de negro que lo inmovilizan incluso antes de que pueda hacer cualquier movimiento.

Owen se queda petrificado detrás del cuadro, tapándose la boca con las manos para no emitir ningún sonido. A través de la estrecha rendija que separa el lienzo de la pared, observa con horror la escena que se desarrolla en la habitación. Los hombres armados apuntan a la cabeza de Aron, que levanta las manos en señal de rendición. Pero su expresión no es de miedo, sino de diversión al ver a alguien que acaba de entrar.

—Te lo advertí —dice Sam con una sonrisa maliciosa, sacando un papel de su chaqueta y enseñándoselo a Aron—. Esta es una orden judicial, tenemos autorización para registrar tu casa.

Sam rasga el papel y se lo arroja a Aron a la cara.

—No te interesa registrar mi casa —replica Aron con ironía—. Lo que quieres es matarme y hacerlo pasar por un enfrentamiento.

—Así es. La versión oficial será que la fiscalía vino con una orden judicial, pero el sospechoso y sus secuaces dispararon contra las autoridades y tuvimos que defendernos. —Sam

hace un ademán con la mano y continúa—. En el intercambio de balas, Aron Sarosh cayó abatido por uno de nuestros agentes.

—Creo que ese final es un poco cliché —se burla Aron.

Owen se encoge en su escondite, sintiendo el sudor frío en su frente. El oscuro pasillo le parece una boca abierta que lo devorará si se atreve a seguirlo. Recuerda las palabras de Aron, que le dijo que se escondiera. Pero su instinto le dice que debe hacer algo. ¿Qué hará si sale? ¿Tendrá alguna oportunidad de salvarlo? Sabe que es casi imposible, pero no puede solo quedarse ahí mirando. Con un gesto decidido, empuja el cuadro que lo oculta. Pero entonces ve a Sam señalando a uno de sus hombres con un gesto frío. Owen siente un escalofrío que le recorre la espalda. Oye el disparo y un grito desgarrador sale de su boca:

—¡Padre!

CAPÍTULO 57
ALGUNAS COSAS NO CAMBIAN.

Antes del disturbio.

Con voz agitada y nerviosa, Emir le ordena a Will por el teléfono que saque a Owen de la mansión lo más rápido posible. El joven guardaespaldas, que estaba saboreando un café en la cocina, deja la taza sobre la mesa y sale corriendo hacia la puerta.

"Sam tiene una orden de allanamiento contra Aron y no se andarán con rodeos" le advierte Emir "Estoy en camino"

Will no sabe cómo Emir se enteró de eso suponiendo que debe ser algo confidencial, pero por su tono percibe que es algo muy grave. Corre por los amplios y lujosos pasillos de la casa, buscando el estudio de Aron donde se supone que está Owen. De repente, oye voces y pisadas que se acercan desde el jardín y un estruendo lo hace caer al suelo mientras atraviesa la sala principal. Un proyectil ha atravesado la ventana, dejando un agujero humeante y una lluvia de cristales y polvo. Entonces empiezan los disparos y la mansión se convierte en zona de guerra en cuestión de segundos.

Con el corazón latiendo a mil por hora, Will avanza por el pasillo, sabiendo que cada segunda cuenta para llegar al estudio de Aron. Pero al doblar la esquina, se topa con una escena que le hiela la sangre: Sam está rodeado por dos agentes armados que apuntan en dirección a la puerta con sus pistolas. Will no tiene tiempo de pensar, solo reacciona y levanta su arma para defender a Owen que sigue allí dentro. Pero uno de los agentes es más rápido y le dispara sin piedad. Will siente un impacto brutal en su abdomen, como si una garra de hielo y fuego se clavara en sus entrañas. Se desploma en el suelo, incapaz de moverse, mientras una mancha roja se extiende por su camisa.

Sam se acerca a con paso firme, mientras los agentes irrumpen en el estudio con estruendo. Con un movimiento rápido, le da una patada al arma que yace junto a la mano de Will y la aleja de su alcance. No quiere que cometa una locura en sus últimos momentos de vida.

—Qué pena, Will —dice Sam con voz fría—. Qué pena que estés en el lugar equivocado. Tenías tanto potencial.

Will trata de escupirle una maldición, pero solo consigue manchar el suelo con sangre.

Al llegar a la mansión Emir sale del auto con dos armas cargadas y empieza a disparar a todo lo que se mueve. No le importa si son amigos o enemigos, solo quiere llegar hasta Owen. A su paso deja un rastro de muerte y sangre, pero no se detiene. Entra en la casa y se encuentra con un escenario dantesco: las sirvientas gritan y se acurrucan en los rincones, el olor a pólvora y sangre lo invade todo. Emir sube las escaleras al segundo piso con rapidez y se topa con nana Martha. Ella lo apunta con una escopeta, pero al ver su rostro baja el arma y suspira con angustia.

—Está en el estudio —le dice con voz entrecortada y mientras observa como el joven bajo las escaleras corriendo.

Emir se abre paso entre los pasillos de la mansión, esquivando a los agentes que patrullan el lugar. Cada rincón le trae recuerdos de su infancia, cuando vivía allí como el hijo adoptivo de Aron. Nunca imaginó que volvería a pisar ese lugar, y menos para rescatar a su hermano y a su mejor amigo, que claramente se encuentran en peligro. Al llegar al salón que antecede al estudio, Emir se detiene en seco al ver a Will tendido en el suelo, con una herida de bala. Se estremece,

pero no tiene tiempo de lamentarse. Aprovechando el estruendo de los disparos que vienen de todas partes, arrastra a Will hasta un lugar seguro y le lleva las manos a la herida para que apriete con fuerza. Luego, se asoma por la puerta abierta del estudio y ve lo que sucede dentro: dos agentes mantienen a Aron de rodillas, mientras Sam lo mira con desprecio y le ordena a uno de ellos que le dispare. Emir no lo piensa dos veces y saca sus armas, dispuesto a enfrentarse a su padrastro y salvar a Aron. Así que les dispara a los agentes que caen al instante. Dos disparos limpios y letales.

—¡Padre! —grita Owen con horror, saliendo de su escondite y corriendo hacia la escena.

Aron siente un escalofrío al oír la voz de su hijo y se levanta de un salto, lanzándose a interceptarlo. Sabe que Sam no tendrá piedad con él si lo descubre. Sam, que acaba de ver cómo sus hombres caen abatidos por un enemigo invisible, frunce el ceño y saca una pistola de su cinturón. Apunta hacia Owen con el dedo en el gatillo, dispuesto a acabar con él. Pero Aron se pone en medio, cubriendo el cuerpo de Owen con el suyo. Emir, que ha sido el autor de los disparos, aprovecha la distracción y se acerca sigilosamente a Sam por la espalda. Le apoya el frío metal de una de sus pistolas en la nuca y le susurra al oído con voz amenazante que lo piense mejor.

Emir le arrebata el arma a Sam con un movimiento rápido y la tira al suelo. Luego se gira hacia su hermano y aparta a Aron de un empujón.

—¿Estás bien? —pregunta Emir con voz tensa mientras revisa a Owen. Le palpa el pecho, el cuello, las extremidades, buscando alguna herida.

Owen asiente horrorizado mientras observa a los dos hombres muertos en el suelo, ambos con heridas de bala en la cabeza. La sangre empapa la alfombra y salpica las paredes y cuadros cercanos como si fuera una nueva capa de pintura. El olor a pólvora y a muerte le revuelve el estómago de tal manera que debe cubrirse la boca con ambas manos para no vomitar.

Aron sigue consternado, pero no por la irrupción de Sam ni por estar a punto de morir. Tampoco por los dos cadáveres que yacen en el suelo de su estudio arruinando su costosa alfombra. Lo que le ha dejado sin aliento es que Owen lo ha llamado padre cuando creyó que el disparo iba dirigido a él. Esto hace que en su interior algo renazca, un vigor y unas ganas de vivir que no siente desde hace demasiados años como para poder recordarlos.

Una oleada de adrenalina le recorre el cuerpo mientras se agacha a recoger una de las pistolas de los agentes que yacen inertes en el suelo. Con el arma en la mano, se dirige hacia Sam, que está aturdido por el cambio en los acontecimientos. Lo rodea varias veces, observando con desprecio su rostro y su perfecto traje de fiscal respetado. Parece disfrutar con su cara de consternación, como si fuera un depredador jugando con su presa. Sin previo aviso, le asesta un brutal golpe en la mandíbula que lo hace caer al suelo. Sam intenta defenderse, pero Aron lo agarra del cabello y lo inmoviliza con una llave que le corta la respiración.

—La fiscalía lleva años intentando atraparme contigo al mando. Has hecho de todo para lograrlo y siempre he dejado que hagas tu trabajo, esquivándote cada vez que estás cerca —Aron suelta una risa enferma—. He encontrado cierta diversión en esto, pero hoy has cometido una falta grave.

Con un movimiento brusco, Aron hace que Sam dirija la mirada hacia Owen, que tiembla de miedo sujetándose al brazo de Emir. Aron sonríe con malicia y apunta con la pistola a su cabeza.

—Levantaste tu arma contra mi hijo —gruñe Aron y sus ojos parecen rechinar de rabia—. Te dije que el final que planeabas para mí era muy cliché, así que sugiero que cambiemos la historia.

—No —interviene Owen con firmeza intentando detener a su padre. Emir, mientras tanto, marca el número de emergencias. Tiene la esperanza de que Will aún respire, a pesar de la sangre

que empapa su camisa y el suelo a su alrededor.

—No lo mates, por favor —repite Owen con voz suplicante y se acerca lentamente a Aron. Le toma la mano que sostiene el arma y trata de bajarla con delicadeza—. Si lo matas, será más difícil para todos salir de este lío. Déjalo vivir y que se haga cargo de sus actos.

—Ha muerto mucha gente y la policía llegará en cualquier momento —interviene Emir demasiado ingenuo como si no supiera como terminará todo esto.

—No sean tontos y váyanse, no es la primera vez que me hago cargo de unos cuantos cadáveres y los inútiles de la policía —gruñe Aron y aprieta más su brazo contra el cuello de Sam, que comienza a poner los ojos en blanco mientras lucha para zafarse.

—Debemos hacer que él se haga responsable y cubra todo o que la culpa recarga en él —sugiere Owen con voz firme y aprieta su mano contra la de Aron mientras lo mira directamente, suplicante.

Aron muestra una sonrisa torcida y comienza a desistir. Deja caer a Sam al suelo con un golpe seco que hace eco en el silencio repentino. Sam comienza a toser en busca de aire mientras se lleva las manos al pecho y mira a Aron con rencor. Aron le asiente a Owen para indicarle que le hará caso y le devuelve la mirada con una expresión de indiferencia.

Convencido de que todo ha terminado con respecto a Aron y Sam, Owen se permite ver más allá entonces se da cuenta de Will que está en el suelo, inconsciente. Sin pensarlo dos veces, corre hacia él, seguido de Emir, que también está preocupado por su amigo. Mientras se agachan junto a él y le toman el pulso, una ráfaga de disparos rompe el silencio de la noche. Las balas impactan en el pecho de Sam y lo dejan sin vida en un charco de sangre. Owen y Emir levantan la vista y ven a Aron, con el arma humeante en la mano y una expresión fría en el rostro.

—Si los enemigos conocen tus debilidades y los dejas ir, entonces estás perdido —dice Aron con voz firme, mirando fijamente a Owen, que lo observa aterrorizado con lágrimas en los ojos como si no pudiera creerlo—. Somos Sarosh.

Los disparos y los gritos han terminado y la noche ha caído sobre ellos con un silencio inquietante. Solo se oyen, cada vez más cerca, las sirenas de una ambulancia y la policía que acuden a la mansión. Emir presiona el pecho de Will con desesperación, tratando de devolverle la vida. Owen está tirado en el suelo, con la mirada perdida y un sentimiento amargo que lo estremece. No puede creer lo que acaba de ver. Aron actúa como si nada hubiera pasado. Con una voz fría y mecánica, llama a sus contactos para encubrir lo sucedido. Owen había albergado la esperanza de que hiciera lo correcto por una vez. Pero se equivocó. Su padre es un asesino, un monstruo despiadado y nada va a cambiar eso.

Owen

Emir se ha ido en la ambulancia con Will y yo me he quedado aquí, paralizado por el shock y la confusión. Esperaba que la policía me interrogara por lo sucedido, que me pidiera explicaciones o me ofreciera ayuda, pero nada de eso ha ocurrido. Las dos únicas patrullas que han venido desaparecieron tan pronto como ha llegado Yaron Sarosh, un reconocido juez que evidentemente tiene mucho poder e influencia. Los hombres de Aron se hicieron cargo de los heridos, arrastrándolos por el suelo manchado de sangre y metiéndolos en furgonetas sin matrícula. Los que vinieron con Yaron recogieron los cadáveres con indiferencia, envolviéndolos en bolsas negras y cargándolos en un camión. Fin de la historia. Juro que pensaba que esas cosas solo sucedían en las películas, donde la trama suele enfocarse en otras cosas, donde no hay

tiempo para desarrollar todo o lo que sea, pero esto es la vida real. ¿Cómo puede alguien deshacerse de algo tan grande? ¿Cómo puede alguien borrar las huellas de una masacre?

Intento asimilar la situación en la que me encuentro. ¿Cómo es posible que nadie se haya percatado de lo que ha ocurrido aquí? ¿Qué nadie haya oído los disparos, los gritos? ¿Qué nadie haya llamado a la policía, salvo Emir, que marcó el número de emergencia para pedir ayuda para Will? La mansión Sarosh se alza imponente en medio de un paisaje desolado, rodeada de árboles y colinas que la aíslan del mundo exterior. Pero ¿eso es suficiente?

Los gritos de Aron y su hermano Yaron resuenan en mis oídos como un eco de tortura. Veo con horror cómo el personal de limpieza se apresura a borrar las huellas de sangre y violencia que manchan el suelo y las paredes. La señora Eliz, imperturbable, se sirve una copa de vino en la sala y brinda con una sonrisa maliciosa. Nana Martha me abraza con fuerza, tratando de consolarme con palabras vacías. Siento unas intensas ganas de vomitar por lo que me escapo de su agarre y salgo corriendo al patio trasero, buscando un poco de aire fresco en medio de la noche.

Camino hasta la piscina, cuyas aguas mansas me ponen nervioso. Las luces en su interior están apagadas, creando una oscuridad amenazante. Me siento al borde y sumerjo los pies dentro, sin importarme mojar el pantalón ni los zapatos. Dejo que el agua fría me calme, aunque no puedo evitar imaginar que una cosa extraña saldrá de las profundidades y me tragará.

El sonido de unos pasos sigilosos que se acercan por detrás llegan a mis oídos y siento un escalofrío recorrer mi espalda. Giro la cabeza lentamente y me encuentro con su mirada. Está vestido de blanco con ropa ligera como de playa y unas sandalias que le dejan ver los dedos. Su expresión no es de enfado, pero hay algo en sus ojos que me desconcierta. Retiro los pies de la piscina y me paro frente a él, mojando el suelo con mis pantalones empapados. Rayden baja la vista y sigue el rastro del agua que cae desde mi ropa y luego vuelve a mirarme.

—Ray, yo... —empiezo a decir, pero él se acerca y me abraza.

—Perdóname —susurra descansando su rostro en mi hombro—. Perdóname, perdóname...

—¿De qué hablas? —pregunto confundido, ya que debería ser yo quien se disculpe.

Rayden se separa del abrazo y me mira mientras acaricia mi rostro con ambas manos.

—Lamento no ser suficiente como para protegerte, lamento que hayas tenido que venir aquí. Sé que esta casa algún día será tuya, pero nunca he querido que vengas a la mansión ni antes ni después de que supiéramos que Aron es tu padre porque este lugar está lleno de traiciones, mentiras y muertes.

Me disculpo por no haberle dicho que vendría. Él simplemente asiente con la cabeza. Le cuento todo lo que hablé con Aron, sobre mi madre que aún sigue viva, sobre el deseo de Aron de que sea su heredero, y todo lo que ha sucedido hasta ahora. Sus cejas se fruncen mientras escucha atentamente, pero no parece nada sorprendido. Cuando le menciono los mensajes que le he enviado sin obtener respuestas, me dice con voz tranquila que tuvo que hacerse cargo de algo y que no sabe dónde ha dejado el teléfono. Sus palabras son medidas y su tono es calmado, como si estuviera tratando de ocultar algo.

—Antes de venir aquí vi a Raykel y me dijo que Will estará bien, ha recibido transfusiones de sangre y la bala fue retirada —dice de repente, desviando el tema, aunque me alegra saber que Will estará bien.

Le cuento que conocí a su tío, el juez, y él me responde con una sonrisa irónica que en realidad es mi tío, no el suyo. Ese es un secreto que pocos conocen: el escándalo familiar que me tocará enfrentar si se llega a saber que Aron es mi padre. Nunca le he dado mucha importancia a ese hecho, pero ahora me doy cuenta de lo extraño que es tener un tío juez, y dos primos que me

detestan. Bueno, Lennox me odia con toda su alma, Mike solo me ignora. Eso sin mencionar que mi padre es todo un sociópata asesino y mafioso que se hace pasar por un encantador empresario y diseñador de modas amado y admirado por todos.

—Yaron solo viene a la casa cuando hay problemas que nuestro padre no puede resolver solo. No se llevan bien, pero se necesitan así que se apoyan en todo por el bien de sus intereses.

—Siento mucho lo que te pasó a ti, tu hermano y a Emir. No debe haber sido fácil crecer en este ambiente tan hostil —le digo a Rayden con sinceridad. Él se queda callado, con la mirada perdida en algún punto de la piscina. Parece que está recordando algo doloroso que no quiere compartir.

En medio del silencio que nos rodea, me viene a la mente una pregunta que quiero hacerle, pero no sé cómo abordarla. Tengo miedo de que se ofenda o piense que lo estoy juzgando. Él se gira hacia mí y me acaricia el entrecejo con el pulgar, suavizando la arruga que se me ha formado.

—No pienses demasiado, puedes preguntarme lo que quieras —dice con una sonrisa tranquilizadora. Me siento más confiado y me animo a hablar.

—En su afán para que acepte heredar, Aron dijo que vendrían por él y que luego irían por ustedes incluyendo a Emir. Estaba seguro de que su fin había llegado y que solo yo puedo mantenerlos a salvo porque solo a mí me seguirían las personas que aún le son fieles al nombre de la familia. Mi pregunta es ¿Por qué iría la fiscalía o cualquier enemigo de Aron por ustedes?

Rayden se tensa y evita mi mirada, nunca me he preocupado por estas cosas, nunca le hago preguntas sobre asuntos de negocios ya que no parece importante. Recuerdo una conversación que tuve con Emir hace un tiempo en la que me dio a entender que había algo turbio, pero no me interesó saber más. Sin embargo, ahora quiero saber, necesito poder tomar una decisión

—No dejes que Aron se entre en tu cabeza —dice Rayden y toma mis manos—. No tienes que hacer lo que te pide.

Una respuesta bastante ambigua.

—La primera vez que vi morir a alguien, fue por la bala que Aron le incrustó en la frente. Estábamos en un restaurante japonés de lujo. El hombre muerto era un aliado importante, hasta que se volvió contra Aron después de la muerte del abuelo. Quería darle información vital a tu madre. Aron no podía permitirlo, así que lo ejecutó sin piedad y nos hizo testigos y cómplices de su crimen. Matar o ver morir a alguien te deja una cicatriz en el alma, y tú lo sabes bien por lo que tuviste que presenciar hoy. Si aceptas la oferta de Aron, lo que has visto será solamente el principio de lo que tendrás que enfrentar, de lo que tendrás que hacer para mantener en pie el legado Sarosh.

Rayden se interrumpe por un instante y aun con mis manos entre las suyas añade:

—Si rechazas su propuesta, no habrá nada que defender o proteger. Además, quiero que sepas que en ese aspecto no tienes que preocuparte por mi o mi hermano y Emir.

Quiero creer que no debo preocuparme, que todo saldrá bien, pero el miedo me invade al imaginar que algo malo les suceda y yo sea incapaz de ayudarlos. He aprendido a la fuerza que hay cosas que no se pueden resolver con la justicia o con la moral, que existen situaciones que demandan poder. Y me aterra no saber quién soy al pensar de esta manera, pero es lo que la vida me ha mostrado y quiero estar listo para cuando llegue la hora.

"Trágico incendio cobra vida de famoso fiscal y algunos de sus empleados" "Los reportes indican que el fuego inició por una fuga de gas" "Hasta el momento no se sabe si tuvo esposa e

hijos"

Rayden deja el periódico a un lado con un gesto de indiferencia y toma un sorbo del jugo de naranja que le ha puesto Martha en la mesa. La luz del sol entra por las ventanas e ilumina el comedor de la mansión, donde él y Owen decidieron pasar la noche en su antigua habitación que permanece igual que la última vez que la vio.

—Tu padre está muerto ¿Cómo te sientes al respecto? —pregunta Eliz con una voz fría y distante, como si hablara de lo bello que es el clima esta mañana. Se sienta en una de las sillas del comedor y espera por su desayuno, sin mirar a los ojos a su hijo.

Owen mira a la mujer con reproche y aprieta la mano de Rayden para darle apoyo ante el poco tacto de su madre. Pero Rayden parece no afectarle y responde con calma, sin dejar de mirar el periódico que acaba de soltar.

—Yo nunca tuve padre. Pero si quieres saber cómo me siento con la muerte de ese desconocido, puedo decirte que estoy aliviado.

Su voz no revela ninguna emoción, solo un vacío que le hiela el corazón.

—¡Rayden! —exclama Owen alarmado, agarrando su brazo.

—Iba a morir de todas formas, es un alivio que lo haya matado Aron y no Raykel. —Rayden mira a su novio que parece aturdido y agrega con una sonrisa amarga—: Sé que Raykel no se quedará quieto por lo del video. Tanto Sam como Zoé me han lastimado y él querrá venganza.

—Hablando de eso —interrumpe Elis con una voz que intenta sonar casual y deja a un lado su tasa de café—. ¿Cómo estás? Vi el video y en serio lamento lo que te sucedió. Reconozco que nunca he sido una madre ejemplar, que nunca he estado para ti y tu hermano y que le quité la oportunidad de convivir más con mi hermana, pero si necesitas algo puedes decírmelo.

Su mirada se clava en la de Rayden, buscando alguna señal de empatía o gratitud.

Rayden no sabe cómo sentirse o como interpretar esa inesperada muestra de afecto, pero aun así le suelta un "gracias" tan seco y distante como le es posible y continúa desayunando.

—Espero que pronto te sientas listo para estar en público, quiero que me acompañes a una entrevista. Un reconocido reportero amigo mío está muy interesado en tu historia, creo que sería de mucha ayuda para sensibilizar la opinión pública.

Rayden suelta los cubiertos sobre el plato provocando un fuerte ruido.

—Lo sabía. No puedes ser amable sin querer algo a cambio—. Le dice con desprecio y se levanta de la mesa.

—No seas grosero, en serio siento mucho todo lo que te ha sucedido. Lo de la entrevista no tiene nada que ver.

Owen, con un gesto suave pero firme, toma la mano de Rayden, invitándolo a acompañarlo fuera de la casa. Rayden se apoya en él, su cuerpo tambaleante y sus rodillas traicioneras le dificultan mantener un paso constante. El día ha sido especialmente duro para sus articulaciones, y cada paso es un recordatorio de ello.

Llegan al estacionamiento, un espacio abierto bañado por la luz del sol, donde Sasha los espera pacientemente junto a un auto reluciente. Ella les informa que Emir la ha enviado para protegerlos.

Owen se detiene un momento para observar su reflejo en el vidrio pulido del auto. Lleva puesta una de las antiguas prendas de Rayden, una pieza de vestir que le queda grande y ostentosa, muy alejada de su estilo habitual. Sin embargo, el color negro del atuendo le agrada, le da un toque de sobriedad a la extravagancia.

—Sigo pensando que esto no es para nada mi estilo —comenta Owen, su voz llena de

resignación y una pizca de diversión.

Rayden sonríe ante el comentario y, en un gesto juguetón, coloca una gorra sobre la cabeza de Owen, ocultando su cabello rojo bajo ella.

—A veces quiero castigarte cuando cuestionas mis gustos —responde Rayden con una risa ligera, su tono burlón suaviza las palabras.

Ambos se observan en el reflejo del auto, sus rostros ocultos bajo gorras y lentes oscuros. Se convencen a sí mismos de que su disfraz es suficiente para pasar desapercibidos, una idea que les provoca una risa compartida ante su propia ingenuidad.

Se disponen a entrar al auto, pero antes de hacerlo, se detienen un momento. Se miran a los ojos y, en un impulso, se dan un beso apasionado, olvidándose por un instante de todo.

Sasha, que ha estado observando la escena desde una distancia prudente, se siente repentinamente fuera de lugar. La intensidad del momento compartido entre Rayden y Owen la hace desear desaparecer, para no interrumpir su intimidad. Sin embargo, mantiene su compostura y espera pacientemente a que terminen, consciente de su papel como protectora.

Después de visitar a Will, que sigue en un profundo sueño, Owen y Rayden se dirigen a un restaurante cercano donde los esperan Emir y Raykel. Los cuatro se sientan en una mesa apartada, tratando de pasar desapercibidos entre los demás comensales que los observan con curiosidad. Owen nota que Rayden está más animado que de costumbre, bromea con Emir y le sonríe a Raykel. Se alegra de verlo así, pero al mismo tiempo le inquieta que sea solo una máscara para ocultar su verdadero dolor. ¿Qué estará pasando por su mente? ¿Qué lo habrá impulsado a salir de su aislamiento además de querer ir a buscarlo a la mansión? Owen quiere preguntarle, pero no se atreve a romper el armonioso ambiente que se ha creado entre ellos. Prefiere fingir normalidad, como todos hasta que llegue el momento.

CAPÍTULO 58
ESPERO QUE NO SEAS FELIZ.

Me despierto con el sonido de mi celular vibrando sobre la mesita de noche. Lo cojo con desgana y veo decenas de mensajes de mis compañeros de trabajo. Todos me hablan del mismo tema: el incendio que ha arrasado una mansión al sur de la ciudad y que ha acabado con la vida de un fiscal de renombre. Abro uno de los mensajes y se me hiela la sangre. En la pantalla aparece la foto de Sam lo que me hace soltar un grito. Mi madre, que duerme en la habitación contigua, se levanta tambaleándose por los efectos de las drogas que consume a diario. Entra en mi cuarto sin llamar y me arrebata el celular de las manos. Lo mira con ojos vidriosos y empieza a leer en voz alta el artículo que acompaña a la foto. Sus palabras me suenan lejanas, como si vinieran de otro mundo. Solo una frase se clava en mi mente como un puñal: "Hasta el momento no se sabe si tuvo esposa e hijos". Es la confirmación de lo que siempre supe: estoy sola en este mundo, ya no me queda nada.

La sospecha de que los Sarosh tuvieron algo que ver con la muerte de mi padre me golpea. A pesar del secreto que rodeaba su misión, sé que Sam estaba a punto de hacer algo importante. No creo en la versión oficial del incendio fortuito, me parece una tapadera demasiado fácil para los Sarosh, que continúan acumulando riqueza y poder, mientras yo me quedo aquí, viendo cómo me arrebatan todo lo que quiero.

Mi madre me habla con amargura, como si yo fuera la causa de todos sus males. «Deja de llorar, tu padre nunca te quiso y lo sabes» me dice con voz áspera. «Me abandonó desde que supo que estaba embarazada porque no podía creer que una prostituta como yo fuera a tener un hijo suyo. Porque no te quería. Entiéndelo de una buena vez, Sam nunca ha querido a nadie, atrapar a Aron era su obsesión y por lo visto eso lo llevó a la muerte».

Siento que las lágrimas me queman los ojos como brasas ardientes. No quiero creer que mi padre haya muerto sin antes darme la oportunidad de acercarme, de abrazarlo, de decirle que lo quiero. Que todo haya sido una mentira. Que solo me haya usado como un cebo para atrapar a su enemigo, sin importarle mi vida ni mis sentimientos.

«Sam solo te utilizó como un medio para un fin. Así como lo hizo ese muchacho Fiammetta. Arriesgaste todo por obtener un poco de atención, por envidia, porque creías que esos jóvenes Sarosh tenían una vida perfecta. Te has convertido en un monstruo a cambio de nada», me dice mi madre con una voz cruel y despiadada.

Ella sigue hablando, pero yo ya no la escucho. Sus palabras son como cuchillos que me hieren el alma. Solo quiero escapar de esta pesadilla, de esta realidad que me ahoga. De esta madre que parece odiarme y de la idea de un padre que nunca existió. Siento un vacío, una angustia que me paraliza. No sé qué hacer, ni adónde ir. Solo sé que estoy sola, y que nadie me quiere.

En los momentos más difíciles de mi vida, cuando creí que no había esperanza, Owen siempre estuvo a mi lado. Cuando el hambre me atormentaba y mi madre no podía levantarse de la cama por culpa de las drogas, cuando los abusones del colegio me pegaban e insultaban por ser diferente, Owen me defendía y me consolaba. Mi mejor amigo nunca me falló, ni cuando me enfermé, ni cuando mi madre desapareció, ni cuando lloré por no saber quién era mi padre. Owen fue mi luz en la oscuridad, mi refugio, mi alma gemela en este mundo cruel. Pero ahora todo ha cambiado, he perdido a mi mejor amigo, al único que me comprendía y me amaba sin condiciones, lo he perdido porque un Sarosh se lo llevó.

No me doy cuenta de cuándo se marcha mi madre, dejándome sola en la habitación. Me levanto de la cama con un nudo en el estómago y me dirijo al baño. Me ducho con agua fría, tratando de despertar mis sentidos y busco la mejor ropa que tengo en el armario. Peino mi cabello ahora corto y plateado, intentando darle forma. Mientras lo hago, veo unas tijeras sobre la mesita junto al espejo. Me llaman la atención con su brillo metálico. Me siento tentada a tomarlas. Las observo con curiosidad y temor, como si ellas me observaran a mí. «Tómame», parecen decirme con una voz seductora. Así que las agarro con mis manos, sin importarme el filo. Las aprieto con fuerza contra mi piel, hasta que la sangre se desliza entre mis dedos. Tan tibia y pegajosa como podría ser. No tenía idea de que el dolor físico podía calmar el alma.

Con un gesto firme, aprieto las tijeras hasta que siento el filo cortar mi piel. El dolor me recorre como una descarga, pero no me detengo. Veo cómo las gotas de sangre caen sobre el vestido blanco que llevo puesto, formando un contraste macabro. El suelo también se tiñe de rojo, como si fuera una escena de crimen. Ya no puedo más y me obligo a soltar las tijeras. Miro la herida que me escuece y siento un poco de alivio, como si hubiera liberado algo que me oprimía. Para evitar que siga sangrando, envuelvo un paño en mi mano y recojo las tijeras del suelo para guardarlas en mi cartera. En el reflejo del espejo, veo las manchas de sangre en mi vestido y pienso en cambiármelo, pero decido no hacerlo. Quiero que se vea lo que he hecho, quiero que sepan lo que siento. No tengo idea de qué haré a continuación ni hacia dónde voy, pero salgo de mi habitación apretando el paño en mi mano que sigue sangrando y cuidando el paso para que mi madre no note que voy a salir de casa.

Con un estruendo, la lluvia cae sobre el asfalto, empapando las calles y las casas. El cielo gris parece anunciar el fin del mundo, o al menos el mío. Echo un último vistazo a la casa que fue mi hogar. Todo queda atrás, como algo borroso que se desvanece. Sé que no volveré a ver a mi madre y quisiera decirle que la quiero, que no es su culpa, que hizo todo lo posible por mí. Pero no puedo. No hay tiempo ni palabras para explicar lo que voy a hacer. Solo espero que algún día me perdone. Y si hay un Dios ahí arriba, que tenga piedad de mi alma.

La lluvia cae con fuerza sobre el tejado, creando un sonido hipnótico que acompaña la tarde de cine de Owen y Rayden. Ambos se han refugiado en el sofá de la sala, envueltos en una manta suave y cálida, mientras disfrutan de la saga de Harry Potter.

—Es una suerte que hayamos llegado a casa antes de que el aguacero se intensificara —dice Owen con un suspiro de alivio, apoyando su cabeza en el pecho de Rayden.

—Pensé que te gustaba la lluvia —comenta Rayden con una sonrisa, acariciando el cabello de Owen. Después de dejar a Raykel y Emir decidieron ir a la floristería.

—Me gusta, pero cuando estoy en casa y me siento seguro —explica Owen, cerrando los ojos. Rayden le besa la mejilla y le abraza más fuerte, mientras pone pausa a la película en la primera escena, donde muestran a Harry sentado en un columpio. Owen abre lo mira confundido.

—¿Qué pasa? —pregunta Owen, notando el brillo travieso en los ojos de Rayden.

—Antes Raykel estaba perdidamente enamorado de Daniel, especialmente de su físico en esta película —Rayden le confiesa con una sonrisa cómplice, recordando las locuras de su hermano gemelo—. Solía encerrarse en el baño a hacer cosas muy perversas mientras miraba sus fotos.

Owen se siente intrigado por el tema y se sienta derecho en el sofá, quedando frente a Rayden. Le parece divertido y le pregunta de qué personaje estuvo enamorado cuando era más

joven. Pero Rayden se niega rotundamente a responder, se sonroja y cubre su rostro con la manta ante la insistencia de Owen. Siente que su corazón late más rápido y que sus mejillas arden.

—¿Te gustaba el profesor Snape? —pregunta Owen con una sonrisa maliciosa, mirando a Rayden.

Rayden se queda mudo, sintiendo que el calor le sube a las mejillas. No puede creer que Owen haya descubierto su secreto más vergonzoso.

Ante el silencio de Rayden, Owen asume que ha acertado en su suposición y su reacción es tan exagerada que Rayden se levanta de un salto y se pone de cara contra la pared como si deseara fundirse con ella y desaparecer.

—Oh por dios, Rayden. ¿Te gustan mayores? —exclama Owen entre risas, sin dejar de burlarse de su novio.

—Deja de decirlo así —protesta Rayden y se da la vuelta para enfrentar a Owen, que lo mira con una mezcla de diversión y ternura.

—¿Qué tiene de malo? —dice Owen con una voz suave y seductora, acortando la distancia entre ellos y rodeando con sus brazos la cintura de Rayden. —A mí también me gustan mayores. Tú eres mayor que yo, ¿sabes? —le susurra al oído, haciendo que se le erice la piel.

—¿Vas a seguir con eso? —pregunta Rayden, tratando de ocultar su nerviosismo. Intenta levantar a Owen en brazos, como si fuera un niño travieso, y le hace cosquillas en el cuello, pero se da cuenta de que no tiene las fuerzas suficientes y retrocede apenado.

Owen se da cuenta de lo apenado que se siente Rayden y de cómo se va borrando su sonrisa. No quiere que se sienta mal por no poder hacer algunas cosas debido a su condición física actual. Así que se acerca a él con una sonrisa pícara y lo carga sobre su hombro, como si fuera un saco de papas. Empieza a dar vueltas por la sala, dándole nalgadas y diciéndole que ese es un castigo por haber tenido al profesor *Severus Snape* como su enamorado literario y cinematográfico. Rayden se ríe a carcajadas, sintiendo el calor y la fuerza de Owen. Le ruega que lo baje, pero sabe que no tiene más opción que dejarle hacer lo que quiera hasta que se canse. Y en el fondo, no quiere que se canse nunca.

—Si quiero cargarte como lo has hecho conmigo, creo que debo esforzarme más con las terapias —dice Rayden con pesar mientras masajea sus rodillas, que le duelen por el frío.

Los dos se vuelven a sentar en el sofá, envueltos en la manta. Reproducen la película que habían pausado y continúan disfrutando de ella.

Como si se tratara de la cosa más normal del mundo, Rayden desliza sus manos hasta el interior de los pantalones de Owen y las deja quietas ahí mientras sonríe sin dejar de ver la pantalla del televisor.

—¿Qué haces? —pregunta Owen en un susurro, sintiendo el calor de las manos de Rayden contra su piel. Echa un vistazo en todas direcciones para asegurarse de que su abuela no está cerca.

—Quiero calentar mis manos —responde Rayden con fingida inocencia.

—Puedes envolver tus manos en la manta, ¿sabes? No tienes que meterlas en mis pantalones para calentarlas —sugiere Owen, aunque en su tono no se percibe ninguna queja real. Al contrario, siente un cosquilleo que le gusta.

—Me gusta ahí —dice Rayden con una sonrisa traviesa mientras desliza la punta de sus dedos más adentro, esta vez por debajo del bóxer. Owen se estremece y se muerde el labio, tratando de concentrarse en la película.

Owen siente un escalofrío recorrer su espalda cuando los dedos de Rayden tocan esa parte de su piel que le hace estremecer. Apoya la cabeza en su pecho y alza la mirada para ver su rostro, pero él sigue absorto en la televisión como si no le importara lo que está provocando con sus manos. Rayden sigue descendiendo, acariciando con delicadeza el vello que cubre su intimidad y se detiene al encontrar una humedad que le hace salivar. Se le seca la boca al sentir la erección de Owen, tan dura y tentadora que no puede resistirse a tomarla entre sus dedos. Owen gime y arquea la espalda, mirándole con una mezcla de deseo y reproche.

—Deberás hacerte cargo —le advierte Owen.

Nadie sospecharía nada si los viera desde fuera. Solo son dos jóvenes que disfrutan de una película en el sofá, arropados por una manta que los cubre hasta el cuello. Pero bajo esa manta se oculta un secreto ardiente que los consume por dentro. Rayden ya no se conforma con las caricias inocentes y los besos furtivos. Ahora agarra con firmeza el miembro erecto de Owen y lo masturba con pasión.

Owen se reclina de nuevo, sintiendo el aliento cálido de Rayden en su cuello. Sus labios se encuentran en un beso apasionado. Sus manos recorren sus cuerpos, buscando la forma de quitarse la ropa sin romper el contacto. Saben que no pueden demorarse mucho más, que tienen que ir a la habitación antes de que la abuela los encuentre. Pero el sofá es tan cómodo, y la tentación es tan grande, que les cuesta separarse. Se miran a los ojos, preguntándose si se atreverán a arriesgarse y a hacerlo allí mismo, bajo la mirada de las fotos que adornan las paredes y los personajes de la película que sigue desarrollándose.

La magia de la lluvia que cae fuera, la de la película en el televisor, la de los besos y las caricias bajo la manta se esfuma con el sonido de los pasos de la abuela que comienza a subir las escaleras.

Owen y Rayden vuelven a cubrirse con la manta y adoptan una posición menos comprometedora.

—¿Qué pasa abuela? —pregunta Owen con voz rasposa ya que Rayden vuelve a acariciarle furtivamente.

La abuela parece inquieta lo que advierte a los jóvenes y dejan de lado sus calenturas.

—Deberías verlo por ti mismo —dice la anciana—. Uno de los empleados me ha dicho que lleva allí mucho tiempo bajo la lluvia.

La anciana vuelve a bajar las escaleras y Rayden y Owen se levantan del sofá, tratando de disimular el bulto que se les ha formado entre las piernas. Siguen a la mujer con paso apresurado, mientras Rayden aprovecha para pellizcarle las nalgas a Owen con picardía, intentando aliviar la tensión que se ha instalado en el ambiente. Al llegar al piso inferior, los jóvenes se encuentran con la abuela pegada a una de las ventanas del frente, observando el exterior a través de la lluvia. El cristal está empañado por el vapor, pero aun así se distingue con claridad la silueta alta y delgada de Zoé bajo el aguacero, vestida de blanco como una novia fantasmal, con los brazos caídos y la mirada clavada en la fachada de la floristería.

—¿Qué hace aquí? —pregunta Owen con voz angustiada, mientras se apresura a tomar uno de los paraguas que hay junto a la puerta principal.

Rayden ve con horror cómo Owen sale corriendo hacia la calle, sin importarle el peligro. Intenta detenerlo, pero ya es tarde. Lo sigue con otro paraguas en mano, tratando de protegerse de la lluvia torrencial que cae sin cesar. Owen siente el agua fría calar sus pies, que lleva cubiertos solo por unas sandalias inútiles. Su corazón late con fuerza al acercarse a su amiga, que está parada en la acera como una estatua. Algo se estremece dentro de él, no solo por su expresión ausente sino por la mancha roja que ensucia su vestido blanco y el paño que lleva

envuelto en una de sus manos. No necesita ser adivino para saber que eso es sangre, ni para intuir que algo terrible ha ocurrido.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Owen con voz temblorosa mientras se acerca a Zoé.

Zoé levanta la mirada, pero no la enfoca en Owen, que tiene el rostro pálido y los ojos llenos de angustia, sino que mira a Rayden, que se ha detenido detrás de él con expresión fría.

—Ya no tengo nada —dice Zoé con voz ronca y saca unas tijeras de su bolso.

Owen retrocede instintivamente y siente un escalofrío al ver el filo de las tijeras. Rayden, por el contrario, da unos pasos al frente con gesto desafiante.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Rayden con tono amenazante, sin mostrar miedo ante el arma improvisada.

Zoé suelta una carcajada que se pierde con el sonido de la lluvia y da unos pasos al frente con el punto de la tijera apuntando hacia el rostro de Rayden, que se queda inmóvil. Luego mira hacia la izquierda, donde está Sasha parada empapada bajo la lluvia, apuntándole con un arma desde la distancia.

—Sasha te disparará si me lastimas.

—Lo sé —dice Zoé y retrocede—. Así es como los Sarosh resuelven las cosas.

Un silencio sepulcral los rodea, solo interrumpido por el sonido de la lluvia que cae sin cesar. Zoé sonríe con amargura, sintiendo un dolor insoportable que le quema el alma. Sin pensarlo dos veces, toma la tijera que tiene en la mano y empieza a rasgar su piel con el filo, abriendo heridas profundas en sus manos y brazos. La sangre brota a borbotones y se mezcla con el agua que empapa su cuerpo.

Zoé grita con desesperación mientras se mutila, como si quisiera liberarse de algo que la atormenta. Owen y Rayden la observan horrorizados, incapaces de reaccionar. El cielo se ilumina con relámpagos que parecen partirlo en dos y el trueno retumba con fuerza. La escena parece sacada de una pesadilla. La sangre tiñe de rojo la ropa blanca de Zoé, creando una imagen siniestra. El tiempo se congela por un instante, Zoé levanta la mirada y clava sus ojos en los de Owen y Rayden, como si les reprochara por algo. Luego, con un gesto brusco y fatal, pasa la tijera por su cuello y se desploma de rodillas en la acera.

Rayden siente un impulso irracional que le hace soltar el paraguas y lanzarse hacia Zoé, que yace en el suelo con una herida mortal en el cuello. Con las manos temblorosas, trata de presionar la arteria que se ha cortado, pero la sangre le resbala entre los dedos como agua corriente. Zoé le mira con odio y desdén, y le escupe unas últimas palabras con voz ronca:

—Que mi muerte sea tu castigo por todo lo que me quitaste, espero que siempre recuerdes este momento. Espero que nunca seas feliz.

Y con un estertor, cierra los ojos para siempre, dejando a Rayden con su culpa y su impotencia.

La voz de Owen se quiebra en un alarido desgarrador. Grita hasta quedarse sin aire, hasta que sus cuerdas vocales se rompen, hasta que su mente se apaga y cae en la inconsciencia.

CAPÍTULO 59
RECUÉRDAME.

«Quizás lo mejor sea seguir soñando con lo que pudo ser. Perdona que no haya podido cumplir mi promesa, perdona que no haya podido estar contigo para siempre» Owen lee una y otra vez las palabras que le han atormentado en los últimos días. Hace tres años, Rayden le dejó una nota muy parecida, pero con un significado diferente:

«Gracias por hacer de mi cumpleaños algo mejor, vendedor de flores»

####

«Si me escribes te convertirás en mi realidad, si no lo haces seguirás siendo mi sueño. Tú decides, hermoso extraño»

Owen sostiene entre sus dedos los dos *post-it* y los aprieta con fuerza mientras las lágrimas ya no pueden ser contenidas. La gente a su alrededor no le presta atención, pues están en un funeral y después de todo la persona que yace en el ataúd era alguien importante para él, así que consideran que es normal que esté destrozado.

La policía cerró el caso en dos días, dictaminando que Zoé se ha quitado la vida. Los testigos y las cámaras de seguridad de la floristería no dejaron lugar a dudas: ella misma se cortó la garganta después de mutilarse las manos y brazos. Owen sigue sin poder creerlo incluso después de presenciarlo él mismo. Está en la funeraria, junto a Sara, la abuela Sila y algunos amigos, velando el cuerpo de Zoé, que yace bajo el cristal del ataúd con una expresión de falsa paz. Observa el escenario: las coronas de claveles rojos que él mismo confeccionó, los pétalos de rosas blancas que salpican el suelo, las velas que iluminan el altar y la pulsera que le regaló Zoé cuando estaban en séptimo grado, que ahora reposa sobre el ataúd blanco. Siente un nudo en la garganta y unas ganas inmensas de llorar, pero intenta contenerse porque la amiga que él conoció odiaría verlo así.

—Espero que sea tan extravagante como me obligaste a jurar aquel día cuando nos dimos instrucciones para el funeral del que muriera primero. En ese entonces parecía divertido, pero ahora que ha sucedido la carga se siente demasiado pesada. Sé que los últimos meses fueron difíciles, pero fuiste la única amiga que tuve durante toda mi vida, tan alocada y divertida que podías sacarme una sonrisa incluso en mis momentos más críticos. —dice Owen con voz entrecortada mientras mira el rostro de su amiga. Recuerda su risa contagiosa, sus ocurrencias inesperadas, sus abrazos sinceros y su fantasiosa forma de mirar la vida, que le quitaba acierto peso a los problemas y simplemente ya no puede más.

Owen no puede soportar más el agónico pesar que le sacude el pecho y sale corriendo, buscando un respiro. Sasha lo sigue con la mirada, preocupada por su estado, y lo persigue a una distancia prudente, sin querer invadir su espacio. Owen atraviesa el pasillo y sale al estacionamiento, donde el sol de la tarde le ciega por un instante. Se dirige a un rincón apartado, donde nadie pueda verlo, y se deja caer al suelo. Allí se desahoga, llorando con angustia, mientras abraza sus rodillas y aprieta con más fuerza los *post-it* que sigue llevando en la mano.

La tristeza se debe más que nada a los buenos recuerdos con Zoé, los momentos felices que ahora se han convertido en un tormento, esos que no volverán a suceder. Por lo que queda una vez más evidenciado, que recordar es la manera más cruel de torturar el alma.

—Deberías ir a descansar, deja que te lleve a casa.

Owen levanta la mirada y se encuentra con los ojos de Emir, que lo observan con una mezcla de angustia y compasión. El dolor le aprieta el pecho y las lágrimas le queman las mejillas. No

quiere ser una carga para su hermano, pero tampoco puede contener el llanto.

—Debí decirle más seguido todo lo que significó para mí, agradecerle por estar siempre a mi lado. Pero ya es tarde, y no puedo hacer nada. —Susurra con voz quebrada, recordando a su amiga que ya no está.

—Estoy seguro de que ella lo sabía. No sé cuánto tiempo duró la sinceridad de su amistad y aunque me cueste admitirlo, sé que te quiso de verdad. Por lo que ahora solo debes recordarla por sus buenos momentos sin permitir que eso te hiera. —Le dice Emir con firmeza, tratando de consolarlo.

Emir se agacha frente a Owen y le limpia las lágrimas con sus manos, mientras le sonríe con dulzura.

—He aprendido a no decir "todo estará bien" cuando sé que las probabilidades son escasas, pero puedes tener la seguridad de que me tendrás aquí a tu lado sin importar qué suceda a continuación.

Owen se deja envolver por el calor de su hermano y acepta ir a casa para descansar.

—¿Aun no has podido averiguar sobre el paradero de Rayden? —se aventura Owen a preguntarle a Emir mientras entran al departamento.

—Nada —responde Emir con pesar.

Desde que Rayden se las arregló para escapársele a los guardaespaldas que lo custodiaban dejándole una confusa nota a Owen y otra a su hermano, Emir no ha descansado en su búsqueda. Si Will estuviera recuperado las cosas tal vez serían distintas, pero sigue convaleciente en el hospital y los agentes que trabajan con él no son hábiles como Will para seguirle el rastro a personas desaparecidas.

—Tengo miedo, de que algo le haya sucedido. ¿Qué tal si lo han secuestrado o peor?

—Ya viste la nota que le dejó a Raykel, le ha dicho que necesita estar solo para intentar recuperarse.

—Pero lo que me ha dicho a mí me asusta, parece una despedida y solo pensarlo hace que todo se me revuelva —dice Owen mientras se deja caer en el sofá y cubre su rostro con ambas manos sintiendo un intenso dolor de cabeza.

Rayden

Después de soportar el duro interrogatorio de la policía, no tuve más remedio que huir. Me duele haber abandonado a Owen en medio de este infierno, pero ya no puedo seguir viviendo una mentira. La muerte de Zoé y sus últimas palabras me han abierto los ojos sobre lo roto que estoy y lo poco que puedo ofrecer de mí. Necesito sanar y encontrarme, necesito escapar. Por eso me vine a esta casa que compré hace tiempo, cuando soñaba con mudarme con Owen. Parece que fue hace una vida, cuando le entregué las llaves con una promesa que nunca pude cumplir, una que en este punto de mi vida parece imposible.

He dedicado los últimos dos días a limpiar la casa, sobre todo el jardín que ha sufrido el abandono y el descuido. La maleza se ha apoderado de las pocas flores que resisten, asfixiándolas y marchitándolas. No tengo habilidad ni paciencia para estas labores, mis manos están llenas de heridas y ampollas que me impiden sujetar las herramientas con firmeza, el sol me castiga con su ardor implacable y creo que las hormigas han declarado la guerra contra mí. Pero a pesar de todos esos obstáculos y las limitaciones físicas con las que he tenido que lidiar desde que desperté del coma, sigo aquí, empeñado en devolverle la belleza al jardín.

La gravilla cruje bajo las ruedas del coche que se acerca por el camino. Dejo las tijeras de podar y me asomo a ver quién ha venido. Podrían ser Raykel o Owen, pero en el fondo espero que no. Les extraño, más de lo que puedo decir, pero no me siento preparado para verlos. No sé cómo actuaría ni qué les diría si me preguntaran como estoy o porque me fui sin dejar más que una nota.

El coche es un modelo lujoso de color negro, fácilmente reconocible. Pero lo que me pone nervioso es ver salir de él a su dueño, el hombre que en este momento debería estar muerto o al menos preso.

—Este tipo de actividades no van contigo —dice Aron con desdén mientras se quita los lentes de sol que ocultan sus profundas ojeras.

Hoy anda solo, lo cual es bastante inusual ya que siempre está rodeado de sus guardaespaldas.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto con hostilidad.

—¿Así es como recibes la visita? —se burla él, mirando con desprecio mi casa.

—¿Cómo me encontraste?

Aron alterna la mirada entre el jardín y yo, como si evaluara mi trabajo. Luego mira mis manos y al final no responde a ninguna de mis preguntas.

—¿Sabías que existen guantes de jardinería que te protegen de las espinas y hierbas venenosas? —dice con sarcasmo, señalando las heridas y manchas en mis dedos.

Mierda, no había pensado en eso, pero ya debo parecer lo suficientemente estúpido como para dejárselo saber.

Con un gesto de la mano, le invito a pasar a la casa, pero él ignora mi cortesía y se aleja por el sendero que bordea el terreno. Lo observo caminar con paso firme y curioso, deteniéndose a examinar cada detalle de la vegetación y la arquitectura que rodean la vivienda. Lo sigo en silencio, intrigado por sus motivos para venir hasta aquí. Sé que no es una visita casual ni amistosa.

—Has hecho una buena elección al comprar esta casa —dice sin mirarme—. Con algunas remodelaciones quedaría perfecta. El terreno es lo suficientemente grande como para construir un taller donde puedas trabajar a gusto y algunos invernaderos para Owen.

Su voz me saca de mis pensamientos y me hace estremecer. Él se detiene junto a un árbol de tamarindo y se gira para mirarme con sus ojos penetrantes.

—Hoy vine solo porque fui al cementerio a visitar la tumba simbólica de mi padre y la tumba de Omar.

—¿Qué quieres decirme con eso? —le pregunto con recelo.

—No te alejes de las personas que amas y que te aman igual. La soledad es demasiado amarga y ese sabor empieza a invadirte cuando los que son importantes desaparecen de tu vida. Nada dura para siempre, ni siquiera algo tan poderoso como el amor.

—¿Acaso estás muriendo?

—Deja el sarcasmo a un lado esta vez —me espeta—. Llegará el momento en el que Owen asuma su rol como corresponde y sabes que lo necesitas, no solo a nivel personal y emocional.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Por un segundo, mi mente se queda en blanco y no sé a qué se refiere, pero él continúa hablando con urgencia.

—Sabes que el deseo de mi padre, así como el mío, es hacer que Owen acepte heredar el imperio Sarosh.

Siento un nudo en la garganta. Eso no va a suceder, no lo permitiré.

—No puedes evitarlo —asegura Aron con una confianza inquietante—. Tarde o temprano,

Owen lo hará, porque es la única forma de mantenerte a ti, a tu hermano y a Emir a salvo.

No quiero que Owen se involucre, los negocios de nuestra familia implican peligros que él no podrá manejar. Asumir su rol como único heredero lo condenará a algo de lo que nunca podrá salir.

—Escucha —dice Aron y me sostiene de los hombros, mirándome fijamente—. Lo que sucedió con Sam no permanecerá oculto por siempre. Cuando se descubra, eso representará el inicio del fin. Si yo caigo, todos ustedes también lo harán. Emir y su tía no podrán hacer nada. Pero Owen sí, así que...

—Prefiero ir preso antes que condenar a Owen a vivir bajo el peso del apellido Sarosh —interrumpo con firmeza y me aparto de su agarre.

—No está en tus manos la decisión —dice con voz firme, pero también con un dejo de angustia—. Solo quiero que estés a su lado porque así será más fácil para él cuando suceda. Sé que todo lo que te ha pasado te ha roto de mil formas, pero alejarte como lo estás haciendo no va a solucionar nada. Al escapar estás condenando a otros y a ti mismo, no alejes a Owen bajo la tonta creencia de que sanarás con el tiempo y entonces regresarás para que sean felices. —Su mirada me atraviesa con intensidad, como si quisiera grabar sus palabras en mi mente.

—No quiero escucharte —le respondo con rabia y dolor, y doy media vuelta para irme. No soporto su compasión, ni su insistencia, ni su verdad.

—Despierta niño tonto, el mundo seguirá con o sin ti. —La voz de Aron resuena en mis oídos con rudeza, como si quisiera arrancarme de un sueño sin fin. —Owen y Raykel continuarán con o sin ti, aunque les duela perderte, porque nadie muere ante una pérdida y mucho menos de amor. Si alejas a las personas importantes de tu vida porque crees que no puedes ofrecerles nada bueno, entonces te quedarás solo y cuando te vengas a dar cuenta será demasiado tarde. Owen aceptará lo que le corresponde y lo hará por las personas que ama, lo hará por ti. Déjalo ser parte de tu dolor, de lo contrario lo perderás y seguirás siendo tan miserable como lo eres ahora. No puedes huir de tu destino, ni de tus sentimientos. Tienes que enfrentarlos y luchar por lo que quieres, o te arrepentirás toda la vida.

Sus palabras me golpean como latigazos de verdad, me hacen sentir culpable y egoísta.

No tengo noción del tiempo que ha transcurrido desde que Aron se fue. Observo sobre la mesa la comida que me trajo antes de irse y una duda me asalta: ¿estará envenenada? Espero que no, porque el hambre me devora y las sopas instantáneas que compré hace dos días se han acabado.

Mientras mastico los vegetales crujientes y el pollo rostizado, siento el aroma que invade el ambiente. Me veo tentado a encender mi teléfono y llamar a Owen, pero desisto de la idea. Necesito esta noche para pensar mejor las cosas y tomar una decisión. Mañana veré si lo llamo para decirle que estoy bien o simplemente regreso, donde quizás me esperen algunos problemas.

Me dirijo a una de las habitaciones del segundo piso, la más solitaria. Allí solo hay un colchón en el suelo y un bolso con algunas ropas. Después de bañarme con agua fría, me acuesto y trato, en vano, de relajarme. Al cerrar los ojos, siento que mis miedos me acechan, que me asfixian con sus garras. Intento apartar de mi mente los malos pensamientos, pero a veces no tengo control de mí mismo y sin estar seguro de si me he quedado dormido o no, escucho una voz lejana decirme:

«Que mi muerte sea tu castigo por todo lo que me quitaste, espero que siempre recuerdes este momento. Espero que nunca seas feliz».

Me observo a mí mismo con horror, sosteniendo mi cuello con ambas manos, intentando contener el flujo de sangre que mana de una herida atroz. Un ahogo me oprime el pecho y una voz ajena, pero íntima, me susurra al oído con malicia:

«Abre las piernas para mí, te enseñaré una lección» «Espero que siempre me recuerdes»

Siento las manos ásperas de personas desconocidas que me desgarran la ropa, trato de huir, pero estoy paralizado, abro la boca para gritar, pero solo sale un silencio angustioso y la desesperación me invade. Entonces aprieto los ojos con fuerza y me resigno a que todo se repita otra vez, pero para mi asombro la escena se esfuma y me veo junto a Aron bajo la sombra de aquel árbol de tamarindo.

Respiro con dificultad y tengo el rostro mojado por las lágrimas, estoy a punto de rogarle que me ayude cuando de pronto él me dice:

«Owen y Raykel continuarán con o sin ti, aunque les duela perderte, porque nadie muere ante una pérdida y mucho menos de amor»

La frase se repite una y otra vez.

«Aunque les duela perderte»

«Nadie muere ante una pérdida y mucho menos de amor»

"..."

«Abre las piernas para mí»

«Esto es para que me recuerdes»

«Espero que nunca seas feliz»

No puedo acallar las voces que me atormentan en mi cabeza. Se multiplican con una rapidez aterradora, hasta que me sobrepasan y me arrancan un grito desgarrador que me quema la garganta. El sonido se pierde en el silencio de la habitación, donde solo las paredes blancas y vacías me devuelven la mirada. Apenas hay luz, solo un débil resplandor que se filtra por la ventana del balcón. Estoy empapado en sudor, siento el colchón húmedo bajo mi cuerpo. Me incorporo con dificultad y camino hacia la ventana, buscando un poco de aire. La abro de golpe y siento la brisa fresca en mi rostro. Es un alivio momentáneo, pero no suficiente para calmar la angustia y el miedo que me oprimen el pecho. Todavía escucho sus voces, como susurros lejanos que me acechan. Me pregunto cuándo se callarán, cuándo me dejarán en paz.

Necesito escapar de este infierno. Necesito liberarme de este miedo que me domina.

Observo el cielo nocturno y siento una opresión en el pecho al ver cómo las nubes ocultan la luz de la luna y las escasas estrellas. Parece que ni siquiera el firmamento quiere iluminar mi existencia, que soy una desgracia indeseable para el universo. Con las manos temblorosas, me agarro a las barandas del balcón y contemplo el jardín que se extiende bajo mis pies. Es un paisaje desolador, lleno de hierbajos y flores marchitas. ¿Qué sentido tiene intentar arreglarlo? Soy un fracaso en esta área, no tengo el don para embellecerlo. Un sollozo me ahoga y me doblo sobre mí mismo, sintiendo el vacío en mi interior. Entonces, entre las sombras, distingo la silueta de un chico de cabellos rojos que se acerca.

—¡Owen! —grito con voz entrecortada—. Perdóname, por favor.

Él levanta la vista y me regala una sonrisa que me llena de paz.

—Mi querido vendedor de rosas —le digo con amargura—. Recuérdame siempre, pase lo que pase.

Observo cómo la sonrisa de Owen se desvanece lentamente. Quiero grabar esa imagen en mi memoria, la última que tendré de él. Cierro los ojos con fuerza y me inclino hacia el vacío, dejando que la gravedad me arrastre, mientras la brisa fría de la noche golpea mi piel, como un beso de despedida. Una calma profunda me invade, mientras caigo sin remedio hacia el final. Sé

que todo terminará pronto.

«Owen, Recuérdame»

Rayden se sobresalta al escuchar unos golpes apresurados en la puerta. El viento húmedo que se cuela por las ventanas abiertas del balcón le eriza la piel. La lluvia cae con fuerza en la oscuridad de la noche, salpicando el suelo y las pocas cosas que hay en la habitación. Rayden mira a su alrededor, confundido. ¿Dónde está? ¿Qué hora es? ¿Quién llama a la puerta? Intenta recordar, pero su mente está nublada por el sueño. Un sueño terrible, que le ha dejado el corazón acelerado y el sudor frío en la frente. Un sueño que se sintió demasiado real y espantoso.

Los golpes en la puerta principal se repiten con urgencia, acompañados por el estruendo de los truenos. Rayden se incorpora de un salto, apartando las sábanas que lo cubren. Cierra las ventanas de un golpe, evitando que la lluvia siga empapando el suelo de madera, y sale de la habitación. Baja las escaleras a toda prisa, sorteando los obstáculos que la oscuridad le impone, y grita a la persona que continúa tocando la puerta con insistencia que ya va. Al abrir la puerta se encuentra con Owen, que está completamente empapado. Este lo mira con preocupación, pero aun así le sonríe y le muestra un ramo de rosas que está igual de mojado que él.

—Esta vez fue más difícil encontrarte.

A Rayden se le humedecen los ojos de lágrimas y se muerde el labio para contener el sollozo mientras revive aquel día cuando Owen apareció en el hotel con todas las rosas que prometió comprarle.

—Esta vez no pienso pagarle, vendedor de rosas —dice Rayden con voz entrecortada.

—No es necesario.

Owen avanza hacia él y sin importarle que está mojado lo abraza con tanta fuerza que le corta la respiración.

—Perdóname —dice Rayden entre sollozos.

Owen lo sujeta con fuerza entre sus brazos, como si quisiera protegerlo de todo el mal que los rodea. Le acaricia el cabello y le susurra al oído:

—Prométeme que no volverás a hacer esto, que no volverás a dejarme. —Owen le toma la cara entre sus manos y le mira fijamente—. Construyamos nuestro propio para siempre, aunque solo sea por un instante. Porque si tengo que morir, quiero que tu voz sea la última que escuche, porque solo a tu lado esta existencia dolorosa se vuelve soportable. No te alejes, por favor, porque, aunque sé que seguiría viviendo sin ti, el yo que te ama se desvanecería en la nada si te pierdo.

CAPÍTULO 60
HASTA LUEGO.

En el corazón de la ciudad, una cafetería se alza como un oasis de calidez y aroma a café. Sin embargo, su encanto se ve opacado por el caos que reina en las calles, donde los vehículos rugen y las multitudes se agolpan. El ruido ensordecedor y el estrés urbano impiden que los clientes puedan relajarse y saborear sus bebidas. A este lugar ha acudido el abogado Zashil, un hombre de avanzada edad que tiene una cita con Owen. Zashil se cruzó con el joven hace unos días y le entregó su tarjeta sin más explicaciones que un "por si llegas a necesitarlo". Owen, que ha estado visitando a Will en el hospital, ha decidido ir a ver al misterioso abogado tras hablar con su madre en la cárcel. Rachel conoce bien a Zashil, un respetado abogado que trabajó durante muchos años con la familia Sarosh.

Con un gesto de resignación, Will se abrocha la camisa y se prepara para abandonar el hospital. Su cuerpo aún guarda las huellas del disparo que casi le cuesta la vida, pero su mente está en otro lugar. Se gira hacia Owen, que lo observa con una mezcla de incomodidad y preocupación.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le pregunta con voz suave, intentando disuadirlo de su decisión.

Owen asiente con firmeza, aunque por dentro se siente inseguro.

—Creo que es lo mejor, aunque las consecuencias me dan un poco de miedo.

—Está bien. —Will suspira y le dedica una mirada comprensiva—. Te acompañaré.

—Se supone que debía recogerte y llevarte a casa para que descanses —dice Owen con una voz suave, casi culpable, mientras aparca el coche cerca de la cafetería donde se encontrará con el detective. Su mirada se desvía hacia el rostro pálido y cansado de Will, que bajo la camisa aún tiene un vendaje alrededor del abdomen.

—No te preocupes, ya estoy bien y en serio necesito esto —responde Will con un tono firme, aunque su cuerpo le contradice. Se baja del coche con dificultad, sujetándose el vientre con una mano y añade—: Me alegro de que Emir no haya podido recogerme, me habría encerrado en su departamento como un prisionero hasta que muera de aburrimiento.

—Se preocupa mucho por ti —comenta Owen, saliendo del coche y cerrando la puerta con cuidado.

—Lo sé, aunque él no lo admitiría.

Los chicos ríen y cruzan la calle llena de gente. Caminan unos metros por la acera, esquivando a las personas que van y vienen como máquinas que no les importa si le dislocan el hombro a alguien al chocar con ellos. El aire está cargado de ruido y humo, pero ellos no parecen darle mucha importancia.

Will lanza la pregunta con una voz casual, pero sus ojos delatan su preocupación. —¿Cómo está Rayden? —Espera que Owen no se ofenda por su curiosidad, que no piense que es un entrometido. Quiere ayudar, pero no sabe cómo.

Owen le mira con una expresión cansada y le resume la situación con pocas palabras. Rayden está cada vez peor, atormentado por las pesadillas, obsesionado con el trabajo, ansioso por todo. Le tiene miedo al mundo, sobre todo si hay gente alrededor.

—El otro día sufrió un ataque de pánico terrible y todo por un detalle insignificante en el broche de un vestido —dice Owen con un suspiro, deteniéndose frente a la puerta de la cafetería.

—¿No has pensado en buscar ayuda profesional? Ya sabes, algo más que una visita mensual al psicólogo, algo más profundo.

—Sí, lo hemos hablado, pero al final tiene que ser él quien decida. No puedo forzarlo.

Will asiente con comprensión y siente una punzada de pena por su joven jefe. Ha tenido que soportar mucho y lo que está a punto de hacer le añadirá más peso a esa carga.

Cuando entran a la cafetería abarrotada de gente, sus ojos se encuentran con los del abogado Zashil, que los observa desde una esquina con una taza de café humeante entre las manos. Parece que lleva un rato esperándolos, como si hubiera calculado el momento exacto de su llegada.

—Me sorprendió que me llamara, señor Sarosh. Aunque lo esperaba. —El abogado hace un esfuerzo para levantarse y le extiende la mano a Owen, que lo saluda con cautela.

—No me llame Sarosh hasta que sea oficial. —Owen se sienta frente a él y le hace un gesto a Will para que lo acompañe. El abogado examina al guardaespaldas con una mirada penetrante, notando que algo le molesta en el abdomen.

—Le sugiero que contrate a uno que no esté herido y sea completamente funcional. —Comenta con ironía.

—Yo prefiero a los que han sido heridos por fiscales que ahora están muertos. Creo que les da cierto salvajismo. —Owen responde con tranquilidad y una sonrisa burlona.

El hombre se remueve en la silla y bebe un sorbo de su café, tratando de ocultar su incomodidad. Tiene el rostro surcado por arrugas y una expresión de cansancio que contrasta con su traje barato y desgastado. Se nota que es un respetable miembro de la justicia, pero también uno muy golpeado por el oficio y los años.

—Me ha dicho mi madre que es usted muy diligente —dice Owen con voz temblorosa, mirando al abogado a través de sus gafas de montura antigua.

—Oh, su señora madre como siempre siendo encantadora —responde el abogado con una sonrisa irónica, mientras observa con atención los gestos nerviosos del joven.

Owen siente un escalofrío recorrerle la espalda y aprieta los puños debajo de la mesa, notando el sudor frío en sus manos. Intenta disimular su miedo y su duda, pero sabe que el abogado no se deja engañar tan fácilmente.

—Lo de encantadora creo que es cuestionable —murmura Owen, bajando la mirada al plato vacío que tiene delante.

El abogado, suelta una sonora carcajada y levanta su taza de café para hacer una señal de brindis, como si estuviera celebrando algo. Owen se pregunta qué artimañas sacará este viejo astuto.

—Muy bien, jovencito, ¿en qué puede este anciano ayudarte? —pregunta el abogado con una voz ronca y cansada.

Owen intenta relajarse y pone las manos sobre la mesa, donde el abogado las pueda ver. Quiere demostrar que no se siente intimidado, aunque en realidad sí lo está. Entonces, empieza a contarle lo que desea, con palabras claras y precisas. No ha hablado con nadie al respecto, excepto con Will. Ni siquiera le dijo a Emir y Rayden, porque sabe que ambos se opondrían. Solo le queda confiar en su propio criterio y esperar que pueda manejar las consecuencias de su decisión.

El anciano frunce el ceño al escuchar los deseos expuestos de Owen y en sus ojos se puede apreciar cierta sorpresa y admiración.

—Tu abuelo estaría orgulloso de ti, si aún viviera —dice con un suspiro.

—Pero usted parece aturdido —comenta Owen, notando su expresión.

—Bueno, lo que haría sentir orgulloso a mi viejo cliente y buen amigo Igor, podría

atemorizar a cualquiera. Eres más parecido a él que el propio Aron. Tan sereno y calculador que da miedo —afirma el abogado, mirándolo fijamente.

Owen siente un escalofrío recorrerle los huesos al escuchar tales afirmaciones. Él no es como los Sarosh, no quiere serlo. Se pregunta si está cometiendo un error al seguir adelante con esta idea.

—No quiero lastimar a nadie —dice Owen y desvía la mirada.

El anciano sonríe con malicia y le tiende la mano con un gesto de cortesía.

—De ahora en adelante tendrás que lastimar a muchos, Owen Sarosh. Es el precio que debes pagar por tu herencia —le dice con un tono amenazante.

Owen levanta la vista y ve en los ojos del abogado una sabiduría intimidante, que parece de antaño. Siente un escalofrío al estrechar su mano fría y huesuda. Comienza a arrepentirse de todo, pero ya no hay vuelta a atrás. Este apretón de manos se siente para él como el cierre de un contrato con el mismísimo diablo.

—Acepto ayudarte porque de todos modos era la voluntad de tu abuelo antes de morir. Yo mismo ayudé a Igor a redactar su testamento, a los gemelos le dejó el hotel Ritnes y una interesante fortuna al igual que al joven Emir. Todo lo demás sería tuyo después de que cumplieras la mayoría de edad —continúa el abogado, soltando la mano de Owen y sacando unos papeles de su maletín.

—Es por esto por lo que se acercó a mi ¿cierto?

—Algunos de los abogados de Aron son mis amigos y supe por ahí que lleva mucho tiempo metido en un lio que pone en grave riesgo todo su dinero. Él tiene la fortuna de Igor en sus manos, pero no puede hacer nada con ella sin su heredero. Tu plan es bueno muchacho, puedes salvar la fortuna de tu padre y el respeto de la familia —dice el anciano con una voz grave y profunda, mientras observa a Owen con interés.

—Sí —responde Owen con una mirada distante—. Aunque, como ya le dije antes, mi plan no es hacerle un favor a Aron. Por eso necesitaré su ayuda para algo más.

El anciano vuelve a acercar la taza de café a sus labios, pero se percata de que está vacía y la deja sobre la mesa con un gesto de resignación. Sus ojos no se apartan de Owen, que lo mira con una expresión enigmática.

Al salir de la reunión con el abogado, Owen deja a Will en el acogedor apartamento de Emir, quien se ha ofrecido a cuidarlo hasta que su herida sane por completo. Will se queja como un niño al que le arrebatan un juguete, temiendo que su mejor amigo lo someta a una dieta estricta de frutas, verduras y alimentos bajos en grasa para acelerar su recuperación. Owen no puede evitar sonreír al recordar la expresión de Will, pero su sonrisa se desvanece al pensar en Rayden. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Estará bien? El reloj marca las diez de la noche y Rayden no ha regresado a casa.

Un sonido estridente y repentino sacude los nervios de Owen. Es el timbre de la puerta, que resuena por toda la casa como una alarma. Owen se sobresalta, pero se recupera rápido y se dirige a la entrada. No teme que sea algún peligro, pues sabe que hay guardaespaldas vigilando el perímetro día y noche. Al abrir la puerta, se queda petrificado por la sorpresa al ver a Sasha con Rayden a cuestas. Por un instante, le asalta el pánico y corre hacia ellos para arrebatarle a su novio, pero al acercarse se percata de que Rayden está borracho.

—Lo siento mucho —se disculpa Sasha con voz apenada—. Intenté detenerlo cuando iba por la quinta copa, pero ya sabes cómo es él.

Owen asiente y le hace un gesto a la guardaespaldas para que se marche. Luego, carga a Rayden en sus brazos y lo lleva al interior de la casa.

—¿Dónde estuvo bebiendo? —pregunta.

—En uno de los bares del hotel. El personal cerró el local en cuanto se dieron cuenta de que el señor se estaba emborrachando.

Owen le da las gracias a Sasha con una sonrisa cansada, después de comprobar que su novio borracho no ha causado ningún problema.

Rayden nunca ha sido de los que se pasan con la bebida, pero desde hace unas semanas eso ha cambiado drásticamente y se emborracha con frecuencia, sobre todo después de un día duro de trabajo.

—Mi Owen, mi amor, mi vendedor de rosas favorito —balbucea Rayden, tan ebrio que apenas puede abrir los ojos, mientras acaricia el rostro de Owen con sus manos temblorosas.

—No empieces —le advierte Owen con firmeza, mientras lo arrastra por las escaleras hasta la habitación.

Con cuidado, Owen deja a Rayden en el suelo junto a la bañera. Antes de empezar a desvestirlo y ayudarlo a entrar en el agua, se remanga las mangas de su camisa. Observa con una mezcla de ternura y frustración el rostro de Rayden, pálido y demacrado por el alcohol y el tormento de sus emociones. El agua empieza a llenar la tina con un sonido relajante, mientras Owen le quita el suéter a Rayden y lo deja a un lado.

—Ven aquí —le dice mientras acaricia su cabello.

—¡Om! —exclama Rayden con voz ronca.

—¿Sí?

—¿Aún me quieres?

No es la primera vez que Rayden le hace esa pregunta cuando está borracho o ansioso, pero cada vez le duele más verlo así, con los ojos llorosos y la mirada perdida. Así que lo abraza con fuerza y le besa la frente.

—Un poco más que ayer —le asegura Owen y lo ayuda a quitarse el pantalón y el bóxer.

—¡Om!

—¿Sí?

—No me dejes solo.

—No lo haré.

Owen se despoja de sus prendas con rapidez y se une a Rayden en la bañera, que ya está llena de agua tibia. Toma un jabón con aroma a rosas y lo vierte con generosidad, creando una espuma blanca y suave. Rayden se acomoda entre sus piernas y apoya la cabeza en su pecho, sintiendo el latido de su corazón. Owen le acaricia el cabello, el cuello, los hombros, con ternura y delicadeza. Ambos se sumergen en una burbuja de intimidad y amor.

—¿Cómo estás? —pregunta Owen con voz suave, después de un largo silencio.

Rayden alza la vista y siente que el mundo gira a su alrededor. El alcohol le ha nublado los sentidos y le cuesta enfocar la mirada en el rostro de Owen, que lo observa con una sonrisa divertida.

—Creo que todo da vueltas —murmura Rayden, intentando mantener los ojos abiertos, pero sin éxito. Sus párpados se cierran y se deja caer sobre el pecho de Owen, que lo rodea con sus brazos y le besa las mejillas sonrojadas.

Owen sabe que el problema no es solo unos cuantos tragos y el malestar que le provoca.

Rayden ha estado bebiendo para huir de sus problemas, de sus miedos y sus culpas, y eso lo está consumiendo poco a poco. Owen se siente impotente y confundido. No quiere presionarlo ni juzgarlo, no quiere perder su confianza, pero tampoco puede quedarse de brazos cruzados mientras se destruye.

El vapor se disipa lentamente del agua que ya no está caliente. Han pasado varios minutos desde que dejaron de abrazarse y ahora solo se miran a los ojos, sin decir nada. Pero el frío empieza a invadirlos y deciden salir de la bañera. Se envuelven en toallas suaves y se frotan la piel para secarse, sin dejar de mirarse. Luego caminan hacia la habitación, dejando caer las toallas al suelo. Se acuestan en la cama, desnudos y abrazados, sin importarles nada más que el contacto de sus cuerpos. Rayden, que bajo los efectos del alcohol se vuelve más cariñoso de lo normal, apoya la cabeza en el pecho de Owen y busca sus caricias con un leve ronroneo. Owen, que disfruta de mimarlo, lo rodea con sus brazos y le da calor, mientras le pasa los dedos por el cabello. Se quedan así, en silencio, hasta que el sueño vence a Rayden primero.

Owen se revuelve en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Su mente está llena de preocupaciones que no le dejan descansar: la cita con el abogado, el reencuentro con Aron, el futuro incierto. Se gira hacia Rayden y lo observa dormir plácidamente. Siente una punzada de envidia y alivio al mismo tiempo. Hace días que sufre pesadillas que lo despiertan sobresaltado y angustiado, pero esta noche parece haber encontrado la paz. Owen se desliza fuera de la cama con cuidado de no despertarlo y se dirige al sofá donde está la laptop de Rayden. Tal vez una película lo distraiga un poco, piensa. Al abrir el dispositivo, se sorprende al ver que está encendido y tiene varias pestañas abiertas en el navegador. Curioso, se acerca a leer los títulos:

«¿Qué puedo hacer si siento que mi vida no tiene sentido?»

«Veinte trucos para dejar de pensar en cosas negativas»

«¿Cómo no preocupar a mi pareja?»

«Significado de los sueños»

«Hospital psiquiátrico»

«Unidad de Psicología Especializada»

Owen se ve invadido por una oleada de inquietud al ver lo que Rayden ha estado buscando. Aunque el hecho de que haya reconocido que algo no está bien en su mente es un avance importante, no deja de ser una situación que le provoca una gran angustia.

Una semana después

Owen se dirige al encuentro con Aron en su oficina. Al salir del ascensor, Owen respira aliviado y se apresura a caminar hacia la puerta de su padre, seguido por el lento paso del señor Zashil y la sombra protectora de Emir, que se ha ofrecido a ser su guardaespaldas. Le resulta extraño llamar a Aron "padre", pero hoy se convertirá oficialmente en un Sarosh y lo que sea que eso implique.

Aron y dos de sus abogados aguardan impacientes en la oficina, rodeados de papeles y carpetas. Cuando la puerta se abre y el joven entra, los tres se levantan de golpe, como si fueran resortes. La mirada de los tres hombres recorre con rapidez el rostro de Owen, el traje de Emir y la figura del anciano que los acompaña, con una expresión de sorpresa y desconfianza.

—Maldito anciano, creí haberte despedido hace años —dice Aron, dirigiéndose al abogado de Owen.

—Lo hizo —responde el abogado Zashil con calma, mientras se acerca a su silla—. Aunque nunca lo entendí, tomando en cuenta que no trabajaba para usted sino para su padre.

Owen se mueve con impaciencia y se acomoda en la silla que acaba de dejar vacía Aron. Su atuendo es sencillo, un polo blanco y unos pantalones negros casuales, pero hay algo en su porte que irradia autoridad al sentarse en el lugar del presidente. Aron se queda callado, se sienta en otra silla e indica con un gesto a Emir que haga lo mismo.

—Solo tienen que firmar y todo estará listo —dice uno de los abogados de Aron y coloca sobre la mesa unos documentos.

Owen no duda ni un instante y estampa su firma en todo lo que le corresponde. Aron empieza a hacer lo mismo con determinación, pero de repente:

—Piénsalo bien —le advierte Owen desde el otro extremo de la mesa.

—No hay nada que pensar, es lo que siempre he querido. Es lo que mi padre quería —responde Aron y mira al anciano que parece inmutable—. De ahora en adelante podemos empezar desde cero todos juntos como una familia, pues somos Sarosh.

Owen esboza una sonrisa tensa y observa cómo su padre pone la última firma en los documentos y se los entrega al abogado Zashil.

—Ya está —dice Owen, levantándose de la silla.

Aron abre la boca para decir algo, pero la puerta de la oficina se abre de golpe y una secretaria entra con el rostro desencajado.

—La fiscalía ha llegado —anuncia la mujer con voz temblorosa—. Están requisando todos los papeles y ordenadores.

Owen no se lo piensa dos veces y sale de la oficina junto con su abogado. Aron tarda unos instantes en reaccionar.

—Espera un momento —lo detiene Aron—. ¿Qué has hecho? —le pregunta a Owen con recelo.

—Tú mismo me lo dijiste: las personas que aún honran el nombre de la familia me seguirán sin dudar. El señor Zashil es una de ellas y fue el abogado de tu padre durante décadas. ¿Quién mejor que él para conocer tus crímenes y los de tu progenitor? Las pruebas son irrefutables.

El joven pelirrojo retrocede y se planta frente a Aron, tan cerca que puede sentir su aliento entrecortado.

—Esto es por todo lo que le hiciste sufrir a Rayden desde que nació, por los maltratos a mi hermano y por arrebatarle a su padre, por destrozarle la vida a Rachel, por creerte un dios omnipotente y por todo el mal que has causado con tal de obtener lo que deseabas.

—No puedes hacerme esto —murmura Aron con voz ronca y ve con horror cómo la oficina se llena de agentes de la fiscalía.

—Claro que puedo, soy un Sarosh, padre.

Rayden

He luchado durante mucho tiempo, pero he llegado al límite de mi resistencia. No puedo negar que he sido feliz desde que volví a la vida después del coma. He vivido momentos de paz y he sentido la certeza reconfortante de que todo saldrá bien, pero esa ilusión se desvanece cada noche cuando me acuesto y los recuerdos me asaltan con violencia.

Las personas que me rodean; Raykel, Emir, mis compañeros de trabajo y, sobre todo, Owen, han hecho todo lo posible por protegerme y cuidarme, pero no quiero seguir siendo una carga para ellos, no quiero seguir fingiendo que estoy bien cuando mi mente es un torbellino de pensamientos que me consumen lentamente y arrastran conmigo a los que amo. No quiero eso.

En las últimas tres semanas, la señorita Barton me ha animado a explorar otras formas de expresión artística además de tocar el piano. Dice que puede ser beneficioso para mi

recuperación, así que me ha facilitado lápiz y papel para que empiece un diario. Me parece una tontería, nunca he sido de esas personas que se desahogan escribiendo sus pensamientos. Pero se me ha ocurrido una idea, quizá escribir un diario me resulte demasiado íntimo y aburrido, y no es que tenga ganas de morirme, aunque a veces lo parezca, pero ¿y si escribo cartas en su lugar?

Tomo uno de los papeles y el lápiz y me dispongo a escribir, pero siento un vacío en mi mente. No sé a quién dirigirme ni qué decir. Entonces recuerdo a un vendedor de rosas que conocí hace unos años, con su sonrisa amable y su mirada triste. Decido escribirle a él, a ese hermoso extraño que decidió ser más que un sueño. Escribo sobre el papel con letra firme:

Querido vendedor de rosas.

Hoy he vivido una experiencia maravillosa que quiero compartir contigo. Se trata de una terapia llamada "conecta con la naturaleza" o algo así, en la que he tenido la oportunidad de cuidar de un pequeño jardín. Me he sentido tan cerca de las plantas, tan en sintonía con sus aromas y colores, que creo que he desarrollado un don especial para la jardinería. Tal vez pronto te sorprenda con mis conocimientos sobre flores y hierbas.

Sabes que ingresar en este hospital fue una decisión difícil de tomar, y que no es algo que le recomendaría a cualquiera, pero poco a poco he ido descubriendo que era lo que necesitaba. Espero que no estés enfadado por haberte dejado solo. Aquí, puedo concentrarme en mi salud mental, sin agobiarme por el trabajo y la presión de los medios, aunque reconozco que a veces me preocupa que el idiota de mi hermano nos arruine (por favor no le digas que lo llamé idiota).

A veces odio la idea de estar aquí y recibir terapias, aunque sé que me hacen bien. Siento el frío que me envuelve, el olor a desinfectante que me molesta, la mirada de los que me observan. Pero supongo que es parte del proceso. Creo que hay momentos en que no quiero mejorar. Que solo quiero seguir fingiendo que estoy bien, así no tendría que esforzarme tanto por cambiar.

En lugar de decir que hay un progreso, la terapeuta me habla de pequeños avances, de pasos que voy dando hacia una vida más plena. Pero yo sé que no hay una cura definitiva, que esta sombra siempre me acechará en algún recoveco de mi mente, lista para saltar y devorarme cuando menos lo espere. Y sé que será terrible. Pero ella me asegura que los episodios oscuros serán cada vez más esporádicos, y quiero creerle, por eso no me rindo.

Qué rabia me da este maldito lápiz, que se le quiebra la punta cada dos segundos.

Bueno, te extraño muchísimo. Ojalá que nadie husmee esta carta antes de que te llegue, porque lo que voy a escribir ahora es muy íntimo.

A veces me siento mal por mi compañero de cuarto, pero la culpa es tuya, por invadir mis sueños cada noche. No puedo resistirme a tocar mi cuerpo bajo las sábanas, imaginando que eres tú quien lo hace. Sobre todo, cuando recuerdo nuestra despedida, tus labios chupando los míos. Dios, solo de pensarlo se me erizan los pelos. Si ves alguna letra torcida, es porque tu imagen desnuda me asalta la mente y me hace temblar la mano.

Cierro los ojos y revivo el momento en que me tomaste por la nuca al terminar de cenar y me arrastraste escaleras arriba con un beso. Sentí el calor de tu aliento en mi boca, el olor de tu colonia en tu piel, el sonido de tu corazón latiendo con fuerza. No llegamos ni al sofá cuando ya me habías despojado de los pantalones con un gesto impaciente.

Mientras arrancaba tu ropa, chupabas mis pezones y apretabas mis nalgas con tus manos como quien reclama su propiedad. Cuando finalmente estuviste desnudo, me arrodillé ante ti sumiso, rendido ante la presencia de tu pene que parecía suplicar por mi boca.

Tus gemidos se desbordaban de manera descontrolada, pero debo confesar que aún no

quería que te vinieras en mi boca. Con ese fin, te empujé suavemente y me dirigí hacia el borde de la cama, donde me recosté, dejando mis piernas abiertas. Observar cómo te inclinabas para saborearlo todo en mi ser, sin duda, se aproximaba a la excitación que sentía al experimentar la calidez y humedad de tu lengua rozando esa parte tan sensible y anhelante de tu miembro. La ola de placer parecía no tener fin, y yo solo podía morderme los labios y exhalar gemidos que se perdían en el aire. Creo que tú también disfrutabas de ese deleite compartido.

En el límite de mi resistencia, grité tu nombre y rogué para que me penetraras e hicieras conmigo lo que quisieras. Agradezco que fueras obediente, agradezco que metieras todo dentro lentamente como lo hiciste. La vista de tu cuerpo aferrado al mío quisiera que fuera eterna.

Recreaste en mí el placer más intenso, me hiciste tuyo en la cama y el sofá, me arrastraste al suelo, me invadiste con tu virilidad mientras yo te pedía más y más. Por tus gemidos sofocados supe de inmediato que estabas listo para venirte y por eso hice que te dieras la vuelta para sentarme sobre ti mientras decía las cosas más sucias y perversa que se me ocurrieron en el momento.

Escucharte pronunciar mi nombre en un susurro, pidiéndome que te dijera que te amaba, me estaba enloqueciendo. Moví mi cadera sobre ti con más fervor y entendí que ya te vendrías dentro. Lo dejaste allí hasta que me corrí sobre tu abdomen igual como me he corrido ahora mientras escribo esta carta.

Sé que fue un hasta luego y no un adiós. Te extraño demasiado.

He manchado un poco el papel con mi semen, juro que no ha sido a propósito. O tal vez sí.

Quizás te sorprenda que haya escrito todo esto sobre esa noche que compartimos, pero lo hago porque quiero que la revivas en tu memoria con la misma intensidad que yo, porque quiero que te masturbes imaginándome y que te corras pensando en mí, porque quiero que saborees tu semen como si fuera el mío. Y que me extrañes y me desees.

Espero que mi calentura sea una prueba de que, a pesar de todo, estoy bien.

CAPÍTULO FINAL.
ESCAPEMOS

Querido vendedor de rosas.

Confieso que después de la tercera carta que te envié sin recibir ninguna señal tuya, el miedo se instaló en mi pecho. Esta es la séptima que te escribo, con la esperanza de que alguna llegue a tus manos. Quiero creer que se han extraviado, que el correo ya no funciona como antes. Prefiero imaginar que alguien las está robando y las está destruyendo. Quiero engañarme con cualquier excusa, menos con la de que me hayas borrado de tu memoria. Han sido semanas duras, desde que el paciente del que te hablé en mi segunda carta sufrió un ataque. Las visitas se volvieron escasas, pero últimamente noto algo raro. Es como si el personal me mirara con más interés que a los demás pacientes. Tengo la impresión de que me están espiando, de que me restringen cosas que a otros no.

Le he escrito a Raykel y tampoco me responde ni viene a verme, ¿es que ya ninguno me recuerda? Se supone que vine aquí para sanar, pero creo que voy a enloquecer.

Por favor ven por mí.

Aron

Mi hermano Yaron me observa con incredulidad al terminar de leer la carta y la deposito sobre mi escritorio.

—Creí que estabas orgulloso del muchacho, después de todo hizo lo que querías —dice Yaron y me sonríe con ironía.

—Estoy orgulloso, pero ese niño malcriado debe aprender una lección. No puede desafiarme así y salirse con la suya.

—¿Qué harás con la carta de Rayden? —pregunta, señalando el papel doblado.

Desde que Owen jugó en mi contra las cosas se han complicado, admito que me tomó desprevenido incluso cuando sabía que Zashil se estaba acercando a él. No le presté mucha atención porque ingenuamente no pensé que el maldito anciano todavía me guardara tanto rencor.

—Esta vez dejaré que llegue a su destino, quiero saber qué hará Owen.

—Desde que el muchacho hizo que te atraparan, siento una gran simpatía por él. Fue un gran golpe. —dice mi hermano con una sonrisa irónica mientras me sirve una copa de güisqui en mi estudio, donde estoy confinado por orden judicial.

Ya lo creo, tan fuerte que no he podido evadir del todos los cargos esta vez. Ahora me encuentro bajo arresto domiciliario y todo el maldito mundo está hablando de mí. Solo hace falta que me asome a la ventana y podré ver cómo los periodistas se aglomeran en la entrada, esperando alguna declaración mía.

Con valentía, Owen reveló que es un Sarosh y expuso ante los medios todas las atrocidades que cometí contra su madre. Su confesión ha destapado la verdad sobre algunos negocios y ha manchado mi reputación de forma irremediable. Sin embargo, por extraño que parezca, me inquieta su bienestar. Ha actuado de forma impulsiva e imprudente y, aunque el público lo admire como un héroe, mis adversarios ahora conocen un punto débil y podrían atentar contra él para vengarse de nuestra familia. Por supuesto, no voy a tolerar que le hagan ningún daño y estoy dispuesto a eliminar a cualquiera que lo intente.

—Quiero que saques a Rachel de la cárcel —digo de pronto.

Yaron me mira con incredulidad, como si pensara que he perdido la razón. Su expresión refleja el conflicto que siento en mi interior, pero estoy decidido. Sé que Owen está haciendo todo lo posible por liberarla y no quiero que siga distrayéndose con eso.

—Sabes que con Rachel en la cárcel tienes un problema menos ¿verdad? —me recuerda Yaron, frunciendo el ceño. La cicatriz que le cruza la cara se tensa, como hace cada vez que algo no le parece.

—Rachel es un problema sin importar donde se encuentre. Pero no me parece justo que esté encerrada. Ella no merece ese castigo.

—¿Y tú desde cuando tienes un sentido de la justicia? —se burla Yaron, con su habitual tono sarcástico.

—Además —continúo diciendo—, necesito que Owen comience a deberme favores. Favores que podré cobrarle cuando llegue el momento.

Estoy satisfecho con que Owen se haya hecho dueño oficial del imperio Sarosh, pero no pienso dejar que me arruine por completo. Sé que, sin mi ayuda, los tiburones del negocio se lo devorarán en un abrir y cerrar de ojos, así que tengo que enseñarle a defenderse, aunque se resista. Estoy seguro de que encontraré la forma de escapar del problema en el que me ha metido, y entonces podré dedicarme por completo a él.

Yaron se pone en pie y recoge sus cosas con gesto enfadado. Me lanza una mirada cargada de

rencor y se dirige a la salida. Lo compadezco, tiene que trabajar para mi incluso en la situación en la que me encuentro.

—Cierra la puerta al salir —le ordeno, pero él me ignora y la deja abierta de par en par, como un desafío.

En este estudio hace unas semanas maté a Sam. Sentí una gran satisfacción al ver cómo su sangre se extendía por mi alfombra, formando un contraste intenso con el tono claro de la tela. Fue como si alguien hubiera derramado un bote de pintura sobre un lienzo virgen, creando una obra de arte efímera. Pero cuando vuelvo a mirar el lugar que antes estaba teñido de sangre, no puedo creer que no haya quedado ni una sola mancha. Martha y el personal de limpieza han hecho un trabajo impecable, borrando cualquier rastro de lo que ocurrió aquí. Lo único que lamento es que algunos de mis cuadros se hayan arruinado, pero eso fue culpa de Emir, que mató a esos dos agentes sin consideración a mi trabajo. Pudo haberlo matado de otra forma, sin dañar mi colección.

Abandono el estudio y me adentro en la soledad y el silencio que envuelven a toda la casa. Reconozco que a veces me resulta agobiante y mi mente, con la mayor de las traiciones, me transporta a momentos en los que una chispa de alegría iluminaba lo que ahora es frío y solitario. Hubo instantes adornados de felicidad, instantes que compartió un Aron adolescente con un buen amigo al que quería demasiado. Las tardes en que Omar venía a ver a ese Aron después del colegio y fingían ser famosos artistas, cuando devoraban hasta empalagarse los deliciosos pasteles de chocolate que horneaba Martha. También hubo momentos de dicha para un Aron más adulto cuando supo que sería padre, ese Aron que, a pesar de todas las cosas horribles que había hecho para entonces, fue muy feliz. Al sostener entre sus brazos por primera vez a esos adorables gemelos, creyó que el mundo por fin le sonreía, aunque no lo mereciera.

Cuando ese Aron se convirtió en padre por primera vez, sintió que recuperaba su humanidad, pero le fue arrebatada al descubrir que todo era una mentira. Desde entonces, no sé si alguna vez volví a ser feliz de verdad. Este es mi castigo, la visión constante de los pocos momentos de dicha que viví, proyectados en mi memoria con el único propósito de atormentarme. Porque una parte de mí sabe que eso es solo una ilusión, un engaño cruel que me muestra lo solo que estoy en el mundo.

Con siete cartas en sus manos, Owen se sienta en el sofá de su casa y las lee con avidez. Cada palabra le quema la piel, cada frase le desgarra el alma. Las últimas semanas ha sido un infierno tras haber denunciado a su padre. Sin Rayden a su lado, se siente solo y culpable. Ha intentado visitarlo en el hospital, pero siempre le han dicho que el paciente no quiere ver a nadie hasta que termine el tratamiento. ¿Qué tratamiento? ¿Qué le ha pasado a Rayden? Owen no lo sabe, solo sabe que lo extraña y que necesita de él. Raykel tampoco entiende la decisión de su hermano, pero trata de respetarla. Ambos esperan que Rayden vuelva pronto.

Owen siente un vacío en el pecho al leer las cartas que Aron le había escondido. En las más recientes, Rayden le revela su angustia, su aislamiento, su desesperación. Owen se culpa por haberlo abandonado en aquel hospital psiquiátrico, creyendo que era lo mejor para él. Ahora sabe que debe rescatarlo cuanto antes, pero no tiene idea de cómo hacerlo. La prensa lo acosa cada vez que sale de su casa, y Emir y Raykel están de viaje por negocios. No puede contar con nadie más que con su propia voluntad.

Con un paso frenético, recorre la sala en círculos, buscando una salida a su dilema. De pronto, un nombre se ilumina en su mente y se apresura a tomar su teléfono. El sonido del timbre apenas dura un segundo, antes de que alguien conteste al otro lado.

Lo primero que Will hace al responder es preguntarle si está bien con un evidente tono de preocupación.

—¿Alguna vez has irrumpido por la fuerza en un hospital psiquiátrico? —suelta Owen con voz agitada.

Will siente un cosquilleo de emoción y le pide que le explique más. Owen le relata lo de las cartas de Rayden y cómo en la última le suplica que vaya por él. Will presta especial atención a ese detalle.

—Sé que Rayden no es de tu agrado, pero por favor necesito tu ayuda —dice Owen casi implorando.

—No puedo negarme a algo tan emocionante —responde Will con entusiasmo.

Bajo el manto oscuro de la noche, Owen y Will se reúnen en un lugar secreto. Los fieles guardaespaldas que Emir ha asignado para proteger a Owen le han facilitado la escapada de su hogar asediado por los flases.

—¿Vamos a sacarlo de allí por la fuerza? —pregunta Will mientras guarda en el maletero del coche un bolso repleto de armamento.

—No creo que sea necesario que traigas todo eso —murmura Owen con un nudo en la garganta al ver las armas que porta Will.

Will lo mira con una mezcla de compasión y desdén, y le advierte que, si Aron o alguien más tiene retenido a Rayden en ese manicomio, quizás sus armas no basten.

—Tranquilo, todo saldrá bien —le asegura Will—. He hablado con Sofía para que mande a sus hombres a investigar y no te angusties, Emir sigue sin enterarse de nada.

—Quizá deba llamar a la policía. Tal vez si les enseño las cartas de Rayden puedan...

—No seas ingenuo —lo corta Will con voz severa—. Sé que tienes un sentido de la justicia muy arraigado, pero en este mundo no siempre se puede actuar conforme a él y más te vale aprenderlo si quieres seguir vivo. Lo que hiciste contra tu padre ha sido el detonante de una guerra de la que no podrás huir. Es hora de que aproveches lo que posees y te olvides de la policía, eres Owen Sarosh y si lo deseas, tú puedes imponer tu propia ley.

Owen contempla a Will con horror, sin distinguir si solo está jugando con sus delirios o realmente está convencido de lo que dice.

Owen experimenta una vorágine de sensaciones mientras se acerca al manicomio, donde espera rescatar a Rayden de su encierro. No tiene idea de cómo lo hará, solo sabe que no puede abandonarlo a su suerte. El silencio de la noche solo es interrumpido por el ronroneo del motor del coche que conduce Will. Owen lo mira de reojo y envidia su serenidad, su confianza, su audacia. Will parece disfrutar de la aventura, como si fuera un juego divertido y no una misión peligrosa y arriesgada. Owen respira hondo y trata de calmarse, pero no puede evitar pensar en todo lo que puede salir mal.

Cuando alcanzan la carretera que lleva al hospital psiquiátrico, el cielo se ha teñido de un azul oscuro que anuncia el amanecer. Junto a él, Will conduce en silencio, sin mirar el reloj. Han recorrido muchos kilómetros desde que salieron de la ciudad, pero ninguno de los dos sabe qué

esperar al llegar a su destino. A medio kilómetro de distancia, Owen percibe una señal de alarma: un resplandor naranja ilumina la fachada del edificio, donde se dibujan las siluetas de personas que corren y gritan. Un fuego voraz devora parte de la estructura, mientras el humo se eleva en espirales que oscurecen el horizonte. Will frena bruscamente cuando un hombre vestido con una bata de hospital se cruza en su camino, gritando "los alemanes nos han atacado". Owen siente un escalofrío al ver el pánico en sus ojos y el sudor en su frente. Se pregunta qué habrá ocurrido en ese lugar, y si habrá alguna esperanza de encontrar a Rayden.

Una oleada de pánico se apodera de Owen y lo transforma en un ser irracional. Abandona el auto y se lanza a la carrera hacia el pabellón del hospital que arde en llamas. El humo le pica los ojos y la garganta, pero no le importa. Solo piensa en Rayden, quien podría estar atrapado entre las llamas. Will lo sigue con la intención de detenerlo, pero el caos es total. La gente corre en todas direcciones, los enfermos mentales gritan y se agitan, el personal médico parece desbordado. A lo lejos, Will ve cómo un guardia de seguridad agarra a Owen por los brazos y le impide avanzar. Will se abre paso entre la multitud y llega hasta ellos.

—Tranquilo —dice Will, sujetando a Owen por los hombros y tratando de calmarlo. Pero Owen sigue forcejeando, desesperado por liberarse e ir a salvar a Rayden.

Desde lejos, el ulular de las sirenas de los bomberos se mezcla con el estruendo de las llamas que devoran el manicomio. Los gritos desgarradores de los pacientes y el personal resuenan en el aire, mientras corren en todas direcciones buscando una salida. Owen siente un vacío en el pecho al no encontrar a Rayden entre el caos. ¿Qué habrá sido de él? ¿Estará vivo o muerto? El terror lo paraliza.

—Tenemos que salir de aquí —dice el guardia que apoya a Will para sostener a Owen. De repente, frente a ellos, una viga de madera ardiendo se desploma con un estrépito.

El fuego les corta el paso y les envuelve con su calor sofocante. Will se queda inmóvil, como petrificado. Su mente le traiciona y le hace revivir el horror que sufrió cuando su cuerpo fue consumido por las llamas en el orfanato. Su piel se eriza al recordar el dolor y la impotencia.

El edificio se desmorona a pedazos, cada vez más cerca de ellos. El guardia es el único que reacciona al peligro y arrastra a Owen por el suelo, esquivando los escombros que caen como lluvia. Will se queda petrificado en el centro del incendio, sin poder moverse ni un centímetro, atrapado por el miedo y los fantasmas del pasado.

En medio del caos y la angustia, Owen se libera del guardia y corre hacia Will, dispuesto a salvarlo. Pero alguien lo intercepta y lo abraza con fuerza, deteniendo su carrera. De repente, el mundo se congela a su alrededor. Aunque el humo y las cenizas le impiden respirar con normalidad, reconoce al instante el aroma de su cuerpo. Se aferra a él con desesperación, hasta que unos bomberos los apartan del fuego que sigue devorando todo. Entonces, por primera vez, Owen ve el rostro de Rayden, manchado de gris y bañado en lágrimas. Quiere volver a abrazarlo, pero entonces recuerda a Will, que sigue inmóvil en medio de las llamas que se acercan cada vez más a él. Rayden sigue su mirada y, sin pensarlo dos veces, corre hacia él.

Con un ímpetu incontenible, Rayden se zafa de los bomberos que intentan frenarlo y se lanza al corazón del incendio. Owen lo llama a gritos, angustiado, mientras una policía lo sujeta con firmeza para evitar que corra la misma suerte.

Rayden alcanza a ver a Will, que yace paralizado en el suelo, rodeado de llamas que crepitan y amenazan con devorarlo. Se acerca a él y le habla con voz suave, tratando de sacarlo de su trance. Le recuerda que hay una vida fuera de ese infierno, que no tiene que quedarse allí a morir. Sabe lo que pasa por la mente de Will, porque él fue responsable del sufrimiento que pasó en el incendio del orfanato. Pero esta vez no va a repetir su error. Esta vez va a salvarlo. Con un gesto

decidido, lo abraza y lo levanta en sus brazos. Luego, esquivando las lenguas de fuego que se alzan como serpientes, corre hacia la salida.

El caos reina en el exterior del manicomio. El olor a humo y a sangre se mezcla en el aire, mientras los paramédicos asisten a los heridos con prisa y profesionalidad. Los bomberos no cesan en su empeño de sofocar el fuego que devora el pabellón, lanzando chorros de agua que se evaporan al contacto con las llamas. La policía y el personal del centro tratan de calmar a los pacientes que se han alterado por el estruendo y el pánico, algunos de ellos gritando, otros llorando, otros riendo con una mueca macabra.

En medio de ese infierno, Will ha salido de su estado de shock y no presenta ninguna herida grave, al igual que Rayden, quien junto a Owen se encuentra sentado en una ambulancia a la espera de que un paramédico lo revise.

—Gracias por sacarme de ahí —dice Will con voz ronca y le extiende una mano a Rayden.

Rayden le aprieta la mano con fuerza y le agradece a él por haber cuidado de Owen.

—No me digas que tú lo hiciste —comenta Will con una mirada inquisitiva hacia el pabellón que ha sido reducido a cenizas.

—Pensé en hacerlo varias veces —responde Rayden con sinceridad—, pero no fui yo.

Will suelta una risita nerviosa y se sienta junto a Rayden y Owen. Los tres se sienten afortunados de estar vivos, pero también saben que ese fuego bien pudo ser un accidente como algo intencional. Y este último pensamiento cobra más peso cuando Rayden les cuenta que él estaba en el pabellón donde inició el fuego. Alarmado, Owen sugiere que tal vez Aron tuvo algo que ver y aunque ninguno está convencido no descartan la posibilidad.

Después de tres largos días de espera, Rayden por fin puede abandonar el hospital psiquiátrico donde ha vivido una pesadilla. Aunque seguirá bajo tratamiento médico para controlar sus episodios de ansiedad y depresión, no soporta la idea de permanecer un minuto más en ese lugar donde la sombra de Aron lo acecha en cada rincón.

El incendio que arrasó con el manicomio ha sido declarado como accidental, pero tanto él como Owen tienen la certeza de que hay algo más detrás de ese suceso. Algo peligroso que amenaza con destruirlos.

Huyendo de la realidad que los agobia, Owen y Rayden se han embarcado en una aventura. El continente asiático siempre ha despertado su fascinación y curiosidad, y hoy se hallan deambulando por las callejuelas de un mercado tailandés, cogidos de la mano. El aroma de las especias, el colorido de las frutas, el bullicio de los vendedores y los compradores, todo contribuye a crear una atmósfera exótica y vibrante que los envuelve. Se deleitan con la gastronomía local, probando platos picantes, dulces y salados, y con la hospitalidad de la gente, que los recibe con sonrisas y gestos amables, sin importarles quiénes son.

—Este lugar me parece un paraíso, si todos los días fueran como hoy, no me importaría quedarme aquí para siempre —murmura Owen con una sonrisa, mientras se detiene junto a una tienda de libros de segunda mano, donde el aroma a papel viejo y tinta se mezcla con el perfume de las flores que adornan la entrada.

—Quizás podríamos hacerlo realidad algún día —responde Rayden con un brillo en los ojos, y toma un libro entre sus manos. La portada le llama la atención: muestra a dos jóvenes unidos por el meñique con un hilo rojo, y en el título una frase breve que dice *“Red Thread”*.

—Parece interesante —comenta Owen, señalando el libro con curiosidad.

Deciden comprar el libro a un precio razonable, y antes de marcharse, la vendedora les dice en un español algo torpe:

—Si no pueden estar juntos en esta vida, luchen para que sus sueños se hagan realidad de nuevo. Y cuando vuelvan a nacer, enamórense otra vez.

Un escalofrío les recorre la piel, y aunque no entienden a qué se refiere la vendedora, le agradecen y siguen su camino.

Apenas han avanzado unos pasos desde que abandonaron la librería cuando el estruendo de las balas rompe la calma, la multitud se desgarra en alaridos y otro estallido sacude el aire. Owen se encoge por reflejo protegiendo su cabeza y al buscar la mano de Rayden para huir juntos descubre que él está tendido en el suelo, escupiendo sangre por la boca y aferrando en una mano el libro que acaban de adquirir y la otra tendiéndola hacia Owen.

Owen quiere gritar aterrado, pero su garganta se cierra. Con el cuerpo sacudido por los espasmos se arrastra hacia Rayden que yace sobre el pavimento sobre un charco de sangre que se ensancha cada vez más. Le toma la mano y le susurra que no tenga miedo.

—Mi Om —susurra Rayden con voz débil y un hilo de sangre le escapa de los labios—, gracias por ser parte de mi vida.

—No, no… —balbucea Owen con angustia—. Por favor, no te vayas.

—A tu lado siempre me sentí vivo —Rayden tose y escupe más sangre.

—Owen lanza un grito desgarrador y se abraza a él, manchando su rostro de carmesí.

—Om, tengo frío, mucho frío —Rayden tiembla y busca el calor de Owen.

La multitud se arremolina alrededor de ellos, mirando con horror y compasión la escena.

—Por favor, recuérdame, para que podamos reencontrarnos algún día.

—¡Cállate! No puedes morir —Owen grita con desesperación—. No puedes dejarme solo, te lo prohíbo.

—Lo siento —Rayden suspira y cierra los ojos para siempre.

La mañana resplandece con una luz cegadora que entra por la ventana del hotel. Owen siente el sudor perlarse en su frente y se despierta con un grito que hace sobresaltar al cuerpo desnudo que duerme a su lado, aferrado a las sábanas. Owen ha tenido un sueño horrible. Sacude a Rayden para que despierte y mira el libro que reposa en la mesita de noche, el mismo que compraron ayer y que leyeron hasta la madrugada.

"Maldito libro", piensa Owen.

Rayden abre los ojos lentamente y se lanza sobre él, abrazándolo con fuerza. Siente su calor, su aliento, sus latidos.

—¡Estás vivo! —exclama Owen bajo su peso.

Él lo mira y sonríe con picardía. Su cuerpo aún siente el calor y el placer de la madrugada, cuando se entregaron el uno al otro con una pasión desenfrenada. Tres veces hicieron el amor, tres veces se fundieron uno en el otro gritando “te extraño” en el silencio de la noche.

Con delicadeza y picardía, Rayden recorre con sus labios el cuello de Owen, que se estremece y se retuerce entre sus brazos. Le hace cosquillas en las costillas, en las axilas, en las rodillas, provocando que Owen suelte carcajadas incontenibles que llenan la habitación de alegría. Rayden se contagia de su risa y le besa la boca, mientras Owen le acaricia el pelo y le abraza con fuerza. El aire se carga de un aroma dulce y embriagador, y los gemidos de placer se mezclan con las risas juguetonas.

Todos merecemos escapar alguna vez, aunque el pasado sea un perseguidor implacable que nos susurra al oído “recuérdame”. Owen y Rayden saben que los problemas los esperan, que cuando vuelvan los enfrentarán y los desafiarán de nuevo, pero este es su escape y que se jodan los recuerdos.

En esta historia no hay un feliz para siempre, solo unas agradables vacaciones en un rincón perdido del mundo. Pero quizás eso sea suficiente. Quizás lo que importa no es el destino, sino el camino. Quizás lo que han vivido juntos sea más valioso que cualquier sueño. Quizás, solo quizás, este sea el mejor final posible.

Cuando desperté del coma oculté mis heridas hasta que pude encontrar el momento adecuado para sanarlas. Era una forma de protegerme: una gran parte de mi mente se desconectó. Podría decir que se quedó en un completo silencio. La mayoría de los detalles dolorosos de ese día los guardé en un baúl oscuro. No olvidé lo que ocurrió, pero el recuerdo se atenuó, como si lo mirara a través de un velo espeso manchado por las sombras. Pude haber recordado las caras de los que me hicieron daño, la cara de esos monstruos de ojos oscuros y sonrisa maliciosa. Pero no quería recordar.

—Rayden—